



Paula Rivers

**TE ENCONTRÉ
EN LA MAREA**

D.J.57

Te encontré en la marea



Paula Rivers

1ª edición Agosto 2019

Edición y maquetación: Paula Rivers

Correctora y revisión final: Raquel Antúnez

Portada y cubierta:

Fotografía original de fondo: Agustín J. Paulos

Diseño de cubierta: Paula Rivers.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, o cesión de la obra sin previa autorización de los titulares del copyright o del propietario, penado todo ello bajo las sanciones establecidas por la ley.

A mi pueblo natal, mi homenaje a mi paraíso gallego que nada tiene que envidiar al Caribe, al que tanta morriña tengo, al que tengo el privilegio de retornar cada año o, si no, no lo soportaría. He escrito esta historia y la he ambientado en «A Illa de Arousa» desde el cariño y el respeto, y espero que así se refleje.

A mis lectoras y lectores, gracias por seguir leyéndome para que yo pueda seguir creando, hasta que vosotros decidáis... Y por darme la oportunidad de mostraros mi tierra en estas letras. Por esos cientos de conversaciones en las redes sociales y las risas, gracias por hacer que mis días sean más especiales.

A Amancio de la librería Castela, por apoyarme desde el principio, cuando aún comenzaba mi sueño.

A Henar por estar ahí siempre, pese en la distancia. A Mari Carmen Muñiz, de profesión enfermera que aparte de amiga, me ha ayudado con los protocolos hospitalarios que necesitaba para la historia, y la incluyo en mi novela como agradecimiento (No me mates).

A Agustín J. Paulos, por cederme la fotografía del puente de «A Illa» (de su autoría) para la portada de mi libro. Me enamoré de ella, gracias.

A Raquel Antúnez, por pulir y repulir, y sobre todo por aguantarme, te como.

Cómo no, y siempre, a dos hombres más importantes de mi vida, mi niño pequeño y mi niño grande, os amo.

¡Y a Bea e Iñigo que se nos casan!

Todos los personajes mencionados en esta historia son ficticios fruto de la imaginación de la autora y no se corresponden con personas reales, (excluyendo un par) pero juro que el personaje de Piedad es un nombre que no coincide con ninguna vecina da Illa, y si existe, mis disculpas por ponerla como la mala de la película. Cualquier similitud no es más que mera coincidencia.



PRÓLOGO

Él me salvó. Desde aquel día, Brais se convertiría en mi obsesión, mi obsesión por hacerlo feliz para que superase su pasado y el centro de mi universo. El motivo para levantarme cada mañana a pesar de no tener nada ni siquiera una identidad. Le debía estar viva, le debía mi nueva y dichosa vida.

Tendré siempre aquella mirada grabada a fuego, la que me hizo aferrarme a la vida y abandonar la idea de dejar de luchar por sobrevivir cuando mi mente y mi cuerpo llegaban al límite de sus fuerzas.

«No te duermas, no te dejes vencer, concéntrate en mi voz y en mí».

Escuchaba una y otra vez. A pesar de estar a centímetros de mi rostro, me sonaba como un murmullo lejano a punto de desfallecer por la hipotermia y por tantas otras cosas... Por aquel entonces no entendía muy bien su idioma, pero, por sus gestos y por su rostro de alarma, pude interpretar lo que intentaba trasmitirme repetidamente con palabras, aferrándome a su mirada y, gracias a su insistencia, sostuvo mi vida. El sonido de su voz, el tono tan masculino, el verde esmeralda de sus ojos, eran hipnóticos aparte de motivadores.

Ahora sé por qué el mar me trajo hasta aquí, ahora estoy convencida de que mi olvido me trajo hasta él, para volver a vivir... y esta vez, quizás y solo quizás, para gozar de una vida plena.

Capítulos

1. Incertidumbre, el sentimiento más desolador
 2. El día de Brais
 3. Ellas, mi apoyo para reinventarme
 4. La esperanza, la ilusión más alentadora
 5. Tú: mi mayor motivación
 6. Mi mayor pesar: Los prejuicios y recelos infundados
 7. La cenicienta de Arousa
 8. Tú: Mi destino en tu mirada 9. Yo: el amor que te falta.
 10. Vencer al mar y algunos recuerdos devueltos
 11. Lo impensable
 12. Mi otro yo
 13. La noche de Brais días antes
 14. El amor, el mayor triunfo
- Epílogo.

Capítulo 1

LA INCERTIDUMBRE, EL SENTIMIENTO MÁS DESOLADOR

La humedad me cala los huesos, no pienso, no puedo; únicamente soy capaz de sentir cómo los músculos entumecidos de mis brazos perseveran por aferrarse a los de su torso, a esa voz que emite esa petición una y otra vez. Mi garganta es puro esparto y mis labios, agrietados y secos por el salitre, apenas tienen capacidad para exhalar un tímido lamento. La hipotermia se convierte en lo peor mientras experimento cómo un oscuro sueño comienza a apoderarse de mí, pero ese zarandeo me hace regresar una y otra vez, espabilar de un adormecimiento, quizás eterno, al que estoy a punto de abandonarme y rendirme. Es cuando se produce nuestro primer contacto, abro los ojos con dificultad y la intensa mirada de ese hombre me envuelve como una cálida manta.

Estoy tan débil que apenas soy consciente de cómo me saca del mar en la oscuridad de la noche, alejándome de la orilla. Luego me abraza y eso me confunde hasta que al fin empiezo a comprender lo que pretende, cuando comienza a frotar mi espalda, mis brazos... Instantes después lo entiendo. A falta de más recursos... tan solo intenta aumentar mi calor corporal con el suyo. Por mi mente solo circula la idea de que, si estoy a punto de morir, no me imagino mejor forma que entre sus fuertes brazos, arrullada en su torso firme y duro, como una estatua romana de la época Helenística. Así me debato, entre la belleza y la tragedia... Sería hermoso morir así, mientras él intenta salvarme, aunque fuese envuelta por el abrazo de un desconocido tratando de devolverme a la vida.

Seminconsciente, cierro los ojos del todo cuando las luces intermitentes de un vehículo que llega me ciegan, él lo interpreta de otro modo y comienza a gritarme de nuevo:

—*¡Non te durmas, no!, ¡non^[1]!* —Y tantas otras cosas...

Tan solo comprendo el «no». No puedo contestar para tranquilizarlo, ¿cómo? Apenas entiendo su idioma, es un dialecto extraño, un español un tanto raro y, por mucho que me esfuerzo, mi garganta es incapaz de producir el mínimo e insignificante murmullo. No comprendo sus palabras, pero sí puedo traducir su rostro de preocupación, sus gestos y sus zarandeos. Trata, en todo lo posible, que yo no desfallezca.

Unos instantes después, y a gritos, le da una orden a un perro que no se

separa de nosotros.

—¡Busca a Xabi! —Le hace un gesto con energía y el animal echa a correr en dirección hacia donde él le indica y desaparece de la playa, mientras mi desconocido continúa socorriéndome.

Cada palabra de ese hombre se me queda grabada y eso que apenas entiendo su lengua. Solo puedo concentrarme en él, ni siquiera reparo en los demás visitantes de la playa, para los que me he convertido en una especie de atracción de feria. Cada vez llegan más curiosos a la cala a observarme, a saciar su curiosidad, pero sin embargo yo solo puedo concentrarme en él. Todo lo demás está difuminado a mi alrededor, diluido como en una foto borrosa, solo en él estoy ensimismada, en su mirada, su contacto, ese cuerpo al que me aferro, duro como el mármol, pero que emana calidez a la vez que es lo que yo necesito.

—Xabi, ¡a manta!^[2] —urge él.

En ese instante, alguien se acerca con el perro, como si el can hubiese ido en su busca, como si fuese lo que le había encomendado el hombre que no dejaba de asistirme y reacciona a aquella frase proporcionándole una manta. Brais me enrolla en ella sin dejar de friccionar mi cuerpo molido por encima del tejido de mi nueva envoltura.

Le dice algo más, exclama algo demasiado largo para recordarlo. Lo siguiente que recuerdo es cómo me trasladan a la ambulancia y cómo dentro de aquel vehículo y al límite de mis fuerzas, segundos antes de flaquear, su rostro aún está pendiente del mío; una imagen que se me quedará grabada para siempre. Ahí decaigo del todo y me desmayo, mientras él todavía mantiene su mirada concentrada en mí.

Cuando despierto, sin saber qué tiempo ha transcurrido siquiera, contemplo que tengo una vía de suero prendida en mi brazo y las sábanas llevan una inscripción que dice «*Servizo Galego de Saúde, Xestión Integrada Pontevedra e O Salnés*».

«¿Dónde demonios estoy?», me pregunto e, incapaz de traducir aquellas palabras, continúo escudriñando la habitación con la mirada. En una bolsa junto a mi cama hay rubricado: «Hospital de O Salnés». «Hospital», razono al fin. Es un maldito hospital, lo demás no me suena de nada. Hospital... una palabra universal que puedo comprender, intento pronunciarla y ahí me percató de que puedo hablar al fin, pero sin distinguir mi propio tono ni mi acento. No reconozco mi propia voz, cada vez me siento más desorientada, confusa, aparte de tener el cuerpo dolorido.

Una enfermera, en ese instante, entra y me pregunta:

—Vaya, por fin has vuelto a la vida, ¿cómo te encuentras?

Logro comprenderla, pero también me percató de que no es un idioma con el que estoy acostumbrada a hablar, tengo la sensación de estar familiarizada con esa lengua, pero, por alguna razón que escapa a mi comprensión es como si no fuese la que estoy acostumbrada a utilizar. En vez de contestar, solo puedo poner una expresión de extrañeza mientras intento poner orden en mi mente para intentar despejarla de algún modo.

Balbuceo algo y la expresión de perplejidad se traslada a su rostro. Sale sin decir nada más y unos instantes después regresa con lo que parece ser un médico. Ambos me miran casi estudiándome, hasta que el hombre intenta comunicarse conmigo en un español estrambótico, al menos me lo parece en esos momentos. Lo que supe más tarde es que se trataba del idioma gallego, un lenguaje que no había escuchado hasta la fecha, es de lo único que estoy segura dentro de mi deteriorada mente, hasta que prueba suerte con el español que yo sí parece que conozco, ese sí lo identifico enseguida.

Me pregunta cómo me llamo, pero soy incapaz de responder, me entra el pánico. «¿Que cómo me llamo? ¿Quién soy yo? —Entonces al fin me percató—, ¡no lo sé! ¿Cómo puede ser posible que no recuerde siquiera mi nombre?». El terror se apodera de mí, me siento perdida, desesperada, desamparada, quiero despertar de esta pesadilla, no puede ser... Me acabo de dar cuenta de que no recuerdo quién soy ni, mucho menos, cómo había llegado a la playa aquella noche, desde dónde y por qué había terminado allí. Absolutamente nada. Mi corazón se encoge con tan aterrador descubrimiento, tanto... que me tengo que esforzar por contestarles a la pregunta de la cual no tengo respuesta y entro en un estado de completa desesperación.

—No... no lo... sé, ¡no sé quién soy!, ¡y mucho menos cómo me llamo!

—¿No sabes tu nombre ni cómo llegaste a la playa? La policía de momento baraja que tu embarcación naufragó, pero... ¿qué recuerdas exactamente? Por insignificante que sea. Es muy importante que respondas —me pregunta el médico con gran interés.

—No recuerdo nada, solo llegar... a la playa... —respondo a medida que mi crispación aumenta. Desde mi experiencia, creo que no existe un hecho tan aterrador como no recordar quién eres, nada de tu pasado ni de tu vida. A punto de perder la cordura, en mi desesperación, me agarro a las solapas de su bata casi gritando y exigiendo:

—¡Me tiene que ayudar!, ¡me tiene que ayudar! ¡No recuerdo nada, por favor!

El médico trata de zafarse de mi asalto como puede, intentando que deje de asirlo por su bata mientras me pide:

—Tranquila, pediré inmediatamente que te trate un especialista, lo más probable es que sufras amnesia postraumática. Será algo temporal, tranquila. Todo se arreglará, te aseguro que haremos todo lo posible.

Entro en un estado de histeria tal que, sin darme cuenta, estoy casi agrediendo al médico que solo intenta ayudarme.

—¡¿Por qué me ha ocurrido esto?! ¡¿Por qué a mí?! —grito una y otra vez y me enajeno presa de la angustia mientras no dejo de sacudirlo y asirlo por las solapas.

Él inmediatamente se dirige a la enfermera:

—Érika, un calmante, por favor, ¡y rápido! —Y posteriormente a mí—. Tranquila, intentamos ayudarte, te lo prometo. ¡Tranquilízate!

La tal Érika prepara una inyección que le cuesta ponerme por mi estado de ansiedad y pánico. Cuando comienzo a sentir sus efectos, no puedo evitar esforzarme en recordar sin dejar de preguntarme a mí misma quién soy y mil cosas más mientras la droga hace su efecto. Me desvanezco al mismo tiempo que los escucho murmurar a ambos:

—¿De dónde demonios será esta chica?

—Ni idea, pero está claro que gallega no es, ¿has escuchado su acento?

—Pobrecilla, habrá que avisar a las autoridades de que ya se ha despertado, para que se personen cuanto antes.

—Me ocuparé enseguida de ello, doctor.

Al día siguiente intento contener los nervios y la compostura dentro de la gravedad de mi situación. Al menos para que la policía me tome declaración y hasta las huellas, para cotejarlas en todas las bases de datos posibles, todo lo que sea necesario para arrojar luz sobre mi identidad.

Luego vuelve a reconocerme mi médico. Me comenta entre otras cosas que les ha costado encontrar a un especialista, un psicólogo a mi medida que me pueda tratar; a mí y mi amnesia.

Me someten también a varios escáneres para cerciorarse de que no hay nada más dañado que mi memoria. Por lo visto tengo una fuerte contusión y la lesión

puede ser en parte la que ha afectado a mis recuerdos. Acabo como un colador ese día, entre análisis y hasta pruebas de ADN, todo lo que es preciso para averiguar algo sobre mí, de dónde procedo y comprobar también mi estado de salud, tanto física como psicológica.

Mis días transcurren enclaustrada en el hospital, solo quiero permanecer en mi cama, es lo único que deseo al continuar sin recordar nada, y ello me está sumiendo en una profunda depresión. No quiero salir al exterior ni a tomar el aire como me sugieren en el hospital, no deseo salir de allí... nunca. Me da pavor, todo me lo da, realmente, porque todo es nuevo y desconocido para mí. Soy un ovillo tratando de encogerme y encogerme hasta desear desaparecer del todo o despertar de lo que necesito que sea nada más que un mal sueño. Hasta llego a pedir que retiren el espejo del baño, no quiero ver mi reflejo, me da pánico también no reconocermelo y hasta que me disguste mi aspecto, soy una cobarde y lo reconozco, es tan traumático...

Aceptar mi situación no es nada fácil y necesito varios días para ello, pero tengo que hacerlo, lo sé, aunque sea encerrada entre estas cuatro paredes.

Estoy días sin moverme de la cama, apenas me levanto para ir al baño y no quiero ver más batas blancas ni escuchar estúpidas preguntas que soy incapaz de contestar y de las que desconozco las respuestas. Todo lo referente a mí misma es mi mayor misterio y desasosiego. Cada vez que alguien viene, los echo. Estoy en un estado de rabia e impotencia imposible de describir. Solo coopero cuando traen consigo algún calmante, porque lo único que deseo es dormir para que, al despertar, pueda darme cuenta de que todo ha sido una maldita pesadilla y recuperar mi vida, sea cual sea.

Ferrán, así se ha presentado mi médico. Un hombre de unos cincuenta años, alto y que peina canas; educado, amable y muy correcto. Me concede una tregua dándome espacio y tiempo, según él, estoy aún en periodo de aceptación de mi amnesia, de mi extraña llegada del mar y de todo lo que para mí está siendo un absoluto infierno.

Pero un día se presenta con dos enfermeras, he colmado su paciencia y me obligan a levantarme y a negociar con él. Se ha terminado mi tregua.

—No somos tus enemigos, tienes que entenderlo. Solo tratamos de ayudarte, jovencita.

—Eso lo dice porque no está en mi lugar, no tiene ni idea de lo que es no saber quién eres ni recordar nada. ¡No sabe por lo que estoy pasando! —le grito, estoy enfadada con el mundo y el universo entero por castigarme así, ¿por qué a

mí? Y supongo que lo pago con el médico que me ha sido asignado.

—Tienes razón, no estoy en tu lugar. Puedo intentar ayudarte, pero para ello tú también tienes que cooperar —me sugiere—. Tus analíticas están ya dentro de los límites establecidos, los electrolitos a niveles normales y todo lo demás de relevancia. Ya puedes comenzar una dieta blanda para luego pasar a una sólida. La vía te la dejaremos hasta que te den el alta hospitalaria. Pero tienes que comenzar a comer, ¿qué te apetece? —me pregunta mientras revisa los resultados de mis últimas pruebas.

En el fondo tiene toda la razón, debo aceptar mi situación y reaccionar al fin, aunque no es fácil. Sin embargo, comienzo a razonar y a admitir que ellos son las únicas personas que conozco, en las únicas que puedo confiar y que tan solo tratan de ayudarme como dicen. Es en ese momento cuando decido cambiar de actitud.

—No lo sé —respondo. ¿Tampoco recuerdo lo que me gusta? Es frustrante.

—¿Tampoco recuerdas tus preferencias alimenticias?

—No —respondo desanimada.

—Bueno, te traeré un menú basal, no te preocupes. Lo importante y primordial es que te recuperes físicamente. Con la amnesia iremos poco a poco, sin forzarte, ¿te apetece levantarte?

—Estoy deseando abandonar esta cama..., la verdad —contesto, aunque el tema del exterior y el mundo... desconocido ahora para mí, me aterra más que nada.

—¿Y probar con algo más emocionante?

—¿Como qué?

No responde, en vez de eso, Ferrán me ayuda a incorporarme y me dirige al baño. Confusa, me dejo guiar para llegar a comprender qué trama. Había pedido que retiraran el espejo del baño, pero me percaté de que han colocado otro esa misma mañana, al fin sé qué se propone. Accedo con recelo y, muy despacio, me sitúo delante del espejo del lavabo. Ferrán me gira de espaldas y espera paciente mientras me enfrento a mi propio reflejo. Cuando al fin saco valor para hacerlo, me giro del todo y descubro mi rostro, tengo que afrontarlo tarde o temprano.

—No... no me reconozco, no me viene nada. —Frunzo el ceño mientras observo a esa mujer del espejo. Es inmensurablemente desesperante, como descubrirme y verme por primera vez. Tengo el cabello largo, muy negro. Aparte de las quemaduras solares, algún que otro moratón por mi supuesta y

accidentada llegada y mi piel es bastante morena. Grandes ojos marrones muy oscuros, de constitución normal y estatura media. Me inspecciono incluso las manos, no parecen haber estado sometidas a trabajos de campo ni nada parecido, son finas y delicadas. Pero todo aquello no me dice absolutamente nada sobre mí.

—¿Quién eres tú? ¡¿Quién eres?! —Comienzo a gritarle a mi reflejo llena de impotencia y acto seguido rompo el espejo con rabia ante la desesperación de no recibir respuesta en mi malograda memoria—. Lo siento, lo siento... —No dejo de excusarme desconsolada una y otra vez por haberlo roto a la vez que no paro de llorar. No existe consuelo posible para mí en este momento. Creo que para nadie lo habría en mi situación, al menos soy incapaz de imaginarlo.

—Tranquila, no nos vamos a dar por vencidos hasta devolverte tu vida, te lo prometo —intenta apaciguarme Ferrán, mientras la enfermera también trata de consolarme.

—Hay una investigación abierta. Salvamento marítimo y la policía se están encargando de ello. Después de estudiar las corrientes, se activó un completo dispositivo de rastreo para la embarcación que se supone que ha naufragado y en la que has podido llegar. Desde la noche que apareciste no han descansado ni un momento. Todo el mundo se ha volcado y hasta los pescadores de la zona se han prestado y están atentos en el mar por si encuentran alguna pista, un objeto flotando, un trozo de barco, cualquier cosa... Lo que sea que te pueda ayudar —me informa la enfermera mientras me acaricia el pelo con ternura.

—¿Y qué han descubierto? —pregunto inmediatamente.

—De momento, nada, pero tu caso ha salido en la prensa y ya te llaman «la mujer del mar». Solo es cuestión de tiempo que tengas tus respuestas, tranquila —intenta alentarme la enfermera.

—«La mujer del mar...», a eso se limita mi existencia... —digo desolada, luego pregunto—. ¿En qué lugar estoy aparte de en un hospital? ¿En qué lugar, ciudad, pueblo o lo que sea?

—En Galicia, en la costa atlántica, en el Hospital Comarcal O Salnés, en Vilagarcía de Arousa. Aunque apareciste en la Illa^[3] de Arousa, a unos pocos kilómetros de aquí. Te han traído a este hospital por ser el más cercano, te sonará de algo, ¿verdad? —pregunta Ferrán.

—Galicia..., o sea, España.

—Bueno, veo que tu memoria en geografía al menos anda bien.

—¿*Illa*? ¿Qué significa?

—Isla, es una isla cerca de aquí.

—Pero no recuerdo ser de aquí ni de ningún otro lado. En definitiva..., nada me es familiar.

—Todo se irá aclarando con el tiempo, hasta tu mente. No debemos forzar las cosas, tranquila. Eres muy guapa y joven, tendrás unos veintipocos años. Me aventuraría a decir que no eres de la zona, tus rasgos son árabes o familiarizados con esa parte de Oriente, pero toca esperar antes de dar por hecho tu lugar de procedencia entre otras cosas, quién sabe. No hay que dejarse llevar por las primeras impresiones.

—Lo siento, pero... yo... no conozco a la mujer del espejo.

—Tranquila, date tiempo. No hay que forzar nada. Por cierto, has tenido una visita.

—Si no conozco a nadie... ni a mí misma... ¿Quién me iba a visitar? —pregunto desconcertada.

—Brais, el chico que te sacó del agua ha venido varias veces a interesarse por tu estado, pero como no has querido hablar con nadie..., solo estar días en la cama sin que te molestaran... —deja caer la enfermera y hasta me suena a recriminación.

—¿Él...? ¿Ha venido? —La mirada se me ilumina. Le debo el estar viva.

—Sí, varias veces, como te he dicho.

—Y... ¿saben si volverá? Recuerdo al hombre que me sacó del agua, si no fue un sueño, ya dudo de mi mente completamente, todo es tan confuso...

—Sí, pobre, es bastante conocido por aquí y creo que has alterado ligeramente sus vacaciones en la casa familiar que tiene en la isla —responde bajando la cabeza y reprimiendo una tímida risa.

—¿Casa? *Illa*..., o sea, isla, dijiste..., ¿vive cerca de la playa donde aparecí? ¿Eso quieres decir?

—Sí. Tiene su segunda residencia allí; la familiar, paseaba a su perro al anochecer cuando vio algo sospechoso en la orilla; a ti.

—Siento haberle fastidiado sus vacaciones, pero me gustaría darle las gracias por salvarme si pudiera ser, aunque creo que preferiría haberme ahogado antes que sufrir amnesia como ahora.

—No digas estupideces y no te preocupes, seguro que volverá por aquí.

—¿Y...? —No me atrevo a preguntar, pero necesito saberlo—. ¿Le han dicho que sufro pérdida de memoria?

—Claro, se ha pasado personalmente a interesarse y se lo hemos dicho.

—Qué pena, me hubiese gustado darle las gracias por lo que hizo por mí.

—No te preocupes, como te he dicho, tendrás otra oportunidad para hacerlo. Te lo prometo.

Me limito a sonreírle en respuesta.

Siento como si mi vida hubiera comenzado aquella noche, la noche en la que el tal Brais me sacó del agua. En mi interior lo consideraba mi héroe y necesitaba comprobar que era tal como recordaba. Salir de dudas, saber que aquellos ojos eran reales, cómo su intensa mirada se clavaba en mí, aquel cuerpo que había entrado en contacto con el mío, su firmeza, su fuerza, aquella voz tan varonil e hipnótica, un hombre con tanta determinación y decisión como para no dudar en sacarme del agua de aquella forma y que no fuesen meras alucinaciones e imaginaciones por mi estado aquella noche. Necesitaba saber si él era real, tal y como lo recordaba.

Ferrán me comenta luego algo sobre una prueba de ADN e isótopos o algo parecido, y cómo me puede ayudar a desvelar mi lugar de procedencia. Aunque su amabilidad es considerable, la frialdad de un hospital la superan pocas cosas y, para colmo, solo puedo pensar en mi rescatador y en la calidez de su cuerpo, aquel hombre había dejado más que una huella en mí aquella noche.

Mi médico se despide poco después diciendo:

—Bueno, voy a pedirte una dieta o menú normal y, lo que no te guste o no sea de tu agrado, nos lo comentas y pedimos otra cosa a cocina, para que descubras tus preferencias con la comida —dice mientras abandona mi habitación y me deja con mi enfermera.

—Por cierto, me llamo Bea —se presenta ella en cuanto Ferrán se va, muy alta y delgada, con una melena rizada castaña oscura muy cuidada. Un rostro radiante y lleno de vitalidad; qué guapa es la puñetera y posee unos ojos verdes que hacen destacar aún más gracias al marco de un *eyer line* negro que lleva maquillado, pero, aun así, para mí no pueden competir con los de mi salvador, los cuales están fijados en mi mente—. Tendrás que elegir un nombre mientras no sepamos cómo te llamas para poder dirigirnos a ti, ¿te parece bien? ¿Cuál te gustaría que fuese tu nombre provisional?

—Cierto... pues, no sé, supongo que tendré que pensar en uno.

—Te ayudaré con eso si quieres y con todo lo que necesites. No te preocupes, no estás sola, ¿de acuerdo? Por cierto... ¿qué te parece que te hagamos unas fotos para que la policía las difunda en la televisión y en la prensa? Por si tus familiares te están buscando o hay alguien que te conozca, sería una forma de que te encontrasen pronto, ayudaría mucho.

—Estoy abierta a todo, aunque... —titubeo.

—¿Aunque qué?

—¿Y si aparece alguien diciendo que es pariente mío y en realidad no lo es? Un psicópata o algo... con malas intenciones. Oh, Dios mío, ¿y si alguien dice ser próximo a mí en algún aspecto y miente? ¡No podré saberlo sin mi memoria!
—Comienzo a divagar en voz alta, me siento totalmente indefensa.

Bea se echa a reír.

—Lo siento —se disculpa—. A ver, si son parientes tendrán que aportar las pruebas oportunas. Tranquila, no te dejaremos en manos del primero que aparezca sin más. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Cuando termines de recuperarte de tus magulladuras y eso... No sé, algún día tendremos que darte el alta.

—¿Y a dónde iré si nadie me reclama? ¿Y si nunca recupero la memoria? ¡Me convertiré en una vagabunda...! —grito desazonada.

—Ya pensaremos en eso llegado el momento, ¿de acuerdo? Seguro que la recuperas. De momento preocúpate de restablecerte, quizás para entonces alguien te reconozca en televisión y venga a por ti, ten fe.

Al menos es amable y la obsequio con una sonrisa.

Posteriormente me traen mi comida que se limita a una sopa de pollo, una tortilla francesa y unas galletas comunes más un yogur de postre. No está demasiado mala, aunque tampoco me entusiasma, pero, por mis secuelas en el mar y hasta que curen, me toca dieta blanda. Bea me acompaña mientras tanto, sospecho que es para asegurarse de que coma.

Cuando termino, Bea comienza a recoger mi bandeja mientras manifiesta:

—Te traeré utensilios de aseo, un cepillo para el pelo y hasta maquillaje si quieres. Puedo prestarte el mío, sobre todo lo necesitarás para tus fotos, para cuando te las saquen y las publiquen en prensa y eso —me ofrece. Ella aparenta ser muy coqueta y saber arreglarse a la perfección, aunque con su fisonomía apenas le hacen falta retoques, la verdad.

—Eres muy amable, de veras. ¿Crees que debería maquillarme un poco para ello? Es que además ahora mismo desconozco qué maquillaje me irá bien ni nada sobre mí.

—Bueno, piensa que es como redescubrirte de nuevo a ti misma. Yo te prestaré esas cosas, luego iré a mi taquilla y te lo traeré para que vayas probando, tampoco es para que te pintes como el Joker, ¿eh? Algo más natural que resalte tus facciones naturales, no vaya a ser que se nos vaya la mano y entonces sí que no te reconocería nadie. Bueno..., igual el dueño de algún circo. —Y se echa a reír.

Está bromeando, quizás para quitarle hierro al asunto, sé que intenta animarme y ambas reímos.

—Bea... —titubeo posteriormente.

—Dime.

—No sé cómo darte las gracias por todo.

—No digas tonterías, estoy segura de que tú harías lo mismo si estuvieses en mi lugar.

Entonces lanzo la pregunta que tanto miedo me da hacer y me ronda desde el primer día que desperté en el hospital.

—Las contusiones y moratones... supuestamente son del accidente, pero... —Me da miedo preguntar—. ¿Y las marcas de mis muñecas?

—Oh..., eso... —apenas murmura mientras se revuelve por la habitación.

Su estado me inquieta más, así que le pido sin rodeos:

—Contéstame con sinceridad por favor.

—Ferrán... Él... consideró que ya tenías bastante trauma por el momento y no lo quiso mencionar, quería hacerlo cuando te pudiese ver el psicólogo...

—He estado atada, ¿verdad?

—Las marcas de tus muñecas podrían indicar que has estado retenida contra tu voluntad, sí. —Denoto pena en el tono de su voz, odiaría que me tuviese lástima, ella o cualquiera.

Miro mis muñecas.

—Son marcas de ligaduras..., ¿y si no naufragué?, ¿y si en realidad escapé de un barco? Y por eso no encuentran vestigio ni rastros de una embarcación siniestrada. ¡Dios mío! ¡¿Y si me han hecho algo horrible?!

—Te hicimos todo tipo de pruebas a tu llegada, hasta el test de agresión sexual, puedes estar tranquila en ese aspecto... Es todo lo que te puedo decir de momento.

—¿Y si me tenían retenida porque no soy una buena persona? ¿Y si me lo merecía por algo que he hecho? ¿Y si tengo hijos?

—No tienes pinta de mala persona, no te obsesiones con ideas improbables, ¿vale? Y tu exhaustivo reconocimiento médico, entre otras cosas como que gozas de buena salud, indicó que nunca has parido, nunca has dado a luz. Intenta tranquilizarte, por favor, o el médico me ordenará de nuevo que te ponga otro tranquilizante.

—Lo intentaré, pero es que es horrible no saber quién eres y cómo eres, si he sido buena o mala persona, a qué me dedico, cómo vivo y dónde... Pero lo intentaré, aunque no será nada fácil —balbuceo totalmente desmoralizada, luego medito sobre sus últimas palabras—. No he sido madre, pero ¿y si estoy casada y mi marido me está buscando?

—No tenías alianza ni la marca de haberla llevado a tu llegada... Pero todo puede ser. Tranquila, lo sabremos. Ahora te traeré mi neceser, ¿vale? Me llevaré esto —resuelve mientras me retira la bandeja de la comida.

—Muchas gracias por todo, Bea.

—No hay por qué darlas.

Y sale sonriéndome. Posteriormente regresa con el neceser y me ayuda a arreglarme el pelo y yo me dedico a aprender mis rasgos, qué me gusta y qué me queda bien. Para mí es como si fuera la primera vez, comienzo a descubrirme a mí misma, al menos es algo agradable.

Por la tarde Ferrán se presenta con Julián, el que será mi psicólogo. El cual me explica que mediante terapias varias, me ayudará a intentar recordar y que hará todo lo que esté en su mano, me asegura. Tiene unos cuarenta y pocos años, el pelo avellana, me lleva unos diez centímetros, delgado y bien parecido, unos ojos verdes amarronados que clava en mí, intrigados y expectantes. Posee una mirada tan intensa e inquietante que me hace sentir incómoda, como si la inquisición se hubiese echado sobre mí.

Esa misma tarde comenzamos a trabajar con unas fichas, con la intención de comprobar si reconozco los colores, los objetos, unas ilustraciones y dibujos, para entrever hasta dónde está dañada mi memoria. Gracias a Dios, recuerdo los objetos por su nombre, los colores sin fallar apenas alguna ficha y, cuando nos centramos en las ilustraciones, le digo lo que interpreto en ellas. Después

pasamos al presente, al mundo, a la actualidad; el siguiente nivel.

—¿Sabes qué día es hoy?

—8 de mayo de 2017.

—¿Quién es el presidente del Gobierno en España en la actualidad?

—No sé..., creo que un tipo con barba.

—Bueno... ¿Y el de Estados Unidos?

Esa cuestión me es súper fácil de contestar.

—Donald Trump, aunque me parece increíble...

Julián se echa a reír con mi respuesta.

—Bueno..., ¿has estado en Estados Unidos alguna vez o provienes de allí?
¿Algún vínculo con ese lugar del mundo?

—No lo sé.

—¿Sabes cuál es la capital de España?

—Barcelona.

—No, Madrid.

—Vaya, no se puede decir que pueda ir a un concurso de la tele.

—Pues no, la verdad. —Y deja escapar una recatada risilla—. Hablando de ello, ¿recuerdas algún programa de televisión? Eso podría ayudar a descubrir de dónde puedes ser. En realidad, cualquier cosa por insignificante que pueda parecerte, algo con lo que te sientas familiarizada, podría ser de una gran importancia.

—No, la verdad —digo decepcionada.

—No te aflijas, poco a poco irás recordando.

Después de un mar de preguntas, de revisar mis pruebas médicas, de constatar que al menos no sufro demencia y estoy en contacto con la realidad y la actualidad; dictamina su diagnóstico. Según él, mi amnesia es de un tipo: postraumática disociativa. Por eso soy incapaz de evocar recuerdos relacionados con experiencias altamente estresantes o traumáticas. O, lo que es lo mismo, después de mi supuesto accidente o naufragio, uno de los tipos de amnesia que generan más interés, según dice y me explica.

Julián está deseando tratarme, en cierto modo, comienzo a sentirme como un trofeo para él, no como una paciente a la que está dispuesto a ayudar. Para él, yo soy un caso de lo más interesante y de los pocos que se le han presentado en la

vida, por lo visto.

Por otro lado, me ha explicado que la amnesia disociativa quien la sufre se puede dar cuenta de que está en un lugar sin recordar cómo ha llegado ahí. Además, es muy común que no se recuerden aspectos de la propia identidad. Por ello, debo emprender un viaje más o menos largo para lograr recordar quién soy, contando con su ayuda, si es que estoy dispuesta a cooperar.

Accedo a prestarme a todo lo que me propone, no sin temor, someterme a hipnoterapia o hipnosis y a algo llamado terapia cognitiva, Julián me promete que empezaremos cuanto antes.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, inmediatamente la policía viene a sacarme las famosas fotos. Es esencial para arrojar luz a mi caso cuanto antes, para emitirlas en el noticiario del mediodía y en las ediciones digitales de los periódicos en Internet, lógicamente en la prensa impresa lo harían al día siguiente.

Cuando termino con eso, accedo a mi primera sesión de hipnosis con Julián. La llevamos a cabo en mi habitación y no en su consulta como sería lo habitual. Apenas he podido salir de mi cuarto desde mi llegada, lo máximo que he conseguido hacer es caminar unos metros por el pasillo de mi planta y poco más. Así que Julián no desea forzarme y no le queda otra que trasladar nuestra primera sesión a mi habitación del hospital.

Estoy muy nerviosa, aunque trate de escondérselo, pero ¿cómo ocultarle nada a un especialista y profesional en emociones? Julián lo percibe al instante, así que me pide que me tumbe en la cama, adopte la postura más cómoda para mí y, lo más difícil, que me relaje, cierre los ojos y me concentre. Rectifico, lo más difícil no es eso, lo peor viene después cuando me pide:

—Concéntrate. Es de noche y estás en alguna parte, antes de terminar en el mar, quizás un barco...

—No puedo, no puedo, no me hagas regresar allí.

—Pactamos que te ayudaría, no que sería fácil, eso nunca lo dije. Tienes que poner de tu parte.

—No quiero recordar esa parte, solo quién soy.

—Pues para ello tendrás que regresar a esa noche, a ese momento.

—No puedo.

—No quieres, no es el trauma lo que bloquea tus recuerdos, es el miedo. Tienes que entenderlo. Tu miedo a descubrir que ese recuerdo no sea agradable,

pero tienes que hacerlo, vence a ese miedo. Concéntrate en esa noche y en el mar...

—No puedo, ¿y si me han hecho algo horrible...?, ¿y si al recordarlo soy incapaz de recuperarme de ello el resto de mi vida? No puedo, ¡no puedo, Julián!

—O tan solo haya sido un accidente, tal vez viajabas en un lujoso velero con tu familia y te caíste por la borda de noche y no se percataron hasta el día siguiente y andan desesperados buscándote, hay muchas opciones...

—Lo sé, pero para las marcas de mis ligaduras en las muñecas no tantas...

—Eso es cierto, tal vez se tratara de parte de un juego sexual, algún fetiche y que te hayas dejado atar voluntariamente, quizás no, ¿quién sabe? Eso tratamos de descubrir, pero si no vences ese miedo nunca lo sabrás, ni harás volver tu pasado y saber quién eres. ¿No es lo que deseas?

—Lo intento, pero estoy paralizada.

—Está bien, estás demasiado nerviosa e intranquila hoy, mejor lo dejamos para otro día. Te necesito más relajada y dispuesta para que las sesiones funcionen, así que esperaré a que tú fijes el día de la próxima, cuando sea el momento oportuno y adecuado para ti y te sientas capaz, ¿de acuerdo?

—Eres muy amable, de acuerdo.

—Sé valiente, solo tienes que vencer tu miedo y lo demás irá rodado.

Julián se despide, y me quedo meditando en todo lo que hemos hablado. Un fetiche, ataduras..., aunque no recuerde mi pasado, estoy convencida de que ese rollo no va conmigo y lo descarto totalmente.

Dos días más tarde, comienzo con una dieta más sólida, mis heridas se han curado y mis moratones comienzan a difuminarse del violáceo a un tono amarillento, mientras continúo reuniendo las agallas precisas para enfrentarme al misterio de mi temida noche.

Después de salir mi rostro en los medios de comunicación, la gente no deja de llamar a los teléfonos que han proporcionado las autoridades, diciendo haber creído verme en varias zonas de la geografía española, pero siempre en puertos y en distintos intervalos de tiempo. Julián me mantiene informada de ello. En lo que más coinciden es en haberme visto en las Islas Baleares, en la costa mediterránea, acompañada de un hombre mayor que yo y en un barco, es la pista que más está siguiendo la autoridad pertinente que lleva mi caso.

Al día siguiente después de desayunar y de mi reconocimiento médico

rutinario, como físicamente estoy casi recuperada, Ferrán y Julián se reúnen para tomar una decisión sobre a qué planta trasladarme, ya que no puedo permanecer en la de Trauma, al estar casi completamente restablecida físicamente. Espero impaciente la deliberación de su reunión.

Casi al mediodía ambos vienen a verme a mi habitación.

—¿Y bien? ¿Comienzo a recoger para mudarme?

—Barajamos trasladarte a Montecelo en Pontevedra, ya que es el centro de referencia de aquí, al ala de Psiquiatría, pero no tienes demencia ni nada parecido, tu amnesia, supuestamente temporal, no puede definirse como enfermedad psiquiátrica, así que queda descartado tu traslado.

«Referencia», no conozco esa palabra, aunque comprenda el español, hay momentos en los que me doy cuenta de que mi vocabulario no es muy amplio dentro de este idioma, pero en el contexto de la frase llego a comprender a lo que se refieren. Está claro que todavía me queda mucho por aprender.

—¿A otro hospital? No sé cómo siquiera lo habéis considerado, otro hospital, nuevos médicos, caras nuevas, lejos de aquí... —«Y de Brais, sobre todo», pienso. Deseo tanto conocerlo... Si me voy dejaría de existir esa posibilidad por remota que pueda ser, ver de nuevo al hombre que salvó mi vida y me rescató del mar.

—Desearía quedarme cerca de donde aparecí, para así arrojar luz sobre lo mío cuanto antes, es un alivio saber que, aunque hayáis especulado con ello, no va a pasar. No quiero trasladarme a otro lugar.

—Tranquila, tan solo te trasladaremos a otra planta, a la de Medicina Interna.

Suspiro aliviada.

Y así es, sí, echando mano del protocolo y la burocracia, paso a ser una paciente de Medicina Interna y a tener un lugar donde quedarme. En cierto modo es una forma de asegurarme una cama y un plato de comida mientras persista mi amnesia, una forma de subsistir hasta que pueda valerme por mí misma.

Ferrán deja de ser mi médico, paso a ser ahora responsabilidad de Julián, pero no me importa, todos son tan amables y el hospital se ha convertido en el único hogar que recuerdo haber tenido hasta la fecha. Mientras que el mar del que he salido sigue escondiendo los vestigios de haber existido siquiera antes de la noche de mi extraña llegada y mis recuerdos y todas mis vivencias continúan ocultos y prisioneros en el profundo azul que me lo ha arrebatado todo.

Ferrán, aunque ya no sea mi médico asignado, promete venir a verme y seguir mi caso de forma extraoficial y continuar prestándome su apoyo en lo que pueda. Y Bea, aunque se encargue de la planta de Traumatología, también me promete visitar mi habitación en mi nueva ubicación en el hospital siempre que le sea posible.

Ese domingo de mayo es el día fuerte de visitas como suele ser cada domingo. El hospital es un hervidero de gente que ha acudido a ver a sus familiares ingresados en el centro. Lleva días lloviendo, por lo que me han dicho es algo habitual en este lugar de la costa gallega, pero esa tarde de domingo el cielo se abre dando una tregua y regalándonos una tarde espléndida, algo que me anima bastante. El día mejora si cabe más cuando Bea me informa de que tengo una visita muy especial:

—Brais ha venido a verte, ¿quieres verlo?

¿De verdad se atreve a preguntármelo siquiera? ¿Si deseo verlo?, pero ¡qué pregunta más absurda es esa! Lanzo una súbita afirmación tan pronto termina de preguntármelo, ¿cómo puede cuestionarse si deseo verlo? Finalmente, Bea abandona mi habitación para hacérselo saber y baja a la entrada principal, donde Brais espera. Y, mientras marcha en su busca, comienzan a apoderarse de mí los nervios y mil inseguridades. No sé cómo comportarme y mostrarle abiertamente toda la gratitud que mi interior guarda para él... Oh, igual lo espanto, mi nerviosismo crece a medida que transcurren los minutos, hasta que intuyo unos pasos tras la puerta de mi habitación.

Ahí me ataco del todo, Bea abre de sopetón y lo veo frente a mí sin poder siquiera encomendarme a Dios en el caso de que yo sea católica, a saber si soy religiosa siquiera.

Parece tener unos treinta y pocos años, lleva unos vaqueros desgastados, calza unas Converse y viste una camiseta muy juvenil y veraniega. Ligeramente más alto que yo, facciones marcadas, mandíbula ancha y mirada profunda e intensa, rostro muy viril y posee unos ojos de color verde claro... «ufff», encerrados por un anillo limbal negro muy marcado que rodea su iris, algo muy poco común que lo hace más atractivo si cabe, qué mirada... Es él, no hay duda... Estoy incluso deseando echarle un buen repaso a su retaguardia, sí, me avergüenzo de mis libertinos pensamientos durante un instante, pero al menos hacen que me olvide de mi gran conflicto amnésico. Estoy tan feliz porque él esté aquí... Me agrada hasta el perfume que lleva, fresco, pero varonil y no muy cargante. El tal Brais porta una misteriosa caja de cartón que asemeja pesar bastante, así que la deja a los pies de mi cama de inmediato y luego levanta la

vista para dirigirse a mí.

—Soy Brais... No sé si me recuerdas de la playa —se presenta alargando su mano.

Bea nos contempla con gran interés y una sonrisa en la boca.

Yo vuelvo a estar hipnotizada mirándolo, como en la noche de la playa, recordando cómo gracias a él no desfallecí aquel día. Es tal y como recuerdo, no ha sido un sueño ni mi mente lo ha adornado ni idealizado, su mirada, su voz, todo... Sí, lo he vivido como principal testigo y espectadora y no puedo dejar de sentirme más dichosa por ello.

Me cuesta arrancar las palabras, se me atorán en la garganta y permanezco embobada unos instantes porque no puedo sacar mis ojos de él, pero en cuanto lo consigo sale todo de carrerilla, creo que es por culpa de mi nerviosismo, a la vez que mi mano sale al encuentro de la suya, estrechándola.

—¿Cómo no voy a recordarte? Es más, eres como la primera persona que conocí, la primera de mi vida, ya que mi memoria se remonta a tan solo esa noche. No sé cómo darte las gracias por lo que has hecho por mí, por sacarme del agua, ni cómo pagarte.

«No coqueteo, no coqueteo —me repito y obligo en mi mente—, solo estoy siendo agradecida, ¡qué menos!». De verdad que trato por todos los medios de no hacerlo.

—No hay por qué darlas, por cierto, esta caja es una de muchas que... Te has hecho famosa, están trayendo cajas de ropa y cosas que te pueden ser útiles, parece que has despertado la solidaridad de todo el mundo. Todos te conocen ya, menos tú misma, claro..., y lo siento mucho.

—¿De verdad? ¿La gente me está enviando cosas? Oh, Dios, yo... no sé cómo darte las gracias por sacarme del mar, y que la gente sea tan generosa sin conocerme siquiera...

—Cualquiera lo hubiese hecho, cualquiera que pasase por allí y te hubiese visto, no te preocupes. Y por la gente de aquí... siempre ha sido muy unida y solidaria. Si yo te contara... —Luego se dirige a mi enfermera, a Bea—. ¿Te acuerdas cuando el chapapote?

—Uy, sí, hasta la gente más pudiente o rica se arrojó a ensuciarse y recoger fuel cuando la marea negra, fue histórico cómo nos unimos todos.

—Vino gente de todos lados incluso a ayudar.

—¿Chapa... chapapote? —pregunto confusa.

—Esa es una historia que te contaré otro día y te darás cuenta de que somos gente muy humilde y solidaria.

—Ya, pero... en mi caso... fuiste tú.

—No ha sido nada, en serio, espero que te sirva la ropa. —Me sonrío cambiando de tema y de tono, rascándose la nuca.

¿Acaso se siente incómodo con mis palabras de agradecimiento? No he dicho mentira alguna, solo me limito a ser fiel a la realidad; pero es posible que no se sienta entusiasmado con mi emoción tan patente o con su papel de héroe, sin embargo, lo es, es mi héroe.

—Pues tendrás para más de un año, las cajas se están amontonando a la entrada de Urgencias... —Deja caer Bea.

—¿En serio? —formulo impresionada.

—Sí, a este paso te acaban echando antes de lo previsto del hospital. Nos están saturando la entrada de cajas de ropa desde que has salido en las noticias. Pero, aprovecha, la ropa con la que viniste está inservible... y no tienes más... No te preocupes, está toda lavada, ha pasado antes por el control de la asociación que dirigen las monjas de donación de ropa y calzado de la isla.

—Vaya —digo impresionada—, la verdad es que estoy harta de los camisones del hospital.

Entonces Brais me sorprende con una proposición:

—Pues... ¿por qué no te pruebas algo y salimos a pasear? Bea me ha comentado que no has salido al exterior desde que has llegado y que no haces caso a nadie con ese tema.

—Yo... no he salido al exterior... me da miedo, todo es nuevo para mí y... —confieso incapaz de terminar mi frase.

—Pues sería una pena que no aprovecharas el espléndido día que hace hoy, llevaban días lloviendo sin parar. Venga, solo será por el aparcamiento de aquí fuera, nada más, ¿qué me dices? Te vendrá bien dejar de estar enclaustrada entre estas paredes. Aprovecha el sol, a saber cuándo hará otro día como el de hoy.

—Sal, no seas tonta —me anima Bea—. Brais te rescató del mar, ¿qué mejor acompañante para un paseo que el más aplicado guardaespaldas que tendrás hasta la fecha?

Cojo aire antes de contestar.

—Está bien —accedo finalmente.

Brais espera fuera de mi habitación mientras me cambio el horrendo camión por ropa de verdad, la caja está repleta de prendas de temporada, adecuada para la estación. Hay mucha ropa de flores; en ese momento aprendo algo más sobre mí, que odio las flores, al menos las que van estampadas en la ropa.

Finalmente me decanto por unos vaqueros y una camiseta negra muy corriente de algodón que me sirven perfectamente y salimos al exterior.

Caminamos un rato por el aparcamiento. Brais no articula palabra, tan solo camina a mi lado y se limita a mirarme de vez en cuando. Yo disfruto de la calidez del sol sobre mi piel, es agradable después de tanto tiempo enclaustrada y hasta en un momento dado cierro los ojos dejándome envolver por una sensación tan agradable, por los olores tan característicos de este lugar donde he terminado, sin pensar en lo que me ha sucedido. No quiero, solo deseo disfrutar del paseo, de la compañía y olvidar al menos por un momento mi amnesia, mi mayor pesadilla, hasta que me pregunta:

—¿Cómo lo llevas? Lo de salir fuera. La verdad... es que Bea ha insistido mucho para que yo te lo pidiese, como no has hecho caso a nadie desde que has llegado... creyó que tal vez yo podía convencerte.

—Bien —respondo—, así que me lo has pedido por compromiso —digo riendo.

—Pues sí, pero tampoco me arrepiento, ¿a que no ha sido tan desagradable salir?

—No —confieso mirando a mi alrededor y prosigo—, me gusta tanto verde, los árboles y olores. Huele a tierra mojada, a una esencia fértil, a campo y a pureza. Me gusta.

El hospital está rodeado de una considerable vegetación, entre pinos y eucaliptos, de verde hierba, hasta el mismo aparcamiento tiene sus jardines y huele todo ello a tierra mojada y tantos aromas entremezclados tan armoniosamente que consiguen relajarme.

—Pues solo estás en un aparcamiento. Arousa te encantará, si no eres de aquí, claro, si aún no la conoces. Aunque no lo creo, tu acento ni siquiera parece español.

—Eso dicen todos con los que he hablado, médicos, policía... que soy extranjera —aludo mientras continuamos caminando.

—Pues vaya misterio, aparecer sin más en la playa y que no se encuentre

ninguna embarcación ni nada de momento...

—¿Misterio? Más bien es un cataclismo, imagínate aparecer sin memoria en un lugar que no es el tuyo ni nada o eso parece. Es una desgracia no un misterio.

—Lo siento, no trataba de mortificarte, lo siento de veras —se disculpa metiéndose las manos en los bolsillos y encogiendo los hombros mientras continuamos caminando.

—No, tengo que asumirlo del todo, solo eso, si no logro recordar... no sé qué será de mí, no quiero ni pensar en ello. Pero, de veras, no sé cómo darte las gracias, creo que siempre estaré en deuda contigo —le aclaro y agradezco mientras no dejo de preguntarme si aquellos ojos de un verde esmeralda tan preciso son reales, si la gente de aquella zona es verdaderamente como él de bondadosa, como comentaban él y Bea y tantas otras preguntas que se aglomeran en mi mente...

—Déjate de deudas, de verdad. Y como en tu situación no tendrás mucha gente con la que hablar... te dejo mi teléfono, ya sabes, por si un día lo necesitas.

—Yo... no conozco a nadie más que a mis médicos y a Bea que es realmente amable también, pero a veces me siento como si fuese el centro de miradas de lástima y hay momentos... —Suspiro—. En los que tengo ganas de echar a correr, pero ¿a dónde?

—Bueno, si estoy por la zona... ¿qué te parece ir un poco más lejos del aparcamiento? Podríamos quedar para echar a correr, me gusta el deporte, eso siempre que el tiempo nos lo permita —bromea.

Se me escapa una risilla nerviosa, pero luego medito sobre sus palabras:

—Si estás por la zona, ¿qué quieres decir?

—Aunque soy de la isla, trabajo en Riveira. Ejercicio como médico de familia allí, pero me cansé de ir y venir y el gasto de gasolina... No es que tenga una gran cuenta bancaria, ¿sabes? En ese sentido, no soy un buen partido. —Deja caer una comedia carcajada—. Así que alquilé allí un pequeño piso, no estoy mucho por aquí, apenas los fines de semana, puentes y vacaciones cuando regreso a mi casa familiar.

—Vaya, no pude caer en mejores manos esa noche..., médico.

—De medicina general, tampoco es para lanzar cohetes.

—¿Lanzar cohetes? ¿Por qué ibas a lanzar cohetes? —formulo confundida, es médico y no astronauta, ¡no entiendo nada a veces!

Brais se carcajea.

—Veo que entiendes el idioma, pero no la ironía. Me refiero a que no es para tanto, no soy cirujano ni nada importante. Se dice «no es para echar cohetes» o para celebrarlo, viene a ser algo así.

—Para mí sí lo eres, fuiste mi salvador.

—Bueno, deja de darle importancia o me voy a pensar eso de servirte de guía por la zona, ¿eh? Me hace sentir incómodo. ¿Qué me dices? Aún no has contestado.

—Salir al mundo exterior... en mi estado —titubeo.

—Ya has salido al aparcamiento y no ha pasado nada.

—Si te soy sincera... —titubeo de nuevo—, me gustaría ir a la playa donde aparecí esa noche... Allí sí me gustaría ir, pero... no sabía a quién pedirselo.

—El viernes que viene podría, vuelvo a la isla y estoy libre, ¿te paso a buscar?

—¿De verdad? Te prestas así, ¿sin más? Me encantaría, quizás recuerde algo estando allí, solo quizás, pero me gustaría averiguarlo.

—Será un placer poder ayudarte, luego te dejo mi teléfono en recepción, ¿una vuelta más al aparcamiento? —me pregunta cuando ya le hemos dado la vuelta completa y estando con él, la verdad, que ni cuenta me había dado.

—Claro —respondo.

Un silencio incómodo nos envuelve durante la siguiente vuelta, tengo que romperlo de alguna forma y aludo a su nombre.

—Brais es un nombre precioso. Yo no conozco ni el mío... la verdad, ni siquiera puedo tener una conversación normal con nadie. Tú me has contado a qué te dedicas, dónde vives... Y yo no puedo contarte nada sobre mí, porque desconozco todo completamente —manifiesto totalmente derrotada y desanimada, recordando mi presente tan ambiguo y futuro más incierto, si cabe, ¿habría alguien en el mundo con uno como el mío? Lo dudo.

—Eh, no te desanimes, ahora tienes que ser fuerte, el pesimismo no te ayudará. Además, si no recuerdas tienes la posibilidad de comenzar de nuevo, de ser quien quieras ser, de dedicarte a lo que quieras, de reinventarte, ¿cuántas personas tienen esa posibilidad? Piénsalo. Comenzar de cero. Busca siempre el lado positivo de todo, siempre lo hay.

—Meditaré sobre ello.

Nos sonreímos y nos quedamos así un instante, hasta que Brais rompe aquel extraño momento.

—Empieza a refrescar, será mejor volver. —Deja caer de forma muy fría. A pesar de mostrarse tan amable conmigo, hay momentos en lo que siento que algo le incomoda de mí y eso me confunde, así como despierta mi curiosidad enormemente.

—Es verdad, gracias por el paseo y los ánimos.

—De nada, entonces, ¿te recojo el viernes?

—Sí, por favor.

—Te apuntaré mi número en el mostrador de la entrada por si cambias de idea o surge cualquier cosa. Bueno y por si necesitas que te traiga algo.

—Muchas gracias, hoy has terminado de arreglarme el día.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Déjalo, es una tontería.

—No, ahora tienes que contármelo, odio que me dejen a medias, lo detesto en una conversación.

—Bueno, hoy me han dicho que por fin puedo comer ya algo más contundente, una dieta más sólida, como llegué con deshidratación y eso... Luego comencé a comer poco a poco cosas muy livianas, ya sabes, y para colmo tu visita y tu ofrecimiento, es agradable hablar con alguien que no sea un médico o una enfermera para variar, día perfecto.

—¿Y qué te apetece?

—Aún no lo sé, estoy descubriendo qué me gusta y qué no, ni eso consigo recordar.

—Hasta comer es toda una aventura para ti, Bueno, ¿ves? Redescubrir todo de nuevo es emocionante. Aprovéchalo.

—Lo intentaré.

Al llegar al mostrador, apunta su número en un papel que pide en la recepción del hospital y allí nos despedimos.

—Hasta el viernes, mujer del mar.

—Hasta el viernes, Brais.

Después de contemplar cómo se marcha, subo sola en busca de Bea, por alguna increíble razón ya no siento miedo al caminar entre extraños, ni necesito

ir acompañada de Bea para ello; aunque de momento se limite a los pasillos del hospital. Comienzo a sentirme renovada, quizás me haya animado el hablar al fin con alguien que no es mi psicólogo o enfermera, y que ese alguien fuera Brais creo que tiene mucho que ver.

Pregunto por Bea y me dicen que ha terminado su turno, pero que aún no se ha marchado, me indican los vestuarios de personal en la planta de abajo, cerca de Urgencias y voy hacia allí para contarle todo. La puerta, a pesar de estar restringida solo para los empleados del hospital mediante código de acceso, está entreabierta y puedo ver a Bea totalmente cambiada ya, sin su uniforme y enfundada en su ropa de calle a punto de salir, entonces le pregunto:

—¿Te marchabas ya?

—Tranquila, ni lo sueñes, no pensaba marcharme sin despedirme de ti y saber cómo te fue con Brais, ¿y bien? ¿A que es un encanto? —formula al mismo tiempo que cierra la puerta a su espalda, cargando con una mochila.

—Es muy amable, aunque un poco raro. Es como si cambiase de humor continuamente, pero me llevará el viernes a la playa donde aparecí, a ver si logro recordar...

—Me alegro, así que..., ¿de excursión?, te hará bien salir, ya lo verás.

—Eso espero, ¿crees que lo hará por lástima? Es amable y a veces frío al mismo tiempo, me confunde.

—Nadie es perfecto, y según cómo nos trate la vida, quizás defina nuestra personalidad.

—¿Qué quieres decir? ¿Le ha pasado algo malo a Brais?

—La vida, chica, la vida. Pero sigue siendo un encanto aun con sus rarezas, ya te darás cuenta. —Está claro que no le apetece demasiado revelarme y despejarme la duda y no quiero insistir de momento, aunque la curiosidad me sigue carcomiendo—. Y no seas tonta, no creo que lo haga por lástima, no pienses eso, solo trata de ayudar. —Se ríe—. Ah, se me había olvidado —menciona posteriormente, sacando algo de su mochila—. Iñigo, mi novio, me dio esto para ti. Es un libro de nombres gallegos, mientras recuperas el tuyo para que elijas uno provisional. Le pareció hasta adecuado ya que apareciste aquí... que el nombre sea de la zona... Ideas locas que tiene a veces... —deja caer al final como esperando mi respuesta.

—Lo leeré esta noche, tu novio ni me conoce y te da esto para mí, la gente aquí es espectacular... Claro que no me importaría adoptar un nombre de aquí de

momento.

—Es que es un embrollo cuando tengo que dirigirme a ti... y a veces me quedo en blanco por no tener un nombre por el que llamarte.

—Lo entiendo, tranquila. Dale las gracias a tu novio de mi parte por el libro y no sé cómo dárselas a toda esa gente que me está enviando ropa.

—Anda que no eres el tema de actualidad, lo tuyo corre como la pólvora.

—A pesar de lo que me ha pasado... comienzo a pensar que no he podido terminar en mejor lugar que este.

—Bueno, bueno, prepárate también para las malas lenguas, hablarán bien y mal de ti, aquí hay de todo. Lo que tienes que hacer es pasar y no hacer caso si llega a tus oídos algo desagradable.

—No me asustes, ¿a qué te refieres?

—Solo te estoy preparando, para lo bueno y lo malo, aquí hay mucha gente que se aburre demasiado, como en todos los pueblos, ¿de acuerdo? Por cierto, antes de irme voy a buscarle sitio a todas las cajas de ropa y cosas que están dejando para ti, anda que tienes tarea para mañana; ir escogiendo lo que te sirva y puedas utilizar, pero así te mantendrás distraída y ocupada.

—Sí, lo voy estar bastante porque he visto la pila de cajas de fuera cuando fui a pasear con Brais —respondo, está claro que ha escuchado algo por ahí y no desea incomodarme por el momento con ello, aunque espero que con el tiempo me lo cuente.

Ambas reímos y luego nos despedimos.

Al día siguiente, a primera hora me pongo a escoger la ropa de entre todas las cajas que me han donado, sobre todo y en primer lugar, a clasificarla por mi talla, pero es una tarea interminable, porque no dejan de llegar más de otros lugares de la periferia arousana, ya no solo de las monjas de la isla y, aunque lo agradezco enormemente, considero que con las primeras cajas tengo suficiente para toda una vida.

Las nuevas enfermeras que he conocido en la planta de Medicina Interna, mi nueva planta, son tan amables y simpáticas conmigo como Bea. No sé si por la fama que he obtenido o qué, pero no me importa, Cris es encantadora y sobre todo Mari Carmen, o «Mari Cabo» como la llaman aquí para diferenciarla de otra enfermera que se llama igual, y ella como es de Cabo de Cruz, Boiro, que es muy dulce también, todos parecen esforzarse porque me sienta bien y lo logran con creces sin duda.

Mari me está ayudando a clasificar la ropa cuando Bea viene a verme.

—Buenos días, esto...—menciona y se atasca como cada día, como cada vez que tiene que dirigirse a mí.

—¿Mencía? —respondo intentando ayudarla a terminar su saludo.

—¿Mencía? ¿Has elegido ese nombre? Veo que has leído el libro que te presté. La verdad es que es un alivio, era incómodo no saber cómo dirigirme a ti.

—¿Como cuando me has dado los buenos días y como en tantas otras ocasiones?

—Pues sí. —Se ríe—. Me gusta tu elección. Oye, tengo un descanso ahora, ya que saliste con Brais ayer al exterior, ¿qué te parece si hoy te tomas un café conmigo en la cafetería? Yo invito, ¿vienes, Mari?

—Yo ya hice mi descanso, así que no me puedo escaquear.

—Bueno, en otro momento entonces, ¿qué tal los niños?

—Deseando que termine el cole el mes que viene, y yo temiéndolo, aunque no tanto a las notas.

—Tienes unos hijos maravillosos.

—Ay, ¿qué voy a decir yo que soy su madre...? —Se echa a reír.

Bea le sonrío y luego vuelve a dirigirse a mí:

—¿Vamos a por ese café entonces?

—Yo no tendría con qué invitarte de todos modos... no tengo dinero, pero acepto que lo hagas tú.

Me sonrío y nos ponemos en marcha hacia la cafetería, mientras pienso cómo podría pagarle en un futuro próximo todas sus atenciones. Aunque sea enfermera, su trato conmigo va más allá del que se le puede dar a una simple paciente como yo y tengo que comenzar a planear cómo devolverle su generosidad. Espero que se presente alguna forma posible, lo necesito verdaderamente.

Llegamos a la barra y ella pide un café con leche, entonces el camarero me mira a mí esperando a que escoja.

—Yo... —titubeo—,...ponme otro igual —decido finalmente.

Bea me mira condescendiente.

—No sabes cómo te gusta el café, ¿verdad?

—¿Sinceramente? Ni siquiera sé si me gusta.

—Pedro, ponme un café solo también, ¿vale?

No digo nada, Bea coge ambos cafés y los traslada hasta la mesa donde nos sentamos.

—Prueba los dos, me quedaré el que no te guste, eso si te gusta el café, claro, ahora lo descubriremos.

—¿Seguro que quieres que pruebe los dos? ¿Y luego te vas a beber del que he bebido yo?

—Claro, tonta. No soy escrupulosa, venga, anda.

Pruebo ambos y luego vuelvo a beber del que contiene leche.

—Me gusta el café, sobre todo este.

—Bueno, pues ya hemos descubierto algo más de ti, ¿ves?

—Ya, pero es un detalle sin importancia —manifiesto desalentada.

—Algo es algo, por cierto, ¿qué tal con Julián, tu psiquiatra?

—Es amable, aunque me presiona demasiado.

—Por algo será, estoy segura de que sabe lo que hace y que es por tu bien.

—Sí, supongo... Ah, recuérdame que te devuelva el libro.

—No te preocupes, ni a mí ni a Iñigo nos hace falta y, por cierto, ¿por qué elegiste Mencía de entre todos los nombres del libro?

—Porque leí que significa indulgencia o una abreviatura de clemencia. Las mujeres que llevan este nombre son mujeres con un gran corazón que siempre están dispuestas a hacer cosas por los demás. Son personas muy emotivas, sinceras y de carácter gentil. No recuerdo cómo era yo, pero sí cómo quiero ser, como la gente que me está ayudando, y por eso lo elegí.

—Después de lo que has dicho estoy segura de que fuiste y eres una buena persona.

—Espero poder saberlo algún día, también he leído en tu libro que así se llamaba una religiosa que forjó numerosos milagros, a ver si me trae suerte ese nombre y se concibe el mío; que regresen mis recuerdos y con ello mi vida.

—Pues ya sabemos algo más de ti, que crees en la suerte.

—No, en realidad es que en mi situación me aferro a cualquier cosa, Bea.

—Lo sé, amiga —dice poniendo su mano sobre la mía, con cara de arrepentirse de haberlo mencionado.

—¿Amiga? ¿Lo dices en serio? No sé qué decir..., significa mucho para mí.

—Ay, no, pero no te pongas en plan cursi, ¿eh?, que no puedo con eso.

—De acuerdo, lo intentaré —respondo riendo.

Posteriormente Bea mira su reloj de pulsera.

—¿Otro café? —me pregunta como si estuviese pendiente de cerciorarse de si le da tiempo o no.

—Me encantaría.

Después de otra breve charla con Bea, nos despedimos. Breve, porque a mí personalmente se me hacen muy cortas, pero ella, desgraciadamente para mí, tiene que regresar a sus deberes laborales. Vivo donde ella trabaja.

La tarde me la paso haciendo ejercicios de memoria que Julián me ha recomendado, que en mi opinión son inútiles porque por el momento siguen siendo infructuosos. Por la noche apenas puedo dormir pensando en mi excursión del viernes. Por una parte, deseo visitar la playa para que despierte algún recuerdo en mí y, por otra, temo que los recuerdos no sean nada agradables, que algo muy siniestro me haya llevado a terminar en esa isla. Estoy en total contradicción conmigo misma y mi desazón e insomnio persisten casi toda la semana.

La mañana del viernes, muy temprano, Julián se persona de nuevo en mi habitación, para colmarme de más dudas. Pasa a ser mi custodio, mi responsable, como un tutor al que tengo que dar cuenta de todo, mientras no consiga recordar nada y persista mi amnesia. Como contar con su permiso, por ejemplo, para mi pequeña excursión con Brais. Sí, necesito de su supervisión y hasta su aprobación para ello. Parece no hacerle gracia mi salida, él, que insiste en que salga... y lleva toda la semana mostrándose contradictorio. Y ese día no va a ser para menos, es como un disco rayado.

—¿Estás segura de querer enfrentarte a la playa sin más? Sin preparación previa, ¿ni haber iniciado antes una sesión de hipnosis ni nada...? No estoy seguro de que estés preparada. Para ti será como una terapia de choque saltándote todo lo anterior.

—Estoy segura, Julián —manifiesto igualmente.

—Debería acompañaros —sugiere mientras una caricia suya se desliza por el reverso de mi brazo—, temo tu reacción si algo llega a pasar, y que el tal Brais no sepa manejar la situación, tan solo quiero velar por tu bienestar, ¿lo entiendes?

—Estaré bien, no hace falta —insisto ante su perseverancia, algo en él me confunde a veces enormemente y no me agrada.

—Es lo que pretendo, lo entiendes, ¿verdad?

—Pues me haces dudar más todavía, ¿crees que voy a padecer un brote psicótico, que soy un peligro para Brais o para mí misma? ¿Qué es lo que crees realmente? ¿Que no estoy lo suficientemente cuerda para enfrentarme a mi destino? Llevas días intentando convencerme para que salga, tú y todos, y ahora me pones pegas. Respóndeme, Julián, ¿qué es lo que deseas que crea?

—Solo digo que deberías hacerlo bajo supervisión. He profundizado sobre casos como el tuyo, aunque son más usuales en combatientes militares, desarrollan tu tipo de amnesia después de un trauma en combate, y se dan muchos casos de autolesiones o intentos de suicidio, incluso impulsos agresivos. No creo que sea tu caso, pero... me gustaría velar por ti en un momento tan delicado.

—Me lo has repetido cien veces, pero no podría estar allí mientras tú me miras, estudiándome y analizando cada uno de mis gestos y reacciones, así no podré. Quiero hacer esto sola, necesito hacerlo así, entiéndeme tú a mí.

—En realidad, me sorprende tu conducta, otros concebirían temor al agua después de un suceso como el tuyo; pero tú, en cambio, deseas enfrentarte a tus demonios si con ello consigues recuperar tu memoria. Eso te honra, eres muy valiente. No obstante, yo no estoy tan seguro de que allí conserves esa entereza que muestras ahora.

Continuamos discutiendo un buen rato hasta que puedo finalmente darle esquinazo, odio cuando utiliza la presión conmigo, y que no acepte un «no» como respuesta.

Deseo que las horas pasen rápido, que lleguen las anheladas diez de la mañana y salir con Brais hacia la isla o *illa*, como le dicen aquí en su idioma gallego.

Llegan las once y las once y media..., hasta que salgo a comprobar por quinta vez que Brais no está esperando en el aparcamiento o me haya dejado algún tipo de mensaje en la centralita, pero infructuosamente.

Así que regreso al interior, mi cara es todo un poema. Tengo que asumir que él no está comprometido a cumplir su palabra y que solo soy para él una desconocida, una extraña que apareció una noche. No tiene la obligación de acudir al hospital para llevarme a la playa, seguramente tiene una vida y mejores cosas que hacer, como todos... menos yo. No tengo vida, ni pasado, yo no tengo

nada. Y, aunque me duela el plantón, no puedo reprochárselo.

No tengo un hogar al que regresar, al menos que yo sepa, ni dinero, ni un trabajo del que valerme y ser completamente independiente. No pueden darme el alta, porque no tengo a dónde ir. Necesito demostrar que estoy capacitada para ello, tener un techo, ingresos y, por si no es suficiente, un informe de Julián justificando que estoy totalmente cuerda, que no represento un peligro para mí misma ni para los demás. Estoy hundida, ¿cómo no estarlo en mi situación? Pero solo es eso; tristeza y miedo. No muestro signos de desear suicidarme ni hacerle daño a nadie. Sin embargo, Julián no lo tiene tan claro, por lo visto, y lo odio por ello. Mi caso es tan complejo que, aun con un informe favorable del psiquiatra a mi favor, hasta un juez tendría que dictaminar si estoy preparada para enfrentarme al mundo real en un futuro no muy lejano, es todo más que frustrante.

Camino hacia mi habitación cuando me cruzo con Mari, que se percata enseguida de mi semblante, más afligido y consternado que nunca, pero no dice nada. Sigo mi camino sin dejar de observar cómo comienza a seguirme, y hasta eso me da igual en esos momentos.

Al llegar a mi habitación me entierro bajo la almohada, sumida en mi decepción mientras la escucho entrar tras mis pasos.

—¿Y tu excursión? Te hacía fuera desde hace más de una hora, ¿qué ha pasado?

—Que Brais no ha venido, eso pasa. Debí aceptar la proposición de Julián e ir con él.

—Bueno..., pues díselo.

—¿A Julián? Anda liado pasando consultas. Y bastante decepcionado conmigo porque me lo pidió y le dije que no, quería ir con Brais que se ofreció primero y hasta discutimos. Aunque estuviese, ni ganas tendría de verme, y lo comprendo.

—Pues Brais no es así, coincidí con él un par de años trabajando en Urgencias en mis tiempos de novata y no suele faltar a su palabra, quizás le haya pasado algo...

—Da igual... Estoy cansada de vivir en mi limbo, de pedir permiso para todo..., de depender de todo el mundo hasta para un simple paseo. Tal vez debería quedarme aquí así para siempre, igual es mi castigo, quizás fui muy mala persona en mi pasado y es mi forma de pagarlo ahora, quizás el karma me esté pasando factura.

—No digas tonterías, ¿qué ibas a ser mala? Anda, levántate de ahí ya.

—¿Para qué? ¿De qué serviría?

—Ay, con lo buena paciente que estabas siendo... Vamos a tomarnos un té, levanta, anda.

—No me vas a dejar en paz, ¿verdad?

—Hasta que te levantes, no.

—Está bien, está bien... —me rindo finalmente.

Mari prepara un par de infusiones en el cuarto que se ubica detrás del Control de Enfermería de mi planta, el cual se ha convertido en una de mis guaridas y sitios predilectos en el hospital, sobre todo por las noches, cuando Bea tiene turno y se escaquea de Trauma a mi planta.

Posteriormente salimos al pasillo a tomarnos el té.

—Así que discutiste con Julián, ¿se puede saber por qué?

—Porque insistió en acompañarnos a la playa aludiendo a mi seguridad, mi estado emocional y bla, bla, bla y yo me negué. Necesitaba ir sola y no lo entendí.

—Supongo que lo hace con buena intención.

—Lo sé, supongo que estoy un poco agobiada por todo y lo pagué con él.

Entonces la puerta principal del hospital se abre a mi espalda, dejando entrar un sople de aire que trae consigo un aroma muy familiar que comienzo a adorar. La mirada se me ilumina.

—Brais ha venido —digo antes de girarme hacia la puerta de un brinco.

—¿Cómo lo sabías? —pregunta ella girándose también, contemplando cómo un Brais intranquilo, hasta agitado, hace presencia con paso acelerado. Nos avista a ambas precipitando el paso más si cabe hasta nosotras y soltando casi de carrerilla:

—¿Preparada? Siento el retraso, problemas domésticos con mi madre.

—Preparada no, pero tengo que hacerlo. Creí que ya no vendrías.

—Te hubiese avisado si fuese así, pero mi madre es muy testaruda y, en fin..., una pequeña riña me retrasó, ¿vamos entonces?

—Claro, tienes que firmar en el mostrador que salgo voluntariamente, que te haces responsable de mí... y esos estúpidos formalismos.

—Ya, claro, ahora vuelvo.

Mientras Brais se encamina al mostrador, Mari me pregunta:

—¿Cómo sabías que era él? ¡Si estabas de espaldas a la puerta!

—Recordé su perfume, del otro día cuando vino.

—Vaya, podría ser cualquier otro que usara la misma colonia.

—Puede, pero en mi interior... algo me lo dijo. No sé..., lo supe.

—Pues, chica, memoria no tendrás, pero ¡qué olfato!

—¿Nos vamos? —nos interrumpe Brais regresando del mostrador.

—Claro.

—Deberías coger una chaqueta, quizás refresque en la playa.

—Vale, ahora vuelvo.

Voy a por la chaqueta a mi habitación, me miro al espejo y comienza a gustarme lo que veo, a familiarizarme con mi aspecto. He pasado de sentirme completamente derrotada a tener una sonrisa radiante, de eso el culpable es Brais, indiscutiblemente. Me hago una cola de caballo, cojo mi chaqueta e inconscientemente hago un gesto, algo habitual en cualquier mujer: querer recoger un bolso cuando sales, pero ¿qué bolso? Yo no tengo, ni documentación ni nada que llevar en uno, pero entonces caigo en la cuenta de que lo hago de forma sistemática, como si estuviese acostumbrada a ello. Ese simple ademán me sobrecoge llenándome de esperanza. Había tenido una vida que deseo recordar, también un bolso por lo que parece y, sin duda después de ver a Brais, tengo más energías y ganas de recuperarla. Inspiro profundamente antes de salir de mi habitación, Brais parece buena persona, estoy segura de que lo es. Voy a salir más lejos con él que con nadie, más allá del aparcamiento del hospital y es lo que más deseo.

Salimos hacia el aparcamiento respirando aquel aire limpio y agradable.

—Siento el retraso, es que quería que me acompañara mi hija, hoy no fue a clase porque tenía cita en el oftalmólogo y mi intención era venir derecho desde allí con ella —me sorprende Brais con su explicación—, pero su abuela se puso tiquismiquis con que eres una extraña, etcétera y etcétera, y se opuso. Ya sabes cómo es la gente mayor..., demasiado protectora. Tuve que ir a casa a dejarla y luego venir, por eso me retrasé. Lo siento.

—¿Tienes una hija?

—Sí, de trece años.

—Vaya —digo.

«Es padre —pienso, de pronto viene a mi cabeza también que estará casado—. Debí suponer tantas cosas... es guapo, buena gente. Lo normal es que no esté soltero», cualquiera le hubiese echado el lazo en cuanto tuviese ocasión, pero por alguna extraña razón me decepciona saberlo, me cae como un yunque.

—Una adolescente, la peor edad, y la abuela no ayuda mucho..., al contrario, me lo dificulta todo aún más con su mente anticuada. En fin, no quiero aburrirte con eso.

—No me aburres para nada.

—Ya... bueno, otro dato que deberías saber; mi coche no es gran cosa, te aviso —manifiesta parándose junto a la puerta del piloto de un Renault Megane azul marino algo descolorido que asemeja tener unos diez años o más.

—Ya solo me faltaría pecar de desagradecida quejándome de tu coche.

—Sube entonces —me pide con una sonrisa en la boca.

Nos subimos ambos e inmediatamente nos ponemos en marcha. Los tejados rojos en conjunto con lo verde del paisaje acompañan nuestro viaje, kilómetro a kilómetro, hasta llegar a una gran rotonda, donde Brais toma dirección hacia un largo puente que cruza el mar y termina en una preciosa isla. Ahí nos acompaña tan solo el azul, el del cielo y el mar, a ambos lados de nuestro vehículo mientras cruzamos el largo puente, estoy maravillada.

—Qué largo es —declaro yo—. ¿Cuánto mide el puente?

Brais se ríe.

—Pues tiene una longitud de poco más de dos kilómetros —me responde—, uno de los más largos de Europa —añade satisfecho, está claro que se siente dichoso y orgulloso de ser de allí y no me extraña, después de contemplar el lugar.

El paisaje me tiene maravillada, el puente hasta carriles bici posee y las vistas al fondo hasta nuestro destino no tienen nada que envidiar al Caribe. Una pequeña e idílica isla que está conectada con el continente únicamente por este puente, carece de cualquier otra conexión en todo su contorno a no ser por barco.

A medida que nos acercamos y la puedo contemplar de cerca, me maravillo más, la isla está perfilada por el grueso de arena blanca y fina de sus playas, sus fondos cristalinos y lo que la hace aún más espectacular es el verde entorno forestal que forma. No puedo evitar mirar a Brais y comparar lo que veo con el anillo limbal de sus ojos, ese cerco negro encerrando el verde de su iris. La isla posee la misma propiedad, delimitada en este caso por un contorno blanco

cercando el verde de los numerosos pinos y eucaliptos.

—Parece el Caribe.

—El Caribe gallego, cada vez viene más turismo, sobre todo en el transcurso de las fiestas veraniegas, no cabe ni un alfiler.

—No me extraña.

—En vez de ir por el centro de la ciudad, daré un pequeño rodeo por la costa para que lo veas todo, como veo que te gusta... —Percibo cómo lo llena de orgullo hablar de su isla, «A Illa de Arousa», y no deja de hablarme de ella—. De punta a punta son siete kilómetros nada más, pero con treinta y seis kilómetros de costa. La Unión Europea la ha declarado Reserva Natural incluso, tiene treinta y dos senderos peatonales, más de cien calas y playas, dos de ellas con bandera azul.

—Qué suerte tienes de vivir aquí.

—Y de nacer aquí. Me siento privilegiado, la verdad es que sí. Por eso vuelvo cada fin de semana, ojalá trabajase aquí, pero... no se puede tener todo. La isla está muy ligada al mar, vive principalmente del marisqueo, de las bateas de mejillón, la pesca y cada vez más del turismo. También hay quien labra la tierra, pero más para consumo propio que para vivir de ello.

A medida que nos adentramos en aquel lugar, advierto que algo curioso nos da la bienvenida. Lo había divisado desde el puente, pero hasta este momento no he podido apreciar bien de qué se trata por la distancia y la lejanía. Es una especie de Cristo de piedra de grandes dimensiones ubicado en el punto más alto de la isla, situado encima de una gran roca. Tiene los brazos alzados con las palmas abiertas hacia abajo, como si estuviese protegiendo, bendiciendo o velando aquel paraíso. Ni puedo imaginarme la maravillosa panorámica que habrá desde ese punto para poder admirar toda la costa de los alrededores, así que le pregunto señalándolo:

—¿Y eso?

—Es el mirador O Con do Forno, ese Cristo lleva ahí desde mil novecientos sesenta y dos. Según me contó mi madre, tardaron más de un año en crearlo y transportarlo en cinco partes por sus grandes dimensiones, ¿y sabes qué? Lo hicieron en el primer vehículo que hubo en la isla, una furgoneta que se llamaba A Cachonda.

—Me estás tomando el pelo, como no recuerdo nada... te aprovechas para reírte de mí, ¿verdad?

—Te juro que te estoy diciendo la verdad.

—¿Y por qué la llamaban así?

—Pues la verdad es que no lo sé. Tampoco lo sé todo, a lo mejor porque la furgoneta era de color verde, no tengo ni idea.

—¿Y cuándo construyeron ese puente? No parece ser muy viejo.

—En el año ochenta y cinco.

—¿Nada más? ¿Y cómo se trasladaba antes la gente al continente entonces?

—Pues en barco, me encantaba hacerlo, cada vez que tenías que ir a un hospital o de vacaciones, yo... hasta lo añoro.

—¿Lo añoras? Pero si estaríais muy aislados de todo.

—Nos conocíamos todos, a mí personalmente me gustaba, aunque el puente trajo consigo un gran impulso económico para la isla, negocios, turismo... Esto se colapsa de gente en algunas épocas y es un poco estresante a veces.

Sigo escuchándolo, mientras continúa conduciendo y hasta que llegamos a un istmo estrecho, el centro de la isla y de la ciudad, franqueado por ambos lados por dos grandes puertos. Se desvía por el muelle del Xufre, de donde se proroga un gran paseo marítimo hasta otro puerto más pequeño para embarcaciones menores o las denominadas dornas, como me va contando Brais.

—Cuántos barcos —expreso.

—Como te dije antes, aquí se vive mayoritariamente del mar.

Dejando atrás O Naval la vegetación nos envuelve de nuevo, cambiando una pista de asfalto por una de hormigón y cada vez veo el mar más próximo; la playa de nuestro destino. Pasamos por cerca de un faro emplazado en unas rocas, según Brais, ahora reconvertido en restaurante, aquella isla es una maravilla.

Brais me informa de que apenas quedan unos minutos para llegar a nuestro destino y, antes de proseguir y descender una gran pendiente en la carretera que lleva hasta allí, detiene el coche para señalarme la playa, a donde yo he llegado tan misteriosamente.

—Es ahí abajo, esa de ahí.

La observo desde la pendiente y me invade una total desazón interior mientras imagino mil cosas al contemplarla, sobre todo lo que pudo haberme ocurrido aquella noche y una ansiedad se apodera de mí. Entonces recuerdo las palabras de Julián, advirtiéndome que podía sufrir un brote psicótico incluso. Me asusto, no quiero hacerle daño a nadie y mucho menos a Brais y recapacito en si

mi mente está condicionada quizás por él habérmelo nombrado. Me entra miedo de hacer algo malo.

—Necesito coger aire antes de bajar, por favor —le pido.

Brais claudica a mi petición y lleva su coche a la orilla de la carretera y lo aparca al lado de una inmensa roca que separa ambas playas; la que posee un faro precioso, el del restaurante y, la otra, en la que yo había aparecido aquella noche.

Cojo aire y comienzo a caminar sobre ella contemplando desde las alturas la playa y también me percató de una roca granítica de gran envergadura que se mantiene firme tan solo por tres pequeñas puntas por su parte inferior, es impresionante cómo puede izarse firme en medio de una pendiente tan pronunciada que da al mar y hasta curioso me parece.

—¿Cómo no se cae o sale rodando al mar? Debe de pesar toneladas.

—Pues no sé, llevará así cientos de años. Se llama Con de Tres Pés, Roca de tres pies, traducido para que lo entiendas, de ahí su nombre, por la rareza de su forma, ni los temporales han podido con ella ni los fuertes vientos. Esta es la punta de Barbafeita, tu playa es esa, la más concurrida en los meses de verano, Area Secada, ahí te encontré.

—Dime exactamente dónde aparecí, por favor —le pido, aunque con reservas.

—Claro, bajemos.

Brais me ofrece su mano para ayudarme a descender por un pequeño sendero, a pesar de que hay una buena pista para llegar con el coche. Al llegar a la playa, comenzamos a caminar y, casi en medio de ella, me indica:

—Desde aquí te divisé y me tiré al mar en cuanto te vi. Al principio creí que era el resto de una boya o algo, pero luego me di cuenta de que eras un ser humano y me lancé sin pensarlo.

—Han descartado el naufragio al no aparecer ningún resto de algún tipo de embarcación, es tan extraño todo...

—Lo sé, he seguido tu caso por las noticias. O te has caído de una embarcación de recreo o puede que, aunque seas extranjera, residas por la ría y te hayas caído al mar desde algún punto donde la corriente te haya traído hasta aquí. Siguen pidiendo la colaboración ciudadana, todo se arreglará.

—¿No viste nada más esa noche?

—Estaba más preocupado por tu integridad que por ninguna otra cosa, lo

siento. No reparé en nada más... —Brais baja la cabeza riéndose, hasta se ruboriza y prosigue—. La verdad es que estaba acojonado porque te fueses a morir entre mis brazos, aterrado, más bien, y esa se convirtió en mi mayor prioridad, siento no haberme fijado en nada más, pero me fue imposible.

Miro al horizonte, tratando de obligar a mi cerebro a recordar algo, algún detalle, por diminuto e insignificante que sea; pero, para mi decepción, no ocurre nada de eso.

—No recuerdo nada, tan solo a ti sacándome del agua. Todos mis recuerdos parten de ahí —digo desanimada.

—Ten fe. No te metas prisas.

—Qué remedio, ¿no? ¿Y qué hacemos ahora?

—Podemos dar un paseo por la zona, si quieres. Por la orilla, a ver si vemos algo que haya traído la marea, alguna pista, quién sabe. Y, en cuanto me digas, te llevo de vuelta al hospital, cuando tú quieras, tranquila.

—Me parece bien, gracias, Brais.

Comenzamos a caminar por la arena, inspeccionando la orilla y, de vez en cuando, cambio la mirada hacia el horizonte reclamándole algún recuerdo, pero no hay nada. Ni un *flash* sin sentido imposible de descifrar, absolutamente nada. Pero, en vez de entristecerme, decido aprovechar y disfrutar de mi primera salida, lejos del ruido y del caos de un hospital. Cierro los ojos y me concentro en los únicos y armoniosos sonidos que el maravilloso lugar brinda. Las agujas de los pinos agitándose con el viento, el alboroto de las gaviotas junto el rebozo del mar y de mi preciada compañía.

Llevamos un buen rato caminando cuando me atrevo a preguntarle:

—Fuiste padre muy joven, si tu hija tiene trece años...

—Veinte años tenía. Conocía a Alba desde la guardería, tonteamos en el instituto, pero no fue hasta la universidad cuando lo nuestro fue en serio. Una noche de borrachera no tomamos precauciones y, en fin..., Alba nunca pudo terminar su carrera por mi culpa. Se sacrificó para dar a luz y criar a nuestra Rosalía mientras yo sí terminaba mis estudios, nunca me lo perdonaré.

—¿Rosalía se llama vuestra hija?

—Sí, Rosalía. A mi mujer le gustaba mucho la poesía gallega, sobre todo Rosalía de Castro, así que cumplió su capricho, siempre dijo que cuando tuviese una hija le pondría así.

—¿Gustaba? Hablas como en pasado de ella... —murmuro con cierto celo,

parece que me estoy metiendo en un asunto muy delicado para él.

—Es un tema del que no me apetece hablar y a este lugar no es que le tenga mucho aprecio tampoco que digamos, ¿nos vamos? —Decide de repente en un tono tan áspero que me sorprende. A semeja estar incómodo y molesto al mismo tiempo por algo que yo odio desconocer, pero prefiero no pecar de cotilla e irritarlo más. Sospecho que he metido la pata tocando un tema delicado y, con ello, me he cargado mi tarde especial, es más que evidente.

—Claro... —respondo confusa.

Echamos a andar hacia el coche, aborrezco el incómodo silencio que se ha instaurado entre los dos y, como no puedo hablar de mí porque lo desconozco todo, le comento lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Por cierto, he adoptado el nombre de Mencía mientras no sepa el mío propio. —Y él me mira como si dijese lo más absurdo del mundo—. ¿No te gusta o qué? —le recrimino por la expresión de burla que ha adoptado su cara.

—Es el nombre de una uva, ¿lo sabes? ¿De verdad adoptas el nombre de algo tan pequeño e insignificante como una uva? Si te gusta a ti...

—Parece que a ti no...

—Creo que te iría algo más trascendente, algo que fuese a tu medida... Mira ahí abajo —me pide cuando llegamos al coche.

—¿Qué tengo que mirar?

—El mar, profundo y misterioso al mismo tiempo, como tú. Como saliste de ahí, yo te pondría Mar. Como por estos lares te llaman la mujer del mar, yo tan solo lo acortaría un poco.

—Vas a hacer que me sonroje. —Ambos nos reímos—. Me lo pensaré —digo riendo finalmente.

—¿Ahora te parece absurdo a ti?

—Peculiar, diría yo.

—¿Peculiar? Vaya, no sabía que tu vocabulario era tan extenso.

—No te emociones, estoy aprendiendo mucho viendo la tele en vuestro idioma.

—¿Y del gallego?

—Uy, eso son palabras mayores.

Brais vuelve a reír, me abre la puerta del coche como un total caballero, y

me lleva de vuelta.

Al llegar al hospital nos despedimos, le doy las gracias por llevarme a la playa y subo a mi habitación. Me tumbo sobre la cama reflexionando, ¿por qué no puedo recordar? Cada vez estoy más convencida de que me ha pasado algo verdaderamente horrible y por ello mi cerebro trata de protegerme de una situación traumática imposibilitándome recordar. Eso al menos dice Julián, aunque espero que no tenga razón, por mi propio bienestar. Es tan solo una suposición, pero para mí se está convirtiendo en la deducción más lógica.

Continúo especulando sobre todo ello cuando unos gritos provenientes del pasillo me sacan de mis incesantes cavilaciones. Salgo apresuradamente de mi habitación, alertada por aquellos alaridos de «¡Socorro, socorro!», cuando mi vista tropieza con tan grotesca panorámica. Se trata de un señor de avanzada edad que camina por los pasillos con el camisón del hospital sin prender por su parte posterior dejando a la vista su trasero caído y arrugado, para colmo, en movimiento por los pasillos de la planta sin dejar de repetir una y otra vez: «¡Socorro, socorro!». Aparto la vista de inmediato y, aunque duro tan solo un segundo viendo la instantánea, ese culo espantoso, con todos mis respetos al señor, se me ha fijado en la mente y no puedo deshacerme de la imagen por más que quiera.

Inmediatamente voy en busca de Bea, Mari o quien sea. A Bea le ha tocado turno en Urgencias y allí se ven a diario cosas peores. Así que solo deseo cruzarme con ella mucho antes de llegar, ando por el hospital como si fuese mi propia casa, cosa que a Julián no le hace ni pizca de gracia, pero a esa hora no está. Gracias a Dios, enseguida la avisto, antes de meterme en medio del jaleo de Urgencias.

—¡Bea, Bea! ¡Hay un señor pidiendo auxilio por los pasillos con el culo al aire! —le grito a unos metros.

—¿Qué dices, loca? ¿Julián te ha subido la medicación? No habías dejado las pastillas más fuertes y tan solo estabas con unos ansiolíticos muy suaves, ¿mujer?

—No son alucinaciones, ven conmigo y podrás comprobarlo por ti misma —determino algo ofendida.

—Era una broma, vamos, a ver con qué nos topamos.

Llegamos a mi pasillo y se lo señalo, Bea inmediatamente corre hacia él mientras yo sigo la estampa.

—Pero, señor Roxelio, ¿qué hace así por los pasillos?

—¿Tú qué crees? Socorro iba a pincharme. La llamaron, me dejó con el culo en pompa, se fue de mi habitación y no ha vuelto, ¡pues la ando buscando!

—Ay, señor Roxelio, a la única que tiene que enseñarle el culo es a Socorrito, ¡no a toda la planta! Ande, venga conmigo y vuelva a su habitación.

Bea le prende el camisón por detrás, tapando así al fin sus partes indecorosas y estropeadas por el paso de los años, una imagen que se ha hecho fija en mi mente y no estoy segura de si tendré que decirle a Julián que sume otro trauma a mi historial. Bea posteriormente lo acompaña a su habitación y luego regresa.

—¿Qué le pasaba? ¿Y por qué pedía auxilio? —pregunto.

—No estaba pidiendo auxilio, estaba llamando a Socorrito, es una de nuestras enfermeras. Pobrecillo, perdió a su mujer y sufre principio de demencia y con la medicación está algo confundido. Voy a buscarla y luego si tengo un hueco paso por tu habitación, ¿vale? Gracias por avisar.

—De nada, pues vaya nombre tiene la enfermera, ¡no veas qué susto ver al hombre gritando socorro por los pasillos!

—Ay, mi madre, yo es que me parto contigo.

—¿Cómo que te partes? ¿Cómo te vas a partir? ¿Qué quieres decir?

—Ay, Mencía, es una forma de hablar. Que me parto de risa quiere decir que me rio mucho contigo. Vete a descansar, anda, que en nada pasan con la comida, aquí no ha pasado nada.

—Vale, a pesar de hablar español, ¡cuánto tengo que aprender todavía! —digo entrando de nuevo en mi habitación, mientras reparo en cómo Bea se va riendo todavía de mí a carcajadas, pero recuerdo la conversación con Brais sobre mi nombre y logro reaccionar antes de perderla de vista del todo.

—¡Bea! ¡Ya no quiero llamarme Mencía, a partir de ahora seré Mar!

Ella se para en el pasillo mirándome interrogante.

—¿Y eso por?

—Brais dice que no me pega y como salí del mar..., pues...

—Ah, porque Brais te lo ha dicho, ¡vaya tela! ¡Aquí hay tomate! —me suelta y explota en carcajadas.

—¿Tela? ¿Tomate? No entiendo nada, pero ¿qué locuras dices ahora? —pregunto, me he perdido completamente.

—Ay, chica, un día de estos me pondré contigo a explicarte el significado de las expresiones, pero ahora tengo mucho trabajo —me larga y esta vez sí se

marcha, pero riéndose de nuevo como una lunática.

CAPÍTULO 2

EL DÍA DE

BRAIS

Dejo a Mar —sí, a Mar, no a Mencía— en el hospital, no me gusta ese nombre para ella, es una chica atractiva aparte de misteriosa, aunque con un gran problema y muy mal gusto para los nombres. Me parece absurdo que se adjudique el nombre de una uva. Espero estacionado mientras observo por el retrovisor cómo ella accede al edificio y hasta asegurarme de que ha entrado no emprendo la marcha de nuevo.

Intento ponerme en su lugar y no sé si yo lo soportaría, pobre mujer. Espero que pronto recupere la memoria. Me trae de cabeza que haya aparecido en el mismo lugar donde había desaparecido mi Alba, ¿acaso el mar se burla de mí? Para colmo el mismo día del aniversario de su desaparición, si no, yo... ni siquiera hubiera estado allí esa noche. Es como una broma macabra y, por si fuera poco, su llegada colmada de tanto misterio me trae de cabeza. No dejo de pensar en ello.

Prendo la radio del coche mientras intento evadir mi mente con otra cosa, bendito fin de semana, al fin un poco de *relax* y lo voy planeando mentalmente mientras conduzco. Lo primero es encargarme de la comida, porque estoy seguro de que mi madre ha consentido a Rosalía dándole todo tipo de fritangas, hidratos y caprichos calóricos durante toda la semana. Así que, aparte del pescado que le encargo como es habitual en mí cada viernes a Xabi, pensaba pasarme por la frutería de Ana a por unas verduras, siempre me guarda lo mejor y pienso hacerle un buen *detox* aprovechando que estoy en casa.

Hace un día de lujo y espero que el tiempo no cambie para hacer algún plan campestre con mi hija. Eso si logro despegarla de sus redes sociales, claro, y que Xabi, mi mejor y loco amigo, no intente liarme para salir con él. Nunca se cansa ni se aburre de ir de bote en bote y de fiesta en fiesta cada fin de semana. No existe nadie, hasta la fecha, capaz de seguirle el ritmo, con lo duro que es su trabajo en el mar, no me explico cómo Xabi llega al viernes con tantas energías todavía.

Aparco en el Campo y me encamino a la plaza de abastos. Odio ir a grandes superficies comerciales y no lo necesito, porque en la plaza de abastos puedo surtirme de productos frescos del día y de mi zona que mis mismos vecinos

cultivan. Incluso acude gente de fuera, para adquirir productos tan naturales que no pueden encontrar en sus grandes ciudades.

La Praza do Campo es el lugar neurálgico de la isla, donde se concentra el día a día de los habitantes y el ocio también durante el fin de semana. Gente que regresa del mar, del trabajo, amas de casa haciendo sus compras y más. Está muy concurrido durante casi toda la jornada. Comprende el muelle y el paseo marítimo que llega al Regueiro, a unos ochocientos metros de allí, otra zona recreativa para niños y surtida también como el Campo de varias cafeterías, donde es imposible no encontrarte con algún vecino y entablar conversación. Adoro su rutina, amo mi tierra.

Entro en la plaza y me encamino hasta el puesto de Ana.

—¡Hombre! Buenos ojos te vean, ¿qué? Fin de semana libre, ¿no? —me saluda ella. Sabe que cuando le voy a comprar casi a última hora de la mañana cada viernes es porque me quedo en la isla hasta el lunes.

—Sí, la verdad es que esta semana se me ha hecho bastante larga.

—¿Y eso? ¿Va todo bien por Riveira? —me pregunta mientras termina de atender a otro cliente y le da el cambio—. *Abur*,^[4] Pilar.

—*Abur*, Ana —le dice la señora.

—Sí, los mismos pacientes y la rutina de cada semana, lo normal, solo que se me ha hecho más largo de lo habitual.

—Bueno, pues ahora a relajarse, ¿te pongo lo de siempre?

—Sí, pero ponme también un pepino, un kilo de tomates y un pimiento rojo. Cebollas y ajo ya tiene mi madre en casa.

—¿Vas a hacer gazpacho?

—Si mañana está el día así quiero ir a caminar con Rosalía hasta Carreirón, hacer fotografías, sentarnos a hablar en la playa mientras esperamos la puesta de sol..., como hacíamos antiguamente.

—Pero antes era más pequeña. Ay, Brais, siento decirte que, como esté el día así, tu hija se te va a escapar con sus amigas a la playa —dice riendo.

—Lo he pensado, pero el verano comenzará dentro de nada y espero convencerla, quiero pasar tiempo con ella como hacíamos antes. Lo intentaré diciéndole que tiene todo el verano para ir con ellas.

—Pues que tengas suerte —me desea mientras me entrega mi compra—. Son catorce con cincuenta.

Le estoy pagando cuando se acerca María, una de las barrenderas municipales.

—Hombre, Brais, buenos ojos te vean, el mejor vecino que tenemos, nos lo arrancan y llevan *pa'* Ribeira.

—Hola, María, ¿qué? ¿Cómo anda la familia?

—La familia bien, mal ando yo que tengo un dolor en un brazo... Lo peor es por la noche cuando lo intento estirar, ¿tú no le podrías echar un ojo?

—Seguro que no has ido al médico, ¿verdad?

—*Bueno, carallo, bueno*^[5], ¡voy a ir por esto de nada!

—¿Por esto de nada? Que puede ir a peor si no te haces mirar, a ver, déjame ese brazo. —Intento estirarlo, pero ella se queja, lo palpo e inspecciono y posteriormente le digo—: Sospecho que es una tendinitis por un sobreesfuerzo, seguramente y, como te digo, puede ir a peor. Tómate ibuprofeno y ponle hielo tres o cuatro veces al día, algún antiinflamatorio te vendría bien también, pero lo mejor es que vayas al médico.

—Claro, de cargar con las bolsas de basura, ¿y cuánto tarda en curarse?

—María..., esto solo se cura con reposo.

—Ay, no, yo una baja no cojo ni muerta.

—Te daré el número de un fisio que conozco de momento y luego ya hablaremos.

En ese momento me entra un wasap que me hace ausentarme de la conversación para concentrarme en mi móvil.

XABI 

«¿Andas por el centro?».

Contesto enseguida:

BRAIS 

«Sí, estoy en el Campo».

XABI 

«Nos vemos entonces en diez minutos en Os Baláns».

BRAIS 

«Ok, ahí te espero».

Os Baláns es una de nuestras cafeterías predilectas, por poseer la terraza enfocada al muelle, abrigada del viento y de transcendental ubicación en el corazón de O Campo. Guardo mi móvil y me despido:

—*Marcho*^[6], nos vemos y, María, hazme caso, ¿vale?

—Ya veremos.

Me voy alejando con un ademán y poniéndole un gesto recriminatorio por no querer seguir mis consejos, como siempre. Siempre ha sido muy terca, como cuando íbamos juntos al colegio y no ha cambiado desde entonces.

Cuando llego a la cafetería, pido un agua y me siento a esperar por Xabi.

—¿Un agua? Que es viernes, *veno*^[7], te pongo tapa porque eres tú, ¿eh? — me larga la camarera.

—Aún no he comido y vine en el coche.

—Vale, machote —se burla como siempre.

Al rato llega mi amigo.

—¿Qué tal, chaval? —me pregunta, luego se dirige a la camarera—. Ponme una Estrella.

—¿Una birra antes de comer? ¿Viniste en coche?

—¿Qué? Para ir abriendo boca, que hoy es viernes.

—Ya, ya..., si no existieran los fines de semana te extinguirías.

Xabi se ríe y deja una bolsa sobre la mesa.

—Te he apartado el mejor pescado, a la brasa Rosalía ni te rezongará.

Abro la bolsa e inspecciono el interior.

—Buena idea, es uno de los pocos pescados que come si se lo hago a la brasa.

—¿Y qué? ¿Qué hacemos mañana?

—Ay, no, no me enredes —le pido esperando inevitablemente que exponga su plan de todas formas, como es habitual en él.

—Vamos a Barrantes, mañana es la fiesta del vino tinto.

—Ni lo sueñes, el año pasado tuve que volver a tapizar los asientos de mi coche y, aun así, el olor duró meses.

—Pero eso fue porque perdiste tu muda de ropa para volver.

—¿Perdí? ¡La perdiste tú! Con el resto de cosas de nuestra mochila en la verbena, te recuerdo. Ves una falda y se te nubla la mente, ni te acuerdas dónde dejas las cosas ni dónde tienes la cabeza —le recrimino

—Bueno, pues este año dejamos la ropa limpia en el maletero y arreglado, así nadie pierde nada.

—No me vas a convencer, Xabi, paso de ensuciar mi coche de vino, y quiero pasar el *finde* con mi hija.

—¡Pues que venga Rosalía! Y asunto arreglado.

—Pierdes el tiempo, además, está con un cabreo monumental por tener que ponerse gafas, una tragedia para ella. Lo que me costó que quisiera ir al oculista esta mañana.

—Está en la peor edad, entrando en la adolescencia, se obsesionan con la imagen y esas cosas.

—Qué me vas a contar, aunque pensé que mi Rosalía no sería de esas.

—Al menos es buena estudiante. Bueno, ¿y a qué fuiste al Salnés que me dijo Jesús que te vio por allí esta mañana? —me pregunta cambiando de tema.

—¿Jesús fue al hospital? ¿Qué le pasó? —formulo alarmado.

—A él nada, fue con su padre que le dio otra crisis de asma, pero ya está todo controlado. No te vayas por las ramas, ¿qué hacías tú allí?

—Pues..., el domingo pasado cuando fui a ver a la chavala esa, me dijo que quería ir a la playa donde apareció a ver si recordaba y me ofrecí, la llevé esta mañana. Pero fue un paseo rápido.

—¿Y recordó?

—Nada —respondo con pena.

—¿Y te vio alguien de aquí con ella? —Me pregunta Xabi.

—Pues, supongo...

—Pues, vas a ser la comidilla, lo que te espera...

—Me da igual, la gente ni los chismes me pagan mi nómina y tampoco me mantienen —sentencio, odio las habladurías, más teniendo en mi propia casa, a la chismosa número uno: mi madre. Como para que no me desagrade el tema.

—¿Y cómo es? ¿Es guapa?

—¿Quién? ¿Mi nómina? —bromeo y reprimo una carcajada, ahora mismo me recuerda a mi propia madre o a alguna de sus amigas.

—No te hagas el gracioso, ¡la chica!

—Lo es —resuelvo con una rotundidad que a mí mismo me coge de sorpresa y hasta que me lo ha preguntado Xabi, hasta este preciso momento, no me he dado cuenta de que, sí, es cierto, y hasta qué punto considero lo atractiva que es.

—Joder, aún se me ponen los pelos de punta recordando cuando te vi sacándola del mar, cuando mandaste a tu perro en mi busca pensando que era un muerto.

—Gracias a Dios no lo era —declaro aliviado.

En ese momento algo peludo roza mi pierna por debajo de la mesa y agacho la cabeza para ver de qué se trata, aunque tengo una ligera idea de quién puede ser.

—Mira, hablando del rey de Roma... —le indico a Xabi, es mi perro, como sospechaba.

Mi madre suele enviarlo a buscarme cuando me retraso, lo mismo hace con mi hija Rosalía entre semana, cuando yo no me encuentro en la isla. Como un reloj, mi perro marcha a la parada del bus a esperar a Rosalía cada día cuando regresa de sus clases.

—¡Larpe! —exclama Xabi y comienza a acariciarlo.

—Seguramente lo mandó mi madre a buscarme como cuando tú me lías y me retraso.

—Vete, anda, que conozco bien el carácter de tu madre, oye... ¿no le estarás *facendo as beiras*^[8]?

—¿A quién?

—Pues a la chica sin memoria esa, te prestaste a llevarla a la playa...

—¡*Toleaches!*^[9] —argumento.

—Pues la gente no deja de hablar —me rebate Xabi.

—Ya, en parte es por culpa de mi madre, no lo dudo. Bah, *xa morrerá o conto*^[10]. Me voy que tengo que prender las brasas todavía para el pescado y vamos a comer a las mil a este paso.

—Vete, yo pago —se ofrece.

—Gracias, hablamos, Xabi.

—Venga, chao.

Voy hacia mi coche, le pido a Larpe que suba en el asiento de atrás y me voy a casa, llego en apenas cinco minutos.

En cuanto abro la puerta, mi madre me mira con cara recriminatoria, estoy deseando saber con qué me sale esta vez. Las discusiones son habituales con ella, parece que está esperando a que llegue el fin de semana para comenzar a pelear conmigo, algo a lo que estoy más que habituado ya y apenas me afecta.

—¿De dónde vienes? Mandé a Larpe al Campo a ver si te encontraba.

—Y me encontró, como siempre, vengo de la frutería, ¿no lo ves? —le contesto mostrándole las bolsas.

—No juegues conmigo, Brais. Soy tu madre, tenme más respeto. Me refiero a antes, anduviste por ahí con la *tola*^[11] esa, te han visto.

—Joder, *miña nai*^[12], ¿para qué preguntas si ya lo sabes? Pues sí, antes de ir a comprar y no es ninguna loca.

—¿Y ya está? ¿Te vas a quedar tan tranquilo?

—No empieces con lo mismo...

—Mira, le salvaste la vida, le fuiste a presentar tus respetos al hospital a pesar de contrariarme, pero que la vuelvas a ver...

Para colmo aparece mi hermana Paz.

—¿Andas por ahí con la trastornada esa ahora? Ya se corrió el chisme de que te vieron con ella hoy por aquí.

—La que faltaba, ¿tú también te vas poner del lado de madre? ¿Queréis dejar de llamarla loca o trastornada?

—¡Mi madre! ¡Cómo la defiende! Te pegó su locura, ¿no es así? Con todas las titis que has tenido detrás en el pueblo y hasta en Riveira y le vas a hacer caso a una pirada de la que no sabemos nada.

Me dan ganas de estamparle la cara contra la pared, pero en vez de eso le lanzo un pepino que llevo en la bolsa que porto de la frutería y por pocos centímetros no le doy en toda la cabeza.

—¡Toma, que con ese humor sospecho que se te quedó sin pilas tu vibrador! —le espeto.

—¡Serás cabrón!

—¿Yo? —pregunto molesto—. Me tenéis harto con vuestras absurdas conjeturas, tan solo por ser amable con una persona que lo está pasando realmente mal. Imaginaos despertar y no recordar nada ni reconocer a nadie de

vuestro alrededor, es aterrador. Y no hacéis más que sacar siempre las cosas de quicio.

—Esa está fingiendo —larga mi madre.

—Si fuese así los médicos que la tratan se darían cuenta, no vas a saber tú más que ellos. Pero, claro, de ti me espero cualquier comentario, eres la reina de los chismes... Y estoy harto de que metas aquí a tus amigas cotillas y que digan en el pueblo que la casa en donde me crie es de donde salen todas las patrañas, ¿no te da vergüenza?

—Esa te intenta engatusar, *meu fillo*^[13], lo sé. No tiene papeles e intenta cazar a un buen partido. Pero no lo pienso permitir, hasta lo de su memoria creo que es mentira, que solo está actuando para darte lástima y tú no lo ves. Menos mal que estoy yo aquí para velar por mi familia. ¡*Comigo foi dar*^[14]!

—Tú sí que estás loca, ¿y dónde anda Rosalía?

—Fue a buscar los deberes a casa de Belén, como no asistió a clase..., pero tiene que estar al llegar.

No ha terminado la frase mi hermana, cuando la misma nos sorprende en plena discusión.

—¿Por qué discutíais ahora? Se os oye desde la carretera, ¡me dais vergüenza!

—*Ruliña*^[15], tu abuela que me saca de quicio viendo cosas donde no las hay y acaba con mi paciencia.

—Ni quiero saberlo, ¿qué comemos hoy? —pregunta cambiando radicalmente de tema.

—Xabi me guardó pescado de su captura de esta mañana, ¿los quieres con verduras a la brasa o hago una menestra casera?

—¿Verduras? Ahora es cuando mi sobrina gira la cabeza ciento ochenta grados en plan la niña de la peli *El exorcista* —carcajea mi hermana.

—¿Me castigas por algo? —protesta mi hija, pero ni con esa cara de pena va a conseguir manipularme.

—No te pongas dramática, guarda la compra mientras preparo la leña en la barbacoa, anda —le pido.

Comemos y vuelve a salir el tema de la pobre chica que salvé de morir ahogada. Al menos mi hija se muestra más comprensiva con ella que las lenguas bífidas de mi madre y mi hermana.

Por la tarde consigo despegar a mi hija de las teclas de su ordenador y las redes sociales y la convengo para dar un paseo hasta el sur, al Parque Protegido de Carreirón. Se está convirtiendo en toda una adolescente y presumo que estos paseos con ella tienen los días contados. No quiero pensar en el tema «novios», estoy comenzando a considerar la idea de extender el rumor de que tengo una escopeta de caza, para cuando tenga que ahuyentarlos.

Adoro el campo y odio la costa, la misteriosa chica viene a mi mente, si supiera lo que ha sido para mí pisar esa playa..., lo que representa. Solo voy allí una vez al año y este han sido dos, algo verdaderamente inusual en mí por lo que me hace sentir cuando estoy allí; rabia y rencor.

CAPÍTULO 3

ELLAS, MI APOYO PARA REINVENTARME

A la mañana siguiente de mi pequeña excursión con Brais, Mari hace aparición con una sorpresa sumamente inesperada en el hospital. Irrumpe en mi habitación seguida de una chica de unos veintipocos años que me presenta enseguida.

—Chica, se te acabó la exclusividad —me notifica—. Julián convino que ya estás preparada para tener compañía y andamos escasos de camas. Así que... esta será tu nueva compañera de habitación. Luz, esta es Mar, Mar, esta es Luz.

La chica me mira con descaro y me dedica sin más:

—Vaya tela, así que tú eres la mujer esa que vino del mar. Jope, *meniña*^[16], ya me gustaría a mí estar en tu lugar y olvidar mi mierda de vida.

—Cállate, Luz. Más te vale ser más educada y tener más tacto —le reprende Mari.

—Como ves soy reincidente, de ahí que Mari Carmen no se corte un pelo en darme un toque de atención, ¿verdad? —alega con sarcasmo.

—¿Qué? Esto..., encantada, Luz... —Luego me dirijo a Mari—. ¿Por qué dice eso?

—Que te lo cuente ella misma, si quiere. Yo tengo montón de trabajo hoy, lo siento muchísimo, pero tengo que dejaros solas ya. Espero que os llevéis bien, me pasaré en cuanto pueda, te lo prometo —despacha Mari antes de irse y dejarme con la extraña.

—Hola... —pronuncio con temor—, ¿qué te ha pasado? —pregunto por abrir conversación ya que ha terminado en un hospital, como yo.

—¿Tú qué crees? Estoy aquí de vacaciones, no te digo...

—Vale, perdona, no quería pecar de entrometida, lo siento —me excuso con ella, tan solo intento ser amable, pero está claro que no funciona.

—Tengo adicciones, ¿vale? Pero yo decido qué hacer con mi vida, así que... ¡que se jodan los médicos y que se joda mi familia que me ha vuelto a recluir aquí!

—Lo siento... —me disculpo nuevamente con temor, parece estar muy alterada, y dudo en abrir la boca siquiera y que empeore su mal humor...

conmigo.

Después de un silencio, suspira y hace un amago de disculpa o eso me parece.

—No, bastante tienes tú ya por lo que se dice por ahí... Estoy enfadada con mi familia por encerrarme aquí de nuevo, no contigo, tranquila. Al menos no me han mandado a Psiquiatría a Pontevedra como la última vez, así que...

—A mí también me lo mencionaron, pero al final me dejaron aquí.

—Pues lo tuyo no es enfermedad mental, ni tienes adicciones como yo, no lo entiendo.

—No, solo lo mencionaron, no llegaron a plantearse en serio mi traslado. Oye, ¿y te pueden ingresar por una simple adicción?

—¿Simple? Nena, he estado toda la noche en Urgencias. Cuando no calculas bien la dosis y encima te tomas unas copas..., es lo que hay. Después de un lavado de estómago, y de quedarme en observación en una cutre camilla con unos escalofríos del copón, no me pueden mandar a casa y como no es la primera vez... No todo es malo, no me pueden prohibir los ansiolíticos, sino todo lo contrario, me tienen que ir bajando la dosis poco a poco, al menos consigo mis drogas gratis estando aquí. Así que perdona que sea un poco borde, pero hasta que me den mis fármacos... no se me rebajará mi mal humor. Es lo que hay.

—Eres joven y guapa, no deberías rendirte, deberías intentar superar esas adicciones.

—¿No debería qué? No sabes nada de mí y tengo la etiqueta de drogadicta cuando nunca he probado la cocaína ni nada parecido, solo estoy enganchada a los ansiolíticos y, verás ahora cuando se enteren de que he bebido, seré la borracha del pueblo. Los hombres me huyen por la fama que me han puesto, mis amigas me han dado la espalda porque no quieren que las relacionen conmigo y, aunque lo superara, llevaré la etiqueta de por vida, estoy condenada a estar sola. ¿Y mi familia? Mi familia dice que estoy así porque quiero. Así que no me vengas con sermones, me has recordado a Julián incluso con tu monserga.

—No me digas que te trata Julián, ¿Julián Ballesteros? A mí también.

—¡Bien, vamos a hacer una fiesta! —exclama con sarcasmo, pero medita unos instantes y luego se disculpa—. Lo siento, intento no ser borde, pero cuando me encuentro así no me puedo controlar.

En ese instante hace aparición Julián en nuestra habitación, sin dar los

buenos días siquiera y va directo a ella mirándola con resentimiento y le recrimina:

—Vaya recaída, me has decepcionado. Para colmo ahora subimos de nivel, narcóticos con alcohol, ¿qué pretendes? Sigue así y la próxima vez ingresarás por la puerta de atrás en una bolsa y el que te atienda será el forense para tu autopsia.

—No me asustas, Julián.

—¿Crees que es esa mi táctica? ¿Asustarte? ¿Que es lo que intento para que reacciones? Pues no, pero es lo que pasará realmente como sigas así. Eres guapa y lista, pero tú insistes en desperdiciar tu vida.

—Vale, lo que tú digas. No hacía falta que me diceses el sermón delante de mi nueva compañera de habitación, por cierto, ¿falta mucho para que me den mi primera dosis rebajada? —le pregunta con sorna acentuando la palabra «rebajada» al final y haciendo un gesto con los dedos el signo de comillas mientras la pronuncia.

—Ni siquiera me escuchas, le diré a la enfermera que te la traiga inmediatamente —le espetta, luego se dirige a mí—. No te hará daño, es inofensiva, solo tendrás que soportar sus cambios de humor. Imagínate que es bipolar y te acostumbrarás, lo siento, pero no quedaban más camas.

—No importa, no voy pecar de desagradecida encima de tener un techo y comida para ponerme con quejas y remilgos —le explico.

—Por cierto, sé que tenemos consulta el lunes, pero no puedo esperar, ¿qué tal tu excursión? No recordaste nada según me dijo Mari.

—Nada de nada.

—Bueno, más tarde si tengo un hueco hablamos, y si Luz te da problemas llama a la enfermera de planta y que me lo haga saber. —Y sale haciendo un ademán de despedida.

Luz coge la bolsa de plástico del hospital donde han metido sus pertenencias cuando ha sido ingresada, y comienza a sacar sus cosas y a colocarlas a su gusto en la habitación que compartimos. Lo hace de forma muy nerviosa y de muy mal humor mientras yo la observo, sospecho que necesita estar ocupada con lo que sea, no hay duda. La sigo mirando y me percato de que viene más que preparada, como si estuviese habituada a que la ingresen muy asiduamente.

Al rato entra Mari dejando unos vasitos de plástico con la medicación de ambas en la mesita de en medio de nuestras respectivas camas.

—¿Cómo os va? ¿Todo bien? —nos pregunta.

—Es soportable —bromeo, luego le pregunto a Mari—. ¿Es preciso que continúe con mis ansiolíticos? Lo veo innecesario ya, ¿no crees?

—Mientras Julián no me indique lo contrario, sí. De todas maneras, los tuyos son muy suaves, en unos días te los retirará, no te preocupes. Al contrario que esta —dice refiriéndose a Luz—, los de ella sí son bien fuertes, le iremos bajando la dosis hasta que podamos mandarla a casa. Luego me paso que hoy esta planta es una verdadera locura, tengo hasta gente en los pasillos esperando una cama.

—No te estreses mucho —le deseo según sale de nuestra habitación.

En ese momento Luz saca un móvil y me formula:

—¿Puedo usar este enchufe? —refiriéndose al que estaba sobre la mesita de en medio—. No me llega el cable a mi cama si enchufo el cargador en el otro extremo.

—Usa lo que quieras, yo no tengo móvil ni nada que enchufar... —respondo encogiéndome de hombros.

—La compañera de habitación perfecta —declara satisfecha, parece alegrarse de estar apoderándose de toda la habitación con sus enseres personales y todos sus cachivaches. Pero continúa muy excitada, tanto que, al enchufar su teléfono, tira por el suelo nuestras medicinas.

—Oh, lo siento, yo lo recojo, no te preocupes —se disculpa y comienza a recoger las pastillas—. Mejor será que me las tome, antes se me irán estos temblores estúpidos y dejaré de tirarlo todo.

Y así hace, yo hago también lo propio, tomándome también la mía.

Posteriormente se tumba boca arriba en la cama, intentando relajarse y supongo que esperando a que la medicación le haga algún efecto.

Pero transcurrido un tiempo, no percibo ningún cambio en ella, no dejo de observarla sin notar alguna señal de mejora ni ella misma tampoco, al contrario que yo; esta mañana mi medicación me está dejando *KO*, y no entiendo muy bien por qué me está sentando tan mal. Estoy muy mareada, la cabeza cada vez me pesa más, apenas puedo mantenerla erguida. Los objetos parecen tener vida propia, aparentan ensancharse y encogerse ante mis ojos y tanto mi vista como mi mente cada vez están más confusas, a la vez que todos mis sentidos se ralentizan y no entiendo nada.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Luz al percatarse de mi expresión y

mis gestos, estoy totalmente desorientada.

—La verdad es que no, todo se mueve, estoy muy mareada y... confusa...

—¿Siempre te pones así con tu medicación? —pregunta extrañada.

—Para nada, me relaja un poco, pero hoy me está dejando planchada. Quizás sea porque he desayunado muy poco esta mañana...

—Puede... a mí lo mío no me ha hecho efecto todavía, qué extraño... —alega mientras contempla sus manos y cómo continúan sus temblores.

En ese instante entra Cris, una auxiliar de enfermería que ya me ha asistido antes, con la que he compartido charlas alguna que otra noche, como cuando me suelo colar en el estar de enfermeras.

—¿Qué tal chicas? Toca reconocimiento, ¿a quién le tomo la tensión primero?

—Lo que me han traído es muy flojo. Me han dado un placebo, ¿o qué? —le pregunta la chica nueva, la tal Luz, a Cris.

—Pues yo estoy flotando, Julián ha debido subirme la dosis, estas pastillas me han dejado... ¿seguro que me ha dado lo de siempre? Estoy muy mareada, mejor salgo al pasillo a tomar el aire, ¿puedo, Cris?

—Claro —responde extrañada mientras nos mira a ambas.

Cuando salgo, contemplo cómo Mari me saluda y se queda observándome desde el Control de Enfermería. Pero algo desvía mi atención enseguida, me parece ver al mismo Brais pasando delante de mí con una bata blanca y sin saludarme, cosa que me extraña muchísimo. Por una parte, porque no ejerce en este hospital y, por otra, por no haberme saludado siquiera, y estoy segura de que él me ha visto dentro de mi atontamiento. Así que comienzo a llamarlo a gritos, pero él no se gira, ni se inmuta siquiera y Mari viene hacia mí inmediatamente cuando escucha mis gritos.

—Qué Brais ni qué ocho cuartos. Estás dando el espectáculo, ¡que ese es el urólogo de guardia!

—¿Un ufólogo? —pregunto, escucho su voz difusa, como si me hablase desde el fondo de un barril, como un eco, mientras todo continúa dándome vueltas.

—Sí, un ufólogo te hacía falta a ti, doña extraterrestre, ¡anda, camina para tu habitación!

—Un urólogo es el que le mira la próstata a los hombres, no ufólogo —

alude de repente un paciente muerto de risa que también está en el pasillo y nos ha escuchado.

—¡Yo también le quiero ver el pene a Brais! —suelto sin más y de inmediato me tapo la boca.

En ese instante me doy cuenta de que no controlo para nada lo que sale por mi boca, que estoy más colocada que de costumbre y, para colmo, no puedo tampoco contener la risa; algo que empeora la situación. Mari se apresura a llamar a la otra enfermera y ambas me van empujando al interior de mi habitación. Me siento en la cama mirando por el rabillo del ojo a Mari, la cual muestra un cabreo monumental, y la otra chica, Cris, que no deja de mirarnos a ambas; a mí y a mi nueva compañera de habitación, la tal Luz. Cris se muestra con los brazos cruzados, tejiendo conjeturas, supongo, por mi estado o... por el de ambas.

—Aquí pasa algo muy raro, Luz está para que le dé un *parraque*, sin embargo, la otra...

—¿Le has tomado la tensión? —le pregunta Mari a Cris.

—Ahora lo hago, se fue al pasillo antes de que pudiera.

Cris se dispone a hacerlo mientras yo intento mantenerme lo más quieta que puedo y contener la risa, no entiendo por qué tengo tantas ganas de reírme y me cuesta aguantarme, aparte de sentirme flotando, todo lo contrario que Luz, que su semblante se puede traducir en que, en cualquier momento, comenzará a destrozarse los enseres de la habitación.

—La tiene por el suelo —le comenta Cris a Mari después de tomarme la tensión.

Ambas se miran entre sí y luego giran la vista hacia nosotras.

—¿Qué hacemos? Las muy brutas han confundido la medicación, ¡Mar se ha tomado la de Luz y a la inversa! ¡No hay otra explicación! Pero... ¿qué habéis hecho?

—Mierda, ahora lo entiendo todo... Debió suceder cuando se me cayó al suelo al enchufar el móvil, debimos confundirlas al recogerlas —se explica Luz, luego me mira de forma recriminatoria—. Estás en la gloria, ¿verdad, puñetera? ¡Vaya viaje te estás dando a costa mía!

—¡La madre que os parió!, hay que darle la dosis correcta a Luz cuanto antes y a Mar... o le hacemos un lavado de estómago o la encerramos en su cuarto a que se le pase el *colocón* —enjuicia Mari.

En ese momento para colmo suena la megafonía:

«María del Carmen Fernández Muñiz, persónese en el box número dos para un código azul, repito, un código azul en el box dos, persónese de inmediato».

—Madre mía, justo ahora. Me paso en cuanto pueda, Cris.

—¿Llamo a Julián y le cuento lo ocurrido?

—¿Estás loca? Nos la cargamos nosotras, que pase el *colocón* y punto, ¡pero no avises a Julián! Y a Luz calcúlale una dosis nueva después de lo que ha tomado y dásele —le pide Mari mientras sale apresuradamente hacia aquel box.

Estoy familiarizada con los códigos de colores que utilizan, después de estar casi un mes internada en el hospital... supe que era grave; o un PCR, o sea, una parada cardiorrespiratoria o cualquier otra razón en la que un paciente se encuentra en riesgo de muerte.

—Fue cuando se me cayó al suelo, culpa mía... —se disculpa Luz.

—¿Que me he tomado su medicación? ¡Dios mío, necesito coger aire! Ahora lo entiendo todo —enuncio levantándome de la cama, pero Cris me lo impide.

—¿A dónde crees que vas, señorita?

—A tomar el aire fuera.

—Ni lo sueñes. Prométeme que no saldrás de aquí, por favor, tengo que seguir la ronda y ver a más pacientes, por favor, promételo.

—Vale.

—Dios me dé paciencia, dais más trabajo que dos ancianas dementes. No salgáis bajo ningún concepto, si necesitáis algo llamad a una enfermera, ¡pero no salgáis de vuestra habitación! ¡Bajo ningún concepto!

—Que sí, ¡ve por mi medicación de una vez! —le chilla Luz al borde de un ataque de ansiedad.

Cris sale poniendo los ojos en blanco, y Luz comienza a reírse.

—Son como nuestras canguros y después de la que has montado es como si te castigaran por ello, aprovecha tu nube al menos, anda.

—¿Nube? Es un tormento prescindir de tus reflejos y no poder fiarte de tu vista, sentido del equilibrio ni de tu mente y me encierran, para colmo, ¿cómo puede gustarte colocarte?, no lo entiendo.

—Sí, la primera vez es algo extraño.

—¿Primera? No pienso tomarme más ni una sola pastilla equivocada y en cuanto vea a Julián le pediré que me la retire de inmediato.

—Si lo llego a saber antes te hubiera hecho vomitar, pero ya es tarde. Ahora tendrás que aguantarte hasta que se te pase el efecto, ya oíste a las enfermeras.

Tiene razón, así que me resigno rezando para que los efectos pasen lo antes posible. No puedo comer al mediodía, pruebo todos los remedios posibles, hasta los consejos de la especialista en colocarse; Luz, abro la ventana para refrescarme, me doy una ducha fría, ingiero mucha agua y hasta me lavo la cara como media docena de veces, pero la tarde transcurre y no percibo que los efectos disminuyan ni un ápice. Hasta a Luz se le acaban los consejos y sobre todo su paciencia de escucharme lloriquear.

—Sal y da una vuelta.

—¿Estás loca? Me lo han prohibido, si me pillan fuera de la habitación vete a saber qué me harán.

—¿Y qué te van a hacer? ¿No dices que tienes vértigos al mantenerte quieta? ¡Pues sal! Así también descanso un poco de tus continuas lamentaciones, pero que no te pillen.

—¿No dirás nada?

—Claro que no. No me vendría mal perderte de vista un rato.

—Es que voy a volverme loca encerrada aquí y con estos síntomas más.

—Pero ¿aún estás aquí?

En cuanto pregunta eso, asomo la cabeza al exterior por la puerta, no hay rastro de Mari ni de Cris, así que salgo al pasillo cerrando la puerta a mi espalda como estaba anteriormente para no levantar sospechas. Comienzo a caminar y mi vértigo disminuye apenas una pizca, pero es algo; aunque no mi equilibrio, ya que la medicación de Luz llevaba un potente relajante muscular y tengo que ir apoyándome en las paredes para poder avanzar.

Al cabo de unos minutos me doy cuenta de que el Control de Enfermería que avisto al fondo carece de la puerta trasera para el cuarto de estar de enfermeras de mi planta. Es muy raro, no es así como lo recuerdo. Entonces intento acordarme de si he girado a la izquierda o a la derecha cuando he alcanzado el final del pasillo. Continúo muy desorientada y de repente me entra miedo de que me pillen o de perderme, así que decido ir hacia la que creo que es mi galería, la que comunica con mi pasillo para regresar a mi habitación.

Todo lo que ocurre esta tarde lo voy a recordar confuso en un futuro, pero el «incidente» es imposible de olvidar, y creo realmente que lo será por el resto de mi vida.

Todo me es familiar y diferente al mismo tiempo, pero le echo la culpa a mi estado y, cuando creo alcanzar mi habitación, me meto bajo las sábanas tan apresuradamente que ni tiempo destino a fijarme en ciertos detalles importantes. Así que me acuesto de cara a la puerta de la habitación, pendiente de la misma, de que alguien entre después de mí, por si me han visto fuera, para echarme la bronca, y rezo para que así no sea.

Entonces noto algo a mi espalda, más concretamente en la parte posterior de una de mis piernas y ese «algo» me hace cosquillas. Lo más parecido a la sensación de que te esté rozando una pierna peluda. Es junio y no me explico cómo una mujer como Luz no se depila y más en esta época del año. Y, lo que más me extraña, ¿qué hace en mi cama mi compañera de habitación? Entonces me giro y espantada me doy cuenta de que no es Luz. Es un señor de al menos ochenta años, lo tengo a centímetros de mi cara. No sé quién grita más, si él o yo, cuando nuestros rostros se topan, pero ambos comenzamos a chillar como dos desequilibrados del susto mientras nos miramos.

Después del neurótico momento, de caerme de la cama y de dañarme el cóccix, o más comúnmente llamada rabadilla, el anciano se incorpora de inmediato por el otro lado de la cama.

—¿Quién es usted?! ¿Para qué se mete en mi cama?!

Yo observo la habitación mientras me incorporo del suelo, zapatillas de cuadros, la bata a juego..., periódicos, flores, “detallitos” que no recuerdo que estuviesen en mi habitación anteriormente.

—Me he confundido de habitación, y... —comienzo a tartamudear—, de cama..., parece ser, lo siento —digo cerrando los ojos y apretándolos hasta mis límites deseando desaparecer.

—¿Se puede saber qué son esos gritos? —escucho a mi espalda una voz que temo más que nada oír, pero es inevitable, Mari me ha pillado— ¡Tú! ¡No sé de qué me extraño!

Su cara de enfado hasta da miedo.

—Lo siento, te juro que solo salí unos minutos y únicamente me equivoqué de habitación.

—Está claro que no puedo confiar en ti, te pedí que no salieras de tu cuarto

hasta que se te pasasen los efectos de la medicación. Me has defraudado.

—Mari, por favor, no me digas eso. No aguantaba estar encerrada con los vértigos. No volveré a desobedecerte, te lo prometo, pero no me digas que no puedes confiar en mí.

—Señor Germán, ¿está usted bien? Todo ha sido una confusión, lo siento mucho —le formula al paciente.

—Sí, estoy bien —le responde mirándome con miedo.

—Hay falta de camas, ¡pero no hace falta que vayas matando a los pacientes por ahí de un infarto, mujer! ¡Que al señor Germán lo operan mañana a corazón abierto! Venga, que te acompaño a tu habitación —me regaña y posteriormente se dirige al anciano—. Luego vengo a reconocerle, se ve que esto lo ha agitado mucho y es lo menos que necesita teniendo su operación programada para mañana a primera hora.

La vergüenza se refleja en mi cara, mucha, pero torna a ofendida cuando el anciano se despide de mí de la siguiente manera:

—Estoy bien, y tú puedes volver a meterte en mi cama siempre que quieras —me invita con una mirada más que lasciva dándole dos golpecitos con la palma de su mano a su lado, invitándome. ¡Pues ya no le doy miedo precisamente al ochentón!

Alcanzo la puerta sin que me dé tiempo a pestañear, hasta mi vértigo ha desaparecido por las ganas de huir de su proposición. Me sorprende incluso de la rapidez, algo se activa de repente en mi mente. Necesito escapar a tal idea y ofrecimiento del viejales, es una sensación de pura adrenalina, lo puedo jurar.

—Que te gusten mayores no me parece mal, pero tanto... —me suelta Mari en mitad del pasillo, como si no fuera todo ya lo suficientemente embarazoso.

—No te pases. Vale, hice mal, pero no aproveches para reírte de mí.

—¿Que no? Te lo pienso recordar cada día mientras estés aquí ingresada. Sí que estás mal y muy faltita de lo que sabemos. Si primero crees haber visto a Brais por estos pasillos y luego te metes en la cama de un viejo cándido e ingenuo..., lo tuyo no tiene límites.

—Ríete todo lo que quieras, en realidad me lo merezco.

—Anda, camina, anda.

—¿Y tú no tienes casa? —le recrimino.

—Hoy doblo turno, así que da gracias de que te haya encontrado yo y con

ello evitar un problema mayor para ti, pervertida de mayores —me espeta.

Me conduce directamente a mi habitación, allí le cuenta lo ocurrido a Luz para remate, en consecuencia, ambas se ríen de mí hasta la saciedad.

—Ya está, ¿no? ¿Podéis parar? Creo que he tenido suficiente.

—Es poco lo que has tenido —me recrimina Mari—, da gracias a que te encontré yo y no otra o un médico. Intentaré convencer a Germán para que no diga nada, podía haber sido más peliagudo. Imagina que terminas en quirófano comprometiendo una operación, en el conducto de la lavandería o vete saber tú dónde con el colocón que llevas.

—Vale, lo capto y quiero que sepas que me siento fatal por ello. Te prometo no volver a salir, ni siquiera a vuestro cuarto de enfermeras como cada noche... —aseguro con lástima. Me encantan las charlas nocturnas de cada jornada allí.

—Si no puedes dormir puedes pasarte, pero que sea después de medianoche —flaquea finalmente, me ha cogido cariño y me encanta. Y me deja con Luz, que encuentra algo con lo que divertirse y regocijarse en ello: con mis nuevas y recientes peripecias.

—Para una vez que te drogas y solo se te ocurre meterte en la cama de un viejo. Qué plan tan triste.

—No te cachondees, por favor.

—¿Cachondees?, veo que vas ampliando tu vocabulario cada vez más.

—De la tele, estoy aprendiendo mucho de ver películas y series españolas. Creo que voy a intentar dormir un poco, si no te importa.

—Claro, tantas emociones... estarás rendida —dice mofándose de nuevo.

Me doy la vuelta al instante después de escuchar su última frase, necesito ignorarla y me hago la dormida porque no puedo pegar ojo, pero no tengo ganas de aguantar las bromitas de Luz, ya es suficiente padecer de amnesia, no hago sino meter la pata con los pocos que conozco en el hospital, es humillante.

A la una de la madrugada observo a Luz que sí duerme profundamente, qué envidia me da, porque a mí me sigue siendo imposible conciliar el sueño; pero, claro, con su nueva dosis..., es normal. Así que me aseguro de que el vigilante de seguridad no anda por la zona y me dirijo al estar de enfermeras, como otras noches. Es mi escape, mi única distracción en este lugar, las charlas nocturnas con las chicas que me hacen olvidar mi triste y vacía vida.

La puerta está abierta, pero toco igualmente mientras observo cómo Mari garabatea algo en un portafolio y le pido con cara de corderito degollado:

—¿Puedo? No puedo dormir.

—Normal, con el *colocón* de esta tarde... Anda, pasa, Cris viene para aquí también y te puedes tomar una infusión con nosotras —declina al fin, aunque su tono de voz augura que aún está algo resentida conmigo.

—Gracias, Mari —respondo mientras entro, me siento y ella pone el hervidor en marcha. Al rato entra en el estar Cristina y la miro extrañada porque camina de una forma algo cómica, aunque trate de disimular, no es cojera, pero sí lo más parecido.

—¿Qué te ha pasado? —No puedo evitar preguntarle.

A lo que alude Mari:

—Unas sábanas de raso y el espagueti. O sea, una noche de sexo accidentada. —Y comienza a reírse sin parar.

—¡Oye! ¡Cállate! A ver si tiene que enterarse todo el mundo de mis anécdotas domésticas.

—¿Y qué? ¿Esta a quién se lo va a contar si no conoce a nadie, ni a ella tampoco la conocen? Es amnésica.

—Gracias, Mari —le asesto con sarcasmo, su comentario me duele.

—Perdona, mujer, era por tranquilizar a Cris.

—¿Y tú qué? ¿Ligando con los viejales metiéndote en sus camas? —se burla Cris de mí.

—Ya te lo ha contado por lo que veo.

—Sí, vaya alegría le has dado al hombre, *rapaza*^[17].

—Bueno, ¿y a ti qué te ha pasado? Ya sabes lo mío, ¿me lo vais a contar entonces? —insisto.

Cris se encoge de hombros, así que Mari comienza a relatar:

—Pues que el marido de esta es un romántico, le preparó una sorpresa en un hotelito rural de lujo y, como siempre, le salió el tiro por la culata, nunca mejor dicho. —Y vuelve a reírse sin control.

—¿Me lo explicáis?

Entonces Cris mira a Mari y murmura resignada:

—Haz lo que quieras.

—Pero cuéntalo tú, que tiene más gracia.

Cris coge las tazas y se sienta frente a mí en la mesa.

—Pues que me puso de rodillas al borde de la cama dándole la espalda, mientras él permanecía de pie. Y, nada, me empotró desde atrás y mis rodillas se iban resbalando en las puñeteras sábanas de raso con cada embestida. Le pedí que parara, pero, chica, el hombre estaba tan emocionado y con una efusividad en lo suyo que no paró. Acabé haciendo el espagueti con su miembro dentro. Luego me pidió perdón cien veces, pero tengo eso... las sábanas resbaladizas esas son una caca, no son nada prácticas.

—Ay, pobre —digo aguantándome la risa.

—Como una butifarra hervida, pues si eso te hace gracia... mejor ni le cuentas cuando lo de Grey.

—Él se esfuerza por no caer en la rutina y ser romántico, lo sé, pero es que es más bruto...

—¿Qué hizo? —pregunto con gran curiosidad.

—Pues con el revuelo del libro de Grey... me tapó los ojos para luego darme con un látigo, el muy bestia. Así, en frío, y sin avisar. Le di dos hostias que me dolió la mano una semana, los mismos siete días que estuve sin hablarle.

—¡Ay, por Dios! —exclamo intentando aguantarme la risa.

—Pues para él sería una bendición en vez de un castigo que no le hablaras en una semana —bromea Mari sin dejar de reírse.

—Muy graciosa.

—Y le han prohibido descorchar champán tanto en cenas familiares como en celebraciones.

—¿Y eso? —pregunto.

—Pues que empezaron bien, mujer, casi le saca un ojo en la noche de bodas. Cris, yo creo que el universo ya te estaba enviando señales... No veas qué ojo morado trajo cuando volvió al trabajo de sus vacaciones de recién casada. Chica, tu marido es muy majo, pero en el sexo y en el romance es un caso, yo le aconsejaría que dejase de intentar ser un galán.

Cris se ofende bastante y le espeta:

—¿Por qué no cuentas tú lo de tu contractura? Cómo tu noche de pasión terminó al día siguiente en Urgencias, lista.

—Bueno, bueno...

—¿Bueno qué? O sea, yo exponiendo aquí mi vida, ¿y tú piensas que te vas

a escaquear? Ni hablar, además, como tú misma dijiste, ¿a quién se lo va a contar la pobre?

—¿Qué te pasó, Mari? —le pregunto.

—Bah, si lo mío no tiene tanta gracia como las cosas que le pasan a Cris.

—¿Puedo juzgar yo misma?

—¡Mírala! ¡Hemos creado un monstruo! ¡Te hemos convertido en una cotilla! —exclama asombrada y sin poder parar de reír.

—Pues sí, no tengo nada más interesante que hacer por mi amnesia..., ¿qué queréis que os diga? Qué triste.

—Vaaaale, chantaje emocional a mí no, ¿eh? Te lo cuento. Pues practicando sexo con mi marido me dio una contractura y me tuve que coger la baja, hale, ya está, ¿ves cómo no tiene gracia ninguna?

—¿Que no? Si supieras la historia que se inventó para escurrir la verdadera razón de su contractura cuando pilló la baja...

—¿Y cómo te hiciste daño?

—Ay, nena, que una se viene arriba en pleno apogeo amoroso, una se piensa que es una atleta cuando, en realidad... ¡Ay!, te dejas llevar. Me rompí el músculo intercostal, unas fibras que hay aquí entre las costillas —me explica señalándome el lugar exacto en su torso—, y lo peor de las contracturas es que no te das cuenta hasta el día siguiente, cuando traté de levantarme de la cama y apenas podía moverme del dolor. Me había hecho un desgarró muscular con el que no podía ni estornudar del dolor insoportable.

—Yo al menos no me dejo llevar por la pasión poniendo en riesgo mi integridad física —le espeta Cris.

—Anda que no...

—Pero ¿cómo te hiciste la contra... contractura esa? —pregunto, apenas puedo pronunciar una palabra tan difícil para mí.

—Se sujetó de un perchero, suspendida en el aire, mientras él..., de pie..., en fin. La pobre se estiró y estiró para el acople...

—Pero ¿vosotras practicáis sexo o deportes de riesgo?

—Mari creo que mezcla, ha creado una nueva modalidad —manifiesta atacada de la risa.

—Ay, nena, pues si ves lo que aparece en Urgencias... Lo nuestro son detallitos sin importancia.

—Contracturas, daños musculares, moratones, objetos extraños introducidos..., bah, tendríamos para toda la noche, ¿verdad, Cris?

—Una noche no bastaría para contar todo lo que nos llega a Urgencias.

Y se echan a reír ambas, hasta que me contagian también.

—¿Y Bea?, no la he visto hoy —formulo cuando soy capaz de dejar de reírme.

—Tiene el *finde* libre, hace meses que no libraba uno entero y estaba loca de contenta.

—Vaya, no me ha dicho nada.

—Iba con mucha prisa, ni se habrá dado cuenta.

—¿Y qué planes tenía? Siempre araña su tiempo libre al máximo y se organiza de tal manera que no le queda tiempo libre, normalmente me cuenta qué va a hacer, pero estos días no la he visto tanto como es habitual.

—Ir a Barrantes a la fiesta del vino esta vez —me contesta Mari.

—Pues qué ganas —alude Cris.

—Cuando era más joven me gustaba ir, pero con los años ya no es de mi devoción tampoco.

—¿Por qué? —pregunto mientras las escucho.

—¿Tengo pinta yo de desear que me pringuen de vino y para colmo voluntariamente?

—¿Tener pinta de qué...? ¿Qué vas a pintar, Mari?

—¡Hale, ya está esta con el idioma para arriba y para abajo!

¿Para arriba y para abajo? Me vuelven loca cuando hablan de esa manera y no las entiendo nada, porque yo solo soy capaz de traducir sus palabras literalmente, aunque comprendo que hay días en los que les quema un poco estar explicándome todo al detalle, así que omito preguntar esta vez.

—Es una fiesta donde usan el vino como munición, tienes que ir vestida de blanco y con ropa que no le tengas mucho apego, ya que quedará inservible y va directamente a la basura después. El objetivo es manchar de vino a todo el mundo hasta dejarlo lo más tinto que puedas, y tú no te libras tampoco, claro. Serás otro objetivo hasta del apuntador, hasta que se acabe todo el vino. Música, comida gratis y mucha fiesta, yo ya no estoy para ese tipo de actividades.

—¿Habré ido yo alguna vez? ¿Seré de por aquí siquiera? Oh, es todo tan

frustrante...

Me evado en mis pensamientos. Sus anécdotas, aunque intenten animarme, también me recuerdan que yo carezco de todo eso, del conocimiento de mis experiencias pasadas, de planes de fin de semana, de hijos, pareja, trabajo y hasta cuáles son mis pasatiempos, en fin, de una vida completa. Si bien colarme en el estar de enfermeras es mi mayor escape, comienza a no ser suficiente. Mi vida no puede reducirse a eso, a vivir enclaustrada y sentirme como una inútil sin metas, sin sueños y vivencias en un limbo que, temo, pueda convertirse en permanente. En ese preciso momento es cuando me percató de que he perdido mi miedo, que deseo tener lo mismo que ellas, enfrentarme a la vida, pelearla, sufrirla, disfrutarla y amarla a pesar de mi amnesia. Aunque me tenga que inventar una nueva. Sí, deseo vivir.

Cris advierte mi cambio de semblante.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, solo que necesito hacer algo útil. Llevo casi un mes aquí y comienzo a sentirme como una prisionera, no quiero pecar de desagradecida, pero me encantaría tener un trabajo y tener dónde vivir como vosotras. No quiero esperar a que mi memoria regrese porque ni siquiera Julián sabe cuánto puedo tardar en recuperarla. Pueden pasar semanas o meses, no puedo vivir esperando, no puedo seguir así. Necesito una esperanza, una motivación para existir.

—Pero para ello tienes que demostrar que puedes valerte por ti misma, tener un oficio, y no sabemos a qué te dedicabas antes ni lo que puedes hacer... y, lo más difícil, tendrías que conseguir que Julián te firmase el alta.

—Pues podría aprender a hacer algo, a servir mesas en un restaurante, para empezar, no puede ser tan difícil, ni pedirán experiencia ni referencias para eso. Cualquier cosa me valdría, aunque me pagasen poco.

—Pero mientras sigas aquí dentro va a ser complicado que consigas aprender a hacer algo... ¿Cómo? —pregunta Cris.

—Espera, podemos intentar colarla en la cocina sin que nadie se entere y que aprenda a cocinar. Podría trabajar de interna en alguna casa, aquí hay muchos médicos que siempre andan buscando internas, ya sabes, para encargarse de la cocina y la limpieza, y encima tendrías alojamiento gratis, donde quedarte hasta que ahorraras un poco, buscar piso y otro tipo de trabajo luego, ¿qué te parece?

—¿Colarme en la cocina? ¿Y si los empleados de allí no quieren ayudarme?

¿Y si nos descubren? Nos meteríamos en un gran problema, ¡tanto yo como vosotras!

—Bueno, eso déjame a mí, ya verás que no. Mañana pensaré en cómo hacerlo. Además, hasta agradecerán tener ayuda un día como un domingo.

—¿Y qué hacemos con Julián?

—Coopera con él, no te niegues a las sesiones y pórtate como una paciente modelo. Demuéstrale también que estás dispuesta y preparada para ser independiente, para que cuando te consigamos algo, no pueda negarse a darte el alta.

—Va a costar, pero haré todo lo posible. Sobre todo, hasta que olvide la que he montado hoy; porque, enterarse, se va a enterar, seguro.

—Tardará en olvidarlo, pero no eras tú, fueron las drogas que te tomaste. También intenta convencerlo de ello.

—Así será. Gracias, chicas, no sé qué haría sin vosotras, espero poder agradeceros todo esto en un futuro, eso si consigo mi independencia...

Poco después me despido de ellas y me voy a acostar y lo hago con una sonrisa en el rostro. Al fin tengo un reto, un propósito o una meta y no voy a ceder en mi empeño hasta lograrlo.

A eso de las cinco de la mañana, unos sudores fríos y una angustia monstruosa logran despertarme. Bueno, más bien los zarandeos de Luz mientras me agita por los hombros y me saca de mi espantoso trance.

—¡Despierta! ¡Despierta, por el amor de Dios! —me pide a gritos.

—¡No puedo respirar, no puedo! —berreo aterrada, medio dormida todavía mientras me sujeto mi propio cuello con ambas manos.

—Tranquila, solo es una pesadilla, tranquila. Sí puedes respirar, ¡hazlo!

—¡No puedo!

Luz vuelve a zarandearme, pero esta vez con tanta brusquedad que me caigo de la cama sobre mi espalda. Eso me hace regresar de mi pesadilla despertando del todo. Luz tiene la mirada clavada en mí, aterrada, mientras yo intento recuperar el control de mi respiración y mi pulso. Cuando consigo serenarme un poco, le indico:

—Era tan real..., me estaba asfixiando, me estrangulaba, no podía respirar.

—Pero ¿quién? ¿Quién te estrangulaba en tu sueño? —me pregunta.

—No lo sé, lo recuerdo borroso, ni siquiera sé si era un hombre o mujer,

solo que... me apretaba el cuello y... me ahogaba.

—¿Te he hecho daño? Te zarandeaba sin parar porque no te despertabas y no parabas de gritar, ¡casi despiertas a todo el hospital! Me extraña que no haya aparecido Mari o Cris todavía...

—Ha sido horrible —manifiesto, Luz se acerca a mí y me abraza.

—Ya pasó, ya pasó —me repite mientras me abraza, algo que me conmueve y relaja verdaderamente. De la chica más borde que conozco desde que recuerdo, la cual es adicta a las pastillas, iba a ser de quien recibiría mi primer abrazo, mi primera muestra de cariño físico. Me sobrecoge y hasta me hace sentir culpable de la imagen que tenía de ella hasta ese momento.

—Al final voy a ser yo la pésima compañera de habitación, me tomo tus pastillas y encima no te dejo dormir, de veras que lo siento.

—Yo no es que sea mala, te dije que con mi medicación soy distinta, ¿qué recuerdas? No hacías sino repetir; «¡Va a atraparme!» y, luego, «¡suéltame!».

—Solo recuerdo necesitar escapar y después unas manos apretándome el cuello. Únicamente esa sensación terrible de estar a punto de morir.

—¿En qué lugar... y de qué huías? Algo más recordarás.

—No recuerdo nada más que escaparme, tampoco de quién huía, pero sí que consiguió atraparme, alguien...

—Sé que es desagradable, pero quizás esa pesadilla sea una forma de recordar, tendrás que comentarlo con Julián.

—Mañana lo haré sin dudar —le prometo y aún no he terminado la frase cuando Cris hace presencia alertada por mis gritos.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Mar ha tenido una pesadilla horrible, la perseguían e intentaban estrangularla. Yo trataba de despertarla porque entró en un estado de histeria que hasta a mí me dio miedo...

—Vaya par, Mar y Luz... Si es que tenéis nombre artístico de orquesta de verbena y todo... Ay, ay..., a ver, ¿estás bien, Mar?

—Ahora sí.

—Tenía el pulso disparado, unos sudores fríos... y una cara de verdadero terror, me puso los pelos como escarpas —declara Luz.

—Ay, chicas, no sé qué voy a hacer con vosotras. Bueno, solo ha sido una pesadilla. Venga, a dormir.

—¿Y si no fue una pesadilla, sino un recuerdo...? —formulo con temor.

—Consúltalo con Julián el lunes, yo no te puedo ayudar en eso. Intenta no pensar en ello ahora, ¿vale? Y prueba a ver si puedes conciliar el sueño de nuevo que mañana te espera un día largo.

—¿A qué te refieres?

—Pues que Mari te piensa bajar a cocina para tus primeras prácticas. Te anda buscando ya una libreta para que tomes apuntes y todo...

—¿Ya?

—Sí, chica, a primera hora pretende meterte para los desayunos, antes de que se le acabe el turno y se marche a su casa.

—¿Quién está mañana?

—Érika y la otra Mari, a Bea le han asignado Trauma esta semana, por si la quieres ir a ver, ya sabes por dónde anda. Intentad descansar, yo me despido hasta el jueves, al doblar turno libro cuatro días, así que os veo a mitad de semana. Portaos bien, ¿vale?

—Vale, Cris, disfruta de tus días libres y de librarte de nosotras, aunque sea brevemente... —le deseo e inmediatamente cierro los ojos.

Siento que ha pasado un instante tan solo entre mi despedida con Cris y el zarandeo que siento nuevamente de alguien intentando despertarme de nuevo.

—¿Mar? Venga, levántate para ir a cocina —me pide Mari mientras me sacude con suavidad.

—¿Ya? Si acabo de cerrar los ojos y..., espera, los desayunos no los reparten hasta las nueve...

—Pero hay que elaborarlos antes, ¡no te jode...! Y no son todos iguales que esto es un hospital y cada paciente tiene una dieta específica, ¿no querías aprender? Venga, levántate, que hay mucho que hacer y yo tengo que irme a casa en media hora, despiértate ya o no me dará tiempo de acompañarte.

—Vale, vale, ¡que ya voy!

—Vamos, entonces, le he dicho a Érika que en cuanto pase la ronda Julián te avisen a cocina para que vuelvas y te encuentre en tu habitación. Tendrás que ser rápida.

—De acuerdo.

Sigo a Mari que me conduce hasta las tripas del hospital, esa mañana tan solo puedo aprender el sistema de menús y poco más, porque es un verdadero

embrollo y una gran responsabilidad también; dietas de celíacos, diabéticos, veganos, pacientes con intolerancia a algún alimento, los hipertensos y la sal... Todo con códigos, para colmo. Así que eso me toca además de aprender a cocinar, menos mal que Mari me ha conseguido una libreta para coger apuntes porque es imposible grabarlo en la memoria todo en tan solo una mañana.

Me dan las diez y media sin apenas darme cuenta, me extraña que Érika no haya llamado para avisarme y corro a la planta de arriba antes de que Julián pase a verme, si no lo ha hecho ya... y rezo porque así no sea. Encima, en una hora tengo que volver a bajar para cortar una inmensa cantidad de verduras, para luego poder elaborar más tarde los diferentes menús de tantos pacientes. Comienzo a sospechar que esa noche voy a volver a tener pesadillas, pero esta vez con las lechugas.

Salgo del ascensor cuando veo pasar a Bea apresuradamente.

—¿Bea? ¡Espera! ¿Cómo tú por aquí?, me dijeron que te tocaba Trauma esta semana —le pregunto extrañada.

—Buenos días, Mar, tan solo voy a Rayos a por un paciente y regreso a mi planta. ¿Qué tal el fin de semana? ¿Bien con Mari y Cris?, ¿o me echaste de menos?

—Muy bien, son estupendas, pero te eché de menos igualmente, no es lo mismo sin ti.

—Ah, pues yo creí que ni habías tenido tiempo, la cándida y bonachona... Cómo engañan las apariencias. Resulta que te pasaste el *finde* coqueteando con barbitúricos y encamándote con señores mayores, ¡eres una caja de sorpresas! — se burla explotando en carcajadas.

—Qué rápido te han puesto al día. ¿Y tú?, ¿dándote bañitos de vino tinto?

—Ah, veo que también te informaron.

—No tengo mucho más que hacer aparte de escuchar a las chicas, no es culpa mía.

—Por lo que sé ahora sí tienes una nueva ocupación, ¿tendremos nueva chef en el hospital?

—No te emociones, de momento seré la cortadora oficial de verduras, así que...

—Me alegro mucho, yo me lo pasé de fábula en Barrantes. Por cierto, coincidí con Brais y llevaba una sulfatadora, me puso perdida el condenado, pero cómo me divertí. Me preguntó por ti y por tu estado, me dio saludos.

—¿En serio? Qué bien, ¿y fue solo? Qué envidia me das. ¿Y qué es una sulfatadora?

—No, fue con Xabi, un amigo suyo, y también llevó a su hija Rosalía. Una sulfatadora es lo que utilizan para pulverizar las cosechas, como una fumigadora para herbicidas y bichos. Él llevaba una de mochila, a la espalda, pero Brais la llevaba cargada de vino tinto, y su hija también llevaba otra, tiraba a matar, la *jodía*. Lo pasamos pipa y ni sé las veces que me caí al suelo de resbalar en tanto vino tinto, tengo el culo molido, y eso que la hija en principio no quería ir a Barrantes.

—¿Pipa? Desde cuándo una pipa se lo pasa bien, yo no entiendo esas palabras y frases hechas que usáis a veces, suenan absurdas, sin ánimo de ofender... Pasarle pipa... Me está costando entenderos, cada vez más.

—Te irás acostumbrando y hasta acabarás pronunciando muchas expresiones que ahora defines como absurdas, ya verás.

—No creo..., ¿y su mujer no fue? ¿Una tal Alba?

—Uf, tema peliagudo ese. Digamos que Alba ya no está con Brais y, si quieres un buen consejo, nunca saques ese tema en su presencia si quieres volverlo a ver.

—Pero... ¿por qué?

—Tú hazme caso.

—Qué remedio... —respondo, no me deja muchas más opciones, aunque me interesara el tema tanto como él.

—Entonces, ¿qué?, ¿tenemos o no nueva chef en el hospital?

—No te burles, Dios... El tiempo que llevamos hablando... Me largo, que Julián todavía no sabe nada y como me pille fuera de mi habitación...

—Vale, yo también tengo que trasladar al paciente y se estarán preguntando por qué tardo tanto, pero, oye..., deberías salir conmigo un fin de semana de estos, igual hasta te encuentras con Brais...

—¿De fiesta?

—¡Pues claro! —exclama Bea y doy un brinco cuando escucho a mi espalda:

—¡Ni lo sueñes!

En cuanto me doy la vuelta, tropiezo con la cara de cabreo monumental de Julián.

—Yo, esto... Mejor me voy antes de que me empiecen a buscar también — me indica Bea escaqueándose y dejándome sola ante el peligro.

—¿Te crees que esto es un hotel para entrar y salir cuando te convenga? Estás en un hospital, ¿entiendes eso al menos? Y ahora te escucho planeando salir de fiesta, andas por los pasillos como si de tu casa se tratase, te escapas de tu habitación y acabas en la cama de otro paciente. ¿Creías que no me iba a enterar? ¿Y me cuenta la señorita por qué aventura le ha dado esta mañana? ¿Dónde rayos estabas?

Está muy enfadado, bajo la cabeza abochornada y no tengo más remedio que confesar, me parece la mejor opción en este momento.

—Venía de la cocina de intentar aprender a cocinar, formarme en un oficio y ayudar allí, para mí es una forma de pagar que me tengáis acogida aquí.

Julián entonces relaja la mandíbula, se queda pensativo y me pregunta:

—¿Es sincero eso que dices?

—Necesito sentirme útil y... pagaros todo lo que hacéis por mí, no se me ocurrió mejor forma.

—Pero, Mar, por Dios, tienes que consultar esas cosas antes de llevarlas a cabo por tu cuenta, ¿es pedir tanto? —me insta y, después de meditar un instante, menciona—. ¿Así que aprendiendo un oficio mientras echas una mano en la cocina...?

—No puedo quedarme aquí eternamente, ya estoy sana. Tengo que comenzar a tomar las riendas de mi vida..., tú lo sabes mejor que nadie.

—Vamos a mi consulta y allí hablaremos y veremos qué podemos hacer con las normas del hospital y tu nueva aventura de intrusión en la cocina —sugiere aún no muy convencido—, pero tienes que decirme dónde estás siempre y no irte sin más. Eres mi responsabilidad y puedes costarme un problema.

—Le dejé el recado a Érika de que en cuanto aparecieras...

—Érika tuvo que dejar la planta, fue requerida en Urgencias. Un autobús de transporte público tuvo un accidente importante, necesitaban todos los refuerzos allí y el mayor apoyo posible. Hay que contar con los imprevistos, ya ves, señorita escurridiza.

—Lo siento mucho, Julián, de veras que lo siento.

—Habla de ello en mi consulta, venga, vamos.

Nos dirigimos hacia su consulta, al entrar me siento en la silla donde lo

hacen habitualmente los pacientes y él toma posición tras su mesa.

—¿Tienes algo más que contarme y que todavía no sepa de tu interesante y fascinante fin de semana?

—No, Julián. Bueno...

—¿Bueno qué?

—Las pesadillas.

—¿Qué pesadillas?

—El sábado tuve una pesadilla horrible, solo recuerdo que me perseguían o huía de algo o alguien, nada más, y luego sentí cómo me apretaban el cuello con fuerza impidiéndome respirar. Creía que me moría, fue tan real...

—¿No viste un rostro o en qué lugar transcurría esa pesadilla?

—Nada, ni el más insignificante detalle. Estuve intentando recordar mi sueño y solo me viene eso. Más que nada la sensación de estar en peligro y huir y luego esas manos sobre mi cuello tratando de estrangularme.

—Interesante, ¿te parece bien que tengamos una sesión de hipnosis ahora?

—Tengo que estar en la cocina dentro de una hora —respondo con miedo.

—Qué es más importante para ti, ¿Mar? —me recrimina.

—Está bien —declino finalmente.

—Avisaré en la cocina de que bajarás más tarde —me informa levantando el auricular del teléfono de su mesa. Mientras tanto, me tumbo en la camilla y procuro acomodarme.

Posteriormente, Julián me coloca un pulsómetro para controlar mi ritmo cardiaco y unos auriculares con el objetivo de aislarme de los ruidos externos. Luego me pide que cierre los ojos mientras comienzo a escuchar una melodía relajante. Con un tono suave y pausado, Julián va indicándome que me concentre en cada una de las partes de mi cuerpo para que las vaya relajando; mis extremidades, torso...; paso a paso hasta llegar a mi mente.

—Imagina que te he puesto una cuantiosa dosis de anestesia, sientes cómo va haciendo su efecto, primero por los pies..., piernas... Cómo se extiende su efecto por el resto de tu cuerpo, céntrate en tu respiración, estás totalmente anestesiada... —Cuando la relajación va surtiendo efecto, Julián me indica—. Todos los recuerdos que vengan a tu mente debes expulsarlos junto al aire que respiras, estás a salvo, y solo son recuerdos, solo eso.

Sigo siendo consciente de que continúo en su consulta, pero temo que la

terapia lleve a hacerme decir o a hacer cosas que no quiero, como algún deseo oculto. Mientras dura mi hipnosis creo estar totalmente consciente, pero no es así, tengo la sensación de que apenas han transcurrido como unos diez minutos.

—Cuando cuente tres despertarás; uno, dos, tres, despierta. —Sin embargo, después de la cuenta atrás de Julián, al abrir los ojos, puedo contemplar su reloj de la mesa del despacho y compruebo cómo la sesión ha durado nada menos que media hora.

Despierto agitada y con el pulso acelerado.

—¿Qué ha pasado? ¿He logrado recordar algo importante?

—Hay un miedo muy profundo en ti. Has recordado tu pesadilla, pero puede que tan solo sea tu forma de interpretar ese miedo, no hay por qué definir literalmente que alguien haya intentado atentado contra tu vida.

—¿Y qué más?

—¿Crees estar enamorada? —me formula, intento no ruborizarme mientras me pregunto qué diablos habré dicho.

—¿Qué estupidez es esa? ¿He dicho algo que haga que creas eso y que yo no recuerde mientras ha durado la sesión?

—Soy psicólogo, ¿recuerdas? Además de la sesión, te escuché hablar con Bea cuando manifestaste tu envidia por haber visto a Brais. Y el semblante que adoptas cuando lo nombras o te lo nombran, no necesito más.

—No estoy enamorada, solo agradecida, y él fue amable, no hay nada más.

—Es un embaucamiento que tu propia mente ha creado después de lo ocurrido. Sentimientos confusos de adoración sobre el que para ti fue tu salvador, un espejismo, ni siquiera lo conoces, es tu mente la que ha idealizado a un hombre que no tienes ni idea de cómo es en realidad. No lo has tratado, pero no estás enamorada, es una ilusión de tu mente. Mar..., tienes que aprender a diferenciar tus emociones.

—Yo no he dicho que esté enamorada ni que crea estarlo, te repito.

—Tampoco es necesario. Te voy a recetar ansiolíticos para una semana más.

—No los necesito, Julián, no quiero más medicinas. Lo que necesito es sentirme útil y hacer algo con mi vida o me deprimiré de tal manera que no seré capaz de recuperarme nunca.

—Entonces te daré algo para dormir, pero tienes que prometerme que tendrás cuidado con Luz y no dejarlo a su alcance. A veces las usa para encubrir

sus subidones y que nadie se dé cuenta de que va colocada, es muy peligroso para su salud.

—Te prometo cuidar de ella, si me concedes cierta libertad...

—¿Qué tipo de libertad? ¿Crees estar preparada para enfrentarte a la vida fuera de estas paredes?

—Mari me ha dicho que hay varios médicos aquí que tienen asistentas domésticas en su casa. Aparte de un trabajo para valerme por mí misma, tendría donde quedarme..., mientras ahorre lo suficiente para un alquiler...

—De interna, ¿eh? —menciona y se queda pensativo un rato—. Puede que salir con Bea no sea mala idea respetando los horarios del hospital, lógicamente. Que tengas contacto con el mundo exterior gradualmente antes de meterte interna en una casa con unos extraños, eso sí me parece precipitado.

—¿Lo dices en serio?

—Puedes salir de día de momento y, cuando te encuentres preparada para tu independencia si continúas con tu amnesia, estudiaré lo de meterte como empleada doméstica, pero tienes que comprometerte a seguir viniendo a consulta los días fijados como hasta ahora y continuar tu seguimiento.

—Sería estupendo.

—Bueno, pues puedes marcharte a la cocina ya, continuaremos con las sesiones de hipnosis antes de hacer una valoración, quizás precipitada, de la de hoy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Julián, muchas gracias.

Las dos semanas siguientes son muy motivadoras. Estoy haciendo algo para construirme un futuro al fin y tomar las riendas de mi vida. Mi amnesia ya no es una catástrofe para mí, solo algo con lo que lidiar y guardar la esperanza porque se desvanezca, aunque no sea inmediatamente. En cierto modo deja de ser mi principal prioridad, así lo decido.

Luz ha dado un giro radical desde su llegada, estando bajo supervisión de Julián es otra, hasta le he cogido un cariño que jamás habría imaginado. Dice que Julián se porta mejor con ella que su propia familia. Según ella, los médicos a veces empatizan con sus pacientes, hasta cierto punto, claro. La verdad, lo que yo pienso es que es un poco permisivo con nosotras, hasta yo he dejado de estar incómoda con su forma de tratarme a veces. Creo realmente que lo hace por mi bien, su afecto es limpio y sin segundas intenciones, como llegué a sospechar semanas atrás. Pero con ella... creo que se ha implicado emocionalmente,

aunque no lo muestre abiertamente, quizás por su posición y la relación médico-paciente, eso se lo impida. Luz tampoco se ha percatado de ello, pero veo cómo la mira, cómo se interesa y preocupa por ella. Hasta cuando tengo consulta con él, ni una sola vez deja de preguntarme por ella. Julián se ha labrado una fama y se rumorea que nunca ha fracasado con ningún paciente y, aun con la recaída de Luz, no se da ni dará por vencido, espero que conmigo haga lo mismo.

Las señoras de la cocina son maravillosas conmigo, hasta me dictan y explican cómo se realizan recetas que no se cocinan allí, para que me sean útiles trabajando como asistente y tener cuantos más recursos mejor.

Comienzo a salir con Bea por las tardes, la primera vez es al cumpleaños de su sobrina, su familia se porta de maravilla conmigo. No me siento bajo una lupa ni me interrogan en ningún momento ni hacen sentirme como si fuera una extraña, es genial. La segunda vez que salgo, bajo el permiso de Julián, es al cine y las siguientes a la playa; a una diferente cada vez, pero todas en la isla, cada una de ellas son impresionantes y Bea se desvive por enseñarme cada rincón de su maravilloso pueblo.

Por otra parte, mi compañera de habitación, Luz, apenas tiene nada que ver ya con aquella persona ojerosa, sin temple y malhumorada que había conocido el día de su ingreso. Están a punto de darle el alta, aunque no se librará de un exhaustivo seguimiento. Nos hemos prometido seguir en contacto.

Me mantengo muy ocupada y eso es bueno para no caer en mi anterior yo, compadeciéndome por mi amnesia y mis miedos. Sin embargo, sigue habiendo algo que me afecta contra mi voluntad y en lo que no puedo dejar de pensar; en Brais.

No he vuelto a saber de él y a veces, sin darme cuenta, mi mente vuela y hasta fantasea con él. Como esa tarde, estoy apoyada en el mostrador esperando a Bea que está a punto de terminar su guardia y, mientras, juego con un tubito flexible de los que se usan para coger vías intravenosas enrollándolo y desenrollándolo una y otra vez entre mis dedos, manteniendo la mirada perdida. Hasta que la voz de Bea me saca de mis fantasías.

—¿Ya estás pensando en las musarañas otra vez? Espera..., en las musarañas no, en una en concreto con nombre propio, Brais, seguro. —Se carcajea.

—No he vuelto a verlo ni a saber de él —digo apenada.

—Bueno, te he dicho tropecientos veces que lo llames. Él te dio su móvil y te dijo bien claro que cuando necesitaras hablar lo hicieras.

—Y yo también te he dicho tropecientos veces que no sé qué decirle. Además, ha pasado mucho tiempo, estaría fuera de lugar ya.

—Unas semanas, ¿y qué? Vaya excusa más pobre.

Opto por no contestarle mientras continúo jugando con el tubito flexible, entonces, Bea repara en la vía con la que jugueteo.

—Espera...

—¿Qué?

—Has hecho un nudo de fraile.

—¿Un qué?

—Es de los más usuales en tema naval... —Se queda pensativa un rato—. Tú tienes nociones de náutica. ¡Has hecho un nudo marinero perfecto!

—Pues, no sé, me salió sin más, será casualidad —comento encogiéndome de hombros.

—No, creo que lo has hecho de forma instintiva, intenta hacer otro.

—¿Cómo lo voy a hacer si no sé cómo he hecho este?

—Inténtalo.

—¿Qué pasa? —pregunta Mari Carmen nada más llegar al mostrador.

—Ha hecho un nudo de fraile perfecto, mira.

—Pues en mi tierra le llaman de guirnalda, ¿y qué?

—Da igual cómo se llame. Se requiere mucha práctica y precisión para hacerlo con tanta facilidad y rapidez como lo ha hecho ella. Mi padre es marinero y jamás aprendí a hacer uno tan conseguido. Empiezo a sospechar que Mar ha llegado en un barco donde era una tripulante, al menos —explica Bea.

—Igual ha sido fruto del azar, además, no hay restos de ninguna embarcación, nadie ha encontrado nada.

Mientras ellas discuten yo sigo jugueteando con el tubito, hasta que me percató de que he hecho otro tipo de nudo del que desconozco el nombre y hasta si tiene que ver con el mundo marinero, pero empiezo a sospechar que sí al verlo, hasta yo misma me sorprendo.

—Chicas... —murmuro.

—¿Qué?

—¿Este tiene nombre también? —formulo mostrándolo.

—Es un nudo del ocho, se hace en el chicote del cabo para evitar que este se escape de una polea, escotero, guía o como se llame. Se suele utilizar al final de las escotas, drizas o trapas. Está claro que sabes de navegación —sentencia Bea.

—Pues lo he hecho inconscientemente de nuevo.

—¿Puedes hacer otro? Para asegurarnos de que no es fruto del azar, como dice Mari... —insiste Bea.

Le hago caso y termino ejecutando un nudo de as de guía, otro llamado ballestrinque y unos cuantos más sin ser consciente de cómo ni el por qué sé hacerlos con tanta facilidad.

—Habrá que decírselo a Julián, quizás esto arroje luz sobre quién eres y cómo has llegado hasta aquí, al menos es una pista.

Así hacemos, y Julián me hace prometer que, si vuelvo a hacer algo inusual que no tenga que ver con la nueva vida que intento crearme y no lo haya aprendido en la actualidad, se lo haga saber.

Gracias a él, las autoridades también comienzan a investigar en puertos cercanos si he trabajado como empleada. A preguntar a los propietarios de las embarcaciones que están por la zona el día de mi llegada si les suena mi cara, aunque ha pasado más de un mes y casi todo el mundo conoce mi rostro por los medios de comunicación. Conseguir cualquier pista sobre mi procedencia, por pequeña que sea, sigue siendo un hito de esperanza para mí.

CAPÍTULO 4

LA ESPERANZA, LA ILUSIÓN MÁS ALENTADORA

A finales de junio, aparte de ilusionada, estoy muy nerviosa, entro a trabajar en un precioso chalet con la familia de un cirujano cardiovascular en nada menos que la isla a donde llegué, gracias a mis nuevas y mejores amigas, las enfermeras.

En el hospital tienen un detallazo como despedida, hasta casi me hacen llorar, entre todas las enfermeras me compran un móvil de prepago, donde han grabado previamente todos sus números de teléfono y con ello así evitar perder el contacto.

La mujer del que será mi jefe también trabaja, ejerce como fisioterapeuta en una clínica privada en Vilagarcía de Arousa y disponen de varias propiedades por toda la isla, como un piso ubicado en el Naval y que alquilan por semanas a turistas en la temporada de verano. En breve, en el chalet del que me voy a hacer cargo, compartiré techo también con los dos hijos de mis recién estrenados jefes que vuelven a casa a pasar el verano, Milagros e Iván, en cuanto regresen de sus respectivas universidades al terminar las clases. Alejandro es un hombre maduro, pero muy atractivo; tanto como su mujer. Forman una familia muy respetable, correcta y encantadora donde tengo la suerte de caer. La casa me impresiona, aparte de ser majestuosa, por tener que hacerme cargo de la misma yo sola. Impone el trabajo que va a conllevar su mantenimiento nada más verla.

El chalet se ubica al sur, cerca del puente que conecta la isla con el continente, a una distancia de unos quince minutos andando hacia él. Las casas están muy diseminadas entre sí y todas ellas son de piedra, algo muy característico en la zona; como el gran cierre del mismo material que confina la majestuosa finca donde voy a vivir, de unos mil quinientos metros cuadrados, donde asoman los tejados de pizarra y la dota de total privacidad. Los árboles frutales y rosales salpican sus jardines que rodean la parcela perfectamente rectangular que está provista de dos accesos. Uno al norte en ligera pendiente para la salida y entrada de vehículos y en la zona sur otra más pequeña con acceso al garaje privado, donde se ubica también un jardín trasero, un área bien arropada del viento con un gran porche, donde se encuentra la piscina, la barbacoa y muebles de jardín de forja como espacio de ocio y disfrute. También hay un pequeño invernadero donde Marisa pone en práctica su mayor *hobby*; la

jardinería. Ángel, un hombre de unos treinta y pico años de edad, es otro de sus empleados, que se ocupa cinco días por semana del mantenimiento del jardín, la piscina y de pequeñas reparaciones que pueden ir surgiendo.

El inmueble se compone de dos plantas con sus dos buhardillas y el garaje anexo a la casa, dispuesto todo en unos quinientos metros en su interior. La entrada de la planta baja está presidida por un gran *hall* de donde emergen unas escaleras de estilo americano, en todo el interior predomina el acero lacado en negro y la madera noble barnizada en color miel. Desde allí y a la derecha se halla un gran salón comedor orientado a la parte trasera de la piscina y, conectado con la cocina, otro salón de uso diario para ver la televisión. Al otro lado del pasillo hay un despacho, un baño para visitas y, al fondo, el cuarto de plancha y mi habitación. Arriba se encuentran las demás habitaciones, todas con baño propio, hasta la de invitados; con balcón cada una y una puerta que parece ser otra *suite* que esconde en realidad las escaleras que ascienden hasta las buhardillas. Una de ellas está totalmente amueblada y a la otra le dan uso como trastero, el cual está perfectamente ordenado y limpio. Para demás trastos tienen el amplio garaje de la entrada.

La primera semana hasta hago esquemas de mis labores en la casa donde me han acogido con tanto cariño y me sorprende de lo metódica que resulto ser. Me estoy redescubriendo por completo y, aunque algunas manías mías no me gustan, me encanta ir conociéndome, al fin, tanto en lo bueno como en lo malo. Tomo apuntes de todo, incluso los llevo conmigo a la hora de hacer la compra mientras me acostumbro a sus hábitos e inclinaciones mientras las memorizo. En la casa solo utilizan marcas ecológicas que no dañan el medio ambiente en productos de limpieza, en alimentación también se decantan por marcas muy específicas y puntuales en los productos y solo se cocina con aceite de oliva y de soja, que se reciclan y se llevan a un punto limpio una vez por semana, como con los demás residuos que se producen en esta casa.

Mis pesadillas persisten y continúan sin arrojar luz sobre mi identidad ni nada que pueda ser de utilidad para saber quién soy. Siempre se repite el mismo sueño, alguien tratando de asfixiarme y ahí se corta y me despierto cada noche.

En mis tardes libres, y siempre que Bea puede, compartimos paseos por la playa, nos tomamos algo en alguna terraza y fantaseamos con mi futuro como niñas chicas, en el paraíso donde quizás me haya arrastrado la marea.

Es fácil adaptarme a mi trabajo y a las personas que sirvo porque me tratan como a una más de su familia. Me dan libertad total para salir siempre que quiera después de dejar hechos mis quehaceres diarios, como hoy por la tarde,

que vuelto a quedar con Bea en el centro del pueblo para tomar algo.

Me dispongo a ducharme y a arreglarme para mi cita con Bea y, en el baño, cuando comienzo a desvestirme para ello, advierto que me ha bajado el periodo de nuevo. Digo de nuevo porque ni quince días hace que lo tuve. Empiezo a preocuparme porque el mes pasado me ocurrió lo mismo, no le di importancia, pero que me pase otra vez... Ahora se ha adelantado diez días. Sé que no me pasa nada malo porque en mi estancia en el hospital me hicieron más que un chequeo, pero tampoco es normal lo que me ocurre, tengo que consultarlo. Me ducho, me arreglo y salgo hacia el Regueiro que es donde he quedado con mi amiga.

En cuanto nos vemos nos saludamos y decidimos a dónde ir.

—¿Qué tal en el centro? En la docena de terrazas con vistas al paseo marítimo y al muelle tendrás donde elegir.

—Me parece bien —digo y echamos a andar. Mientras caminamos, no dejo de darle vueltas a mi desajuste mensual.

—Oye, Bea...

—Dime.

—Me tienes que conseguir cita con un buen ginecólogo.

—¿Qué te pasa?

—Pues que se me adelanta el periodo, el mes pasado y, ahora otra vez, se me ha adelantado quince días.

—Podría ser un nódulo, pero te miraron en el hospital y no tenías nada. Esto lo he visto antes, seguro que es por los nervios. A algunas personas le atacan al estómago o dan dolor de cabeza. A mi compañera de universidad le pasaba, en época de exámenes le bajaba de nuevo, aunque lo hubiese tenido días antes, ya verás que no es nada.

—Ya, pero no puedo estar así.

—No, claro, hasta puedes coger una anemia o algo, ¿tienes cita con Julián el lunes?

—Sí, claro.

—Pues intentaré buscarte cita en Vilagarcía para el mismo día para que aproveches el viaje y así te quedas más tranquila.

—Gracias, Bea.

Nos aproximamos a una terraza cuando mi corazón me da el aviso

golpeando con fuerza, en la primera mesa está Brais.

—¿Es él? —le pregunto a Bea.

—O tiene un doble muy bueno... o, sí, es él —bromea.

—¿Tú sabías que estaría aquí?

—¡Qué va! Yo no le sigo los pasos, qué quieres que te diga... con la vida ajetreada que llevo...

Brais, así como me avista, se levanta de su silla de una forma un tanto violenta.

—¿Tú... por aquí? —pregunta sorprendido de verme, pero no de forma grata, más bien alarmado, me arriesgaría a decir.

—Es que ahora vivo aquí —respondo confusa por su forma de reaccionar, aunque al menos recuerda mi cara, ironizo para mí.

—¿Qué es eso de que ahora vives aquí? ¿Aquí..., en la isla, te refieres? ¿Dejaste el hospital?

—Sí —respondo escuetamente. «Vaya —pienso—, después de un mes sin saber nada de él, ahora se interesa por mí».

Está a punto de decirme algo más, de continuar interrogándome, estoy segura; pero, en cuanto abre la boca para hacerlo, una preciosa adolescente se lo impide tirándole del brazo y preguntándole:

—¿Quién es papá?

—Es la mujer del mar de la que tanto hablan —le responde.

«Papá...», reparo en que aquella chiquilla ha heredado sus ojos, los mismos de Brais, cómo no me he dado cuenta... Y Brais... Él está sencillamente irresistible; vaqueros desgastados —¡cómo le sientan, al muy canalla!—, camisa náutica celeste y unas gafas deportivas prendidas en un ojal de su camisa. Acabo de sufrir un sofoco.

—Tú... —murmura su hija concentrando su mirada en mí.

—Debo ser, sí. —La ayudo a salir del trance en el que parece haberse atascado mientras no deja de mirarme.

—¿Y por qué mi abuela te odia tanto? —me espeta, ahora la atónita soy yo.

—Cállate, Rosalía —le reprende un atractivo Brais. Dios, qué guapo está.

—¿Odiarme? Si ni siquiera me conoce... —le indico.

—No le hagas caso —me pide él.

—La madre de Brais es la Ángela Channing a la gallega. —Se carcajea mi acompañante.

—Bea..., que estoy presente y Rosalía también... —le recrimina Brais por su comentario.

—Como si tú no pensaras lo mismo y la mayoría de los habitantes de nuestra isla —murmura esta.

—Pero no delante de Rosalía, que lo larga todo.

—Ahora me tachas de chivata, ¿o qué? —le reprocha su hija.

—No, pero como heredes su manía de chismorrear yo me borro de la familia —bromea, supongo, y luego se dirige de nuevo a nosotras—. Bueno, ¿qué? ¿Os sentáis?

—¿Aquí?, ¿en tu mesa? —pregunto sorprendida después de su forma de reaccionar cuando me ha visto llegar. Sabe de sobra a lo que me refiero con mi pregunta, pero él, aun así, decide bromear:

—No, en el suelo si te parece.

Mis ojos comienzan a emitir un destello, nos ha invitado a su mesa y temo babear. Más después de su reacción con mi presencia, es un hombre tan contradictorio... Ni lo entiendo ni remotamente imaginaba cruzarme con él esta tarde y mucho menos que me invitara a compartir mesa con él.

—Bueno, ¿y qué? ¿Dónde vives? ¿Con quién? ¿Con Bea?

El brillo con el que lo miro se disipa al instante, al percatarme de que solo nos ha invitado para sonsacarme, ¿será hereditario? No puede ser como su madre, la Ángela Channing esa, me niego a creerlo. Si su madre era la Channing, él para mí entonces sería Lorenzo Lamas haciendo de Lance en la serie esa. Brais es mi Lance. Cómo me gusta este hombre y me niego a creer que haya heredado los mismos hábitos que su progenitora.

—Trabajo como interna en la casa del doctor Marsans —respondo mientras en mi interior muero de ganas por saber: «¿has pensado en mí? ¿He pasado por tu cabeza al menos durante un fugaz instante al menos desde la última vez que nos vimos? ¿Te parezco atractiva o te soy indiferente? ¿Te molesta volver a verme o qué?», todas esas preguntas se agolpan en mi mente.

—Ah, de Alejandro, ¿y te gusta? Me refiero al trabajo no a... él, lógicamente, esto... —manifiesta nervioso, sospecho que su subconsciente lo acaba de traicionar porque comienza a desvariar—. No me malinterpretes, es mucho mayor que tú y está casado, claro que no me refería a él, sino a tu trabajo.

—Se percata de que en vez de arreglarlo lo está empeorando más, yo incluso tengo que aguantarme la risa, y cambia de tema al instante de lo más ruborizado —. ¿Y tu memoria?

—Me gusta el trabajo y el señor Marsans es un buen jefe —le aclaro, ¿son celos lo que Brais siente? Si parece que ni desea verme... «Este hombre me va a volver loca», pienso y decido dejarlo correr—. Mi memoria... pues con pocos avances.

Entonces la camarera nos interrumpe:

—¿Vais a tomar algo, chicas?

—Un par de colas, ¿te parece? —me pregunta Bea y yo me limito a asentir, en cuanto se va con la comanda, Brais me pregunta:

—¿Y cuánto te vas a quedar en la isla?

«Ah, ¿es que tengo que irme?». Empiezo a alucinar con su comportamiento. Brais se ha convertido en la Gestapo de repente, ¿realmente desea perderme de vista? Pero ¿qué le he hecho yo?

—Pues... no lo sé. Depende de mi memoria y eso... Recuerdas lo que me pasa, ¿no? —le recrimino.

—Eh, que hay más gente en la mesa, ¿o preferís que os dejemos solos? —interrumpe Bea ofendida al sentirse ignorada o tal vez al reparar en el rumbo que está tomando la conversación.

«Ya quisiera —pienso—, y que él también lo deseara, estar conmigo a solas».

—¿Estás librando? —le pregunta él a Bea, quizás por su demanda de que no la ignore.

—No, tengo turno de mañana hasta el *finde*, ¿y tú cuándo pillas vacaciones?

—En agosto, supongo —responde Brais.

—¿Cómo que en agosto? ¿Y en las fiestas del Carmen no vas a estar? Pilla en julio unos días, ¡para las fiestas, hombre!

—No lo sé aún —contesta mientras no le saca ojo a su hija que nos mira como si fuésemos lo más pedante del mundo y advierto la cara de fastidio que esta muestra.

—¿Te ocurre algo, Rosalía? —le pregunta su padre.

—Que me aburro...

Bea los interrumpe:

—¿Ves? Hasta tu hija piensa que eres un soso. Anímate, tenemos que juntarnos todos como cuando estábamos estudiando. Salir hasta el amanecer y volver a ser una piña, todos nos estamos distanciando y no mola. Aprovechemos las fiestas del Carmen como excusa para ello.

—Y terminar desayunando en tu casa, despertar a toda tu familia a las ocho de la mañana un día festivo, aún me acuerdo —dice riendo a carcajadas y termina llamándole—, abusona.

—Ja, ja, ja. Sí, me acuerdo. Bah, si a ellos nos les importó —alude Bea para restarle importancia.

—La verdad es que tu familia es un encanto, hasta se levantaron para prepararnos el desayuno. Siempre se han portado de lujo y para aguantarte a ti y tus locuras...

Entonces la camarera hace presencia con nuestras bebidas, al mismo tiempo que Rosalía le pregunta a su padre:

—Papá, me aburro, *porfa*, ¿me puedo ir al Regueiro ya?

—Está bien, ¿llevas el móvil encima? —pregunta condescendiente.

—Claro.

—Pues, ve, anda, pero con *sentidiño*^[18] —declina al fin.

—¡Ni que tuviera ocho años!

—No, tienes trece que es peor —rebate Brais.

—¿Me das diez euros? —le pide con los ojos en blanco por la monserga que le está echando su padre.

—No haces más que pedir. Anda, toma.

—Gracias —lo besa y se despide.

—Ay, cuando te doy pasta sí me besas. ¡A las diez en casa, eh! —Le grita antes de que se aleje más.

—Pero papá...

—Ni papá ni nada, a las diez.

—Sí, dictador.

—¿Dictador? Devuélveme los diez euros.

—Vale, no he dicho nada —rectifica y le saca la lengua antes de desaparecer

del todo.

—Te tiene dominado, ¿volverá a las diez realmente? —le formula Bea.

—Aunque proteste, cumple con el toque de queda, siempre ha sido muy responsable.

—Menos mal, porque está en una edad difícil... Bueno, voy al baño, chicos —anuncia Bea levantándose y adentrándose en el bar.

Entonces aprovecho la oportunidad al quedarnos solos para preguntarle algo a Brais que me está quemando desde que hemos llegado, aun a riesgo de estropearlo todo, si es que hay algo que estropear.

—¿Te molesta que resida en la isla? ¿Encontrarte conmigo? ¿Que respire, siquiera?

Brais se queda sorprendido por lo directo de mis preguntas, pero termina por responderme.

—No es eso, solo que hay cosas que no puedo permitirme y también odio ser la comidilla de la gente, sobre todo cuando está capitaneada por mi madre.

—Pero... ¿entonces por qué nos has pedido que nos sentemos contigo en esta mesa?

—No es lo mismo tomar algo con vosotras dos, a que nos vean juntos y solos en una playa perdida, la gente suele sacar conclusiones precipitadas —manifiesta rehuyéndome la mirada, odio que lo haga.

—Oh, ¿quieres decir que has tenido problemas por el día que me llevaste a la playa?

—Puede.

Ahí peco de impulsiva y me lanzo:

—Lo siento, pero no lo entiendo, yo jamás podría vivir condicionada por lo que dirán ni renunciar a alguien que me gusta por las habladurías. Yo desearía dirigir mi vida, no que lo hiciese el entorno donde vivo —suelto y me arrepiento al segundo, ¿he metido en mi frase el verbo gustar? ¿En serio?

—Oye, perdona, pero aparte de complicarme la vida, no quiero tener un clima más insano en mi casa del que gozo ya y yo no he dicho que me gustes —espeta. Me sonrojo como nunca. «Qué bocazas soy», pienso mientras él prosigue —. ¿Podemos dejar el tema? —me pide esta vez mirándome de frente.

Me duelen sus palabras, aunque no se correspondan con su forma de mirarme, me mantiene hipnotizada y retenida en sus ojos, que reflejan algo más

que agrado hacia mí, pero puedo escapar de ese trance pensando que no me puedo creer que me esté diciendo eso, un hombre hecho y derecho y se lleva por su madre en la toma de decisiones concernientes a su vida.

—No te preocupes, en cuanto Bea regrese del baño nos iremos, no quiero causarte problemas. Si lo deseas no volveré a saludarte si volvemos a coincidir por la calle mientras viva en esta isla.

Un dolor punzante se apodera de mi pecho mientras pronuncio aquellas palabras y esquivo su mirada como puedo para que no advierta mi dolor. Creo absolutamente que ni eso se merece, que se percate de cómo cualquier cosa que venga de él me afecta.

—No es necesario que te vayas, ni que no me saludes cuando me veas, no soy tan extremista como crees.

¿Que no? Me siento tan indignada por sus absurdas palabras que me dan ganas de levantarme, irme y no volver a hablarle nunca más, ¡qué hombre tan complicado! Y cuando estoy a punto de hacerlo para perderlo de vista, lo cual deseo con todas mis fuerzas, un perro me lo impide abalanzándose sobre mí, cogiéndome totalmente por sorpresa.

—¡Larpe!, ¡Larpe!, ¡estate quieto! —le grita Brais al perro mientras intenta sacármelo de encima tratando de sujetarlo por la correa del cuello. Entonces recuerdo ese nombre, es el perro de la playa del día de mi accidentada llegada. Un pastor alemán precioso, pero que impone más que respeto y es su mascota. Al fin consigue sacármelo de encima. El perro no para de olerme y luchar contra él para volver a abalanzarse sobre mí.

—Parece que le gustas, es raro, no suele mostrar tanto entusiasmo por alguien que acaba de conocer —declara mientras intenta sujetarlo de nuevo, porque el tal Larpe persiste en su afán de echarse sobre mí de nuevo. «Al menos a su perro sí le gusto», pienso para mí.

—Larpe, ¿qué nombre es ese?

—Bueno, es Larpeiro, en realidad, que significa glotón, comilón o goloso en gallego. Se lo puso mi madre, porque, aunque no lo veas muy gordo, come lo que no está escrito; lo que pasa es que hace mucho ejercicio. Aparte de hacer de recadero de mi madre, no para de perseguir conejos por el monte y, cuando no, gaviotas por la playa. Va tras todo lo que se mueva.

—Como de las chicas, ya veo que es hiperactivo.

—Se relajará en unos minutos. No te preocupes, es inofensivo. Solo quiere

olerte y saludarte, aunque es demasiado efusivo.

—O sea, presentarse a su modo.

—Algo así.

«Ya me gustaría que fueses tú igual de efusivo», pienso para mí.

Entonces el perro parece relajarse y Brais decide soltarlo. Bea aparece al fin y el tal Larpe se excita de nuevo, esta vez lanzándose sobre ella.

—Hola, guapo, ¿qué haces aquí? ¿Estabas buscando a tu dueño? —Se refiere Bea a él mientras lo acaricia y él no deja de mover su cola—. Sí, hacía mucho que no nos veíamos, ¿eh?; pero, para, loco. Vale, vale, me vas a acabar tirando. ¡Para, Larpe! —le ordena Bea gritando.

Posteriormente el perro se mete bajo la mesa, con su tamaño casi consigue derribarla, Brais la sujeta al mismo tiempo que sermonea a su perro.

—¡Larpe!, ya está bien, ¡estate quieto que lo vas a tirar todo! Pero ¿qué le pasa hoy?

No me apetece cruzar ni una sola palabra más con Brais y hasta estoy tentada de levantarme e irme, pero la curiosidad y mi preocupación por el animal me pueden finalmente.

—¿Cómo lo dejas suelto y a sus anchas sin correa? ¿No temes que le pase algo o que lo atropelle un coche?

—No, está acostumbrado desde bien cachorro. Incluso mira antes de cruzar y usa el paso de cebra mejor que muchos humanos. En la isla todo el mundo conoce al perro de Brais —interviene Bea.

Mientras Bea me lo aclara, el perro se escabulle bajo la mesa de nuevo, con tan mala suerte que esta se tambalea tirando con ello casi todo lo que hay sobre ella, precipitando un vaso contra el suelo que se rompe en pedazos y alcanzándome uno de sus cristales en mi pierna derecha. El corte es profundo y el dolor muy intenso.

—¡Quítame el cristal, Bea, quítamelo! —grito mientras me sujeto la rodilla.

—¡Detén al perro, Bea! —le pide Brais a la vez que me inspecciona la pierna.

La gente nos mira y la camarera sale a la terraza inmediatamente, observa mi pierna y se alerta:

—¡Ostras! ¡Qué tajo! —exclama— ¿Traigo el botiquín? —le pregunta a Brais contemplando cómo éste me sujeta la pierna y la posiciona en una silla

colocándola en alto, mientras yo me mantengo sentada en otra.

—Y un paño limpio cuanto antes para presionar y taponar la herida, por favor —le pide él.

—¡Quítame el cristal! —vuelvo a pedir exaltada.

—Tranquilízate, no puedo sacártelo hasta tener algo para taponarte el corte, es profundo, ¿quieres desangrarte? Puede, y digo solo puede, que se haya clavado sobre una arteria de gran calibre. Aunque no sea la femoral, puede ser igual de importante. Es una posibilidad y, como sea así..., necesitarás una cirugía.

La camarera regresa con el paño y el botiquín entero. Entonces Brais coloca sus dedos sobre el trozo de cristal que se me ha incrustado en la pierna, cogiéndolo con cuidado por sus bordes y mirándome me pregunta—. ¿Preparada?

—Sí... —titubeo con temor, ¿preparada? Ni por asomo.

Entonces Brais lo saca e inmediatamente taponar la herida haciendo presión con el paño.

—¡Cómo duele!

—Lo siento, pero necesito hacer presión para que pare de sangrar y poder darte los puntos —me indica mientras rebusca en el botiquín.

—¿Puntos? ¿Te refieres a coser? Ay, no, ¡yo me muero!

—Serán poquitos, pues... cuando te diga que en el botiquín no veo el spray anestésico...

—¡¿Qué?!! Ah, no. Confiesa, tú, por alguna razón que escapa a mi comprensión, me odias, ¿verdad?

—Mira, Mar, ¿te sigues haciendo llamar así?

—Sí, hasta que averigüe el mío...

—Pues, si quieres, puedes esperar a que te lleven al centro de salud. De todas formas, tendrás que ir para que te pongan la antitetánica, allí sí tendrán anestesia; pero puedes perder mucha sangre antes de llegar. Tú eliges. Yo te aconsejo dártelos ya.

—¿Un chupito de orujo para pasar el mal trago? Invita la casa —alega la camarera.

—¡La botella entera! Con lo que eso arde por la garganta ni repararé en mi pierna.

—Tráele una botella. No te preocupes, no será capaz ni de beberse media... —le suelta Bea a la chica del bar, luego se dirige a mí—. Mejor será que lleve a Larpe a la casa de Brais, pero no te preocupes, es cerca. No tardo, estaré de vuelta enseguida.

—¡Ah! No me dejes sola con este bipolar.

—¿Perdona? —me pregunta Brais dándose por aludido.

—Eres amable y encantador y luego te comportas como si no quisieras verme siquiera. Así es como te comportas conmigo, ¿cómo esperas que te llame? —le esclarezco sin rodeos.

—Me habían llamado de todo, pero esto es nuevo... —se limita a decir y luego se dirige a Bea—. Buena idea, llévate a Larpe. Posteriormente le pide a la chica del bar antes de que entre en el local de nuevo—. Trae hielo también, vamos a tratar de insensibilizar la zona para que no sienta tanto dolor, por favor. Aunque no sé si se lo merece...

Yo lo miro con rencor.

—Marchando el orujo *on the rocks*, entonces.

—Qué Graciosa —murmura Brais y la mira como si dijera lo más absurdo del mundo.

—Es para quitarle hierro al asunto, hombre o... cristal, en este caso...

—Ya te vale, Marina —le reprende Brais. Así se llama la camarera, por lo visto. Es bueno saberlo por si vuelvo.

Al rato regresa con todo lo que le han pedido. Brais comienza a aplicarme el hielo alrededor de la zona afectada.

—Bueno, creo que está ya suficientemente insensibilizada —y añade—, tienes la piel muy suave.

—El que no quiere saber nada de mí, ahora me hace cumplidos... —murmuro poniendo los ojos en blanco.

—Oye, solo he dicho que tienes la piel suave, ¡no que desee casarme contigo!

Me sonrojo, y Brais lo advierte, por lo cual contemplo la mirada más chulesca y arrogante que muestra por ello.

—Ya, pues por mucho que te fastidie, que sepas que, con esta, me has socorrido ya dos veces.

—Aún no he terminado. No le digas eso a quien está a punto de coserte, no

hagas que me arrepienta —dice con un tono severo y se concentra en mi corte. Me limpia la herida con una especie de suero, la desinfecta y comienza a coser como si nada.

Aunque el hielo ayuda, lo hace muy vagamente. Necesito hablar para no pensar en el dolor, para colmo solo tengo a mi hombre bipolar para hacerlo.

—Podría haberlo hecho Bea y no tú, ella es enfermera —suelto.

—Te recuerdo que estaba sujetando a mi perro, no podía hacer ambas cosas a la vez, y yo soy médico.

—Aunque no quieras reconocerlo, te preocupas por mí, así que algo despierto en ti.

—Lo hago por ética médica, por el juramento hipocrático.

—Sí, hipócrita eres un rato.

—No quise decir... Bah, da igual. Tus confusiones con el idioma llegan a ser exasperantes. Ahora, ¿dejas que me concentre en darte bien los puntos?

—Me callo, pero por el momento.

—Qué considerada. En fin, bipolar, hipócrita... Sabes caer bien a la gente.

—Lo siento, es solo que no te entiendo.

—Pues deberías respetar la forma de pensar de otras personas antes de comenzar a insultarlos porque no los entiendas. Es un pequeño consejo que te ayudará mucho a tener vida social —me espeta mientras corta el hilo y me anuncia—. Bueno, esto ya está, mantenla en alto y no la sobrecargues los primeros días o la pierna se te hinchará, ¿de acuerdo? Hablaré con tu jefe si quieres para explicárselo.

—No es necesario, seguro que lo entenderá.

—En cuanto vuelva Bea que te lleve al centro de salud de guardia para que te pongan la antitetánica, ¿de acuerdo? —me sugiere aún acuclillado enfrente de mi malograda pierna.

—¿Bea? Pues... va a ser un poco difícil, porque ha venido andando desde su casa... —le aclaro con temor.

—¿Que ha venido qué? —Brais coge aire y al fin se incorpora—. Está bien, tendré que llevarte yo entonces —dice con fastidio y posteriormente le deja recado a la camarera de que en cuanto venga Bea la informe de que él me ha acercado al centro de salud más próximo.

—Intenta levantarte y apóyate en mí.

Hago lo que me pide, pero enseguida me doy cuenta de algo.

—A ver, estoy confusa. No puedo poner la pierna en el suelo y, aunque me apoye en ti, voy a la pata coja, ¿o cómo demonios hago?

—Pues nada, no queda otra solución —determina y, sin mediar palabra, me coge en volandas y me informa—. Te llevaré en brazos hasta mi coche.

Confieso que me subo a una nube, pero también odio su comportamiento conmigo. Acabo de descubrir que tengo un lado sarcástico que muere por salir y le doy finalmente libre albedrío.

—Bueno, ¿y qué pensarán ahora tus paisanos de que me lleves en brazos? Eso es peor para ti que el que nos hayan visto solos en una playa perdida, ¿no?

—Te estás regocijando, ¿verdad?

—Por supuesto, porque sigo sin entenderlo.

—Algún día lo entenderás, no te preocupes.

—Dios... Nos mira todo el mundo..., si va a ser verdad y todo.

—Ya... tenía que ser en el centro de la isla, con todas las terrazas abarrotadas en hora punta. Saldré hasta en la hoja parroquial de la iglesia de esta semana e incluso en el bando municipal.

—De veras que lo siento, ahora sí que no desearás cruzarte conmigo más.

—Bueno, aguantaré la popularidad un tiempo, ya no hay vuelta atrás. Además, ha sido culpa de mi perro. Siento haberte jodido el fin de semana y es lo menos que puedo hacer, pensándolo fríamente.

«Sí, frío eres un rato», pienso para mí, pero solo conmigo, al parecer. Todo el mundo parece adorarlo.

Me ayuda a acomodarme en la parte de atrás de su coche y arranca. De camino advierto que Brais no deja de escudriñar el espejo retrovisor interior por el rabillo del ojo. «Y no le importo, dice...». Poco después me informa de que el centro de salud de la isla está cerrado y tendrá que llevarme al de la población más cercana, en Cambados. No nos dirigimos una palabra más durante el resto del trayecto; aunque nuestras miradas siguen cruzándose a través del espejo retrovisor, por mucho que intente disimularlo, los ojos se le escapan cada instante.

Saliendo de la isla, a mitad del puente; el silencio entre ambos es atronador aparte de incómodo, lo percibo también en él. Así que Brais decide poner la radio y comienza a sonar una canción que empiezo a tararear inconscientemente

y estoy segura de no haberla escuchado después de mi llegada a esta costa.

La letra no es en español ni en inglés, tampoco en gallego. La verdad es que no reparo en qué idioma es —ni siquiera me doy cuenta de ello hasta unos instantes después—, solo la tarareo inconscientemente sin más, mientras disfruto del paisaje del mar. Brais, al percatarse, detiene el coche a la salida del puente de inmediato. Se gira hacia la parte posterior del vehículo, o sea, hacia mí.

—¿Te gusta Tarkan? —me pregunta.

—¿Quién? Ni siquiera sé quién es.

—Pues la estabas tarareando a la perfección, yo no podría, no hablo turco.

—¿Turco? Es cierto... —pronuncio confundida y también sorprendida.

—Ni siquiera sé qué dice la letra, pero a la gente le encanta. A mí también, es pegadiza y graciosa, llevan años poniéndola en emisoras a pesar de ser una canción de finales de los noventa, por lo menos... ¿Hablas turco? —pregunta sorprendido.

—No lo sé... a ti también te gusta... y no lo hablas, ¿no? ¿Por qué tendría que hablarlo yo? —respondo totalmente desconcertada, entonces tarareo de nuevo su estribillo al son de la radio, algo tal que así:

*«Seni gidi findik kiran
Yilani deliginden cikaran
Kaderim puskullu belam
Yakalarsam (muik muik)».*

—¿Sabrías traducirla? —formula mientras continúa expectante desde que ha detenido el coche, sin dejar de mirarme desde el asiento del conductor.

Entonces, ante mi propia perplejidad, comienzo a pronunciar:

*«Qué descarada y qué pícara.
una trampa de dulces palabras.
El destino me traerá problemas...
Si nos acostamos (muack, muack)».*

—Definitivamente, manejas el idioma —sentencia Brais sin abandonar su mirada fija en mí. Se hace un silencio entre ambos, no hacen falta las palabras, nuestro cruce de miradas dice más que nada, podía ser una nueva pista sobre mí —. Quizás seas turca, una gran diplomática o cónsul sabiendo tantos idiomas, ¿te imaginas?

—Que trabaja como empleada doméstica en una casa —aludo y ambos reímos—. O quizás no signifique nada —digo apenada.

—Piensa en algo más, de Turquía o todo el continente asiático, quién sabe, ¿no te viene nada?

—Absolutamente nada, solo esa canción que he tarareado por inercia. De todos modos, Turquía está muy lejos de aquí, es imposible que haya llegado desde tan lejos, ¿no crees?

—*Meniña*, toda tú eres un gran misterio. Deberías comentárselo a las autoridades que llevan lo tuyo.

—¿Que me sé una canción? Me parece absurdo molestaros con eso tan solo.

—No, que dominas el turco.

Me quedo en silencio mientras medito que Brais tiene algo de razón. Así que vuelve a arrancar el coche, me lleva al ambulatorio de Cambados y no vuelve a sacar el tema, aunque me mira de vez en cuando con cara de extrañeza a través del espejo retrovisor. Sin embargo, no me hace sentir como un bicho raro, al contrario, adoro los momentos en los que nuestras miradas se cruzan; aunque solo sea a través del espejo retrovisor.

Al llegar a nuestro destino me revisan mi herida, dicen que Brais ha hecho un gran trabajo y, después de ponerme la antitetánica, él se encarga de llevarme devuelta a casa. Me acompaña hasta la puerta asistiéndome, ya que no puedo forzar la pierna para que no se hinche. Toco al timbre y el mismo Alejandro, mi jefe, nos abre.

—¿Qué ha ocurrido? —formula alarmado.

Entonces Brais le relata lo sucedido y le pide disculpas por sentirse responsable de la torpeza de su perro. Se conocen, su trato más que familiar me lo revela. En esta isla todos se conocen entre sí, más que vecinos parecen ser una gran familia. Aunque Marsans no es un apellido común de la zona, sino más bien del interior de España; a mi jefe lo habían destinado allí hacía años, sus hijos habían nacido allí, había creado un hogar y una vida. Mi jefe estaba más que encantado con su destino, no había más que verlo.

El señor Marsans, o sea Alejandro, lo invita a pasar y le ofrece una cerveza que Brais acepta con gusto. Nos encontramos alrededor de la mesa de café del salón, ellos degustan sus bebidas mientras yo me tomo un refresco.

—Las tareas domésticas no las haré tan rápido como habitualmente, pero te prometo que este incidente no me alejará de mis responsabilidades —le aseguro

a Alejandro.

—Ni hablar, puede complicarse y no cicatrizar correctamente tu herida. Nos arreglaremos unos días sin ti, no te preocupes —luego se dirige a Brais—. Has hecho un trabajo impecable, ¿cuántos puntos son? Una pena que no seas ambicioso, serías un cirujano envidiable.

—Cinco nada más y ya me conoces. Adoro la vida sencilla y ejercer como médico de familia, no pudiste convencerme cuando estaba en la facultad y menos ahora, Alejandro.

—Sigo creyendo que es derrochar todo el potencial que ostentas.

Observo cómo parece incomodarle hablar de ello y Brais cambia radicalmente de tema.

—Ella... ha identificado una canción turca en la radio cuando nos dirigíamos al ambulatorio, incluso la ha traducido —menciona y prosigue—. He pensado que..., ¿sigues teniendo televisión por satélite? ¿El Astra ese?

—Claro, ya sé que intentas —responde Alejandro ante mi confusa mirada mientras echa mano de un mando a distancia. Busca un canal en concreto y, después de encontrarlo, ambos me miran.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Te suena o algo te es familiar?

Dan las noticias, entiendo perfectamente lo que la periodista relata, aunque nada de lo que informa me es familiar.

—Solo el idioma —respondo.

—Probemos otros canales, quién sabe...

Alejandro cambia el Tv5Monde, un canal en francés, Al Jazeera y unos cuantos más de distintos lugares de la geografía a donde alcanza el satélite de mi jefe, mientras Brais no deja de estar pendiente de mí y de mi forma de reaccionar ante la televisión. Tanto el idioma como lo demás me son completamente desconocidos e indiferentes.

—Pues que estés familiarizada con el idioma turco es un dato que deberías trasladar cuanto antes a las autoridades que llevan tu caso.

—Lo haré el lunes, ojalá pudiese decirles algo más que eso o que lograra recordar algo verdaderamente importante.

—No desesperes, te ayudaremos en todo lo posible —resuelve Alejandro y en cuanto termina la frase escuchamos la voz alzada de Marisa, su mujer, desde

el porche llamándome:

—¡Mar!, ¿puedes ayudarme a sacar las compras del coche y meterlas en casa, por favor? ¡He cargado el maletero como nunca!

—Yo iré, ella aún no sabe de tu accidente. No te preocupes —manifiesta Alejandro levantándose y dejándome a solas con Brais.

No sé de qué hablar con él y repasando la tarde mentalmente me llego a sentir culpable, hasta tal punto que acabo sufriendo un ataque de sinceridad:

—Siento haber truncado tu tarde de sábado y haberte llamado bipolar. Me has llevado y traído del ambulatorio, me has curado la pierna... Aparte de maleducada soy una desagradecida, aunque no comprenda tus cambios de humor... conmigo.

—Yo sí que lo siento, entiendo que mi comportamiento sea extraño para ti. No es nada personal, te lo aseguro, solo cosas que desconoces de mi familia y de mí.

—Pues me encantaría saberlo, no por entrometerme en tu vida, sino para entender —le acabo de decir cuando Alejandro y Marisa cruzan el pasillo cargados de bolsas.

—Chicos, ¿os importa si os dejo un rato? Vaya mal anfitrión estoy hecho, pero a mí y a Marisa nos gustaría guardar la compra antes de que anochezca.

—No te preocupes, Alejandro —menciona Brais.

—Estás en tu casa, Brais, si quieres otra cerveza o un vino, Mar sabe dónde está todo.

—Gracias, Alejandro, estoy bien de momento, no te preocupes.

Cuando ellos desaparecen hacia la cocina, Brais vuelve a enfrascar su mirada en mí.

—La gente de la isla es buena. Solo hay un grupito, desgraciadamente capitaneado por mi madre, que son las que sacan los chismes de todo el mundo y nada bueno. El más mínimo detalle lo convierten en algo monstruoso, indecente, aunque no lo sea realmente. O ponen etiquetas a las personas que no les corresponden, no sé si me sigues...

—Creo que te entiendo.

—No es meramente porque digan que tengo un lío contigo, esa no es mi preocupación, la verdad es que fue una vaga excusa.

—¿Entonces?

—No sé si debería contártelo —deja caer y se levanta. Da una vuelta por el salón mientras se sisa el pelo, resopla y vuelve a mirarme como si algo lo angustiara. Está tan indeciso y hasta me atrevo a decir que algo lo consterna verdaderamente. Finalmente opta por darme la espalda de nuevo, como si estuviese decidiendo decirme algo transcendental de algún modo para él y no es capaz de hacerlo mirándome directamente. Hasta llega a preocuparme—. Mi mujer, ella..., la perdí en el mismo lugar donde tú apareciste.

—Dios mío, Brais, no tenía la menor idea. Ni siquiera que... ella había muerto.

—¡Yo no he dicho que esté muerta! —casi ladra mientras aprieta el puño de su mano y adopta una apariencia rígida. Es impotencia, resentimiento y quizás hasta rabia hacia mí, por cómo le ha afectado y dolido lo que yo he dicho. Al fin entiendo los avisos de Beatriz de no sacar el tema de su mujer y que nunca lo hiciese por nada del mundo.

—Lo... siento, es que no sé qué me intentas decir.

—Desapareció allí, mientras no haya un cadáver para llorar, para mí nunca estará muerta, ¿de acuerdo? Por eso nunca voy a la playa, odio el mar que me la arrebató. Adoro la isla, pero nunca me verás en la costa de forma literal. También se llevó a mi padre muchos años antes cuando trabajaba en un gran mercante; aparte de tenerme separado de él durante meses, durante la campaña del pez espada, cuando no el atún... Antes de dejarme huérfano de padre, me ha arrebatado todo, lo que más amaba. Por eso soy médico, hubiese sido cualquier cosa antes que marinero como mis antepasados o mis amigos. Por eso yo... el día que te llevé a la playa... no lo soporté, ese lugar..., ¡maldito lugar! Y por eso te llevé de vuelta al hospital con tanta premura, ahora ya sabes por qué.

—Brais... —pronuncio con lástima, algo se resquebraja en mi interior, me destroza el alma—, si lo hubiese sospechado, no te hubiera pedido siquiera que me llevases allí... —digo mirando al suelo, después de su concesión apenas puedo mirarlo a la cara. Él se percata, se acerca y se postra en cuclillas ante mí, su rabia desaparece y hace acto de presencia su ternura ante mi afligimiento.

—¡Eh!, no lo sabías, pero ahora sí. Cuando regreso cada fin de semana solo deseo encontrarme con mi hija, con mi paz y tranquilidad, y ya ves cómo es mi madre, ella... por alguna razón te tiene inquina... y posee una mente retorcida y perversa, de ideas completamente absurdas e incoherentes.

—Sigo sin entender...

Brais enlaza sus manos con las mías, coge aire e intenta que lo comprenda.

—Mi mujer desapareció donde apareciste tú, ella cree que mi interés por ti... tiene un fondo siniestro.

—Que tu mujer ha regresado en otro cuerpo... No me digas que es eso..., por favor.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo mientras pronuncia aquellas palabras.

—Y, que toda la isla me tome por loco por las insanas y paranoicas conclusiones de mi madre, no es mi mayor ilusión, ¿lo entiendes ahora? Mi madre está loca, y cree que lo estoy yo, ya ves.

—Por eso me evitabas.

—Lo siento, Mar. Sé que no es culpa tuya. Claro que me gustas, ¿a qué hombre en su sano juicio no podrías gustarle? Pero es todo muy complicado.

«Me ha dicho que le gusto», mi corazón comienza a bombear con ímpetu e intento con todas mis fuerzas disimular las emociones que esas palabras han despertado en mi interior y que estarán grabadas a fuego en mi mente para siempre.

—Lo que no entiendo es que alguien, tan altruista y bueno como tú, haya salido de una persona como tu madre, siento decirlo, pero es algo que tampoco comprenderé nunca.

—Ella no era así, cambió cuando mi padre murió, nunca más volvió a ser la misma. En vez de luto adquirió un odio tremendo hacia el mundo, culpa al universo desde entonces de todo lo malo que le ocurre y es imposible razonar y tratar con ella, al menos en ese sentido.

—Lo siento, me alejaré, te lo prometo. No quiero causarte problemas.

—No quiero que te alejes, me da igual que seas de aquí, de Turquía o de dónde demonios vengas, ni siquiera cuál es tu pasado. Tan solo intentaba protegerte de mi propia madre. Hasta piensa que tu amnesia es fingida, te tiene tanto resentimiento sin conocerte siquiera... Pero no quiero alejarme de ti, ya no, ahora que lo sabes todo, la cuestión es..., ¿quieres tú que me aleje?

Me estremezco por el giro que ha dado todo, mi corazón bombea eufórico y respondo con decisión:

—No, no quiero.

—¿Estás segura? Después de todo lo que te he contado y de que quizá no supere nunca la desaparición de mi mujer... Desearía que fueses tú quien me ayudara con eso, pero quizás te esté pidiendo demasiado.

—Todo lo contrario, me siento halagada por ello, porque me... elijas a mí.

—Lo mejor es que consultes todo lo que te he contado con la almohada esta noche, no me respondas todavía.

—No tengo nada que meditar, Brais. Y, aunque no sintiese algo por ti, te debo mucho más aún... por haberme salvado la vida.

—¿Sientes algo por mí? —me pregunta mirándome fijamente.

Lo he dicho sin darme cuenta apenas, pero su rostro resplandece de satisfacción, y eso me serena al haberlo soltado sin más y hasta me alegra al ver su semblante, tanto como a él parece haberle agradado mi concesión. Pero soy incapaz de responderle y de articular palabra, un «sí» o lo que sea, contemplando cómo sus pupilas dilatadas se concentran en las mías y por un segundo desvía su mirada hacia mi boca. «¿Será este nuestro primer beso?», me pregunto. Brais continúa de cuclillas con sus manos enlazadas en las mías, con nuestras miradas clavadas y para mí es como si el mundo se hubiese detenido. Acerca su rostro hasta estar a milímetros del mío e inclina la cabeza entreabriendo levemente los labios. ¡Dios!, siento hasta el calor de su aliento de lo cerca que está su boca de la mía. Cierro los ojos para entregarme a este maravilloso y anhelado momento y cuando está a punto de ocurrir...

—¡Ya he guardado la compra! Esta mujer ha asaltado el supermercado entero, ¿qué tal por aquí? —nos sorprende Alejandro acompañado por Marisa a su retaguardia.

Brais suelta una de mis manos y se pone a darme palmaditas encima de la otra.

—Todo se arreglará —menciona disimulando cuando en realidad hemos estado a punto de besarnos, a punto... «¡Aggg!».

«Vaya fiasco», pienso. Nuestro primer beso seguirá siendo un sueño irrealizable, pero aquello me hace descubrir algo más sobre mí; mis inclinaciones asesinas, porque deseo matar al pobre y bueno de mi jefe más que nada en el mundo.

—Yo... será mejor que me vaya, se está haciendo tarde... —deja caer Brais algo incómodo por la situación.

—Pásate siempre que quieras, a verme a mí o a tu amiga Mar, sin problemas.

—Gracias, Alejandro, siempre has sido un gran tipo.

—Te acompañaré a la puerta —le indica este.

—Claro —luego se dirige a mí—, recuerda no sobrecargar la pierna, si quieres mañana me paso para ver cómo está, si te parece bien... y a Alejandro, claro.

—Ya te he dicho que te pases cuando quieras —recalca mi jefe.

—Me encantaría —digo, aún estoy en trance con cara de boba, pero logro reaccionar—. Quiero decir que sí, estoy más tranquila si me la ves tú, siendo médico...

Ambos se van hacia la puerta y allí se quedan unos instantes cruzándose un par de palabras, yo inconscientemente tengo la vista puesta allí, sin percatarme de que Marisa me observa desde hace rato, tanto que me sorprende al preguntarme:

—Te gusta Brais, ¿verdad?

—¿Gustarme? Si solo fuera eso... —confieso, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Él te mira del mismo modo que tú a él, así que no sufras. Ninguno de los dos puede disimularlo, hasta Alejandro se dará cuenta pronto.

—Empiezo a creer que Brais es una pretensión demasiado ambiciosa para mí.

—¿Por qué dices eso? No seas tonta, ambos sois jóvenes, estáis libres y he visto cómo os mirabais.

—Yo con mi amnesia y él... creo que nunca superará lo de su mujer, presiento que algo catastrófico va a pasar.

—No seas negativa. Anda, vamos a la cocina, a ver qué preparamos para cenar.

—¿Qué has comprado?, según tu marido has atracado el súper... —le pregunto divertida.

Ambas nos reímos y nos vamos hacia la cocina.

Posteriormente cenamos tranquilamente y después limpio la cocina con ayuda de Marisa. En realidad casi todo lo hace ella, la pobre, yo con la pierna así apenas puedo permanecer mucho tiempo de pie para que no se hinche.

Nos trasladamos al salón y comenzamos a hablar de cómo organizar mi trabajo, de arreglar habitaciones, ya que en breve regresan sus hijos de la universidad, apenas quedan días para que comience el verano, hasta que Alejandro se sale del tema principal.

—¿Quieres que ponga ese canal de nuevo? Igual te ayuda en algo...

—Quizás más tarde, así no os molestaré con eso ahora. Total, no tengo demasiado sueño, luego la veré un rato antes de acostarme.

—Y sí mucho en lo que pensar —menciona Marisa guiñándome un ojo. Me deja más que claro que la indirecta va por Brais. Ella es muy abierta conmigo en esos temas, no tanto Alejandro, y menos mal que no ha replicado. En vez de eso me indica:

—Ya sabes cómo van los mandos, ponla cuando quieras, Mar. Estás en tu casa.

—Lo haré, no os molestaré, pondré el volumen lo más bajo que pueda, prometido.

Y así hago. Aparte del idioma nada me es familiar por el momento, también hablo inglés y algo de francés, aparte de español, claro, pero no pienso pasarme el día viendo canales internacionales. Después de un rato delante de la caja tonta, me acuesto finalmente por aburrimiento en vez de por sueño.

Al día siguiente hacemos una barbacoa en el inmenso jardín que posee la casa en la parte trasera, mis jefes han invitado a otro matrimonio muy amigo suyo. Casi todos los domingos tienen invitados, comemos y la velada se alarga hasta bien entrada la tarde. Cuando los invitados se marchan, yo deambulo recogiendo las fuentes de dentro para fuera apoyándome en la muleta que me ha conseguido Alejandro, pese a que me ha prohibido trabajar, pues mi terquedad ha ganado a sus consejos paternos. Cuando estoy dejando los últimos platos de café en el fregadero suena el timbre. Marisa enseguida va a abrir, me giro para echar un vistazo, porque no esperan a nadie más. Entonces avisto a Brais y a Bea en la puerta conversando con ella, también hay otro hombre con ellos que no conozco ni de vista.

Estoy feliz de ver a Brais, pero también me da algo de apuro por mis jefes, aun así, salgo a recibirlos.

—Chicos..., me alegro muchísimo de veros, pero tendríais que haber avisado. Trabajo de interna, no es mi casa para aparecer así, sin más, ¿qué van a pensar mis jefes? ¿Que soy una descarada?

Entonces, Alejandro me sorprende a mi retaguardia diciendo:

—Eh, Brais es como de la casa, ¡anda que no!, pasad chicos —luego vuelve a dirigirse a mí—. Es normal que tras tu accidente tus amigos vengan a verte, mujer.

—No quiero que piensen que soy una aprovechada y una desagradecida...

—Ni que fueses a meter a tu novio en nuestra casa..., no seas tonta — comenta Alejandro.

Entonces Marisa y Bea se ven obligadas a reprimir la risa. No somos pareja, pero entre ambos existe algo o quizás es tan solo un espejismo de mi mente. Con Brais está claro que tengo que ir con cuidado, mucho, después de cómo se ha sincerado conmigo y lo que me ha contado.

—Todavía... —murmura Bea posteriormente, y Marisa le da un codazo para que cierre el pico mientras mira a Alejandro.

—Bueno, Alejandro, tú no te preocupes que si eso ya estoy yo aquí de carabina —alega Bea riendo.

—¿Me he perdido algo? —demanda mi jefe.

Yo tengo ganas de estrangularla con mis propias manos.

—De momento no, pero te iré informando —le espeta Marisa, y por su mirada Alejandro la llega a comprender perfectamente.

—Mira por donde... Bueno, mientras no practiquéis sexo bajo el techo de mi casa...

—Por favor, Alejandro, siempre has sido como un padre para mí como para faltarte al respeto de esa forma. Además, tan solo nos estamos conociendo —se defiende Brais.

Tengo que hacer un gran esfuerzo por no ruborizarme. «Nos estamos conociendo» es un comienzo a considerar con optimismo y que bajo el techo de mi jefe jamás habría sexo es un dato importante a tener en cuenta también en un futuro, aunque, en realidad, jamás sería capaz de faltarle a la confianza de Alejandro.

Bea, entonces, interviene dirigiéndose a mí:

—Este es Íñigo, mi novio, del que te hablé. Espero que no te importe que me acompañe —postula refiriéndose al hombre que los acompaña, algo mayor que ella, con canas incluso, pero muy atractivo y que me infunde vibraciones positivas.

—Estoy encantada de conocerte —le digo dándole la mano y los dos típicos besos en la mejilla. Tiene cara de ser muy buena persona, muy alegre y afable y, si Bea lo ha elegido para compartir su vida, no hay menor duda de que él tiene que ser tal como esa primera impresión que me ha dado en este momento y, con el transcurso del tiempo, estoy segura de que no me habré equivocado para nada.

—Bueno, ¿por qué no pasáis al jardín? —insta Alejandro echando un brazo

por encima de los hombros del novio de Bea.

—¿También se conocen? —pregunto sorprendida al ver aquel gesto.

—Mujer, si Beatriz es de la isla, normal que conozcamos a su novio, aunque él no lo sea, ¿no te parece? Ya llevan unos tres años juntos al menos.

—Sí, tres —replica él—. Mar... eras, ¿no? —me pregunta Íñigo y asiento con la mirada—. Pues mira si me conoce bien que nos manda al jardín porque Alejandro sabe que yo fumo —suelta carcajeándose.

Estoy alucinada con la familiaridad con que la gente se trata, ¿es que en la isla verdaderamente se conocen todos? Eso me está dando la impresión desde lo poco que hace que yo resido aquí.

—Sabes bien que no quiero malos humos en mi casa, Íñigo. Hace sombra ahora en el porche de atrás, estaréis estupendamente hablando de vuestras cosas sin dos carrozas como yo y mi mujer revoloteando. Sentíos como en casa.

—Alejandro, no diga eso... Discrepo totalmente en lo de carrozas y en que molesten, ¡es su casa!

—Tonterías, no me alabes, no lo necesitas, tienes a tus jefes en el bote. Anda, id atrás.

Le sonrío mientras pienso en que estas personas no pueden ser reales, y salimos a la parte de atrás.

Nos sentamos en el porche trasero y Marisa nos trae incluso unas bebidas. A mí personalmente me da vergüenza, yo la tengo que servir a ella, para eso me paga y no a la inversa, siento verdadero bochorno. Cuando se va, Bea es la primera en abrir conversación, burlándose de mí naturalmente:

—¿Qué tal, «mala pata»?

—Muy graciosa, mira que me han puesto motes desde que llegué; la mujer del mar, la aparecida, etcétera, pero mala pata...

Brais enseguida alude a la conversación:

—Hablando en serio, ¿qué tal tu pierna?

—Bien, no se ha hinchado mucho, con las molestias lógicas y un poco pesado no poder andar con normalidad y hacer mi rutina.

—Bueno, piensa que solo serán unos días, ¿y qué tal te tratan aquí?

—Muy bien, hasta como con ellos en la mesa y, por lo demás, ya ves... —digo señalando las bebidas.

—A mí me da que desde que sus hijos están en la universidad... necesitan...
—murmura Bea.

—¿Qué? —formulo.

—Que te han adoptado como hija en vez de contratarte como interna —dice concluyendo su frase al fin.

Todos reímos.

—¿Y bien?, ¿sois pareja? —pregunta Íñigo de repente cogiéndome totalmente por sorpresa.

—Vamos a dejar que fluya y ya se verá qué pasa, ¿estás de acuerdo, mi mujer misteriosa? —me formula Brais acariciándome la rodilla con una mirada más que penetrante.

—Claro. —Es lo único que puedo contestar apenas al sentir su caricia en mi pierna, solo un roce suyo y ya estoy encendida y por mi mente pasando mil perversiones, mientras me pregunto: «¿lo habrá hecho aposta?».

—Mira, Bea, están en la fase inicial. Qué caritas de buenos, cuando interiormente están reprimiendo tantas cosas..., disimulando... —suelta Íñigo.

—No os paséis... —murmura Brais como a modo de advertencia.

—¿Te acuerdas, Íñigo? Nosotros cuando pasamos esa fase... —le formula Bea a su novio.

—Lo bonito, la impaciencia, reprimir las ganas de sexo por lo que pensará el otro, cuando en realidad no piensas en otra cosa, ¿en la siguiente cita será?

—Nosotros lo hicimos en la cuarta.

—Sí, me tenías desesperado.

—Hablando así parecéis un matrimonio de años y apenas lleváis tres de relación, ¿vosotros os escucháis? —Se burla Brais, pero ellos lo ignoran completamente.

—En el garaje de mi padre, cuando me llevabas a casa, si se entera aun a día de hoy...

—Nos pillaron las ganas... La verdad es que cuando uno se reprime... luego pierde el autocontrol.

—Fue... ¡Uf!, siempre le tendré un gran cariño a ese garaje.

—¿Es cosa mía o están pasando de nosotros? —me pregunta Brais.

—No sé, pero como sigan así van a necesitar que les preste mi habitación —

alego riendo.

—Eh, no pasamos de nadie —protesta Bea—. Solo recordamos a ver si con ello se os pega algo..., por daros un empujoncillo.

—Somos suficientemente adultos para hacer lo que queramos y de mutuo acuerdo sin empujoncitos de nadie, ¿de acuerdo, Bea? —espeta Brais.

—Sí, sí, te veo totalmente involucrado en el tema. Anda, dame —dice burlándose arrebatándole el teléfono de Brais y luego comienza a teclear en él algo.

—¿Qué haces? —le amonesta Brais.

—Grabarte el número de Mar para que la llames porque, si después de hoy no lo haces, le presentaré a un nuevo cirujano que trabaja en O Salnés, al cual Mar le parece muy atractiva.

—Entonces asegúrate de grabarlo correctamente —le exige Brais fijando su mirada en mí, haciéndome sentir desnuda y al mismo tiempo halagada. Bea se echa a reír como una demente, mientras yo me sonrojo como nunca, al final termino riéndome también.

—Hablando de médicos..., mañana tengo mi cita semanal con Julián —menciono cambiando de tema antes de acabar sonrojándome más.

—Y hablando de médicos, Íñigo es ginecólogo, de los mejores de aquí —declara Bea.

—Vaya, enfermera, médicos... —digo refiriéndome a ellos—, a saber qué seré yo.

—Ya lo recordarás y, si no, pues a reinventarte —alega Íñigo.

—Ya nos contarás después de pasar consulta con Julián, espero que me mandes un mensaje o algo si hay avances —me pide Brais.

—Julián se involucra mucho en tu caso —menciona Bea.

—No sé, a veces me siento como si fuese en busca de una medalla. Que resolver mi caso para él fuese algo brillante para destacar en su carrera y que por eso me presiona tanto.

—Es que tu caso, la verdad, es muy poco habitual; por no decir insólito.

—Si te ayuda y a la vez se pone una medalla, qué más da, ¿no?

—Ya... no quiero pecar de desagradecida, pero me siento utilizada para que consiga cierta reputación...

—Mejor para ti, así más se implica, ¿no crees? —dice Bea, posteriormente mira su reloj y se dirige a Íñigo— Que hay que ir a buscar a tu hijo, pero ¡qué tarde se nos ha hecho!

—¿Qué? Si hoy no tengo que recogerlo...

—¿Cómo que no? Ay, qué memoria tienes, ¡menos mal que me tienes a mí!

—Pero... —apenas murmura su novio, Bea ni lo deja replicar.

—Ni pero ni nada. Anda, vamos —luego se dirige a nosotros—. Qué pena que nos tengamos que ir... sentimos tener que dejaros solos... —deja caer con picardía y, cuando los chicos no miran, hasta me guiña un ojo la muy descarada. La mato, en algún momento la acabo matando.

Se despiden de mis jefes y se marchan, entonces me percató de que Brais me mira sisándose la barbilla con malicia.

—¿Qué? —pregunto.

—Que los hijos de Íñigo están en A Coruña, a muchos kilómetros de aquí.

—Ah, ¿que tú también lo sabías? —formulo. Qué vergüenza siento, por Dios.

—Vaya treta para dejarnos solos. —Ríe.

—Pues sí. Bueno solos... solos... están mis jefes —le corrijo.

—Cierto, una pena que no puedas salir de casa, podría llevarte a cenar, a hacer senderismo, a bailar, tantas cosas... Estoy deseando saber qué te gusta hacer o simplemente salir de la isla para que veas más fuera de los límites del puente. Si lo deseas, claro —dice mirando mi pierna, ahí me lanzo como una desesperada sin pensarlo.

—Me encantaría, ¿cuándo me quitan los puntos? Me gustaría mucho cenar contigo —declaro.

«Y tantas otras cosas... —pienso para mí—, encima, debajo, el *Kamasutra* entero...».

—El viernes, probablemente —responde dejando escapar una tímida risilla al notar mi impaciencia—. A mí también me encantaría cenar contigo —alude y se queda pensativo un instante—. ¿Te importa que te llame a mitad de semana para ir ultimando detalles, entonces?

—Puedes llamarme cuando quieras.

—Lo haré. Por cierto, ¿quién te lleva mañana a ver a Julián?

—Cojo el bus, la parada está cerca.

—Si no tuviese que marcharme a Riveira a trabajar, te llevaría yo mismo, pero...

—Te lo agradezco, pero estaré bien.

Entonces se queda pensativo concentrando su mirada en la mía.

—Tu cara me es tan familiar... —murmura. Percibo nostalgia en su rostro cuando yo lo que realmente deseo es ver otro tipo de predilección, pero... es un momento verdaderamente extraño.

—Pues no nos conocíamos de antes..., ¿verdad? —formulo.

—No, tranquila, así es. No vayas a pensar que te escondo algo ahora. Mejor olvídalos —me pide y lo noto molesto, me halaga e invita a salir, y luego se comporta conmigo como si hubiese hecho algo malo. Si no es bipolar al menos comienzo a sospechar que sufre un síndrome semejante, ese hombre me es imposible de descifrar y acertar con él, está claro. Para colmo, a riesgo de que yo pueda inquirir en el tema, cambia totalmente de tercio—. ¿Algún avance con tu amnesia?

—Nada, llamé a Julián ayer para contarle lo de canción turca, aunque no me pareció demasiado importante no quería esperar al lunes. Me hizo prometer que cualquier nuevo detalle se lo haría saber; considera que, poco a poco y detalle a detalle, al final todo en conjunto terminará siendo necesario y encajando.

Hablamos de todo un poco, descubriendo aficiones y gustos en común, que no son pocos; como el senderismo y la naturaleza. Cuando comienza a anochecer se marcha por su madrugón del lunes, se excusa y se va, y con mis jefes rondando no hay ni un recatado beso de despedida siquiera. Me siento estafada, aunque también lo entiendo, no debe sentirse cómodo en una casa que no es de ninguno de los dos y con sus dueños dentro, con Alejandro, y percibo el gran respeto que Brais siente por él.

El lunes Alejandro se va temprano a trabajar, Marisa se va también un poco más tarde a ayudar a sus hijos a la universidad para ir trayendo cosas antes de que dejen la residencia, para que no se le acumule la tarea a última hora el día que regresen. Y yo, en cuanto termino los quehaceres como puedo, cojo el bus para dirigirme a la consulta y acudir a mi cita con Julián. Luego me ve el ginecólogo con el que Bea me ha conseguido cita tan pronto, cómo me alegro de que sea enfermera y pueda aprovecharme de sus enchufes.

Bea finalmente tiene razón, con todo lo que he experimentado, que mi desajuste hormonal sea lo único que sufra es poco y de agradecer. Es un alivio saber que nada más se trata de eso. El médico me receta unas pastillas para regularla, o sea, la píldora. Aunque sea anticonceptiva, a mí me la recetan por otro motivo; para poder controlar mi periodo y que me venga mensualmente como un reloj y sin sorpresas.

Ese es el resumen de mi aburrido día.

El martes es más tranquilo si cabe, demasiado. Estoy otra vez sola en la inmensa casa, Ángel, el hombre que se ocupa de la piscina y demás, no es un gran conversador tampoco, y eso que en cuanto se van mis jefes le llevo un café casi todas las mañanas. Es educado, pero hermético. Se comenta que por Internet se abre más con las personas, que es como una terapia para él, ya que en el mundo real es muy introvertido; no puede evitarlo, por lo visto. Bea, para colmo, tiene turno de tarde y está liada con mil cosas y tampoco puedo verla como en el día anterior. Pero de vez en cuando me cruzo algún mensaje con ella o con las chicas que tuve la suerte de conocer en el hospital, adoro tener móvil, y gracias a la tecnología no me siento tan sola.

Al día siguiente me llama Brais, ¿he mencionado ya que adoro tener móvil propio? ¡Sí!

—Hola, ¿cómo estás? —me pregunta al descolgar.

—Bien, ¿y tú? ¿Mucho trabajo?

—El cotidiano, pasar consulta y alguna urgencia sin importancia, pero deseando volver a casa.

—Tenías razón, el viernes es probable que me quiten los puntos.

—Fantástica noticia, entonces..., ¿te gustaría cenar conmigo el sábado?

«Contigo no, cenarte a ti, más bien», fantaseo en mi cabecita mientras escucho su voz.

—Me encantaría, ¿y ya tienes algo en mente? ¿Dónde vamos a cenar? ¿En la isla o fuera?

—Ya lo verás el sábado.

—¿No me puedes adelantar nada? Para saber cómo vestirme..., no sé, según dónde vayamos necesito ponerme una cosa u otra... No quiero desentonar.

—No es necesario que te arregles mucho y sí que vayas cómoda, no necesitas saber nada más.

—Cuánto misterio.

Cómoda y que no me arregle demasiado. Dios, espero que no me lleve a una bolera o algo así. Me toca quedarme intrigada hasta el fin de semana y es un fastidio.

—No es nada especial. Ya lo entenderás. Te recojo sobre las nueve y media más o menos, ¿te va bien?

—Se lo comentaré a Alejandro, pero no creo que tenga problema.

—Vale, nos vemos el sábado a las nueve, entonces.

—Hasta el sábado, Brais.

—Hasta entonces, mujer del mar.

El resto de la semana se me hace más que largo, no puedo ver a Bea ni a nadie fuera de la casa que atiende, y con los únicos que hablo en toda la semana son con las dependientas del súper, las de la frutería donde suelo hacer la compra y los casi estrictos «buenos días» con Ángel, el de mantenimiento de la finca. Lo único positivo es que el viernes finalmente me quitan los puntos, estoy más deseosa que nunca de que llegue el sábado o voy a volverme loca.

CAPÍTULO 5

TÚ: MI MAYOR MOTIVACIÓN

Y por fin llega, ese sábado hace mucho calor. Estamos a punto de cambiar de mes a Julio con el cielo totalmente despejado y yo sin saber qué demonios ponerme. Se me antoja un vestido, pero todos los que tengo son floreados, odio las flores en la ropa. Mientras los contemplo, no pienso más que en el deseo de cobrar mi primer sueldo para poder comprarme prendas a mi gusto.

Brais está a punto de venir y yo sin decidirme. Pero hace tanto calor que finalmente me tengo que vestir con un jardín de rosas de un fondo blanco, me pongo unas bailarinas y me recojo el pelo con una goma, porque mi nuca no soporta el calor que sufre al llevarlo suelto.

BRAIS 

«Estoy fuera, ¿entro a presentar mis respetos o sales? Lo que prefieras».

Es un mensaje de Brais, ha llegado ya a recogerme.

MAR 

«Salgo, no son mis padres no te preocupes, voy enseguida».

En cuanto salgo de la casa, Brais se baja del coche y abre la puerta del copiloto.

—¿Lista? —me pregunta.

—Más que eso. Necesito salir de esta casa o voy a volverme loca.

—Sube entonces.

Y así hago. Me es imposible no fijarme en él, hasta en el más mínimo detalle. Brais lleva unos vaqueros oscuros y camisa de botones con una leyenda *vintage* de Harley Davidson, puedo apreciar que está recién duchado porque lleva todavía el pelo mojado y qué bien le queda. Huele súper bien, ligeramente perfumado; pero no encubre su esencia natural, la cual adoro. Todo en él me encanta y me vuelve loca.

Yo, sin embargo, voy ataviada con mi vestido blanco saturado de rosas, unas bailarinas y la chaqueta de punto que no es para nada de mi estilo. En definitiva,

no pegamos nada.

—Lo siento, dijiste que cómoda y nada elegante, así que es lo que hay.

—Estás preciosa.

—Si lo dices para que me sienta mejor no te va a funcionar.

—Bueno, tú piensa lo que quieras, yo te veo realmente guapísima.

—¿Y a dónde vamos?

—Ya lo verás.

Arranca el coche sin decir nada más y pone rumbo al interior de la isla, parece ir en sentido contrario a las afueras y al puente, el que conecta aquel extraordinario lugar con el continente, transportándome a lo más alto de aquella maravillosa isla. Al llegar, Brais aparca cerca del mirador de la talla del Cristo de piedra que parece venerar y bendecir toda la isla desde esta elevación rocosa, el denominado mirador Con do Forno. No recuerdo haber visto un restaurante en las inmediaciones en mis largos paseos con Bea y, aunque la curiosidad me carcome, decido esperar expectante antes de preguntar qué se propone. Entonces, Brais se baja del vehículo, va hacia el maletero y de allí saca algo. Rodea el coche de nuevo y posteriormente me abre la puerta del copiloto invitándome a bajar y, mientras lo hace, advierto en su mano lo que ha ido a buscar al portabultos; lo que parece ser una cesta de picnic.

—¿Vamos a cenar en el campo? —formulo.

—Esa es la idea, no quise decirte nada el miércoles a riesgo de recibir una negativa, aunque te parezca disparatado estoy seguro de que te encantará, te lo garantizo —contesta a la vez que me tiende la mano esperando mi respuesta. Le tiendo la mía para salir del coche en señal de aprobación, mientras Brais no deja de sonreírme—. Hay que caminar un rato, espero que no te importe, por tu pierna...

—Está perfecta, no te preocupes —le interrumpo. En realidad, en mi interior pienso: «de la forma que te sientan esos vaqueros, hasta coja te sigo a donde tú quieras», y alego— Ayer me quitaron los puntos como pronosticaste. Así que no hay problema, vamos abriendo el apetito caminando —digo encogiéndome de hombros y babeando por dentro.

—Más que perfecto, entonces —me dice sonriendo.

—¿Vamos a cenar por aquí? —pregunto observando las mesas y bancos de granito desperdigados estratégicamente por el lugar tipo merenderos, hasta barbacoas hay para que la gente goce de un perfecto día en la naturaleza, sobre

todo para familias y más con aquellas vistas. Se ve el puente, toda la isla y la ría de enfrente, es un lugar único realmente.

—Ah, no, aquí no. Dentro de nada anoecerá y habrá demasiada contaminación lumínica para disfrutar de un cielo despejado lleno de estrellas que te deslumbrará, sígueme.

Y es cierto, me percato y soy testigo de que comienza a anoecer. Brais me guía por un sendero que se ubica por la parte trasera del Cristo de piedra. Atravesamos el monte bajo la continua compañía de pinos y eucaliptos caminando apenas unos minutos, hasta que llegamos a un montículo desde donde se divisa la otra parte de la isla. La panorámica de la cara norte, lo verde, las playas y de frente el mar; a lo lejos otra ría, donde se advierten las diminutas lucecitas de las casas costeras en la lejanía desde nuestra ubicación reflejadas en el mar.

—Ni el *skyline* nocturno de Nueva York, ni Londres... Esto es mucho más hermoso, sin grandes edificios, prefiero la belleza de lo sencillo que lo ostentoso, esto es precioso.

—Es Riveira —menciona Brais refiriéndose a aquella panorámica sobre el mar—, ahí es donde trabajo toda la semana, otro gran pueblo costero.

—Parece un sitio bonito.

—Lo es.

—Esto es precioso, las vistas..., todo.

—Pues acampamos aquí entonces, si no te dan miedo los bichos.

¿Ha dicho bichos? Espero que se refiera a algún mosquito, saltamontes u hormigas, como mucho, y no a los que reptan y tienen lengua bífida o voy a estar más pendiente de mi alrededor que de Brais, y no voy a disfrutar nada de mi cita tan deseada.

—Pues depende de qué tipo de bichos y de lo peligrosos que sean —respondo.

—Bueno, ahora mismo del único que te tienes que preocupar es de mí, en ese sentido —deja caer con tono malicioso.

—Entonces estoy a salvo —disimulo.

—¿Tú crees? —Y por un segundo creo ver un vestigio de obscenidad en su forma de mirarme, pero lo achaco a mis ganas por él, a mi imaginación que me ha traicionado, y descarto esa idea inmediatamente, luego alega:

—Solo bromeaba, seré bueno, ¿me ayudas a estirar el mantel?

—Claro, aunque no recuerde mi vida pasada, y bromees o no, creo que no soy de esas que tienen sexo en la primera cita.

—Qué pena —declara después de tensar el mantel, distribuyendo los envases del interior de la cesta por la superficie de la tela de cuadros escoceses, luego me mira y puntualiza—, me gusta que seas así, las chicas fáciles no me agradan demasiado.

—Ya..., ¿qué has cocinado?

—¿Cocinar?, no. Siento decepcionarte, pero he pillado en la Consulta pulpo a la gallega, Bea me dijo que te encantó cuando lo probaste; empanada de zamburiñas, pimientos de Padrón. Todo muy de aquí, de picoteo y dos botellas bien frías del mejor albariño de la zona, espero que no te disguste mi elección.

—¿Consulta? ¿En el médico también venden comida?

—Ah, perdón, es un bar. Era la antigua consulta del médico de la isla y por ello así la seguimos llamando, donde hacen el mejor pulpo, prueba —me pide dándome de comer en la boca.

—Cierto, está buenísimo.

—¿Vino?

—Sí, por favor —respondo, y mientras Brais vierte vino en dos copas, pregunto—. ¿Por qué aquí?

—¿El qué?

—Nuestra cita —le indico. Me encanta la idea de estar a solas con él lejos de todo, pero me da la impresión de que me está escondiendo, en cierto modo.

—Bueno..., deseaba hablar tranquilamente contigo en un ambiente relajado, no en un local lleno hasta los topes y con mucho ruido donde apenas se puede charlar. Hoy arranca el Atlantic Fest^[19] por lo que estará todo abarrotado durante los próximos tres días y mi predilección por la naturaleza también ha tenido mucho que ver, excluyendo la costa, ya sabes a lo que me refiero...

—Pues lo has logrado —manifiesto mirando hacia la costa y algo allí llama mi atención— ¿Es el faro aquello de allí?

—Sí, el que te conté que han reconvertido en restaurante. Podemos ir otro día, aunque no puedo decirte cuándo, cuesta conseguir una mesa, siempre está todo reservado.

—Qué bonito, pero no. Sé de tu aversión por el mar, tampoco me gustaría

que se te indigestara la cena —digo levantándome con mi copa de vino en la mano.

—¿Qué haces?

—Quiero verlo más de cerca —respondo y, así como me levanto, mi pie se engancha en la raíz de un árbol que está semienterrada, precipitándome hacia delante. Brais se apresura a asistirme antes de que me caiga, y ambos acabamos sucumbiendo al suelo que, gracias a Dios, está cubierto por un lecho bien tupido de agujas de pinos y eso amortigua la caída.

—¿Estás bien? —me pregunta con premura.

—Sí, me he enganchado un pie con... con...

Comienzo a quedarme en blanco y sin poder articular palabra al tenerlo a milímetros de mi cara. Tengo la oportunidad perfecta para hacer lo que durante tanto tiempo ha sido solo un anhelo en mi mente y ni lo pienso. Me precipito hacia su boca y lo beso. Primero ciño mis labios sobre los suyos y luego los entreabro tentándolo con un beso húmedo. Brais, confuso en principio, tarda un par de segundos en corresponderme, pero reacciona a mi estímulo, inicialmente con su lengua de forma tímida rozando la mía, para después invadir mi boca con vigorosa osadía batallando como si de ganar un pulso se tratase. Estoy en el cielo y el beso se alarga y alarga, ha estallado una química brutal mutua, lo percibo y experimento. No hay duda y no son meras imaginaciones mías.

Me separo como puedo, contemplo cómo Brais se ha quedado inmóvil y, todavía manteniendo sus ojos cerrados, me susurra:

—No has debido hacer eso.

—¿Por qué? —pregunto confusa y las inseguridades me asaltan, ¿me habré precipitado?

Al fin abre los ojos, su mirada es tremendamente sexi y arrogante y sin vacilaciones me espeta:

—Porque, después de probar tus labios, no sé si podré parar. —Y vuelve a besarme del mismo modo, inundando mi boca con su vivaz lengua, invadiéndome con una exquisita violencia, mientras una arrolladora electricidad se apodera de todo mi cuerpo.

Entonces me atrae hasta su cuerpo, apretándome con fuerza. Tanto, que siento su erección contra mi abdomen, la que en la primera cita no quería pecar de fácil, y me encuentro desabotonando su camisa con verdadera desesperación. Más cuando siento sus manos bajo mi vestido, ascendiendo por mis caderas

hasta concentrarlas en el cierre del sujetador a mi espalda, el cual desbrocha con gran facilidad. Un instante después, siento sus manos en mi parte delantera, encerrando mis pechos con sus manos y pinzando mis pezones suavemente con gran habilidad entre sus dedos.

—Dios... —balbuceo dentro de su boca mientras me besa, agarra mis caderas estrujando mi cuerpo contra el suyo, como si deseara traspasarme el alma. Me baja el tanga mientras no dejamos de comernos la boca con fiereza y, de pronto ante mi estupor, se detiene y se aleja.

—¿Qué... pasa? —pregunto desconcertada.

—No puedo.

¿Qué no puede? Me pregunto atónita mientras contemplo su descomunal erección dentro de sus pantalones.

—¿Qué he hecho mal?

Entonces se levanta y se pone en pie.

—¿Tú? Por Dios, tú nada, discúlpame. Ni es algo fisiológico mío como ves, yo...

Me levanto también y me sitúo enfrente de él.

—Es de aquí —le indico señalándole cariñosamente su sien.

—Soy imbécil, no puedo. ¡Me cago en mi puta vida! —exclama fuera de sí dándole una patada a una rama del suelo y casi enviándola a las Islas Azores de la violencia con que la ha golpeado.

—No importa, la culpa es mía. No debí precipitarme. ¿Es... —Me da miedo preguntar, pero algo en mi interior me obliga a hacerlo—. ¿Es por lo de tu mujer?

—Me he acostado con mujeres desde entonces, en esos casos era solo sexo, pero contigo...

—Eso significa que te importo, no me lo voy tomar a mal, tranquilo.

Él me interrumpe:

—No quiero estropearlo y siento que voy a hacerlo, pero... —vacila al verme en mi estado, aún con la voz entrecortada y muy excitada—, no puedo dejarte así ahora...

—No importa, no hay nada que una copa de vino no pueda arreglar —murmuro cogiendo mi copa. No sé qué decir, me conmuevo por él; pero también me siento rechazada en cierto modo y, aunque desee no sentirme así, no puedo

evitarlo. Para colmo, después suelta algo que me sienta como una bofetada.

—Sí importa, ¿quieres que te masturbe?

Diablos, ¡no! ¿Cómo puede siquiera preguntármelo? El romanticismo, los violines y la magia se esfuman. ¿Todo se reduce a aplacar una necesidad básica y primitiva?, ¡no! Quiero y necesito su deseo desatado sobre mí, sentirlo a él dentro y que me sienta a mí, experimentarlo ambos y crear un momento especial, un vínculo. Llevar a cabo un anhelo que llevaba mucho reprimiendo y esperando, ¡lo necesito a él!. Que después todo se reduzca a que me preste una especie de servicio para dejarme satisfecha me parece mezquino y hasta frívola su forma de proponérmelo, ¿cómo puedo explicárselo para que lo comprenda? Mi moral decae, me siento totalmente decepcionada, pero intento enmascararlo.

—Claro que no.

—Pero ¿por qué?

—Déjalo, Brais, ¿me pones más vino? —le pido desanimada y hasta ultrajada, pero intento esconderlo, presagio que nuestra cita va camino del desastre. Qué malo es crearse expectativas...

Entonces Brais se limita a encogerse de hombros y a llenar mi copa, la cual me bebo de una asentada. «No puedo hacerlo contigo, pero te dejo cumplida», me sienta como una patada en la boca. No entiendo por qué me ha afectado tanto, en realidad, pero así ha sido. Y, después de mis devaneos mentales, le pido:

—¿Me pones otra? —le ruego cuando en realidad estoy barajando la opción de pedirle que me lleve a casa.

—Claro... He metido la pata, he perdido mucha práctica en estos temas, lo siento. ¿No estás bebiendo muy deprisa? —pregunta con recelo mientras no deja de escudriñarme con la mirada al llenar de nuevo mi copa—. Te he decepcionado.

«No. Bueno, sí..., no sé, simplemente no sé cómo apaciguar el calentón del que no logro liberarme —pienso en mi interior—, pero tampoco quiero que me hagan un apaño. Sí, has perdido práctica, sí; está siendo más que demostrable», si fuésemos una pareja que lleva tiempo unida..., pero en nuestra primera cita que me oferte masturbarme... Lo odio en estos momentos.

—No, no te preocupes —digo levantándome fijando mi mirada en aquel faro de nuevo, en la lejanía y dándole la espalda intentando serenar mi interior, para deshacerme del frustrado calentón que me invade todavía y conjeturar

finalmente que yo no soy la mujer indicada o suficiente para él. Quizás una más práctica y menos romántica que yo le vendría mejor, es lo que recapacito después de todo esto.

Brais se levanta también, percibo su mirada fija en mi espalda.

—Dios. —Llena sus pulmones y prosigue al vaciarlos—. Si supieras..., lo entenderías —alega con la voz rota.

Me doy la vuelta y, mirándolo a la cara, le pido:

—Brais, no me debes nada ni tienes que explicarme nada. Por favor, no te mortifiques. Lo mejor es dejar el tema.

Pero él no deja de mirarme de ese modo, su mirada es tan intensa que apenas puedo observarlo sin reprimir mis ganas de abalanzarme de nuevo sobre él. Ojalá lo comprendiese y pudiese descifrar a este hombre.

—Es que te pareces tanto a ella... Quiero hacer el amor contigo, no con su recuerdo —pronuncia finalmente.

Escucho esas palabras y un escalofrío me recorre entera.

—¿Puedes... puedes alcanzarme mi chaqueta? —le pido. Ahora sí que lo ha arreglado, cuando pienso que no puede ir a peor...

Brais va a por ella y me la coloca sobre los hombros, arrullando mis brazos sobre la prenda.

—Lo siento —se disculpa. Adoro su contacto, hasta cómo me acaricia su voz, pero que me compare con un fantasma... eso rotundamente no.

—Y yo. No soy tu mujer ni la madre de tu hija —suspiro—, ojalá lo fuese, pero no lo soy, Brais. No sé quién demonios soy ni nada de mi pasado. Lo único que sé es que no soy Alba, de eso es de lo único de lo que estoy segura y de qué tú me atraes de una forma que no puedo explicar, pero, si no puede ser, pues...

—Lo sé, te aseguro que lo sé y tú me gustas mucho también, pero todo se mezcla en mi mente, me produce sentimientos encontrados y tu parecido... me desarma. No estaba preparado para esto, creo que ese ha sido mi error, creer que sí lo estaba.

Está realmente atormentado por el recuerdo de su mujer, mientras yo me estoy enamorando cada vez más de él sin poder evitarlo, lo advierto dentro de mí cada vez que lo miro. Me da igual qué demonios diga Julián, mi médico. No puedo recordar mi pasado, pero ¿quién mejor que yo para saber lo que siento? De eso sí estoy segura. Cada vez que Brais respira, crece en mi interior un sentimiento devastador, tan incondicional como dependiente y no quiero

albergarlo. Intento resistirme, pero siento cómo me abandono sin remedio y sin poder evitar sentir esa emoción, ¡maldita sea! A pesar de sus fantasmas y de que parece vivir anclado en su pasado, yo, imbécil de mí, me estoy enamorando.

Entonces recuerdo que me lo había advertido con antelación, el día que me llevó a casa de mis jefes cuando curó mi pierna. Allí me pidió que lo ayudara a superar a su mujer y me había insistido en que me lo pensara, que quizás me estaba pidiendo demasiado y lo consultara con la almohada y aun así dije «sí» pecando de impulsiva y dejándome llevar por mis sentimientos por él.

—Me atraes, Mar. No quiero que creas lo contrario, solo echa un vistazo a mi entrepierna para ver que no miento. —Un velo de deseo regresa a su mirada y no quiero desperdiciarlo y, sí, quiero intentarlo. Mis sentimientos son los que toman la decisión y no mi razón. Estoy ardiendo y helada al mismo tiempo.

—Pues demuéstremelo a mí, a esta mujer que no sabe ni su nombre y de lo único que está segura es de lo mucho que desea ser tuya —pido con decisión. Ahora solo me cabe esperar si acepta el reto.

—Entonces... —murmura.

—¿Entonces qué? —pregunto.

—Desnúdate para mí —inquire con una voz severa y sexi al mismo tiempo y su mirada..., creo que estoy a punto de enloquecer de deseo por este hombre.

Y me arriesgo, ni lo pienso. Su mirada profunda me empuja a hacerlo, sin importarme cómo pueda terminar todo o recibir otro rechazo. Me desprendo de mi chaqueta, luego de mi vestido delante de su impasible mirada sin decir nada. Luego de mi sujetador y mi tanga hasta quedarme completamente desnuda frente a él.

—No soy Alba —pronuncio con dificultad, apenas puedo tragar saliva al encontrarme frente a él desnuda y percibir cómo él me mira, pero ya está hecho, no hay vuelta atrás.

—Lo sé —alega sin dejar de escudriñar con sus incandescentes ojos ni un centímetro de mi cuerpo—. Suéltate el pelo, quiero ver cómo tu precioso cabello cae sobre tus hombros desnudos. —Lo hago, tan ansiosa de él que, mientras libero mi pelo, inconscientemente me humedezco los labios al mismo tiempo al imaginar que puede pasar lo que tanto deseo—. Repítelo —me pide mientras sus ojos se oscurecen fijados en mí.

Vuelvo a hacerlo, estoy nerviosa, pero no se lo pienso demostrar. La excitación que me embarga acaba por vencer a mi timidez, solo anhelo

contagiarle las mismas ganas que yo ansío por él y eso origina que emerjan las agallas que necesito para ello.

Se acerca con una mirada tan provocadora, como cargada de deseo, desliza sus manos por mi torso tanteando mis curvas.

—Eres deliciosa. —Me alza la barbilla para tener a su alcance mi boca, la cual ataca sin remordimientos y la mía, complacida, acata aquella maravillosa irrupción dejándose hacer.

«No pares —grito dentro de mí—, no vuelvas a huir de mí, no lo soportaría», pide todo mi interior.

Brais me aprisiona con fuerza y desde luego no parece que vaya a parar ni a dejarme ir. Lo descifro en sus flemáticos ojos aceituna, en cómo me acaricia con sus manos, en cómo sus labios atrapan mis pechos y con la premura con la que comienza a desvestirse para volver a concentrarse cuanto antes en mi cuerpo.

Adiós camiseta, mi mirada se queda anclada en su torso perfecto.

Bye pantalones, mi cuerpo se deshace, mi mente se nubla.

Se aferra a mi cuerpo como si fuese a desaparecer, me devora la boca de una forma cada vez más exigente, besa tan bien... Es sumamente erótico, perfecto, salvaje. Aparta de un manotazo lo dispuesto de nuestra cena en la tela de cuadros y me recuesta con suavidad hacia atrás mientras experimento el peso de su cuerpo sobre el mío y me aísla del mundo, quiero y necesito que aquí estemos solo él y yo.

Puedo escuchar sus latidos tan acelerados como los míos, sus abrasadoras manos que no dejan de tocarme. Mi boca es esclava voluntaria de la suya. Me he convertido en un fuego indomable, no dejo de retorcerme bajo él, buscándolo, ansiándolo y queriendo más.

Solo deseo echar a los fantasmas y, para que sea más perfecto, le pido que pronuncie mi nombre.

—Mar... —me concede, sale como el gruñido más sexi que he escuchado. Muerde mi cuello mientras su mano la desliza hasta mi sexo, hundiendo dos dedos en mí. Gimo húmeda y extasiada, su mirada es intensa, ardiente y, aunque advierto cómo muere por estar dentro de mí, me sigue colmando de besos y caricias mientras yo continúo clamando que no pare—. Eres tú, Mar, solo tú —jadea hundiendo su cara en mi cuello mientras no deja de agitar aquellos hábiles dedos dentro de mí y mi cuerpo se retuerce incapaz de mantenerse inmóvil a tal estímulo.

—Dios, no puedo contenerme más —gruñe en mi oído al sentir mi humedad en sus dedos.

Ya solo puedo guiarme por el deseo, retirando sus dedos de mi interior y atrayendo su cuerpo hacia mí. Buscando su miembro con mi mano entre nuestros cuerpos, desesperada atrayéndolo hasta mi sexo. Y él actúa en consecuencia, busca en sus vaqueros el preservativo y se lo coloca. Es maravilloso, suave al principio, mientras su boca continúa requiriendo la atención de la mía y se marcan un baile húmedo, ardiente y endemoniado sin que Brais deje de sumergirse despacio dentro de mí, empujando hasta llegar a lo más profundo de mi ser y allí se detiene exhalando un gemido coronando y disfrutando del momento. Nos ajustamos tan bien que no puedo imaginarme en este instante perfecto que este hombre no pueda ser para mí.

Sintiendo esa presión gloriosa no puedo evitar retorcerme bajo él, algo que ocasiona que Brais pierda el control empujando y empujando, acelerando y golpeando mi pelvis mientras mis caderas salen a su encuentro cada vez para coincidir con sus embestidas, encontrando el ritmo juntos, mientras no deja de besarme y morderme con verdadera desesperación. Ambos gemimos, gritamos y de vez en cuando me obsequia con aquellos gruñidos tan sexis que son verdadera música celestial para mí. Estoy extasiada, los músculos de mi sexo se tensan cada vez más y lo aprietan ante el preludio del placer final. Brais lo advierte y me agasaja con unos últimos empujes duros y tan contundentes que termino por deshacerme en un intenso orgasmo, tanto que se ve obligado a taparme la boca antes de que toda la fauna del lugar salga en estampida con mis incontrolables gemidos, lo que provoca que Brais se vacíe también y posteriormente se deja caer sobre mí.

Nos quedamos así unos instantes mientras recuperamos el aliento y luego él se incorpora un poco para obsequiarme con su espectacular sonrisa de una forma muy cómplice, a la que respondo del mismo modo.

Ha sido un polvo sin mucho preliminar y juego; pero, sin duda, para mí ha sido perfecto. Nuestras miradas continúan conectadas, y aún lo albergo dentro de mí, es mágico y no deseo romper el hechizo.

Brais me besa la mejilla, y me estremezco cuando sale de mí y se quita la gomita. Posteriormente se coloca a mi lado mirándome y me pregunta hundiendo su nariz en mi pelo:

—¿Estás bien?

—Más que bien, te lo aseguro.

Me mira con ternura, no puede apartar sus ojos de mí. Entonces lo siento, puedo sentirlo, que lo ha hecho conmigo y no con un fantasma de su pasado.

—Y yo que pensaba que como mucho hoy te daría nuestro primer beso... — bromea.

—Y han sido más de uno —bromeo también. Estoy tan relajada mirándolo... que deseo quedarme así con él para siempre.

—Eres dulce y excitante al mismo tiempo, me encantas.

—Y tú a mí —digo, pero de repente escucho un ruido, como cuando caminaba con Bea y se partían ramas secas bajo nuestros pies.

—¿Has oído eso?

—¿El qué? No he oído nada, solo a ti y tus maravillosos gemidos — responde besándome de nuevo.

—Hablo en serio, he escuchado como pisadas.

—No será nada.

—¿Y si es alguien y nos ve?

—A esta hora, lo dudo, será un conejo o cualquier otro animal pequeño — contesta y vuelve a mirarme con esa mirada profunda—. Ha estado bien — declara.

—Sí, lo ha estado.

—Pero puedo hacerlo mejor —manifiesta acercando su boca a la mía y, aunque me muero de ganas de repetir, algo aborda mi mente, una duda en la que no he reparado con anterioridad. Por lo que la reina en aguar las citas, o sea yo, abro mi gran boca.

—Espera, Brais —le pido separándome de él—, si odias tanto la costa y la evitas, ¿cómo es que estabas allí para salvarme el día que yo aparecí? Tú estabas allí.

—Bueno, fue un hecho aislado, ¿por dónde íbamos? —formula cambiando totalmente de tema. Tentando de nuevo mi boca acercando la suya y usando una de sus miradas más que magnéticas e irresistibles, sospecho incluso que tienen que estar ensayadas porque me dominan y anulan la razón. Hasta el punto de costarme recordar qué le he preguntado, pero mi curiosidad es tremenda e insisto.

—¿Por qué un hecho aislado? Explícamelo. Necesito saberlo.

—Está bien —acepta finalmente y deja de avasallarme y tentarme con esa

mirada que para mí es la más perfecta que recuerdo haber visto—, era el aniversario de la desaparición de Alba. Es el único día del año que suelo pisar esa playa y, bueno, el día que me pediste que te llevara hasta allí para intentar recordar algo de tu llegada; una excepción que nunca había hecho, este año he ido dos veces, finalmente. Ya lo sabes.

—Y lo hiciste por mí, no sé qué decir.

—Pues no digas nada más, solo bésame de una puñetera vez, por favor.

Me callo al fin y lo hago. Lo beso y ya no hay retorno, repetimos y es mejor que la vez anterior.

Luego recogemos todo y caminamos por el monte, Brais me va contando cosas de su infancia y de aquella isla, y a eso de las dos de la mañana me lleva de vuelta a casa.

Por la mañana cuando me levanto, lo primero que me muero por hacer es contarle todo lo que ha ocurrido a Bea, y no a Marisa que no hace sino hostigarme y seguirme por toda la casa con preguntas mientras yo intento hacer mis tareas; qué tal me ha ido mi cita, a qué restaurante me ha llevado a cenar... qué ha pasado... ¡casi implorándome que le cuente hasta los mínimos detalles! Mientras yo trato de esquivarla y evito responder a todo como puedo. Me cuesta darle esquinazo.

Tenemos invitados, como es habitual cada domingo, pero hoy es muy distinto, los invitados son sus hijos que regresan de la universidad y, después de comentarme ella misma que comen como cosacos, la convengo de ir a por unos dulces de más por si acaso, para la hora del café. Logro persuadirla y la pobre sale sin rechistar. Apuro entonces las teclas de mi móvil para enviarle un wasap a Beatriz:

MAR 

«¿Vas a dejarte ver hoy? Bea, tengo mucho que contarte y, para una vez que me pasa algo..., dime que sí».

Le escribo acompañando el texto de unos *emojis* suplicantes. Bea, en vez de contestarme al mensaje, me llama y al descolgar ni hola ni nada le dejo pronunciar, estoy tan ansiosa por narrarle todo lo sucedido que en cuanto descuelga me apresuro a preguntarle:

—¿Vas a venir a la isla?

—Nena..., estoy en un descanso en el hospital y apenas puedo hablar. De

aquí salgo derecha para A Coruña con Íñigo, hasta mitad de la semana que viene me temo que no pueda ir por la isla y eso con suerte.

—No me digas eso. No te he visto en toda la semana... y ayer pasó algo con Brais, necesito hablar contigo.

—Sí, me dijiste que te sacaba a cenar, ¿qué pasó? ¿Bueno o malo?

—¿Tú que crees?

—Chica, ¡si te pregunto es porque no lo sé! Canta, que se acaba mi descanso y tengo que volver al trabajo.

—Es... complicado, hubo sexo, solo te puedo decir...

—Serás mezquina... ¿Me dices que hubo sexo y no piensas soltar prenda para que vaya a verte? Te odio, pero de verdad no puedo. Adelántame algo, anda.

—Es que no me siento cómoda contándote esto por teléfono. Quería comentarte también que tengo un mal presentimiento sobre lo mío con Brais, que algo malo va a pasar.

—A ver, nena. Él te gusta, estáis juntos y ha habido sexo. Disfruta del presente y deja de atormentarte por cosas que no han pasado, ¿vale? Haré lo posible por acercarme la próxima semana.

—De acuerdo, Bea, por cierto, hoy llegan los hijos de Alejandro y estoy nerviosa, ¿y si no les caigo bien?

—Les caerás genial, ya verás. Son tan encantadores como tú, no tienes de qué preocuparte. Un beso.

—Vale, lo intentaré. Muchos besos.

Así como cuelgo suena el timbre, desde mi situación miro a través de la cristalera que rodea la puerta maciza de madera de la entrada y veo al otro lado a Marisa, me extraña porque tiene llaves y voy a abrir con gesto consternado. En cuanto abro la puerta entiendo todo; porta con ambas manos una bandeja de dulces que al menos pesa dos kilos y le es imposible abrir de ese modo.

—¿No te has pasado con los pasteles?

—Ay, ¡yo qué sé!, tengo unos nervios porque todo salga bien... Al fin tengo a mis hijos en casa y quiero que todo sea perfecto. —Luego se queda pensativa unos instantes—. ¿Crees de verdad que me he pasado con los dulces?

—Da igual, si sobran, y si tus hijos comen como me has dicho, no les importará que les sirvan de desayuno para mañana. Relájate, ¡son tus hijos los

que vienen a comer, no el rey emérito!

—Ya, ya..., ¿has vigilado la carne? —me pregunta mientras caminamos hacia la cocina.

—Sí, tranquila. Todavía le falta unos minutos, pero estará para después de los entrantes. No te preocupes, he puesto a escurrir las cigalas y las vieiras están listas para servir —respondo y hasta me sorprendo de no haber quemado algo o haber hecho algún estropicio, porque no pienso más que en la noche anterior y en Brais, y ando media lela por toda la casa durante todo el día.

Marisa se encuentra supervisando todo lo que hemos hecho y yo esperando su aprobación cuando escuchamos el ruido de un motor de coche. Ella, así como escucha el ruido, se asoma a la ventana de la cocina que da a la parte trasera de la casa.

—¡Es el coche de Iván, está aparcando! —Y sale como una desesperada, como una adicta a las rebajas en plena temporada sin decir nada más.

Le echo el último vistazo a la carne del horno y salgo tras ella.

—¡Mamá! —grita un chico con el pelo largo y perilla. Lo acompaña una chica pelirroja en el coche que es más flacucha que yo, la cual después de darle dos besos a Marisa no para de sacar bultos sin cesar.

—Hijos, llegáis tarde. Dejad las maletas y todo lo demás en el pasillo, luego Mar y yo os ayudaremos a llevarlo todo a vuestras habitaciones, ahora a comer.

Alejandro también sale a recibirlos al escuchar la alegría de Marisa.

—Iván, dime que has perdido la guitarra por el camino —le pide Alejandro.

—No, papá, aquí la tengo —dice echando una funda al hombro respondiendo con una sonrisa burlona.

—Tenía esperanzas... No dejo de preguntarme por qué te la regalaría aquellas Navidades, fue una de mis peores decisiones.

—¿Por qué? —pregunto curiosa.

—Porque toca como el culo. Hola, soy Milagros, pero me llaman Mila. Tú debes de ser Mar.

—Lo soy temporalmente, espero, me refiero a que no es mi verdadero nombre. Encantada de conocerte, Mila.

—Te entiendo. Este es Iván, mi hermano, es como un *hippie* de los setenta venido a menos, como aparenta; pacifista y todo lo terminado en -ista que tenga que ver con acudir a una manifestación. Con decirte que estudia Derecho para

dedicarse a lo social en vez de al área privada, ¿sabes? Para defender a los débiles y esas cosas, pero con lo que come... no sé cómo se piensa mantener —suelta y explota en carcajadas.

—En cambio, tú, me ha contado tu madre que estudias Criminología Forense. La verdad es que vuestra madre no deja de hablar de vosotros, se ve que os quiere mucho a ambos y que está muy orgullosa —declaro mientras ayudo a descargar del coche las maletas y a meter los bultos en casa.

—Pues sí, hice medicina, pero para disgusto de mi padre ninguno va a seguir sus pasos, quiero ser forense.

—Yo no podría hacer autopsias y todo eso. Uff, hay que tener estómago aparte de valentía.

—¿Valentía? Hay que tener más miedo a los vivos que a los muertos, ellos ya no pueden hacer daño y no se quejan tampoco, ya he hecho alguna práctica y te puedo jurar que me llevo mejor con ellos que con los que todavía caminan —bromea.

—Oye..., ¿qué es eso de que tu hermano toca como el culo? ¿Qué quieres decir?

—Ah, Mila, es que Mar entiende perfectamente el idioma, pero suele traducirlo literalmente, lo de culo... —le explica Marisa saliendo en mi ayuda.

—Lo tendré en cuenta, pues que mi hermano toca muy mal, es un músico frustrado y siempre lo será.

—A mí me ayuda a desconectar. Lo que ocurre es que vosotros no entendéis mi creatividad —se defiende el tal Iván.

—Ya... y a los que estamos a tu alrededor cuando tocas nos vuelves locos, ¡qué bien huele! A comida de mamá, que nos consiente siempre, ¿quién ha cocinado tú o ella?

—Las dos.

—Sí, pero no te preocupes. Le he enseñado todos mis truquitos culinarios y lo hace casi mejor que yo —menciona Marisa, luego se dirige a mí—. Por cierto, Mar, Milagros está ahora con Psicología Forense, igual te puede ayudar con tus pesadillas.

—¿Me consideras una psicópata? Eso es nuevo —digo bromeando.

—No, tonta, esa es la rama de la Psicología Criminal, la Forense aborda los procesos y el estudio de la víctima para determinar las consecuencias psíquicas que sufre tras un delito. Puedo intentar interpretar esos sueños tuyos, solo digo

«intentar».

—Julián dice que no tienen por qué ser algo real, que soñar que intentan estrangularme se puede explicar como una secuela de mi amnesia y mi miedo a encarar la vida, a lo desconocido y la presión que ello acarrea hace que tenga esa pesadilla una y otra vez, que tal vez solo sea eso.

—Y tal vez Julián se equivoque, por probar...

—Está bien —digo finalmente.

Nos sentamos a comer, yo me levanto para servir de vez en cuando y vuelvo a la mesa con ellos, ¿cómo no los voy a adorar? Si me tratan como a una más. Siempre me piden que coma con ellos en la mesa, menos cuando tienen alguna visita importante, pero es de entender. Puedo ser testigo de que lo que me ha dicho Marisa es cierto, sus chicos no comen, devoran. Marisa, en un momento dado, se da cuenta de cómo los miro, soy incapaz de disimular sin salir de mi asombro, así que manifiesta:

—Te lo dije, comen mal cuando están fuera por vagos. Ambos saben cocinar, pero por no hacer se mantienen a porquerías y no es porque no gocen de libertad económica, que Alejandro y yo no hacemos sino mandarles dinero continuamente y cuando llegan a casa parecen soldados vueltos de la guerra.

—Ya, ya, las comidas de bienvenida de mi madre son estupendas, pero verás los demás días...

—¿Y qué tiene de malo la dieta mediterránea?

—Nada, solo que es la que está establecida en esta casa —luego me murmura—, es lo malo de convivir con un médico, aunque sea cirujano.

—¿Y son mejores los productos ultraprocesados que coméis cuando estáis fuera? ¿Y los antros que frecuentáis con vuestros amigos? Lo barato al final sale caro para la salud, es lo más peligroso.

—¿Y cómo va lo de tu memoria? —me pregunta Mila cambiando de forma radical de tema descaradamente—. Mi madre me ha contado que de momento no has recordado nada.

—Detalles, nada más, que no arrojan luz ninguna, nada importante.

—Hablando de ello, voy a poner el canal ese turco, habla turco, ¿sabéis? —alude Alejandro.

—No es necesario hacerlo ahora, Alejandro —le pido.

—Es igual, nadie atiende a la caja tonta, y menos mis hijos cuando están

engullendo, podrían anunciar un gran cataclismo en las noticias que ellos seguirían hipnotizados con la comida y ni se enterarían.

Cuando llega la hora del café recojo la mesa. Mila insiste en ayudarme, preparamos la mesa para el postre mientras ella se encarga del café, llevo la bandeja de pasteles al comedor y posteriormente voy a por las tazas en un último viaje.

Sostengo la bandeja del café y, cuando advierto lo que sale en la pantalla, una especie de telenovela que para mi sorpresa recuerdo perfectamente y estoy segura de haberla visto completa, de repente me acuerdo perfectamente de sus personajes, hasta de sus nombres, de la ambientación..., incluso del capítulo que están emitiendo en esos momentos. Me quedo tan enfrascada en la tele que se me cae la bandeja sin poder reaccionar hasta que es demasiado tarde.

—¿Qué te ha pasado, Mar? ¿Has tropezado con la alfombra? —me pregunta Mila apresurándose hacia mí.

—¿Estás bien? —Marisa viene hacia mí extrañada mientras me ayuda a recoger los trozos del suelo.

—Lo siento, lo siento. Pagaré la vajilla o me la puedes descontar del sueldo, eso si no tiene un valor sentimental para vosotros. Oh, qué tonta he sido.

—No, no te preocupes, la compramos en un viaje el año pasado. Pero ¿qué te ha pasado? Parece que hayas visto un fantasma.

—Conozco esa serie. Estoy segura de haberla visto, *Öyle Bir Geçer Zaman Ki*, todas las temporadas, recuerdo cada capítulo, su final..., todo.

—A ver... —dice Alejandro dándole a información con el mando.

—Es una reposición. Espera, buscaremos información en Internet —me indica mientras yo termino de limpiar el suelo.

—Sí, recuerdo que es antigua y que cuando la vi era repetida, aunque no recuerdo cuánto tiempo pasó desde la primera vez que la vi ni la última, ¿cómo puedo recordar una serie de televisión y no cosas más trascendentes que me ayuden a saber quién soy? No me puedo creer que me gusten las telenovelas... —expreso incrédula.

—Aquí dice que se ha emitido exclusivamente en Turquía, la primera vez en dos mil diez y ahora en dos mil diecisiete por petición popular. Y que pronto saldrá en un país latinoamericano con otro nombre, *Tormenta de pasiones*.

—Pues para nada es la traducción literal.

—*Meniña*, está claro que tú o eres de Turquía o has residido allí bastante

tiempo, porque solo han emitido esta serie en ese país hasta la fecha.

—Bien, tenéis una turca viviendo con vosotros que ni se acuerda de ser de allí —manifiesto totalmente hundida.

—¿Y qué? Igual residiste únicamente, quién sabe. A mí me da igual de dónde seas, solo deseamos ayudarte y ojalá pudiéramos hacer más.

—Bueno..., para quitarle hierro al asunto y cambiando de tema..., aunque mi madre me ha prohibido mencionarlo —deja caer Mila—, ¿qué es eso de que tienes un rollo con Brais?

—¡Mila! —le reprende su madre. Ella la ignora completamente mientras me sigue mirando esperando una respuesta.

Me sonrojo y no sé muy bien cómo contestar.

—Bueno..., solo hemos tenido una cita hasta ahora. —«Muy intensa, y tanto, para ser la primera», pienso para mí.

—*Meniña*, pues prepárate, con todas las chicas que le rondan en la isla..., te van a despellejar.

—¿Despellejarme? ¿Y por qué me van a arrancar la piel?

—Oh, el idioma, se me había olvidado. Quiero decir que van a hablar mal de ti, por envidia y te vas a ganar muchas enemigas seguramente.

—Bueno, mujer, no la asustes. Igual se alegran por Brais, o por ella misma y todo.

—Pues, si es así, prepárate para la suegra que te va a tocar. De esa sí que no te libras, es una bruja. Yo me metía a monja antes que tenerla como suegra.

—Bueno, solo hay que saberla llevar —alude Marisa.

—Ay, mamá, qué buena eres, pero esa mujer es pura amargura. Tú no te preocupes, Mar, si finalmente lo vuestro va en serio, os mudáis bien lejos de ella y asunto arreglado. Cuánto más lejos, mejor. Mira, en Riveira, donde él trabaja, sería perfecto. Brais tiene un piso en alquiler allí.

—Dejad de especular. Apenas nos hemos visto un par de veces y hemos salido juntos una noche y lo estáis sacando todo de quicio.

—Y Paz, la hermana de Brais, ¿qué opina de lo vuestro? —pregunta Mila.

—Pues no la conozco ni de vista, imagínate, es que la veo por la calle y no la reconocería siquiera; pero creo que tampoco me tiene mucha estima por lo que sé.

—Vaya, pues es de mi edad y fuimos juntas al colegio, creí que sería más comprensiva. Bueno, sea lo que sea quiero que sepas que aquí tienes a una aliada, además, la ropa que te han donado no creo que sea muy chula, aunque haya sido con buena intención. Para tu próxima cita te puedo prestar alguna de la mía. Nos llevaremos bien, Mar, me encantaría que fuésemos amigas. Y por mi hermano no te preocupes, es buena gente, pero está en su mundo siempre.

—Gracias, de verdad. Sois una familia estupenda y no sé qué decir.

—Pues nada. Yo me voy a descansar, luego acomodaré mis cosas, ahora no me apetece nada.

—Claro, hija. Descansad del viaje, no hay prisa.

Y así hacen, sin embargo, Alejandro y Marisa salen a caminar por el paseo marítimo del Cantiño, a bajar la comida, como suelen hacer cuando almuerzan en casa y no fuera como otros días por sus temas laborales.

En cuanto acabo de recoger el comedor, limpiar la cocina y termino todas las distracciones que mantienen mis pensamientos alejados de Brais, él, irremediadamente, regresa a mi mente.

Ni un mensaje he recibido suyo, lo llevo esperando todo el día y nada ha llegado a mi móvil todavía. No deseo ser yo quien le mande el primero, pero comienzo a mortificarme, después de lo ocurrido entre ambos la noche anterior y no recibir ni un: «Buenos días, ¿cómo estás?», comienza a parecerme extraño y hasta inconcebible. No deseo presionarlo ni atosigarlo, pero tan solo me queda el domingo antes de que regrese a Riveira de nuevo, a su trabajo y no lo veré hasta el fin de semana siguiente. Al fin la tentación me puede y le escribo.

MAR 

«Hola, ¿cómo estás? Yo he terminado aquí y estoy libre, pensaba en ti...».

Tarda en contestarme, pero lo hace:

BRAIS 

«Rosalía, mi hija, me ha pedido que la lleve al cine, espero que no te importe, pero también quiero pasar tiempo con ella».

MAR 

«Claro..., es tu hija y no la ves en toda la semana, llámame cuando quieras».

BRAIS 

«El próximo fin de semana hablamos».

MAR 

«Vale».

¿Es todo? Después de todo lo que nos dijimos anoche... y todo lo que hicimos, uf, sobre todo eso, ¿un mensaje tan frío y escueto? Comienzo a pensar que algo ha pasado. También a fantasear en si me hubiese llevado con ellos al cine, apenas hemos tenido una cita nada más como para involucrarme en la vida de su hija. Pero comienzo a soñar con ese día, de hacer algo juntos los tres, que me presente como su pareja y hasta a preguntarme si ese día llegará.

Ni un beso, ni un «te extrañaré», quizás yo soy demasiado romántica. Intento no pensar y sacarlo de mi cabeza, aunque sea un instante, así que me pongo a ver la tele, en concreto el canal turco a ver si me ayuda a esclarecer algo más sobre mí aparte de mi preferencia por una serie de televisión de aquel país, y poco más hago ese domingo.

El lunes me levanto temprano porque Marisa, después de la ingesta de comida de bienvenida de sus hijos del domingo, desea algo *light*, así me lo hace saber y me manda temprano a por pescado fresco a la plaza de abastos. Ni el hermético de Ángel ha llegado todavía a trabajar, pero yendo pronto tengo más posibilidades de conseguir el mejor material recién descargado del muelle y me paso por el súper también a por unos encargos que Mila necesita.

Al regresar encuentro todavía las maletas de Iván en el pasillo como el día anterior. Mila, sin embargo, sí se ha ocupado de colocar todas sus pertenencias y ha guardado sus maletas vacías en el trastero de la buhardilla.

Al terminar de comer, Iván, en vez de subir las cosas a su habitación después de pedírselo su madre una docena de veces, se pone a tocar la guitarra y puedo comprobar, como decía Mila, que sí, que «toca como el culo» y finalmente entiendo la expresión a las malas. He terminado todas mis tareas y no puedo evitar salir huyendo de la casa y del ruido desafinado e infernal, aunque sea

temprano aún para coger el bus e ir a mi consulta semanal con Julián en Vilagarcía, tengo la imperiosa necesidad de hacerlo. Saliendo a la carretera principal da Illa, caminando sin prisas, llego a Rúa as Laxes y me siento en la marquesina de la avenida da Ponte, donde se ubica mi parada. Para mí nunca había sido tan relajante escuchar el ruido de los coches pasar, en comparación de los desafinados acordes de Iván.

El bus pasa en hora, a las cuatro y cuarto justas, como siempre, y disfruto del trayecto como cada lunes contemplando el paisaje por la ventanilla mientras tomo una decisión; no enviarle a Brais ningún mensaje más, no quiero arriesgarme a recibir en contestación otra respuesta tan fría como la de ayer. Si ha sido tan especial para él la noche del sábado como para mí, solo cabe esperar que él me llame o escriba. Por mucho que me importe no pienso ir detrás de él y atosigarlo, necesito que Brais dé el siguiente paso, que manifieste un poco de interés por su parte, si es que lo hay, y pienso que es la única forma de saberlo.

Al llegar a mi correspondiente parada, me bajo y camino hacia el hospital do Salnés.

Antes de ir a la consulta con Julián aviso a las chicas mediante mensaje de que estoy por allí. Deseo subir a planta a saludarlas, a Cris y a Mari, pero como ya no soy una paciente, ni voy de visita, no puedo ir como si nada, entonces ellas bajan a verme. Bea no se encuentra, ha terminado su turno de mañana y se ha marchado ya, y me apena, no obstante, me alegro tanto de ver a Mari y a Cris como ellas a mí, hasta me llegan a decir que tengo mejor color, claro que mis largos paseos por la isla no son comparables con estar enclaustrada en un hospital las veinticuatro horas del día. Insisten en que me ven mejor que nunca. Después de ponernos al día, acudo a mi cita semanal con Julián y, después de mi sesión de rutina, como mi autobús de vuelta no pasa hasta las siete y veinte y me sobra más que tiempo, me arriesgo a preguntarle a Julián:

—Mi caso sigue abierto, ¿verdad?

—Claro, ¿acaso lo dudas?

—Es que es tan extraño que nadie viese nada, que siga sin existir la mínima pista sobre mí...

—Todos los barcos que estaban por la zona esa noche fueron identificados. Bueno..., menos uno de bandera holandesa que desapareció sin más del radar y del alcance de las autoridades marítimas, sin poder contactar con ella la Patrulla Marítima, Vigilancia Aduanera ni la Guardia Civil, tampoco recopilar información sobre la misma, pero están en ello.

—¿Y si ahí está la clave?

—Es una posibilidad muy remota.

—No entiendo cómo un barco puede desaparecer así, sin más.

—Han pedido ayuda a la Europol incluso, pero al no tratarse de un gran buque sospechoso de transportar estupefacientes ni de un caso de narcotráfico o corrupción o terrorismo, nos dieron la espalda. No nos ayudarán con un barco particular ni lo que es para ellos una insignificante embarcación de recreo. Están saturados con casos más complejos y de mayor magnitud. Y, si quisiera investigar por libre, con la puñetera nueva ley de protección de datos estamos jodidos.

—Europol...

—¿Qué ocurre?

—Me es familiar ese término.

—¿La Policía Europea te es familiar? ¿En qué sentido?

—No lo sé, espero averiguarlo pronto. Igual no es nada y me suena de las noticias, seguro que es eso, de haberlo escuchado en la tele...

—Bueno, no te presiones. A veces las cosas salen por sí solas.

Me despido de Julián y salgo del hospital.

Y ya en el exterior, me ocurre algo curioso. En uno de los bancos de piedra que hay en la entrada del hospital, un hombre que está allí sentado llama mi atención. Más que él en sí, sus rasgos morfológicos. Es alto, un poco mayor que yo, pelo abundante y con barba negra rizada de fina textura. Ojos marrones oscuros y de mirada intensa, de cara angosta, frente ancha y mentón prominente. Nariz larga y elevada, pero que le da un aspecto muy distinguido, aparte de tener un tono moreno de piel igual al mío. Sin duda muy atractivo, y esas facciones tan exclusivas y marcadas solo pueden pertenecer a una parte muy concreta del mundo. Enseguida lo ubico; de Oriente Medio. Lleva un traje de corbata que le sienta tan bien que parece estar hecho a medida para él.

Extrañamente, él también repara en mí, tanto que se aventura para mi sorpresa a dirigirse a mí en otro idioma.

—*İyi akşamlar*^[20].

Y casi por inercia le contesto con la misma frase pronunciándola perfectamente ante mi extrañeza. Entonces le pregunto:

—¿Nos conocemos?

—No, y perdona mi atrevimiento, por tus rasgos faciales tuve la intuición de que eras una compatriota mía y me arriesgué —dice brindándome su mano—. Mi nombre es Osman —me revela, su acento es muy pronunciado, mucho más que el mío, pero de gran parecido, árabe, aunque no puedo ubicarlo más concretamente en un lugar preciso.

—Soy Mar.

—Ah, un nombre español. Yo soy de Turquía, llevo un tiempo aquí y todos me llaman el Jeque por mis facciones, aunque no soy de Arabia Saudí ni nada parecido, en fin, no soy nadie para llevarles la contraria —bromea—. Están acostumbrados a los rumanos, marroquíes..., pero supongo que no a nuestra fisonomía. A todos nos marcan en la raza árabe sin hacer distinciones y de ahí lo de Jeque.

—¿Eres musulmán?

—No, soy islámico, no islamista, ¿y tú?

Entiendo también perfectamente la diferencia que ha puntualizado, islámico es aquello relacionado con el islam; cultura, arquitectura... Mientras islamista es quien propugna la ley islámica en la política que no tiene por qué apelar a la violencia para imponer su ideología, como los yihadistas, por ejemplo.

—Yo... no soy religiosa —respondo. La verdad es que no tengo ni pajolera idea, y no me pareció propio hacerle saber a un desconocido lo de mi amnesia de buenas a primeras. Pero entonces unas palabras salen de mi boca casi sin ser consciente de estar recitándolas—. La inteligencia es un arma más fuerte que el odio. Se puede ser árabe sin ser musulmán y se puede ser musulmán sin ser árabe. Una persona árabe puede y es libre de practicar cualquier religión que desee —pronuncio quedándome a posteriori muda, meditando mis propias palabras y preguntándome por qué he dicho eso siquiera, a Julián le va a fascinar en cuanto se lo cuente, estoy segura.

—Y la ignorancia solo da lugar a más odio —agrega fascinado—. Yo volveré por aquí, tengo a un familiar ingresado, nada grave, pero precisa quedarse unos días..., ¿te importaría si te propongo quedar en otro momento u otro día?

—No me importaría si coincidimos, ¿por qué no? Yo vengo una vez a la semana —respondo.

—Yo vivo cerca, en el puerto. —Luego se queda pensativo y vuelve a dirigirse a mí—. ¿Y si no volvemos a coincidir? ¿Te parecería muy osado por mi parte invitarte a un café ahora?

—Bueno... —titubeo en principio, mi autobús no pasa hasta las siete y cuarto, para sentarme a esperar sola en la marquesina... La invitación a un café me parece algo inofensivo, la mejor idea para matar el tiempo y acepto finalmente.

Me pregunta si me apetece ir a una cafetería cercana, pues el ambiente hospitalario no es de su agrado y está muy cerca de mi parada, así que accedo. Andamos unos diez minutos hasta una cafetería llamada La Parada, muy adecuado el nombre por su ubicación, que se encuentra en la carretera principal donde yo cojo el bus y nos sentamos en su terraza. Pedimos unas infusiones finalmente y entonces me pregunta:

—¿Llevas mucho aquí o simplemente eres de aquí? Tienes un español perfecto.

—Ya quisiera... —respondo riendo, evito el tema de mi amnesia y respondo escuetamente—, unos meses, ¿y tú?

—Fuera llevo seis años y aquí unos meses por temas de trabajo. Viajo mucho por ello.

—¿En qué trabajas?

—Para que lo entiendas, digamos que medio en las relaciones comerciales internacionales, en los intereses que tiene mi país en Europa.

—Vaya, debe de ser un trabajo importante.

—Lo es, aunque muy aburrido y solitario. Estar lejos de casa y tu gente es lo que tiene. Por eso en cuanto te vi y aprecié tus rasgos... no quise desaprovechar la ocasión de poder cruzar unas palabras con una compatriota.

—Bueno... yo no recuerdo haber vivido en Turquía.

—¿Cómo no vas a recordar algo de tal importancia?

«Bocazas», me llamo a mí misma. Al final no tengo otra opción que reconocer mi amnesia, aunque saltándome los detalles.

—Tuve un accidente y sufro amnesia temporal.

—Debe de ser muy duro, vaya, lo siento. ¿De eso venías del hospital?

—Sí, aunque me dan esperanzas creo que tienen menos idea que yo sobre si la recuperaré al cien por cien algún día.

—¿Y estás con tus familiares? ¿Quién te cuida?

—Unos amigos son ahora mi familia —respondo, aunque me inspira confianza y es amable. Lo acabo de conocer y estimo que no es necesario darle

tantos detalles personales.

—Lo siento, oye... ¿y si eres una especie de refugiada siria? ¿Lo has pensado? Quizá un trauma por la guerra y la estresante huida hasta aquí haya generado tu amnesia...

—No, las autoridades ni lo consideraron siquiera, pero sí me lo explicaron, fueron tantas las teorías sobre mi caso... Si fuese lo que tú dices no me hubiese aproximado a España por mar y, de haberlo hecho, habría sido por el mar mediterráneo, no en el otro extremo norte y para colmo en el océano atlántico, imposible.

—Solo pretendía ayudar, de verdad. —Saca algo de su chaqueta y prosigue—. Me gustaría dejarte mi teléfono por si puedo ayudarte de algún modo —me ofrece deslizándolo su tarjeta por la mesa hacia mí—. Y, si algún día lo necesitas, no dudes en llamarme.

—Al menos practicaré mi turco —bromeo y luego le echo un ojo a mi reloj, pendiente de la hora de mi autobús. Osman se percata de ello.

—No tienes por qué coger el transporte público —enseguida se ofrece—, si quieres te acerco a tu casa o a donde residas.

—De veras te lo agradezco, pero creo que ya has hecho bastante haciéndome compañía mientras llega mi autobús.

—Es terrible la guerra que está sufriendo nuestro país y el éxodo hacia un futuro incierto, tantas personas sin saber a ciencia cierta si conseguirán asilo...

—Es terrible, sí, pero no sé si es mi país de origen, no sé nada realmente. Tengo que irme ya, mi autobús no tardará.

—*As-salamu aleikum!*^[21] —se despide.

—*Wa aleikum-as-salam*^[22] —me despido también de mi nuevo conocido.

El martes Iván retoma su estruendoso proyecto de música. Comienzo a sospechar que lo está tomando por costumbre en la sobremesa. Así que, con la excusa de bajar la comida y hacer bien la digestión, huyo de la casa y aprovecho para dar un largo paseo; algo que se ha convertido en costumbre para mí para proteger mis tímpanos, poder conservarlos intactos y no padecer los conciertos tan exclusivos de Iván. Menos mal que la casa está insonorizada o estoy segura de que los vecinos ya nos habrían denunciado. Sus conciertos me han dado la excusa perfecta también para visitar la playa, mi playa... y allí me dirijo.

Otras tardes suelo caminar hasta el centro, a O Campo, desde ahí cojo rumbo

sur por debajo del ayuntamiento y otras veces por el Cantiño, desde ambos lugares puedo bordear el mar acompañado fielmente por el espesor verde de sus pinares. Me lleva llegar unos cuarenta minutos y lo mismo volver. Atajaría más por el centro, pero la serenidad de la costa me relaja. Aunque cada vez está todo más abarrotado de turistas... y no me extraña. Esto es un paraíso existente en nada menos que en el mismo corazón de la ría gallega, y cuando llegue la temporada alta irá a peor.

Cuando llego a la playa advierto que está más llena de lo habitual y rememoro las palabras de Brais, en pleno julio... Para rematar han grabado un par de series para la televisión aquí y eso le ha dado más publicidad si cabe. Hasta un periódico gallego ha bautizado la isla como la nueva Formentera gallega. Sin duda, la isla está más de moda y demandada que nunca, y no deseo ni pensar en las fiestas del Carmen y las gastronómicas con su exaltación del marisco que están a punto de arrancar esta misma semana. Ya no cabe ni un alfiler. Me resulta imposible imaginarme cómo puede saturarse más con una festividad que, según me han dicho, se ha convertido en un punto de referencia en el corazón de la ría. Una invasión en el buen sentido para la economía de los vecinos, pero todo señala a que va a ser un hervidero de gente, de grandes aglomeraciones, ya que la afluencia acude de diferentes lugares incluso de fuera de Galicia. En definitiva, comienzo a considerar seriamente comprarme media docena de libros y encerrarme en mi habitación en casa de los Marsans hasta que terminen.

Ir a mi playa ya es una rutina para mí, en las horas muertas de mis tardes libres, a sentarme e intentar recordar. Aunque con tanto bullicio de turistas cada vez me es más difícil concentrarme.

CAPÍTULO 6

MI MAYOR PESAR: LOS PREJUICIOS Y RECELOS INFUNDADOS

Ese martes la playa está abarrotada, así que me siento en unas rocas, huyendo del ruido, desde donde suelen pescar con caña los guiris; inmersa en mis pensamientos y la mirada fija en el mar, hasta que una voz que adoro me sorprende a mi espalda.

—Marisa me dijo que te encontraría aquí.

—¡Bea! ¿Por qué no avistaste de que vendrías por la isla? —exclamo echándome a sus brazos.

—Bueno, quería darte una sorpresa, aunque no contaba con que no estuvieses en casa. Marisa me dijo que vienes cada tarde, cada día de la semana y aquí me tienes.

—Vengo cada tarde, sí —admito a la vez que me separo de ella para dejarla respirar y prosigo—, en busca de respuestas que nunca llegan.

—Uy, detecto un significativo bajón de ánimo, ¿si es que no te puedo dejar sola unos días!

—Pues sí, culpa tuya —bromeo.

—Vamos a tomar algo en el chiringuito, bájate de aquí antes de que sufras una insolación y también un ataque de pena, anda.

—Está bien.

Vamos hacia el chiringuito de madera que hay cerca, nos sentamos en una de sus mesas, pedimos un par de cervezas y comenzamos a hablar.

—¿Vienes para quedarte ya en la isla entonces? —pregunto.

—Me voy esta noche A Coruña, ya sabes que mi novio es de allí..., pero vendré mañana mismo. Mi hermana pequeña es Quinta este año, ¿sabes? Y tenemos comida familiar. Quería darte una sorpresa, a partir de mañana me quedaré toda la semana, ¿cómo no iba a estar para las fiestas del Carmen? No he faltado ni un año, boba.

—¿Qué es eso de tu hermana? ¿Quinta?

—¿Aún no sabes en qué consiste la fiesta de los Quintos?

—Pues no, solo que arrancan las fiestas, y que mañana se celebra eso.

—Pues «eso», como lo llamas tú, es una costumbre que se lleva gestando durante años. Se les llamaba Quintos a todos los chicos que cumplían dieciocho ese año, cuando el servicio militar era obligatorio, pero se ha seguido manteniendo la tradición hasta la actualidad. De hace unos años para acá también participan las chicas, un reclamo por la igualdad y que me enorgullece. Mañana, para todos los que se conviertan en mayores de edad, sin distinción de género, es su día y su gran fiesta.

—O sea, de todos los habitantes que cumplen dieciocho este año.

—Sí y bueno, cuéntame, Iñigo y yo estábamos convencidos de que tú y Brais necesitabais un empujón y resulta que ya ha habido sexo. Vaya tela, cuéntamelo todo.

—Me llevó a cenar al monte, entre el Santo y el campo de la Bouza, buen vino, vistas magníficas, con comida típica y deliciosa.

—¿Y?

—Pues que la cosa se calentó, y de repente él... se detuvo, me dijo que me parezco mucho a su mujer y que deseaba hacer el amor conmigo y no con su recuerdo.

—¿Qué dices? ¿Eso dijo? Que siniestro, por Dios... podía habérselo callado, ¡pero si hubo sexo...!

—Sí, después de eso me desnudé, le pregunté si le atraía y me dijo que sí, entonces lo reté a demostrármelo. Bueno, yo no, creo que el vino que bebí tuvo mucho que ver o no me hubiese atrevido, estoy segura.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Que no sé si puedo competir con un recuerdo, con su fantasma. Además, el domingo le envié un mensaje y fue frío, me dijo que se iba al cine con su hija, que también necesitaba pasar tiempo con ella y que ya me llamaría, y no he sabido de él todavía.

—¿Cómo es posible? ¡Pues mándale un mensaje!

—No puedo, necesito saber si se interesa por mí verdaderamente. Estoy esperando un mensaje suyo que me proporcione esa señal, una llamada suya que no ha llegado y empiezo a temer que nunca llegará.

—Ay, qué boba. Hoy todavía es martes y la otra vez te llamó a mitad de semana para quedar y eso, pero... ¿y si él piensa y espera lo mismo? ¡Mándale un mensaje inmediatamente o lo hago yo!

—Está bien, aunque no es así como pensaba hacer las cosas, ¿y qué le

escribo?

—Anda, dame —casi me ordena arrebatándome el móvil de las manos y comienza a escribir, luego me muestra lo que ha redactado antes de enviarlo.

MAR 

«¿Qué tal Brais? No he sabido de ti, ¿todo bien? Espero que sí».

—Envíalo, qué más da —le digo resignada.

Un rato después Brais contesta como jamás hubiese imaginado.

BRAIS 

Mira, Mar, he estado meditando mucho en nosotros. Creo que no tengo derecho a meterte en mis problemas con mi madre ni a complicarte la vida por ello, no lo mereces. Eres una buena persona, guapa e inteligente, te mereces algo mejor, lo siento.

Bea abre los ojos como platos al leerlo.

—¿Que se atreve a hacerte esto por mensaje? Pensé que era más hombre, ¡cobarde...! ¡alucino!

—Te dije que no era buena idea, y me ha quedado más que confirmado. Me he quedado... en *shock*, no lo esperaba —murmuro. Mis fuerzas me han abandonado al igual que mi estado de ánimo y casi soy incapaz de articular palabra.

—Pues díselo, al menos tienes derecho a eso.

—Tienes razón —digo sosteniendo su opinión y me decido a escribirle:

MAR 

«Creía que lo del sábado había sido especial. Tantas molestias que te tomaste, la cena, el paseo..., lo que pasó después..., pero está claro que solo lo fue para mí y lo malinterpreté. Solo fui el polvo de una noche. No sabes cómo siento haberlo hecho».

—Se nota que estás dolida, pero que se entere bien, ¿otra cerveza?

—Sí, por favor, la necesito —respondo, mientras contemplo cómo Brais ha

omitido contestar a mi mensaje teniendo la seguridad de que lo ha leído.

Aún estoy asumiendo su rechazo, cuando se acercan dos niños pegando chillidos, dirigiéndose al dueño del chiringuito, el mismo que lo regenta.

—¡Tío José, tío José!, ¡mira lo que hemos encontrado! ¡Un tesoro!

—A ver..., ¿qué tenéis ahí?

Los niños se acercan y le muestran lo que parece ser una pulsera, lo primero que pienso es que la ha perdido un bañista en la playa, se encuentran muchas joyas perdidas a menudo en aquel arenal por lo que sé.

—Mira, vimos que centelleaba con la luz del sol y nos acercamos, estaba enmarañado entre algas, pero al ver que era algo brillante no paramos hasta desenredarlas todas y sacarlo.

—Qué pulsera más peculiar —manifiesta el tal José mientras la inspecciona—. Dejadla aquí a ver si alguien la reclama o pregunta por ella, en cuanto la gente recoja y se vaya de la playa, seguro que la echarán de menos y vendrán a preguntar aquí como es habitual cuando pierden algo.

—¡Pero es nuestro tesoro! ¡Nosotros la encontramos! —le recriminan los niños.

José inspecciona el cierre y advierte que el seguro está roto.

—¿Y para qué la queréis si incluso está rota? ¿Veis? ¿Y si os lo cambio por un helado? —les chantajea el tal José.

Los niños se lo piensan, al final aceptan y José se puede quedar la pulsera.

—¿La puedo ver? —le pide Bea.

—Claro —dice y se la muestra. Bea la coge entre sus manos y hasta a mí me puede la curiosidad reparando en ella también.

Es una pulsera que enlaza con una cadenita al dedo índice anudándolo por completo a la muñeca, de una especie de plata envejecida con piedras azules y una de mayor tamaño que las demás en forma de estrella con una plaquita como en las esclavas comunes, aunque esta pieza es bien rara.

Los sobrinos de José devoran los helados a la vez que están pendientes de lo que hablamos, entonces uno de ellos interviene en la conversación.

—Pero no creo que la perdiera ningún turista aquí, estaba demasiado liada en algas. Seguro que la arrastró la marea desde otra playa y llevaba muchos días en el mar.

—Puede ser —dice José, luego se dirige a Bea posteriormente—. ¿Tiene

alguna inscripción la placa? —pregunta él, mientras ella continúa sosteniéndola e inspeccionándola.

—Sí, pone «Suhana», a saber qué significa.

Entonces me asaltan imágenes en mi mente, más bien *flashes*, como si la pulsera en cuestión hubiese activado algo en mi memoria. Son recuerdos que no he evocado hasta la fecha, para mí no hay la menor duda. Vislumbro a una mujer de media edad que le gritaba a una niña que no dejaba de corretear alrededor de una mesa, «¡Suhana pon la mesa y deja de jugar! ¡¿Me estás oyendo, Suhana?! ¡¿Suhana?!», le reprende mientras aquella niña continúa correteando sin hacer caso. Esa niña soy yo, lo siento en mi interior con una seguridad plena que no puedo explicar, y la pulsera ha sido el detonante.

Bea advierte mi cara de asombro, me pongo incluso pálida.

—¿Te encuentras bien?

—Esa pulsera es mía.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Lo he recordado, y a una mujer riñéndome y diciendo mi nombre sin cesar, creo que era mi madre.

—¿Estás segura?

—Es de lo único que lo estoy desde que he llegado a esta costa y de que ese es mi nombre.

—¿No lleva ninguna otra inscripción? —pregunta José.

—No.

—Pues es una pena —pronuncia Bea—. ¿Estás realmente segura de lo que dices?

—Nunca he estado tan segura de algo antes.

—Al menos ya tenemos un nombre.

Los niños nos miran embobados, hasta que uno reacciona.

—En las algas también venía este trozo de tela —comenta mostrándonos el fragmento del tejido hecho jirones y con el color desgastado por el salitre.

Entonces la cara de asombro se traslada a Beatriz.

—Ahora sí te creo —menciona—, es la misma tela, el mismo estampado de tu blusa el día de tu llegada. Yo misma te desprendí de ella cuando te atendimos en Urgencias —declara y, después de mirarme embobada un buen rato, se pone a

teclear en su móvil como una posesa.

—¿Qué haces? —formulo.

—Indagando sobre «Suhana» en Internet. —Mientras ella lo hace, yo intento asumir la nueva información en mi mente y me afano en intentar recordar algo más, es vital que lo haga—. Aquí dice que es un nombre de procedencia árabe y que significa «el nombre de una estrella», lo he contrastado en varias páginas y todas coinciden en lo mismo.

—Por eso la pulsera tiene una de sus piedras azules en forma de estrella.

—Tus padres debían quererte mucho para ponerte ese nombre, ahora sí que queda constatado que eres de Turquía o de esa zona del continente asiático.

José sigue nuestra conversación embobado sin decir nada.

—Creo que lo más razonable y lógico es que te la quedes —sugiere finalmente y vuelve al estado anterior, sin dejar de mirarnos a ambas.

—Pero no puedo recordar el sitio exacto, Dios mío, ¿te imaginas que sea siria? Que mi familia haya muerto en la guerra, ¿o que estén por ahí pasando penurias escapando de la misma?

—No te pongas en lo peor, no te mortifiques sin motivo alguno de momento, por favor, Mar... O tal vez... ¿Deseas que te llame así a partir de ahora? ¿Suhana?

—Me llamaban Hana... —según lo digo voy recordando quién—, mis hermanas... ¡recuerdo tener hermanas...! Tres, para ser exacta.

—Deberíamos ponernos en contacto con las autoridades cuanto antes y ponerlas al tanto de esto, venga, yo te llevo —se ofrece Bea—. Cóbrame, José— le pide al hombre.

—Invita la casa, después de lo ocurrido... qué menos.

Le damos las gracias y nos vamos.

De camino y, mientras Bea conduce, deja caer:

—Deberías contarle a Brais tus nuevos hallazgos.

—Ni hablar. Me ha apartado así que no creo que le interese nada que me pase.

—Estás dolida después de su mensaje, pero no creo que sea así.

—Mejor deja el tema, Bea.

—Está bien, pero mañana arrancan las fiestas. Al final me hizo caso y se ha

cogido unos días de vacaciones antes de agosto, su mes fijo, él viene y...

—Que lo dejes.

—Vale, ya me callo.

Y ambas nos quedamos en silencio un buen rato, hasta que recuerdo a mi nuevo conocido.

—Ah, se me olvidó comentarte, he hecho un nuevo amigo.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

—No lo conoces, es turco. Ocurrió en la entrada del hospital el lunes, reparé tanto en él por sus rasgos, creo que no supe disimular y se percató de ello y por eso se dirigió a mí. Creo que esa fue la razón por la que termináramos hablando. Fue muy amable y educado y me invitó a un café después de mi sesión con Julián.

—Así que turco, ¿eh? ¿Y qué hace en el Salnés?

—Dice que viaja por trabajo y que tenía a un familiar ingresado al que visitaba o algo así. Que está residiendo en Vilagarcía por la zona del puerto, si no recuerdo mal que dijo, y me dio su número por si necesitaba algo, pero no lo he llamado todavía.

—Si vuelves a quedar me gustaría que me avisases para conocerlo, ¿te ha dicho cómo se llama para averiguar más sobre él? Y quién es el familiar que tiene ingresado en el O Salnés, si lo deseas, podría averiguarlo.

—Solo sé su nombre, Osman me dijo que se llamaba.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, Bea, pero parecía muy buena gente.

—Ya, pero nunca está de más.

Después de hablar con las autoridades pertinentes, nos comunican que mandarán a alguien a inspeccionar la playa por si la marea ha arrastrado algo más aparte de mi pulsera y que nos mantendrán informadas.

Posteriormente, Bea me lleva a casa y me deja en la puerta.

—Mi comida familiar se alargará hasta las seis de la tarde —me comenta antes de que me baje—, hora que mi hermana saldrá de juerga con los demás Quintos. Pásate sobre las cuatro si quieres, estaremos con el café probablemente a esa hora.

—¿Nos veremos entonces?

—Ni lo dudes..., Suhana —termina nombrándome de ese modo con una gran sonrisa y allí nos despedimos.

Por la noche cuando Alejandro regresa le relato lo ocurrido, les cuento siempre todo a los Marsans, la familiaridad y la confianza que se han establecido entre nosotros es de envidiar. Les muestro también mi pulsera que se amolda perfectamente a mi muñeca, atestiguando con ello que no puede ser de otra forma, me ha pertenecido y me pertenece, así como el nombre que lleva rubricado.

El miércoles por la mañana voy a la plaza de abastos a por los encargos que Marisa ha hecho para esos días; un buen acopio de pescado y marisco, aunque la dieta mediterránea reine en la casa Marsans, suele desaparecer en época de fiestas, según me cuenta su hija y se remplaza por los excesos. Le llevo a Ángel su café y le doy los buenos días. Ni hablando del tiempo se puede abrir conversación con él, qué hombre más raro. Me despido y salgo para hacer mis compras y, mientras camino hacia allí, se me ocurre la idea de pasarme luego si me da tiempo por la joyería de la avenida Castelao para reparar mi pulsera. Pero lo primero es ir a por los encargos de Marisa a la plaza de abastos y justo en la puerta, antes de entrar en la plaza, me encuentro con la madre de Beatriz, vestida con un delantal y botas de agua. Una mujer encantadora que había conocido en el cumpleaños de la sobrina de Bea, en mi primer permiso y salida del hospital, como a otros maravillosos miembros de su familia.

—Buenas días, Adela, ¿vienes o vas? —pregunto al ver su indumentaria o venía de mariscar o todavía partía a ello.

—Voy a la seca, pero antes quiero dejar la compra hecha, no vaya a ser que luego se me haga muy tarde en la lonja.

La seca o bajamar es casi lo mismo, por eso a las mariscadoras también se les denomina *sequeiras*, que es cuando realizan la actividad de extracción de bivalvos en la playa. Un trabajo artesanal y muy duro, pero muy respetuoso con el medio ambiente, ya que no requiere de ningún tipo de maquinaria ni genera contaminación, nada más que el esfuerzo físico y de manera manual con herramientas como la gancha, el angazo o el rastrillo para trabajar la arena de la playa. Adela es una de las doscientas setenta mariscadoras censadas en la isla — o *mujerasas* o *mujeronas*, como se les denominan en muchos ámbitos—, que después de ir a mariscar tanto en verano como invierno, con lluvia, viento o frío; se hacen cargo de sus hogares, actividades extraescolares de hijos o nietos. Muchas, aun después de partirse la espalda al borde del mar y al desamparo de los elementos, labran la tierra por la tarde, siempre con una sonrisa en la boca.

Todo ello sin perderse una fiesta del Carmen, la patrona de los marineros, por ejemplo. Una vida dura sin dejar de disfrutar de ella, las mujeres de esta zona poseen una fortaleza envidiable sin dejar de disfrutar de la vida por ello.

—¿Y tú qué tal? Me dijo mi hija Bea que han vuelto los hijos de Alejandro, están muy bien educados y son unos *rapaces*^[23] muy buenos. Seguro que te llegarás a entender bien con ellos —me asegura Adela.

—Sí, lo son, ejemplares y encantadores, aunque Iván va un poco a su bola.

—Iván, desde que se le metió en la cabeza ser músico..., esperemos que no descuide sus estudios ahora por ello.

—No me hables de su música. Nos tiene a todos locos, cualquier día Alejandro le estampa la guitarra en la cabeza —bromeo.

Adela se echa a reír.

—Bueno, moza, vamos, que se me va a hacer tarde al final.

Le hago caso y ambas entramos a la vez en la plaza de abastos, y Adela repara en algo enseguida haciéndomelo saber:

—¡Anda! Mira en el puesto de Covadonga, la del suéter rojo es la madre de Brais.

—¡Ay! Pues me voy antes de que me vea, me tiene una manía... —digo dándome la vuelta, pero Adela me engancha por el brazo haciéndome rectificar mi marcha.

—Da igual —afirma—, nunca te ha visto. Solo ha oído hablar de ti y no te conoce físicamente, ni te muevas. ¡Lo que faltaba, no le des el gusto a esa bruja!

Me sorprende cómo se refiere a ella, y no puedo evitar preguntarle.

—¿Tú también? ¿Es que nadie la traga en este pueblo? Pues muy buena no puede ser, me temo.

—Pues sospechas bien, qué pena, antes no era así, pero la gente cambia y contra eso no podemos hacer nada, ¿qué vas a comprar?

—Pues Marisa tiene encargadas unas lubinas y marisco en el puesto de al lado de donde está la madre de Brais. Miedo me da siquiera acercarme.

—Pues, vamos, no seas tonta. No te conoce, yo te acompaño de todas formas.

Cojo número y espero mi turno allí mismo, al lado de ella, escoltada por Adela.

Miro de vez en cuando a la madre de Brais, de forma intermitente para que no repare en mí ni que tengo la mirada fijada en ella, por nada del mundo lo deseo. Tiene el pelo corto y lleva un peinado anticuado, está un poco rellenita y su forma de vestir la hace más mayor de lo que es. Adela y yo estamos al lado y no podemos evitar escuchar la conversación que mantiene. Bueno, es inevitable porque, en vez de hablar, la madre de Brais da gritos enojada por alguna razón que desconocemos en esos momentos; pero no tardamos mucho en enterarnos, desgraciadamente para mí.

—Pues sí, ¡follando en el monte! ¿Te lo puedes creer? Un médico, una persona tan íntegra que siempre ha sido, sin vicios, ¡ni fuma! Que nunca ha dado de qué hablar, y la mujerzuela esa ha hecho que pierda el sentido común totalmente y la cabeza, ¡un escándalo! Ya le eché bien el *responso*^[24], ¡y lo que le queda!

Me torno pálida, espero que no hable de mí y de Brais, pero la palabra follar en el monte..., médico... No deja muchas dudas, para colmo está hablando de ello en plena plaza de abastos. Deseo morirme y que nadie, de los pocos que me conocen, puedan reconocerme o aparezcan por aquí.

—Qué vergüenza, ni salir de mi casa puedo ya. ¡Qué deshonra para mi familia! ¡Mi Brais dando el espectáculo en medio del monte!

—He oído el chisme, pero ¿quién los vio? ¿No será que están exagerando? —le pregunta otra mujer de mediana edad que se encuentra también en el puesto comprando.

—Pues la nuera y el hijo del patrón mayor de la cofradía que andaban de patrulla por el monte lo dijeron, ¡y bien seguros de lo que vieron! Andan en la asociación vecinal esa de prevención de incendios y marchaban por el monte de vigilancia.

—Pues yo veo muy bien lo que han organizado los vecinos para patrullar los montes, mejor prevenirlos que tener que apagarlos y con tanto turista, barbacoas...

—Pues sí, con tanto recorte o nos movilizamos o a ver..., pero, ya ves tú, a lo que fueron y con lo que se toparon, con mi hijo en pelota picada como un animal retozando con una mora o lo que sea... ¡es que es pensarlo y se me sube la tensión! Luego no se me baja ni doblando mis pastillas, ¡y la exagerada soy yo! ¡Me llama exagerada! ¡Me manda a la tumba! ¡Este hijo mío me manda al cementerio!

Yo lo único que deseo es que me toque de una vez mi turno y salir huyendo

de allí y que ella ni me mire siquiera. A mí sí que se me ha subido la tensión, a punto de parárseme el corazón estoy.

Adela me mira y remira, hasta que no puede más y me murmura en voz baja sin que nadie nos escuche:

—¿Es verdad? ¿No estará hablando de ti y de Brais...?

—Sí..., yo creía que no había nadie a esas horas en el monte...

—Mujer, haberlo hecho dentro del coche si no teníais donde. Haber aparcado en un sitio discreto y no así, *rapaciña*^[25], tú también...

—Es que... —solo puedo pronunciar encendiéndome de un color bermellón que nada tiene que envidiar a los carabineros que servirá ese día Marisa en la comida familiar.

La madre de Brais continúa echando culebras por la boca sobre mí, hasta diciendo que lo he embrujado con magia negra o no sé lo que explica y sandeces por el estilo. En cuanto pago las lubinas y demás me despido de Adela, le deseo buenas capturas en la seca y desaparezco huyendo a la velocidad del correccaminos. Como una paranoica voy echando la vista atrás por si me sigue incluso la mujer esa, aparte de tener sus gritos enquistados en mi mente. Cuando logro tranquilizarme y cerciorarme de que me sobra tiempo, me paso por la joyería. Entro, saludo a la dependienta y le muestro mi pulsera.

—Buenos días, desearía ponerle un cierre nuevo, si es posible.

La chica la inspecciona mientras me echa unas miraditas que no me hacen gracia, no sé a cuento de qué.

—Parece una pieza exclusiva, una pieza muy particular de plata envejecida. Nunca he visto una igual, me puedo aventurar a decir que no es de la zona y que fue hecha por encargo... —menciona y se me queda mirándome, como esperando a que le relate algo de su origen. Como para darle datos sobre la pulsera estoy yo. Al ver que me quedo callada prosigue—. Mandaré a que la limpien también, parece que ha estado expuesta al salitre, no deberías llevarla a la playa y menos bañarte con ella en el mar —me comenta, mientras pienso, «si supiera...»—. Mañana te la tendré lista, puedes pasar a cualquier hora a por ella.

—¿No cierran por las fiestas?

—No, solemos cerrar solo el sábado, el día grande es el del Carmen nada más; aunque hay otros negocios que esta semana solo abren por la mañana, por si lo necesitas. No eres de aquí, ¿no?

—Es bueno saberlo, muchas gracias —me limito a contestar a punto de

marcharme, mientras ella continúa inspeccionando mi pulsera y algo llama su atención.

—Qué extraño.

—¿El qué? —pregunto retornando sobre mis pasos.

—¿Ves esta inscripción de aquí?

—Sí, es lo que suelen llevar las joyas para indicar sus quilates y el nombre del fabricante, por lo que tengo entendido, ¿qué tiene de extraño? —formulo.

—Quilates, si fuera oro. En plata se calcula por el grado de su pureza, te enseñaré una que tengo por aquí para que lo entiendas —me indica sacando una esclava del expositor—. ¿Ves? En el cierre, que es donde suele estar el contraste, tiene la inscripción «925 *Silver*» y el sello del fabricante. En cambio, la tuya tiene una numeración demasiado larga, hasta parece hecha con un punzón especial *a posteriori* y no por el fabricante.

—Casi es ilegible. No es una fecha de nacimiento, ¿verdad?, no sé qué puede ser, no lo recuerdo, la verdad...

—Yo tampoco sé qué puede ser, es la primera vez que veo algo así. Quizás si le preguntas a quien te la regaló... igual tiene un significado importante —menciona mientras se queda mirándome de nuevo de esa extraña forma.

«Si lo supiese, no te jode...», pienso para mí.

—Lo haré —miento para no alargar la conversación.

—Si lo averiguas, ¿te importaría contármelo? Si quieres, claro, es que es tan peculiar e insólito...

—Claro. Gracias por todo.

—A ti —dice y se queda mirándome de nuevo, comienza a ponerme nerviosa y, cuando estoy a punto de salir, me pregunta—. Eres esa chica que apareció en el mar, ¿verdad?

Me coge por sorpresa, pero no tengo más remedio que contestar la verdad. Al menos ahora entiendo su extraña forma de mirarme desde que he entrado en el establecimiento.

—Lo soy.

—Yo soy Mary Paz, Paz para los amigos, soy la hermana de Brais. —Me torno blanca como el papel, claro que Brais no me ha contado que su hermana trabaja en la joyería de la isla, la verdad es que no ha mencionado nunca nada sobre ella. Es guapa, morena, de mi altura y viste bien. Me quedo petrificada,

imposibilitada incluso para replicarle algo, entonces me recrimina—. ¿Sabes que mi hermano se ha ido de casa por tu culpa?

—¿Qué? Pues me acabo de enterar por ti, hace días que no hablo con él. Te puedo asegurar que yo no he tenido nada que ver, así que te agradecería, por favor, que no saques conclusiones sin tener todos los datos.

—Discutió con mi madre y el tema de la pelea eras tú, ¿por qué iba a creerte?

—Mira, eres libre de pensar lo que quieras, pero te digo la verdad. Si quieres me llevo la pulsera a otra joyería. No tenía ni idea de que eras su hermana ni de que trabajabas aquí, no quiero problemas. Y ya es difícil estar en mi situación, de no recordar nada, para que encima me juzguen sin conocerme y que me vayan poniendo etiquetas constantemente, no es justo para mí.

—¿Lo de la noche en el mirador te parece normal? Normal que te pongan etiquetas, querida —me dice en un tono que no me agrada nada.

—Mira, no estaba yo sola, como sabes, y tu hermano también tuvo bastante que ver, para que todo el mundo solo me responsabilice a mí de lo que pasó. Y, sí, la situación se nos fue de las manos, pero eres joven, deberías entenderlo mejor que nadie. Y también intentar ponerte en mi lugar; no recordar mi vida, no saber quién soy, sí, me dejé llevar esa noche y hasta me olvidé de dónde estaba. Pero, dentro de la incertidumbre crónica en la que vivo sometida, perdona si quise experimentar un poco de felicidad y olvidarme por un momento de mi gran conflicto existencial.

—Así que es verdad lo de tu amnesia...

—¿Crees que podría engañar a mi médico? ¿A todos los del hospital que me han tratado? Siento mucho no tener a dónde ir y tener que vivir aquí y que ello te desagrade a ti y a tu madre, hasta siento que mi existencia te moleste, pero al menos nunca he tratado de herir ni molestar a nadie.

—Vale, si has querido que me sintiese mezquina, lo has logrado.

—No, solo intento explicarme. Ojalá me dejaran hacerlo más a menudo, antes de juzgarme y no al revés.

—Hablas de mi madre.

—Pues, por ejemplo.

—Yo, es que..., me dejé llevar por su opinión, y no aparentas ser como ella dice, pero vivo con ella. Si la contradigo acabaré igual que mi hermano, teniendo que marcharme de casa, a diferencia de él, no tengo a dónde ir ni puedo

costearme un alquiler ahora mismo. Espero que lo entiendas tú también.

—Ahora le dirás quién soy, digo físicamente, para que pueda reconocirme por la calle.

—Creo que no, para no avivar más el fuego mejor será que no le mencione que te he visto siquiera.

—Pues te lo agradezco.

—Intentaré ser neutral a partir de ahora, te lo prometo. No voy a apoyarte a ti, pero a ella tampoco. Me mantendré al margen de lo tuyo con mi madre y mi hermano, yo tampoco quiero problemas, ¿lo entiendes?

—¿Lo mío con tu madre? Yo no tengo nada contra ella, no la conozco. Es ella la que la ha tomado conmigo, ahora mismo estaba vociferando en la plaza poniéndome de buscona para arriba. Por cierto, me voy antes de que aparezca, no vaya a ser que le dé por venir a verte.

—Lo siento, mejor vete, sí. Ven mañana a por la pulsera y mejor si es más tarde que hoy, para que no te la encuentres. Cuando suele pasar es a primera hora.

—Pues, gracias, hasta mañana, entonces —me despido y antes de salir del local echo un vistazo a toda la calle, asegurándome de que su madre no ande cerca, lo que me falta ya, vivir condicionada por si me la puedo cruzar.

Vuelvo a casa y por el camino voy preguntándome de qué se puede tratar la inscripción numérica, como si no tuviese ya bastante que descubrir sobre mí, sumo un nuevo enigma, en lo otro, en cómo he conocido a Paz prefiero no pensar.

Al llegar comienza una jornada más que intensiva, aparte de lo habitual, tengo que limpiar a fondo y acondicionar las habitaciones de invitados para los familiares de mis jefes en un tiempo récord, ya que vienen a pasar las fiestas. Y luego meterme de lleno en la cocina con Marisa aprendiendo a cocinar todo un desfile de los mejores mariscos que el mar arrousán nos brinda. Con tanto que hacer, hasta consigo evadir mi mente de la extraña inscripción numérica que posee mi pulsera.

Los invitados no tardan en llegar, se trata de los suegros de Marisa, su única hermana y sus dos sobrinos que vienen desde Madrid y se quedarán toda la semana. De cinco que somos en casa, pasamos a ser once en total, no dejo de pensar en la que me espera.

Después de las presentaciones de rigor e instalarse, a eso de las dos, nos

sentamos a la mesa. Yo no dejo de desfilas de la cocina al comedor y a la inversa. La comida se alarga y alarga, a las cuatro de la tarde aún estamos comiendo y me da apuro decirles que he quedado con Bea. Se supone que me pagan por atenderlos, así que no soy capaz de dejarlos colgados y hacerles la faena y ni se lo comento. A eso de las cinco, con las barriguitas bien llenas y con el café recién servido entre los invitados, me escabullo a la cocina al menos para llamar a Bea y avisarla.

—Bea, que no voy a poder ir, que aquí también hay comida familiar y esto se alarga.

—Pues vaya tela, oye, yo sé que se portan genial contigo, pero aparte de tus tardes libres, a ver si te dan un día entero a la semana, para que hagas lo que quieras, que ya les vale, ¿eh?

—¿Y para qué? Aún no he cobrado. ¿A dónde voy a ir si a todos a los que conozco siempre estáis trabajando? Y sin dinero... Marisa me lo ha mencionado, lo de fijar los días libres, pero he sido yo la que no ha querido.

—Pues no lo había pensado... que te den un adelanto, mujer.

—Olvídalo de momento, oye, dice Marisa si los acompaño luego a tomar algo con ellos y ver el ambiente de los Quintos por la calle, y no sé qué hacer...

—No le has dicho que has quedado conmigo, ¿verdad?

—Me daba cosa, en vez de eso esperé a que todo terminara, pensando que la reunión familiar no se alargaría tanto y ya ves... ¡no se ha movido nadie aún de la mesa!

—Es lo que hay en época de fiestas, las reuniones familiares son interminables. Bueno, ve con ellos, sé dónde suelen ir. Andarán por las terrazas del paseo del Cantiño, si eso ya salgo por allí y nos vemos. Yo te busco, tranquila.

—Vale, besos.

—Besos.

A eso de las seis y media comenzamos a recoger el comedor, Mila, la hija de Marisa, incluso me ayuda a limpiar la cocina, y menos mal, porque parece que, en vez de cocinar para once, lo hubiese hecho para todo un pelotón militar. Sin su ayuda, no hubiese podido terminar a tiempo para salir con ellos de casa.

Vamos todos en coche, menos Iván que se queda en casa a practicar con su infernal guitarra. Llegamos al puerto, aparcamos allí mismo, en el final del muelle del Xufre, donde están emplazadas unas colchonetas hinchables y un par

de atracciones más para los más pequeños de cada casa y a unos metros, por el paseo marítimo, se encuentran diseminados los *stands* y carpas donde no paran de despachar platos de marisco y más delicias del mar. Comenzamos a caminar por la acera buscando una mesa libre en los numerosos bares distribuidos a la orilla del paseo. Cuando al fin encontramos una mesa en las terrazas adecuada a nosotros, donde quepamos todos, nos sentamos. El local está tan abarrotado que llevamos un cuarto de hora sentados allí y no nos han tomado nota siquiera de lo que vamos a consumir. Mientras, yo disfruto del sol, de la brisa del mar, esperando a que Bea haga aparición, por supuesto, y contemplo el bullicio intentando reconocer a los homenajeados del día, entonces le pregunto a Marisa:

—¿Cómo sabes quiénes son los famosos Quintos de este año entre la gente?

—Fácil, van todos iguales con la misma camiseta y una cinta en el pelo. Además, suelen ir en grupo, como aquel de allí —me indica señalándome una buena cuadrilla de ellos.

—Cenarán, beberán, irán de verbena y seguirán de jolgorio hasta bien entrada la madrugada, hasta que el cuerpo aguante, se lo pasarán pipa —alude Alejandro.

—Pasarlo pipa, nunca entenderé esa expresión... —murmuro.

—¿Y de gallego aún no has aprendido nada? —me pregunta Mila.

—Cuatro *palabriñas*^[26] sueltas.

—Ay, *palabriñas*, ¡mírala! —alude burlándose de mí y riéndose como una cosaca.

—Vete al *carallo* —le espeto aguantándome la risa.

—¡Anda! Aprendes más rápido de lo que pensaba.

—Todo se pega —replico.

Y todos nos echamos a reír, hasta que Marisa menciona:

—Mira, tu suegra ahí enfrente.

—Ay, no, lo que me faltaba. Mira que hay gente y justo tengo que verla a ella y de suegra nada, ni exsuegra siquiera, ni proyecto de suegra llegó a ser, os recuerdo. —Según termino la frase, la cándida de la madre de Brais fija su mirada en nuestra mesa.

—Ay, vámonos a otro sitio —pido a mis acompañantes al verla—, total... aún no nos han tomado nota. Vámonos antes de que venga la camarera.

—¿Por ella? No te dejes influir y disfruta.

—¿Disfrutar? Me odia y yo no sé ni su nombre siquiera, ¡no la conozco ni ella a mí!

—Se llama Piedad —me indica Marisa.

—¿Queeeeé? ¡Pues no le pega nada, pero nada su nombre! ¡Y la hija, Paz! Si es que vaya tela con los nombrecitos... —Y exploto en carcajadas, pero la risa se esfuma de mi rostro en cuanto Mila abre la boca.

—Uy... parece que viene hacia aquí, hacia nuestra mesa —menciona.

—Ay, no, yo me voy al baño —anuncio palideciendo más que el culo de un vampiro, mientras me incorporo de la silla.

—Tú no te mueves de aquí —me exige Marisa agarrándome el brazo e impidiendo que me levante obligándome a sentarme de nuevo—. Nos vendrá a saludar y se irá, mujer. Aquí nos conocemos todos y son fiestas, es algo normal, tranquila. No se atreverá a decirte nada con tanta gente alrededor y menos estando presentes nosotros.

Así como ha terminado la frase Marisa, tengo a la mismísima doña Urraca enfrente de mí.

—Buenas tardes, Marisa y compañía. Me alegro de que hayas adquirido las costumbres isleñas y reúnas a la familia un año más por las fiestas y que lo estéis disfrutando —menciona la «demonia» fingiendo ser un ángel con un tono tan dócil como sobreactuado.

—Gracias, Piedad, ten por seguro que lo estamos disfrutando, lo mismo digo, ¿la familia bien?

—Sí, todo bien. Bueno...

—¿Bueno? ¿Qué ocurre?

—Que tu buen corazón... me da mucha pena que se aprovechen de tu nobleza y caridad.

—¿Qué caridad? ¿De qué me estás hablando Piedad?

—De esta —dice señalándome a mí sin remordimiento alguno y su tono dócil torna a lo más parecido al graznido de un cuervo—, por fin le pongo cara. La sin papeles que metiste de okupa en tu casa. De tanto marroquí, moro y sudaca al que le damos tantas facilidades en el pueblo acabaremos perdiendo nuestra propia esencia e identidad, como sigamos así nos superarán en número en menos de nada.

La cara de indignación de Marisa es desmedida, yo simplemente bajo la

cabeza, me hace sentir una mierda, y Alejandro se levanta inmediatamente.

—No le voy a consentir que le falte al respeto a nadie de esta mesa —se dirige a ella de forma tajante—, con lo diplomático que soy nunca pensé que nadie conseguiría sacarme de mis casillas como usted lo ha hecho ahora. No sabía que usted fuese una racista tan extremada —le arrea mirándola de arriba abajo con desprecio—, pensé que solo era una anciana amargada, pero ya veo lo equivocado que estaba y, antes de perder más los papeles, le ruego que abandone nuestra mesa de inmediato. Me pensaré si saludarla siquiera a partir de ahora si la veo por la calle...

—¿Que me vas a negar el saludo? Pero ¿a vosotros también os ha camelado? A mi Brais lo embrujó también, ¡vaya si lo ha embrujado! Se ha ido de casa, incluso. Esta mora, musulmana o lo que sea... ¡ha destrozado mi familia!

—Señora, por favor... No tengo nada que ver con su hijo ya —le digo sin levantar la cabeza esperando que con ello se vaya.

—Tú ni repliques. Claro, después de que se enterara todo el pueblo de que echaste un polvo con él detrás del mirador del Santo. Espero que hayas tomado medidas y no te quedes en estado para cazarlo, no quiero un bastardo mestizo en mi familia, ¡no voy a tolerarlo!

—¡Cómo se atreve! ¡Váyase! ¡Váyase inmediatamente! —le grita Marisa mientras nadie deja de mirarnos.

Y así hace, con una increíble cara de indignación, pero se va, y suspiro aliviada al ver que se larga sin replicar de nuevo.

—¿Ahora podemos irnos? —les pido recalcando la mirada en la gente que nos come con la vista después de que todos la hayan escuchado y de lo incómoda que estoy por ello. Hasta que una señora de la mesa de al lado se dirige a mí:

—Que no te amargue la fiesta, bonita. Tú ni caso, no le des el gusto.

—Eso, que no te amargue la fiesta —dicen de otra mesa de inmediato.

Y sumamos cuando aparece la camarera.

—A Piedad le encanta llamar la atención, ni caso. Si no da la nota, no es feliz y, si echaste un polvo y ambos lo disfrutasteis, es lo que cuenta, que sois jóvenes, ¿qué coño vais a hacer si no disfrutar de vuestra juventud? Anda, mujer, anda, que se ha ido bien escamada. Era hora de que alguien le parara los pies. Y, ahora, ¿qué vais a tomar? A la primera invita la casa, os lo habéis ganado.

A la gente le falta aplaudirla tan solo. Me siento arropada y respaldada. Ni

me creo siquiera lo que está pasando.

—¿Ves? La gente de aquí es buena, no como Piedad, no temas —intenta confortarme Marisa, luego se dirige a la camarera—. Carmiña, ve trayendo una botella de albariño de momento, para pasar el mal trago. Una copa de Rioja, que mi suegro solo bebe eso, y unos refrescos de naranja para los niños, ¿Mila, tú?

—Yo me apunto al «alba» también.

La chica después de tomar nota me guiña un ojo y me da un golpecito en el hombro.

—Anímate —me dice y desaparece dentro del bar.

Al rato trae las bebidas y sin más incidentes conversamos frente al paseo marítimo, aunque tardo en deshacerme del bochorno que siento. Contemplamos el constante deambular de gente por las carpas y cómo nuestra camarera no deja de traernos tapas, ¿tapas? Eso llama verdaderamente mi atención, con cada bebida traen un pincho y lo mismo si repites bebida. Yo, después de la comilona familiar, con mirarlos ya me empacho sola. Si los gallegos tienen fama de exagerados con la comida, tengo que aclarar que no es fama solo, es algo indiscutible. Aparte de estar todo delicioso, nadie que visite esta tierra podrá irse de allí diciendo que pasó hambre, sería la mayor calumnia, puedo dar fe de ello.

Me he bebido tres copas de albariño fresquito, aunque baja solo, no deseo tomar más porque desconozco cuánto alcohol tolera mi cuerpo, ni cómo puedo comportarme si me paso, ni dónde puede estar mi límite al no recordar nada de mi pasado, así que decido ser prudente. Entonces aparece Bea con una camiseta de Quinta y hasta una cinta en el pelo y, antes de que nos salude, me levanto diciéndole:

—¿A quién quieres engañar? Nadie se creerá que tienes dieciocho años, loca ¿Para qué vas vestida como ellos? —Y le doy dos enormes besos de bienvenida.

—¿Cómo que no? Cumplidos los tengo, ¿verdad, Marisa?

—Sí, hace como unos doce más. —Y se echa a reír.

—¡Que no, boba!, que le compré la camiseta y la cinta a mi hermana para ayudar. Ya le puedes comprar una pulsera, al menos, ¿cómo crees que se financian parte de su fiesta?

—No tengo un euro... si incluso me has prestado dinero tú para pagar el arreglo del cierre de la mía...

—Pues te la compro yo y me la pagas cuando cobres.

—Pero tendrás morro...

—Y, bueno, ¿cuánto lleváis apalancados aquí?

—Yo como tres albariños —le respondo a Bea riendo.

—¡No puede ser! Vamos hasta el Regueiro, venga, arriba.

—Nosotros quizás más tarde —replica Marisa—, vete tú con Bea, id a divertirlos.

—Pero he venido con vosotros...

—Tonterías, tú necesitas a alguien de tu edad, divertirte y no estar meramente de terrazas. Tienes tu copia de la llave, vuelve a la hora que quieras, solo te pido que seas silenciosa al entrar en casa y vuelvas tú sola, es la única condición que te pongo.

—Muy graciosa, Marisa, pues, si ligo con uno de esos fornidos marineros que vi descargando mejillón en el muelle esta mañana, te lo meto en casa esta noche, que lo sepas —bromeo.

—Bueno, así al menos si metes un ligue en casa no se enteraría toda la isla como con lo tuyo con Brais en el monte..., sería más discreto —suelta Mila.

—Ya lo sabíais antes de que me lo echara en cara Piedad, ¿verdad? —formulo antes de ponerme de color escarlata. Qué vergüenza, qué pregunta tan estúpida hago. Está claro que sí están al corriente desde antes.

—Aquí las noticias vuelan, nena, vete acostumbrando.

—¿Habrá alguien que no lo sepa?

—Yo creo que ni los componentes de la orquesta que tocan esta noche y eso que no son de aquí. —Se carcajea Mila.

—Qué graciosa —ironizo yo.

—Hablando de orquesta, ¿nos vamos ya al Regueiro? ¿Y qué es eso de que te lo echó en cara Piedad? —insiste Bea.

—Venga, vamos —claudico al fin—, ya te contaré por el camino.

Y nos vamos andando hasta la plaza del Regueiro, donde está emplazado el escenario y las atracciones para la verbena nocturna. Y, mientras lo hacemos, Bea me pone sobre aviso:

—¿Mentalizada de que te puedes topar con Brais en cualquier momento? Ya me han soplado que está en la isla.

—Sí, supongo, solo cabe esperar a ver si se digna a saludarme siquiera por la calle, pero ¿sabes qué? Me lo estoy pasando bien y no voy dejar que nadie me

lo empañe, y si quiso alejarme de él... eso tendrá. Bastante bochorno me ha hecho pasar ya hoy su madre.

—¿Estás segura?

—Y tan segura, además, no quiero a Cruella de Vil como suegra.

—¿Acaso la has visto?

—¿Si la he visto? Vino a nuestra mesa, me acusó de querer cazar a su hijo. Hasta insinuó, bueno... insinuar, no, más bien afirmó que buscaba quedarme embarazada para cazar a Brais y que no iba a consentir tener un mestizo en la familia.

—¡Qué bruja, por Dios!

—Alejandro la echó inmediatamente, también me ha recriminado que Brais se ha ido de su casa, ¿tú sabes algo? Hasta su hermana Paz lo mencionó cuando fui a la joyería a arreglar mi pulsera. Por cierto, ya que a Brais se le olvidó comentarme en su momento que su hermana trabajaba en la joyería y para colmo no se lo puedo recriminar ahora, me podías haber avisado tú, ¿no?

—Pues no caí, de todas maneras, no te conoce...

—Pues me conoció, chica, y no veas qué momento.

—¿Qué me dices? ¿No se habrá metido contigo?

—Me preguntó si yo era la mujer que apareció en la playa y no tuve más remedio que decirle que sí. Dudaba de mi amnesia y me culpó sobre que su hermano se fuera de casa, incluso.

—Vaya tela, ¿y qué hiciste?

—Pues le expliqué muchas cosas, aunque al principio pensé que no lo merecía. Me culpó porque su hermano se fuese de casa, pero luego hasta se disculpó.

—Sí, tía, la bronca con su madre ha tenido que ser monumental y mira que las han tenido, pero como esta...

—¿Por?

—Porque ha vuelto a la casa donde vivía con su mujer, recuerdo oír decir a Brais más de una vez que jamás volvería a esa casa por el dolor que le causa verla vacía... Esa que había cerrado a cal y canto cuando ella desapareció. Cuando me lo chismorrearón no me lo creí. Hasta que hoy, cuando venía hacia aquí atajando por la iglesia, vi su coche aparcado fuera y con las ventanas abiertas, así que, sí, hay alguien viviendo allí y su coche... no deja lugar a dudas.

—Puede que tenga parte de culpa, pero no puedo hacer nada más que apartarme como me pidió. Tranquila, no me voy a amargar y menos en fiestas, quiero ser parte de esto y no te pienso arruinar la noche.

—Me parece estupendo y oye, de ayer..., ¿se supo algo más aparte de la pulsera?, ¿no te ha llamado la policía? ¿Por si han encontrado alguna pista más o algo?

—Nada, al menos sé que siguen implicándose, buscando, ayudándome y eso... me alienta.

—No estaría mal que apareciese tu pasaporte y toda tu documentación en una bolsa impermeable en la orilla.

—Ya te digo, y con un cartel luminoso, ¿verdad?

—Sería perfecto.

Nos reímos y continuamos caminando, pero a mi mente regresa lo de la extraña inscripción que me ha comentado Paz en la joyería.

—Tiene una inscripción numérica extraña que no es del fabricante ni indica el grado de pureza de su plata, ya que tendría que ser de tres dígitos y esta lleva siete. Eso me ha dicho Paz, que no sabe por qué está ahí ni qué significa, es raro, ¿verdad?

—Todo es raro en ti, Hana, desde tu llegada, pero estoy segura de que todo se arreglará, ten fe. Y ahora no te mortifiques más y a disfrutar de la fiesta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Al llegar a la plaza, subimos en un par de atracciones, y Bea me va presentando a muchas de sus amistades y vecinos durante la noche. El toro mecánico me ha dejado la rabadilla como si me hubiese caído de culo seis veces, confieso, las que me caigo realmente, y el dolor persiste durante toda la noche como si mi trasero hubiese aterrizado sobre unas rugosas piedras y muy puntiagudas, o sea, muy hirientes, ahí entra la jerga de enfermería de Bea que está a punto de producirme migraña. ¡Con lo bien que me lo estoy pasando en la verbena aún con el dolor! Que podía ser traumatismo directo del cóccix, qué fino para decir caída de culo y qué plasta con lo de tomar antiinflamatorios antes de que fuese a peor, que esas cosas se podían convertir en crónicas y más bla, bla, bla. Sin embargo, meditándolo luego un rato, ¿dolor de culo de por vida? Reflexionando juiciosamente... me hago una nota mental: «tomarme los antiinflamatorios esos en cuanto llegue a casa».

A Brais no lo veo en toda la noche, ni rastro de él.

La noche de los Quintos me ha dejado *chof*, lo compruebo nada más levantarme al día siguiente y eso que acaba de comenzar una semana maratoniana repleta de eventos, con la casa llena de gente, para colmo. «No me queda nada aún...», pienso.

No me despierta mi despertador, no, lo hace el sonido de unas gaitas que proviene de la calle y salgo a ver, curiosa, tanto como Marisa, Alejandro y el resto de la familia, menos Iván que continúa recluido en su habitación; a saber a qué hora habrá llegado y no se digna a asomarse por la ventana siquiera.

Se trata de un pasacalle y le siguen unas *pandereteiras*^[27], continuado por una especie de charanga, una banda de música de un municipio cercano, quedando con ello inaugurada la festividad del día en honor a San Ramón. En cuanto desaparecen carretera arriba, me ducho y me pongo a hacer las tareas. Gracias a que la familia entera ha cenado fuera y en la cocina no hay mucho que hacer más que los desayunos según se van levantando todos y posteriormente sus respectivas habitaciones.

Marisa se va a escuchar misa a eso del mediodía en honor al santo, y yo aprovecho para ir a por mi pulsera a la joyería. El día de hoy se festeja con la procesión después de misa, que culmina subiendo al campo de A Bouza al norte, donde se celebra como cada año una comida campestre muy familiar. Alejandro se pasa la mañana a viajes llevando cosas hasta ese lugar. Ese día me libro de la cocina, comeremos en el campo barbacoa de carnes y pescados, empanada, tortilla y demás picoteo en compañía de otras familias isleñas, cada uno con su parrilla y su parcela acotada por cintas atadas en los pinos, y que por tradición se celebra ese día en el monte, justo en frente de mi playa, la llamada Area Secada. Al llegar y contemplar el lugar, calculo mentalmente unas doscientas personas allí, donde las familias se mezclan incluso y se invitan unas a otras. Hasta nosotros nos aunamos a la familia de Bea, donde no faltan las anécdotas, los remojones en la playa, los brindis, la música y algún que otro cantante espontáneo. Menos mal que la mesa de la vieja agria está lejos de la nuestra, así la ha bautizado Mila después de su deleznable actuación. Sí, Brais está con su familia, con su inseparable perro Larpeiro y no estoy segura de si ha reparado en mí, pero Beatriz está convencida de que jamás se acercaría a saludar siquiera estando su madre presente. Y así sucede finalmente.

El viernes es el día dedicado a San Roque, música toda la jornada y los protagonistas son los niños, pues hay más entretenimiento para ellos que para los adultos. Con bailes regionales y la verbena, la cual se repite por la noche para

rematar el día hasta la madrugada, como toda la semana. Ese día, desgraciadamente, no me libro de la cocina, atender a once personas no es fácil y, entre el trabajo y Bea arrastrándome al punto neurálgico de los festejos cada noche, no me queda apenas tiempo para comerme la cabeza con Brais, que es lo único que agradezco.

Pero una llamada me sorprende de veras, no solo porque sean las diez y media de la noche, lo cual ya me extraña porque nunca me había telefoneado tan tarde, sino también por quién es... él.

—Hola —me limito a decir al descolgar, a saber con qué propósito me llama, y quiero ser más que cauta.

—¿Cómo te va? Siento haber sido tan duro y directo con el mensaje del jueves, pero es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? Bueno, da igual. Y que sepas que tu madre sabe lo del sábado, ella y media isla hasta la fecha. Nos vieron. Te lo digo para que no te coja por sorpresa.

—Lo sé, es una de las razones por lo que es mejor dejarlo. Ahora mi madre no te puede ver, ni nunca lo hará después de esto. No te dejará vivir en paz si seguimos adelante con el tema, ¿lo entiendes? Lo hago por ti, no quiero que sufras.

—Ya, en realidad decides por mí y eso odio que lo hagan, creo que deberíamos hablarlo en persona, para decirte al menos qué pienso de todo esto.

—Pues..., no te lo tomes a mal, pero estoy muy cansado, con la llegada de la temporada alta he cogido un atasco en el puente... Ya sabes que es la única vía de entrada a la isla y el embotellamiento que se formó entre los que abandonan la playa y los que vienen a pasar las fiestas... Uf, creí que tendría que dormir en el coche. Estoy cansado, Mar.

—¿Quizás mañana?

—Ya veremos, ¿vale?

—Vale —digo y cuelgo, y así como lo hago me arrepiento de haberle sugerido siquiera verlo en persona, ¿para qué?, ¿para perder la poca dignidad que me queda?

«Ya veremos...», vaya respuesta. Comienzo a sospechar que su madre ya ha tomado más que cartas en el asunto. Pero no me quiero amargar y terminar siendo como esa mujer, no, solo pensar en ella y en llegar a parecerme a ella... se disipa mi impotencia y la rabia que siento casi de un plumazo.

Me han hablado tanto de la fiesta del Carmen que deseo que llegue «el día grande», como dicen aquí, y comprobar si es tal y como me han relatado. Hasta Ángel se ha cogido el día libre para celebrarlo en familia y no ha venido a trabajar, y se nota, el jardín está lleno de hojas, hasta en la piscina las hay que se han colado desde fuera de la finca.

Ese día otro pasacalle es mi particular despertador, otra vez para mí y para toda la familia. Cuando termino mis tareas, me ducho y me visto con una blusa blanca de hombros descubiertos con un volante que rodea todo el contorno de mi pecho y espalda, un pantalón pitillo blanco también, un *look* muy ibicenco como dice Mila, que no está muy convencida de mi elección.

Después de los actos religiosos, nos unimos a la procesión por tierra de la patrona del mar, la cual me deja boquiabierta. Sobre todo, al llegar al muelle cuando los porteadores vestidos de marineros la mecen haciéndola bailar y los barcos engalanados para tan especial día responden con el sonido de sus sirenas. Me llega a poner los vellos de punta, es tan palpable y hasta contagiosa la devoción por la virgen marinera en este lugar que estoy deseando experimentar el viaje por mar. Desde muelle del Xufre, la embarcan en el altar dispuesto en el barco elegido para su procesión marítima, para dar la vuelta a la isla, desembarcando en el otro muelle de O campo, en el centro. Aquello se abarrota de turistas e isleños, y los vecinos de manera gratuita dejan subir a turistas y a visitantes en sus barcos engalanados para que puedan disfrutar de la procesión por el mar. En el barco que nos subimos hay empanada y de todo, cómo no, ¡es Galicia! ¡Qué nadie diga que ha pasado hambre, eh! Y la realización de la ofrenda floral en las inmediaciones del trayecto consigue emocionarme también, flores arrojadas al agua en homenaje a todos los marineros caídos. No puedo evitar acordarme del padre de Brais, de su mujer y, por supuesto, de él. Ahí mi corazón flaquea recordando la noche en el monte, me quiero morir imaginando que jamás se repetirá, pero me obligo a sonreír e intento no pensar en ello, aunque me cueste la vida. Me esfuerzo por impregnarme de la alegría, del alboroto de mi alrededor y evitar darle vueltas al asunto, aunque no es nada fácil.

El punto final de la procesión es el puerto de O Campo, donde los porteadores bajan a la Virgen del Carmen del barco para ofrecerle una traca de fuegos y cantarle *La Salve Marinera* antes de llevarla de nuevo a la iglesia. Todo el mundo con sus móviles en alto lo graba, algo que se hará viral, como cada año, según me cuenta Bea.

Me encuentro con los Marsans al completo, con Bea y parte de su familia también, tras bajarnos del barco; todos revueltos en medio de la multitud

escuchando cómo los portadores le siguen dedicando *La Salve Marinera* a la Virgen.

—No mires, pero a tus tres en punto está la vieja agria con Brais, su amigo Xabi y unos familiares más —me cuchichea Bea—. Habrá venido a recogerlos para ir a comer, ya que Brais jamás se subiría en un barco, ya sabes, por sus manías con la costa y eso...

—Me imagino que algo así será, no creo que su madre quiera importunarme de nuevo ni que Brais venga a saludarme con ella presente, como no ocurrió el día de San Ramón.

—Después de que Alejandro la pusiera en su sitio el día de los Quintos, no creo que se atreva —me asegura Bea e inevitablemente dirijo mi mirada allí donde se encuentran.

Brais me mira también, lleva una camisa color oliva que acentúa más si cabe sus increíbles ojos verdes y un pantalón blanco de corte recto, ajustado, pero sin ser de estilo pitillo y le sienta fenomenal. Nunca lo he visto vestido tan formal y, cuando estoy a punto de babear, me percató de que me está mirando y lo esquivo concentrándome de nuevo en la Virgen y en cómo entonan para ella *La Salve*.

—Aunque Brais se haya ido de casa y ahora casi ni se hablen, Rosalía le pidió que hiciera una excepción hoy y que comiesen en familia como tenían planeado, mira el rato que llevan ahí y ni han cruzado palabra. Brais se limita a charlar con su hermana Paz y con su hija —menciona Bea.

—Me imagino que para no hacer el feo delante de la familia un día como hoy, no debe estar en su mejor momento Brais, hasta me da pena.

—¡Qué pena ni qué pena!, tú no tienes la culpa de que él tenga la madre que tiene.

—Bueno, no lo puedo evitar —digo y sigo escuchando *La Salve*.

Cuando termina, la gente se va dispersando y entre el gentío me topo, para mi sorpresa, con un rostro que por nada del mundo imagino encontrarme allí.

—Bea, Bea, aquel trajeado es Osman, el turco del que te hablé, ¿qué estará haciendo aquí, en la isla? ¿No me estará siguiendo? —Le hago saber de inmediato a mi amiga.

—No te pongas paranoica, anda, vendría a ver la procesión como cientos de personas más. Mira, ¿y por qué no te acercas y le preguntas? Aprovecha y sales de dudas.

—Pues voy a hacerlo porque me mata la curiosidad, pero solo si tú me

acompañas.

—Claro, boba, no vaya a ser que te coma —dice burlándose—. Por cierto, en el Salnés no conseguí nada sobre él, claro que sin un apellido ni datos sobre ese familiar suyo que estaba ingresado...

—Da igual, si necesito saber algo se lo preguntaré a él directamente.

Nos disculpamos con Alejandro y familia y nos aproximamos a saludar a Osman, que continúa observando el muelle y cómo la procesión se va recogiendo.

—¿Osman? ¿Qué haces tú aquí?

—Vaya, sabía que vivías aquí, pero no tenía ni la más mínima esperanza de tropezarme contigo con tanta gente, la verdad.

—Pero ¿cómo sabías que vivía aquí?

—Pues por tu autobús y su destino, ¿recuerdas? Cuando nos despedimos el lunes y te acompañé a tu parada.

—Es verdad, ¡qué tonta!, disculpa ¿y a qué has venido entonces?

—Pues me hablaron de la fiesta y no pude resistirme, sobre todo por la parte gastronómica, marisco a precios populares..., ¿quién puede resistirse?

—Ah, que has venido por la fiesta...

—Ejem, ejem... —rezonga Bea.

—Ah, perdona, esta es Beatriz. Trabaja en el Salnés de enfermera, igual te suena de vista, él es Osman —los presento.

—Encantado, Bea. La verdad es que solo he estado dos veces, no te he visto por allí, lo siento. Lo hubiera recordado porque nunca olvido a una mujer hermosa y veo que la belleza llama a la belleza —dice fijando su mirada en mí —, estás preciosa.

—Bueno, para un día tan importante me acicalé un poco, pero no es para tanto.

—Modesta, además de hermosa, muy buenas cualidades en una mujer. Bueno, he quedado para comer con unos conocidos y debo irme antes de que los pierda de vista entre la multitud, no quiero quedarme atrás —nos dice y luego alarga su mano ofreciéndomela—. Me ha encantado verte de nuevo, Mar.

—A mí también me ha gustado verte —respondo estrechándole la mano y no quiero corregirlo con lo de mi nombre para luego tener que explicarle mi nuevo hallazgo, mucho menos cuando ya se marcha o eso pienso; hasta que de

repente retorna sobre sus pasos.

—Por cierto, ¿sabéis de un buen sitio para ver bien la traca de fuegos artificiales esta noche? ¿Alguno que me podáis recomendar? Ya que vives aquí...

Cuando estoy a punto de replicar, Bea se me adelanta:

—Ah, ¿te quedas hasta esta noche? Pues nosotras iremos al mirador, aunque saldremos de la verbena pronto para coger un buen sitio, en estas fechas la población se triplica así que... si quieres puedes acompañarnos...

—¿En serio? Sería estupendo, pues, Mar, si conservas mi tarjeta, me llamas y nos organizamos entonces.

—Tu tarjeta... ah, sí, la conservo. Pues te aviso a eso de las... —titubeo mirando a Bea para que me eche un cable.

—A eso de las nueve te llamamos y ya vemos cómo quedamos. Los fuegos son sobre medianoche, ¿vale? Ahora nos vamos, nos están esperando también para ir a comer y mis padres odian la impuntualidad —le indica Bea saliendo en mi ayuda.

—Nos vemos esta noche entonces, espero que esta vez sí me llames...

—Lo haré...

Y nos despedimos.

—Está como un tren. Tienes razón, parece un jeque y con ese traje que le queda...

—Vale, para. Deja de babear, no es para tanto.

—Si tú lo dices..., claro, como tú solo babeas por uno que yo me sé... —deja caer sin dejar de mirar a Osman mientras se aleja—. Por cierto, Brais no te ha quitado ojo mientras hablábamos con nuestro nuevo amigo, que lo sepas.

Entonces echo la vista hacia donde está y, sí, continúa escrutándome, como si tuviese algo que reprocharme con la mirada.

—Me mira como si le hubiese hecho algo, ¿lo ves? Cuando ha sido él el que puso fin, no tiene derecho a mirarme así. Como lo siga haciendo la gente pensará que soy mala persona, ya le vale.

—Es su problema, estará celoso. Te ha visto hablar con Osman y vete a saber..., porque al jeque no le hace ni sombra y se habrá dado cuenta.

—Exagerada, no es para tanto.

—Que no, dice... Anda, vamos a ver si encontramos a mi madre y a los tuyos, nos estarán buscando para ir a comer y nos van a echar una bronca.

Le hago caso a Bea, pero no sin antes echarle una mirada a Brais imitando a la suya sin cortarme un pelo, y ambas familias nos separamos. Bea a casa de su madre y los Marsans y yo a un restaurante cercano.

Comemos en la Meca, un restaurante que da a dos calles, una entrada se orienta a la avenida Castelao que a pocos metros llega al centro y por la otra puerta al mismísimo paseo marítimo donde se emplazan las carpas y los chiringos varios.

El día del Carmen no había casa en la isla en la que no se celebrase alrededor de una mesa degustando los mejores productos de la ría reunidos en familia, nada que envidiar a las mejores Navidades; aunque cada año más familias se animan a hacerlo en un restaurante, como los Marsans este año.

Dilapidamos el excelente menú en un tiempo récord de lo bueno que está todo en la maravillosa terraza acristalada que da al mismísimo paseo marítimo y la verdad es que antes de llegar a los postres yo ya necesito urgentemente desabrocharme el pantalón sin que nadie me vea, estoy a punto de explotar.

Para mi alivio, al terminar Alejandro decide que lo mejor es ir a casa, pues necesita echarse una siesta para poder aguantar la noche hasta bien entrada la madrugada, no perderse los fuegos y así despedir las fiestas como se debe según dice él; pero sospecho que la descomunal ingesta de comida le ha dado un sueño de muerte. Yo aplaudo su decisión en mi interior porque deseo llegar a casa para desabrocharme el pantalón y comprobar que no me ha crecido un estómago extra.

Al llegar a casa, Marisa y Alejandro se echan la siesta, mientras los demás gozan del sol y la piscina en el jardín, y Mila me requiere a su habitación.

—¿Y bien? ¿Qué piensas ponerte esta noche? ¿Con qué piensas despedir las fiestas y el día grande? —me pregunta en cuanto llego.

—Pues con lo que llevo puesto ahora, ¿para eso me llamabas? —formulo encogiéndome de hombros.

—Espero que estés bromeando, necesitas un buen vestido de noche. Vamos a buscar algo en mi ropero, casi llevamos la misma talla, algo te valdrá.

—Mila, de verdad, estoy agotada de tantos días de fiesta. Para dar una vuelta, ver los fuegos y volver, no lo veo necesario.

—¿El último día y crees que Bea te dejará volver en cuanto terminen los

fuegos? Vas lista —se burla riendo mientras rebusca entre sus perchas—. Este te iría perfecto —dice entregándome un vestido azul turquesa.

Le echo un vistazo por encima, tiene la espalda totalmente descubierta y en mi opinión ostenta poca tela para calificarlo como vestido.

—Es muy corto, ni hablar.

—Lo parece, pero una vez puesto te quedará por encima de la rodilla, engaña a simple vista. Pruébatelo, ¿qué tienes que perder?

—Está bien, no tengo mucho que hacer hasta que tus padres se levanten, así que...

Es efecto tubo, pero sin ajustarse demasiado, la espalda es abierta, como sospechaba, de donde cuelga una cadenita en forma de «V» que cruza toda la espalda; la parte delantera de escote cruzado en forma de «V» también, pero menos pronunciado. Tengo que darle la razón finalmente a Mila, me queda por la rodilla. Me miro al espejo y no me reconozco.

—Madre mía, no parezco yo, ¡qué elegante!, ¡si parezco una estrella de cine! Pero yo no salgo con esto puesto ni harta de vino.

—Yo casi que no me probaba ninguno más, pero si quieres..., este te queda mejor que a mí, estás fantástica.

—No puedo llevar esto, Mila, agradezco tu ayuda, pero yendo con esto la gente me miraría durante toda la noche.

—Serás el centro de las miradas, eso seguro, ¿y qué? Que Brais vea lo que se pierde. Yo me lo pondría, aunque fuese por chingar. Además, hace juego con tu pulsera y sus estrellas azules. Hoy es el día grande y hay que despedir las fiestas como se merece.

—No sé..., es demasiado.

—No digas tonterías, creo que tengo unas sandalias del año pasado que te quedarían de lujo con ese vestido, espera que busque.

Al rato Mila me entrega unas sandalias plateadas con una filigrana simulando ser hiedra subiendo hasta mis tobillos, de tacón fino y a juego con la cadenita que cuelga por la espalda del vestido. Me siento como la cenicienta al ponérmelas y como si Mila fuese mi hada madrina.

—Falta el pelo, te lo voy ondular con la plancha.

—Mila, ¿arreglarme más? Creo que con esta ropa es más que suficiente.

—¿Confías en mí o no? ¡Si no te gusta siempre te lo puedes volver a alisar!

—Está bien, está bien —cedo al fin al verla tan ilusionada.

Me dejo hacer, y cuando termina me pide que me mire en el espejo, viendo mi reflejo ni me reconozco apenas.

—Estás asombrosa.

—Con uno de tus caros vestidos, cómo no... Lo que hace el dinero y una buena estilista como eres...

—Gracias, sí, mi madre me consiente todo y la calidad es la calidad, lo digo por tu percha que hay que tenerla, maja, no por lo que cuesta el vestido.

—No voy tener valor para salir así de casa, Mila —le confieso.

—¿Que no? Claro que sí, aunque sea a empujones yo te saco.

Y casi es así, a las nueve me dirijo a la plaza del Regueiro, donde he quedado con Bea para cenar, ¡ja!, cenar, ¿volver a comer? No, yo no pienso probar bocado en los dos próximos días al menos, considero que ya he comido más que un oso a punto de hibernar.

Quedamos en el Triskel, una cafetería muy coqueta en pleno pulmón de la plaza del Regueiro y al llegar me percató de que está completamente abarrotada. Gracias a Dios encuentro a Bea entre el gentío cuando estoy a punto de darme la vuelta, en cuanto me ve manifiesta:

—Madre mía, si me he tenido que fijar bien que eras tú... ¡casi no te reconozco!

—Mila insistió en disfrazarme —le indico poniendo los ojos en blanco.

—¿Disfrazarte? ¡Si pareces salida de la tele!, a más de uno le va a dar un infarto hoy, estoy segura —me asegura guiñándome un ojo, reparo de inmediato por dónde van los tiros.

—Calla, que bastante bochorno tengo ya.

—Eso con dos cubatas se te quita, ya verás.

—Ni lo sueñes, una me engatusa para que me vista así y la otra para que acabe «borracha perdida», ni hablar, ¡sois unas malas influencias!

Bea se limita a reír y a sacarme la lengua.

Tenemos que esperar un rato bueno a que haya una mesa libre, pero, cuando al fin nos sentamos, a la hora de pedir Bea insiste de nuevo:

—¿Un cubata?

—¡Que no!, prefiero un refresco, ya he bebido mucho vino hoy.

—¿Y qué? Con lo que has comido, ¡ya no te hará nada! Hace horas de eso, no pongas excusas.

—Pues... para no mezclar pediré otro albariño.

—Joder, ¡pareces una señorona con tanta copa de vino blanco!, anda, tómate un ron cola como yo.

—Está bien, pero no quiero beber demasiado porque no sé dónde tengo mi límite, ¿vale? Ni sé cómo puedo llegar a comportarme si se da el caso de que me emborrache, no tengo referencias sobre ello, ¿recuerdas mi amnesia?

—Así que es por eso... —me dice mirándome cruzada de brazos, luego se echa a reír—, ¿y qué? Son fiestas, si haces el ridículo lo harás como uno más hoy, de madrugada a ver quién estará sobrio, no te digo. Además, yo cuidaré de ti, no dejaré que hagas tonterías ni te vayas con ningún maromo del que luego te puedas arrepentir. Soy tu amiga, ¿vale? Dormirás del tirón después, ya verás, tanto... que ni tendrás una de tus habituales pesadillas siquiera.

—Está bien, dos ron-colas entonces.

Bea pide las bebidas y un bocata de jamón asado que, ante mi atónita mirada, devora en apenas escasos minutos.

—¿Cómo te puedes comer ese pedazo bocata después de la comilona familiar?

—Para aguantar toda la noche, unos se meten coca y cosas chungas para la salud, además de ilegales..., mientras mi iniciativa es más sana —me asesta encogiéndose de hombros.

—Vaya comparación.

—Bien, chorradas aparte, centrémonos en cosas importantes, Iñigo estará al caer, llama a Osman y pregúntale por dónde anda, si eso quedamos ahora o a las once y media para subir al mirador luego, tú decides.

—Dijo que iba a comer con unos amigos cuando lo vimos al mediodía, ¿y si aparece ahora con toda una tropa?

—Pues llámalo y te sacas de dudas, venga, date prisa.

—Está bien —convengo finalmente.

Me alejo del ruido del bullicio y marco, hablamos apenas unos segundos, Osman, después de saber mi ubicación no me da opción a replicar, tras lo cual vuelvo a nuestra mesa mientras observo cómo Bea me mira expectante.

—¿Y bien?

—Que viene solo, le dije que estábamos en el Triskel y dice que viene ya, apenas me dio tiempo a decirle que quedábamos más tarde porque me colgó — digo resoplando.

—¿Y qué? Pero, a ver, no querías que viniera con toda su tropa ni solo tampoco, ¿entonces? A ti te hace falta otro cubata, ¡camarero!

—Me contó que un amigo se siente indispuerto y se lo llevan a casa y que no está seguro de si volverán, ¿y si tengo que cargar con él toda la noche?

—¡Ni que fuese un muerto! Cargar con él..., cuantos más seamos mejor lo pasaremos, ¡tonta!

—¿Más? Viene tu novio Íñigo y Osman, o sea, seremos dos parejas, ¿no crees que Osman lo va a malinterpretar? Creerá que es una cita doble.

—Tonterías, mira, aquí nos encontramos todos. Si te sientes mejor invito a que se una a nosotros a todo conocido que pille por delante, para que no parezca una cita doble, ¿te parece?

—Sería estupendo.

—Pues, hale, tema solucionado.

Al final acepto la segunda copa y, antes de que nos las sirvan en la mesa, Osman hace presencia entrando en el local, nos busca con la mirada y en cuanto nos ubica viene hacia nosotras saludando a Bea primero:

—Hola, Bea, perdona un segundo —le pide antes de que la pobre pueda replicar al saludo siquiera y, concentrando posteriormente su mirada en mí, suelta embobado mirándome— Es que ella está...

—Estoy... —requiero.

—Tan diferente a cómo te he visto siempre...

Eso me confunde enormemente, concretamente el «¿siempre?».

—¿Cómo dices? —le pregunto.

—Quiero decir al día que nos conocimos en el hospital y a esta mañana... Perdona, me ha sorprendido tanto verte tan hermosa que no me salen las palabras correctas.

—Ah, por un momento hasta creí que me conocías de antes.

—Ojalá hubiese sido así, ya hubiera conseguido hacerte mi esposa si hubiese tenido la oportunidad de conocerte con anterioridad, tenlo por seguro.

—Vaya, empezamos bien, eso sí es una declaración en toda regla, ni el final

de *Pretty Woman* le hace sombra a eso —suelta Bea carcajeándose.

Yo en vez de sonrojarme me torno pálida, Osman se percata enseguida.

—Creo que me he excedido, no quería incomodarte —intenta enmendarlo —. No pretendo ponerte un anillo en el dedo, tranquila, solo buscaba las palabras precisas para alabar tu belleza y no he sabido manifestarlo adecuadamente.

—Pues, gracias, Osman, por tu halago desmedido y... tus disculpas.

Posteriormente pide una copa y nos sentamos.

—Esto es precioso, ¿vives aquí también? —le pregunta a Bea.

—Sí, bueno..., soy de aquí y vivo a caballo entre A Coruña y la isla, aunque por poco tiempo... —responde y me mira a mí con cierto temor, algo que consigue llamar mi atención.

—¿Qué pasa Bea?

—Que me mudo A Coruña el mes que viene definitivamente.

—¿El mes que viene? ¡Apenas quedan días! ¿Y cuándo pensabas contármelo? —pregunto sorprendida.

—Buscaba el momento adecuado..., llevo toda la semana queriendo decírtelo.

—Si ahora apenas te veo, si te mudas... ¡Uf...!

—Hace tiempo que estoy detrás de una plaza allí, me la han concedido al fin y me voy a vivir con Íñigo definitivamente. No puedo vivir así, unos días en casa de mis padres en la isla y otros en casa de Íñigo en A Coruña, ni sé qué cosas tengo en su casa y en la de mis padres. A veces es todo un acontecimiento encontrar algo cuando lo necesito con el ritmo de vida y turnos que tengo, y estoy harta de pegarme toda la semana en la carretera, entiende...

—Claro que lo entiendo, pero si ya te veo poco... qué será cuando te mudes, creo que ahora sí necesito otro cubata de esos —digo desmoralizada.

Osman se apresura a intervenir en la conversación:

—Fuera esa tristeza, eso es motivo de celebración, que hayas conseguido esa plaza que tanto deseabas. Con las amistades verdaderas no puede la distancia ni nada, tranquila. Yo invito a otra ronda.

—Es cierto, sé que estoy pensando egoístamente, pero es que te voy a echar tanto de menos... —Y nos abrazamos ante la expectante mirada de Osman, mientras mantenemos el abrazo Bea me pide:

—No mires a la puerta, no mires a la puerta ahora, por favor...

—¿Qué pasa? —pregunto, ¿y qué hago? Pues justo lo contrario, se me van los ojos a la entrada. Y la veo, a la madre de Brais que acaba de entrar sola y se dirige a la barra.

—Aún no nos ha visto, haz como que no te has dado cuenta.

—¡Si yo quiero ignorarla tanto como deseo que ella me ignore a mí!

—¿Quién es? —pregunta Osman curioso.

—Una señora que la tiene tomada conmigo, es una larga historia —me limito a contestar.

Piedad compra tres botellitas de agua, las paga y, en cuanto se da la vuelta para dirigirse a la salida, desgraciadamente nos ve. Se queda pensativa mirándonos y no con cara de adoración precisamente. Vuelve a reanudar el paso, no sin ir murmurando: «Estamos invadidos por una lacra, invadidos» y sale con una expresión de gran indignación.

Bea sale a asomarse a la ventana.

—¿Se puede saber qué demonios haces? ¡Que te va a ver y no quiero problemas con esa mujer! —le recrimino.

—¡Que no me ve! Solo quiero ver con quién va, ¡no va a comprar tres botellas de agua para ella sola! —exclama Bea y, después de sortear medio cuerpo por la parte exterior de la ventana como una culebrilla y retroceder luego como si tal cosa, regresa a la mesa.

—¿Y bien, cotilla? Si es que eres peor que ella...

—Va con dos señoras mayores, aún le queda quien le baile el agua. Serán como ella, seguro, vaya por Dios. Ni rastro de Brais, estará con Xabi y alguno más, como cuando sale de fiesta. Si andan por aquí seguramente están en el Cotan, una cafetería donde suelen parar mucho también.

—Ya, mujer, después de la procesión por mar es normal que coma en familia por no hacerle el feo como me dijiste, pero de fiesta nocturna... —dejo caer ante el atento interés de Osman que no nos deja de mirar extrañado.

—Bueno, igual lo llevaba castigado a cumplir penitencia delante de ella, con un cirio, cadenas y todo, y lo ordena a caminar de rodillas hasta la iglesia por haber..., ya sabes... —se burla Bea aludiendo a más datos por la presencia de Osman.

—Esa adora a Satán por lo menos.

—Uy, no, es súper beata de todos los santos y esas son las peores, al menos ella es el vivo ejemplo.

Mientras reímos y Osman alucina con nuestros comentarios dejándolo a expensas de nuestra conversación, Íñigo al fin hace presencia. Bea, así como lo ve entrar, le recrimina:

—¡Ya era hora!

—No encontraba dónde aparcar, ¿sabes cómo está la isla hoy?

—Sí, nos vamos a pique esta noche con tanto peso, la isla se hunde — exagera bromeando y prosigue—. Te presento a Osman, es amigo de Suhana y hablan el mismo idioma.

—Sí, me comentaste que lo conoció en el Salnés, ¿no? —comenta y luego se dirige a mi turco—. Encantado, Osman.

—Un placer —responde y luego se dirige a mí con un gesto de extrañeza—. ¿Cómo que Suhana?

—Es mi verdadero nombre, luego te lo explicaré.

—Está bien —asiente Osman.

Íñigo pide algo para beber y luego Bea lo pone al corriente de nuestra conversación, de que ya me ha revelado al fin lo de su plaza y que hasta se ha pasado por allí la madre de Brais. Continuamos conversando, pero Osman apenas relata nada sobre él, y me tiene más que intrigada su hermetismo.

—¿Te gusta la isla? —le pregunta Íñigo en un momento dado.

—¿Si me gusta? Es increíble el puente solo al entrar, su gastronomía, tradiciones... paisajes, playas increíbles, restos arqueológicos, el Parque Natural Protegido, el mirador Con do Forno... el Faro y que todo quepa en siete kilómetros cuadrados, es increíble de verdad.

—Yo creo que sí le gusta —bromeo después de escuchar sus alabanzas por el lugar.

—Bueno, llevamos mucho apalancados aquí, ¿nos movemos? Son las diez y media pasadas —sugiere Beatriz.

—¿Ya? Se me ha pasado el tiempo volando, ¿y qué hacemos ahora? ¿Qué propones? —le pregunto.

—Vamos hasta la verbena a ver el ambiente que hay.

—A mí esa música... —murmuro.

—Oye, que tampoco es que tenga ese estilo entre mi música en casa, pero una fiesta es una fiesta.

—Está bien, ¿estás de acuerdo, Osman?

—Sí, claro, tú primero —me pide cediéndome el paso para salir.

Así que nos levantamos y salimos camino a donde se emplaza el centro de la fiesta, pero Bea se para un poco antes en un puesto donde venden pulseras, collares y hasta *souvenirs* de la zona mientras los chicos nos esperan pacientes.

—¿No es chulísima la tobillera con las estrellas de mar? —me pregunta.

—Sí, es muy bonito, pero me gusta más este colgante, es precioso —se me van los ojos. Bea lo mira y no puede evitar sonreír.

—Ya ni me acordaba de tu predilección por los caballitos de mar.

—Mira, tiene un brillante de ojo simulando un zafiro, y la forma... es una chulada.

—Yo te lo compro —suelta Osman cogiéndome totalmente por sorpresa.

—No, preferiría que no lo hicieras, Osman, no tienes que comprarme nada.

—¿Me desprecias un regalo? Me lo tomaría como una ofensa —y sin mediar más palabra conmigo le pregunta al vendedor cuánto cuesta y me lo compra con su cadenita a juego, le paga y, mientras el dependiente lo envuelve, le murmuro a Bea:

—Este está confundiendo las cosas, te lo dije.

—Que no, que son paranoias tuyas, boba, ¡solo es un detalle! No saques las cosas de quicio, anda.

Cuando el dependiente termina de envolverlo, Osman me lo entrega.

—Gracias —pronuncio de una forma muy seca, aunque intento disimularlo no me sale de otra forma, y él se percata.

—No te estoy regalando una joya de valor, es acero y un simple presente, espero que no te sientas violentada por ello.

Fuerzo una sonrisa y continuamos nuestro camino hasta la verbena. Allí nos encontramos con Marisa y el resto de la familia, nos acercamos a saludarlos. Después de presentarles a Osman, Marisa nos pregunta:

—¿Y cómo lo estáis pasando?

—Bien, ¿y vosotros? ¿Y Mila dónde anda? Pensé que estaría con vosotros.

—Nosotros bien también. Mila está por ahí saltando de un lado a otro con

unas amigas.

En ese momento anuncian un pasodoble, y Alejandro me coge totalmente desprevenida, tomando mis manos sin preguntar, me ruborizo y hasta me sale una risa tonta.

—No, ¡no! ¡Qué va!, ¡no sé bailar esto! —le indico e intento zafarme de tal circunstancia.

—¿Me estás rechazando? —bromea con sus manos en jarra.

—Te pisaré y harás el ridículo si bailas conmigo, ¿te parece mejor razón que rechazarte?

—Ridículo no, envidias sí puedo levantar al bailar con una chica tan guapa. Anda, ven, no te preocupes por si me pisas, yo te llevo, tú solo tienes que dejarte llevar.

—Dejarme llevar, como si fuese tan fácil...

—Tú adopta una pose arrogante y salerosa, y saldrá perfecto.

—¿Que adopte qué? Ay, no, no sabría.

Bea, Marisa, Íñigo, hasta Osman me animan, el resto de la familia Marsans no deja de observarnos, y al final no tengo más remedio que ceder.

Así que Alejandro enlaza la palma de su mano en la mía alzando ambas en alto, me pide que coloque mi otra mano sobre su hombro, mientras que, con la suya, él sujeta mi espalda.

—Bien, cuenta ocho pasos hacia atrás, y uno, dos... —Me va guiando hasta llegar a ocho—. Ahora al revés, camina ocho pasos hacia mí, como si tan solo caminaras con elegancia —me indica mientras aprovecha la posición de su mano que está en mi espalda para atraerme hacia él y alejarme, y así guiarme en el curioso baile—. Es fácil, ¿ves? Casi lo tienes, ahora lo haremos más rápido, déjate llevar por la música. —Y así lo hago entre risas, no puedo evitar reírme, hasta que reparo en Brais, está acompañado de su amigo Xabi entre el gentío en medio de la verbena y muy cerca de nosotros. Me mira extrañado y me percato de por qué, en principio no me ha reconocido, hasta que ha vuelto a mirarme y lo hace sin cortarse. Ni siquiera se ha dignado a saludarme y se atreve a fijar su mirada en mí de ese modo, me enoja tanto que sin darme cuenta mi lenguaje corporal adopta mi estado de ánimo. Me pongo más tiesa que el asta de una bandera siguiendo los pasos de Alejandro—. Mira qué bien. Así, gallarda, orgullosa, elegante, perfecto.

Sus palabras me hacen reír, porque no he adoptado esa pose aposta para

nada, sino al ver a Brais. Cómo me mira es lo que realmente la ha provocado, pero me divierte, cada vez que Alejandro me gira y me da una vuelta me río aún más, casi olvidando por completo que Brais no deja de observarme entre vueltas y más vueltas en medio de la verbena.

Cuando termina la canción Bea me brinda:

—¡Qué rápido aprendes!

—¡Si todo lo hace Alejandro! Solo me dejé llevar por él como me pidió.

Entonces comienza a sonar un vals y Osman se apresura a venir hacia mí y coge mi mano.

—Es un placer verte bailar, yo de bailes españoles no sé, pero un vals es más que universal, ¿me harías el honor de bailar conmigo ahora? —me pregunta sin soltar mi mano.

«Qué educado y cortés es este hombre», pienso. Después de bailar con Alejandro me he animado tanto que hasta pierdo mi vergüenza y miedo por hacer el ridículo, un baile inofensivo no puede hacerle mal a nadie, pienso, y me encojo de hombros diciendo:

—Lo peor que puede pasar es que te pise... —Y decidida coloco mi mano encima de la suya.

—Te guiaré como hizo Alejandro, y uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Paso atrás, lado, junto, hacia adelante, lado, junto, y otra vez.

Es fácil, Osman aprovecha su mano en mi cintura para atraerme hacia él y así pueda saber cuándo tengo que ir hacia delante y hacia él y cuando no noto la presión de su mano es cuando tengo que retroceder el paso. Me dejo llevar y hasta me siento flotar, sobre todo con la comodidad de que Osman sabe guiarme y fluimos como si llevásemos toda la vida haciéndolo.

—Me siento como una cenicienta —digo sin poder parar de reír entre vuelta y vuelta.

—Hasta vas de azul como ella.

—Pues espero no perder un zapato esta noche, porque son prestados y no míos.

—Pues parecen estar hechos a medida para ti, como todo lo que llevas puesto.

Me ruborizo mientras no dejo de sonreír mientras disfruto realmente bailando con Osman, no puedo evitarlo, hasta que en una de las vueltas doy de

nuevo con el rostro de Brais. Tiene su mirada fija en mí nuevamente, esta vez con resentimiento, hasta ira percibo en su semblante, me pone nerviosa incluso. No logro disimular y Osman se percata enseguida de la forma en que he reparado en Brais y cómo también me ha afectado.

—¿Es algo tuyo?

—No, casi lo fue, pero no.

—Pues no lo parece por cómo te mira.

—Es su problema no el mío. Solo me he sentido un poco incómoda porque no deja de observarme, pero intentaré que no me afecte. Perdóname, Osman.

—No hay nada que perdonar. Normal que levantes miradas y pasiones, estás preciosa esta noche, con la elegancia que bailas y esa sonrisa que hipnotiza...

—Osman, como sigas halagándome así acabaré creyéndome todas tus palabras. Además, no dejas de ruborizarme.

—Pues créetelo, porque me ciño a la rigurosa realidad. Tú has sido todo un hallazgo para mí, me siento muy afortunado de haberte conocido y estar bailando ahora mismo contigo, gracias por hacerme este honor.

Yo sospecho que no puedo ruborizarme más y hasta pierdo el sentido del habla para contestarle.

Cuando la canción acaba y todos aplaudimos.

—Me ha encantado bailar contigo también —le confieso. Este hombre me hace sentirme especial verdaderamente, con sus modales y atenciones. Sin duda, quedan pocos como Osman. Aunque no me sienta atraída por él, sabe cómo hacer que una mujer se sienta especial.

—Pues bailemos otro vals, se lo pediré a la orquesta antes de que pongan de nuevo *El gallo sube* o alguna de esas barbaridades.

—Bueno, es una verbena, tiene que haber variedad entre su repertorio, para todo tipo de público y edades, para que todos disfruten.

—¿Repetimos entonces?

—Sí —respondo deseando hacerlo.

—Hacéis una pareja de baile perfecta —comenta Alejandro mientras Osman se acerca a la orquesta para hacerles su petición.

—Baila genial —le digo.

—Ambos lo hacéis muy bien juntos —comenta Íñigo también.

Y de repente escucho que alguien me llama por mi nombre a mi espalda. En realidad, por mi antiguo nombre, «Mar». Entonces veo a Luz, la que había sido mi compañera de habitación en el hospital.

—¡Luz! ¡¿Qué tal estás?! ¡Cómo me alegro de verte! —replico y nos damos un abrazo.

—Bien, muy bien. Limpia, por ahora —responde, sé perfectamente a lo que se refiere; a sus adicciones, y prosigue—, imagínate que estoy haciendo de canguro de mis sobrinas..., las he traído a las atracciones. Si mis hermanas me las confían es porque ven que esta vez voy en serio.

—Me alegro mucho, de verdad.

—Que mi familia confíe en mí me ayuda mucho.

—¡Luz! ¡Te veo estupenda! —interpela Marisa en la conversación—. ¿Y de qué os conocéis?

—Del hospital, fuimos compañeras de cuarto unos días.

—Ah, cierto, ya me lo habías comentado, qué cabeza tengo, será la edad...

—Brais no te quitaba ojo mientras bailabas con Osman —intenta decirme Bea sin que los demás nos escuchen, pero es difícil que lo haga en un tono que solo la oiga yo con la música tan alta.

—Lo vi, ¿ya se ha ido? —le pregunto evitando mirar hacia donde se ubica.

—Sí, se mezcló entre la gente en cuanto terminasteis de bailar.

—Eran celos, lo delataban sus ojos y pura envidia —alude Alejandro, está más que claro que nos ha escuchado.

—Pues no sé por qué, él fue quien decidió no seguir adelante con la excusa de su madre.

—¿Brais y tú... al final...? —pregunta Luz.

—No, Luz, fue un vago intento. Por lo visto su madre no me traga y lo dejamos apenas antes de comenzar, según él por mi bien y tranquilidad, ya que su madre puede hacerme la vida imposible si me quedo en el pueblo. Yo creo que ha sido una excusa cobarde.

—Pues yo no lo creo —me contraria Luz.

—Ah, ¿sí? ¿Qué sabes tú que yo no sepa? —le pregunto.

—No sé nada referente a vosotros, solo digo que sé cómo se las gasta Piedad. Yo me hice adicta a los ansiolíticos, es cierto, pero ella hizo correr la voz

de que soy una drogadicta y que hasta me vendía por una dosis y mil barbaridades más. Esa mujer no sabe el daño que hace, estuve sin salir de mi casa meses de la vergüenza que me daba. Gracias a ella todos me señalaban con el dedo. Hay que tenerle miedo, no me extrañaría que Brais dijese la verdad y lo hiciese para protegerte, aunque le gustes. Esa mujer es capaz de correr cualquier rumor y embuste sobre ti si no eres de su agrado, lo sé por experiencia propia. A mí no me contratan en el pueblo siquiera, he tenido siempre que buscar trabajo fuera de la isla incluso por su culpa y su pasatiempo preferido de andar extendiendo sus rumores exagerados.

—¿Puede haber tanta maldad en una persona? —pregunto incrédula.

—En ella sí, te lo puedo asegurar —reafirma Luz.

—¿Sigues viendo a Julián? Me refiero fuera del Salnés.

—Hace un mes más o menos de mi última consulta. Le debo todo, la verdad, me ha ayudado mucho.

—Me lo comentó en una de nuestras sesiones, es divorciado, ¿no? —cuestiono.

—Ah, no. No te hagas ideas que no son.

—Creo que le atraes de algún modo, no quise decírtelo cuando estabas en el hospital por si pudiese repercutir en tu recuperación, como no dejarte tratar por él..., pero estoy convencida de que se preocupaba por ti en demasía y siempre pensé que era por esa razón.

—Un médico tan distinguido como él iba a fijarse en una adicta infeliz como yo, pero ¿cuántos cubatas te has tomado? —se mofa riéndose de forma exagerada.

—¿Y no será que tú te tienes en demasiada baja autoestima amiga?

—Me hubiese dado cuenta o él intentaría algo conmigo y, aunque no fuese el caso, notaría algo yo, ¿no crees?

—Es un profesional como la copa de un pino. Estoy segura de que su primera prioridad fue ayudarte, renunciando a quizás tener una oportunidad contigo y así al menos tenerte cerca y poder velar por ti —le respondo—, cada vez que tengo consulta con él me pregunta si te he visto, cómo estás y no veas cuando dejaste de ir, su estado de ánimo dejaba mucho que desear.

—Estás como una cabra, son imaginaciones tuyas —dice riendo de nuevo.

—¿De verdad no lo has visto fuera de las paredes del hospital?

—Bueno, el otro día se dejó ver por la isla y me invitó a un café, claro que nada más hablamos de cómo me iba y eso..., ¡anda ya! ¡No voy dejar que me metas cosas en la cabeza que no son! —me asesta y se vuelve a reír.

Alejandro se acerca de nuevo en ese momento para anunciarnos:

—Bueno, nosotros vamos subiendo hacia el mirador. Si Piedad vuelve a importunarte, búscame, por allí andaremos y os guardaremos sitio si queréis.

—Gracias, Alejandro, pero no te preocupes, si la veo intentaré evitarla a toda costa, nosotros subiremos más tarde.

—Bueno, chicas, yo me voy a las atracciones con las niñas que están locas por subirse. Veremos los fuegos desde el muelle porque subir al mirador para ellas será mucho caminar, si eso nos vemos después de los fuegos aquí, en la verbena —se excusa Luz también.

—Claro, Luz, espero poder verte luego y ponernos al día.

Nos despedimos y Osman regresa de hacer su petición a la orquesta, abriéndose paso como puede entre el gentío. Volvemos a bailar y la verdad es que podría estar haciéndolo toda la noche si pudiese.

CAPÍTULO 7

LA CENICIENTA DE

AROUSA

Al terminar nos vamos paseando y charlando hacia el mirador, para ver los fuegos desde allí y a mitad de trayecto decidimos parar a tomar la última en el bar Museo que nos queda de camino. Elegimos el patio trasero del bar, porque la terraza de la entrada está completamente llena. La trasera es una gran terraza ajardinada y muy acogedora donde suelen hacer eventos como música en vivo entre otras cosas, de donde incluso emerge del suelo una gran chimenea de ladrillo rojo de una antigua conservera que han respetado considerando el importante pasado industrial y por ser parte de la historia de la isla.

Finalmente, nos tomamos más de una y, en un momento dado, tengo que ir al baño porque mi cuerpo no puede contener tanto líquido ingerido, cuál es mi sorpresa al entrar en el interior del local y ver a Brais en la barra. Para colmo la cola para entrar al lavabo llega hasta donde él está emplazado. Lo tengo a centímetros de mí, me ha visto tanto como yo a él y ni me ha saludado.

Me repatea, ¿no podemos comportarnos como adultos? Porque lo nuestro no llegase a buen fin, ¿no podemos saludarnos siquiera? Me parece absurdo y hasta infantil. Entonces exploto, el alcohol ingerido también tiene mucho que ver para darme el suficiente valor para enfrentarlo y darle libre albedrío a mi lado impulsivo.

—Te creía más maduro —le espeto sin mirarlo directamente, concentrando mi mirada hacia el frente, concretamente, en la inmensa cola del baño; mientras él continúa apoyado en la barra a mi izquierda.

—¿Hablas conmigo? —pregunta haciéndose el desinteresado.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Que me has estado mirando toda la noche, ¿y ni siquiera te has dignado a saludarme?

—Es que... era inevitable no mirarte. Estás impresionante, te sienta muy bien el azul, pero... tan bien acompañada que no quise incordiar —alude con quemazón. Se me encoge el estómago con su halago, pero también me duele ese «tan bien acompañada» y el tono en el que lo ha dicho para herirme aposta. Después de una pausa prosigue—. No has tardado mucho en buscarme sustituto, aunque lo nuestro fue breve, me alegro de que me hayas superado tan rápido —

ironiza de una forma que no me hace ni pizca de gracia. Luego le da un trago a su copa aparentando estar relajado y que todo le da igual, pero no es así, es muy mal actor. Está más que molesto, tanto como a mí me está incomodando su actitud.

—Bueno, tu forma de ponerle fin ha tenido mucho que ver y cómo me has demostrado lo poco que soy para ti... actúo en consecuencia de tus decisiones, ¿es tan terrible? —le asesto, quiero herirlo tanto como él a mí.

—Para, por favor.

—Claro, no quiero aguarle la fiesta —respondo, pero no puedo evitar hacerlo con un tono de reproche.

—Algún día lo entenderás. Deja el tema, por favor —vuelve a insistir.

—Qué excusa más pobre —le espeto, cada vez estoy más enojada—, pero no te preocupes, no pienso ir detrás de ti acosándote ni nada por el estilo, ni sueñes con ello. En cuanto vaya al baño desaparezco, no te preocupes. Fin de nuestra historia.

Entonces estalla, me agarra de un brazo y me saca del local de forma apresurada hacia donde se emplaza la otra terraza del bar, el de la entrada que da enfrente del ayuntamiento. En una de las mesas veo a su amigo Xabi y a unos cuantos hombres más, aunque los avisto como una ráfaga en cuestión de segundos ya que Brais me tira del brazo. Me supongo, al verlos, que él ha venido con ellos. Tira nuevamente hasta tenerme allí, en el exterior, pero lejos del bullicio y de las mesas de la terraza principal.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me comían los celos mientras te veía bailar con ese don perfecto? —comienza a gritarme—. ¿Que no puedo olvidarte por mucho que lo intente? ¿Eso quieres? ¿Para qué? Si no puedo estar contigo sin complicarte la vida, ¡joder! ¡Pues ya lo sabes! ¿Es lo que deseabas saber? ¡¿Está satisfecha ahora la señorita?!

Comienzan a temblarme las rodillas con tal declaración, pero aun así saco fuerzas no sé de dónde para reprocharle sus mismas palabras:

—¿Cómo puedes decirme todo eso y quedarte tan tranquilo? Que sientes algo por mí y no puedes estar conmigo, ¿quieres acaso volverme loca?

—Loca ya estabas por querer liarte conmigo, con la familia que tengo...

—Bonito cumplido.

—Entiéndelo, ¡eres más terca que yo!

—Y seguimos con los cumplidos.

Entonces advierto a Bea y a los demás salir en mi busca y, al vernos, cómo se quedan inmóviles en la entrada contemplándonos, decidiendo si intervenir o no. Lo mismo que Xabi y los acompañantes de Brais. Él está tan alterado que ni se da cuenta de su presencia siquiera, su mirada tan solo se concentra en mí en estos momentos. Y de repente su semblante cambia, de enfadado a ternura, hasta intenta tocarme.

—*Anduriña*^[28]... —murmura.

—¿Andu... qué? Mira, a mí cuando me insultes que lo entienda, ¿eh? ¡No te aproveches de que no sepa gallego para llamarme sabe Dios qué!

Y, antes de que Brais pueda replicar, Osman se adelanta dejando a los demás atrás.

—¿Te está molestando? —interviene preguntándome.

—No, está todo solucionado y hablado, por lo que parece, ¿verdad, Brais?

—Claro, dile a tu galán que puede estar tranquilo, que no tiene que hacerse el héroe.

—Mejor será irnos, queda poco para los fuegos y nos los podemos perder —me aconseja Osman con cara de desagrado al percibir el ambiente tan cargado que se respira.

—Sí, Osman, mejor es ir subiendo —le confirmo sin dejar de clavar la mirada en Brais—. Que disfrutes de la noche, Brais.

—Lo mismo digo, aunque no hace falta que te lo deseé, se ve que lo harás sin duda.

—¿Qué insinúas? —pregunto ofendida.

Osman se mete por medio de nuevo.

—Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo? Vuelve dentro con tus amigos o lo que sean y nosotros continuaremos carretera arriba, ¿te parece bien?

—Hagámosle caso a tu adonis, ten buena noche —me espeta Brais.

—Igualmente —le dedico.

—*Iyi geceler, Bir gün bütün rüy alarin gerçek olacak.*^[29] —pronuncia Osman posteriormente.

—Este hablando turco para colmo, ¿qué ha dicho? Como me haya faltado al respeto...

—Te ha deseado buenas noches y algo así como que tus deseos se cumplan,

imbécil —suelto.

—Ah, bueno...

Y nos echamos a caminar hasta que escucho a mi espalda a su amigo Xabi reírse sin parar, no me giro, pero sí que no puedo evitar agudizar el oído para saber de qué se ríe.

—Él no te habrá insultado, pero ella te ha llamado imbécil y te has quedado tan pancho.

—Mierda, es verdad, pues sí que soy imbécil.

Xabi continúa riéndose y no puedo escuchar nada más, pues nuestros pasos ya están bastante alejados de ellos.

Al girar a la altura de la fuente de Palmeira, Osman me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente.

Me sonrío y continuamos hacia el mirador.

Al llegar al Con do Forno subimos las escaleras talladas en piedra hasta el Cristo, sorprendidos de que haya sitio siquiera para nosotros con tanta gente aglomerada. No somos capaces de localizar a mis jefes entre el gentío y a mitad del ascenso Osman se excusa con nosotras diciendo que sube en unos minutos. No hace falta que nos diga que va en busca de un poco de intimidad para orinar y, siendo como es y por su cultura, es capaz de inventarse cualquier pretexto antes de hacerle saber a dos mujeres que va a hacer pis.

Llegamos arriba y Bea enseguida aprovecha que estamos solas para hablar de Brais.

—Para una vez que habláis después de... el mensaje de ruptura y cómo empeoráis la situación...

—Ya ves, porque lo nuestro no puede ser, el señorito cree que es indispensable que ande llorando por él por las esquinas por lo visto. Le ha molestado mucho verme con Osman. Sigo enamorada de Brais, pero no por ello voy a dejar de vivir, intento superarlo y si eso no le hace gracia que vaya a ver una sesión de payasos o algo que se lo haga.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que es imbécil, eso ha pasado. Me ha dicho que no puede olvidarme, pero tampoco quiere estar conmigo. Luego comenzó a insultarme.

—¿Qué te llamó?

—Loca, terca...

—Bueno, eso no se consideran insultos..., Hana.

—¡Y *anduriña*!

Bea inmediatamente se tapa la boca aguantándose la risa.

—Espera..., ¿te has enfadado porque te llamó *anduriña*? ¿Sabes lo que es eso al menos? Ay, no, tú necesitas urgentemente un curso acelerado de gallego.

—Y explota en risas.

—¿No es algo malo?

—Es un mote cariñoso, «golondrina» en castellano. Es como si te llamase pajarito o algo así, aunque suena más cursi de lo que en realidad es, en gallego suena mejor.

—¿Seguro que no ha querido llamarme pajarraco más bien?

—No, boba, no.

—Pues entonces lo empeoré.

—Pues sí, hasta igual intentaba arreglar lo vuestro y has perdido la oportunidad de forma cortante. Oye, antes de que llegue Osman, ¿te has fijado en que no dejaba de mirar tu pulsera? En varias ocasiones lo pillé observándola y no ha comentado nada, como que era bonita o algo para mirarla tanto, es raro.

—Bueno, con tanto halago hacia mí igual no quiso decir nada sobre la pulsera para no parecer empalagoso.

—Ahí viene tu jeque —me indica mi amiga advirtiéndome a Osman subiendo los últimos peldaños.

—Ay, espero que no intente cogermelo de la mano durante los fuegos.

—¿Por?

—Por si intenta ligar conmigo... y, para colmo, ha meado y no ha tenido donde lavarse las manos, a mí que ni me toque —murmuro y mi amiga se parte de risa.

—¿Me habéis guardado un sitio? —nos pregunta Osman cuando llega a nuestra altura.

—Claro —le respondo indicándole mi derecha.

—Vaya, un sitio de honor, espero poder merecerlo.

Tanta adoración ya me empieza cansar y opto por no replicar.

—Desde aquí las vistas son inmensurables, aparte de ser el lugar más alto de la isla, los fuegos se verán reflejados en el mar también, te van a encantar —le indica Bea.

—Estoy seguro de ello, sobre todo por la compañía —manifiesta clavando su mirada en mí y, en vez de sentirme halagada o sofocarme, el pasteleo que se trae ya comienza a darme grima. La impotencia que siento por el tema de Brais también influye mucho en mi forma de ver a Osman. No sé si se lo merece o no, pero así es, inevitablemente.

Comienza la gran traca de fuegos desde el muelle del Xufre y es algo realmente espectacular, pero experimento una impotencia inmensa por no poder disfrutarlos como deseo, y mi mente vuela muy lejos de allí. Bea lo percibe y me susurra sin que Osman la escuche.

—¿Qué te pasa?

—Que desearía que fuese Brais el que estuviese aquí a mi lado viendo los fuegos artificiales conmigo en vez de Osman, eso pasa. Es que soy idiota, pero es lo que siento —le susurro.

—Te entiendo, pero es mejor olvidarse de una relación que augura ser muy complicada y comenzar a pensar en otras posibilidades, como el maromo que tienes al lado.

—Ojalá pudiese, ojalá pudiese, Bea...

Al finalizar los fuegos regresamos a la verbena y comienzo a beber. Ya me da igual si hago el ridículo o lo que sea bajo los efectos del alcohol, solo deseo borrar de mi mente las palabras de Brais; que no me puede olvidar, pero tampoco estar conmigo, no se me van de la cabeza y mi ánimo decae cada vez más. Me siento más vulnerable que nunca y hasta me doy pena de mí misma. Así que me despido de Osman, le hago saber que me retiro, que estoy cansada, que ha sido una semana repleta de fiestas y que tengo que madrugar. Miento descaradamente, pero mi estado de ánimo empeora por momentos. Insiste en acompañarme, se lo agradezco, sin embargo, le digo que ya me acompaña Bea, otra farsa también; porque Beatriz, conociéndola, se quedará como mínimo hasta las ocho de mañana de jolgorio por ahí en vez de regresar a casa tan temprano.

En cuanto logro deshacerme de Osman y consigo convencerlo para que se marche, Bea me pregunta:

—Lo de que te vas no iba en serio, ¿verdad?

—No, era un pretexto para librarme de él, pero necesito estar sola un

momento lejos de todo este bullicio y caminar, eso siempre me ayuda a aclararme las ideas.

—Bueno, pero no te vayas muy lejos.

—No te preocupes, me voy por aquí detrás, por la parte de la Salga.

—No tardes.

—No lo haré.

Así que me marchó caminando desde allí por el paseo marítimo hasta el muelle de O Campo, necesito un poco de soledad para ordenar mis ideas y sentimientos, averiguar cómo intentar olvidarme de Brais y no volver a dirigirle la palabra más. Pero, ingenua de mí, ¿soledad el día del Carmen? ¡Hay gente por todos lados! Como es misión imposible decido regresar por donde he venido para decirle a Bea que definitivamente me voy a casa, acabo conjeturando que lo mejor es reflexionar con la almohada y que me ayude a asumir ciertas cosas, al menos así lograré la soledad e intimidad que necesito para ello.

Pero a mitad de camino me quedo hipnotizada en el reflejo de una luna llena perfecta, en unas aguas en calma que parecen un espejo sólido de un mar centelleante y me percató de que, cuanto más lo contemplo, más me contagia su calma y serenidad, justo lo que necesito. Sin pensarlo, me siento ignorando al gentío que no deja de deambular para sosegar los demonios de mi interior. Necesito ahogar mis sentimientos por Brais en él, que me ayude a entender por qué no puede ser, para así aceptarlo y continuar con mi vida. Allí sentada comienzo a profundizar en el tema mientras me concentro en el azul. Puedo tener una mala suegra, aceptaba el reto, pero ¿hasta dónde puede llegar su maldad para que Brais tenga que romper lo nuestro para protegerme de ella? Me parece tan exagerado... La tristeza me invade mientras intento encajar la derrota y se me encoge el corazón haciéndome a la idea de que mi vida junto a él nunca será algo realizable. Ni cuenta me doy de que han descendido varias lágrimas por mis mejillas hasta que una suave brisa se mezcla con ellas enfriándome el rostro. Entonces escucho una voz clamando: «¡Mar! ¡Mar!».

Me parece la mismísima voz de Brais y comienzo a sospechar estar volviéndome loca por escuchar voces ilusorias en mi cabeza. «¿Tan colgada estoy por él que hasta lo escucho en mi cabeza?», me pregunto y las ignoro por completo, hasta que lo veo ante mí y me percató de que es real, que es él y que no me lo he imaginado. «Brais es quien me llama», pienso. Mientras, bajo mi manto de tristeza, recapacito en que no he podido corregirlo, que ya no soy Mar, sino Hana o Suhana, como pone en la inscripción de mi pulsera, la pulsera que

he encontrado en la playa y de la que no me separaré nunca más.

Entonces comienza a desvariar como un perturbado:

—¿Estás bien? ¿Cómo se te ocurre irte sola a estas horas? ¿Sabes todos los borrachos y sabe Dios que más hay por ahí? ¡¿Cómo se te ocurre?! ¡¿Es que no ves las noticias?! —me inquiera totalmente ofuscado echándome el sermón de mi vida.

—¡Para! ¡Me estás agobiando! —le grito.

—Vi a Bea y le pregunté por ti, cuando me dijo que te fuiste sola... te busqué como un loco, ¡podría haberte pasado algo! ¡Es que no me explico cómo te ha dejado sola a estas horas! ¡Me va a oír también luego! —vuelve a insistir totalmente fuera de sí.

—¿Ahora te preocupas por mí? —pregunto con sarcasmo—. Además, Bea me ha dicho que en la isla nunca ha pasado nada, ¡y no soy una cría!

—¡Siempre hay una primera vez para todo!

—Ya..., ¿qué quieres, Brais? Creo que nuestro tema ha quedado más que zanjado, ¿no? ¿Para qué me buscabas? —le pregunto sin apenas levantar la vista.

—Deseaba disculparme contigo por lo de antes.

—Disculpas aceptadas. Ya puedes irte, ahora quiero estar sola —le pido con un tono de abatimiento. Ni ganas tengo de hablar con él, estoy totalmente segura de que ninguna conversación nos llevará a buen término, a nada, en definitiva. No quiero seguir mortificándome, él se ha ocupado de dejármelo más que claro, solo deseo estar sola y sentirme bien a mi manera.

—Vale, hagamos un trato. Si quieres aislarte me quedaré a unos metros, no te hablaré ni molestaré, pero no voy a dejarte sola, ni hablar. O vuelves con Bea o te marchas a casa, pero si decides andar por ahí sin ninguna compañía, seré tu sombra y te tendrás que aguantar.

—¿Vas a ser mi guardaespaldas de nuevo?

—Llámalo como quieras, pero la isla está a reventar de gente de fuera y de cientos de desconocidos, y no voy a dejar que deambules por ahí, ni lo pienses siquiera.

—Como venga tu madre... igual te hace cambiar de opinión —me burlo con verdadera maldad, no lo puedo evitar.

—Muy graciosa, mi madre ya se ha ido a casa —me informa, posteriormente coge aire, se arma de paciencia después de mi última frase, se

acuclilla ante mí y expresa—. Detecto tristeza.

—Por eso quiero estar sola —le aclaro evitando mirarlo directamente a la cara, «que estoy así por tu culpa —me dan ganas de decirle—, vete, imbécil».

—Pues sigue soñando —me rebato poniendo sus manos sobre mis rodillas mientras se mantiene agachado ante mí y yo continúo evitando el contacto con sus ojos esmeralda que son mi perdición.

—¿Es un caballito de mar eso que llevas al cuello?

—Pues sí, es lo que parece, ¿no? —espeto con ironía.

—Ni cambiado de tema se puede hablar contigo —me recrimina, pero vuelve a probar—. No sabía que tuvieses apego por los caballitos de mar.

—Ya ves —le digo intentando mostrar indiferencia.

—No me pienso marchar y dejarte sola, aunque uses esa frialdad conmigo, no te va a funcionar —me suelta sin rodeos.

La situación se torna absurda. Está claro que no se va a marchar, ¿ambos sentados sin hablarnos? Lo pienso unos instantes.

—Pues si quieres quedarte será con la condición de que me cuentes qué te dijo tu madre sobre mí para que tú tomaras esa decisión de mandarlo todo al traste y, por cierto, podrías haberme avisado de que tu hermana trabajaba en la joyería del centro.

—¿Por qué? ¿No habrás tenido un encontronazo también con mi hermana? —Resopla—. Si te hablo de mi madre pensarás que es una psicópata, por lo menos.

—Bueno..., te lo diré lo que pienso de ella después de que me lo cuentes, ahora solo puedo hacer conjeturas. Tu hermana, al menos, dejó que me explicara un poco. Lo único que saqué en claro es que le teme a tu madre también.

—Pero... no se habrá portado mal contigo de alguna forma, ¿verdad?

—Al principio, quizás, pero después de hablar con ella me dijo que se mantendría al margen de todo, que no quería problemas con tu madre. Ahora, ¿me vas a hablar de ella de una vez?

Brais vuelve a resoplar y posteriormente se sienta a mi lado.

—No sé por dónde empezar... Cuando me casé con Alba le di la alegría de su vida, porque su mayor deseo siempre fue que sus hijos se casasen con alguien de la isla, que conociese a la familia de la que provenía y así tenerlo todo bajo su control, como siempre. Es cerrada de mente, los isleños tienen que casarse con

isleños y punto. Y, ahora..., imagínate cuando supo que tú y yo..., ya sabes..., dimos más que la nota.

—¿Que echamos un polvo en el monte? ¿Y que es muy racista?

—Cierto, otra particularidad que no conocía de ella. Racista, sí, pero no a tal extremo como ahora y, no, esto ya viene de antes de que nos pillaran en el monte. Ya te conté algo el día que te hiciste la herida en la pierna.

—Recuerdo que me comentaste algo sobre que ella pensaba que estabas conmigo por creer que tu mujer había regresado en mí... —Los pelos se me ponen como escarpias como la primera vez que tocamos el tema.

—Sabes que no es cierto, que solo lo sugirió ella. En fin, discutimos, le dije que la loca era ella por mencionarlo siquiera. Y me amenazó con contar que era así por todo el pueblo. Que no te quiere en mi familia, que tu amnesia es fingida y mil barbaridades más.

—Eso ya lo sabía.

—Pero después de nuestra pillada en el monte... la cosa ha ido a peor. Amenaza con repudiarme como hijo, con perseguirnos de por vida si decidimos estar juntos. A mí ponerme por loco ante el colegio de médicos si es necesario, alegando que creo ciegamente que mi mujer ha regresado en ti. Tengo mis facultades mentales plenas y sabes que no es así, que me la recuerdes no lo niego; ahora, lo otro es absurdo, siniestro y muy rastrero por su parte. Y a ti que no consigas trabajo en ninguna parte, echando sobre ti todo tipo de infamias y lo que haga falta hasta que no podamos más según ella y sigamos caminos distintos.

—Pues sí que lo tenemos mal...

—Ya ves, teniendo el manicomio en casa, me quieren hacer pasar por el más desequilibrado de todos. Mi hija podría incluso verse implicada en esta guerra con mi madre o, peor, podría perder su custodia.

—No había pensado en ella, lo siento.

—He pensado mil veces en quedarme en Riveira y no regresar nunca más por mi madre. Hipotecarme allí, pero Rosalía no quiere dejar a sus amigos de toda la vida, si no fuese por ella lo dejaría todo. Antes de enviarte aquel mensaje, estuve a punto de pedirte que vinieras a Riveira conmigo, pero...

—Apenas llevo un mes con la familia Marsans para dejarlos tirados después de lo bien que se han portado conmigo...

—Te prometo que pensé en todas las opciones antes de enviarte el mensaje

diciéndote que no podía ser, lo estudié todo al milímetro, Mar. Jamás nos dejaría ser felices, nos perseguiría de por vida y no te mereces vivir así. Tú... — pronuncia y hace una pausa para cogerme la mano y luego prosigue—, tú te mereces todo el amor del mundo.

—Menos el tuyo.

—Te mereces a alguien que te ofrezca paz, seguridad y un equilibrio. Aunque sienta algo por ti, yo solo te traería problemas y no serías feliz.

—El amor no tiene por qué ser perfecto Brais, solo verdadero.

—Mira si me importas, aunque tú no lo creas, tanto, que preferí no complicarte la vida y renunciar a ti. Ojalá lo entendieras, no sabes cómo es mi madre.

Comienzo a sentir lástima por él.

—¿Cómo puedes vivir bajo su mismo techo?

—Por su nieta, mi hija. Pero he dejado la casa, he vuelto a la que tenía con Alba, tener a mi madre cerca se ha convertido en un infierno. Por si te consuela, no soy buen partido tampoco; la pensión de mi madre no le llega a mucho, le doy parte de mi sueldo como mi hermana Paz y luego están los gastos de Rosalía, el año que viene comienza el instituto y ni te cuento... Mi madre, aparte, lo quiere controlar todo, a veces la dejo para no discutir y otras es un martirio.

—¿Cómo puedes vivir así?

—Pues no contándole todo. Al fin y al cabo, es mi madre, los fines de semana con mi hija lo compensa, ver a mis amigos de toda la vida...

—Creo que sigues pagando un precio muy alto.

—Lo pagaba, me he ido finalmente, sin embargo, creo que esto será peor. Estoy esperando el próximo paso de mi madre, pero me da igual, la vida es como un viaje por la mar: hay días de calma y días de borrasca; lo importante es ser un buen capitán de nuestro barco —declara, luego sonrío diciendo—. No me preguntes el autor de la cita porque nunca los recuerdo, soy malísimo para eso.

—Yo no recuerdo ni mi vida... como para recordar alguna cita que pudiese haber sido importante para mí. —Me río de lo absurdo.

—La verdad es que despertaste un gran interés en ella y siempre ha tenido curiosidad por ti, pero en el buen sentido, quizás lo haga por rebelarse contra su abuela, quién sabe. Lo cierto es que parece que no guarda esa hostilidad hacia ti. Ya la viste aquel día en la terraza, el día del accidente con mi perro, cuando supo

quién eras cómo se quedó embobada mirándote.

—Bueno, mejor ser un bicho raro para ella que no una «mora sin papeles caza hombres» como me llamó tu madre el día de los Quintos y demás lindezas.

—¿Que ha hecho qué? ¡Cómo se ha atrevido! —exclama enfurecido. Se levanta y comienza a caminar en círculos como un animal enjaulado, luego se vuelve a acuclillar ante mí—. Lo siento, lo siento muchísimo, ha llegado demasiado lejos, hay que pararla.

—Creo que la escuchó media isla porque aquello estaba abarrotado esa tarde, así que si no salgo en el periódico de milagro será —bromeo.

—¿Delante de todo el mundo se atrevió a humillarte de esa manera?, no, esto no se queda así, deberías denunciarla incluso.

—No, Brais, no haré tal cosa.

—Pues yo me encargaré de pararle los pies del modo que sea.

—Los pies puede, pero su lengua viperina no sé si podrás... —pronuncio y al instante me avergüenzo de haber dicho eso y me disculpo—, siento hablar así de tu madre.

—No, si lo comprendo, no es normal. Y, cambiando de tema, ¿de qué conoces a ese tipo? Si puedo preguntar.

—¿A Osman?

—Yo qué sé cómo se llama, al trajeado ese que no se separaba de ti por nada durante toda la noche.

—Lo conocí en el hospital, estaba visitando a un familiar. Yo fui a mi consulta semanal con Julián, hablamos y hoy nos encontramos de nuevo por casualidad.

—¿Y él...?

—¿Él qué?

—¿Te gusta?

—Por Dios, Brais, ¡casi lo acabo de conocer! Solo es un amigo.

—Pues él no te miraba con amistad precisamente...

—No busques fantasmas donde no los hay. Además, considero que ya no es asunto tuyo —le espeto.

El interrogatorio me empieza a incomodar, para colmo me echa una mirada de rencor por lo que acabo de decirle y continúa:

—¿Y es de tu país también?

—Parece que sí.

—¿Y no te parece extraño?

—¿Por qué? Pues no.

—No me da buena espina, prométeme que te cuidarás.

—Claro —respondo, aunque achaco sus suspicacias a que todo se reduce a los celos y no le doy importancia. Osman parece un hombre tan educado, correcto y de conducta intachable que apenas tengo en cuenta su comentario.

—¿Qué hacemos ahora? —formula, vuelvo a estar hipnotizada en el verde de su mirada, «¡mierda!».

—¿Quieres volver a la verbena? Yo ya me iba a casa —le informo mientras me pongo en pie evitando que mis ojos se queden fijos en los suyos de nuevo y acaben por delatarme.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué, Brais?

Se coloca ante mí, demasiado cerca, sé que es para tentarme, intuyo que desea ponerme nerviosa a toda costa, es obvio que le encanta ponerme en un aprieto.

—Si continuamos comiéndonos con los ojos o hacemos algo al respecto —me suelta sin más.

Me coge totalmente por sorpresa, comienzo a sufrir palpitaciones y, sospechando que voy a comenzar a tartamudear, empiezo a caminar a pesar de que es lo que más deseo, hacer más que algo al respecto con el hombre que colma todos mis pensamientos y fantasías y en realidad no puede ser.

—Esto..., yo... como te dije me iba a casa —le recuerdo. Pero Brais me detiene cogiéndome de un brazo y me mira de una forma tan intensa que, aunque vaya vestida, me hace sentir como si fuese totalmente desnuda. Advierto su propósito sin que tenga que articular palabra siquiera por cómo su mirada oscura se cierne sobre mí, es más que arrolladora aparte de reveladora—. Ni hablar —manifiesto—. No voy a ser tu polvo esporádico a espaldas de tu madre, no me va eso y no pienso convertirme en ello. Lo siento, Brais, por mucho que me sienta atraída por ti.

—¿Y qué quieres? ¿Todo el paquete? Una relación y que ella lo sepa, ¿y cargar con todos los obstáculos que eso conlleva y las trabas que nos intente

poner? Ya tienes bastante con tu amnesia para sumarte más problemas... y esta vez por mi culpa.

—Yo no le tengo miedo, ni tienes porqué sentirte culpable por algo que haga tu madre.

—Entonces... si ya estamos sufriendo, porque yo no te puedo olvidar y quiero pensar que a ti te ocurre lo mismo, ¿no es de idiotas? Intentémoslo, suframos por algo que en verdad vale la pena, vayámonos de aquí.

—Pero a casa, Brais..., quiero irme a casa, de verdad —expreso, no deseo volver a involucrarme en una relación física para que ocurra algo y que luego me deje de nuevo por mensaje. Qué patética, ¿a quién quiero engañar? Involucrada ya estoy, ni yo misma sé lo que realmente temo en ese momento, quizás sí, dejarme llevar para que mi corazón quede a posteriori hecho trizas de nuevo.

—Está bien —claudica al fin, pero con sus propias condiciones—, pero te llevaré en mi coche. No son horas para ir caminando hasta las afueras y mucho menos con esos tacones.

—Si solo es llevarme, dejaré que lo hagas.

—Seré bueno, te lo prometo, al menos hoy.

¿Cómo que «al menos hoy»? Prefiero no darle importancia a su comentario. Estoy cansada, tanto física como mentalmente. Solo quiero que me lleve a casa.

Echamos a andar, le pido antes pasar por el Regueiro para avisar a Bea de que me voy a casa y Brais accede. Gracias a Dios que Bea no hace ninguna de sus habituales bromas sobre nosotros. Luego salimos de la plaza en busca de su coche que lo tiene aparcado delante de su antigua casa, porque en época de fiestas es absurdo moverlo siquiera, por tener la suerte de vivir en el centro y muy cerca de donde se ubica la fiesta. Su casa está apenas a trescientos metros de la plaza, camino arriba, muy cerca de la iglesia.

—Así que ahora vives aquí de nuevo —no puedo evitar preguntarle cuando llegamos.

—La insufrible no me dejó otra opción, entraré a por las llaves del coche —me indica y después de abrir el cerrojo se queda pensativo parándose y me pregunta—. ¿Quieres entrar?

—No es buena idea, además, estoy cansada y tengo los pies molidos. Solo deseo llegar a casa y quitarme los zapatos.

Entonces se sitúa ante mí, muy cerca, tanto que puedo incluso sentir su respiración y, concentrando su mirada en la mía, se jacta:

—¿Tanto me temes?

¿Me está retando? La garganta se me atora, pero soy capaz de disimular como puedo.

—Te digo la verdad, y tu hija Rosalía... —respondo.

—¿En fiestas? Mi hija no está, se queda a dormir en casa de una amiga —me aclara mientras advierte cómo yo me froto los brazos—. Vamos, entra. Saliendo del medio del bullicio refresca, te dejaré una chaqueta mía o una de mi hija, es alta para su edad, seguro que alguna te vale. No quiero que te enfermes.

—Está bien, pero cogemos las llaves, la chaqueta y nos vamos —puntualizo y entro tras él.

—Eres imposible, esto no es una emboscada —manifiesta riendo. Yo no digo nada y entro sin replicar.

El primero en darme la bienvenida es Larpe, su perro, que tan pronto nos ve entrar da un brinco del sofá y se abalanza sobre mí.

—Me voy a poner celoso —manifiesta divertido Brais—, ¡es verte y me ignora totalmente!

—Sácamelo de encima, ¡por favor! —le pido, porque es igual de efusivo que la primera vez y soy incapaz de controlarlo.

—Tranquila, no es peligroso, solo muy fogoso cuando saluda —me indica a la vez que lo sujeta por su correa y lo aleja hacia el sofá de nuevo—. Ven, Larpe, ven.

La casa parece ser amplia, el salón y la cocina comparten espacio, no están divididos entre sí. Observo las dimensiones del pasillo y me parece ver tres estancias al menos. Posteriormente, reparo en una buena pila de ropa arrugada encima de uno de los reposabrazos del sofá y una manta fruncida y sin doblar sobre él, teniendo habitaciones de sobra, ¿por qué utilizar el sofá? Y la curiosidad me puede.

—¿Duermes aquí?

—Es cómodo y la verdad es que no he tenido tiempo de instalarme en condiciones —responde mientras busca sus llaves, parece haberse olvidado de dónde las ha dejado porque no deja de rebuscar en cajones y mover todo sobre las superficies de los muebles.

—Siento que hayas tenido que irte de tu casa materna, me siento responsable.

—No lo sientas, la verdad es que debí hacerlo hace mucho tiempo, aunque no de esta forma. Perdona el desorden —se disculpa mientras retira la ropa sucia del sofá y hasta la sacude en busca de las llaves del coche—. Siéntate, descansa un poco que con esos tacones te vendrá bien.

—Gracias —alego después de que él despeje el sofá.

—¿Quieres tomar algo mientras busco las dichas llaves? ¿Dónde las habré dejado? —pregunta en voz alta mientras mira a su alrededor.

—He comido y bebido alcohol para cubrir el resto del año, un vaso de agua estaría bien.

Sin mediar palabra e inmediatamente va hacia una alacena de la cocina, saca un vaso, lo llena de agua y me lo acerca. Mientras bebo se sitúa de cuclillas ante mí y sus manos toman dirección hacia mis pies. Coloca una mano sobre mi tobillo mientras con la otra me despoja de una de mis sandalias, luego hace lo mismo con la otra.

—¿Qué haces?

—¿No decías que estabas deseando quitártelos? ¿Para qué esperar a llegar a tu casa?

Lo miro con desconfianza y le asesto:

—Brais..., las sandalias será lo único que me quite en tu casa esta noche.

—Creo que estás sacando conclusiones precipitadas sobre mis intenciones, solo deseo que estés cómoda.

—Bueno, pues yo solo quiero dejar más que claras las mías.

Me obsequia con una mirada perversa y luego se le escapa una risa comedida.

—Te buscaré unas zapatillas de Rosalía, casi usa tu mismo número y te valdrán. No sigas sufriendo con eso en los pies ni dudando de mis intenciones —me indica incorporándose y yendo por el pasillo.

Me termino mi agua, Brais tarda, así que decido ir en su busca y lo sorprendo en lo que parece ser la habitación de una adolescente; un póster de One Direction, mucho rosa, purpurina, peluches... Y libros, muchos libros, a Rosalía le gusta leer, está claro. Eso me alegra, podríamos llevarnos muy bien ella y yo, si se diese la oportunidad, claro, aunque no quiero hacerme ilusiones de nuevo.

Brais está agachado en el suelo, enfrente de unos cajones que posee la cama

nido de Rosalía.

—¿No encuentras las zapatillas?

Él casi se levanta de un brinco.

—Vaya susto me has dado, descalza ni escuché tus pasos.

—Lo siento, no era mi intención. Déjalo, no te preocupes, no sigas buscando.

—Ya encontré algo que te puede servir, aunque buscaba algo menos de niña y más adecuado, pero...

—¿Hello Kitty? —formulo haciéndome la sorprendida al ver las zapatillas rosas—. No, está bien, solo bromeaba, espero que a Rosalía no le importe.

—Ni las echará de menos, en verano no se las pone, tranquila, Mar.

Me calzo las *Kittyzapatillas* y salimos de la habitación.

—Respecto a mi nombre... —Deseo aclararle.

—¿Qué ocurre? ¿Te lo has vuelto a cambiar?

—Pues sí, pero esta vez por una buena razón.

Brais se apoya en la pared del pasillo cruzándose de brazos frente a mí.

—Te escucho.

—Encontramos una pulsera en la playa, llevaba mi nombre y sé que es el mío porque recordé a mi madre, recordé a mis hermanas llamándome.

—Pero ¡eso es genial! Me alegro mucho de que al fin recuerdes tu pasado.

—No lo es tanto, porque solo recordé eso. Ni un apellido ni un lugar o dato que revele de dónde provengo.

—Pero poco a poco vas recordando. Eso es bueno, ¿y qué ponía la pulsera?

—Suhana, aunque recuerdo a mis hermanas llamándome tan solo Hana. También lleva una inscripción numérica y, en la joyería, tu hermana me dijo que no sabía de qué se trataba.

—Bueno, podemos buscar información en Internet o preguntarle a alguien experto en el tema.

—O igual no es nada importante.

—Tal vez... Suhana, Hana... Es bonito y difícil de olvidar..., como tú. Te pega más que ninguno de los que has tenido hasta ahora, me acostumbraré de nuevo a llamarte por otro nombre —manifiesta con una mirada intensa. Dios,

puedo traspasar sus pensamientos en esos momentos y darme cuenta de cómo me come con la mirada y cómo deseo hacerlo de verdad. Sus palabras se repiten en mi mente una y otra vez como un eco: «bonita y difícil de olvidar, como tú».

Me ruborizo y cambio totalmente de tema, aunque logro empeorar más la situación en vez de esquivarla.

—¿Y cuál es tu habitación?

—Vaya, la que únicamente se iba a sacar las sandalias esta noche, ¿ahora me está preguntando por mi habitación? Eres una caja de sorpresas —bromea con una sonrisa perversa.

—Déjalo, anda —le pido aparentando restarle importancia a lo que acaba de decir, pero la verdad es que mil pensamientos impuros se han disparado en mi mente. La tensión sexual entre ambos es más que evidente y cómo fingimos ambos hasta es de lo más absurdo.

Brais se echa a reír.

—Tranquila, ¿quieres ver la casa? —añade—, pues te la mostraré. Pero ya ves que no tiene nada que ver con la de Alejandro.

—Pues tiene pinta de ser muy acogedora y mejor que no sea tan grande, no te imaginas todo el trabajo que da mantener la de mi jefe.

—Me lo puedo imaginar, ven —me pide y lo sigo. Brais me la va mostrando.

—Se la compré a una familia de aquí, de la isla. Emigraron al extranjero y me la vendieron a muy buen precio cuando me casé. Tenía cuatro habitaciones, así que instalé en su día un pequeño despacho en una de ellas y un gimnasio que utilizaba en invierno. La de Rosalía ya la has visto; el baño es aquella puerta de allí, la más cercana al salón, solo tenemos un baño, pero es amplio. La cocina y el salón estaban separados por una pared, pero fue de mi mujer la idea de tirarla y juntar ambos ambientes, decía que enriquecía la vida familiar al estar más comunicados y esta puerta da a un pequeño huerto que tenemos atrás, no es gran cosa.

—¿Y esa puerta? —pregunto, me ha detallado todas las demás, pero de esa ha prescindido hablar y es la única que está cerrada de todas, al lado mismo del cuarto de Rosalía.

—Esa... no es nada.

—¿Un trastero tan desordenado que no deseas mostrarme, quizás?

—Olvídalo, no es nada importante.

—No tendrás ahí un laboratorio de anfetaminas o algo ilegal, ya sé, una plantación de maría —bromeo.

—¡Que lo olvides! —me grita hasta llega a asustarme. Brais lo percibe, entonces intenta sosegar y disculparse.

—Perdóname. Era... mi cuarto, mi habitación de matrimonio. No he vuelto a usarla desde que... ya sabes, mi mujer desapareció. Únicamente evitaba sacar el tema, lo siento, siento haberme ofuscado de esa manera.

«Desapareció», ojalá cambiara ese término por «murió». Lo sé, es cruel, pero si no es bastante tener una suegra más que especial, que él no haya superado lo de su mujer también impone respeto. «¿Qué estoy haciendo? ¿Dónde me estoy metiendo?», me pregunto una y otra vez, pero algo muy fuerte en mi interior necesita dejarse llevar, seguir el instinto de mi corazón, aunque sospecho que en un futuro sea fruto de dolor y en esos instantes lo deseo igualmente.

Siendo testigo de cómo le afecta todavía, en este momento, tomo consciencia de por qué realmente utiliza el sofá. Duerme en el salón evitando usar la habitación, el porqué de esa puerta cerrada a cal y canto... todavía, y llega a ponerme los vellos de punta.

—Lo siento, Brais. No quería insistir tanto, yo... no me imaginaba, de veras, lo siento.

—Es pasado, perdóname, de verdad. Debería llevarte a casa, acabo de recordar que esta mañana llevaba los pantalones negros, espera —me pide y se ausenta por el pasillo, se mete en el baño y sale con unos vaqueros en la mano rebuscando en los bolsillos del mismo, hasta que escucho al fin el tintineo de unas llaves—. Eché el pantalón a la cesta de la ropa sucia con las llaves dentro esta mañana. Qué despiste, soy un desastre a veces —me dice mostrándome las llaves—, ya te puedo llevar a casa. —Percibo vergüenza en su expresión y no sé si es por el hecho de haberme gritado o porque acabo de descubrir el dudoso asunto de esa habitación.

—No deseaba incomodarte.

—No te preocupes, soy yo, que soy un pésimo, pésimo anfitrión. No sé cómo he podido gritarte —dice arrepentido—, la verdad es que me gustaría que te quedaras un poco más —me confiesa, su voz suena ronca y hasta abatida—, pero ahora lo merezco menos que nunca. Tú primero —me pide indicándome la puerta principal.

Me conmuevo como una idiota y me entran unas ganas imperiosas de

quedarme, quedarme para siempre, abrazarlo y decirle todo lo que guardo dentro por él, que no ha sido nada y que no tiene importancia. Si no lo he violado antes es por el temor a su próximo paso, como que se vuelva a alejar por mi propio bien, como él piensa, tengo miedo a ello y también de sentirlo. Necesito echarme en sus brazos y convencerme de que nada de eso pasará, que todo irá bien.

Finalmente, no me muevo, Brais no insiste tampoco, solo nos quedamos mirándonos como en el paseo marítimo momentos antes, entonces cambia radicalmente de tema.

—Te sientan bien las zapatillas.

—Pues con este vestido y estas zapatillas me siento un poco ridícula.

—Tú nunca lo estás, para mí eres fascinante te pongas lo que te pongas. Incluso la primera vez que te vi con la ropa donada de las monjas, aquella camiseta de algodón y el vaquero en nuestro primer paseo por el aparcamiento del hospital. Me sentí atraído por ti desde el primer día.

—¿Y ahora me lo dices?

—Debí decirte muchas cosas antes, pero algún día te sorprenderé haciendo algo bien —manifiesta dedicándome una sonrisa tierna.

—Puede —bromeo mientras también sonrío y se hace un silencio más que embarazoso, no sé qué decir, entonces pronuncio lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Sigo viéndome ridícula con el vestido y estas zapatillas.

—Pues quítatelo —me espeta sin rodeos con una seriedad que me abrumba, concentrando una mirada incendiaria en mí que es sumamente convincente y no me lo pienso. No sin que se me enciendan las mejillas porque experimento cien emociones contradictorias, me escandalizo y me hace sentir la mujer más deseada del mundo. Estoy a punto de perder la cabeza y en cierto modo lo hago, porque sin más he arrojado mi vestido al suelo aceptando su desafío, desnudándome por segunda vez para él como en nuestra primera cita.

Brais se sitúa delante de mí a milímetros de mis labios. Me tienta con esa mirada endiablada que sostiene en ese instante, sin tocarme siquiera y mis nervios se acrecientan tanto como mis ansias.

—¿Qué quieres? —me pregunta.

¿Juega conmigo? ¿Qué voy a querer...! Pues va a recibir una respuesta más que contundente.

—Sentir tu deseo de nuevo sobre mí —respondo sin vacilar, aunque por

dentro soy un manojo de nervios.

—No me lo pongas tan fácil —exhala antes de entornar sus ojos y perderse en mi boca y saboreo sus labios y su lengua con los que jamás, y nunca más, soñaba intimar.

Se aferra a mi cuerpo totalmente desnudo y mi boca se deja vencer por la suya, me eleva por el trasero y me traslada al sofá. Apoya una rodilla en él para desprenderse de su camiseta. Luego, sus increíbles ojos verdes, que se encuentran más oscuros que nunca, vuelven a encontrarse con los míos.

Me agarra con suavidad por los tobillos y me da un pequeño tirón logrando acostarme del todo ubicándose en medio de mis piernas a la altura de mis rodillas. Me acaricia el torso mientras no deja de contemplarme y siento cada centímetro de mi piel exaltado por el deseo que le proceso. Una electricidad me recorre, mis pechos se endurecen, mi respiración se dispara... y aún no ha pasado nada. Estoy a punto de infarto.

Cierro los ojos, siento el calor de sus labios a la altura de mi ombligo, lo besa y pellizca con su boca y me colma de besos húmedos en sentido ascendente, va hacia mis pechos, no sin antes sonreírme. Intento no parecer ansiosa, pero el galope de mi corazón termina por delatarme. Saborea mis pezones, se toma su tiempo, gimo. «Esto va a ser lento —pienso entretanto mi mente aún me deja hacerlo—, una tortura deliciosa». Esto está siendo muy diferente al polvo que echamos en el monte, lo está dejando más que claro. Vuelve a mi boca y su mano la desliza hacia el interior de mis piernas, masajea mi sexo suavemente mientras me obsequia con un beso de infarto. No puedo evitar gemir de nuevo y, al escucharme, Brais se atreve a manipular sus dedos en mi interior de forma magistral, aunque lentamente. Sigue torturándome, le encanta, lo veo reflejado en su cara, está disfrutando impacientándose. Adoro la mirada tan perversa que me está dedicando, es pura sensualidad. Estoy en un limbo del que no quiero salir jamás. Desliza su boca por mi torso al mismo tiempo que no deja de mantenerme esa mirada febril con ese toque perverso que me vuelve loca. No hay nada más erótico ni ardiente para mí que eso, no imagino al menos que pueda existir.

Una vez llega a mi sexo siento su lengua e intento permanecer inmóvil y controlar mi cuerpo ante el placer que estoy recibiendo, pero no puedo, ya mi cuerpo no es mío, sino suyo, y él lo dirige a su disposición. No soy dueña de mi propio ser que tan solo responde a los estímulos de la más que diestra boca de Brais.

Me arqueo, mis piernas cada vez se alejan más la una de la otra, cierro los

ojos y soy incapaz de abrirlos del inmenso placer que estoy experimentando. No dejo de arquearme, pierdo la cuenta de las veces que lo he hecho. Al fin soy capaz de abrir los ojos, veo a Brais entre mis muslos, la imagen también es sumamente provocadora aparte del placer que experimento, un conjunto delicioso que me hace estallar en un último gemido que alerta hasta al pobre de Larpeiro que me mira con confusión.

Me desplomo en el sofá y Brais recuesta su cabeza a la altura de mi ombligo besándolo una vez más.

Cuando se percata que mi respiración ha vuelto a la normalidad se incorpora un poco dejando caer el peso de todo su cuerpo sobre mí.

—¿Por dónde íbamos? —me pregunta con una sensualidad que me remata mientras traza un círculo alrededor de mi pezón.

Me relamo y le suelto sin más:

—Por desprenderte de tus vaqueros, ¿por ejemplo?

—Buena observación —me indica e introduce su mano entre nuestros cuerpos para desabrochar su pantalón, al mismo tiempo que me besa de forma ardiente y, de la misma manera, yo le correspondo. Los besos se tornan salvajes, tanto que la impaciencia me puede de nuevo, y flexiono mis piernas bajo él llevando mis pies hasta sus caderas, empujando su pantalón y sus *boxers* hacia abajo. Brais comienza a moverse de forma que me facilita la labor.

En apenas unos segundos sus pantalones y *boxers* se condensan arrugados como un acordeón entre las plantas de sus pies y el reposabrazos del sofá. Y Brais tira de mi cadera hacia él para el acople perfecto, luego me la acaricia y hasta araña suavemente mientras me escudriña con la mirada más lasciva que he visto en la vida. Pero me impide continuar relamiéndome en su mirada cuando se pone a buscar algo en los bolsillos de sus vaqueros, saca su cartera y de ella un preservativo dispuesto a rasgar su envoltorio.

—Tomo la píldora —me apresuro a decirle.

—Si quieres puedo usarlo igualmente, estoy sano, pero si lo prefieres yo...

—Ponértelo te retrasará aún más, y yo no quiero esperar —le digo desesperada, cogiéndolo por el cuello y empujándolo contra mí.

Y de un solo movimiento se hunde en mí, gimo y me muevo encantada para recibirlo. Brais comienza a moverse sin contención alguna, cada vez más profundo y de forma más intensa. El placer me abrumba, enrosco mis piernas a su cintura y Brais toma uno de mis muslos con fuerza marcando el ritmo, mientras

impulso mis caderas armonizándolas con sus embistes. Placer y más placer. Ver su cara descajada me hace delirar aún más, se me escapa un grito, estoy extasiada, me besa, me muerde el labio inferior, lo tensa, lo vuelve a atacar, lo succiona y su lengua vuelve a invadir el interior de mi boca con brío, mientras el compás de nuestras caderas no cesa. Quiero retorcerme, pero bajo él me es imposible. Voy a enloquecer, mi cuerpo se tensa y se tensa hasta que un apabullante orgasmo me anula los sentidos. Brais se desploma sobre mí, me siento feliz, debo de tener una expresión ridícula y hasta me da vergüenza que me mire. Ha sido tan maravilloso, tanto que estoy como anestesiada.

Brais se incorpora un poco y me besa, me sonrío y me vuelve a besar, esta vez en la frente.

—Otros tienen problemas de verdad, Hana, de salud o pobreza, nosotros solo tenemos a mi madre.

—Pues yo pienso que es triste pensar en las desgracias ajenas para restarles importancia a las nuestras.

—Ah, ¿sí? —manifiesta haciéndose el indignado y se incorpora sentándose en el sofá—. A ti lo que te pasa es que no has tenido suficiente sexo —dice en un tono malicioso y a la vez divertido.

—Pues deberíamos comprobarlo —replico siguiéndole la broma.

Ni he terminado la frase y Brais me agarra por el torso y en apenas un pestañeo estoy sentada sobre él. Me aparta el pelo hacia atrás y ataca mi cuello con su incendiaria boca. Dios, ya estoy ardiendo de nuevo y muriendo por él, es irresistible y no me sacio de él, y así comienza nuestro segundo y arrollador encuentro.

Cuando terminamos nos acurrucamos con la típica posición de cucharilla, porque las dimensiones del sofá no dan para mucho más, la verdad, aunque no quisiésemos adoptar esa postura. Mi mente no me deja desconectar y disfrutar del momento, finjo hacerlo mientras Brais me abraza por la espalda y hasta sospecho que ha caído rendido. Debería estar encantada, debería ser perfecto, pero no dejo de pensar en la cama de matrimonio y esa maldita habitación que lleva sin usar la friolera de cinco años. Sobre todo, lo que representa para mí y lo que aún parece suponer para él.

Es lo último que recuerdo hasta que me sobresalto en medio de un sudor frío y con dificultad para respirar, mientras Brais no deja de preguntarme:

—¿Estás bien? ¡Hana! ¡Tranquilízate! ¡Hana! ¿Qué te ocurre? —Me despierta y caigo en la cuenta de que además de habernos quedado dormidos,

acabo de sufrir una de mis habituales pesadillas.

—Ha sido una pesadilla, no dejan de repetirse desde que estuve en el hospital, pero estoy bien, tranquilo, ya estoy habituada. —Intento serenarlo a la vez que yo lo hago también, no puedo dejar que estas pesadillas me condicionen la vida, me niego.

—¿Cómo puedes estar habituada a algo tan desagradable? Tenías que haber visto tu cara de terror.

—Siento haberte alarmado, pero no es nada, aunque esta ha sido diferente. Lo siento, pero... ¿nos hemos dormido? —pregunto y me alerto aún más que con mi pesadilla cuando caigo en la cuenta exclamando—. ¡Nos hemos dormido!

—¿Y qué? Apenas tres horas, no pasa nada. Siento que padezcas esas pesadillas, tiene que ser angustiante.

—Sí, lo es, ¿y que no pasa nada? —pregunto alterada a la vez que le echo la mano de su reloj de pulsera—. La cuestión no es habernos quedado dormidos, sino la hora que es, ¡tengo que llegar a casa de los Marsans antes de que se despierten! Imagínate que se levantan y yo aún no haya vuelto, ¡se pensarán que me ha ocurrido algo por lo menos! Si al menos les hubiese enviado un mensaje de que no iba a dormir a casa..., pero ¿cómo iba a saberlo? ¿Cómo hemos podido quedarnos dormidos?

—¿Porque estábamos en la gloria? —bromea, pero repara en mi semblante y se torna serio—. No te preocupes, te llevo enseguida. —Intenta serenarme acariciando mi mejilla y comienza a vestirse con premura, igual que yo.

—¿Chaqueta o cazadora? —me formula mostrándome una chaqueta de traje y una cazadora vaquera.

—¡Qué más da! ¡Cualquier cosa! —exclamo mientras me visto lo más rápido que puedo.

Brais no se atreve a volver a preguntar, opta por la vaquera y me la coloca sobre los hombros con una suavidad que me eriza la piel, manteniendo sus manos sobre mí, como si deseara retener mi contacto mientras yo me pregunto cómo una acción tan pequeña se puede arraigar de esa forma en mi alma. No obstante, no puedo regocijarme en el momento como deseo, tengo prisa, y necesito salir cuanto antes hacia la casa de los Marsans.

—¿Vamos?

—Qué remedio, espero que no estén despiertos o van a matarme, con lo bien que se portan conmigo... y yo abusando de su confianza comportándome como

una inmadura. —Suspiro intentando tranquilizarme.

—Tranquila, lo entenderán. Y, si no, yo hablaré con ellos si quieres, ya que ha sido por mi culpa. Eres una persona responsable y lo saben.

—Gracias, Brais, pero ha sido culpa de los dos, no te preocupes.

Brais me acompaña hasta la puerta del copiloto de su coche sin retirar su mano de mi espalda hasta que la abre. Hace fresco y agradezco que me haya dejado su cazadora. Cuando entro en el coche no puedo evitar recordar las horas anteriores preguntándome si en realidad ha pasado, asumiéndolo, bloqueando los pensamientos negativos, las consecuencias que vendrían; su madre cuando lo sepa, por ejemplo. Me niego a pensar en ello y solo me concentro en la certeza de que sí, está ocurriendo.

Brais arranca, pero no deja de estar pendiente, girando la mirada continuamente hacia mí. Me da la sensación de que quiere decirme algo y no se atreve.

—¿Qué ocurre? —formulo sin poder soportar más la espera.

—Es por tus pesadillas, perdona, pero no dejo de pensar en ello, ¿son siempre así? —me pregunta preocupado.

—No, solo intentan matarme o no me siento segura por alguna razón, solo eso —ironizo.

—Joder, sí que son horribles, sí. ¿No puedes concretar más? ¿Quién intenta matarte en tus sueños?

—Ojalá lo supiera, Brais, sé que es un hombre, pero nunca soy capaz de ver su rostro con claridad.

—Siento que tengas que pasar por una experiencia tan perturbadora.

—Bueno, solo espero que algún día se acaben, algún día tendrán que cesar.

—Si quieres hablar de ello... —se ofrece mientras desliza una mano por mi pierna y me acaricia la rodilla, mientras la otra la mantiene en el volante.

La electricidad colma de nuevo mi cuerpo, pero gracias a Dios logro concentrarme en mi otra prioridad; llegar a casa antes de que mis jefes se despierten.

—Ahora mismo lo que más me preocupa es llegar a casa y que los Marsans no estén preocupados por mí, es mi prioridad.

—Claro, solo quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Gracias, Brais.

Cuando llegamos a la residencia Marsans, Brais aparca en la entrada sur, dejándome en la puerta de acceso del jardín posterior.

—¿Estás bien? Me refiero aparte de tu preocupación por habernos dormido.

—Sí, claro, estoy bien.

—¿Y preparada para lo que se nos viene encima? Cuando mi madre sepa que tú y yo hemos decidido seguir adelante con lo nuestro...

—Eso creo, ¿estás seguro? Siento que te hago elegir entre ella y yo, y no quiero hacerte eso.

—Entrará en razón en algún momento, cuando se dé cuenta de que esta batalla la tiene perdida. Soy un hombre adulto, tiene que acabar entendiendo que no tengo que darle cuentas de lo que haga, que no me importan sus juicios injustos sobre si hago bien o mal y las decisiones que tome en mi vida. Al final lo encajará, tiene que comprenderlo tarde o temprano.

—Eso espero, Brais —le digo sonriendo mientras abro la puerta y salgo del coche. No sé cómo decirle que no puedo ponerme a hablar del tema ahora mismo, tengo prisa.

—Entonces..., ¿eso quiere decir que puedo llamarte mañana? —se apresura a preguntarme antes de que me vaya.

—Espero que lo hagas, por tu bien —bromeo y lo beso.

Cuando nuestras bocas se separan, la suya va hacia mi frente, depositando allí un beso largo y firme. Un beso que tiene muchos significados, como una señal de protección, un: «yo te cuidaré», de respeto o amor, pero para una mujer enamorada, cuando quien se lo obsequia es el hombre por el que pierde los papeles, es otro nivel. Pero, ¡cachis!, caigo en la cuenta de que... también solo puede significar que él sea más alto que yo. Me esfumo y entro en la casa lo más sigilosamente que puedo.

Me dirijo a la cocina, reina el silencio y me relajo al fin. Gracias a Dios todos duermen todavía o eso pienso, voy a prepararme un descafeinado con urgencia. Necesito algo caliente que no me impida dormir luego, porque a pesar de estar en verano tengo el cuerpo destemplado de tanta fiesta en todos los sentidos... Me estremezco solo recordándolo. Pero, en cuanto me doy la vuelta con mi deliciosa taza de café, me llevo el susto de mi vida cuando Mila me sorprende. Lleva una galleta en la boca y la caja en la mano y está más que graciosa en pijama y con unos pelos como si le hubiesen arreado una docena de escobazos, como si se acabase de levantar. Entonces se concentra en mis pies,

sacándose la galleta de la boca muy lentamente a la vez que muestra una expresión de asombro.

—¿Qué son esas espantosas cosas que llevas en los pies? —me pregunta—. ¡¿Y mis sandalias de Jimmy Choo?!

Entonces me percató de mi descuido.

—Mierda, con las prisas me las dejé en casa de Brais —murmuro y me tapo la boca de inmediato en cuando advierto que lo he dicho en voz alta, aunque es demasiado tarde para arrepentimientos.

—¿Has estado en la casa de Brais? ¿Cómo? ¡Cuenta! —vocifera.

—¡Baja la voz! —le pido posteriormente, pero es demasiado tarde. Ha sido pronunciar el nombre de Brais y en menos de un minuto tengo congregada a casi toda la familia Marsans en la cocina.

—¿Has estado con Brais y acabas de llegar? Uy... —pregunta Marisa frotándose los ojos todavía ante la atenta mirada de Alejandro y Mila también.

—Vaya, la palabra mágica, cuando quiera reuniros ya sé cómo hacerlo, nombrando a «Brais» —bromeo poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué hacéis todos levantados?

—Escuchamos voces y bajamos —responde encogiéndose de hombros.

—Mila..., yo te mato —le recrimino por haber levantado la voz y con ello haberme descubierto. Lo malo del enorme *hall* es que suele hacer un efecto eco increíble y todo se escucha desde el piso de arriba, cómo lo odio. Menos mal que solo han bajado mis jefes y no el resto de la familia o me remata ya.

—Da igual, hoy es día de churros. Tenemos una tradición, el día después del Carmen nos vamos a desayunar churros con chocolate, aunque hoy vamos a hacerlo un poco más temprano de lo habitual... —deja caer Marisa.

—Pues Suhana se nos ha adelantado, ella ya ha catado churro y porra, aunque haya sido humano —arrea Mila aguantándose la risa.

—Serás bruja... —le espeto.

—¿Nos quieres contar ya qué ha pasado? Aunque viéndote..., esa cazadora es de hombre, me aventuraría a decir que es de Brais, si has estado con él... no hay que pensar mucho más.

—Pues que hemos hablado y... ¿qué queréis que os diga? Con Brais es como estar en una montaña rusa, hoy bien y mañana no se sabe. Se supone que sí, que estamos, pero ni yo me confío, así que no sé qué deciros.

—¿Pero estáis o no? ¡Algo habréis hablado, digo yo! ¿O todo se limitó a dar rienda suelta a la pasión? Y no lo niegues porque mira qué hora es y no me vas a hacer creer que os habéis limitado a estar hablando toda la noche hasta esta mañana.

—No seas indiscreta, Mila. Venga, arréglate para salir a desayunar con nosotros —le pide su madre.

—¿Desayunar fuera? Qué va, ¡ni loca! Me desperté con hambre, pero mis planes son comerme estas galletas, volver a la cama y no levantarme más hasta la hora de almorzar.

—Pues nosotros vamos a ducharnos y a arreglarnos para salir.

—Pero, mamá, los churros con chocolate se lo toman la gente que está todavía de amanecida, no al revés, ¿cuándo te vas a enterar? ¡Qué mayores estáis! —dice riendo y carcajeándose de sus padres, posteriormente sale hacia el *hall* escaleras arriba con su paquete de galletas en la mano y en medio de estas me mira y me indica con un tono desafiante—. Espero que recuperes mis sandalias. —Y antes de desaparecer en el piso de arriba me guiña un ojo riéndose de nuevo.

Entonces a Marisa, al escuchar a Mila y la palabra «sandalias», automáticamente se le va la vista a mis pies y a mis zapatillas rosas de Hello Kitty, cómo no.

—Interesante calzado.

—Es una larga historia —digo omitiendo el tema poniendo mis ojos en blanco de nuevo.

—Y una larga noche, anda ve y acuéstate también. Hoy pediremos la comida fuera.

—Pero, Marisa...

—Ni Marisa ni nada, pero el lunes habrá que ponerse a fondo con los cristales de la casa, ya hace tiempo que les tocaba. Así que hoy descansa todo lo que puedas porque mañana sí va a ser un día fuerte para ti. Además, se van mis familiares y habrá que arreglar y limpiar a fondo las habitaciones.

—Claro, Marisa, gracias.

—De nada, el lunes también trataremos de acordar entre ambas un día libre a la semana, el que más nos convenga a las dos, así cuando salgas de fiesta o lo que sea no nos coja de sorpresa. Ya que estás con Brais imagino que lo necesitarás para pasar tiempo con él y tú también puedas descansar, ¿te parece

bien?

—Claro, sería estupendo.

—Ahora, a la cama. Desfila, anda.

Le hago caso, vaya si le hago caso. Me voy directa a mi habitación, me desvisto y al hacerlo me percató de que no solo me he dejado las sandalias en su casa, con las prisas... ¡Dios...! también mis bragas. Me meto bajo las sábanas y antes de dormir me siento tentada a enviarle un mensaje a Brais. Se lo mando finalmente o no voy a poder dormir.

HANA 

«¿Sigues despierto? Me he dejado los zapatos en tu casa, me han pillado al llegar y tuve que dar un par de explicaciones y Mila se ha alterado que no veas pensando que había perdido sus sandalias de firma».

BRAIS 

«Sí, estoy despierto, aunque me disponía a intentar dormir unas horas si las campanas de la iglesia me dejan. Vaya, con las prisas ni reparé en tus sandalias, no te preocupes, hoy te las llevo. Espero que tú puedas descansar».

HANA 

«Cierto, vives muy cerca del campanario, pobre. Ojalá puedas descansar también».

BRAIS 

«Gracias, ya te echo de menos».

Me hago mantequilla.

HANA 

«Y yo a ti también».

Suspiro, aliviada, no se ha dado cuenta de que me he dejado mi otra prenda, qué vergüenza.

Brais posteriormente me envía un emoticono de corazón y ahí ya paso de sostener una expresión un poco bobita, a estarlo verdadera y completamente. «Ahora sí que no duermo pensando en él», medito, pero en apenas dos minutos caigo fulminada.

Me despierto a eso de la una, con un dolor de cabeza descomunal y una terrible sensación de resaca. Me ducho, voy hacia el salón y con la que primero que me topo es con Mila.

—Estás horrible —me dedica.

—Gracias, lo sé, mi cara refleja cómo en realidad me siento, horrible, tal cual.

—«Noches alegres, mañanas tristes», decía mi abuela. Te buscaré un analgésico —me dice Mila.

Me limito a obsequiarla con una sonrisa de agradecimiento y, mientras ella lo busca, enciendo mi móvil y me percató de que tengo un wasap de Brais enviado a las doce de la mañana, dos horas antes.

BRAIS 

«Buenos días, contéstame cuando te despiertes, no dejo de pensar en ti».

Mila regresa con mi pastilla.

—Vaya cambio de cara... —me asesta.

—Es que acabo de recibir un mensaje de Brais —menciono.

—Pues te ha sentado mejor que el paracetamol y, por tu cara, la noche ha tenido que ser espectacular.

—No estoy para detalles, Mila —le indico mientras escribo un mensaje de contestación.

HANA 

«Yo también pienso en ti, aunque estoy hecha polvo y no me encuentro muy bien, tanta semana de fiesta, trasnochando, atendiendo a tantos familiares en casa de Alejandro...».

Mila me entrega el analgésico y después de observarme me espeta:

—Mejor me voy, como te veo intercambiando mensajitos amorosos con tu Brais..., no me vas a hacer ni caso...

—Luego hablamos, Mila —me limito a decirle sin levantar la cabeza siquiera mientras sigo concentrada en mi móvil.

BRAIS 

«¿Quieres quedarte a descansar en casa hoy?».

HANA 

«No, te irás mañana a Riveira, Brais, y me gustaría verte antes de que te vayas, aunque esté hecha una piltrafa».

BRAIS 

«No me iré, recuerda que cojo las vacaciones en agosto y los días que pillé para las fiestas los reengancho ya. No voy a ir a trabajar dos días para el día uno volver a salir de vacaciones, ¿no crees? Es absurdo, así que las ajusté para coger los días correlativos. Descansa hoy y si quieres te recojo el lunes».

HANA 

«Entonces, ¿te veré mañana?».

BRAIS 

Si lo deseas, y siempre que quieras, solo tienes que pedírmelo e iré a buscarte a casa de los Marsans. Hoy te dejaré descansar, si no te encuentras bien es mejor que te acuestes».

HANA 

¿Y qué harás hoy? ¿Algún plan con Rosalía?

Yo contemplo mi pantalla, el «escribiendo» y «escribiendo» de Brais y que no llega nada. «Al menos me estará poniendo un testamento», pienso o tiene muchos planes que contarme para ese día o no me explico. Al fin, después de lo que me parece una eternidad, el mensaje llega.

BRAIS: 

«Me temo que no eres la única que me planta hoy, ella también está cansada, aunque regresó pronto de la fiesta a casa de su amiga, han estado de charla toda la noche las dos y apenas han dormido; eso me han dicho los padres de Arantxa, su amiga. A veces me gustaría saber de qué tanto tienen que hablar dos pollitas de trece años, ja, ja, ja. En fin, me iré a media tarde con Xabi, va a largar las nasas al mar y luego quedaremos en Os Baláns a tomar algo. Cuando terminemos, me paso a dejarte las sandalias. Tanta fiesta..., te entiendo y si le sumamos lo de ayer...».

Contesto y le añado al wasap unas caritas sonrojadas:

HANA 

«Bueno, también podría sumarse, sí».

BRAIS 

«¿Qué te parece si mañana paso a buscarte y te llevo yo mismo a tu consulta semanal con Julián?, luego podríamos aprovechar el viaje y dar una vuelta por Vilagarcía».

HANA 

«Me parece genial».

BRAIS 

«Pues cuando te lleve las sandalias concretamos todo. Por cierto, ¿puedo quedarme tus bragas?».

Me convierto en un carabinero más rojo que el traje de santa Claus.
«Mierda, las ha encontrado».

HANA 

«¿Y para qué las quieres, pervertido?».

BRAIS 

«Como recuerdo de esta noche inolvidable, igual hasta las cuelgo en el espejo retrovisor del interior de mi coche».

HANA 

«Si es inolvidable entonces no necesitas tenerlas de recuerdo. ¿Del coche? No te atreverías, degenerado».

Bromeo.

BRAIS 

«Es broma. Besos, Hana, te veo mañana».

HANA 

«Besos, Brais».

BRAIS 

«Estoy deseando dártelos».

«Y yo deseando que me los des», pienso para mí.

Después de lanzar un suspiro me bajo de mi nube y regreso a la realidad, miro a mi alrededor intentando decidir por dónde empezar a ganarme el jornal.

Opto por comenzar por las habitaciones de arriba, me dirijo a la habitación de Iván y posteriormente a la de Mila, toco en la puerta, aunque esté abierta, y contemplo cómo ella está sobre su cama con un portátil.

—¿Tienes ropa sucia? —le pregunto sin llegar a acceder al cuarto—. Voy a hacer la colada y luego continuaré por los baños.

Levanta la mirada de su ordenador.

—Claro, pasa —me responde—. La eché en la cesta cuando me duché, puedes cogerla.

—Gracias, ¿y qué haces? —me intereso mientras me dirijo al baño de su habitación.

—Subir las fotos de anoche a mis redes sociales, incluso me saqué un par

con Iván, ¿quieres verlas?

—Quizá más tarde, cuando termine. Pues yo no lo vi en la fiesta, por cierto, me he pasado por su habitación y está inmaculada y la cama hecha. No ha venido a dormir, ¿verdad? —le pregunto desde su baño mientras hago acopio de su ropa.

—Tiene una amiga con derechos en la isla, ya sabes..., anoche me dijo que se iba a su casa cuando lo vi, pero supongo que vendrá a comer.

—¿Y tus padres?

—Se fueron a tomar el vermut y dijeron que al volver traerían la comida.

—Es verdad, esta mañana dijeron que comprarían la comida hecha. Madre mía, no paran. Yo me tomaría un caldito de pollo y me volvería a acostar y ellos han salido de nuevo.

—Qué flojita eres... —dice riendo—, eso es porque comes poco.

—Y tú de más, no sé dónde lo metes.

—Pues quemándolo con deporte.

—Y mucha fiesta.

—Pues también.

Y nos reímos y, cuando estoy a punto de marcharme, me viene a la mente el comentario de la hermana de Brais en la joyería.

—Mila...

—Sí, dime.

—¿Me podrías dejar luego tu ordenador? Es para buscar información sobre un detalle de mi pulsera, igual no sirve de nada, pero por intentarlo...

—Claro, en lo que te pueda ayudar...

—Gracias, bueno, ya te dejo para que sigas con lo tuyo, voy a poner una lavadora.

—Vale, antes de que te vayas, Hana. Esta tarde me voy con unas amigas a la playa, si quieres venir... Un bañito en el mar te sentará de lujo, ya verás, lo mejor que hay para la resaca.

—No sé..., Brais ha quedado con Xabi y después en venir a última hora de la tarde a devolverme las sandalias.

—Bah, si ha quedado con Xabi regresaremos a casa antes de que él llegue, te lo aseguro.

—Bueno, pues entonces... igual me animo —señalo y sigo con mis tareas.

A eso de las dos y media mis jefes regresan con pulpo y jamón asado para comer y, al terminar, como Mila no deja de insistir, la acompaño finalmente a la playa.

Me meto en el agua la última y, cuando regreso a la toalla, Mila está chismorreando con sus amigas y no puedo evitar escucharlas.

—¿Así que no quedó con ella porque quedó con Xabi después de que largue las nasas?

—No, ella quería descansar, se verán mañana.

—¿Estáis hablando de mí? Mila... —pronuncio con tono de recriminación.

—¿Qué? Ya es oficial, ¿no? Y no es ningún secreto. Además, ¿sabes lo que lleva Brais sin pareja? Pues desde que murió su mujer no ha habido nada trascendente, ¡es toda una noticia!

—Ya, disculpadme, chicas, pero tampoco es para que Mila ande contando hasta los detalles, es algo muy personal —las regaño y luego le echo a Mila una mirada de recriminación de nuevo.

—Bueno, tienes razón. Discúlpame, no lo volveré a hacer, te lo prometo. Es que es todo un acontecimiento para él o eso pensamos todas.

—Y para mí, no lo dudes.

—¿Y no te dijo a dónde iba a echar las nasas Xabi? A ver si va a andar por aquí con su lancha.

—No, solo me dijo que quedaba con él después de que hiciese eso, por cierto, ¿qué son las nasas?

Mila se echa a reír.

—¿No sabes lo que son después de casi un mes de estar viviendo aquí todavía?

—Algo de pesca, me imagino, ya que Xabi se dedica a eso, pero nada más.

—Es como una jaula, una trampa para pulpos y crustáceos del mar. Se le pone cebo o carnada dentro y, cuando entran a comer, luego les es imposible salir, así los capturan.

—No entiendo nada, pero ¿no es que no se puede faenar ni mariscar en domingo?

—No se puede, no, ni recogerlas, pero lanzarlas al mar sí está permitido.

Solo eso, para recogerlas temprano luego el lunes les permiten lanzarlas a los marineros el domingo. Ni te preocupes, Brais le tiene aversión a todo lo que sea costa, así que, si desconoces cosas de ese tipo, ni importa ni necesitas saberlas, no va a influir en tu relación con él. No me extraña que Brais quedara después de eso con Xabi, jamás se subiría a un barco.

Seguimos charlando, pero gracias a Dios de otros temas y regresamos a casa a eso de las ocho. Al volver observamos que algo cuelga del buzón de correos de entrada de la casa. Cuando nos acercamos podemos advertir de qué se trata. Son las sandalias que me ha prestado Mila, no hay duda de que Brais ha pasado antes de regresar nosotras de la playa. Mi ánimo decae, me hubiese gustado verlo, aunque fuese unos minutos y hasta me extraña que no me haya enviado ningún mensaje diciendo que se ha pasado para hablar de quedar el lunes como habíamos acordado.

—¡Mis sandalias! —exclama Mila y corre a cogerlas como si fuesen a evaporarse—. Dile a Brais que la próxima vez no las deje a la vista, ¡me las podrían haber robado!

—Tienes razón, se lo diré.

—Espera, hay algo más que las sandalias —me indica bajándolas de encima del buzón—. Ha depositado una rosa roja en medio de ellas y lleva una tarjeta —me informa y enseguida me lo entrega.

—¿Qué pone? —pregunta posteriormente.

—Para la cenicienta de la casa —digo sonriendo como una chiquilla.

—¡No sabía que Brais era tan romántico! Me encanta saber de esa faceta suya y que esto significa que va en serio o no se tomaría tantas molestias en tener estos detalles, es lo que creo.

—Ojalá tengas razón, Mila, ojalá.

Entramos con las sandalias en la mano y saludamos a sus padres, Marisa lee un libro en el jardín mientras Alejandro hace unos largos en la piscina. Mila se va a duchar de inmediato, yo me apresuro a dejar la bolsa de playa dentro para enviarle un mensaje a Brais, lo estoy deseando desde que he leído la tarjeta.

HANA 

«Gracias por la rosa y por devolverme las sandalias. No te esperaba tan pronto, una pena no haber estado, fui un rato a la playa con Mila y pensaba regresar antes de que vinieses.

Lo siento».

Brais, en vez de contestarme al wasap, opta por llamarme.

—Hola —pronuncio al descolgar. .

—Hola, llamé al timbre y al ver que no abrías no quise llamar a tu teléfono por si seguías descansando y por eso no contestaba nadie, así que las dejé allí. No quería importunarte ni despertarte, por si dormías o algo.

—Tú nunca importunas, Brais, todo lo contrario.

—Qué dulce eres, me encantas. —Un silencio embarazoso se produce, no sé qué decir—. ¿Y qué tal en la playa? —me pregunta.

—Bien, me sentó bien darme un baño fresquito.

—Me alegro.

—¿A qué hora quedamos mañana?

—Depende, ¿a qué hora tienes cita con Julián?

—A las cinco y media.

—Te cojo a las cinco entonces —contesta—, y después de tu consulta damos una vuelta por Vilagarcía como te dije, si te parece bien...

—Me parece perfecto.

—Por cierto..., mi madre vino en mi busca a casa, ya sabe que tú y yo vamos a por todas. Intenta no salir sola de casa por si le da por increparte, y si lo hace, por favor, házmelo saber de inmediato.

—Qué mal me lo pintas.

—Hasta que entre en razón es lo que hay, pero así lo decidimos, ¿no? ¿O te estás arrepintiendo?

—No, para nada, Brais.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana. —Y cuelgo.

Luego me dirijo a la habitación de Mila, aún está en la ducha.

—¿Puedo coger ahora tu portátil? Será un momento, no creo que tarde —le pregunto desde la puerta.

—Claro, no te preocupes. Úsalo el tiempo que necesites, ahora salgo.

—Gracias —le digo y me pongo a ello.

Meto en el buscador la inscripción numérica tal y como está y comienzo a leer los resultados. Ninguno tiene sentido ni obtengo información de valor ni asociándolo a palabras como «pulsera», «grabado», etc... Mila tarda en salir y de puro aburrimiento me pongo a actualizar y a hacerle una buena limpieza a su ordenador.

Cuando al fin Mila sale, me mira sorprendida:

—Se me ha olvidado darte mi contraseña para que puedas usarlo, ¿cómo has podido acceder a mi ordenador sin ella?

—Pues presionando «F8» y..., mejor que no lo sepas. Por cierto, tenías el antivirus obsoleto y una cantidad de basura almacenada que te estaba ralentizando el ordenador, espero que no te importe que le haya hecho una puesta a punto.

—¿Sabes de informática? ¡Anda! No sabía que se podía acceder a un ordenador ajeno sin tener su contraseña, das miedo...

—Ni yo lo sabía, ni que tenía nociones de todo esto... Hasta que he tenido tu ordenador en mis manos, es como si lo hubiese hecho por inercia.

—¿Y has encontrado lo que buscabas?

—No, he metido la inscripción a ver si encontraba algo, hasta he investigado por si eran unas coordenadas, una ubicación..., imagínate, nada ha dado resultado —digo riendo de lo absurdo que hasta a mí me parece, pero ya no sé qué más buscar.

—Pues lo siento, Hana.

—No te preocupes, seguramente no signifique nada. En fin, te he activado el bloqueo de los rastreadores, controlan todo el tráfico entrante y saliente de un equipo, incluidos los números de tarjetas de crédito y demás información confidencial. La verdad es que estabas bastante desprotegida.

—¿En serio?

—Sí, pero no te preocupes, está blindado completamente, hasta contra los anuncios espía.

—¿Qué? ¡Ni siquiera sabía que eso existía!

—Si yo te contara..., por existir hasta hay otra red aparte de la que todo el mundo conoce, «la red profunda» se llama; un mercado negro de todo tipo, bombas, armas, hasta tráfico de personas, la mayoría de sus usuarios suelen ser unos indeseables.

—¿Y cómo sabes eso?

—¿Hablas conmigo? ¿Con la persona que sabe cosas, pero no el por qué, ni tiene explicación para ello...? —advierdo desalentada—. Ojalá lo supiera.

—Me has dejado loca con eso de la red profunda.

—Pues sí, pero solo se puede acceder teniendo una aplicación muy exclusiva y tienes que ser invitada por alguien que esté dentro.

—Vaya tela... ¿y las autoridades saben que eso existe?

—Claro, siempre tienen a alguien infiltrado, y los hackers también la conocen. No es tan ajena como te crees.

—Pues, para mí, sí... Hasta ahora.

—Bueno, será mejor que vaya a preparar la cena, te veo abajo, Mila.

—La cena... ya... tú no sé qué serías antes, pero cualquier cosa menos empleada doméstica, maja, cada vez lo tengo más claro.

—Ojalá yo tuviese claro algo, Mila. Fue ponerme en tu ordenador y se despertó un instinto en mí. Me vino todo tipo de información, como si estuviese dormida en algún lugar de mi mente.

—Chica, idiomas, en informática pareces una *crack*... y a saber qué más.

—Ya lo iremos descubriendo o eso espero. Voy a hacer la cena.

—Claro, hasta luego.

Después de una ducha preparo la cena para los Marsans y me acuesto temprano. Contemplando mi rosa de la mesita de noche con una sonrisa en el rostro, caigo en los brazos de Morfeo y duermo del tirón hasta el día siguiente.

CAPÍTULO 8

TÚ: MI DESTINO EN TU

MIRADA

El lunes es de campeonato, pero ¿cuántas cristaleras, aparte de las ventanas, posee esta casa? Arreglar las habitaciones, viajes de sábanas escaleras arriba y abajo... Sospecho que tendré agujetas en los brazos durante una semana entera, a pesar de que el hermético de Ángel me ha echado una mano, dejando sus tareas en segundo lugar y hasta me sorprende que salga de su recelo. Quizás prepararle tantos cafés cada mañana vaya dando sus frutos, aunque me ayude, sigue poco dado a la charla.

Dejar la casa reluciente me ocupa casi toda la mañana, más el *hall* y las maderas. La casa es preciosa, pero da un trabajo... que ya les gustaría a muchas quemar las calorías en el gimnasio como yo, porque las mías se carbonizan solas apenas comenzar a limpiar tan señorial y laboriosa casa.

Por la tarde Brais viene a por mí, su puntualidad es tan perfecta e impecable como su atractivo.

—Hola, preciosa —me saluda.

—Hola —le devuelvo el saludo mientras pienso en la manía que le estoy cogiendo a sus gafas deportivas, son tan oscuras que evitan que pueda deleitarme en sus increíbles ojos. Solo puedo apreciar por la ventanilla que lleva una camisa de botones, pero de corte deportivo. Estoy deseando subirme al coche para gozar de la panorámica de su cuerpo entero.

Agarro mi vestido vaquero por detrás para subirme al coche y sentarme sin arrugarlo, y nos damos un beso que parece no tener fin. Pedirle que pare me cuesta un esfuerzo sobrehumano, pero lo hago o llegaremos tarde a mi consulta y, con gran fastidio, al fin arranca. Entonces reparo en algo que hay en el bolsillo del copiloto, como una revista de pequeñas dimensiones que lleva la imagen de la Virgen del Carmen de la isla en la portada.

—¿Qué es?

—Es el folleto de las fiestas del Carmen, ya sabes, el programa y eso. Lo ha dejado Xabi y llevará en el coche toda la semana.

Lo cojo y comienzo a ojearlo.

—¿Para qué lo miras si las fiestas ya terminaron? —me formula Brais.

—¿Y qué?

—Como quieras —dice mientras sigue atendiendo la carretera.

Aparte de traer el programa de cada día; pasacalles, horarios, los nombres de las orquestas que tocaron cada día; lleva la publicidad de muchos negocios de la isla y, algo que despierta realmente mi curiosidad, varias fotos antiguas en blanco y negro de gente salpicadas por todo aquel librito.

—¿Y estas fotos antiguas en blanco y negro? ¿Qué tienen que ver con las fiestas? —le pregunto.

—Son fotos antiguas de los vecinos, las suelen donar ellos mismos y las incluyen cada año, Mira la página veintitrés, hay una de mi padre, todo el mundo dice que se parecía mucho a mí. Bueno, yo a él, más bien. A ver si tú también averiguas cuál es en esa foto.

Entonces lo hago y busco la página en cuestión.

—No me digas que es el de la melena con pantalones de campana.

—Ese era mi padre, sí. En esa foto aún era soltero, más joven de lo que yo soy ahora, tendría unos veintidós años.

—Parece uno de los Beatles al menos. Era muy guapo, ¿cómo se llamaba?

—Francisco, yo casi no recordaba su rostro hasta que lo volví a ver en el programa de fiestas.

—¿Y eso? Tendrás fotos en casa, ¿cómo no te vas a acordar del rostro de tu padre? —pregunto confundida.

—Mi madre las hizo desaparecer todas, decía que le era demasiado doloroso verlo.

—Pues no me parece justo para ti y tu hermana por muy doloroso que sea para ella, para vosotros imagino que también.

—Ya, pero ya ves que no es una persona fácil, lo mejor es no llevarle la contraria por no discutir y aguantarla...

—Pues es una mujer muy injusta.

—Bueno, es mi madre. Creo que Mila la llamó «la vieja agria», la escuché, aunque ella lo desconoce.

—¡Ay, lo sabes! Lo siento, de verdad.

—No lo sientas, la verdad es que me sorprende que no le llamen algo peor.

No sé qué contestar, después continué curioseando el folleto de las fiestas y

le voy preguntando por las fotos y por todo lo que despierta mi curiosidad en el libro, y él, paciente, me va contestando casi lo que dura el resto del trayecto.

Cuando llegamos Brais insiste en saludar a Julián y me acompaña hasta la misma puerta de su consulta. En cuanto Julián termina con el paciente que me precede, y llegado mi turno, sale para llamarme y se sorprende al verlo allí.

—Vaya, qué bien acompañada vienes hoy —masculla con cierta ironía. Me fastidia cómo lo ha dicho, así que miro a Brais con verdadera adoración y me reafirmo en su frase y su idea.

—No podría estar más de acuerdo —sentencio con una sonrisa radiante.

—Vaya, vaya, así que al final él y tú... —resuelve Julián y no hace falta que termine la frase, Brais lo hace por él.

—Pues sí —alude—, ¿y cómo va su caso? —pregunta cambiando de tema de forma radical, como si se sintiese ofendido por indagar en su vida personal de alguna forma.

—Los progresos no son tan óptimos como desearía, pero al menos hay pequeños avances.

—Ya, me alegro de verte, Julián. Te veo bien.

—Yo también te veo bien, Brais.

—Bueno, voy a aprovechar para saludar a antiguos compañeros facultativos mientras dura vuestra cita y luego hablamos, si lo deseas.

—Claro. —Asiente Julián cerrando la puerta, luego me mira y declara—. Parece adorar el suelo que tú pisas —manifiesta aún contemplando la puerta.

—No exageres, Julián.

—Su rostro resplandece cuando te mira.

—Bueno, eso no es malo, ¿o sí desde tu criterio médico?

—No, solo que tenías otras cosas con las que lidiar antes de meterte en una relación sentimental, pero yo solo puedo actuar como consejero, nada más, en ese sentido.

—¿Por qué te molesta tanto? A veces me da la sensación de que nunca lo has aprobado, desde que supiste que sentía algo hacia él.

—Porque a Brais no lo veo preparado para asumir una relación tampoco. En cierto modo es un hombre atormentado y su círculo familiar tampoco es que ayude mucho y es lo que menos necesitas ahora mismo.

—Vaya, veo que estás al día de muchas cosas, pero sé dónde me he metido, estoy mentalizada y dispuesta a intentarlo, igual que él. Te he demostrado que soy capaz de ser independiente, que puedo valerme por mí misma, a pesar de mi amnesia. Y, si soy apta para trabajar y relacionarme, ¿por qué no para enamorarme también?

—Pero podrías haber elegido un ambiente más armónico y no en el que te has metido, y tienes cosas más importantes en las que pensar, en terminar con tu amnesia, por ejemplo. Priorizar, Suhana, priorizar y no buscarte distracciones que puedan afectar a la concentración para resolver tu mayor problema.

—Yo creo que nada tiene que ver una cosa con la otra, para nada.

—Ah, ¿no? Pues antes te mostrabas más interesada a someterte a las terapias, era tu mayor prioridad. Ahora vienes a consulta como si te sometiera a un simple control semanal y nada más.

—Eso es lo que a ti te parece.

—Está bien, referente a Brais, creo que nunca superó el luto. No se dejó aconsejar ni tratar, te lo cuento para que no me malinterpretes y por ello estoy preocupado por ti, ya lo he dicho.

—¿No se dejó aconsejar por ti, quieres decir?

—Ni por nadie, ni por un familiar siquiera.

—Ahora empiezo a entender tu preocupación y me alegro de que me lo hayas aclarado, pero, de verdad, sé dónde me meto.

—Bien, no quiero perder tu hora discutiendo, como quieras. ¿Qué prefieres hoy? Sesión regresiva o ahondar en tus nuevos recuerdos de forma consciente a ver si averiguamos más.

—Me da igual, lo que prefieras, ¿sabes si Cris o Mari trabajan hoy?

—Cris no sé, a Mari Carmen la he visto en planta y creo que tiene turno hasta medianoche.

—Luego iré a verla, si no te importa, mientras tú hablas con Brais.

—No me importa, no. Y, bien, antes de comenzar, ¿has experimentado algún vago recuerdo o detalle a mencionar?

—Bueno, sí, el sábado tuve una nueva pesadilla, pero no la de siempre, esta vez fue diferente.

—Explícate.

—Salía de un edificio, era como una especie de fortaleza, blindada de

seguridad. Yo llevaba un traje pantalón de lo más sobrio, la verdad es que no me pegaba nada y me costó identificarme incluso. Salía hacia lo que parecía ser mi casa, y una voz se repetía una y otra vez.

—¿Y qué te decía esa voz?

—Que el enemigo estaba en casa, repetía, y no dejaba de angustiarme.

—Vaya.

—¿Crees que pueda ser un recuerdo o más bien otra cosa?

—Pueda que te sientas desprotegida por no recordar, en cierto modo, que te sientas perdida por ello, y sea la causa de esas pesadillas.

—O sea, que según tú no son hechos reales ni recuerdos, sino una forma que mi mente tiene de interpretar lo que siento.

—Es una posibilidad.

—Pero no me siento desprotegida ni perdida, antes sí, no recordar me hacía sentir una inmensa soledad, pero desde que estoy con Brais...

—Bueno, quizás tu subconsciente no piense como tú. —Ríe.

Hablamos sobre mi presente, cómo lo estoy encajando y llevando. Julián es prudente y no vuelve a tocar el tema de Brais, al menos directamente, y luego salgo de la consulta.

Brais está sentado en la sala de espera, los dejo charlando a ambos mientras voy a saludar a Mari.

Charlamos de cómo me va mi nueva vida, de Brais, inevitablemente, de los hijos de Mari y, después de ponernos al día ligeramente, regreso a encontrarme con él nuevamente, nos despedimos de Julián y nos dirigimos al aparcamiento cuando me llevo otra sorpresa. Me topo con Osman en el exterior, como si me estuviese esperando, lo que él parece que no esperaba para nada era que Brais me acompañara, lo veo reflejado en la expresión que adopta su rostro.

—Hola, Osman, ¿qué haces aquí? ¿Aún está ese familiar tuyo ingresado? —le pregunto.

—Creí que vendrías sola, como hace una semana y poder repetir lo del lunes pasado. Otro café y conversación. Como vivo cerca, pensé en acercarme y luego llevarte a casa y que no tuvieses que coger ese autobús, pero veo que no va a ser necesario —dice mirando a Brais algo incomodado.

—Bueno... ya que estás aquí podemos tomarnos ese café los tres —le sugiero, ¿qué otra cosa podía decir?

—Esto..., acabo de recordar algo importante, lo siento, lo dejamos para otro día.

—Una pena. Bueno, pues... hasta otro día —me despido confusa.

Y Osman se va como si nada.

—Eso ha sido muy raro —menciona Brais mientras caminamos hacia su coche.

—Sí, un poco, aunque no contaría con que tú me trajeras e igual no ha sabido reaccionar.

—¿Hay algo entre vosotros?

—¡Claro que no!

—Al menos por tu parte, pero de la suya...

—No busques fantasmas donde no los hay, Brais. Yo jamás le he dado pie a que tenga ninguna posibilidad conmigo.

—Quizás es lo que tú crees, pero para él igual no es así. No me da buena espina ese tío —deja caer antes de abrir la puerta del coche.

—¿Son celos lo que vislumbro? ¿Y eso te impide ver con claridad? Osman solo es un conocido, un amigo reciente.

—Ah, no digas tonterías, mejor dejar el tema. Te voy a llevar al centro, a la calle de la Baldosa, es totalmente peatonal y hay una cafetería donde hacen los mejores dulces del Vilagarcía —dice evitando el asunto.

—Suenan bien —declaro, también deseo prescindir de sus celos y no estropear la tarde. Nos subimos al coche.

Brais conduce hasta el centro de la ciudad y cuando estamos aparcando, para nuestra suerte, comienza a llover con intensidad; suerte, pero mala.

—Vaya, no he traído paraguas, ¿y ahora qué hacemos?

—¿Mojarnos? —bromeo y luego pregunto—. Oye, Brais, tu idea de pasar la tarde en Vilagarcía, ¿no será para mantenerme alejada de la zona de peligro de tu madre?

—Pues sí, para evitar que nos tropecemos con ella, ¿tanto se ha notado? —formula riendo.

—Un poco. —Me río también.

—Deseaba que fuese una tarde perfecta, pero como no la pasemos metidos en un centro comercial... Los planes se me han chafado un poco, lo siento, no

contaba con la lluvia.

—A mí me da igual dónde estemos mientras pueda charlar contigo y saber más cosas de ti.

—Oh, ¿y besarme no? Qué decepción —dice fingiendo estar desolado.

—¿Intentas influenciarme de algún modo? Sabes que me encanta besarte —replico sabiendo que es lo que desea escuchar.

—¿Y a qué estás esperando entonces? ¿A qué llueva? —ironiza señalando el parabrisas de su coche y la que está cayendo, posteriormente fija su mirada en la mía plantándome un beso tan ardiente que me dan ganas de abalanzarme sobre él allí, dentro del coche. Pero, al ver el incesante paso de tantos viandantes y al recordar la pillada en el monte, la idea de un segundo escándalo público consigue frenarme finalmente.

—¿Y a dónde te llevo ahora con este tiempo?

Yo me encojo de hombros y Brais se queda pensativo un buen rato.

—Bueno, ya se me ocurrirá algo por el camino —manifiesta y, cuando está a punto de arrancar el coche, suena su móvil.

—Vaya, es mi hermana. Perdona un momento —me indica y descuelga su teléfono.

—¿Qué quieres, Paz?... No, eres un disco rayado, no voy a volver a casa... Es mi problema... Como quieras, es mi decisión..., que gobiernes tu vida que yo haré lo mismo con la mía, ¿ok?... No, no estoy en la isla... De ese tema no quiero hablar contigo..., ¿qué ruido?... Ah, es lluvia..., ¿qué ahí no llueve? Pues mira qué bien... ¿Y a ti qué te importa dónde estoy? Mira, Paz, hablamos en otro momento, ahora estoy ocupado. —Cuelga y resopla intentando librarse de la ofuscación que ha provocado en él la conversación con su hermana, puedo adivinar de qué va el tema principal, de que Brais ha dejado la casa materna y su hermana intenta convencerlo para que recapacite.

—¿Qué tal si volvemos al punto de partida? Al menos lo único positivo que he sacado de mi discusión con Paz es que en la isla no llueve ni hay señales de que vaya a llover, ¿cambiamos nuestro paseo por Vilagarcía y lo trasladamos a la isla? Al menos allí no nos mojaremos —me sugiere.

—Me da igual, mientras sea lejos de tu madre... —me limito a contestar con total franqueza, solo quiero disfrutar de él, de su compañía, lejos de cualquier problema que pueda empañar el tiempo que pasamos juntos.

Se ríe y se queda pensativo un rato, luego gira las llaves del contacto.

—¿Has estado en el Oasis de la isla? —me pregunta—. La cafetería, me refiero. Está a las afueras o entrada de la isla, según se mire, pero lejos de la casa de mi madre, que está en el otro extremo.

—En la terraza comiendo un helado con Bea alguna vez, pero dentro no, si es a lo que te refieres.

—¿No has estado dentro? No puede ser, pues vamos a tomarnos ahora mismo algo allí, estaremos alejados de mi vieja agria —dice riendo. Sé que lo hace para que me sienta mejor; pero es su madre y me choca a veces que hable así de ella, por mucha inquina que me tenga.

—De acuerdo, sería genial —respondo con ganas de conocer ese Oasis.

Brais se pone en marcha de nuevo y nos dirigimos allí, el Oasis se emplaza en casi la misma entrada de la isla, nada más dejar el puente, al lado mismo de una magnífica playa.

El exterior llama la atención con su jardín y mesas de mármol circulares en medio de su particular vegetación, donde con anterioridad había degustado algún que otro helado en compañía de Bea alguna tarde de aquel verano. Sin embargo, el interior es desconocido para mí. Atravesamos su largo pasillo que separa el jardín y obra de camino de entrada al local que conduce a unas escalinatas hacia su interior y su especie de colosal cúpula translúcida como tejado nos da la bienvenida. Su nombre en el interior hace realmente honor a él; Oasis, porque hay plantas que llegan hasta los siete metros de altura y las mesas redondas rodeadas de vegetación les dan auténtica privacidad a unas de otras. Es como tomarse una copa en medio de un jardín botánico gozando de total privacidad y aislamiento de otros clientes por estar rodeada cada mesa de las gigantes plantas. Entro con la mandíbula desencajada por mi nuevo hallazgo y Brais me sonrío al verme gratamente sorprendida.

Posteriormente elegimos una mesa, nos sentamos y pedimos unas cervezas.

—Por tu cara, puedo advertir que he acertado con el local —manifiesta satisfecho.

—Es como un invernadero gigante y lujoso. Me encanta.

Brais sonrío y cambia totalmente de tema.

—Le he hablado de ti a mi hija Rosalía —me suelta sin rodeos ni anestesia —, ayer, mientras comíamos y quiere conocerte, ¿qué tal mañana?

La Coca-Cola sale a presión de mi boca como la bomba hidráulica de un coche de bomberos mientras apenas puedo pronunciar:

—¡¡¿Qué?!!

—¿Podrías venir a comer o tienes que atender a los Marsans? ¿Te vendría mejor otro horario? ¿Cenar?

—¿No es muy pronto para conocer a tu hija? Sobre todo, después de lo que pasa con tu madre, ¿no sería mejor esperar un tiempo a que se relaje un poco la situación?

—Ella insistió, sabe el problema con mi madre. No te preocupes, todo irá bien.

—Es que... me avisas de un día para otro, es muy repentino... Quiero conocerla, pero no así...

—Le diré que estás muy ocupada y, cuando tú te encuentres preparada, me lo dices.

—Es que no sé... Así que habéis hablado de mí, espero que le dijeras cosas buenas.

—Maravillas.

—Ya... —digo mostrándole una mirada escéptica—, ¿y qué te ha dicho ella?

—Pues me ha puesto a parir.

—Me lo temía, ¿y aun así quiere conocerme? No entiendo nada. Genial, otro problema. No quiero estropear la relación que tienes con tu hija, no quiero ser la causa. Bastante culpable me siento por lo de tu madre.

—No, espera, no es lo que piensas. Me echó el sermón del siglo no por estar contigo, sino que dijo que no tenía el suficiente coraje para enfrentar a mi madre y que no sé merecerme las cosas. Que le encantaría tener a alguien mayor de su mismo sexo a quien pedirle consejo sobre ciertas cosas que conmigo no se atreve y que estaba feliz de no verme solo; pero que lo acabaría estropeando y ya me odia por algo que ni siquiera sé, qué voy a hacer o qué va a pasar. Se montó una película en un minuto, yo ni podía articular palabra mientras la escuchaba. Te juro que me recordó a mi madre en esos momentos.

—Bueno, lleva sus genes. Tiene carácter, aunque creo que es muy diferente a tu madre. La he visto en la plaza unas cuantas veces con sus amigas y parece muy madura y buena chica. Por un momento me hiciste pensar que te puso a parir por decirle que tenías una relación o lo que rayos sea esto.

—Es madura, lo es, a pesar de echarme el sermón de mi vida ayer. ¿Tú qué crees? ¿Crees que la cagaré contigo? Si hago algo estúpido, sé directa. Ayúdame,

por favor, no quiero joder esto. Hace mucho que no tengo una relación. Y a mi madre, por otro lado, no la dejaré que se interponga, eso te lo prometo.

—No la cagarás, porque yo necesito que eso no ocurra, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contesta y me besa.

Luego recrea su mirada en mí, y yo en la suya, lo siento tentado a volverlo a hacer y no me equivoco. Su boca vuelve sobre la mía, cómo besa... En el segundo beso se regocija a gusto, se entusiasma y yo lo disfruto como nunca. Cuanto más lo beso más deseo hacerlo y me complace percibir que a él le pasa exactamente lo mismo. Hasta que en medio de la contienda que forjan nuestras bocas, suelta un gemido que traduzco en queja, como si intentara contenerse, entonces se aleja con dificultad.

—Será mejor que vaya a pagar en la barra, si me acompañas te enseño el resto del local —suelta.

—Vale —digo y lo sigo. Qué remedio.

En la parte posterior de la barra hay un espacio habilitado como restaurante, tanto como para uso diario como para grandes celebraciones que él me muestra y mientras Brais paga no puedo evitar enfrascarme en un acuario lleno de peces tropicales.

—Cuando tenga mi propia casa me encantaría tener un acuario como este.

Entonces sus ojos van hacia el colgante de mi cuello automáticamente.

—Con peces y caballitos de mar —acierta a decir.

—Por ejemplo —manifiesto con un brillo en mis ojos imaginándolo.

—Lo tendrás, te lo aseguro —me dice sonriendo y cuando el camarero le da el cambio salimos del local.

—¿Y a dónde vamos ahora?

—Voy a enseñarte algo, si no te importa atravesar el campo andando. Está algo escondido entre fincas de cultivo, pero... ¿te gustaría conocer una de mis excentricidades?

La curiosidad me puede, aunque tenga que mancharme los pies, porque calzo unas sandalias planas.

—Vale, te sigo.

Brais deja su coche aparcado en el Oasis y comenzamos a caminar, adentrándonos en un campo cercano con un sendero estrecho que divide unas fincas de otras delimitando la propiedad de cada una. Atravesamos un cultivo de

maíz, varios de patatas, hasta que dejamos atrás unos eucaliptos no puedo ver algo de lo más extraño; un barco varado en mitad de una finca. Un barco ubicado en medio de una parcela, sí, es una especie de embarcación de pesca como los de la zona, con el nombre de Brais rotulado en un costado y también en la cabina central o puente de mando.

—Es tuyo, ¿verdad? Debí imaginarlo, lejos de la costa. Solo tú podrías tener un barco varado en tierra firme —bromeo.

—Tiene su explicación. Verás, era de mi padre, lo utilizaba para pescar cuando no estaba embarcado en los grandes mercantes. Como ves no aguantaba mucho en tierra firme, siempre entre las olas, al contrario que yo, y por eso lo hice trasladar aquí. El terreno y las fincas colindantes son de mi familia.

—Pudiste venderlo o algo. Total..., tú nunca vas a utilizarlo...

—Lo pensé, mi padre le puso mi nombre nada más nacer. Aquí es muy habitual que los marineros le pongan el nombre de sus hijos a sus embarcaciones. No pude desprenderme de él, es uno de los pocos recuerdos que conservo suyos, el valor sentimental que posee no tiene precio de venta posible. Así que hice que lo trajesen hasta aquí.

—Pues se ve en buen estado para haber estado aquí varado tanto tiempo.

—Le hago un mantenimiento de vez en cuando, le sustituyo maderas, lo pinto... Rosalía jugaba en su interior de pequeña, otros padres les fabrican a sus hijos una casa en un árbol... Rosalía, sin embargo, tuvo este barco donde jugaba con sus amigas y ahora ya ves dónde ha terminado, está en el club de piragüismo de la isla. A ella siempre le gustó todo lo que estuviese ligado al mar, dice que quiere estudiar biología marina, no te digo más, ¿quieres subir?

—Vale —respondo y me encaramo a la escalera de madera que hay dispuesta para acceder siguiendo a Brais, y él me ayuda a subir.

—Eres la segunda mujer que traigo a bordo.

—Ah, ¿y la primera fue alguna de esta isla?

—La primera fue mi hija Rosalía, te lo he dicho antes. Nos pasábamos tardes enteras aquí jugando a los piratas o al escondite.

—Vaya... —me siento halagada, por eliminación es fácil deducir que soy la primera mujer que trae a bordo, pero, para evitar sonrojarme y que él se dé cuenta, cambio de tema—. Veo que has ampliado el puente —digo ya arriba, al entrar en el mismo.

—Rosalía tenía un buen grupo de amigas de pequeña y tuve que ampliarlo

para que cupiesen todas. Como te dije, era su centro de juegos y ahora... espero que sea el mío —me asesta sin rodeos con una penetrante mirada acorralándome contra la puerta de la cabina y usando mi cuerpo como herramienta para cerrarla bajo su golosa forma de mirarme.

—Así que esto... esto era una emboscada —deduzco mientras mis latidos comienzan a latir con fuerza ante las expectativas que se van forjando en mi interior bajo la endiablada mirada de Brais y la presión de su cuerpo sobre el mío.

—A esta hora Rosalía estará en casa con alguna de sus amigas para llevarte allí, así que..., sí, es una emboscada en toda regla —confiesa con una voz oscura y algodonzada al mismo tiempo y su boca comienza a deslizarse por mi cuello—. Me moría por tenerte así y estar a solas contigo.

Apenas gruñe con su voz masculina mientras siento su cálido aliento bajando por mi escote, usando su boca inquieta y osada que me estremece. Desabrocha mi primer botón y mi aliento se agita, el segundo, el tercero y el cuarto... Cuando siento el suave roce de sus labios sobre mi pezón, luego sobre el otro, los acaricia y humedece provocando que se endurezcan y esta acción aviva su excitación; lo que provoca que comience a manipularlos con más entusiasmo, y yo soy incapaz de hacer otra cosa, cualquiera contraria a no dejarme llevar. Soy débil o quizás Brais sea mi *criptonita*, es algo que ya no me importa. No dejo de aferrarme a él, mientras sigue concentrado en mis pechos, es más que patente que los ha establecido como su patio de recreo, alternándolos y poniendo a prueba mi desesperación. Hambrienta por la necesidad vuelvo a agarrarme a él con más fervor por las caderas, en el estado en el que estoy ni yo misma sé cómo puedo reaccionar. Espero no desmayarme o cualquiera otra sandez que pueda estropear nuestro momento. Sí, deseo que haga lo que le plazca conmigo, estoy loca por él, desde el primer día en la playa y los siguientes cuando no dejé de soñar con sus ojos, dentro del hospital, hasta que los míos se volvieron a topar con los suyos, hasta convertirse en mi credo.

Al fin deja de torturar mis pechos maravillosamente, su boca los abandona para ir hacia la mía, deleitándose con un beso profundo, exigente y posesivo. Mientras traza la tarea de desabotonarse su camisa y se desprende de ella. El deseo mutuo es indescriptible, me abrumba, me mantiene en trance y, cuando se separa de mí para desabrocharse sus vaqueros, contemplo su torso desnudo y firme, brillante y húmedo del sudor. No puedo evitar liberar una larga y nerviosa exhalación que él enmudece de nuevo con su boca. Es perfecto, exquisito y sus ojos me embrujan. Su cuerpo incita al pecado a cualquier hora del día o a todas

horas si fuera posible... Y todo lo hace tan bien...

Cuando intento terminar de desabotonarme mi vestido, apenas los tres botones que me quedan —de los otros se ha ocupado maravillosamente él buscando mis pechos—, Brais me lo impide deteniendo mis manos, poniendo las suyas sobre las mías encima de los botones delanteros de mi tela vaquera.

—Déjame que yo lo haga —me pide con una mirada entornada.

Solo puedo asentir, estoy enmudecida por el deseo. Vuelvo a probar sus suaves y ardientes labios sobre los míos, mientras va desabrochando botón a botón, muy lentamente. Cuando termina su tarea y mi vestido está abierto al completo, tiemblo al sentir su mano ascender por mi muslo hasta mi cadera, allí toma el ribete de mis bragas y las va llevando hacia abajo. A la vez recorre mi piel acariciando cada milímetro y hago un ligero movimiento de pies para desprenderme del todo de ellas. El deseo me consume, me incendia, luego tira de mis caderas sentándome en el viejo banco de madera que hay en la cabina y, allí, se acucilla enfrente volviendo a tirar de mí. Me tengo que agarrar fuerte a la orilla del banco para no caer del todo. Cierro los ojos abrumada sospechando lo que se propone. Siento sus dientes, luego su lengua ascender por el interior de mi pierna, hasta que su nariz atraviesa vertical todo mi sexo y una pequeña descarga me recorre cuando lo hace, otra más cuando lo repite con su lengua. Tira de mi clítoris y siento que estoy a punto de volverme loca, pero necesito que no pare, que siga eternamente. Comienza a emplear su experta boca, ¿cómo puede hacerlo tan bien? Saber lo que me satisface y más me excita. Gimo de puro placer y cuando necesito que la fricción sea más intensa lo atraigo contra mí, me retuerzo involuntariamente, no puedo evitarlo ni obligándome a no hacerlo. Brais sabe interpretarlo perfectamente actuando en consecuencia. Me da miedo que me conozca tan bien, quizás más que yo misma. Sin embargo, el placer que experimento anula todo lo demás, evaporando todos mis temores.

—Eres tan sexualmente sensible... tan jodidamente sensible... —ronronea con una voz teñida de sensualidad. Aparte del placer, de su frase que dispara mi libido, de la imagen de tenerlo entre mis piernas —eso sí es desmesuradamente sexi y provocador—, todo se convierte en un cúmulo arrollador y en apenas dos segundos después siento una poderosa descarga abrasadora que se apodera de todo mi cuerpo, tensándolo como nunca antes. Mi respiración se desboca y me abandono, apretando de tal modo el banco que sospecho que voy a dejar allí mis uñas para la posteridad. Poco a poco recupero mi aliento, le sonrío desde arriba, y él hace lo mismo satisfecho por contemplarme deshaciéndome para él como respuesta, le encanta verme.

Me da un beso dócil y se incorpora mientras estira sus piernas como si tuviese las rodillas entumecidas, provocando que su pelvis se quede apenas a centímetros de mi cara y no lo pienso. Quiero hacer lo mismo con él, pero vacilo en parecerle una atrevida o una desvergonzada, mucha culpa es de su madre, y mía, por dejar que su opinión de mí me influya. ¡Demonios! Soy tonta, es nuestra cuarta vez, somos adultos. Lo deseará tanto como yo. Aprovecho mi posición sentada en el banco, yendo hacia la abertura de sus pantalones, Brais se percata.

—Hana... —pronuncia.

Temo que quiera detenerme y no lo miro, en vez de eso, le asesto:

—Hana está muy ocupada —digo con un tono muy persuasivo rozando la obscenidad.

Inmediatamente la acuno en mi mano primero, mientras la acaricio, la estudio y voy memorizando su tamaño y grosor. Brais se ha quedado sin habla, por no saber qué decir o porque realmente sobran las palabras. Y me gusta eso, que no contradiga a una mujer, que no me contradiga a mí.

La otra mano la llevo a su torso notando cómo se ha tensado su abdomen y eso que aún no la he llevado a mi boca. Brais permanece inmóvil, expectante y me encanta. No tengo prisa, voy a atormentarlo lentamente de placer, porque quiero que me recuerde, que evoque que he estado aquí, amándolo, que lo he vuelto loco de placer y que no pueda olvidarlo jamás; pase lo que pase.

Tengo su erección en mi mano y decido recorrer toda su superficie con mi lengua sin prisas. Lo miro y está ansioso, y me encanta verlo sufrir así. Los hombres quizás se sientan poderosos cuando una mujer les proporciona placer de ese modo, pero no, el poder en realidad lo tenemos nosotras en ese momento. Podríamos pedirles cualquier cosa recibiendo un «sí» instantáneo. Su placer y voluntad ahora son míos y me siento así, poderosa. Al fin cierno mi boca sobre su sexo y lo voy atrapando, suave y lento. La saco y repito la operación. Brais echa la cabeza hacia atrás y siento cómo su cuerpo se estremece, hasta que se le escapa un gruñido que espanta una bandada entera de palomas del campo. Cómo me pone verlo así y saber que soy yo la culpable..., es un momento deliciosamente perfecto.

Lo miro, le agarro las caderas con ambas manos y las aprieto con firmeza, la introduzco lo más profundo que puedo en mi boca. Él suelta un gran gemido de placer, apuro un poco más el ritmo mientras acaricio su trasero y de vez en cuando lo aprieto contra mí, para que entre más a fondo en mi boca. Comienza a

gemir con más fuerza, si cabe. Me esfuerzo en hacerlo como nunca, por el simple placer de satisfacerlo y hacerlo inolvidable, no tengo con qué comparar por mi amnesia, así que me empleo a conciencia.

—Lo haces de muerte —murmura con una mirada totalmente lasciva y el rostro totalmente desencajado, lo cual dispara mi motivación.

Me coge del pelo y me hace un poco de daño cuando tira. Su respiración se acelera, advierto que está a punto. Entonces bajo el ritmo, todavía no, quiero que sufra, pero de placer. Quiero que me quiera y odie a la vez, quiero atormentarlo, que cada vez que se excite, en un futuro, no deje de pensar en mí.

Brais gruñe, protesta, pero no opone resistencia física ninguna, a no ser por sus gemidos que imploran que suba de nuevo la velocidad, así como su forma de respirar que lo suplica y clama. Acabo de descubrir que me encanta jugar con él y con sus sensaciones, provocarlo, impacientarlo y llevarlo al límite. Sobre todo, cuando tiene que apoyar una de sus manos en la pared para no perder el equilibrio. Está tan sumido en el desesperante placer que le estoy provocando, abstraído totalmente, hasta llegar a olvidar la ley fundamental de la gravedad. Tiene los ojos cerrados mientras no deja de gruñir y decir mi nombre una y otra vez, y yo ralentizo el ritmo cada vez que percibo que está a punto de deshacerse en mi boca y lo hago aposta de forma repetida.

—Niña mala —gruñe sexi y lo saboreo con más intensidad. Al borde de la exasperación, me aparta y me da la vuelta. Me coloca en el banco de madera, tantea mi sexo con sus dedos y pronuncia con la voz rota—. Estás ardiendo, y necesito tu calor. —Acabo de derretirme, y se coloca detrás apoyando allí una de sus rodillas para impulsarse y su miembro atormentado invade mi interior de forma brusca y de una estocada. Todo ocurre en apenas segundos y ni tiempo me da a reaccionar de algún modo.

Me agarra por una cadera y su otra mano rodea mi cintura por debajo mientras no deja de embestirme, el cúmulo de sensaciones es tal que incluso olvido lo rudo que ha sido. Me abandono a él sin pensar en nada más. Brais no para, hasta que lentifica la velocidad en momentos dados, como cuando estoy a punto de deshacerme. No sé si lo hace por rencor o por postergar su propio orgasmo ante la posibilidad de irse él antes que yo. Me sorprende cómo han cambiado las tornas y que vuelve a tener el control, sobre la situación y sobre mí; pero estoy totalmente entregada sin importarme nada más. Soy suya, estoy ardiendo, como bien dice él, extasiada. Aunque llegado un momento no puedo más, las piernas no me responden, pero no me importa. Disfruto y saboreo el ser suya, alargándolo al máximo. Gimo, grito hasta que acelera más, me gira el

rostro e inclina el suyo sobre mí para besarme profundamente.

—Quiero escuchar tus gritos de placer, quiero mi recompensa —me reclama y su mano desciende bajo mi cintura buscando mi clítoris acelerando mi orgasmo mientras no deja de embestirme.

Un delicioso escalofrío invade todo mi cuerpo, se tensa y convulsiono en un maravilloso éxtasis que ensordece la cabina del barco. Me he ido y aún siento pequeñas descargas mientras Brais sigue penetrándome. Grito de nuevo al sentir que la electricidad que experimento se intensifica de nuevo de forma espectacular. No me lo puedo creer cuando el segundo clímax aturde todos mis sentidos y dinamita el suyo propio.

Apenas soy consciente de que Brais casi se desploma sobre mí, pero lo evita asistiéndose a la pared de la cabina para no caerme encima por temor a hacerme daño, ya que me encuentro de rodillas todavía. Cuando recupera el ritmo de su respiración se sienta en el banco, me agarra por la cintura y me coloca sobre él mientras me abraza. Es la guinda de todo cuando alarga y alarga ese momento. Soy tan feliz... Me mira y me sonríe, y la forma en que lo hace es lo más maravilloso que han visto mis ojos. Me besa la frente y vuelve a sonreírme. Nunca antes me he sentido más unida a él, ni esta intensidad de dependencia hacia Brais.

El sudor aún resbala por nuestros cuerpos, pero estamos relajados, ambos nos sentimos bien y adoro compartir ese momento.

Me aparta un mechón de pelo del rostro y lo coloca tras mi oreja.

—Estaba pensando... si posponemos lo de comer o cenar mañana con mi hija, quizás aproveche para ir a Riveira. Tengo que ir por el resto de mis cosas al piso que tengo allí, no me he traído todavía todo con el lío de las fiestas y algunas las voy a necesitar para las vacaciones de agosto —su tono es tierno mientras me relata sus planes y adoro cómo me mira.

—Está en la provincia de A Coruña, ¿verdad? Ir y venir tiene que ser una lata cuando estás trabajando allí.

—No, apenas en una hora me pongo y lo mismo a la vuelta, lógicamente, ¿te gustaría acompañarme? Me encantaría que dijese que sí.

—Si es por la tarde no creo que tenga problemas con Marisa. A mí me encantaría, si eso supone pasar más tiempo contigo.

—A mí también, mucho. —Me sonríe mientras concentra su mirada en mí, me besa y sentencia—. Pues iremos por la tarde. Entonces, aunque intento

reprimirlo, se me escapa un bostezo—. Oh, estás cansada. Vamos a por el coche, te llevaré a casa.

—Lo siento, pero la verdad es que he tenido una mañana de locos para poder escaparme toda la tarde contigo y me empieza a pasar factura.

—Vaya, haciendo sacrificios por mí. Espero haber sabido compensarlo —me dice acorralándome de nuevo con una mirada desmesuradamente obscena.

—No me mires así o jamás saldremos de este barco —le pido a punto de enmudecer bajo esa forma de contemplarme.

—Una sugerencia de lo más tentadora —susurra en mi oreja con la voz más sensual que he escuchado nunca, mientras me estrecha contra su cuerpo con fuerza para obsequiarme con un beso húmedo que me hace gemir y volver a encenderme de nuevo. Pero luego tira de mi mano al mismo tiempo que ordena —. Vamos. —Se incorpora.

Me siento estafada, ¿cómo puede prenderme así con un simple beso y luego dejarme con las ganas? Pongo morritos, pero no surte efecto. En vez de eso, genero en él una expresión de lo más sensual. He hinchado su ego y comienzo a odiar que sea tan evidente que es completamente irresistible para mí.

Busca mi ropa por el suelo y me la entrega, comenzamos a vestirnos y cada vez que nuestros ojos se cruzan, mis mejillas vuelven a arder por la forma que tiene de observarme, aunque no puedo dejar de desear con toda mi alma que siempre lo haga de ese modo.

Echamos a andar dejando el barco después de llenarlo de recuerdos imborrables y en contra de mi voluntad, yo aún no deseo irme. Y, cuando estamos a punto de llegar al coche de nuevo, contemplo mis pies, negros como el carbón de haber atravesado el campo y la tierra labrada. Me da hasta vergüenza.

—A ver cómo explico de dónde vengo en casa de los Marsans con estos pies —no puedo evitar decir riendo.

—Tiene fácil solución —alega y cogiéndome de la mano me pide—. Ven.

Entonces Brais sortea el aparcamiento donde está su coche y sigue hacia la playa llevándome de la mano. Se acerca a la orilla del mar, enfrente del Oasis mismo y me sienta en una roca que ha buscado a propósito, donde el agua me cubre por los tobillos.

—Está helada —pronuncio, pero él me ignora.

Comienza a lavarme los pies con el agua del mar con una dulzura que me desmonta. Mientras me sonrojo, pienso que no puede ser un hombre real y me

planteo cómo me estoy enamorando cada vez más de él, si eso es posible.

—Ahora agárrate a mi cuello para que tus preciosos pies no hagan contacto con la arena y se te pegue.

—¿Me piensas llevar en brazos hasta el coche o qué? —formulo mientras me sorprende lo considerado que puede llegar a ser. Es el hombre más encantador que voy a conocer en la vida, estoy segura.

—¿Te disgusta la idea? —me pregunta.

—No —respondo.

Rodeo su cuello y Brais me eleva en sus brazos, me ruborizo, pero mientras me transporta le recrimino:

—En realidad lo haces para que no te llene de arena el coche, confiesa.

—Vaya, me has descubierto —bromea—. Acabas de echar por tierra mi plan de quedar como un auténtico caballero.

—Pues sí.

Sus ojos color oliva se apoderan de los míos de tal manera que no puedo articular ni una sola palabra más hasta llegar al aparcamiento.

Cuando llegamos al coche, Brais me deja en el suelo delante de la puerta del copiloto y luego lo rodea para ir hacia su asiento. Sin embargo, antes de entrar en él, echa la vista a la zona con una expresión de total desconcierto.

—¿Ocurre algo? —pregunto.

—Quiero creer que no y que solo son paranoias mías... Bah, no es nada, olvídale.

—¿Qué ocurre, Brais? —insisto.

—Que hace unos días que tengo la sensación de que alguien me sigue. Como si alguien me vigilara, pero igual solo es eso, una sensación, nada más sin fundamento alguno.

—¿Será tu madre? —bromeo.

—No creo que llegue tan lejos, no.

Miro a nuestro alrededor, pero no observo nada extraño ni a nadie.

—Seguro que solo son imaginaciones tuyas, quizás por todo lo que has pasado estos días con tu madre y demás —manifiesto.

—Seguro que sí —dice guiñándome un ojo y entra en el coche.

Por la mañana me levanto con una sonrisa de oreja a oreja, es uno de agosto y oficialmente el pistoletazo de salida de su mes de vacaciones. No me puedo creer que vaya a tener a Brais todo el mes aquí sin que se vaya a ninguna parte. Esa mañana voy como una moto de competición por la residencia Marsans, para terminar todo lo antes posible y tener la tarde libre entera para irme con Brais al pueblo donde ejerce como médico. Estoy deseando saber más cosas sobre él, sobre su vida y sobre todo disfrutar de su compañía.

Después de comer, los Marsans se trasladan al jardín posterior para tomar el café. Y, cuando me dispongo a servirlo, advierto que Marisa tiene la mirada concentrada en la nada y está como ausente.

—¿Te ocurre algo, Marisa?

—Que Ángel se nos va.

—¿Se ha despedido? —formulo.

—No, mujer, que ha conocido a una chica por Internet y me ha pedido quince días de vacaciones. Así, sin avisarme con tiempo, a ver a quién encuentro ahora que se haga cargo del mantenimiento de la casa, el jardín y la piscina.

—¿Cómo que ha conocido a una chica por Internet? Yo no podría buscar pareja por ahí. Una persona puede estudiar tu perfil público, saber tus gustos y aficiones y hacerse pasar por tu hombre ideal, luego vienen los disgustos o peor... ni pensarlo quiero.

—Bueno, los hombres son más atrevidos en eso. Dice que llevan meses chateando y se va a Valencia a pasar quince días con ella.

—Este nos vuelve con novia. —Me río—. Pues le deseo lo mejor, y que la chica de la red se ajuste a la realidad cuando llegue allí. De veras se lo deseo y ni me lo creo, con lo reservado que es...

—Ya ves, quien no corre vuela. En fin, no tengo a nadie de confianza que lo reemplace. No me ha dado tiempo para buscar a alguien, esto va a ser un caos.

—Alguien aparecerá y, si no, pues solo serán quince días, mujer, tampoco es el fin del mundo.

—A mí me enseñó la foto de la chica y como la cosa vaya bien... este no vuelve. —Se carcajea Alejandro.

—¿Tan guapa es? —pregunto y, antes de que Alejandro pueda contestarme, escuchamos el claxon de un coche.

—Debe ser Brais que viene a recogerme, os veo esta noche —indico y me despido. Salgo a ver, pero el coche que hay fuera no lo había visto en mi vida ni puedo ver bien al conductor porque me ciega el sol.

Así que doy la vuelta hacia el interior de la finca dispuesta a preguntar a mis jefes por el modelo del coche, por si es un conocido de ellos, pero el conductor vuelve a insistir con el claxon, confundiéndome de nuevo, hasta que suena el tono de wasap de mi móvil.

BRAIS 

¡Qué soy Brais! El coche me lo prestó Xabi.

Entonces me acerco y compruebo que sí lo es.

—No veas qué susto me has dado —digo subiéndome—. ¿Y tu coche?

—Esta mañana vi que tenía una fuga de aceite en la dirección. Si pudiese repararla me saldría en cincuenta euros, pero me han dicho en el taller que no tiene arreglo, que tengo que cambiar la bomba entera y la broma me sale en quinientos al final. He tenido que dejarlo en el taller, mi coche es una ruina —expone mientras arranca.

—Bueno, si te consuela, mejor que te hayas dado cuenta esta mañana y no camino de Riveira, podíamos habernos quedado tirados por ahí.

—Cierto, hoy es el día de las averías.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando fui a por el coche de Xabi me dijo que el motor de su barco tiene una gran avería también. No puede salir a faenar, el pobre, porque no tiene pasta para la reparación, así que tendrá que pedir un crédito. Sin barco no hay pasta y sin pasta no hay arreglo posible.

—Uno de agosto, queda declarado día de averías entonces —bromeo, pero luego recuerdo las palabras de Marisa y se lo comento—. Mis jefes están buscando a alguien para remplazar a Ángel durante quince días, tal vez le podría interesar a Xabi para sacarse un dinero extra, no sé si cubriría todo lo que necesita para reparar su motor, pero...

—¿Y eso? ¿Qué le ha pasado a Ángel?

—Se ha enamorado por Internet.

—¿Qué me dices? ¿El callado y solitario de Ángel?

—Lo que oyes, la chica es de Valencia y ha pedido vacaciones para ir allí,

apenas sin tiempo de buscarle sustituto.

—Vaya sorpresa, pues al regresar de Riveira se lo comentaré a Xabi a ver qué le parece.

—De acuerdo —convengo y Brais pone la radio.

Apenas han pasado minutos desde que me he subido al coche y ya nos encontramos en la mitad del puente que nos une con el continente. Suena *Have you ever really loved a woman*, de Bryan Adams, mientras contemplo cómo Brais va totalmente absorto en la carretera. La letra echa mi mente a volar, deseando que él crea fervientemente en lo que dice la canción y sienta lo mismo que yo y no simple agrado de mi compañía o una fuerte atracción sexual, de eso no hay duda, pero de lo demás..., necesito tanto tener esa certeza. Para qué engañarme, necesito que él sienta lo mismo que yo, es mi mayor anhelo. Aunque que me lleve a Riveira hace que me sienta importante para él, que quiera compartir conmigo y mostrarme su vida allí, que deseé que la conozca, me siento más que agradecida, pero no es suficiente.

Durante el trayecto vamos hablando de música y de su predilección por la emisora Rock Fm para amenizar sus viajes largos, hasta de cómo es su trabajo en aquel pueblo. Adoro escucharlo, todos los datos que sean sobre él los venero, así como el semblante que muestra mientras me hace partícipe de ellos. En los silencios a veces me mira y sonrío y vuelve a concentrarse en la carretera. Ojalá supiera lo que disfruto de su presencia, del tiempo que compartimos, aunque sea un simple viaje en coche. Mataría por saber qué pasa por su cabeza cuando me mira y me dedica sus sonrisas.

Al llegar a Riveira, Brais aparca en la llamada Plaza de los Marineros. Sí, otra población más que depende del mar y sus frutos. Donde se emplaza también el centro de salud donde ejerce como médico en pleno puerto, algo que no le agrada mucho como me confiesa, pero al carecer de plaza de garaje su piso de alquiler, según me cuenta, lo suele dejar allí porque su apartamento está a menos de diez minutos andando y apenas lo mueve tan solo cuando hace su compra semanal y cosas por el estilo. Y así hacemos, vamos caminando hasta él.

Su piso se ubica en el centro, muy cerca. Una cuarta planta con ascensor, pequeño, pero coqueto; aunque le falta un buen toque femenino. Con las mejores vistas a un hermoso parque y a la plaza del ayuntamiento desde los grandes ventanales que posee su salón. Toda la calle está salpicada de bancos, tiendas y todo lo que pueda necesitar sin apenas tener que desplazarse fuera del barrio, una zona llena de comercios y cafeterías por los bajos de los edificios colindantes e incluso en el que él reside.

Solo tiene una habitación, un diminuto despacho, el baño, y la cocina y el salón comparten el mismo espacio. Después de enseñarme el piso, Brais no sabe muy bien qué hacer, lo percibo. Me contempla apoyado en la columna de la cocina con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Hasta nervioso me parece atractivo.

—¿Quieres que haga café o te apetece un refresco? ¿Tienes hambre? —me pregunta. «De ti, mucha», y no puedo evitar sonreír mientras lo pienso en vez de responderle—. ¿O quizás quieras un ron cola? —me asesta puntualizando el ron de forma maliciosa evocando mi maravillosa actuación del día de los fuegos —insiste.

—Ay..., no me lo recuerdes.

—Es la única vez que te he visto tan borracha, pero me alegro. Quizás si no fuese así no te hubieras enfrentado a mí ni me hubieras dicho más de una verdad y no estaríamos aquí ahora —manifiesta, advierto ternura mientras pronuncia sus palabras y percibo cómo sus nervios al fin se han evaporado.

—Ah, bien visto, que gracias al alcohol estamos juntos. Un acontecimiento súper romántico digno de narrar a mis nietos si algún día llego a tenerlos —ironizo.

—Quién sabe...

Un silencio se instaura entre ambos, no sé bien qué contestar a eso.

—Un café estaría bien, gracias —opto por pedirle.

—Voy a ver si tengo... —me indica abriendo una alacena de la cocina—. Me queda solo descafeinado, ¿te vale? Y no tengo azúcar, estevia sí, que es un edulcorante natural...

—Sí, sé lo que es. Me vale cualquier cosa, no te preocupes.

Mientras se calienta el agua, aprovecha para ir inspeccionando la cocina.

—Aparte de la ropa que necesito, tendré que llevarme los alimentos perecederos también. Puede que no regrese aquí en todo el mes y no sé si he traído suficientes bolsas para ello.

—¿Quieres que te ayude a recoger tus cosas?

—No, tú relájate.

—¿Seguro? No me importaría echarle una mano.

—No, no quiero aprovecharme de ti —dice con una mirada maliciosa, ahora la que está nerviosa soy yo, intentando no sonrojarme por el doble sentido que le

ha dado a su frase.

No sé muy bien qué hacer y opto por caminar hasta los ventanales para contemplar las vistas al parque desde el pequeño salón. Un instante después, Brais me acerca el descafeinado.

—No tardaré, solo será meter en la mochila algo de ropa y estaré contigo enseguida. Puedes curiosear todo lo que quieras, aunque esto es pequeño, probablemente te aburrirás antes de que yo termine.

—No te preocupes —le digo, cojo mi café y Brais se va a su habitación.

Miro a mi alrededor buscando dónde sentarme, elijo el sofá de cuero que tiene los reposabrazos muy desgastados. La verdad es que el piso necesita un toque femenino con urgencia y jubilar más de un mueble. Y, nada más sentarme, me arrepiento de mi elección, el cuero hace un ruido más que desagradable al acomodarme sobre él. Así que me levanto con mi taza en la mano y comienzo a curiosear el apartamento.

Fisgoneo la cocina; leche desnatada, aceite de oliva, arroz, galletas integrales y muchos productos a base de soja y semillas, productos frescos y fruta no veo, pero es normal si lleva días sin estar en el piso. Intento deducir si su alimentación está influenciada por su profesión o porque le guste cuidarse realmente. Tiene una pequeña librería en medio del salón, hay muchos libros de medicina y sus títulos son un galimatías para mí, sé que son sobre su campo por las ilustraciones porque de lo contrario no sabría descifrar su contenido; algunos, incluso, están en latín, al menos sus nombres.

Escucho cómo Brais se dedica a su tarea, puertas abriéndose —imagino que del armario—, la cremallera de su mochila..., mientras yo no dejo de curiosear e intento adivinar qué planes tendrá para nosotros cuando acabe de recoger sus cosas. Si iremos a pasear y me ensañará la ciudad o me encerrará en su dormitorio hasta nuestra vuelta, la segunda opción para mí es la más apetecible y tentadora sin duda.

Brais aparece en el salón con una mochila casi llena, coge un par de libros de la estantería y los mete también dentro.

—Me queda recoger la cocina, pero será mejor dejarlo para última hora, cuando nos vayamos.

Entre los libros advierto un álbum de fotos bastante grueso.

—¿Puedo? —le pregunto.

—Claro.

Me siento en el chirriante sofá y él lo hace también a mi lado.

Abro la primera página y veo un bebé con un paisaje de fondo árido, pero precioso.

—Es Rosalía de pequeña —me indica Brais—, es en el Parque Natural de aquí, está a unos veinte minutos en coche, son las Dunas de Corrubedo.

Sigo pasando las páginas, mientras él me va fechando las fotos y su ubicación. Me cuenta la razón por las que se tomaron, vacaciones, escapadas, aniversarios... Hasta que contemplo una donde están los tres, él, su hija y su mujer. Al fin puedo ponerle cara, conocer su aspecto y su apariencia me es inquietante.

—Es..., se parece tanto a mí... Ahora entiendo tu reacción en nuestra primera cita, en el mirador del santo.

—Sí, me inquietó bastante al principio, pero ya no —manifiesta, sin embargo, percibe mi inquietud—. Eh, Hana, estoy contigo, solo contigo, ¿de acuerdo? No quiero que te hagas ideas que no son, no hagas que me arrepienta de mostrarte este álbum, ¿vale? No quiero tener secretos para ti, sí existe un parecido, pero nada más o no te lo mostraría.

—Quería verlo para conocer más cosas de ti y tengo que confesarte que me ha sorprendido bastante cómo nos parecemos.

—Bueno, puedes preguntarme lo que quieras. Por cierto, ¿qué quieres hacer? ¿Quieres ver esas dunas o algún lugar que haya llamado tu atención de ese álbum?

—No quiero hacer turismo, me gustaría saber qué haces aquí toda la semana, cuando terminas de trabajar, por ejemplo, cómo son tus días, tu rutina.

—Bueno, después de pasar consulta, hago deporte, paseo, ando mucho por el centro o me encierro aquí a leer, lo cierto es que leo mucho.

—Ya lo he comprobado —señalo mirando la estantería.

—Le he cogido cariño a muchos paisanos, me han acogido muy bien desde el principio. Si quieres damos una vuelta y te enseño dónde suelo parar y picar algo por ahí si tienes hambre.

—Lo que a ti te apetezca, Brais.

—Vamos entonces.

Salimos por el centro en plan tapeo, es más que agradable ver el cariño con el que lo saludan y lo tratan sus conocidos. Algunos son pacientes de años, los

que él lleva ejerciendo en esa ciudad, o gente que trabaja en los negocios donde suele comprar. Casi tiene una vida hecha aquí y son igual de cordiales conmigo cuando me los presenta lo cual agradezco enormemente.

Confieso mi deseo por probar cosas nuevas y Brais no se lo piensa, es siempre tan complaciente conmigo... Me lleva a un último lugar, a una especie de vinoteca donde el dueño es un gran conocido suyo. Nos apostamos en la preciosa terraza que posee el local y, tras aconsejarnos sobre el maridaje de los vinos y tapas, pruebo la tortilla de erizos de mar, patatas rellenas y más tapas, tanto tradicionales como de diseño. El local no parece ser barato, hasta reparo en la vajilla donde nos presentan las tapas que es de Sargadelos. Me inquieta que Brais gaste de más por mi culpa, pero me tranquiliza diciéndome que David le hace un precio de amigo siempre que para allí.

Al terminar, compramos una botella de vino blanco y volvemos al piso para, supuestamente, terminar de recoger antes de marcharnos.

Al llegar, Brais comienza a recopilar en la cocina los alimentos que se pueden echar a perder en su ausencia.

—Tendré que avisar al casero, probablemente no vuelva en todo el mes de agosto. Le pediré que le eche un ojo al piso al menos un par de veces en mi ausencia.

—Si a él no le importa y tú te quedas más tranquilo, hazlo.

Me sonrío, adoro cómo me mira, coge la botella y un sacacorchos.

—¿Y si nos echamos la última aquí antes de irnos?

—Lo estaba deseando —respondo y me siento en un taburete al lado de Brais en la parte interior de la barra de la cocina, él permanece de pie mientras abre la botella.

—¿Y bien? ¿Qué te parece la ciudad y mi sencilla vida?

—Me encanta.

Vierte el líquido de la botella en dos copas y me entrega la mía.

—Y a mí me encantas tú, brindemos por nosotros.

Lo hacemos y le doy un sorbo a mi copa, mientras él se bebe la suya de una estocada.

—A mí también me gusta esta ciudad, excluyendo que mi centro de salud esté ubicado en el mismo puerto, pero echo de menos a Rosalía entre semana, aunque al menos estoy lejos del hostigamiento de mi madre. ¿Te he comentado

que le encanta discutir, controlarlo todo y estar encima de mí todo el tiempo? — ironiza.

—Sí, alguna vez —respondo riendo.

—Bueno, dejemos los temas desagradables. Es un día perfecto, en mi cutre piso, con un buen vino entre las manos y una mujer maravillosa a mi lado, ¿qué más se puede pedir? —manifiesta con una espectacular sonrisa y sin dejar de fijar su mirada en mi boca.

—Te has ganado un beso —contesto. Dejo mi copa en la encimera, me pongo en pie frente a él y lo obsequio como se merece y desea. Lo sé por cómo no aparta su mirada de mi boca e intento transmitirle con mis labios lo feliz que me siento, lo dichosa que me hace estar a su lado.

Sin embargo, Brais toma el control de tal operación dejando también su copa, me coge el mentón ladeando mi cabeza, me dirige en un beso posesivo en el que me dejo llevar, delicado y salvaje al mismo tiempo. Adoro cómo besa, adoro todo de él.

Mientras dura nuestro beso, Brais encierra suavemente mis mejillas entre sus manos, luego las desliza por mi cuello hasta mis hombros y sigue marcando un camino por el centro de mi espalda. Una abrumadora corriente se va generando sobre mi piel a medida que siento el tacto de sus manos hasta que las detiene en mi cintura y, cuando nuestras bocas se separan, apoya su nariz sobre la mía.

—Me gusta lo que tenemos —apenas susurra—, jamás creí volver a estar así con nadie y, si lo pienso bien, todos a los que he amado se los llevó el mar. Sin embargo, a ti... —Suspira, me acaricia el pelo y prosigue sin dejar de fijarme la mirada—. A ti te traje, te traje la marea. El único día del año que piso esa playa, en el aniversario de la muerte de Alba, apareces tú. Así que mi odio por la costa, quizás, debería sustituirlo por gratitud, por traerte a ti a mi vida.

—¿Cómo... has dicho? —consigo preguntar entre confusión y sorpresa.

—Que te traje la marea.

—No, yo... me refiero a tu mujer, es la primera vez que no usas la palabra «desaparecida» para referirte a ella.

—Sé que he estado atascado y sé que tengo que asumir de una vez lo que he postergado durante demasiado tiempo. Ten paciencia conmigo, Hana, te prometo que no lo lamentarás, porque adoro lo que tú y yo tenemos ahora y quiero más, de verdad lo quiero.

—Yo también lo quiero —sustento feliz y más que complacida.

Brais vuelve a encerrar mis mejillas entre sus manos para apoderarse de mi boca de nuevo, esta vez el beso es más efusivo que el anterior.

—No desaparezcas —me pide entre beso y beso.

—Estaría loca si me lo planteara siquiera —declaro como puedo en un escaso instante que deja libre mi boca para poder manifestarlo.

—Prométemelo —me pide antes de volver a besarme.

—Te lo prometo.

Desliza su boca por mi mejilla, roza mi oreja con sus cálidos y excitantes labios y allí me susurra:

—Quiero hacerte el amor, no pienso en otra jodida cosa las veinticuatro horas del día, Hana. Sin embargo..., si me he contenido hasta ahora es porque no deseaba que pensaras que te he traído aquí exclusivamente con ese propósito.

Me estremezco a la vez que me deleito en sus palabras.

—Pues ya estás tardando —manifiesto lo que todo mi ser anhela.

—No dejas de sorprenderme —pronuncia arrastrando la voz y a mí hacia su cuerpo con fuerza. Me concentro en su respiración, tan excitada como la mía, profunda e hipnótica y cómo mis huesos se hacen mantequilla entre sus brazos. Coge mi camiseta por un extremo—. No la vas a necesitar en un buen rato... —me indica.

Accedo con la mirada levantado mis brazos y se desprende de ella.

—También podrías prescindir de la tuya —le insto.

Ni se lo piensa y lo hace de forma automática. Y se queda en vaqueros, inmóvil, mirándome.

Yo contemplo su torso perfecto y cómo se exalta la respiración en su pecho mientras me contempla también e, irremediadamente, me encomiendo al incontenible deseo que le profeso y me consume.

—De lo demás me ocupo yo —manifiesto.

No por poner en tela de juicio su destreza con los corchetes de mi sujetador, es que no puedo esperar, la impaciencia me puede. Lo necesito a él, ser suya de inmediato, así que me desprendo de toda mi ropa interior en apenas segundos, no es la primera vez que me desnudo ante él y, de la forma que me mira, me hace sentir la mujer más deseada del mundo, viva y sexi, así que no proceden ni los burdos reparos ni la más insignificante de las reservas.

Su mirada se oscurece mientras me contempla con los ojos entornados. Lo

dejo disfrutar quedándome inmóvil, a pesar de mi impaciencia, privando a mi voluntad de lo que tengo enfrente, sometiéndome a su pasividad, aguardando y a la expectativa de su próximo paso.

—Si pudieras entrar en mi cabeza por un segundo, si pudieses saber cómo te deseo, hasta me temerías, Hana...

—¿Temerte? Todo lo contrario, Brais.

Su mirada está tan ávida como su sexo.

—¿Dónde lo prefieres? ¿En la cama, en el salón o, aquí, en la cocina?

—¿Qué tal en todos y cada uno de los rincones de tu apartamento? — sugiero mientras mi pecho no deja de hincharse y mi corazón se acelera.

Su mirada se enciende si cabe más.

—Empecemos por la cocina entonces, ¿o quieres pactar otro orden? —me formula, pero no me da opción a replica posible. Inmediatamente me alza subiéndome a la barra de mármol mientras se apodera de mi boca al mismo tiempo. Se coloca entre mis piernas y me empuja con suavidad hacia atrás, logrando con ello que me quede totalmente acostada. Una de sus manos la desliza desde mi cuello por el centro de mi torso mientras con la otra agarra mi cadera—. Eres tan hermosa... ¿Qué voy a hacer contigo?

—Todo lo que quieras —respondo totalmente sumergida en la magia de su deseo.

—Cierra los ojos —me pide a continuación.

Accedo y escucho el prometedor descender de la cremallera de sus vaqueros. Entonces noto la presión que ejerce su formidable erección en mi sexo bajo la tela de sus *boxers* y cómo comienza a moverse en círculos mientras sus manos no dejan de torturar mis pechos.

—¿Qué crees que haces? —gimo.

—Volverte tan loca... como tú me tienes a mí, se llama justicia divina.

Así como termina la frase su boca se apodera de uno de mis pechos, mientras sigue rozando sin piedad su sexo contra el mío todavía por encima de su ropa interior e intento replicarle con dificultad ante todo lo que me está provocando. Estoy más que preparada para él, pero a Brais parece complacerle desquiciarme.

—No sabía que eras tan rencoroso —jadeo.

—Hay muchas cosas que aún desconoces de mí —indica con presunción y

un tono provocador. Al instante siento su cálida boca deslizarse por mi torso, tira de mí hasta tener mi sexo estratégicamente situado al borde de la encimera. Me incorporo ligeramente y contemplo la cabeza de Brais entre mis piernas, sin duda la imagen más erótica y que más me enciende. Primero experimento su lengua, cálida y prudente, explorando el exterior de mi sexo. Lo besa, succiona mi clítoris y gimo. Lo repite una y otra vez. Se toma su tiempo y a mí las sensaciones me consumen. Es un amante tan increíble como generoso, pero un poco torturador. Mi cuerpo arde, no obstante, el frío mármol donde estoy colocada lo convierte en una exquisita combinación. Comienzo a retorcerme, mi cuerpo pide con todos los poros de mi piel que Brais suba la intensidad, pero él me sujeta con fuerza poniendo la palma de su mano sobre mi abdomen haciendo presión.

—Estate quietecita.

—Por favor, Brais —gimo abrumada—. Ya me gustaría a mí verte en mi situación y que te pida eso.

—¿Qué quieres? —me pregunta y su boca inquiere en mi sexo con más brío, con el rigor que clama mi cuerpo—. ¿Quieres esto?

Me estremezco e involuntariamente vuelvo a retorcerme.

—Sí, no pares, por favor.

—Entonces coopera, deja de moverte.

Introduce sus dedos en mí y gimo profundo. Echo mi cabeza hacia atrás.

Vuelve a emplear su hábil boca, no dejo de gemir y retorcerme, pero no puedo evitarlo, estoy súper excitada y más que estimulada.

Su boca y sus dedos suben de intensidad, de velocidad, hasta la presión que ejerce, y siento que estoy a punto de morirme de un ataque al corazón. Galopa tan fuerte como el vaivén de mis caderas mientras padezco la maravillosa manipulación de este hombre.

Cada vez gimo más fuerte, no estamos en el campo, ni donde alguien conocido pueda oírnos. Me siento más libre que nunca, así que me dejo llevar y me abandono como nunca.

—Me encanta tu sabor, podría estar haciéndote esto hasta mañana.

Sus palabras disparan mi excitación y hasta mi placer. El orgasmo es tan estremecedor como mis encumbrados gemidos.

Brais sonrío triunfal, tira de mí suavemente y me voy deslizando sintiendo su torso hasta incorporarme del todo y quedarme pegada a él. Aún noto pequeñas

corrientes eléctricas por todo mi cuerpo y estoy algo mareada, mi clímax ha sido maravillosamente devastador. Hasta Brais tiene que asistirme.

—¿Estás bien?

—Sí, dame un segundo.

—Sigue soñando —me asesta con un tono que me parece hasta chulesco.

—¿Qué? —pregunto confusa bajo los efectos todavía de un placer arrollador.

—Yo he sido bueno. Tú, por el contrario..., te pedí que cooperaras y dejaras de moverte. No hay tregua para las chicas malas.

Lo miro confundida, a la vez que su amenaza me suena de lo más sensual que he oído hasta la fecha.

Me gira, estira mis brazos sobre el mármol quedándome en la misma posición que antes, pero ahora boca abajo y me dejo hacer, vaya si me dejo, y deseo que no acabe nunca.

Me separa las piernas y me alza ligeramente las caderas en busca del acople perfecto, Brais se hunde en mí desde atrás, se detiene dentro de mí emitiendo un sonoro gemido que llena de un brutal magnetismo la habitación. Comienza a moverse, y yo lo busco saliendo al encuentro de cada embestida contra su pelvis. Eso lo desquicia y sube la velocidad, cada vez más y más..., hasta que no puede contenerse. Una estocada final y un sensual y muy masculino gruñido retumba en toda la habitación, a la par que mis gemidos. Brais se desploma sobre mí. Su peso es considerable comparado con el mío, pero no me importa, estoy en otro lugar donde él me ha transportado y podría permanecer así minutos, horas...

Se incorpora, me acaricia el pelo apartándolo de mi cara, me besa la mejilla, y me ayuda a incorporarme.

—He muerto y he vuelto a nacer. —Me abraza y me besa la frente, yo sigo en mi limbo, el cual no quiero abandonar jamás.

—¿Estás bien? Tal vez me he pasado de efusividad, pero no pude evitar perder el control contigo.

—Y me ha encantado que lo hicieras —tercio y le sonrío.

—Pero... queda algo pendiente.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—Cómo lograr que dejes de moverte como una culebra —bromea y me guiña un ojo.

—Yo no me muevo como esa clase de bichos que sabes que odio —digo intentando parecer ofendida.

—Bueno, ya pensaré en cómo solucionarlo, ¿por dónde seguimos ahora?

—Ah, ¿pero iba en serio eso de hacerlo por todo tu apartamento?

—Claro, ¿me vas a decepcionar ahora? —Me rodea por la cintura—. Tengo que llenar cada rincón, cada metro de este piso de tu esencia, para cuando no te tenga conmigo.

Me sonrojo y no sé por qué lo hago por una simple frase, después de lo que acabamos de hacer. Es absurdo y un sinsentido, pero el rubor se enciende en los márgenes de mi cara.

—¿Ni un respiro ni tregua?

—¿Tregua? ¿Eso qué es? —sigue bromeando—. ¿Es una palabra de tu país? Porque yo desconozco su significado. —Lo miro expectante mientras mi cuerpo empieza a relajarse—. Bueno... ya que no te decides lo haré yo. —Me sonrío divertido y de la mano me lleva al salón, cierra las cortinas, y luego se queda pensativo—. ¿Me dejarías atarte? Quizás así te estarías quietecita, sería un buen método.

—¿Atarme? ¿Con qué? —formulo difusa mirando a mi alrededor.

Entonces coge las cintas que sujetan las cortinas al aplique de la pared y comienza a enrollarme las muñecas con ellas, luego las lleva al aplique otra vez.

No era una broma, aún estoy asumiendo que me ha atado, estoy nerviosa y excitada de nuevo a la vez.

—¿Realmente estás cómoda? Si no lo estás solo tienes que decírmelo.

El tejido de la cinta es suave, no lo ha apretado en exceso a pesar de que me impide moverme.

—Lo estoy —respondo a la expectativa y deseosa de saber qué va a hacer conmigo.

—Adoro tu desnudez, eres deliciosa —pronuncia acomodándose el pelo a mi espalda—, y atada a mi merced, es la imagen más exquisita que he visto en la vida. Nunca has sido tan mía como en este instante. Podría estar contemplándote así para siempre, si no fuese por mis constantes ganas de tenerte en todo momento.

Aún no me ha tocado y su forma de mirarme ya está haciendo estragos en mí. Al fin se acerca, acaricia mi rostro con el suyo y pasa la punta de su lengua

por mi labio inferior lentamente. Mi boca quiere ir a su encuentro, pero él rehúye. Vuelve a tentarme y se aleja nuevamente, está jugando conmigo, su mirada es ardiente y perversa al mismo tiempo. Me acaricia los hombros, el contorno de mis pechos tan suavemente como una pluma que provoca en mí unas cosquillas deliciosas, pero comienzo a impacientarme.

Encierra mi cara entre sus manos y me planta un beso que me deja sin aliento, mientras retuerzo mis muñecas para salir al encuentro de su cuerpo. Él mantiene las distancias, necesito sentirlo, pegarme a él, lo cual me impide una y otra vez. Le gusta verme ansiosa y desesperada por tocarlo, no hay duda y se está recreando en el momento.

Tengo que cerrar los ojos para no perder el control y suplicarle que me haga suya de una maldita vez. No soy capaz de comprender cómo Brais puede contenerse.

Los abro para contemplar cómo vuelve a acariciar mi torso, su mano desciende hasta mi sexo cubriéndolo con la palma de su mano, aprieta y siento un delicioso hormigueo que me atraviesa de arriba abajo, gimo echando la cabeza hacia atrás.

—Dios... eres tan receptiva y expresiva... Me vuelves loco, Hana.

Tengo que cerrar los ojos de nuevo y me dejo llevar. Adoro que diga mi nombre en medio de sus libertinos juegos, dispara mi excitación, la encumbra, es de lo más estimulante, sobre todo cómo lo pronuncia. Adoro escuchar mi nombre saliendo de su boca.

Siento su ardiente lengua trazando círculos sobre la aureola de mis pechos, para luego morderlos suavemente con su cálida boca mientras la palma de su mano hace estragos en mi sexo y en mi voluntad.

—Brais —gimo mientras mi cuerpo comienza a tensarse. No dejo de revolverme, siento sus dedos dentro de mí, su pulgar atormentando mi clítoris, su boca alimentándose de mis cada vez más inflamados senos por sus húmedas caricias y excitantes mordiscos. Me está poniendo al límite, estoy al rojo vivo—. Brais —gimo de nuevo.

Mi cuerpo se estira cada vez más y un calor abrasador se concentra bajo mi abdomen. Él continúa sin miramientos hasta que me tenso del todo y me abandono al abismo del placer. Él se percata, pero no tiene piedad, continúa con el movimiento de sus dedos en mi interior, lo intensifica y creo morir. Me arrolla de tal manera que me deja totalmente agotada y fuera de juego.

Brais, con toda la delicadeza del mundo, me libera de las cintas de mis

muñecas, me asiste y me traslada hasta el sofá. Se sienta a mi lado esperando a que me recupere mientras me acaricia y me contempla de una forma que me desmonta.

—¿Estás bien?

—No lo sé —digo aturdida todavía, encajando el placer que he experimentado y río, nerviosa.

—Turno del sofá, cielo —me susurra en el oído—. Ponte encima de mí, por favor —me pide con ternura y deseo a la vez. Irresistible combinación a pesar de mi aturdimiento. Cumpló sus deseos y me acoplo encima. Brais comienza a acariciar mi torso—. No te preocupes, si te sientes todavía sin fuerzas, yo guiaré tus movimientos por ti.

Aún no ha terminado la frase, coge mis caderas y se funde en mí de una estocada, aún siento vestigios del orgasmo anterior, pequeñas descargas eléctricas que se vuelven a intensificar. Comienza a moverme a su antojo dirigiendo mis caderas con sus manos en círculos sobre él, subiendo y bajando mis muslos. Al fin tengo liberadas mis manos, puedo tocarlo, abrazarlo y sentirlo.

Cierra completamente sus ojos abandonado al placer, la boca ligeramente abierta mientras comienza a jadear, es una imagen de lo más condenadamente obscena que no puedo resistir.

—No puedo más, necesito ir más rápido, ¿estás preparada?

—Haz conmigo lo que quieras, Brais, por favor te lo pido —respondo cerrando los ojos y abandonándome al placer que está a punto de alcanzarme de nuevo.

Pierde el control, adoro cómo lo hace y que lo haga por mí, conmigo, me remata del todo. La lujuria de su rostro, su oscura mirada, la necesidad de estallar dentro de mí, todo. Y lo hace, ambos lo hacemos y dejo que mi cuerpo en reposo caiga sobre él.

—Ha sido bestial —pronuncia con la voz entrecortada todavía.

—Sí, lo ha sido —secundo su opinión desplomada sobre él.

—Es enfermizo esto, no es normal. —Ríe tímidamente.

—Me da igual.

—En vez de saciarme de ti, quiero más y más.

—Es mutuo, aunque acabe agotada.

—No quiero prescindir de ello, aunque parezcamos unos locos.

—Pues seamos unos locos —sentencio, y Brais me besa, ahora con ternura.

Estamos así unos instantes, recuperándonos y regalándonos unos castos y dulces besos mientras nuestros cuerpos recuperan su normalidad.

—Toca el baño, mi despacho y la habitación todavía, ¿qué tal una ducha? Y después seguimos en la cama, así podremos descansar cómodamente.

—¿Lo dices en serio? Definitivamente..., mañana tendré agujetas —bromeo.

—¿Y no habrá valido la pena?

—Claro que sí —contesto mientras lo obsequio con un beso.

Voy hacia la ducha de su mano. Las piernas aún me tiemblan mientras camino los escasos metros que separan el salón del baño. Nos sumergimos bajo la ducha y experimentamos varias posturas sintiendo el agua caer sobre nosotros, cuando me coloca contra la mampara creo enloquecer. Luego, en su pequeño despacho encima del escritorio y, al fin, en la ansiada cama.

Ambos estamos agotados de tanto ejercicio. Me siento satisfecha, desbordada por las veces que he alcanzado el clímax, felizmente extenuada.

Estoy acostada sobre Brais mientras él me rodea con sus brazos y quiero quedarme así para siempre. Nunca me he sentido mejor, él es mi lugar, mi hogar, me da igual de dónde vengo, quién soy y deseo con todo mi ser que lo sea eternamente.

—No me quiero ir —pronuncio en voz alta.

—Yo tampoco. —Nos quedamos en silencio un largo intervalo y para desagrado de Brais me muevo y cambio de posición—. No te vayas —se queja.

—Necesito estirar mis piernas —alego y me quedo tumbada boca abajo a su lado con la cabeza girada para contemplarlo.

Sus dedos caminan por mi espalda mientras divaga.

—Me gustaría despertar por la mañana contigo y a poder ser sin sobresaltos porque llegas tarde a casa de tus jefes ni nada parecido y salir corriendo como delincuentes. Prepararte el desayuno, traértelo a la cama mientras me lo agradeces con un aluvión de tus maravillosos besos y retozar desnudos bajo las sábanas hasta bien entrado el mediodía.

—Suenan genial.

—Todo mi ser pide que te retenga aquí, pero mañana tienes que trabajar.

—No me hagas sentirme culpable, por favor.

—No era mi intención, lo siento —me dice y me besa la frente.

—Decías que no se te daban bien estas cosas y al final eres todo un romántico.

—No lo soy en absoluto, eres tú, de eso sí eres culpable, ¿ves? De despertar en mí cosas de las que carecía o que quizás desconociese.

—Estoy tan bien contigo...

—Y yo contigo, Hana.

Hunde su nariz en mi pelo, lo besa, y se queda allí.

Finalmente nos vamos y lo que nos cuesta. Cogemos su mochila, las bolsas y salimos. Cierra con llave y bajamos caminando hacia su coche, nos subimos en él y, antes de arrancar, Brais me propone:

—Mañana me gustaría llevarte a cenar.

—¿Al campo otra vez? —bromeo.

—No. —Se ríe—. Esta vez será diferente, aunque si termina igual que aquel día... hasta me lo pienso —expresa con una mirada pendenciera.

Me ruborizo recordándolo y cambio totalmente de tema.

—¿Y qué vas a hacer el resto del día?

—Poner a punto mi casa. Necesita una buena limpieza a fondo de estar cerrada tanto tiempo y tengo que terminar de instalarme. Ahora vendrá a visitarme a menudo una mujer muy atractiva y puede que hasta se quede cuando ella lo desee, ¿sabes? —bromea.

—¿Tengo que ponerme celosa? —formulo aun a sabiendas de que se refiere a mí.

—Deja que piense..., es una forastera de una belleza exótica, sexi y con una historia a sus espaldas muy misteriosa que la hace aún más excepcional..., la cual no me quito de la cabeza cuando no tengo la suerte de disfrutar de su compañía.

—Sigue así y comenzaremos a probar las amortiguaciones del coche de Xabi.

—Mmm, interesante idea. Dios, si el coche no fuera de mi amigo no te salvaba ni toda la guardia real —ronronea y se apodera de mi boca.

Me estremezco y noto cómo su respiración también comienza a dispararse,

si continuamos así terminaremos dejándonos llevar allí mismo. Mi voluntad está a punto de hacer aguas y no quiero dar otro espectáculo público, batallo contra mi deseo y logro escapar de sus ardientes besos cambiando de tema para salir de tal situación.

—¿Quieres que te ayude con la casa mañana?

—No, ya tienes tú bastante con la casa de los Marsans, no voy a hacerte eso. Claro que me gustaría estar más tiempo contigo, pero por la noche pienso compensártelo —me dice sonriendo, luego se queda hipnotizado en el mar, su sonrisa se esfuma y su semblante denota tristeza.

—¿Estás bien?

—Intento perder la inquina que le tengo al mar, de veras que lo intento, si no fuese por no alejarme de mi hija, hubiese pedido plaza como médico en Madrid o en cualquier parte del interior que no tuviese costa, bien lejos de él. Bueno, mejor será que deje el tema, no quiero arruinar un día perfecto con mis frustraciones y si estoy contigo es más que perfecto.

No digo nada, no sé qué decir, tan solo me atrevo a recostarme en su hombro mientras conduce y disfrutar así de su olor, de su tacto, me reconforta como nada y advierto que mi gesto a él también lo satisface. Me encantan estos instantes, que nos sintamos tan bien el uno con el otro y regocijarme en el momento.

Apenas hablamos en el viaje de vuelta, no hace falta, todo está bien, más que bien. Brais, de vez en cuando, suelta la palanca de cambios para acariciar mi muslo, y siento cómo la electricidad me atraviesa de nuevo por todo el cuerpo.

Cuando estamos a apenas minutos de la residencia Marsans me propone:

—¿Qué tal si antes de dejarte en casa damos un rodeo? Pasamos por la de Xabi, así le explicas lo del trabajo de mantenimiento en la finca de Alejandro. Tú sabrás más que yo sobre el tema y en qué consistiría su trabajo y eso. Ya de paso lo conoces por fin, es uno de mis mejores amigos, ¿te apetece? El único inconveniente es que su casa está muy lejos de la de tus jefes y tendría que llevarte él a casa luego, ya que he quedado en devolverle su coche porque lo necesita a primera hora.

—Claro... si a él no le importa...

—No, para nada, si no vivieses en las afueras... no tendría que dejarte en las zarpas de Xabi, pero... no me queda más remedio —bromea.

—No tienes de qué preocuparte, solo tengo ojos para ti. —Brais me sonrío satisfecho y continúa conduciendo, pero entonces me pica la curiosidad—. La

isla no es tan grande como para no poder volver andando, ¿cómo de lejos está su casa de la mía?

—Es cerca de la urbanización del Naval en las Rubas. Son casi cuatro kilómetros y, como comprenderás, no te dejaría regresar andando y mucho menos de noche, aunque signifique dejarte en manos de todo un donjuan como Xabi.

—Me encanta que te preocupes por mí, aunque creo que exageras. Por cierto, en esa zona tienen mis jefes un piso de alquiler vacacional.

—Sí, tienen varios en la isla. La verdad es que le dan trabajo a bastante gente en la isla y es de agradecer.

—Marisa me propuso encargarme de él cuando empecé en la casa, pero ir y venir con toallas, sábanas y todos los productos de limpieza que necesite y sin coche..., te puedes imaginar, ¡menudo lío!

—Cierto, no tienes documentación todavía para poder conducir siquiera..., espero que eso cambie pronto. Yo te echaría una mano, pero después de vacaciones tengo que volver al trabajo, a Riveira... y estarías igual que ahora.

—No te preocupes ni se me ha pasado por la cabeza pedirte. Eso sí, Marisa me dijo que, si algún día cambiaba de opinión, la oferta seguía en pie, sin fecha de caducidad.

—Has encajado muy bien con ellos y eso me alegra mucho. Bien, hemos llegado, a ver si consigo aparcar en este hueco... —me informa girando el volante y posteriormente parando el motor—. Es la primera vez en años que aparco justo en la entrada, siempre está ocupado por algún vecino de Xabi, él no aparca en la puerta de su casa ni queriendo.

La vivienda es de dos plantas, aunque modesta, pero se nota que está bien cuidada, al menos el exterior. Parece incluso estar recién pintada, al acceder al patio interior me percaté de que está colmado de utensilios de pesca y cómo una mujer de mediana edad se asoma apenas segundos después de haber aparcado. Ha debido alertarla el ruido del coche justo delante de su casa, me supongo, y sale a saludarnos. Habla gallego y muy rápido. Casi no le entiendo nada de lo que está pronunciando, se apresura hacia Brais, lo besa y lo único que llego a comprender es que se alegra de verlo, como si hiciese mucho tiempo que no se vieran. Me quedo contemplando la estampa apoyada en el pequeño portal de su patio. Él le comenta algo y posteriormente ambos me miran, solo entiendo la palabra «guapa» y una expresión de aprobación por parte de ella, entonces Brais me hace un gesto para que me acerque.

—Hana, esta es Lolita, la madre de Xabi, le he pedido que le diga a Xabi que baje, pero como te ha visto insiste en que entremos.

—Hola, Lolita, encantada.

—Encantada, *meniña*, pasad. ¿Queréis tomar algo? ¿Ya habéis cenado? Ahora os pongo algo de picar. —Me contengo la risa, ni siquiera espera a que contestemos, ¡ay, las tradiciones gallegas!, la hospitalidad y gastronomía siempre de la mano—. Pero pasad, pasad —nos repite con ahínco, y así hacemos.

Ya dentro la mujer se encarama a una escalera ubicada apenas a unos pasos de la entrada, es una casa alta, pero estrecha, humilde, al mismo tiempo que denota haber puesto mucho cariño en ella para convertirla en lo que es, un hogar muy acogedor. Y allí, al pie de la escalera, comienza a gritar.

—¡Xabi! ¿Piensas bajar o le digo a Brais y a su acompañante que se vayan?

—¿Acompañante? ¿Viene con Rosalía? —Escucho la voz de Xabi desde el piso de arriba.

—No, es algo más mayor que Rosalía, ¡y más guapa!

—¡Ya bajo! —exclama y escuchamos los apresurados pasos por el piso de arriba aproximándose a las escaleras.

—No falla, es nombrar a una chica guapa y... —murmura la madre riéndose.

Cuando Xabi llega al último escalón, no deja hablar a Brais, dejarlo hablar... Bueno, en realidad ni siquiera lo mira, toda su atención recae ante mí.

—Vaya, vaya, debes ser Suhana. Brais no deja de hablar de ti, por fin nos conocemos... Sí que eres guapa, Brais no mentía...

—Gracias, pero no es para tanto... —digo. Es tan alto como Brais y también está bien en forma, su pelo es de un rubio ceniza y su piel muy bronceada por el sol, quizás por su trabajo en la mar y que también le guste disfrutar de la playa. Entonces se planta ante mí y me da dos besos en las mejillas—. Y qué bien hueles.

—Esto..., Xabi, sabes que estoy aquí, ¿no? —le recrimina Brais.

—Claro, colega, solo te estaba poniendo a prueba.

—Anda, dejaos de bromas y venid a la cocina que os preparo algo de picar en un santiamén.

—No es necesario, Lolita —le manifiesta Brais.

—Tonterías —replica ella sacando unos platos de la alacena dispuesta a no

hacerle caso, está más que claro.

—¿Qué quieres beber, rapaciña? —me pregunta dirigiéndose a mí la mujer, me inspira ternura y el tono que usa conmigo es tan cariñoso... Debe ser adorable, sin duda lo está siendo conmigo sin apenas conocerme y, sabiendo todos los rumores que anda extendiendo sobre mí la madre de Brais por toda la isla, aún se lo agradezco más—. Tengo refrescos, cerveza, ¿te gusta el albariño? —insiste.

—Un vaso de agua es suficiente, gracias —respondo.

—Ponle un albariño, a ella le gusta el vino blanco y no le hagas caso, ¿qué agua ni qué nada? Lolita es como una segunda madre para mí, no te sientas violenta, por favor —me pide Brais.

—No quiero importunar, es tarde para estar en casa de nadie, no quiero causar molestias.

—Molestias, dice, con esa cara de buena que tienes no sé porque eres la peor pesadilla de Piedad. Ups, no quería decir eso...

—No se preocupe, Lolita. Me siento mal porque no le he hecho absolutamente nada para que tenga esa hostilidad hacia mí.

—Manías, tú ni caso. Ayer mismo me la encontré en el centro y le hui antes de que me volviese loca con sus chismes. Lo siento, Brais, pero tu madre a veces es muy desagradable. Acabo de recordar que hice jamón asado para Xabi, a ti te encanta desde pequeño, Brais, ahora os corto un poco —indica mientras no deja de sacar comestibles.

—Si lo sabré yo lo desagradable que es... Mmm, jamón asado... Xabi y yo somos amigos desde el parvulario y los caprichos que no me concedía mi madre, Lolita me los consentía todos, creo que de pequeño estaba más en tu casa que en la mía propia.

—Sí, *нено*, sobre todo después de que murió tu padre, una desgracia, siempre se van los buenos. Bueno, no hablemos de cosas tristes. —Primero nos pone una botella de albariño en la mesa mientras termina de preparar su particular «picoteo». A mí más bien me parece que está preparando la merienda para un equipo de fútbol, pero bueno...—. Te va a gustar, este no tiene químicos, es casero y hecho por mi padre —me indica Lolita al terminar de abrir una botella y dejarla en el medio de la mesa.

—¿Hacen vino?

Entonces Xabi interviene al fin:

—Mi padre es de la isla, aunque mi madre era de Barrantes, antes de casarse con mi padre claro, y se dedican a hacer vino aparte de otras cosas. En época de vendimia incluso solemos ir a echar una mano.

—A ti de Barrantes lo que más te gusta es la fiesta, confiesa, calavera — bromea Brais.

—Hombre, eso que no falte —responde Xabi.

Así como termina de hablar, la madre de Xabi comienza a llenar aquella mesa; queso, el jamón asado que tiene una pinta magnífica, pero abre también varias latas de conserva de mejillones, zamburiñas. No deja de poner cosas en la mesa mientras la observo alucinada.

—¿Esperamos a alguien más? —no puedo evitar soltar.

—No, ¿por qué? —pregunta realmente extrañada Lolita, cuando para mí es más que obvio, por la cantidad de comida. Brais se limita a mirarme divertido sin decir nada.

—¿Y tu padre? —le pregunta posteriormente Brais a Xabi.

—Se fue a tomar unos vinos con los colegas al centro y se habrá enredado con algún turista, pero estará al caer —responde Xabi—. Por cierto, ha estado por aquí Larpe hoy y un buen rato se quedó.

—Pobre Larpe, me andará buscando, como hoy no he estado en la isla en toda la tarde... y el pobre vive a caballo entre mi casa y la de mi madre, tiene que tener una confusión mental el animalillo...

—No andará por aquí, ¿no? —formulo mientras recuerdo el incidente de mis puntos en la pierna o cuando fui a su casa y cómo se volvió a abalanzar sobre mí.

—No, tranquila, y no es peligroso, solo que se emociona demasiado con algunas personas. No controla su tamaño ni fuerza, espero que os acostumbréis pronto el uno al otro.

—Es verdad, que te has mudado a tu antigua casa y, bueno, si puedo preguntar, ¿sois o no novios? —cuestiona Lolita directamente, luego me mira y se dirige a mí—. Pero come, come que no te veo comer.

—¡Si estoy comiendo!

—Ya veo que eres de esas que quiere guardar la línea —dice con cierta frustración como si le estuviese mintiendo y luego se concentra en Brais cuando él le responde:

—Nos estamos conociendo, aunque bueno... supongo que significa lo

mismo, ¿somos novios, Suhana? —me formula a mí con una mirada cómplice.

—Creo que sí...

—Si os oyera tu madre le daba algo —manifiesta riendo Lolita.

—Pues no lo digas muy alto no sea que te escuche.

—¿Por?

—Porque la madre de Brais vive dos calles más arriba —dice Xabi mofándose.

—Ay, Dios, ¡a ver si va a venir! —exclamo yo.

—¿A mi casa y a estas horas? No, tranquila. Si se queda sin azúcar o algo no va a venir a pedírmelo a mí dos calles más abajo para luego subir la más que empinada cuesta que hay para llegar a su casa, tú tranquila.

—No la dejamos entrar, no te preocupes, además tienes aquí dos hombres fornidos para defenderte de su malasangre y si no cuando quieras me cambias por él, ya ves que la suegra ni que ver tiene con la que lidias ahora... —bromea Xabi.

—Sigue soñando —le espeta Brais.

—¡Ay, *meu neno*, te como la cara! —le dice Lolita a Xabi dándole un beso a su hijo por cómo la ha halagado.

—Mamá, ¡que me dejas en evidencia!

—Colega, novia formal tendrás algún día, pero mujer que te quiera y aguante como tu madre... permíteme que lo dude —le dedica Brais.

—¿Cómo no lo voy a querer? —me indica Lolita refiriéndose a Brais y plantándole otro beso—. Aquí venid siempre que queráis, mi casa es vuestra casa.

—Oye, ¿y qué es de Bea? Sois muy amigas y desde las fiestas que no la veo, algo sabrás —formula Xabi cambiando de tema.

—Está liada con la mudanza, ha conseguido plaza en A Coruña y se muda con Íñigo —le indico.

—Cómo me alegro por ella, ya le tocaba que le saliese la plaza —manifiesta Brais.

—Espero que hagan una fiesta en el piso cuando acaben de instalarse —interviene Xabi, él siempre pensando en pura jarana.

—Seguro que sí, conociéndola... —alego riendo.

—Y, si nos invitan, ¿irías? —me pregunta Brais.

—¡Claro! Adoro a Bea y encima sería la mejor opción para estar lejos del radar de tu madre, aunque sea por un día.

Todos reímos.

—Espero que me invite a mí también —masculla Xabi al mismo tiempo que saca una caja de tabaco del bolsillo de su pantalón.

—Xabi..., si vas a fumar, ve fuera, porque nos visiten tus amigos no te creas que voy a hacer una excepción —rezonga su madre.

—Pero, mamá...

—Ni mamá ni nada, esta casa siempre ha estado libre de humos y mientras vivas conmigo así seguirá siendo.

—Está bien, me voy al patio, solo —le reprocha a Brais con una mirada reivindicativa.

—Está bien, te acompañaré —contesta Brais a su gesto de súplica—, ¿te importa? Será solo un momento —me pregunta posteriormente.

—No, claro que no, estaré bien —respondo y echan a andar al exterior dejándome a solas con Lolita.

Y, cuando estoy discurrendo en mi mente de qué hablar con ella, ella distingue una luz que se filtra por el hueco de la escalera y me indica:

—Xabi se ha dejado todas las luces encendidas del piso de arriba, debe pensar que nos la regalan. Un día lo mato, ahora vengo, *menaña*.

—Claro, tranquila. —Le sonrío y en apenas segundos me veo más sola que la una en la cocina.

Entonces escucho el chasquido de un mechero y me percató de que la ventana de la cocina está abierta y da al patio de la entrada, donde se encuentran Xabi y Brais, puedo incluso escucharlos hablar, aunque no lo desee. No quiero pecar de chismosa y necesito que Lolita regrese cuanto antes para entablar conversación de lo que sea con ella y no oírlos, pero aún no regresa y finalmente me es inevitable.

—¿Sabes, Brais? Te enredas con la mujer que te trae más quebraderos de cabeza con tu madre y sabe Dios lo que te espera porque no conocemos su pasado. Es muy guapa, maja y no tengo nada contra ella, pero ¿es la adecuada para ti? Con todas las opciones que puedes tener... —Sus palabras se me hacen duras, no obstante, también usa un tono amable, tierno con Brais, aunque el

contexto me hiere.

—Pues, por eso, porque ella no es otra opción ni un ligue más.

—Entonces, ¿qué es?

—Ella... es todo un desafío.

—¿Y eso qué significa?

—Es mi presente y lo que traiga el futuro ya veré cómo lidiarlo en su momento.

Yo tampoco sé lo que significa ni cómo interpretarlo, mi moral decae y siento la imperiosa necesidad de que sus sentimientos sean tan transparentes como los míos.

Lolita regresa al fin, hablamos del tiempo, por ejemplo de que aquel verano está siendo según ella mejor que el año anterior, porque el clima caprichoso apenas les había concedido días de sol para disfrutarlo como aquel año. Poco después los chicos regresan al interior y seguimos charlando de ello, del turismo, trabajo y de todo un poco. Datos y más datos de aquel lugar, de la forma de vivir de sus habitantes del que tanto me gusta ilustrarme.

Al final se nos hace tarde, me despido de Brais que decide ir caminando a su casa, apenas está a diez minutos de la de Xabi, por el contrario, a mí me lleva su amigo, porque la casa de los Marsans se ubica a las afueras y de camino decido contarle lo de mis jefes.

—¿Te comentó algo Brais de que mis jefes buscan un chico de mantenimiento que supla a Ángel en sus vacaciones? Brais me comentó lo de tu avería..., no sé, por si estás interesado...

—Algo me dijo cuando salimos al patio, pero no me explicó mucho, me dijo que tú me dirías, ¿y de qué trata el trabajo ese?

—Serían cinco días a la semana, solo cuatro horas diarias, pero ellos pagan bien. El jardín, más que nada, mantenerlo limpio; la piscina, si se rompe algo y alguna pequeña reparación en la casa o alguna excentricidad de mi jefa que también las tiene, aunque no les he dicho a ellos que te lo iba a comentar, pero si te interesa yo lo puedo hablar.

—Es que solo cuatro horas..., no sé, me lo pensaré, aunque ahora no tengo nada que hacer hasta que pueda arreglar el motor. Igual me viene bien, al menos para matar el tiempo...

Y nos quedamos en silencio, apenas lo conozco y no sé de qué hablar con él, es embarazoso ir en silencio, así que intento abrir conversación con lo que sea.

—Así que Brais y tú sois amigos desde la infancia.

—Amigos de barrio, mismo colegio, aunque nos llevásemos a matar, terminamos siendo los mejores amigos, como si estuviese escrito, ¿sabes? Yo creo en el destino.

—Pues es cruel, si existe, porque a mí al menos me dejó sin memoria, sin un pasado y en otro lugar en el que todo apunta al que no pertenezco.

—Pero te traje aquí, igual sí estaba escrito que Brais era para ti, y tú para él.

—Pues el destino debería habernos hecho coincidir en una fiesta y no en un accidente o lo que fuese donde casi pierdo la vida ahogada.

—Es verdad, aunque creo que todo tiene un porqué, en fin, y hablando del tema, Brais es un buen tipo, ten paciencia, si mete la pata contigo de algún modo piensa que solo es miedo, desde lo de su mujer no se ha tomado a nadie tan en serio como a ti, aunque no quiera admitirlo. Mira si no cómo se ha enfrentado a su propia madre y en este terreno está algo oxidado, ten paciencia si la caga, a pesar de que no creo que lo haga.

—Gracias por todo, Xabi, y dale las gracias de nuevo a tu madre de mi parte, tienes una madre genial.

—Sí, lo sé, es un poco bruta a veces, pero nunca anda con chismes ni nada, es muy buena mujer.

—¿Bruta? Para nada, como te oiga hablar así te mata. Brais, en cambio, es complicado, ojalá fuese tan fácil de descifrar como otras personas.

—Eres importante para él, es todo lo que necesitas saber, no estar en su cabeza, ¿de acuerdo? Si no fuese así no te traería a mi casa, nunca ha traído a nadie que no fuese su mujer, ni ha llevado a nadie a su casa tampoco desde que... ya sabes. Solo tienes que estar atenta a las señales y si esas no lo son...

—¿Me lo dices en serio? ¿A nadie?

—Y tan en serio.

—La que lo va a tener difícil es la chica que se fije en ti y no logre superar a tu madre, porque tienes a la mujer perfecta en casa, quizás por eso nunca te has enamorado hasta perder los papeles, aunque sea tu madre, no sé si me sigues.

—Sí, un poco, la verdad es que sí —dice rascándose la nuca como si le diese apuro hablar del tema. Llegamos a la residencia Marsans y, cuando estoy a punto de bajarme, Xabi apaga el motor del coche—. Espera —me pide antes de que me baje. Después de quedarse pensativo un instante, alude a lo que acabo de decirle—. Te lo ha chivado Brais, ¿verdad? La cierto es que me fijo en las chicas por lo

buenas que están o en si son simpáticas y no he sentido el flechazo hasta ahora y a veces me crispa un poco, en el sentido de que tiene que ser la hostia, y perdón por la palabra, eso de enamorarte, sentir eso, me gustaría experimentarlo alguna vez.

—Llegará, si existe el destino, como crees, quizás te tenga reservado algo grandioso y por eso tarda en llegar.

—Ojalá. Bueno, buenas noches, Suhana.

—Buenas noches, Xabi, y de nuevo muchas gracias —me despido, me bajo del coche y entro en la residencia Marsans.

Es miércoles y la primera vez que me despierto antes de que suene el despertador, Alejandro ya se ha ido a trabajar, Marisa está a punto de irse a la clínica y se encuentra terminando su café en la cocina, con su bolso y las llaves ya dispuestas encima de la mesa.

—Buenos días, Marisa, ¿hoy vienes a comer? —le pregunto para poder organizar mi trabajo cotidiano.

—No, pero si vas a comprar o vas al centro a por algo, mira si consigues sardinas para asar esta noche, por favor. Hoy solo tienes que cocinar para mis hijos, ¿de acuerdo?

—Claro, pero... a esa hora no estaré, Brais me invita a cenar. Espero que no te importe.

—Claro que no, para hacer una ensalada y asar unas sardinas... Ya recogeremos Alejandro y yo luego. Por cierto, ¿Iván vino a dormir?

—Sí, lo escuché llegar sobre las seis de la mañana.

—No para este chico, bien, solo tienes que hacer de comer para esos dos hoy, yo llegaré sobre las ocho de la tarde, Alejandro por ahí también. Por cierto, no te diría Iván a donde fue anoche, ¿verdad?

—A la fiesta del albariño en Cambados, acaban de arrancar las fiestas allí.

—Ah, es verdad, este chico no se pierde una, pero, claro, mires donde mires en verano en toda Galicia hay fiestas, si no es en un lugar es en otro. Iván va bien en sus estudios, aunque no tenga muy bien definido su futuro con tanto rollo *hippie* que se trae, pero se merece disfrutar de su verano. Bueno, al menos que te diga si se queda a comer y si viene a dormir cada vez que salga, por favor.

—Se lo pediré.

—Gracias, cariño, ¿y qué tal ayer? ¿Te gustó Riveira?

—Sí, aunque no vi mucho. Regresamos pronto de allí, pero nos enredamos en casa de Xabi, su madre insistió en ponernos picoteo y se nos hizo tarde.

—Ah, fuisteis a casa de Xabi... conociste a Lolita entonces.

—Sí, es muy simpática y agradable.

—Me alegro mucho de que vayas ampliando tu círculo, sobre todo con gente tan buena. En fin, me tengo que ir o cogeré atasco.

—Que tengas buen día, Marisa.

—Igualmente, Hana, y no dejes que mis hijos abusen de ti, no los mimes demasiado.

—Descuida.

Nos despedimos, desayuno, posteriormente recojo el salón y lo más esencial antes de ir a comprar.

Salgo al centro finalmente y justo cuando estoy terminando mis compras recibo una llamada de Osman.

—Hola, Hana. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? Me has cogido totalmente de sorpresa.

—Espero que para bien, oye, regreso a mi país en breve y me gustaría verte antes de irme. Tengo que hablar contigo de algo antes de marcharme —me pide.

—¿Conmigo? ¿Sobre qué?

—Prefiero discutirlo en persona, ¿podríamos vernos cuanto antes? No te robaré demasiado tiempo.

—Bueno, yo... ahora mismo salía de comprar... Estoy por el centro, si es tan urgente...

—Podría estar ahí en quince minutos.

La curiosidad me puede, ¿qué demonios tendría que discutir conmigo antes de irse?

—Vale, ¿te acuerdas de la cafetería donde paramos cuando subíamos a ver los fuegos? El Museo, te espero en una mesa de la terraza de la entrada.

—Salgo ya —me informa y cuelga.

Me encamino a la cafetería, me siento en la terraza, pido un café y lo espero carcomida por la intriga.

Osman no tarda en llegar mucho más de lo que me ha indicado, claro que de Vilagarcía a allí apenas es nada, cruzar el puente y poco más.

Está guapísimo y no dejo de preguntarme si nada más se compone de trajes su guardarropa. Las únicas veces que lo he visto va vestido de la misma forma, aunque le quedan de infarto y tiene una forma de caminar tan elegante... Su barba perfectamente recortada y su tez morena resaltada por el blanco de su camisa. La verdad es que su físico en conjunto con sus modales, su aire resuelto y carácter encantador, esculpen a un hombre tan distinguido como cautivador. Una pena que yo solo tenga ojos para Brais; un hombre que carga con un lastre del pasado del que no sé si algún día podrá desprenderse, algo que no deja de mortificarme; con una madre conflictiva que me odia como a nadie y no dejo de pensar que, si me hubiese enamorado de Osman, tal vez todo sería más fácil, quizás hasta perfecto, pero estoy rematadamente enamorada, hasta las trancas, de mi gallego, y nada jamás podría cambiar eso.

Me da dos besos en las mejillas, se desabotona su americana antes de sentarse con un aire tan resuelto como exquisito y pide un café.

—Veo que sigues llevando al cuello el caballito de mar que te regalé, al final le has cogido cariño, pero es comprensible, suelo dejar huella —destaca con una sonrisa exageradamente pretenciosa mientras me guiña un ojo.

«No debí habérmelo puesto —pienso—, ahora cree que me lo he puesto por él. Contemplo su semblante arrogante—. ¿Acaso cree que me tiene en el bote? Será creído...». Y en un instante todo lo anterior que pensaba de él se desvanece. De repente me siento incómoda, en ese mismo momento me hago cargo de que no ha sido una buena idea aceptar que me comprase aquella baratija y mucho menos el quedar con él. Opto por cambiar de tema antes de levantarme e irme por no pecar de maleducada únicamente.

—Sí, la llevo, ¿y bien? ¿Qué tienes que discutir conmigo aparte de despedirme de mí?

—Sé que te parecerá precipitado lo que te voy a proponer, pero si lo meditas razonablemente es la mejor opción para ti en estos momentos. Yo apenas me voy en unos días y no me queda tiempo para hacerte esta oferta.

—¿De qué hablas?

—Eres turca, según tus nuevos hallazgos, aquí nunca conseguirás descubrir tu pasado. Tengo dinero y vivo acomodadamente, en breve cerraré un par de tratos y regresaré a Turquía. Ven conmigo, allí hallarás todas las respuestas, yo te ayudaré. Puede que tu familia te esté buscando y si vienes conmigo pondré los

medios necesarios para averiguar quién eres y que puedas reencontrarte con ellos y tu verdadera vida.

—No puedo... Si te soy sincera cada día que pasa mi pasado me va importando menos, ahora tengo una nueva vida y no quiero seguir mortificándome por no recordar y, sí, me parece precipitado porque apenas te conozco. Ya no es mi verdadera vida, es más bien mi antigua vida, una que desconozco y quizás lo sea así siempre. Sé quién soy ahora y es lo que me gusta ser, ya va dejando de ser una prioridad mi pasado.

—Eso es de todo menos sensato, ¿y si hay alguien buscándote y sufriendo por tu ausencia? Quizás tu familia, creo que es muy egoísta por tu parte y hasta irresponsable. Me gustaría que confiaras más en mí, apenas nos conocemos, pero eso podría cambiar si pusieses de tu parte.

—Osman, me tomaron las huellas y el ADN nada más llegar. No consto como desaparecida en ninguna base de datos, ni en la de delincuentes siquiera. Han cotejado todas las bases de datos de las que disponen las autoridades, ¡nadie me busca!, ¡nadie me echa de menos! Esa es una de las razones por las que deseo seguir adelante y quedarme aquí, donde hay gente a la que sí le importo y me quiere.

—Ya y tiene que ver con ese hombre, ¿verdad? El tal Brais y, si lo vuestro no sale bien, ¿qué harás? No habrá tiempo de arrepentimientos.

—¿Cómo sabes lo de Brais? Apenas hace días que él y yo...

—Lo sospechaba desde vuestra escenita del sábado, pero tú me lo acabas de confirmar por completo.

—Bueno..., pues sí, es una de las razones —confieso finalmente.

—Medítalo unos días. Me voy la próxima semana, siempre puedes volver si te vienes conmigo, te pagaré el billete de regreso si lo deseas. Si ese hombre desea tu bien lo entenderá y podrá esperarte.

—Es de locos, ¿quieres que me marche contigo a Turquía sin saber ni siquiera si soy de allí realmente? —formulo incrédula y alucinada.

—Solo te pido que lo pienses unos días, no que me contestes ahora mismo, pero tienes que prometerme que al menos lo meditarás.

—Está bien —acuerdo finalmente, más que nada para que deje de insistir y, cuando estoy a punto de darle un sorbo a mi café, mi taza se queda a medio camino de mi boca porque me quedo petrificada cuando la veo salir del ayuntamiento a la mismísima Piedad—. A veces odio que la isla sea tan pequeña

y que este sea el centro neurálgico de ella —farfullo tapándome la boca con la taza. Toda precaución es poca, no vaya a ser que la vieja agria también sepa leer los labios.

—¿Qué dices? —me pregunta Osman confuso.

Entonces giro la cabeza hacia el lado contrario de donde se ubica ella, intentando esconder mi rostro con mi pelo.

—Dime que no me ha visto —le pido a Osman, pero él ni sabe de lo que le hablo.

—¿Quién? —pregunta de nuevo, pero es tarde para explicarle la situación. Piedad me ve y viene hacia nosotros como ave de presa inmediatamente sacando sus garras y sobre todo su pico afilado.

—¿Que quién? Ella, pero ya es tarde —le recrimino con cara de pocos amigos a Osman.

—Te calé desde el primer día —me arrea sin más Piedad—. Así que engatusando a otros hombres a espaldas de mi Brais, ¡te tenía bien calada y no me equivoqué!

—¡Ah, ella! Es la misma señora que evitabas en la fiesta, ¿no?

Ignoro a Osman por completo, total, no ha sido de gran ayuda, y trato de defenderme de la urraca.

—No va a dejarme siquiera tomar un café tranquila con un amigo, ¿verdad?

—Mientras vivas en mi isla, no, y siéntete con suerte de que no sé usar esos móviles modernos o ahora mismo os sacaba una foto y le llevaba la prueba a mi Brais de a lo que te dedicas a sus espaldas.

—Señora..., está sacando las cosas de quicio y no es lugar para montar una escena, por favor, déjenos en paz y váyase por donde ha venido —le arrea Osman.

Resoplo, Osman no la conoce como yo y, después de que él le suelte tal cosa, me espero al menos que Piedad lance una tempestad sobre mí y la aguardo resignada.

—¡Abra los ojos! ¡Usted parece un señor distinguido y esta es una buscona nada más!

Osman se levanta, por su respiración percibo su contención, se colma de paciencia y le pide amablemente:

—O se va o ahí enfrente está la sede de la Policía Local donde puedo

ponerle una denuncia por injurias e insultos y con todos estos testigos —le sugiere señalándole a los demás clientes que toman algo en la terraza—, y no la llevo yo mismo del brazo porque tengo cierto respeto a la gente mayor, cosas de la que usted se ve que carece sobre todas las personas, ni sentido de la vergüenza. Váyase con sus neuras e invenciones a otro lado a molestar.

Advierto la impotencia y la cólera también en la mirada de Piedad.

—Ya me voy, pero esto no se queda así —se limita a advertirnos después de pensárselo.

—De acuerdo, lo que usted quiera, pero váyase o no respondo —le previene Osman.

Ella vuelve a dedicarme otra de sus miradas fulminantes, y se va como un perro con rabia.

—Lo siento, siento la escena —me disculpo con Osman cuando avisto a Piedad bien lejos.

—Tranquila, lo que no entiendo por qué decía sin parar «mi Brais».

—Porque es su madre.

—¿Su qué? ¿Y aún deseas quedarte a convivir con gente así?

—No son todos así, es solo ella. En fin, tengo que irme, se me hace tarde y tengo tareas que hacer.

—Te acompaño si no te importa, por si le apetece volver a increparte a la señora esa.

—Gracias, Osman —digo avergonzada y me lleva finalmente a casa en su coche, aunque no dejo de guardar las distancias con él.

Casi todo el camino vamos en silencio y, nada más llegar a la entrada de la casa, Osman no puede reprimir sacar el tema de nuevo.

—Así que estás con un hombre al que su madre te tiene en tan alta estima.

—Déjalo, Osman. Ya he tenido bastante y no quiero hablar del tema.

—Veo que te van los retos. Está bien, pero piensa en mi propuesta, por favor.

—Lo haré.

Y al fin nos despedimos.

Entro en la finca y, después de guardar la compra, salo las sardinas para la cena y dejo todo preparado para la barbacoa planeada para la tarde, como me ha

pedido Marisa. Posteriormente hago la comida para mí y para sus hijos. Mila y yo comemos juntas, mientras Iván no se levanta hasta las cuatro para ello. Por la tarde Mila disfruta en el jardín posterior leyendo mientras yo, a falta de Ángel, rastrillo el césped con tal de matar el tiempo hasta que Brais me llame para acordar una hora para quedar, ni sé qué más hacer ya. Ha hecho algo de viento por la noche y con ello se han precipitado abundantes hojas de eucalipto y agujas de los pinos del exterior y me pongo manos a la obra, acabo llenando un buen saco finalmente. Mila continúa sumergida en su libro, debe de ser muy bueno, así que voy a supervisar la casa paseándome por ella media docena de veces, sin descubrir nada nuevo que hacer. «Debí pedir el día libre», pienso, ¿pero para qué? ¿Para deambular sola por la isla como hago siempre? Mis únicas amigas trabajan en la sanidad y con sus turnos es imposible verlas a menudo, es frustrante. Finalmente, opto por darme un largo baño y practicar los ejercicios de memoria que Julián tanto insiste en que haga, quizás hasta tenga razón, puede que esté desatendiendo mi recuperación. Brais ocupa mi mente durante todo el día, no lo puedo evitar, ¿puede que yo misma esté retrasando mi curación?

CAPÍTULO 9

YO, EL AMOR QUE TE

FALTA

A eso de las siete llega la ansiada llamada de Brais.

—¿Te recojo en una hora?

—Me iría ahora mismo contigo, pero Marisa llega sobre las ocho y media. No puedo irme hasta que ella llegue.

—Claro, sin problema, en hora y media entonces.

—Gracias, ¿puedo preguntar esta vez dónde vas a llevarme? Para saber qué debo ponerme, ¿o seguimos el mismo rol de la primera vez?

—Ve cómoda como el primer día.

—Ya estamos con los misterios.

—Bueno, así es más emocionante, ¿no?

—Mejor me callo —murmuro.

—Te recojo a las ocho y media, hasta entonces.

—Hasta luego, Brais.

Es exasperante no saber a dónde me va a llevar y si acertaré con la vestimenta, pero, en fin, es Brais y decido no crisparme más con ello.

Me decanto por un vestido rojo de tiras, corto, de tela muy veraniega y vaporosa con el bajo terminando en unos tímidos volantes que bailan a mi paso, acompañado con mis bailarinas de siempre. Aparte de que mi armario sigue siendo muy limitado no deseo recurrir a Mila siempre y continuar abusando de su amabilidad. Me hago una cola con mi pelo de lo más informal, esperando que Brais me despeine y mucho, todo lo que pueda, veo innecesario arreglarme el cabello demasiado.

El sonido de un claxon me indica que ha llegado a recogerme, me despido de la familia y salgo a su encuentro fuera de la finca. Me sorprende ver de nuevo el Renault Megane de Brais mientras él me sonríe desde su interior.

—¿Ya te lo han dado? —pregunto refiriéndome a su coche.

—Tuve suerte, tenían la pieza y lo montaron rápido, si tuviesen que pedirla fuera sí tardaría mucho más.

—Me alegro por ti, por cierto, ¿voy vestida adecuadamente para donde rayos sea que me lleves hoy? ¿Debería coger una chaqueta?

—Vas estupendamente —dice comiéndome con la mirada con descaro—, y por la chaqueta no te preocupes, si tienes frío yo me encargaré de darte calor — declara clavándome sus maravillosos ojos, de tal modo que parecen sustentarse de los míos, provocando un incendio en mí mientras yo lucho por no exteriorizar el rubor que experimento, pero trago saliva e intento reaccionar como una mujer adulta.

—Interesante sugerencia —alego al fin saliendo airosa de mi verdadero estado y me subo al coche mientras él me contempla con cara de más que satisfacción por mi respuesta. Brais pone el coche en marcha y ahí comienzo a intentar adivinar a dónde me lleva—. Bueno, no vamos hacia el puente, así que no salimos de la isla.

Vislumbro media sonrisa en él mientras no deja de mirar hacia la carretera, dejando claro que disfruta manteniéndome en vilo.

—No me sacarás nada hasta que llegemos —dice muy seguro de sí mismo, tanto, que yo lo adopto como un reto.

—¿Estás seguro? Puedo ser muy persuasiva —le murmuro al oído mientras me desprendo de mi cinturón de seguridad, me recuesto en su hombro mientras disfruto de su olor y mi mano acaricia su entrepierna.

—Si pretendes que no llegemos a nuestro destino vas muy bien, aunque te aconsejaría cenar para que fueses cogiendo fuerzas antes, las vas a necesitar — ronronea como un gatito mientras mi osada mano consigue ponerlo más que nervioso, puedo comprobarlo tanto con la vista como con el tacto, cómo disfruto alterándolo.

—Me encantan tus amenazas —le susurro mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Entonces Brais frena en seco parando el coche de inmediato, exhala una buena cantidad de aire y, cogiéndome por los hombros, vuelve a situarme en mi asiento, me abrocha el cinturón de seguridad y me pide al mismo tiempo:

—¿Puedes estarte quietecita diez minutos más al menos? Intento no tener un accidente, aunque te follaría ahora mismo. Procura no impedir que la sangre vuelva a mi cerebro para que pueda conducir y no matarnos, te lo agradecería enormemente.

Me ruborizo y me hace gracia al mismo tiempo su reacción, solo le falta

amordazarme, mientras intento aguantarme la risa y finalmente permanezco quieta.

Brais toma el control de nuevo del coche y parece que el riego sanguíneo regresa a su cabeza, lo sé después de echarle una visual a su entrepierna y comprobar cómo el bulto ha menguado, es más que patente. Luego contemplo por mi ventanilla cómo pasamos el centro y continuamos rumbo al norte, no sin que Brais deje de echarme miraditas pervertidas de vez en cuando y estar alerta por si me pongo juguetona de nuevo dificultando su concentración en la conducción como él dice.

—Por aquí solo hay monte y costa y ambos sabemos tu aversión por el mar... —comento confundida.

—Igual te llevas más de una sorpresa hoy.

—¿Más de una? Esto promete —manifiesto con un tono travieso y descarado.

Una sonrisa emerge en su rostro y hace un gesto de negación con la cabeza, dándome por imposible.

—Te lo repito, no conseguirás sacarme nada hasta llegar a nuestro destino.

Dan las nueve menos cuarto, pero como es verano apenas ha comenzado a anochecer. Vamos dejando las casas atrás a nuestro paso, hasta la pista de asfalto cambiándola por una de tierra, ya solo los pinos y eucaliptos nos acompañan en nuestro camino y la carretera se va tornando más tosca y estrecha cuanto más avanzamos. Advierto cómo nos aproximamos a la costa, cada vez está más cerca, hasta que aparca en una pequeña pista forestal que yo conozco muy bien. Un lugar al que me encanta ir a pasear por las tardes.

Lo único que hay por aquí es el faro y un chiringuito muy acogedor en medio de una finca y me quedo inmóvil dentro del coche esperando el primer movimiento de Brais. No había imaginado que ese sería nuestro destino, así que decido esperar dentro de su Renault para ver qué se propone.

Entonces sale del coche, rodeándolo viene hacia mí y abre mi puerta.

—¿Te piensas quedar ahí todo el tiempo o piensas salir? —me pregunta.

—Pero... estamos en la costa, tú odias la costa —respondo confundida.

—Hay ciertas manías de las que hay que desprenderse tarde o temprano y evolucionar.

—No quiero que lo hagas por mí, por favor, Brais.

—Lo hago por mí también, por ambos, te prometo que si me siento incómodo te lo diré sin dilaciones y nos iremos. Voy a intentarlo, pero tampoco voy a contenerme si no estoy a gusto, te lo prometo.

—Entonces de acuerdo.

—Ven —me pide alargando la mano, se la doy y echamos a andar. No puedo evitar echar la vista atrás, hacia el maletero de su coche, como la primera noche, cuando sacó de él una cesta de picnic.

—¿No vamos a hacer un picnic en la playa? —le pregunto.

—No.

Las opciones se acortan, en realidad se reduce a tan solo una, en el maravilloso paraje.

—Vamos a cenar en el faro, ¿en serio?

—Te encanta este sitio, me lo has dicho más de una vez, yo odio los bullicios y locales abarrotados, así que...

—No sé qué decir...

—No sé cómo saldrá esto, así que no digas nada de momento.

Comienzo a notarlo nervioso y eso me preocupa. Solo se me ocurre agarrar su mano con fuerza y sonreírle cada vez que me mira. No quiero sacar el tema para no perjudicar más la situación o decir algo inapropiado y estropearlo.

Subimos la rampa y, en vez de entrar al faro, Brais me dirige a la terraza que se emplaza en una gran tarima de madera encima de la roca de enfrente al faro y me invita a sentarme en una de sus mesas.

—¿En el exterior? ¿Estás seguro? —pregunto sorprendida, porque apenas unos centímetros nos separan del mar al que tanta inquina le tiene como compañera de cena.

—¿No te gustan las vistas?

—¿Bromeas? Ver la puesta de sol con la ría de fondo... estando literalmente encima del mar, pero tú..., ¿de veras estás cómodo?

—Sí, hay algo que me mantiene al margen de mis perturbaciones.

—¿El qué?

—Tenerte a ti de frente, concentrarme en todo lo que pienso hacerte después de cenar. Eso me distrae de todo lo demás, te lo puedo asegurar.

—Sigue hablando así y la que no va a probar bocado voy a ser yo.

—¿Porqué? Se te ha puesto un nudo en el estómago o... ¿quizás más abajo?
—me inquieta con una mirada perversa. Tengo calor.

—Un poco de las dos —respondo con una descarada franqueza.

—Me encanta verte encendida.

—Te encanta encenderme tú, más bien.

—Será mejor cambiar de tema o te lo voy a hacer aquí mismo, encima de la mesa —me suelta sin más—. El faro data de mil ochocientos cuarenta y dos, si no recuerdo mal. Luego le pregunto al dueño, lo regenta una familia súper especial, cómo no podía ser de otra forma.

Me quedo atónita ante el cambio radical de tema y con qué naturalidad puede hacerlo.

La misma persona que regenta el restaurante es quien nos toma nota, un conocido de Brais, al cual me presenta y aprovecha para contarme más sobre la historia del faro. Dejo que Brais me sorprenda y pida por mí de la carta, ordena marisco, está empeñado en que pruebe todo lo que ofrece aquel paraje sin igual.

Cenamos disfrutando de la puesta de sol, devoro literalmente las zamburiñas a la plancha en salsa verde y hasta repito tan singular manjar que no había probado hasta la fecha y más cosas de la carta que él escoge para ambos con gran acierto. Cuando estamos con los licores, Brais echa un vistazo a su reloj y menciona algo que me desconcierta.

—Qué raro, Xabi ya debería haber llegado —expresa extrañado.

—¿Xabi? Creí que era una cita romántica para dos.

—Y lo es, Xabi viene un momento a traerme un encarguillo de nada y se irá.

—¿Y tiene que dártelo aquí y ahora? No entiendo nada.

—Debe de ser esa dorna que se aproxima, viene con las nasas a bordo. Seguro que es él —me indica señalándome una pequeña embarcación que está llegando a la cala que está a pies del faro.

Y, sí, lo es, contemplamos cómo Xabi echa el ancla y se aproximaba a nosotros.

—Buenas, pareja.

—Hola, Xabi, oye, ¿y para recoger las nasas tenías que ponerte el traje de bucear? Porque no lo entiendo —pregunto extrañada.

—No, guapa, eso era por el otro encargo.

—Un paquete de fariña impermeabilizado al menos. —Ríen unos turistas de la mesa de al lado, tres hombres cuarentones que por su acento sospecho que no son de la zona ni de Galicia siquiera, más bien del interior y de muy lejos de la costa. Nosotros tres nos quedamos de piedra al percatarnos de que están siguiendo nuestra conversación con tanto descaro atreviéndose además a hacer aquel comentario de tan mal gusto.

—A que le doy de hostias... —se indigna Xabi que se enciende por momentos y va a más.

—Déjalo, no vale la pena —le sugiere Brais mirándolos con desprecio.

—Es que estoy harto, ¿has visto lo bonito que es esto? ¿Y lo duro que es el trabajo del mar? Para que solo nos señalen siempre por el narcotráfico, me repatea seguir llevando esa estela.

—Déjalos, son unos ignorantes y eso es un capítulo del pasado de nuestra ría y nada más.

Yo los observo deseando que se vayan pronto, temo que se pueda liar. Están a punto de pagar, uno de ellos le echa un vistazo a la cuenta.

—Treinta y cinco euros por cabeza. No vuelvo más y el ambiente tampoco me agrada —manifiesta mirando hacia nosotros.

—Por casualidad no nos has llamado ignorantes, ¿verdad? ¿Marinerito de poca monta? —se levanta uno de ellos increpando a Brais.

—¿Marinerito? —repite Xabi yendo hacia su mesa, coge la nota de su cuenta y mirándola le espeta—. ¿Te parece caro la mariscada que te acabas de zampar con el pescado fresco por este precio? ¿Por qué no se lo dices a las viudas y huérfanos de los marineros que han perdido la vida por ir a faenar para que tú puedas comer pescado fresco a diario? A ellos sí les sale caro el pescado, no a ti. Partirte la espalda, madrugar, faenar con temporales, estar lejos de la familia, jugarte la vida, ¿y aún te parece caro? Sí, te ha llamado ignorante. Y del narcotráfico ya ha llovido y ni entonces todos no dedicábamos a eso, sino a trabajar por cuatro perras de forma honesta, ¿te queda claro? Odio cuando generalizan.

—Mira, chaval, yo no he venido aquí a recibir lecciones.

—Ni yo a escuchar las mismas sandeces de las que estamos más que hartos.

Ambos se retan con la mirada, intento parecer despreocupada, pero la verdad es que no es así. Me asusta que comience una pelea y Brais se vea implícito por salir en defensa de su amigo.

Pero el dueño del restaurante que sigue lo ocurrido se acerca y les sugiere a tan desagradables clientes que se vayan, a cambio les descuenta los cafés y los postres de la cuenta si lo hacen de inmediato. Aceptan, no antes sin echarnos unas miradas de altanería y desdén. Brais al fin se relaja, y Xabi también.

—Ah, por cierto, voy a por tu encargo, lo he dejado a bordo —me dice Xabi dirigiéndose, ¿a mí? Cada vez entiendo menos.

—¿Mi encargo? —pregunto confundida—. ¿Cómo que para mí? Será para Brais. —Xabi me sonríe y se va cuesta abajo hacia su barca sin responderme siquiera, mientras Brais me muestra una sonrisa de lo más sospechosa—. ¿Tú le has pedido algo a Xabi para mí? —cuestiono.

—¿Sabes? Siempre que te llevo a un lugar me preguntas por qué se llama así y, sin embargo, aquí, donde se emplaza el faro, un lugar que te encanta desde que lo conociste, según tú, nunca me has preguntado por qué se llama Punta Cabalo^[30], es curioso.

—Pues sorpréndeme.

—Espero hacerlo —se limita a decirme y se vuelve hermético de nuevo.

—Aunque no sé qué tiene que ver eso con tu misterioso encargo —insisto. Brais se ciñe a mirarme de forma maliciosa sin inmutarse ni revelarme y advierto cómo lo disfruta manteniéndome a la expectativa. Entonces Xabi regresa con un recipiente lleno de agua que deja sobre la mesa y miro el envase embobada—. ¡Oh, son dos caballitos de mar! —exclamo viéndolos dentro de aquel recipiente.

—Se llama Punta Cabalo porque en esta zona abundan los caballitos de mar. Bueno, cada vez hay menos, pero... aún los hay y como sé que te gustan... tanto como para llevar uno al cuello, ¿no?

—No tengo acuario ni pecera en casa, ni sé si los Marsans me permitirían tener una.

—Eso ya está arreglado, pero no te diré más hasta llevarte a casa.

—¿Qué? No entiendo nada.

—Todo a su debido tiempo.

—Bueno, parejita, yo os dejo ya.

—No, Xabi, tómate algo con nosotros, ¡qué menos!

—Otro día, por cierto, Suhana, los caballitos comen salmuera, camarones, peces pequeños y plancton, si tienes cualquier otra duda, Brais sabrá decirte.

Bye, chicos —se despide mientras se aleja hacia su embarcación.

—¿Y si no sé cuidarlos? —le formulo a Brais.

—Yo te enseñaré, ¿damos un paseo? —me pregunta a la vez que alza la mano para pedir la cuenta, el camarero se acerca y le pide también que le custodie los caballitos de mar hasta nuestra vuelta.

Comenzamos a bajar la cuesta y en medio Brais se para, mira a su espalda y se queda extrañado y pensativo, eso me suena, es como un *deja vú*, no es la primera vez que lo hace.

—¿Otra vez esa sensación sobre que te sientes vigilado? ¿Que alguien te sigue? —pregunto.

—Sí, pero es más que eso esta vez.

—¿Qué ocurre, Brais?

—El hombre del suéter rojo —me indica haciendo un gesto con la cabeza, es un hombre de unos cincuenta que no deja de mirarnos hasta que se percata de que nosotros lo miramos a él, entonces torna la mirada hacia el mar disimulando —. Estaba en el Oasis la otra vez también, ¿no es mucha casualidad?

—¿Lo conoces?

—No, nunca lo había visto, solo esa vez, aunque me es familiar y no consigo saber o acordarme de qué.

—No te vuelvas loco, no será nada.

—Lo intentaré —pacta y retomamos el paseo.

Viéndolo tan preocupado decido cambiar de tema.

—Brais..., los caballitos...

—¿Sí?

—¿Y si le echo demasiada comida o poca? ¿Camarones y peces pequeños? ¿Dónde consigo eso?

—Yo te los conseguiré, tranquila. Comen de treinta a cincuenta piezas al día.

—¿Por qué caballitos de mar?

—Porque te gustan, y a mí también su forma de coexistir.

—Cada mañana el macho y la hembra se reúnen repetidas veces para bailar, reforzando así sus lazos de pareja y mientras se mueven cambian de color, son mágicos para mí, por eso me encantan.

Entonces se para, entrelaza sus manos con las mías y declara:

—Son monógamos y sus parejas duran de por vida, por eso van con las colas enlazadas, para no separarse jamás.

—Son mágicos —casi murmullo.

Y Brais me mira, me besa de una forma tan repentina como embriagadora y me subo a mi nube de entusiasmo donde me regodeo, pero se separa y tira de mi mano apresuradamente para que lo siga. Lo odio un poquito por haber interrumpido sin más tan espectacular beso y momento.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A un rincón de una cala cercana, lejos de miradas ajenas donde pueda desnudarte.

Con solo sugerirlo mi cuerpo se enciende, disparando mi imaginación y mi deseo. Me quedo hipnotizada en sus ojos; su mirada, aparte de magnética, alardea del poder que tiene sobre mí y no es para menos. Parezco una niña ante un algodón de azúcar por el que ha estado llorando toda la tarde y al fin consigue su trofeo. Brais es mucho más que eso, dulce y picante, sexi y, además, arrebatadoramente guapo. Muero de ganas por llegar a esa cala donde piensa desnudarme. Una golosa electricidad invade mi cuerpo mientras la ansiedad se apodera de mí al mismo tiempo.

Continuamos caminando y con la mano que tengo libre arranco una mora de una de las tantas zarzas que hay a ambos lados del sendero y no me puedo contener, tiene una pinta deliciosa, es tan grande, madura y brillante... Lo cierto es que, donde terminan las pistas de asfalto en la isla, el monte está invadido de arbustos de zarzamoras. Me la meto en la boca y Brais me reprende:

—No deberías comerlas sin lavarlas, tienen mucho polvo y pueden tener sustancias químicas del ambiente procedentes de tubos de escape, por ejemplo; por aquí pasan coches de turistas. —Su voz es severa, pero cambia de repente cogiéndome por sorpresa, tirando de mi mano atrayéndome hasta pegarme a su cuerpo—. Pero me encanta el sabor a mora. —Ronronea de forma sumamente sensual mientras se apodera de mi boca, me estremezco y su ávida lengua consigue arrebatarme la mora antes de que me la trague, la muerde y acaba comiéndosela él.

—A partir de hoy me acordaré de tu deliciosa boca siempre que me coma una.

Intento no ruborizarme mientras mi mente se deleita en sus palabras tanto

como en su beso, me echaría encima de él en medio de las zarzamoras en aquel momento si no tuviesen tantas espinas e intento no perder la compostura mientras continuamos caminando.

Estoy nerviosa, el silencio que se establece entre ambos dispara más mi tensión, así que decido ir cogiendo moras por el camino para distraerme siempre que la distancia me lo permite, ya que Brais me coge de la otra mano.

Cuando cojo la segunda y estoy a punto de comerla, él vuelve a reprenderme.

—¿Qué te he dicho de comerlas sin lavarlas? ¿Voy a tener que mantener tu boca ocupada todo el camino? —Sonríe malicioso. Reprimo una sonrisa que quiere germinar en mi rostro de tan solo de imaginarlo y termino por tirar la mora—. Buena chica —dice e intenta permanecer serio tanto como yo, pero nuestras miradas se cruzan e inevitablemente nos echamos a reír ambos. Luego me mira pensativo—. ¿Quieres recoger unas cuántas para llevártelas a casa antes de que anochezca del todo?

—No..., te parecerá infantil...

—Para nada. Anda, vamos, pediré una bolsa en el chiringuito y cogemos algunas mientras tengamos luz.

Lo sigo y así hace, se la dan con gusto, conocen a Brais, casi todos se conocen en la isla, menos yo. Empezamos a recolectarlas de camino a la cala donde quiere llevarme.

—¿Sabes? Mi hija y sus amigas las recogían después de volver de la playa, era como una rutina para ella, llegaban a casa y después de lavarlas las pisaban con un tenedor, les echaban azúcar y se daban un banquete —me cuenta—. Ya no lo hace, se está haciendo mayor tan rápidamente... Dice que ahora le da vergüenza, que es cosa de niñas y las compra en el súper, las que traen del extranjero para hacer postres y batidos, para matarla.

—Pues sí, para matarla habiendo tantas silvestres.

—Cuando llegues a casa no las laves, mejor sumérgelas en agua bien fría para que no se dañen durante media hora y luego las escurres.

—Lo haré —le prometo mientras me agacho para coger un buen racimo de ellas, sin percatarme de que Brais mira de forma perversa mi retaguardia.

—Aunque me gusten las vistas y ese vestido cuando te agachas... —me asesta—, no cojas moras que estén situadas por debajo de tu cintura. Podría haber orinado algún animal o algo, coge solo las altas. —Doy un respingo y me

agarro el vestido por detrás, quedándome más tiesa que un militar en un desfile el día del Pilar—. Interesante lencería, encaje rosa, estoy deseando quitártela — dice y me encanta el tono de lujuria que utiliza cuando lo hace.

—Me tenía que haber puesto unos *shorts* vaqueros —manifiesto—, pero como nunca me adelantas a dónde me vas a llevar... —dejo caer disimulando, aunque reconozco que su tono me ha puesto la miel en los labios.

—Te los quitaría igualmente. —Sonríe perverso, pero su semblante cambia—. ¡Cuidado! ¡Una avispa!

—¿Dónde?! —pregunto alertada.

—Estaba aquí ahora mismo.

—Pues yo no la he visto.

—Se habrá ido entonces, ¿tienes suficientes? —me formula mirando la bolsa con las moras.

—Sí, ya hay muchas. Gracias por ayudarme a cogerlas.

Aún no he terminado la frase y aprecio un dolor punzante en el trasero, es intenso y comienzo a sentir una especie de quemazón espantosa. No puedo encubrir el malestar y Brais se da cuenta, entonces alarga su brazo con el dedo índice estirado, haciendo un gesto indicando el bajo de mi vestido mientras percibe mi expresión.

—La avispa..., esto acaba de salir de debajo de tu... No me digas que te ha picado.

—Creo que sí —murmullo mientras me toco la nalga y lo compruebo. Deseo morirme, no puedo creer que me haya pasado esto.

Posteriormente Brais se tapa la boca aguantándose la risa.

—Perdona, no lo puedo evitar —se disculpa y prosigue—, pero... ¿de verdad te ha picado en el trasero?

—Parece que sí —digo ¿avergonzada? No, avergonzada no, la verdad es que me quiero morir en este momento.

—Déjame ver —sugiere, como si no estuviera pasando bochorno suficiente.

—¿Qué?! ¡Ni hablar! —exclamo violentada a más no poder, ¿está bromeando?

—No seas infantil, soy médico, además, ya he visto tu precioso culo en más de una ocasión.

—¿Y qué? Pero ¡no de esta forma! No te atrevas siquiera a comparar...

—Hana, si te ha dejado el aguijón clavado hay que sacarlo y tengo que comprobarlo.

—¡Ni en sueños! Ya lo haré yo en casa.

Brais reprime sus ganas de reírse todo lo que puede. Mis ojos son fieles testigos de ello. No sé si es por mi forma más que infantil de llevar la situación o porque me haya picado una avispa en el culo, pero... ¿cómo enfrentar esto?!

—¿Y cómo lo piensas hacer? Si te ha picado en el trasero ¿cómo vas a verlo? No puedes, a no ser que seas contorsionista y me lo hayas ocultado, creo que eres la primera persona que conozco que le ha picado una avispa en el culo. Déjame ver, anda —finalmente no puede contenerse más y vuelve a explotar en carcajadas.

—No —me niego e hincho los morros como una niña de guardería.

Yo tampoco me lo creo y menos que haya sido en su presencia, no debí ponerme un vestido tan corto y con vuelo, pero ya es tarde para arrepentimientos. Creo que no me lo pondré más en lo que me quede de vida para no evocar un recuerdo tan embarazoso, lo más probable es que incluso lo quemé, lo incinere y lo haga polvo. Odio las avispas, ¡odio este vestido!

—Hana, he visto decenas de culos de ancianos de noventa años por mi profesión, ver el tuyo es un regalo para los ojos, mujer. Anda, déjame.

—Eso no me ayuda, ahora tengo una visión horrible en mi mente de la que no puedo deshacerme, gracias por ser tan gráfico —suelto indignada. No pienso enseñarle el culo de ninguna de las maneras. Encima me hace evocar el momento en el que pillé a aquel señor mayor por los pasillos del hospital con su retaguardia al aire cuando estaba ingresada, genial, creía que ya lo había olvidado y me acuerdo hasta del nombre, señor Roxelio le llamaba Bea, ¡por Dios!

—¿Sabes si eres alérgica a las picaduras de avispas?

—Qué voy a saber, ¡te recuerdo que no sé nada sobre mí! —le recrimino haciendo alusión a mi amnesia.

Brais se torna serio, las risas se esfuman de inmediato.

—Pues entonces es más grave de lo que pensamos —indica—, si eres alérgica, cosa que no sabemos, puedes sufrir un *shock* anafiláctico y no me pienso arriesgar. —Y así como termina me coge del brazo obligándome a ir hacia la playa.

—¿Qué haces?

—Llevarte para que te acuestes boca abajo en la arena y pueda examinarte.

—Prefiero sufrir ese *shock* anafiláctico o como se llame antes de que tengas que inspeccionarme el trasero, ¡es humillante!

—Pero ¡qué infantil eres! —me grita llevándome del brazo mientras yo me sigo negando—. Hana, por favor...

—Brais, casi ha anochecido del todo, ¿cómo vas a ver algo tan pequeño como un aguijón con tan poca luz? ¡Piensa un poco!

—Tengo una linterna en el móvil.

—Para qué habré preguntado —digo arrepintiéndome de mis palabras.

Brais supervisa mis pupilas.

—¿Te sientes mareada o te pica alguna otra parte del cuerpo como si tuvieses urticaria? ¿Sientes ganas de vomitar?

—No, estoy bien.

—¿Respiras con dificultad o tienes sensación de ahogo?

—Estoy bien, Brais, no insistas.

—Bien, si tienes alguno de estos síntomas me lo dices de inmediato.

—No soy alérgica o ya se hubiesen manifestado, ¿no?

—Puede ser, pero no quiero bajar la guardia contigo.

Se preocupa por mí, una calidez me arrolla y su mirada acaba por desarmarme, así que comienzo a caminar hacia la arena de la playa como un mero corderito.

—¿Qué haces? —pregunta sorprendido.

—Buscar un sitio cómodo para acostarme boca abajo y me pases consulta, aunque no como quisiera —voy farfullando como una niña chica.

Brais sonrío y me sigue. Me acuesto en la arena no sin antes mirar si hay curiosos alrededor, sería la guinda de la noche.

Se acuclilla, saca su teléfono y me levanta el vestido. Siento su mano acariciándome el muslo, me estoy encendiendo de tal forma que en vez de quitarme el aguijón estoy por pedirle que me dé un cachetón de niña mala. Total, me ha llamado infantil... No puedo dejar de fantasear con su tacto en la ausencia del contacto visual y las ideas se me disparan.

—Hay aguijón.

—Vaya noticia, ¿y llevas unas pinzas encima? Ya me dirás cómo lo sacamos.

—No, pero sí una tarjeta de crédito.

«¿Una tarjeta? ¿Y qué puede hacer con eso?», me pregunto. Entonces siento cómo raspa con el borde de la tarjeta mi nalga picada por la avispa licenciosa.

—Como alguien nos vea así me muero fulminada.

—¿Por? Ya nos han visto follando en el monte, esto no es nada en comparación —se guasa.

—¿No? Quien nos vea en esta situación, yo boca abajo y tú maniobrando por ahí con una linterna encima..., a saber lo que se imagina.

—No sé... ¿que te estoy buscando el punto G? —Se carcajea—. Por cierto, ya me dirás si alguna vez he dado con él ahora que sale el tema...

—Un puntazo te voy a dar yo a ti en toda la entrepierna como no dejes las bromitas, creo que tengo suficiente bochorno ya...

—Mira que eres mala paciente...

—¿Quieres terminar de una vez?

Brais no contesta, solo escucho una risa comedida y siento cómo sigue con el borde de la tarjeta haciendo una presión ligera, pero constante.

—No te muevas. Lo estoy extrayendo, tiene púas y puede que te duela al sacarlo, pero si te mueves puede romperse y quedarte un trozo enterrado en la piel y sí sería difícil de quitar.

—Vale, doctor, intentaré no moverme —digo con sarcasmo y un bochorno... imposible de cuantificar.

—Ya lo he sacado, debes lavar la herida con jabón cuanto antes, pasaremos por una farmacia de guardia para pillar un antihistamínico por si las moscas y una crema con hidrocortisona para la quemazón y la hinchazón, tira de analgésicos si te duele mucho, ¿tendrás en casa?

—Sí, alguno hay.

—¿Te duele mucho? —me pregunta mientras continúa inspeccionando la aureola que ha dejado la picadura.

—La verdad es que sí.

—Bueno, he terminado con tu precioso culo.

—Muy gracioso, esta no era la idea que tenía sobre que me desnudaras en una cala solitaria.

—Ni yo, créeme. Odiaré a las avispas más que nunca a partir de ahora por privarme de ello —comenta mientras me ayuda a levantarme—. ¿Puedes caminar?

—Claro, duele, pero puedo.

—Espérame aquí, iré a por tus bichitos de mar y a por el coche, así no caminarás de más.

Me besa, me enciendo de nuevo y desaparece a paso acelerado mientras me maldigo por no poder terminar en esa maravillosa cala a la luz de la luna y acabar extasiada entre sus brazos.

Cuando se ha alejado lo suficiente, echo la mano a mi culo dolorido. Noto la hinchazón y cómo duele mi nalga derecha. Descartado el sexo, imposible maniobrar con este dolor y escozor, no hay postura posible para ello. Comienzo a discurrir cómo melindres me voy a sentar en el coche, sospecho que va a ser todo un acontecimiento.

Brais apenas tarda en regresar con el vehículo, se baja y me ayuda incluso a llegar a la puerta del copiloto.

—¿Te puedes sentar?

«Buena pregunta», pienso.

—Sí, creo, cargaré todo mi peso en el lado izquierdo y ya está.

Entro en el coche y así hago, Brais se va hacia su lado después de asegurarse de que estoy más o menos cómoda y también me ayuda con el cinturón de seguridad.

Me siento fatal por cómo ha terminado la noche y, cuando está a punto de arrancar, se lo impido poniendo mi mano sobre la suya.

—Siento haber chafado la cita —me disculpo.

—¿Qué dices? Si ha sido hasta con anécdota incluida —bromea, posteriormente su rostro se torna tierno—, y tu cara cuando viste los caballitos de mar, ver tu expresión, ha sido mejor que el más increíble sexo que pueda experimentar nunca —me dedica mientras una caricia suya resbala por mi mejilla.

—Tú no eres real.

—Créeme que lo soy, lleno de defectos e inseguridades, como cualquier

mortal, o peor en algunos aspectos, y tú lo sabes mejor que nadie.

—Eres un trozo de cielo.

Brais me sonrío.

—¿Arranco antes de que sigas delirando sobre mí?

—Arranca —le digo sonriendo.

Los primeros minutos no nos decimos nada, le echo un vistazo al recipiente de mis bichitos de mar del asiento posterior para asegurarme de que no se mueve demasiado con el trajín del coche y se pueda verter su contenido con ello. Miro a Brais embelesada, sus ojos brillan como nunca con el reflejo de la iluminación de la carretera y me pregunto cómo puede estar a mi lado, aún no me lo creo ni cómo puede ser tan generoso y complaciente conmigo. No quiero irme jamás de este maravilloso lugar ni de su lado. No dejo de desearlo, quedarme para siempre. Entonces Osman viene a mi mente, más bien su propuesta que no pienso aceptar y con ello también la irrupción de Piedad la cual aún no lo he contado a Brais. No sé ni cómo sacar el tema, pero prefiero que lo sepa por mí que por la vieja agria de su madre y pueda usarlo en mi contra.

—Se me había olvidado comentarte que me tomé un café con Osman esta mañana, se va a Turquía la próxima semana e insistió en despedirse, por eso accedí a verlo —le relato prescindiendo comentarle la propuesta de Osman de irme con él, al haber rechazado su oferta creo innecesario mencionarlo siquiera.

—Ah, así que estuvo por la isla para eso.

—¿Cómo que estuvo por eso? ¿Ya sabías que lo había visto?

—Claro, me lo dijo mi madre apenas quince minutos después de verte. —Sonríe divertido—. Aunque me haya mudado sigue siendo mi madre y con la devoción que siente por ti... —ironiza—, vino a contármelo al instante.

—Se me ha adelantado, vaya, ¿y por qué no me dijiste nada?

—Son cosas tuyas, ¿qué debía decirte? No quiero inmiscuirme, si tú me lo quieres contar, perfecto, si no...

—¿Y no te importa que me haya tomado un café con él?

—Me imagino que tus razones tendrías, confío en ti, Hana.

—¿Lo dices en serio?

Brais para el coche y se gira hacia mí.

—Veo cómo me miras y tu mirada me transmite y dice mucho más que un chisme de mi madre. Sé lo que veo en tus ojos, no mienten, lo demás para mí es

insignificante.

Siento la poderosa necesidad de besarlo y lo hago intensamente. No han hecho falta palabras, nos hemos entendido a la perfección y adoro esa complicidad que se está forjando entre los dos. La forma en la que confía en mí es una irrefutable prueba de amor. Desconozco si he sido así de feliz en mi pasado, pero solo quiero y deseo disfrutar de la inmensa felicidad que siento en mi presente.

Después de pasar por la farmacia de guardia a por mis medicamentos, Brais vuelve a poner en marcha el coche y llegamos a la residencia Marsans sin más interrupciones.

Al llegar a casa advierto las luces del exterior todavía encendidas, es tarde para que los Marsans aún estén levantados un día laboral, me extraña.

—Qué raro que estén todas las luces encendidas, no suelen estarlo tan tarde entre semana —expreso mis pensamientos en voz alta.

Deseo entrar a descubrir qué pasa, la curiosidad me mata. Estoy a punto de despedirme de mi maravilloso hombre, pero cuando me dispongo a hacerlo Brais me propone:

—Te acompaño a dentro.

—¿Tan tarde? ¿Y no se lo tomarán a mal mis jefes?

—En ese caso me disculparé y me iré, de todas formas, alguien tiene que llevar tus caballitos de mar dentro.

—De acuerdo —digo bajándome del coche—, pero no comentes lo de la avispa, por favor, te lo agradecería enormemente.

—Claro, soy una tumba. —Y se echa a reír.

Entramos y con la primera que nos topamos es con Marisa que está en el salón.

—Ya era hora —me arrea.

Estoy más confundida aún que después de ver las luces encendidas.

—¿Cómo que ya era hora? ¿Quedamos en hacer algo por la noche y no lo recuerdo o ha pasado algo en mi ausencia? Perdona que venga Brais, insistió en entrar y...

—Sabía que Brais iba a venir y sé qué ha pasado. Vino Xabi a instalar una cosa que tienes que ver, ya creí que tendría que acostarme sin ver tu cara, te estábamos esperando.

—¿Mi cara? ¿Esperándome? No entiendo nada —expreso más que intrigada.

Marisa me conduce a mi habitación, Brais nos sigue sonriendo como si supiese algo también, ¿qué pasa aquí? Yo continúo en Babia, hasta que al llegar contemplo una gran pecera con filtros, luces y todo tipo de accesorios. Eso no estaba ahí antes.

—¿Qué significa?

—¿Te acuerdas en el Oasis cuando viste el acuario? Me dijiste que cuando tuvieses tu propia casa te encantaría tener uno, pues... ¿para qué esperar? —me informa al fin Brais.

Me ha comprado y montado un acuario asombroso, ¿qué más me puede pasar hoy?

—No sé qué decir... —pronuncio, luego me dirijo a mis jefes—, soy vuestra empleada y me tratáis como a una consentida, no sé cómo os habéis prestado a esto.

—Nosotros no hemos hecho nada, Xabi vino a montarlo todo hace un par de horas.

Comienzo a atar cabos y me giro hacia Brais:

—Espera, por eso Xabi salió con tanta prisa del faro.

—Pues claro.

Mila aparece también a meter sus naricillas de cotilla y se queda en la puerta como mera espectadora.

—Bueno, será mejor ponerlos en su nueva casa —alega Brais vertiendo los caballitos de mar en el nuevo acuario, el que será su nuevo hogar.

Las lágrimas brotan de mis ojos, no puedo contenerlas aun a sabiendas de que puedo parecer una niña boba.

—¿Por qué lloras? —me pregunta Marisa.

—Porque todo el mundo es maravilloso conmigo, porque yo no recuerdo quién soy y porque... ni sé por qué lloro.

—La ha superado todo esto —dice conmovida.

—¡Pues menos mal que no te ha comprado un anillo! ¿Qué harías entonces? —se burla Mila.

Le lanzo una mirada asesina, Brais también, pero luego me da la risa. Son

tantas emociones que se revuelven en mí que ya no sé si llorar o reír, apenas hace un mes que me conocen y son encantadores conmigo, y Brais, él es más que perfecto y maravilloso.

—Por cierto, Hana —menciona Marisa—, conocemos muy bien a Xabi y a su familia, es muy trabajador y de confianza y demostró ser un manitas, al menos al montar tu acuario, le informamos de que buscábamos a alguien para suplir la ausencia de Ángel...

—Yo se lo comenté el martes cuando me traje a casa, que buscábamos chico de mantenimiento, es que Xabi necesita dinero para arreglar el motor de su barco, pero le dije que todavía no había hablado con vosotros, ni si os parecería bien... Me alegro de que se lo hayáis propuesto.

—Pues ya no tienes de qué preocuparte, él nos lo dijo y ha aceptado, es más, hemos estado hablando y se va a hacer cargo también de los inmuebles que tenemos en régimen de alquiler vacacional por las tardes, así igual le da para la reparación de su barco.

—Pues es genial, muchas gracias, Marisa.

—Bueno, mejor será dejarlos solos para que se despidan. Buenas noches, chicos —alude Marisa empujando a Mila bien lejos de mi habitación mientras ella pone resistencia.

—Buenas noches, Marisa, Mila, gracias por ser mis cómplices en esto —les agradece Brais.

—Nada que agradecer, haber visto la cara de Hana, sin duda, no tiene precio, gracias a ti por incluirnos en la sorpresa. Y no tardéis mucho en despediros — agrega Marisa mientras nos dedica una sonrisa maliciosa.

—Descuida, lo mandaré a casa enseguida —bromeo y, en cuanto me doy la vuelta, me topo con Brais mostrando una cara más que divertida.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo estoy esperando a que me mandes a casa. —Se recrea en la frase—. Estoy deseando descubrir cómo piensas deshacerte de mí —me reta acorralándome contra la pared.

Le sigo el juego y le ofrezco mi boca, me sumerjo en el beso y hasta me atrevo a tocarle el paquete. Brais se excita y comienzo a sentir la presión que ejerce entre su cuerpo y la pared, apenas puedo moverme y, en un instante que deja libre mi boca para coger aliento, le susurro aún a milímetros de la suya:

—¿Te recuerdo que estamos en casa de mis jefes? Buenas noches, Brais. —

Y lo empujo suavemente alejándolo de mí.

—Eres malvada.

—Lo sé, oye, tendrás que explicarme el funcionamiento del acuario y todo lo que tengo que hacer.

—Otro día, ahora mismo mi capacidad de pensar en otra cosa que no sea sexo se ha visto gravemente dañada —me reprocha.

—De acuerdo —digo disimulando mi estado calenturiento. Estoy igual o peor que él, pero me encanta este juego.

—Ahora te odio un poquito, espero que nadie me vea salir así o no te lo perdonaré nunca —me advierte. Sonrío y le doy las buenas noches de nuevo. Brais se va finalmente con una gran mirada de reproche caminando hacia atrás sin dejar de mirarme y el paquete más inflado que una bolsa de palomitas recién sacada del microondas—. Límpiame eso cuanto antes y ponte la crema, quiero que te recuperes lo más pronto posible, tenemos algo pendiente.

—Lo tendré en cuenta —le digo, al fin desaparece y siento el sonido de la puerta principal cerrándose tras él.

Me doy una ducha y limpio bien la zona de la picadura, me administro la crema y me acuesto sin poder dejar de admirar mi nuevo acuario y a mis nuevos compañeros de cuarto que no hacen sino danzar con sus colas entrelazadas, es tan hermoso... y, cuando me dispongo a apagar la luz, Mila se presenta en la puerta de mi habitación.

—¿Cómo ha ido?

—Por dónde empiezo, espera que recapitule... Me ha picado una avispa en el culo y Brais ha tenido que sacarme el aguijón y ha sido sumamente embarazoso, unos turistas nos han increpado y no ha habido sexo, esa es la parte mala.

—¿Tan malo fue? Te ha picado una avispa en... —No puede continuar, le da un ataque de risa. La obsequio con una mirada asesina y Mila reprime la risa como puede—. ¿Y la parte buena? Porque la habrá habido, ¿no?

—Pues la cena estaba deliciosa. Las vistas, me ha llevado al faro, ¿sabes? Hemos hablado, reído, hasta he cogido moras, de ahí que me picara la avispa. Y mis nuevas mascotas y el acuario.

—Entonces genial.

—Pero ahora vete a tu habitación, estoy agotada. Vete a dormir, cotilla.

—Está bien, me voy si mañana me cuentas los detalles.

—Vete, Mila —le pido lanzándole un cojín.

—Mañana me pienso poner pesada, lo sabes, ¿no? —me avisa jocosa.

—Vale, pero ahora déjame dormir, ya te soportaré mañana —bromeo.

—Buenas noches, Hana.

—Buenas noches, Mila.

Por la mañana me despierto más temprano de lo habitual, no dejo de dar vueltas en la cama y decido levantarme. Al abrir la ventana me extraña ver a todos los integrantes de la familia Marsans en la entrada principal de la finca, ni Alejandro se ha marchado a trabajar siquiera, algo que me resulta raro siendo jueves y siendo la hora que es, así que bajo para averiguar qué diablos ocurre.

Cuando estoy a mitad del jardín Marisa me avista.

—No vengas, Hana —casi me exige.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Eso me confunde aún más.

—Nada, mujer. Un pequeño quebrado en el muro exterior, han cedido unos bloques y estábamos decidiendo cómo arreglarlo, puedes ir haciendo café dentro, ¿por favor?

—Sí, claro, pero ¿puedo verlo antes? ¿Está muy mal?

—No, Hana, entra en casa que hoy hace mucho viento y te vas a enfriar.

¿Enfriarme en pleno agosto? Me parece inverosímil aparte de absurdo que no me deje ver un pequeño desajuste en el muro, no le hago caso y voy igualmente hacia allí.

En cuanto me ven todos se apoyan en donde se supone que se ubica el daño.

—Pero... ¿por qué lo tapáis? —pregunto.

Entonces Mila se separa al fin del mismo mientras pronuncia con voz amarga y lastimosa:

—Lo va a ver tarde o temprano, mamá, es mejor que lo sepa.

Entonces todos comienzan a alejarse del muro con cara de pocos amigos, yo no entiendo nada hasta que lo advierto, alguien ha pintado en él:

«Zorras y moras, fuera de nuestra isla».

—¿Intentabais protegerme de esto? ¿Que no lo supiera? Oh, Dios, si es por mi culpa. Deberíais estar enfadados conmigo incluso y no protegiéndome

encima.

—*Meniña*, siento que lo hayas visto —manifiesta Marisa con voz lastimosa.

—¿Creéis que ha sido la madre de Brais? —pregunto.

—Con su edad no creo que se le ocurriera venir de madrugada a pintarnos el muro, mujer —me responde Marisa.

—Entonces, ¿quién? —vuelvo a formular. Me siento tan responsable porque le hayan dañado el muro. Ha sido por mi culpa.

—Lo sabremos, esto es pequeño y casi todos nos conocemos, tarde o temprano se sabrá. No te preocupes ni te dejes impresionar por una trastada, no le des el gusto a quien quiere hacerte mal —intenta serenarme Marisa—. Piensa que es una travesura y ya está. Lo único que me preocupa es que no sabemos qué producto usar para borrarlo que no dañe la piedra y no lo voy dejar así hasta que regrese Ángel el diecinueve de agosto para que todo el que pase por esta calle lo vea mientras tanto.

—Estoy segura de que Xabi sabría qué hacer con esto, pero no tengo su número de teléfono, ni sé si podría venir hoy siquiera —menciono.

—¿Y si llamas a Brais y le pides su número?

—Claro..., voy a por mi móvil —contesto y voy hacia el interior de la casa pensando en lo mucho que desearía que Brais no supiese nada sobre la pintada, pero si contratan a Xabi temporalmente, irremediamente se va a enterar de todas formas muy a mi pesar.

Brais descuelga diciendo:

—Buenos días, preciosa. Vaya, no esperaba una llamada tuya tan temprano, veo que no puedes vivir sin mí —bromea socarrón.

—Buenos días, no seas tan pretencioso, te llamo por una urgencia.

—Pues qué desilusión, ¿qué ha pasado? —formula preocupado.

—Nada grave, no te alertes. Es que ha ocurrido algo con el muro del cierre de la casa. No sé si Xabi puede empezar a trabajar de inmediato, pero querían saber si al menos puede venir hoy mismo a reparar un pequeño desperfecto y como no tengo el número de Xabi y tú sí...

—¿Qué le ha pasado al muro?

—Nos hemos levantado hoy con una pintada muy desagradable de la cual queremos deshacernos cuantos antes.

—¿Pintada? ¿Qué clase de pintada?

—Mis jefes están ahora un poco apurados por quitarla, luego te lo cuento — digo, no tengo valor suficiente para soltarlo, me avergüenza—. ¿Puedes preguntarle a Xabi si puede venir en cuanto pueda?

—Claro..., ahora mismo lo llamo y te envío su contacto por wasap y así se lo das a tus jefes, ¿y cómo está tu precioso trasero?

—Mejor, ha bajado la hinchazón.

—Me alegro, voy a llamar a Xabi y enseguida te digo algo.

—Gracias, Brais.

Espero apenas unos instantes y se vuelve a poner en contacto conmigo, en pocos minutos salgo al exterior de la finca con el móvil en la oreja.

—Dice que Xabi le ha dicho que sí y que enseguida viene —le informo a Marisa—. Total, si el pobre no puede salir a faenar en la mar... —le respondo encogiéndome de hombros.

—Estupendo —manifiesta Alejandro.

—Viene hacia aquí y Brais me ha pasado su teléfono por wasap para cuando os vuelva a hacer falta —le informo.

En menos de una hora Xabi se presenta allí con unos botes de algo parecido a un disolvente especial y, después de ver el cutre y ofensivo grafiti, me saluda:

—Vaya putada, la gente está muy flipada. Lo siento, Hana.

—No es culpa tuya, no tienes nada que sentir.

—He aprovechado el camino para comprar los disolventes especiales, he traído la factura.

—Claro, mis jefes te la pagarán, ahora los llamo.

Y así hago, mis jefes salen, los dejo a solas y charlan un buen rato con Xabi. Yo no dejo de darle vueltas a la pintada y, cuando advierto que mis jefes vuelven al interior de la casa, me encamino hacia Xabi que ya ha empezado a trabajar, para pedirle algo que me carcome.

—Xabi, yo..., me gustaría..., Yo quería pedirte... —titubeo, pero no consigo salir de mi atasco de lo embarazoso que es.

—Dime, arranca, mujer, que ya hay confianza, ¿o no?

—Que Brais no se entere de esto, es muy violento —consigo decir de carrerilla al fin o sé que no me atreveré a pedírselo.

—Ni que lo hubieses hecho tú, eres la víctima no la culpable de esto. No va

a cambiar nada en tu relación con él porque sepa esto, te lo aseguro. No te mortifiques, de verdad —me dice con ternura—. Además, es mejor que se entere por ti, ¿cuánta gente habrá pasado por aquí ya y habrá visto la pintada? Quizás no, pero es mejor prevenir. Si se lo escondes sí te puede traer problemas con él, ¿no crees?

—Vale, Xabi. Tienes razón, gracias.

—No, gracias a ti por comentarme lo de este trabajo. La verdad es que lo he pensado y, aunque pueda reparar el barco y cuando Ángel regrese, me quedaré con el trabajo de mantenimiento de sus alquileres, al menos. Siempre es bueno tener ingresos extras y te lo debo a ti.

—No es nada, al contrario, a nosotros nos haces un favor.

—Bueno, así que a partir de ahora nos vamos a ver bastante, trabajando en el mismo lugar, al menos por las mañanas, durante unos días.

—Pues sí y no te preocupes, si necesitas algo o no sabes dónde están alguna cosa pregúntame a mí. Conozco hasta el más recóndito rincón de esta casa y su funcionamiento, donde están las cosas que puedas necesitar guardadas o si necesitas ayuda con algo.

—Gracias, Hana, lo haré. Estoy seguro de que será un placer trabajar contigo.

Entonces Marisa sale de nuevo al exterior pidiéndome:

—Hana, ¿puedes acompañarme al despacho de Alejandro un momento?

—Claro —respondo aparentando estar muy tranquila, pero en realidad me echo a temblar. Nunca me han citado en su despacho y a cada paso que doy al interior de la casa siguiendo los de Marisa, voy tejiendo mil teorías, aumentando mi nerviosismo con ello cada vez más, tanto... que en cuanto llego no los dejo hablar.

—Pagaré la reparación del muro o lo que haga falta —suelto sin más—, pero no me echéis, por favor. —Alejandro y Marisa se echan a reír como nunca—. Pero ¿de qué os reís?

—Pues de que los que deseaban disculparse contigo éramos nosotros.

—¿Vosotros conmigo? —pregunto más confusa. Estoy hecha un lío.

—Tenía que haberte dado la paga el martes, perdona, Hana, pero se me pasó por completo. Aquí tienes —me dice entregándome un sobre—, y no te vamos a echar, si eres la mejor empleada que hemos tenido, estaríamos locos.

—¿Mi paga? Mi primera paga... —Para eso me llamaban al despacho..., pero ¡qué tonta soy!, me siento ridícula.

—Cuéntalo —me pide Marisa refiriéndose a mi sobre.

—No es necesario, ¡faltaría más!

—Pero yo quiero que lo cuentes.

—Está bien —digo. Sé de buena fe que es más terca que yo. Me siento, abro el sobre y comienzo a contar los billetes en su presencia—. Es más de lo que acordamos.

—Considéralo la paga de verano —menciona Alejandro.

—Después de lo del muro... no puedo aceptarlo.

—Bueno, si nos lo desprecias... —deja caer Marisa, advierto por el tono que lo hace por dónde va.

—Ay, Marisa, no me vengas con eso de que es una ofensa y todo ese rollo, ¡es demasiado!

—¿Sabes lo que es demasiado? Todo lo que has pasado. Casi mueres ahogada, tu amnesia y demás, y no te has dejado amargar por ello. Aun así, eres un encanto de mujer, ¿y quiénes son los jefes? Nosotros, ¿no? Pues es lo que hemos decidido y punto.

—Ya veré como os lo devuelvo, esto no se queda así.

—Mientras no nos pintes el muro... —bromea ella.

—Marisa qué humor más negro tienes...

—Pues sí, hasta yo misma lo reconozco. Anda, vete, ve a ver cómo va Xabi, por si necesita algo —me pide.

—Claro, ahora mismo voy.

—Por cierto, ¿quieres librar mañana? Aún no hemos acordado un día de descanso, ¿quieres uno fijo o correlativo cada semana? —me pregunta antes de que me vaya.

—Me da igual, la verdad, lo hablaré con Brais. Total..., Bea se ha mudado... así que solo cuento con él para disfrutar de mi tiempo libre.

—Pues cógete mañana libre de momento esta semana. Así te relajas, te diviertes y olvidas lo del muro.

—Vale, Marisa. Gracias otra vez a los dos.

Guardo el dinero en mi habitación y voy hacia el exterior a ver a Xabi de

nuevo.

—¿Necesitas ayuda o que te traiga algo de beber?

—No, de momento no, pero gracias —responde él.

—Parece que se difumina —le indico observando cómo trabaja.

—Sí, a primera vista aparenta ensancharse la mancha de pintura, pero acabará saliendo todo, te lo garantizo.

Mi móvil comienza a sonar.

—Es Brais —le indico a Xabi.

—Dile que si quiere me venga a ayudar —bromea, me dedica una sonrisa y sigue con su tarea.

Descuelgo el teléfono y Brais me pregunta:

—¿Estás más tranquila? Xabi me ha contado lo que han escrito en el muro, espero que no te importe.

—Sí, un poco mejor, ¿quién habrá sido?

—A saber, cualquier amargado con falta de sexo.

—Ya, ¿qué haces hoy?

—Pues mi hija compite en Valga, no sé si te comenté que está en el club de piragüismo.

—Sí, lo recuerdo.

—Si hubieses aceptado conocerla el día que te dije hoy podrías venir a verla competir conmigo sin sentirte incómoda y a que pasáramos la tarde juntos los tres.

—Ya, es que... tengo miedo a no caerle bien...

—Bueno, pues habrá que arriesgarse, ¿qué tal mañana? No voy a estar siempre eligiendo entre mis dos chicas y quedando por separado con ambas día sí y otro también, ¿no crees? Lo mejor es que os conozcáis oficialmente, ¿a qué hora puedes?

—Está bien, Marisa me ha dado el día libre mañana, así que a la hora que quieras.

—Estupendo. Entonces, ¿puedes venir a mi casa al mediodía? Cocinaremos para ti y comemos juntos los tres, ¿qué te parece?

—Mejor no te digo qué me parece. Se me está ocurriendo salir corriendo,

por ejemplo, pero, no, ahí estaré mañana al mediodía, te lo prometo.

Al día siguiente me levanto, me ducho, le doy de comer a mis nuevos compañeros de habitación; mis preciosos caballitos de mar, y bajo a desayunar. Y, aunque es mi día libre, me empeño en recoger la cocina y hacer algunas tareas ante la negativa de Marisa, pero necesito matar el tiempo con lo que sea y con ello mi nerviosismo también. Tengo que mantenerme ocupada para no pensar en lo que temo que la hija de Brais no me acepte o que no se digne a hablarme siquiera. Pasa de todo por mi cabeza en esos momentos y nada de ello es bueno, necesito una distracción o me volveré loca. La conocí en aquella terraza el día que me corté la pierna, pero apenas nos cruzamos dos palabras y las cosas no estaban tan mal con su abuela como ahora. Su abuela me odia, es un hecho, y espero que eso no repercuta en la forma de verme de su nieta también, eso no deja de mortificarme. Deseo que todo sea perfecto entre Brais y yo, lo necesito, absolutamente todo.

Brais insiste en recogerme, pero prefiero caminar hasta el centro, hasta Mila se ofrece a llevarme, sin embargo, preciso ir aplacando mis nervios caminando.

Llego a su puerta y me lo pienso una docena de veces antes de tocar, pero aparece la mismísima hija de Brais abriendo en ese momento y sorprendiéndome allí, con una bolsa de basura en la mano disponiéndose a ir tirarla, por lo que parece.

—Vaya, hola, Hana. Qué morena y guapa estás, te sienta bien el verano, ¿eh?, no me extraña que le gustes a mi padre.

Zas, en un segundo me he convertido en una remolacha, en el color y que es un tubérculo idiota y me he quedado inmóvil como tal. O digo algo ya o salgo corriendo de veras.

—Bueno, la primera vez que me viste apenas había salido del hospital y no había recibido mucho sol. —Ya respiro, al menos he reaccionado, pero ella me mira sin decir nada, observándome, voy a por todas y le pregunto—. ¿Te parece bien que venga a comer? Sé sincera, si no estás cómoda no tengo más que irme y ya está. No pretendo molestar, de veras. Quedará entre nosotras y le diré a tu padre que no me encontraba bien y no pude venir o lo que sea —intento parecer tranquila, pero creo que he quedado como una lunática finalmente.

—¿Qué dices? —pregunta sorprendida y se ríe como si le pareciese de lo más absurdo del mundo—. Pasa, anda, yo voy a tirar la basura y vuelvo, ¿me haces un favor mientras tanto?

—Claro, lo que quieras.

—Asegúrate de que mi padre no quema la cocina, está más nervioso que tú, vaya par, ¡sois tal para cual! —Se carcajea finalmente y se aleja.

¡Toma con la niña! Al menos sé que tengo que tratarla como a una adulta, me lo ha dejado más que claro. Se da cuenta de todo.

—¿Hola? —formulo al entrar.

Veo a Brais de espaldas pendiente de algo que tiene al fuego en la cocina y, de pronto, se le cae una especie de espumadera al suelo.

—¡Qué susto me has dado! —exclama.

—¿Susto? ¡Ni que fuera el cobrador del frac! —bromeo—. Pues sí que estás más nervioso que yo, como dice tu hija —me mofo, no lo puedo evitar.

—¿La has visto ya? —formula sorprendido fijando su mirada en mí.

—Pues... sí, yo llegaba y ella salía a tirar la basura.

—Ah —se limita a decir mientras sigue concentrando sus ojos en mí.

Yo también lo miro a él y al fuego de la cocina, entonces le indico:

—Se queman.

—¿Qué?

—Los camarones, que se queman.

—¡Ostias! ¡Perdona! —al fin reacciona, deja de mirarme y empieza a hacer aspavientos con las manos intentando sofocar el fuego de la sartén. ¡La que está armando! Mi tensión se reduce, es divertido verlo en ese estado y hasta me relaja, aunque se quemen lo que parecen ser nuestros entrantes.

—¿Quieres que te ayude? —le propongo.

—No, todo está controlado.

—Ya veo, ya... —considero bufoneándome mientras observo la humareda de la cocina.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada, me limito a los hechos, ¿tienes el grifo abierto por alguna razón?

—¡Coño, el grifo! —exclama y se apresura a cerrarlo.

Yo me aguanto la risa como puedo.

—Me alegra saber que estás más nervioso que yo por que le guste a tu hija.

—No es lo que piensas, no es por eso. Es porque deseo que te sientas cómoda con nosotros, por eso estoy nervioso, a ella estoy seguro de que le

gustarás.

Entonces Rosalía nos sorprende a ambos haciendo presencia.

—Papá, como sigas así vas a abrir nuevas estadísticas sobre gente de menos de cuarenta que se muere de infarto por estrés.

—Muy graciosa.

—Ten paciencia con él —menciona. Esta chica me está sorprendiendo como no imaginaba y tengo que confesar que también me gusta su sentido del humor.

—Y él conmigo —respondo.

—¿Sabrías hacerle un RCP? —bromea aludiendo de nuevo al infarto que supuestamente puede sufrir su padre.

—Claro, al pasar tanto tiempo en un hospital aprendes muchas cosas, como la reanimación cardiaco pulmonar.

—Mola, entonces está en buenas manos.

«¿Mola? Tiene trece años, me tendría que esperar una respuesta así», pienso mientras me aguanto la risa, parece muy madura, pero el lenguaje es otra cosa.

—Mi padre me contó que te prestó mis zapatillas el día de la fiesta del Carmen, puedes quedártelas.

—Lo siento, es verdad, me olvidé completamente de ellas. Tenía que haberlas traído.

—No las uso ya, tranquila, Hello Kitty ha dejado de estar entre mis gustos, pero mi abuela...

—Vale, Rosalía, podrías haberte guardado que te las regaló tu abuela —la riñe Brais.

—No importa, así que ayer fuiste a competir, ¿cómo fue?

—Quedé tercera. Tenía que haber entrenado más este año, pero bueno...

—Al menos te has clasificado, eso también es importante, ¿no?

—Rosalía no es conformista, si vieses todos los trofeos que posee lo entenderías —interviene Brais en la conversación.

—Así que eres toda una campeona.

—Se intenta —dice de forma humilde encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudar? ¿Qué estáis cocinando? —me ofrezco, soy incapaz de estarme quieta.

—Mi padre estaba friendo unos camarones, pero los ha chamuscado.

—Ya sé que regalarte por tu cumpleaños, un extintor —alego con sarcasmo dirigiéndome a Brais.

—Qué graciosa, me vas a gustar —manifiesta Rosalía.

—A mí ahora mismo no tanto —expresa Brais echándome una mirada recriminatoria.

—Era una broma —le aclaro.

Ambos me miran y no sé qué decir ni qué hacer. Contemplo la mesa puesta así que no me puedo ofrecer para colocarla. Brais, quitando el pequeño incidente con los camarones, parece tener todo controlado en la cocina. Hay una gran olla apartada del fuego que humea y una fuente tapada. Parece estar casi todo terminado. Miro hacia el pasillo y la única puerta que está cerrada a cal y canto, como de costumbre, es la habitación principal, la de matrimonio. Siento pena y también me parece siniestro que esa estancia la mantenga así desde la muerte de su mujer, pero también sé que es un tema que no debo tocar. Es lo único infranqueable en mi relación con él. Me provoca una gran curiosidad la opinión que tendrá su hija sobre esto y si apoya lo que hace su padre al respecto. Sin embargo, no pienso ni remotamente tocar el tema jamás. Lo temo, todo lo que pueda deteriorar lo nuestro o afectarnos negativamente, aunque no me lo pueda quitar de la cabeza y estoy segura de que tarde o temprano será más que un problema.

—¿Te gusta el salpicón de marisco? Es como la ensaladilla rusa, pero con langostinos, pescado, pulpo y una vinagreta —me formula Rosalía.

—Sí, sé lo que es. Lo he preparado varias veces para mis jefes, Marisa me enseñó.

—Genial, como hace tanto calor pensamos que algo fresquito estaría bien. A mi padre le sale para morirse del gusto, ya verás.

«Sí, me muero del gusto con él —pienso—, ¿y con lo que cocina también lo haré?» El día pinta más que bien.

—Estoy segura —aludo a sus palabras.

—Rosalía, ve a lavarte las manos —le ordena su padre.

—Dame cinco minutos, ya estaba terminando de ordenar mi habitación.

—Tenías que haber terminado antes de que llegase Hana, me lo prometiste.

—Jo, es que tenía más cosas de las que creía —se excusa y se queja.

Me siento como una inútil y si no hago algo pronto mi nerviosismo se va a exteriorizar, así que se me ocurre una idea.

—Si quieres te ayudo y así terminas antes —le propongo.

Rosalía se encoge de hombros y se limita a decir:

—Vale.

La sigo hasta su habitación, tiene torres de libros y cuentos infantiles apilados por el suelo, bolsas de basura, una caja de cartón sobre la cama donde parece ser que está metiendo ropa.

—Llevo toda la semana con esto. Cuando dejamos esta casa tenía ocho años, o sea... cuando mi madre murió, imagina las cosas que tengo aquí acumuladas que ya no necesito. Lo que sirve lo daré y, lo que no, lo estoy tirando. Llevo dos viajes al contenedor de basura, hay muchas cosas que se han deteriorado por la humedad. Qué pena.

—Siento mucho lo de tu madre.

—La echo mucho de menos, pero al menos sigo teniendo a mi padre, es genial conmigo, no sé qué haría sin él.

—Me alegro de que estéis tan unidos.

Me sonrío y luego me pide:

—Supervisa esa pila de libros, yo lo haré con esta. Los que veas muy deteriorados los tiras a esta bolsa de basura directamente; los que no, los apartas, los donaré a la biblioteca o al cole, ya veré. Son muy infantiles para mí ya.

—Claro —respondo— lo haré encantada.

Comienzo a seleccionarlos, hasta que Rosalía se hace con uno y cae de culo a carcajadas, no logro entenderlo hasta que me lo da.

—Este te lo regalo, te va al pelo por tu aventura de ayer. —Y sigue riéndose sin parar.

Cojo el libro en cuestión y superviso la portada, se titula *La abeja Maya*, la sorpresa es tal que me coge totalmente desprevenida.

—No me puedo creer que tu padre te haya contado lo de la avispa.

—Sí, perdona. No he podido evitar hacerte la broma, pero, *porfa*, no le digas que te lo he dicho.

—Descuida.

—¿Y ya te puedes sentar y eso? —pregunta con guasa.

—Sí, molesta un poco, pero nada comparado a lo de ayer.

—Me alegro.

Veo cómo coloca unos cuentos en la estantería y le pregunto:

—¿No son muy infantiles para ti? Eso creo que habías dicho, que de los infantiles te ibas a deshacer.

—Ya, pero estos tienen un valor sentimental para mí, eran mis favoritos cuando era pequeña y los que me leía mi madre cada noche.

—Ah, entiendo. Perdona mi falta de tacto, lo ignoraba.

—Normal, no pasa nada —me tranquiliza mientras sigue acomodándolos.

—Acércame esos de allí —me pide señalándome otra pila del suelo. Se los entrego mientras me dice—. Siento que mi abuela sea tan borde, ya se acostumbrará a ti y se le pasará esa racha tonta que tiene. Con mi padre tienes que tener paciencia, lleva años sin tener una cita y está algo desentrenado.

—No tienes nada que sentir, no es culpa tuya, y tu padre es un encanto.

—Mola —vuelve a decir, me hace gracia la palabra y me pide que le acerque otra pila de libros. Cuando me dispongo a hacerlo, Brais nos sorprende acercándose a la habitación y se apoya en el marco de la puerta.

—¿Os queda mucho, chicas? —pregunta—. Ya he abierto el vino y puesto los mejillones en la mesa, se están enfriando.

—¿Mejillones? ¿Eso había en la cacerola grande? Me pienso poner las botas —declaro feliz.

—Pues vamos a la mesa, eso estoy deseando verlo.

—Está bien, ya terminaré más tarde —sentencia Rosalía.

Nos sentamos y Brais comienza a servir los platos.

—¿Sigues con tus problemas de memoria? —me pregunta Rosalía.

—Sigo, sí.

—Vaya putada.

—Eh, esa boca, Rosalía —le reprende su padre.

—Lo siento, papá.

—Por cierto, ¿has visto a Larpe? No lo he visto desde esta mañana —le pregunta Brais.

—Estará en casa de la abuela, ya volverá.

Comenzamos a comer, hablamos de cosas cotidianas, de gastronomía, de cómo le va en el cole a Rosalía. No hay tensiones y eso me gusta. Al fin me relajo y, para ponerle la guinda, la comida está deliciosa.

Al terminar, ayudo a recoger la mesa, es lo único que me deja hacer Brais mientras él coloca unos platitos de postre y posteriormente va hacia la nevera.

—¿Y los dulces? ¿Dónde están? —le pregunta extrañado a su hija.

—Ibas tú, me dijiste.

—Qué va, yo te dije que me ocupaba de la cocina y tú ibas al Rolly a por los dulces, es lo que acordamos.

—Pues te entendí mal, no sé...

Brais se cruza de brazos mientras la mira de forma recriminatoria.

—Pues nos hemos quedado sin postres, ¿qué va a pensar nuestra invitada? Vaya anfitriones estamos hechos.

—Por mí ni os preocupéis, de verdad —lo tranquilizo.

—Mira, papá, haz como haces muchos domingos, coges la bici y vas a por ellos, apenas te lleva diez minutos.

—¿Ahora? —pregunta él.

—Sí, ¿qué pasa?

—Pues no sé..., ¿y os dejo solas? ¿A ti no te importa, Hana? —pregunta confuso.

—Pues si me dejaras a solas con tu madre te pondría más que pegas, pero con tu hija que es un encanto..., ¿a ti te importa, Rosalía? —le formulo a ella.

—¿A mí? Claro que no, ¡si soy yo la que lo está sugiriendo!

—Ya veo lo que está pasando —alude Brais—, por alguna razón os queréis deshacer de mí.

—Pensé que lo sabías y te hacías el loco, ¿aún estás aquí? —bromea Rosalía.

—Vale, me voy, no pienso contradecir a una mujer...

—Dime, ¿por qué deseabas quedarte a solas conmigo? —le pregunto a Rosalía en cuanto escucho salir a Brais.

—Sí, quería, lo de los dulces lo hice a propósito para poder decirte que...

—Dime, ¿qué? —Se levanta y se va hacia el sofá. Me hace un ademán para

que vaya también y me siente a su lado, lo hago carcomida por la curiosidad—. Que me caes bien porque haces feliz a mi padre. Hacía mucho tiempo que no lo veía así, incluso ha ido a la costa contigo, algo que no ha logrado nadie en cinco años. Así que eres una buena influencia para él, no hay duda. Pero si lo vuestro llega a ir en serio quiero que sepas que mi madre, esté desaparecida o muerta, siempre será mi madre, nadie podrá nunca reemplazarla.

—Yo nunca pretendí...

—Déjame terminar, quiero que seamos amigas, pero no quiero otra madre, espero que lo entiendas.

—Claro que lo entiendo, siempre respetaré lo que me pidas, no te preocupes. No he venido aquí a reemplazar a nadie ni a empañar su recuerdo —le expreso e inconscientemente los ojos se van a aquella puerta, a la habitación blindada, Rosalía se percata.

—Ha hecho de esas cuatro paredes un santuario, cuando mi madre murió, y antes de abandonar la casa, mi padre la cerró tal como estaba, como mi madre la dejó aquel día antes de salir a navegar rumbo a la isla de Sálvora. Mi padre se encerraba allí muchas noches cuando creía que yo dormía, se sentaba en la cama y lloraba sin parar. Se piensa que no lo sé porque me hacía la dormida, pero siempre lo escuchaba.

—Por favor, Rosalía, no tienes por qué contarme nada.

—No, sí debo y ya entenderás por qué. El otro día él... volvió a entrar, después de cinco años... Se sentó en la cama, lo sé porque escuché como chirriaba el somier, pero no lloró. Lo oía murmurar como si hablara con alguien o consigo mismo, no lo sé, estuvo un par de horas y volví a percibir el ruido del somier, cómo se levantaba y cerraba la habitación nuevamente con llave. Nunca le digas que lo sé, por favor, no quiero que sepa que estoy al tanto de sus visitas nocturnas a esa habitación, solo quiero preguntarte..., ¿podrás vivir tú con eso? Necesito saberlo antes de que mi padre se enamore más de ti.

—Yo..., no sé qué decir, es tan triste... ¿Estás segura de que no lo escuchaste llorar esta vez?

—Estoy más que segura.

La verdad es que compartir mi vida con Brais es más que un sueño para mí, pero imaginar tener que vivir en esta casa con esa habitación en medio de los dos..., que siga manteniendo vivo su recuerdo de esa forma, no sé si podría. Me parece una idea fatídica confesárselo, así que opto por contestar con verdadera franqueza.

—No lo sé, Rosalía, no lo sé. Contestarte ahora es complicado, entonces... sigue durmiendo en el sofá, ¿verdad?

—Sí.

—Teniendo una habitación libre, es absurdo. Debí imaginármelo, ¿y a ti te parece sano que siga manteniendo así esa habitación?

—¿Sinceramente? Creo que mi padre mientras no se deshaga de ese cuarto jamás superará el duelo, pero es tocar el tema y estar enfadados y sin hablarnos al menos una semana. ¿Te ha llevado ya al lugar donde hay una lápida conmemoratoria?

—¿De qué me estás hablando?

—De la playa, al final, donde están las rocas, mandó a hacer dos; una para mi madre y otra en homenaje a mi abuelo también.

—Tu abuelo..., ¿no me digas que tampoco se encontró el cuerpo de tu abuelo? Pobre Brais.

—¿En altamar? Qué va, nunca.

—Me había dicho que también perdió la vida en el mar, pero nunca me habló de eso.

—Pues no estará preparado, dale tiempo. A mí me llevaron a un psicólogo cuando ella murió, me ayudó a superarlo, pero mi padre no ha querido ayuda de nadie, yo lo acepté, él... siempre habla de ella como desaparecida. Según mi psicólogo, al no tener su cuerpo para llorarlo, nunca ha experimentado realmente su duelo, aunque sé que en el fondo sabe que ella jamás volverá, y no sé por qué hace esto, pero es abrir el tema y se enajena como nunca. Para mí también ha sido duro y, aunque me entristezca y me parta el alma pensar que mi madre ya no está, no me pongo así.

—No me estarás pidiendo que hable de esto con él, ¿verdad?

—No, claro que no, solo que sepas dónde te metes. Sé que es feliz contigo, no para de hablar de ti. Si hasta me ha contado lo de la avispa..., pero siempre estará eso que lo atormenta, no lo deja ir y no estoy segura de si esto cambiará algún día. No quiero asustarte, mi padre no está loco. Me caes muy bien y hacéis una buena pareja y si se entera de que te he dicho esto creo que me mataría.

—No te preocupes, jamás se lo diré y no soy fácil de asustar.

—Ya están aquí los dulces. —Doy un brinco cuando escucho la voz de Brais procedente de la entrada, luego nos recrimina divertido—. Pero... ¿aún no habéis hecho el café? ¿qué habéis estado haciendo?

—Hablar de cosas de chicas, ¿verdad, Rosalía?

—Sí, papá, se nos ha ido el tiempo volando. Ni cuenta nos dimos, lo siento —alega y después nos cruzamos unas miradas cómplices.

—Tengo que ir a por los dulces y hacer también el café, ¿no os estaréis aprovechando de mí? —bromea.

—Bueno, quizás un poquito. —Sonrío.

—Entonces, ¿todo bien mientras me he ausentado?

—Todo bien —responde Rosalía mientras me mira.

—No sabéis lo mucho que significa para mí tener a las mujeres que más quiero juntas hoy aquí y que hayáis conectado tan bien. Gracias, chicas, por hacerme tan feliz —manifiesta mientras pone la cafetera.

Me halaga y sonrío, pero en mi interior me pregunto si también incluye al fantasma, esa habitación comienza a darme *yuyu*.

Dejamos el sofá y volvemos a la mesa.

Mientras Brais sirve el café y desenvuelve los dulces yo necesito pensar en otra cosa.

—Ayer reparé en que están montando otra vez las carpas en el puerto, ¿qué se celebra ahora? —pregunto cambiando de tema.

—Mañana arranca la fiesta del mejillón.

—¿Otra vez?

—No, estas son diferentes.

¿No acaban de terminar? Pues sí, pero llegan otras. Gastronómicas, cómo no y más vale que me acostumbre, pues es así hasta que termina el verano, según me explica. Brais comienza a relatarme de qué se tratan; según él, como ya es tradición, gracias a una concesión del ayuntamiento, las entidades deportivas de la isla organizan el evento para recaudar fondos para su funcionamiento. Los mismos miembros de las organizaciones deportivas y muchos voluntarios se ofrecen para hacerse cargo de las tareas para sacar adelante la celebración. Me explica que una de esas entidades es el club de piragüismo del que es partícipe Rosalía y me indica que estará atendiendo en los famosos *stands* del Xufre el marisco, por ser el padre, por el club y por Rosalía; como otros muchos voluntarios.

Cuanto más me relata más deseo saber. El pueblo hace piña para todo, se prestan voluntarios para cocinar, atender los *stands*, servir, limpiar, recoger las

carpas a su término entre tantas otras cosas. Esta vez por el deporte de sus hijos o familiares, los mismos deportistas son voluntarios también, la iniciativa es admirable y yo no me canso de escucharlo.

Las raciones de oro negro, como llaman al mejillón de la ría, se venden a precios populares y el dinero recaudado se destina a las arcas del club de gimnasia rítmica de A Illa, por ejemplo y, el fin de semana siguiente, el evento lo organizará el Céltiga de fútbol, la almeja roja será para el de piragua, el que le toca a Brais, y así sucesivamente hasta casi terminar el verano en septiembre con la fiesta del pulpo, y el famoso Carnavrán de por medio, o carnaval de verano.

CAPÍTULO 10

VENCER AL MAR Y ALGUNOS RECUERDOS

DEVUELTOS

Apenas lo que es para mí un pestañeo escuchándolo y dan las seis de la tarde.

—Nos van a salir raíces de estar aquí metidos en casa todo el día. Mejor os dejo solos y me voy con mis amigas, ¿puedo, papá? —pregunta Rosalía.

Y, antes de que Brais responda, interrumpo confusa:

—¿Cómo nos van a salir raíces? ¿Como a las plantas?

Rosalía se aguanta la risa, Brais por otra parte no se reprime y me señala:

—Tú y el idioma... Pensé que eso estaba ya superado. —Suspira—. Significa quedarse de forma permanente en un lugar.

—¿Pues para qué lo complicáis tanto? ¿No es mejor decirlo así?

—Suhana, son frases hechas de cada lugar. En todos los lugares hay frases hechas y expresiones típicas.

—Ay, qué graciosa, plantas, dice —menciona Rosalía sin parar de reír.

—Pues ni te cuento de gallego, el día que la llamé *anduriña* vaya bronca me montó —suelta Brais explotando en carcajadas.

—¿Por qué? —pregunta confusa Rosalía.

—Porque no sabía qué significaba y me lo soltó en medio de una discusión, creí que era algo malo u ofensivo para mí, ¿vale? Lo siento —contesto ruborizada.

—Muerdo de la risa, ¿quieres que te dé un curso acelerado de gallego? O unas pocas lecciones al menos, no te vendrían mal... —Se ofrece ella y por su semblante percibo que lo dice en serio.

—No, qué va. Bastante tienes con el club de piragüismo y un verano para disfrutar antes de volver a tus clases —rechazo con amabilidad.

—No es molestia, me encantaría enseñarte, pero ahora... —dice mirando a su padre—, ¿me puedo ir hasta el Regueiro? Llevo todo el día metida en casa.

—Claro, ve —accede Brais, el cual coge su cartera y saca un billete—, toma, por si te quieres tomar algo con tus amigas.

—Gracias, papá. Nos vemos, Hana —se despide y cuando se dispone a salir escuchamos como si alguien arañara la puerta—. Deber ser Larpe —menciona Rosalía y, a la vez que ella sale, el perro entra. Se acerca a mí, me huele y mueve la cola al mismo tiempo que demanda mis mimos.

—¡Anda! Ya no se abalanza sobre mí, veo que le has estado enseñando modales, ¿y no está más gordo desde la última vez que lo vi?

—Cabroncete. —Le obsequia Brais al perro mientras lo acaricia—. Seguramente viene de casa de mi madre, ahora vive entre mi casa y la suya y, claro, como nunca sé si ha comido allí, Rosalía le vuelve a echar de comer siempre.

—Pues deberías hablar con tu madre de ello, por la salud de tu perro al menos.

Posteriormente me levanto y comienzo a recoger la mesa, pero Brais me arrebató las tazas que llevo en las manos para disponerlas en el fregadero.

—No, es tu día libre y esto lo haces a diario, yo me encargaré —dice.

—No me importa —le rebato.

—Pero a mí sí. No te levantes, por favor.

Finalmente dejo de insistir y me quedo sentada mientras observo cómo él despeja la mesa y comienza a lavar la vajilla. La conversación con Rosalía vuelve a mi mente para atormentarme de nuevo. Estoy a punto de decidir si sacar el tema, necesito saber por qué mantiene esa habitación así y escucharlo de su propia boca. Creo que es la única forma que hay para que yo logre entenderlo. No puedo más y pecho de bocazas finalmente.

—¿Sabes? Lo hemos hecho en el monte, en un barco, en tu piso de Riveira y ayer casi en la cala a pesar de tu aversión a la costa... Me preguntaba si alguna noche que me quede aquí contigo..., ¿tendremos que volver a dormir en el sofá? No sé... hay una habitación a la que no le das uso y es un poco absurdo pasar estas incomodidades, porque... sigues durmiendo en el sofá, ¿verdad?

Brais cierra el grifo, apoya las manos en el borde del fregadero y ni me mira. Su lenguaje corporal me revela que se ha puesto tenso y no articula palabra durante un buen rato, pero al fin se lanza.

—Hay muchas humedades en la habitación, mucho que hacer. No he tenido tiempo aún para arreglar los desperfectos que han provocado los inviernos. El abandono al tener la casa cerrada durante tanto tiempo y no he podido todavía habilitarla como se debe, ya lo haré cuando pueda. —Su tono es áspero, frío. Su

explicación no me convence, parece que he puesto el dedo en la llaga.

No puedo más, no soy tonta, no soporto sus evasivas y excusas pobres sobre las humedades y termino estallando.

—Sospecho que esa habitación sigue igual que hace cinco años, que la ropa de Alba aún cuelga del armario, que sus objetos personales están por toda la habitación. Es así, Brais, ¿verdad? —Uso un tono dócil, escrupulosamente suave como para amortiguar mis palabras y para intentar que no le suene a recriminación.

—Dime, Hana, ¿has hablado de eso con Rosalía? —me pregunta con voz severa, más fría todavía. Sigue dándome la espalda apoyado en el fregadero, mi corazón va a mil como si sospechara que se avecina un huracán.

—No, lo he deducido yo y creo no equivocarme —miento para proteger a su hija aun a riesgo de que me perjudique a mí.

—No te entrometas en eso, no tiene nada que ver con nosotros.

Siento que es la frase más absurda que le he oído decir y exploto. Necesito que me explique dónde está su lógica, al menos en sus palabras.

—Ah, ¿no? Perdona, pero no sé en qué lugar me deja esto. ¿No puedes comprender lo extraño que es para mí? Es como si quisieses mantenerla viva conservando así esa habitación, ¿qué papel juego yo aquí entonces? Ayúdame a ubicarme, por favor.

—Es algo al margen de nosotros, te repito. No lo estropees, te lo pido, no estropees lo nuestro.

—No te enfades, pero creo que sigues enamorado de ella, ¿te importa algo cómo puedo sentirme y cómo puede afectarme eso? Una relación es cosa de dos y yo me siento como si en la nuestra fuéramos tres. Por favor, entiéndeme, Brais.

—¡Era la madre de mi hija, no te atrevas a comparar! —me grita estallando una taza de café contra el suelo y, aunque al fin se ha dado la vuelta, es incapaz de encararme todavía.

Apenas puedo tragar saliva, palidezco y siento como si una apisonadora hubiese pasado por encima de todas mis ilusiones y sentimientos.

—No he comparado nada, tan solo digo que algún día tendrás que superarlo, Brais o...

Él me interrumpe:

—Déjame solo, por favor, Hana.

—Pero, Brais...

—¡Que me dejes solo! —me grita, odio cómo me mira.

—Está bien, lo siento —casi murmuro, no me puedo sentir peor. Cojo mi chaqueta y salgo de inmediato de su casa.

Intento contener las ganas de llorar. «No puedo competir con un fantasma, no puedo», me voy repitiendo mentalmente mientras apresuro mi paso hacia casa. A mitad de camino me suena el móvil, deseo que sea Brais disculpándose, pero no es él, es Bea. Apenas nos hemos cruzado un par de mensajes esta semana, con su nueva incorporación en A Coruña, sus turnos e instalarse en el piso casi no hemos hablado. Descuelgo.

—Hola Bea, no es un buen momento ¿podemos hablar más tarde? —me excuso con ella.

—¿Y eso? ¿Va todo bien?

—He discutido con Brais, voy hacia casa. Estoy un poco nerviosa, solo eso.

—Es bueno discutir, luego vienen esas maravillosas reconciliaciones. Seguro que no ha sido nada, ya verás.

—Perdona, pero yo no lo tengo tan claro.

—Siempre tan negativa. Mira, te llamaba porque el domingo vamos para la isla, llegaremos temprano por la mañana y podríamos quedar los cuatro.

—Pues no sé cómo estarán las cosas el domingo entre él y yo, he sacado el tema de su mujer y no veas cómo se ha puesto. Me ha pedido incluso que me fuera de su casa, me siento como la «otra» a veces. Creo que Brais nunca lo superará.

—Ya te avisé lo que pasaría si sacabas ese tema, claro que cuando te lo aconsejé aún no tenías nada romántico con él y ahora... Mira, o reacciona o te va a perder, él verá. Ya se dará de cuenta, no te preocupes. Estoy segura.

—Pues yo no lo estoy tanto, ¿tienes comida familiar? ¿Por eso vienes?

—Nos vamos a pasar el día al Areoso en familia, ¿te vienes? No has ido nunca. Ven con nosotros. Te va a encantar, anda, en la planeadora habrá sitio.

—¿El islote de arena que hay en medio del mar? Aunque hoy no hubiese discutido con Brais, sabes que él jamás se subiría a un barco.

—Pues si continúa con su enfado es su problema y si no que te espere en el puerto cantándote *Marinero de luces* si quiere, pero tú vienes con nosotros. Tienes que conocer el Areoso. Además, porque Brais la tenga emprendida con la

costa, tú no tienes por qué renunciar a hacer cosas.

—Te digo algo mañana, ¿vale? Además, he librado hoy, no sé si Marisa tendrá invitadas a comer como casi todos los domingos y tendré que quedarme a atenderlos, como de costumbre.

—Vale, tengo muchas ganas de verte.

—Y yo, de verdad.

—Abrazos y besos, Hana.

—Abrazos y besos.

Guardo mi móvil y sigo mi camino. Cuando llego a casa con la primera que me topo es con Mila que está leyendo en el jardín como es habitual en ella.

—¿Tan pronto en casa? ¿No tenías el día libre? —me pregunta extrañada.

—Mi día ha dado un giro inesperado. Acabo de discutir con Brais, pero no preguntes, no quiero hablar del tema, ¿y tú qué tal?

—Puf, con este calor no me concentro en la lectura. Oye, mis padres te han pagado ya, ¿no?

—Sí, ¿por qué? ¿Me vas a pedir un préstamo? —bromeo.

—¿Te apetece ir de compras mañana a Vilagarcía? ¿No decías que en cuanto cobrases lo primero que harías sería ir comprarte ropa a tu gusto? Yo te llevo encantada. A mí ir de compras siempre me levanta el ánimo y, por tu cara, parece que lo necesitas.

—Pues... ¿por qué no? En cuanto termine las tareas podríamos ir. Me encantaría por fin comprarme ropa propia, siempre que volvamos sobre el mediodía para que me dé tiempo a preparar la comida para todos. —Sonrío—. ¿Y tus padres?

—Dentro, hablando de sus vacaciones.

—¿Cogen vacaciones?

—Sí, una quincena, pero dicen que teniendo playa y a punto de comenzar las fiestas del marisco aquí, ¿para qué moverse? Además, como Xabi acaba de comenzar a trabajar para nosotros, no quieren dejarlo solo con todo por si tiene alguna complicación o duda con sus nuevas tareas. En fin, que se van a quedar y ahora están discutiendo si hacer un crucero en octubre, mirando los itinerarios en el despacho para la quincena que les resta. Llevan un rato dentro liados con eso.

—Son un matrimonio modélico.

—Bueno..., mi madre me confesó una vez que no es el amor de su vida, pero...

—Venga ya, ¿cómo te iba a decir eso tu madre sobre tu padre?

—Es cierto, tuve una relación complicada, hoy estábamos bien, al otro día no y así... Ella no me veía bien y supongo que cuando quiso aconsejarme me contó todo aquello.

—¿Qué te contó?

—Que, según ella, la pasión y las mariposas en el estómago son algo pasajero, que lo que importa es cómo te trate la otra persona, el respeto, el cariño y que mi padre siempre la ha tenido en palmitas. Así la conquistó, dice ella, que lo demás es efímero, que para una relación larga y estabilidad hay que ver lo que realmente importa. Mi relación era de amor y odio, en el único sitio donde nos entendíamos era en la cama. Quizás por eso me confesó eso en aquellos momentos, no lo sé.

—¿Y qué hiciste al final?

—Dejarlo. Celos, desconfianzas por parte de ambos... Fue horrible, aunque echo de menos el sexo, eso era increíble.

—Pero una relación peligrosa por lo que veo.

—Ay, sí, la definiría como tóxica, pero qué sexo... ¿Nos vamos a tomar algo al pueblo? Entre este calor sofocante y lo que acabo de recordar, me vendría bien una copa, y por tu cara a ti también.

—No me apetece cruzarme con Brais hoy. No quiero arriesgarme.

—Vale, pues entonces nos tomaremos algo aquí, ahora vuelvo.

Mila va a por las bebidas, y nos ponemos hasta las cejas de mojitos. Hablamos de relaciones sin parar mientras yo no dejo de preguntarme cuántos tipos de amor habrá. La historia de sus padres se basa en el respeto, apoyo mutuo y la convivencia. Mila ha tenido como única base el sexo, una relación llena de altibajos Y yo me pregunto, ¿en qué se basa la mía con Brais si él no se decide a desprenderse de su pasado? ¿Y una relación con todo? Quizás no exista la relación perfecta, pero no me importa, yo solo deseo una que funcione, no pido ni aspiro a nada más. Benditos mojitos que, al menos, por unos momentos amortiguan la incertidumbre y la angustia que siento en ese momento.

Por la mañana madrugo, hago las tareas y a eso de las diez y media Mila viene a por mí.

—¿Has hablado con Brais?

—Ni un mensaje ni nada desde ayer —respondo desanimada.

—Entonces, ¿seguimos con los planes de irnos de compras?

—Claro, yo ya estoy libre y más que lista.

—Pues, entonces, nos vamos ya —me dice sonriendo. Coge sus llaves y salimos al exterior. Xabi está limpiando la piscina.

—Buenos días, ¿cómo lo llevas? —lo saludo.

—Bueno, apenas acabo de empezar, pero creo que se me dará bien. Buenos días, Mila.

—Buenos días, Xabi —le devuelve ella también el saludo.

—¿Y qué tal tus caballitos de mar? —me pregunta él.

—Bien, son unos perfectos compañeros de habitación. No hacen ruido y es muy relajante, aparte de mágico, verlos nadar con sus colas enlazadas, aunque me da algo de pena tenerlos en cautividad.

—Si quieres liberarlos es cosa tuya, pero tienen un acuario bien grande para ellos solos, no les falta la comida y están a salvo de los depredadores.

—Visto así...

—¿Y a dónde vais?

—De compras a Vilagarcía —le contesta Mila.

—Pues que disfrutéis de la mañana, yo seguiré aquí hasta el mediodía.

—Igualmente, Xabi, que te sea leve y que tengas un buen *finde*, por si no te veo a la vuelta —nos despedimos y nos ponemos en camino.

Al llegar a la ciudad nos pateamos todas las tiendas de la calle de La Baldosa, la misma que pretendía llevarme Brais el día que nos sorprendió la lluvia y no pudimos.

Me compro ropa nueva a mi gusto, ¡y sin flores! Un bolso y hasta una cartera, sí, por fin poseo dinero propio y necesito donde guardarlo.

Por último, Mila me lleva a una tienda especializada de lencería donde tienen también ropa de baño para comprarme un bikini, por si me animo a ir al islote con Bea mañana y me doy un capricho. Adoro el encaje, pero huyendo de los típicos y básicos negro, blanco y rojo. No sé si es porque es verano, pero me da por los colores vivos; fucsias, rosas, azules y hasta verdes. Mierda, los ojos de Brais vienen a mi mente con su irresistible mirada, luego todo lo demás, así como nuestra última discusión. Empiezo a especular sobre ello. No pienso

ponerme llamarlo, es lo más razonable y lo más digno que puedo hacer. Tomo la decisión de esperar a que él lo haga y se disculpe al menos. Esperar a que esté preparado a enfrentarse a su presente: yo y que deje su pasado atrás de una vez y deseo con todas mis fuerzas que así sea. Si él no me llama yo no pienso hacerlo. La mejor opción es darle espacio y tiempo y que pueda poner en orden sus prioridades, esperando optimista que yo esté entre ellas.

Mila y yo nos tomamos un tentempié en una cafetería, aprovecho para revisar mis bolsas por si he comprado todo lo que necesito antes de regresar y volvemos a casa.

Ya allí, y después de comer, medito en que lo que más necesito es una distracción ahora mismo, al menos mientras Brais no dé señales de vida. Así que le comento los planes de Bea a los Marsans, más concretamente a Marisa, que no pone ni un «pero» para que me ausente el domingo. Según ella me deben más días libres de los que yo pueda pedir, de los que me he negado a coger hasta la fecha con anterioridad. Así que enseguida llamo a Bea para confirmárselo y se pone loca de contenta.

—¿Y qué llevo?

—Una toalla, protección solar y ya está. Comida ni se te ocurra que llevamos de todo. A las once en el centro, en el muelle de Pau, y sé puntual — me pide.

—Vale, allí estaré.

—No te arrepentirás, ya verás y podrás comprobar que nada le tenemos que envidiar al Caribe.

—Si tú lo dices... Hasta mañana, Bea.

—Hasta mañana y sé puntual que va mi familia, no me dejes quedar mal — insiste.

—No lo haré, tranquila.

Al día siguiente me planto allí a la hora acordada en el muelle del centro. Está Íñigo, los padres de Bea, la hermana y su marido, sus sobrinos y por supuesto Bea que enseguida me presenta a los que no conozco todavía. Comienzo a ayudar a subir a bordo las bolsas y neveras en las dos lanchas, cuando alguien se presenta de improviso allí y le pregunta a Bea ante mi sorpresa y atónita mirada:

—¿Hay sitio para uno más? —formula un Brais ataviado con una camiseta de tiras ceñida, pantalón corto y chanclas. —Qué bien le sienta al puñetero, si no

estuviese tan decepcionada con él...—. Lleva también una mochila al hombro y unas enormes gafas de sol de estilo deportivo que me impiden disfrutar de sus maravillosos ojos.

—¿Lo dices en serio? —le pregunta Bea más sorprendida que yo sí cabe.

—Muy en serio —responde con una gravedad arrolladora desprendiéndose de las gafas y fijando su mirada en mí.

—Chicos, le preguntaré a mis padres si puedes venir, aunque no creo que haya problema. Hay sitio de sobra, dadme un minuto —nos informa Bea y se va hacia sus padres que ya han embarcado en una de las lanchas.

—No tienes que hacer nada que no quieras, Brais —le indico dirigiéndome a él mientras Bea se ausenta. ¿Brais en el mar? Ni borracho lo hubiese imaginado.

—Alguien me dijo no hace mucho que tengo que avanzar y no vivir anclado —alega mientras continúa con su mirada blindada sobre mí.

No sé ni qué responder, entonces Bea aparece de nuevo y hasta me viene bien. Me ha salvado de un momento para el que no me salen las palabras.

—Dicen que sí, pero que subáis ya, que quieren aprovechar bien las horas y el día.

—Bea, diles que tan solo nos den cinco minutos para hablar Hana y yo — replica Brais sin mirarla siquiera. Su mirada sigue clavada en la mía desde que ha llegado al muelle y así sigue, inamovible.

—Vale, pero solo cinco —le avisa mi amiga antes de dejarnos solos.

—Te lo prometo —le asegura él y Bea se va hacia las lanchas al fin.

—No quiero perderte —me expresa Brais sin rodeos.

Intento no derretirme y mantener la cabeza fría. No puedo olvidar lo que ha pasado en su casa anteayer y, reprimiendo las ganas de echarme en sus brazos, consigo decir:

—Lo siento, Brais, pero lo del viernes fue demasiado inquietante para mí.

—Necesito... que me perdones —me pide. Intenta alcanzar mi mano, pero la esquivo, sigo dolida.

—Esa no es la cuestión, Brais. La cuestión es si vas a pasar página algún día o no.

—Mira, la otra tarde me metí demasiada presión a mí mismo. Yo tuve la culpa, llevo sin estar tan cerca de la costa años. Luego, para colmo, salió el tema de Alba y lo de nuestro cuarto... Se me juntó todo, todo va demasiado deprisa

para mí, demasiado acelerado.

—Claro y te presentas aquí, nada más y nada menos, para partir y pasar el día entero en un kilómetro cuadrado de arena blanca que hay en medio del mar. Eso no es meterte presión, ¡qué va! ¡Apenas! —ironizo.

—Si es para poder estar contigo y que me perdones, iré.

—Pues puedes esperarme en tierra. Te perdono, un poco al menos. Tardaré en olvidarlo, no te voy a engañar, pero no te preocupes. Podemos hablar cuando regrese.

—Quiero ir igualmente.

—No tienes nada que demostrarme, ¿de acuerdo? Nos vemos a la vuelta —le aseguro y comienzo a caminar hacia mi lancha asignada.

Adela grita en cuanto me ve.

—¡Ya era hora! ¡Casi os dejamos en tierra!

¿Dejamos? Me pregunto, miro por el rabillo del ojo y veo que Brais me ha seguido hasta el embarque.

—¿Vienes de verdad? —le pregunta Bea alucinada.

—Pues claro. No voy a perderme ver a Hana en bikini por nada del mundo —bromea y su semblante cambia echando la vista atrás hacia tierra firme.

—Ya te estás arrepintiendo, ¿ves? —afirmo viendo cómo él mira hacia tierra.

—No es eso, es ese hombre otra vez... —me corrige Brais.

—¿Estás seguro? —formulo.

—¿Quién? —pregunta Adela.

—Brais está convencido de que llevan tiempo siguiéndolo —le respondo yo.

—¿Quién te sigue? —pregunta también Bea.

—Eso quisiera saber yo. Estoy seguro de que es el mismo de siempre, pero es listo, sabe guardar la distancia suficiente para que no pueda reconocerlo. Apenas puedo ver su cara con claridad.

—Bueno, pues poner mar de por medio al menos hoy te va a venir bien.

—Puede.

—Subid de una vez —nos ordena el padre de Bea y así hacemos.

—¿Te sientas a mi lado? —me pide Brais.

—Claro —contesto aún asimilando que está a bordo. Al tomar asiento junto a él me rodea con sus brazos y no me suelta ni un segundo hasta llegar a nuestro destino, con aquellos motores apenas en minutos nos ponemos en el islote. Al llegar miro mi alrededor maravillada—. ¡Vaya! Esto es sacado de la portada de un folleto de una agencia de viajes, ¿cómo puede existir algo así aquí? —expreso impresionada. Lo había visto con anterioridad desde lejos y en fotos, pero nada como pisarlo en persona.

Es como una gran lengua de arena que emerge de la nada en medio del mar a tan solo kilómetro y medio de la costa, de aguas turquesas y fondos cristalinos. El agua está helada, eso sí, lo puedo comprobar nada más saltar de la lancha hacia tierra firme. Hay pequeños grupos de gente, alguna pareja que ha ido también a pasar el día y varias embarcaciones dispersas por la orilla de la maravillosa duna, pero sin estar para nada saturada.

—¿Estás seguro de lo que haces? ¿Seguro que estarás bien? —le pregunto a Brais mientras descargamos las bolsas y todos los bártulos.

—Sí estoy contigo..., lo estoy.

—Vaya responsabilidad... —digo poniendo los ojos en blanco, aún no lo he perdonado del todo y no voy a dejar que me conmuevan sus palabras ni esta especie de salto de fe suyo.

—No le tengo fobia al agua, ni alergia, Hana; solo rencor, pero si estoy contigo... yo...

—¿Tú qué?

—Todo lo malo se desvanece —responde y traduzco una sincera dependencia hacia mí en sus ojos, tan transparente como la necesidad que aprecio en su expresión para que lo perdone. —Comienzo a derretirme, y no sé muy bien si es por el calor o él es el motivo. Me quedo sin palabras, Brais lo interpreta de otra manera, así que coge mi mano probando suerte de nuevo—. Si me permites... estar contigo —pronuncia mientras me obsequia con una sonrisa dulce.

—Depende de tu actitud y de cómo quieras llevar el tema. Solo depende de ti, Brais —sentencio refiriéndome a lo ocurrido en su casa.

—Lo estoy intentando, te lo prometo, si me das la oportunidad de demostrártelo. Ahora... solo quiero que disfrutes del día y de mi compañía... si me dejas.

Sonrío en señal de aprobación, me ha convencido y él me devuelve la

sonrisa.

Después de terminar de descargar las lanchas, Brais se dirige a Bea.

—Voy a enseñarle a Hana el Dolmen Megalítico. —Y tira de mí antes de que pueda acceder. ¿Dolmen? Ni siquiera sé que es eso.

—¿Qué es un Dolmen? —pregunto mientras camino detrás de él y va tirando de mi mano.

—Un monumento funerario de hace miles de años.

—Venga ya, ¿intentas decirme que en esta duna de arena perdida en medio del mar y de tan solo un kilómetro cuadrado también hay restos arqueológicos? Imposible.

—Si no me crees ahora lo verás —dice y continúa tirando de mí.

Mientras lo sigo —qué remedio—, advierto otros islotes no demasiado lejos.

—Creía que solo existía este islote —pronuncio curiosa.

Brais dirige la mirada hacia donde yo mantengo la mía y me indica:

—Ese es Guidoiros y la otra es la Isla de Rúa, más o menos del tamaño de esta, pero es pétreo totalmente.

—¿Pétreo?

—Que no es de arena, como esta, es de rocas, pero de igual belleza. Es el punto más alto del mar desde donde puedes ver toda la ría, quizás podamos convencer a los padres de Bea para que nos lleven a visitarla luego.

—No quiero abusar de su amabilidad... mejor lo dejamos para otra ocasión.

Se encoge de hombros, posteriormente se para y al fin deja de tirar de mí.

—Como quieras. Aquí tienes el Dolmen y, mira, allí se encontró la cámara funeraria, cerámicas de la época y hasta restos biológicos, creen que era un lugar de enterramiento.

—¿De qué época?

—Creen que data de la Edad de Bronce al menos. Antes, los islotes estaban unidos a tierra, el nivel del mar fue subiendo y todo se fue sumergiendo.

—Una cápsula del tiempo en medio del mar, es increíble...

—Algo así, aunque desgraciadamente está condenado a desaparecer.

—¿Por qué dice eso? Si esto es idílico...

—El mar se lo come poco a poco, los temporales, las mareas y, cómo no, la

mano del hombre... Es muy difícil y complicado poder conservarlo.

—Pues es una pena.

—Sí, es más que una pena. Bien ¿volvemos con los demás? Estoy deseando ver ese bikini tuyo.

—Seguro que sí —bromeo.

—Bueno también sin él, pero no se puede tener todo —me asesta levantando una ceja y adoro ese toque perverso que postura en su mirada.

Me ha encendido con un simple comentario y doy gracias de gozar de tantos metros cúbicos de agua helada en caso de tener que deshacerme de mi calentón o de los que pueda sufrir durante el día. Yo también estoy deseando verlo tan solo con el bañador y comienzo a sospechar que voy pasar más tiempo metida en el mar que sobre el islote de arena.

Disimulo como puedo mis libertinos pensamientos y comenzamos a caminar hacia donde la familia de Bea ha elegido instalarse. Están colocando todavía el toldo para mantener la comida a la sombra y debajo estiran las toallas. Contemplo a los sobrinos de Bea correteando por la orilla mientras su abuela los sigue sin quitarles ojo, extendemos también nuestras toallas y me quito la ropa. Brais lo hace antes que yo, porque apenas tiene que quitarse la camiseta y ya está en bañador. Se recuesta en la toalla sin dejar de echarme una buena inspección visual en toda regla. Yo disimulo como puedo lo que me afecta que me mire así y las vistas de las que disfruto yo, ver a Brais en bañador y lo bien que le sienta. Reprimo las ganas que me dominan en hacerlo padre ahora mismo.

—Ha valido la pena venir hasta aquí solo por verte en bikini, vaya si ha valido la pena... —me asesta con una mirada pervertida mientras se muerde el labio inferior.

Intento no sonrojarme e inmediatamente me agarra sin previo aviso impulsándome sobre su toalla, caigo encima de él y me da un beso de lo más efusivo.

—Que tenemos público —le sermoneo.

—Vale, intentaré contenerme, pero no te prometo nada —bromea finalmente, advierte dulzura y deseo en su mirada, es una mezcla explosiva.

—Más te vale... —me limito a decir y me giro quedándome a su costado.

Brais repara en mi trasero y me advierte:

—La picadura va muy bien.

—Sí, menos mal que ya va desapareciendo la señal. Por cierto, aún no me has contado cómo supiste que me iría al islote con Bea y su familia para aparecer hoy aquí, ¿cómo te has enterado? —me viene de pronto a la cabeza.

—Hana, ¿cuántas veces tengo que decirte que aquí nos conocemos todos? Me encontré al cuñado de Bea esta mañana en la panadería, me llamó la atención que comprase tanto pan y le pregunté. Me dijo que iba a pasar el día al islote con la familia, y que tú también ibas. En fin, me hubiese enterado por cualquier otra persona de todos modos.

—Es verdad, en esta isla todo se sabe, ¿Y Rosalía? ¿No la habrás dejado sola?

—También se fue de playa con las amigas, a la playa de la entrada de la isla.

—¿La que está junto el puente?

—La del puente, sí. No me pareció justo aparecer los dos sin previo aviso y sin saber si tú..., en fin..., querrías verme siquiera.

—No pasa nada, ¿ella está bien?

—Con sus amigas está más que bien y se ha llevado también a Larpe con ellas.

—Me alegro.

Ambos nos sonreímos cuando Adela se acerca para decirle a Brais:

—Si tu madre te viese aquí no se lo creería. Al fin dejaste esa ojeriza tuya por la costa.

—Ni Xabi, ni nadie se lo creerá. —Sonríe Brais.

—Solo ha venido para verme en bikini, Adela —aludo a la conversación bromeando.

—Sí, algo de eso escuché antes —contesta riendo, luego añade—. Hacéis muy buena pareja, aunque a Brais le hace falta coger sol, estás un poco paliducho.

—Ya sabes, de playa él... poco, al menos hasta ahora.

—Pues espero que eso cambie a partir de hoy, que comiences a ir a menudo a la playa, disfrutad mucho del día. Bueno, voy a por mis nietos, no me gusta que se alejen demasiado.

—Gracias, Adela, igualmente y gracias por traernos.

En cuanto Adela desaparece Brais me pide con una mirada obscena:

—¿Me das crema? Como estoy tan blanco, como decís vosotras..., no querrás que me queme, ¿verdad? —me indica manoseando su torso de una forma descaradamente perturbadora y, a propósito, mirándome del mismo modo. Induciendo mis pensamientos más lascivos que se vuelven a disparar.

Está jugando, intenta ponerme nerviosa, le encanta, así que le devuelvo la jugada y respondo con una voz insinuadora:

—Cielo, estaré encantada de darte crema todas las veces que sean necesarias.

—Uf, mejor me doy la vuelta, por si sufro una erección involuntaria, para que nadie se percate.

Me echo a reír y comienzo a darle crema por la espalda. Menos mal que las mujeres tenemos la suerte de que nuestra excitación no se hace visible y patente como la de los hombres, porque estoy como una olla en ebullición en estos momentos, mientras recorro cada centímetro de su piel con mis manos. El calor no ayuda.

—Venir hasta aquí ya es mucho esfuerzo como para preguntarte si... te das un chapuzón conmigo —le propongo—, ya sería demasiado pedir, ¿no?

—Prefiero aprovechar el sol y coger color para no desentonar, como dice Adela, si no te importa. Además, no podría acosarte dentro del agua, los fondos son tan transparentes que todos se darían cuenta de lo que hacemos.

—¿Hacemos? —pregunto haciéndome la indignada—. ¿Y quién te ha dicho a ti que yo accedería?

Brais me brinda una mirada más que perversa y presuntuosa, pero que me encanta, igualmente. Entonces sí termino por sonrojarme.

Finalmente me voy al agua con Bea, no pienso pasar el día permitiéndole que me ponga más caliente que el palo de un churrero, el muy canalla.

Hablamos, jugamos con los críos y me mezclo con la familia de Bea en el agua mientras Brais no nos deja de observar desde tierra. El tema principal es justamente él, y lo sorprendido que está todo el mundo de que haya venido y lo esté llevando tan bien. De vez en cuando yo también lo observo desde el agua. Iñigo se le acerca, los veo charlando mientras se toman una cerveza, aunque Brais no despoja su mirada de mí. Empiezo a dudar de si es porque tiene miedo a que desaparezca en el mar o verdaderamente disfruta contemplándome. Ojalá pudiese saber lo que se revuelve en su interior cuando me mira.

Vuelvo a tierra aprovechando que Brais se ha quedado solo y recostado

disfrutando del sol con los ojos cerrados, para apostarme encima de él totalmente mojada. Me muero de ganas por hacer tal travesura, así que camino sigilosa y me dejo caer sobre él.

—¡Serás...! —exclama—. ¡Estás helada!

—O tú demasiado caliente —le espeto.

—Eso ni lo dudes, me encanta cómo te queda ese bikini, pero eres malvada. —Me besa y mientras lo hace siento cómo su erección se dispara pegada a mi pelvis.

—Brais...

—¿Qué? No soy yo, va a su propia bola. Así que ni te levantes hasta que se baje la muy cabrona para que nadie la vea, aunque contigo encima va a ser difícil que vuelva a su estado de relajación.

Me río y me dejo caer de costado al lado en su toalla, entonces cojo la mía y se la echo por encima de su cintura tapando a la «cabrona», como la ha denominado él mismo.

—Gracias, sobre todo porque he oído mencionar a Adela que vamos a comer dentro de nada y necesito que «ella» se relaje cuanto antes para poder levantarme —me dice mientras juega con mi pelo.

—Vaya apuros pasáis los hombres —digo riendo.

—Pues sí, desde que estoy contigo sufro erecciones tanto voluntarias como involuntarias, como la de ahora, es tenerte cerca... Y hoy con ese bikini, tu piel mojada... se ha hecho independiente la muy fresca. Tú eres su mayor y único estímulo y no hace más que complicarme la existencia, tiene vida propia.

—¿Único estímulo yo? Me siento halagada.

—Pues no sigas haciéndole la pelota o no se bajará más —bromea y me vuelve a besar—. Dejando el tema de esta rebelde... —dice señalando su ingle—, de verdad, adoro estar contigo. —Y me mira con dulzura.

—Y a mí contigo, Brais. —Volvemos a besarnos, hasta que nos interrumpe Bea.

—Esto..., vais a comer, ¿o ya si eso os seguís comiándoos los morros y ya vais sobrados?

—Muy graciosa, Bea —luego miro a Brais—, ¿tienes hambre?

—Mucha —me dice con la mirada oscurecida y me planta otro beso.

—Chicos... ¿me vais a contestar? Si es que no sabéis guardar las formas,

fijaros en Iñigo y yo, y que os sirva de ejemplo.

—Ejemplo, dice, porque está su familia que si no... Venga, vamos a comer con los demás —me solicita Brais levantándose y ofreciéndome su mano para que me incorpore también de la toalla.

Son las dos y media cuando nos reunimos y comemos todos juntos. Bea tiene una familia genial. Comienzo a preguntarme cómo será la mía y por un momento la tristeza me invade porque mi mente carezca de ese tipo de recuerdos y ni siquiera pueda comparar.

Al terminar recogemos, metemos los desperdicios en una bolsa y los llevo a la lancha para tirarlos luego a un contenedor en tierra firme a nuestra vuelta. Cuando estoy a punto de bajarme de la embarcación advierto que el padre de Bea saca un puro, me sorprende porque es la primera vez que lo veo fumar. Me desagrada el olor de esa cosa y me consuela saber que estoy al aire libre mientras se va a consumir en su boca y no en un lugar cerrado para soportar ese desagradable olor. Saca un artilugio que no había visto antes y me quedo observándolo para saber de qué se trata. Es una especie de cucurucho con una tapa que clava en la arena. Entonces me percató, es un cenicero portátil donde echar las cenizas, un invento curioso e higiénico para no deteriorar un espacio tan maravilloso. Intenta encender su puro, pero no puede, entonces me advierte todavía en la lancha.

—Hana, mi mechero se ha mojado. Ya que estás ahí... En el compartimento de proa, dentro del maletín de primeros auxilios, siempre tengo alguno de repuesto, ¿me lo alcanzas? —me pide.

—Claro —respondo y me acullico para ello.

Dentro del cubículo que me señala hay cabos, chalecos salvavidas, unas bengalas y algunas de las cosas que han traído para disfrutar del día de playa y que ya no necesitan. Estiro el brazo para sacar el botiquín y, cuando estoy a punto de incorporarme, una especie de *flash* me arrolla. Intuyo que puede ser un recuerdo y me dejo llevar sumergiéndome en él, como me aconsejó Julián siempre que me ocurriese. Me veo a mí misma, soy yo escondida en un compartimento parecido a este, el miedo que siento es atroz en mi visión. Me escondo de algo grotesco temiendo por mi vida, así lo siento y comienzo a recordar. El botiquín cae de mis manos, casi olvido dónde estoy y solo puedo concentrarme en ese instante para nada agradable. Nunca he recordado algo con tanta exactitud y de forma tan real como ahora. Me quedo paralizada, las imágenes no paran de invadir mi mente mientras el padre de Bea me sigue gritando desde la orilla.

—¡Hana!, ¿el mechero? ¿Hana?

Apenas soy consciente de cómo requiere mi atención, mientras estoy recordando el terrorífico momento que atropella mi paz interior y la aniquila por completo al revivirlo.

Estoy en un barco de recreo, es lujoso, he conseguido escaparme del camarote y me he refugiado allí, oigo pasos, unos pasos que por alguna razón temo, ¡es un hombre! Un hombre que va en mi busca, pasa ante mis ojos desconociendo que estoy allí escondiéndome de él. Solo puedo observarlo de cintura para abajo, veo sus piernas, su mano. Lleva una alianza en el dedo, veo un reloj caro en su muñeca también cuando pasa ante mí, por la cubierta. Acabo de caer en la cuenta de que me tiene retenida contra mi voluntad, procuro no hacer ruido, estoy aterrada. Cuando se aleja, intento limar las bridas de mis muñecas con una especie de ancha auxiliar algo oxidada que hay allí guardada. Es de noche y apenas tengo visibilidad, hasta me corto con ella por la premura y la poca destreza que me deja el pánico para realizar tal acción por huir, pero lo consigo, aunque malográndome con varias heridas mis manos. Presiento sus pasos bajar la escalinata hacia el camarote interior, siento que tengo que huir antes de que se percate de que no estoy allí. Mi vida depende de ello, es lo único que no es confuso. Tengo que actuar rápido, salto al agua sin pensarlo, todo está muy negro, no veo nada... solo oscuridad y no sé hacia dónde nadar. Sin saber qué dirección tomar lo hago alejándome lo más deprisa que puedo del barco, es lo único que pienso, sin rumbo y en medio de la oscuridad mientras escucho cómo ese hombre me llama por mi nombre buscándome por todo el barco. Su voz me es tan familiar, como intimidatoria para mí. Y desde tierra otras voces hablan de mí, los escucho como un eco lejano, soy presa de mis terroríficos recuerdos, evocándolos y no soy capaz de contestar.

—¿Qué le ocurre a Hana? —le pregunta Brais al padre de Bea.

—No sé, la llamo y no contesta. Es como si hubiese entrado en trance.

Sigo inmersa en mis sombríos recuerdos, veo una luz en movimiento, el hombre que me retenía se ha percatado de que me he tirado al agua y se dedica a inspeccionar las inmediaciones del barco con una linterna. Estoy lejos de su radio de visión, pero no puedo bajar la guardia, no puedo permitírmelo y no dejo de nadar y nadar mientras lo escucho gritar.

—¡No puedes escapar de mí! ¡Te encontraré! ¡No dejaré de buscarte jamás!
¡Nunca podrás escapar de mí!

Apenas tengo fuerzas, pero un subidón de adrenalina provocado por el

miedo me permite alejarme todo lo posible. No dejo de nadar y nadar, solo pienso en eso y no puedo parar. Siento pánico, estoy en medio del mar y desconozco en qué parte de la costa me encuentro, sin embargo, vislumbro un fulgor a lo lejos, parece tierra firme y avanzo y avanzo en esa dirección. Solo quiero escapar de él y de ese maldito barco. Me queda poco para alcanzar tierra, veo lo que parecen rocas, una playa, árboles... Noto que voy a desfallecer, no voy a conseguirlo, la angustia me invade y me fallan las fuerzas. En ese momento escucho los ladridos de un perro, no puedo más, me rindo. Lloro mientras pienso que no lo conseguiré. Alguien me saca del mar mientras me pide que no me rinda, que no me duerma, una y otra vez. Los ojos de Brais me inspiran esperanza, como el color de sus ojos. No quiero desfallecer, intento no hacerlo, pero finalmente me puede el agotamiento y me desvanezco. Así llegué a la isla, Brais sacándome del agua, salvándome y yo huyendo de alguien, pero ¿por qué?

—¿Qué te pasa, Hana? ¡Joder!, por Dios, ¡responde! —grita Brais, eso produce que todos me miren y lo escucho—. Algo no va bien. —Y se apresura a venir hacia mí.

Cuando consigo regresar a la realidad, las piernas me fallan y me dejo caer de rodillas dentro de la lancha. Estoy pálida. Brais me echa una toalla por los hombros y comienza a frotarme.

—¿Qué te ha pasado? Hana, ¡por Dios!

Todo el proceso de mis *flashes* lo he pasado hiperventilando. Tengo la boca y la garganta seca y tan solo soy capaz de pedirle:

—Necesito un poco de agua, por favor, Brais. Necesito beber un poco de agua.

—Claro, tranquila, tranquila —me dice y le grita a Bea—. ¡Trae un botellín de agua, por favor!

Bea me lo alcanza y me mira con la misma preocupación que Brais, todos lo hacen desde la playa. He dado un buen espectáculo y me avergüenzo, pero estoy muy alterada y me es imposible controlarme.

—¡Quería matarme! ¡Iba a matarme!

—Pero ¿quién? Hana, tranquilízate, por favor. Respira, aquí no hay nadie más que nosotros, tranquilízate —me pide Brais mientras no deja de abrazarme para intentar confortarme.

—He recordado saltar de un barco, huir de él.

—¿Qué estás diciendo, Suhana? —me formula preocupado.

—El día que llegué aquí. Me tenía retenida en el barco, tenía bridas en mis muñecas y conseguí escapar de él tirándome al agua.

—Pero ¿de quién? ¿Quién es él?

—Fue horrible, creí que no lo conseguiría. No lo sé, recuerdo todo menos su rostro, ¿por qué no puedo recordarlo? ¡Es frustrante!

—Tranquila, tranquila —me pide mientras me acaricia el pelo al abrazarme—. Es un mecanismo de defensa, tu mente trata de protegerte de un recuerdo traumático, por eso no lo recuerdas y es una pena, pero lo harás, estoy seguro. Te lo prometo, todo se solucionará. Sé que es duro pedirte esto, pero cuéntame todos los detalles, absolutamente todo lo que recuerdas, podría ayudar a revelar todo el misterio de tu llegada, incluso quién eres, ¿te das cuenta de lo importante que es?

—Me escapé del camarote. En cubierta había un compartimento como este, quizás fue el detonante para recordarlo. Al agacharme para buscar el mechero, como cuando me escondí en aquel barco. No lo sé, el gesto que hice, tal vez... Él venía a por mí, conseguí deshacerme de las bridas y, cuando logré despistarlo, me lancé al agua.

—¿No recuerdas quién era ni por qué te tenía retenida allí?

—No, y eso es lo que más me atormenta.

—Vale, no recuerdas al hombre, pero ¿y el barco?

—Era blanco y en muy buen estado. Como un yate de recreo, pero más grande y caro. No sé cómo describirlo.

—Vale, si ves fotos del modelo del barco, ¿crees que podrías reconocerlo?

—Sí, seguramente.

—Bien, hay que poner esto en conocimiento de las autoridades y de Julián. Te llevaremos a tierra.

—No, no quiero arruinarle el día a nadie y hacerlos regresar antes de tiempo. Solo quédate así un rato conmigo, solo eso, por favor —le pido a Brais refugiándome en sus brazos.

—Claro, Hana. Estás a salvo, estás a salvo, yo nunca te haría daño. Solo deseo y quiero tu bienestar, protegerte y es lo que siempre haré, ¿de acuerdo?

El terror que ha originado mi recuerdo comienza a disiparse estando encerrada entre sus brazos, logra reconfortarme como nada, pero el miedo sigue

latente.

—Gracias, Brais, pero ¿y si ese hombre me está buscando para terminar el trabajo?

—Con el tiempo que has estado en el hospital y lo que llevas en la isla... Han pasado tres meses desde tu llegada, Hana. Te habrá dado por muerta en el mar al menos, si no ya lo hubiese intentado, ¿no crees?

—Tengo miedo, mucho miedo, Brais.

—Ese hombre ya estará muy lejos de aquí. No te preocupes, no estás sola y nunca lo estarás.

Cuando Brais consigue sosegar me, volvemos a la playa. Todos me miran todavía y Adela es la primera en preguntarme lo que los demás apenas se atreven a formular:

—¿Qué te ha pasado?

Pero Brais se adelanta respondiendo por mí:

—Ha recordado algo, algo para nada agradable. No pidáis detalles, ya ha tenido suficiente, por favor. Espero que lo entendáis.

—De acuerdo —dice Adela.

—Pero ¿estás bien, Hana? —pregunta Bea.

—Sí, no es nada —respondo aparentando estar más tranquila, aunque la inquietud persiste en mi interior. Luego me acerco a su padre—. Su mechero, perdón por demorarme.

—No, tranquila, Hana. Lo importante es que tú estés bien, ¿lo estás de verdad?

—Lo estaré en unos minutos, no se preocupe.

Volvemos a nuestras toallas, pero yo no puedo dejar de darle vueltas, aunque intento pensar en otra cosa.

—Cambia esa cara. Odio verte así, no pienses en ello ahora. Intenta disfrutar del día, sé que es pedir demasiado, pero inténtalo al menos.

—No puedo, Brais. Necesito recordar su rostro, tengo que hacerlo, así podría identificarlo ante las autoridades.

—No te fuerces, debes intentar sosegar te y relajarte.

—No puedo teniendo ahora la certeza de que alguien ha intentado matarme —suelto totalmente desesperada.

—Vale, tienes razón. Lo siento, no quiero que pienses que soy un insensible, ¿quieres dar un paseo? ¿Me baño contigo en el mar?

—En minutos le daríamos la vuelta al islote. No, estoy bien, no te preocupes. Lo que menos me apetece ahora es meterme en el mar, y a ti... No quiero que tú también te fuerces a hacer algo que no quieres para que yo me sienta mejor.

—Lo entiendo.

Bea se acerca con un termo.

—¿Quieres café? Aún queda bastante.

—No, gracias.

—¿Y un orujo?

—¿Habéis traído orujo a la playa? No me lo puedo creer.

—Mi padre el café sin unas gotitas de licor no se lo toma. Es casero, ¿seguro que no te reconfortaría un poco? ¿Una copa?

—¿De eso? Aún recuerdo el día que lo probé, creí que me quemaba la garganta literalmente.

—Ah, vale, se me había olvidado lo blandengue que eres —bromea—, ya me lo pedirás en invierno, para el frío es el mejor remedio natural.

—No creo que lo haga ni a riesgo de congelarme si se diera el caso.

—Para darle calor ya me tiene a mí —bromea Brais, luego me mira con ternura—, y para lo que haga falta. Siempre estaré ahí para lo que necesites.

—Te sienta bien la playa, te convierte en encantador e irresistible.

—No sé si bromeas, pero te noto más tranquila y eso me reconforta.

—¿Hola? ¿Os acordáis de que estoy aquí? Cómo me ignoráis... hay que ver —nos recrimina Bea al vernos tan acaramelados.

—No te ignoramos, mujer. Además, te tenemos para que nos lo recuerdes a cada momento —bromea Brais.

—La confianza da asco, ¿eh?

Los tres reímos, pero entonces Bea repara en unos turistas, concretamente en algo que están haciendo y le desagrada, porque su semblante cambia radicalmente.

—Mamá, ¡mira a esos! —le indica a su madre.

Adela, ni corta ni perezosa, se levanta de su toalla y se dirige a ellos de inmediato.

—¿No saben que eso no se puede hacer? —asesta Adela a los visitantes, mientras Brais y yo miramos expectantes.

Entonces me percató de que han cogido un puñado de almejas después de excavar en la orilla y tanto Bea como Adela se han percatado. Sé lo quemadas que están con ese tema y sigo la escena con atención, porque se puede liar y llegar a ser muy gorda.

—Bueno, mujer, por coger unas cuantas... —manifiesta el señor con un tono como si la llamada de atención de Adela fuese exagerada. Eso provoca que ella se enfade más.

—Está prohibido —le vuelve a asestar con cara de pocos amigos, aun así, se está conteniendo, lo advierto.

—Solo es un puñadito —insiste uno de ellos.

—¿Y si todo el mundo pensara igual que tú? Todos cogen un puñadito, ¿qué? Haz cálculos... Si todo el mundo hace lo mismo.

—La playa es de todos —le refuta el tipo.

Creo que Adela se los va a comer. Tanto Brais como yo nos levantamos y nos apresuramos a ir hacia ella, pero se contiene finalmente y opta por guardar la compostura.

—Sí, pero el marisco no, ¿o crees que se multiplica sin más como la hierba de los caminos? —intenta explicarles—. No nace solo, se cosecha, se echan miles de euros en cría de almeja para regenerar los bancos. Se trabaja todo el año sembrando, retirando la capa de algas que llega a las playas que no las dejan respirar y las matan, y es un trabajo no remunerado, ¿sabes? Para cuando llega la campaña partirte la espalda intentando llegar al tope de lo que podemos coger por día, impuesto por la cofradía al precio irrisorio al que lo vendemos en la lonja.

—Mujer, que solo han sido unas cuántas —vuelve a insistir el turista para justificarse.

Un espectador espontáneo también irrumpe:

—Unas cuantas tú, y otro que piensa como tú y otro y otro, así durante todo el verano, ¿qué haremos luego los que vivimos de ello?

Uy, advierto cómo Adela se enciende. Va a explotar y Bea también. Unos pocos comienzan a aglomerarse, la mayoría es gente de la isla que subsiste de

este medio. La cosa se calienta y, antes de que la sangre llegue al río, Bea irrumpe en la conversación:

—¿Quieres almejas? Vete y sácate el carnet de mariscador. Paga tu seguro, deslómate todo el año con la siembra y la limpieza de playas. Ponte un impermeable y bajo las inclemencias del tiempo pásate toda una mañana cavando y cavando metido en el mar con una humedad que te cala los huesos para coger un kilo y venderlo por seis míseros euros en la lonja. Entonces podrás coger almejas, mientras tanto, deja de robar el trabajo de mariscadoras como mi madre.

—Yo... no tenía ni idea, está bien, está bien —se retracta y finalmente las tira al mar.

La gente al fin se dispersa, hasta yo me relajo y Adela regresa.

—Creo que no lo hacen con mala intención, solo es por desconocimiento —aludo yo.

—Bueno, pues ahora ya saben lo que hay, de todas maneras, no pienso quitarles el ojo de encima. Entre los turistas que lo hacen por ignorancia y los furtivos... esto es una lacra, *meniña*. Partirte el lomo todo el año para que luego tu trabajo se lo lleven otros...

—Te entiendo perfectamente y te admiro, Adela, es un trabajo muy duro.

—Ya, pero es lo que toca.

Continuamos hablando y finalmente acepto el café de Bea. Hacemos un corrillo en la arena olvidándonos de los turistas y cambiando de tema. Charlamos de aquellos islotes, me cuentan que es zona protegida y me hablan de otras más que ostenta la isla bajo el amparo de la Comunidad Europea, como el Parque Natural de Carreirón situado al sur de la misma. Entonces confieso avergonzada que aún no lo he visitado, básicamente por mi manía de ir hacia el norte, a mi faro predilecto y alrededores en mis horas muertas por las tardes. Brais se ofrece, cómo no, Carreirón es su lugar favorito y donde va y ha ido en incontables ocasiones a pasear, a echar el día y, cuando es temporada, incluso a recoger setas con su hija Rosalía.

Nos divertimos sacando fotos, creo que Brais necesita pruebas de que ha estado aquí, ni con testigos Xabi se creería que él se atrevió a subir a una lancha y ha pasado el día en medio del mar. Son nuestras primeras fotos, un recuerdo de este día y la evidencia de que ha dado un paso hacia delante, dejando atrás viejos odios por el mar al menos.

Insiste en llevarme a la consulta de Julián al día siguiente y propone pasar por Carreirón a nuestra vuelta. Así que comienzo a planear mentalmente mi lunes, tendré que darme prisa en las tareas de la casa. Hoy he librado y no sé cómo me la encontraré a mi vuelta, así que intentaré levantarme temprano y dejarlo todo impecable antes de las cinco para estar lista cuando Brais vaya a recogerme. Organizar mi lunes mentalmente consigue mantener al margen al menos por unos instantes mis recién descubiertos recuerdos y mi terrorífica llegada a la isla. Intento no pensar demasiado en ello y no traumatizarme, pero no es nada fácil.

Regresamos antes de anochecer, Brais en la lancha ya no se agarra a mí como si fuese un chaleco salvavidas; esta vez soy yo quien lo hago después de mis recientes revelaciones y me gusta, me gusta la sensación de seguridad que proporcionan sus brazos. Al llegar al puerto nos despedimos de todos y vamos a la comandancia, Brais insiste en acompañarme.

El interrogatorio de las autoridades es una tortura después de relatarles lo que he recordado en el islote. Me preguntan una y otra vez cuánto tiempo creo que estuve en el mar o cuánto tardé aproximadamente en llegar a la costa cuando conseguí escaparme para poder calcular ellos la distancia y la posible ubicación del barco donde supuestamente estuve retenida. La Ría de Arousa es una de las más extensas y grandes del mundo, o eso me explican los agentes, por tanto, es primordial para poder hacer sus cálculos. Su insistencia me agobia y lo que les relato presume de no ayudarles mucho.

Una vez terminamos Brais me deja en casa y nos despedimos antes de que se marche. Al entrar en casa veo el estropicio del jardín trasero, Iván ha pasado la tarde allí con sus amigos y su estado es tal que parece que haya pasado un huracán. Me voy a tener que emplear a fondo por la mañana. Gracias a Dios Marisa ha estado en casa y no han tocado el interior, las saludo al entrar y les comento por encima a ella y a Mila lo que me ha sucedido y que, aparte de la familia de Bea, Brais también nos ha acompañado a pasar el día en el Islote del Areoso. Me miran con reticencia, pero tengo fotos en el móvil que lo demuestran y hasta que no se las muestro no se lo acaban de creer.

Los lunes están siendo odiosos, siempre tengo trabajo extra. A pesar de que el siete es mi número de la suerte —y hoy es siete de agosto—, ni eso me ha salvado de cómo está todo... Esta vez se lo tengo que agradecer a Iván y a los inmaduros de sus amigos y, para colmo, debo darme más prisa que nunca porque es el día que tengo mi consulta con Julián.

Terminamos de comer, recojo, me ducho y cuando voy al salón me percató

de cómo Iván lo ha dejado hecho unos ciscos otra vez. Me pongo a ordenarlo a la velocidad del rayo porque Brais está a punto de venir a recogerme y no sé ni para qué me he duchado, estoy sudando otra vez. Comienzo a plantearme seriamente ducharme de nuevo, quiero estar impecable para Brais, pero un claxon anuncia que ha llegado, echando por tierra volver a acicalarme. El calor es sofocante. Estando en pleno agosto y a esta hora de la tarde, sumándole mis carreras por dejarlo todo immaculado, impide que vaya todo lo pulcra e impecable que deseo a mi encuentro con él. Odio no poder controlarlo todo. Salgo al exterior y siento cómo llevo los pantalones blancos pegados a mi piel. «Debí ponerme un vestido», pienso, pero no me parece correcto ir a la consulta con unos *shorts* ni un vestido y finalmente había optado por algo más formal; un pantalón y una blusa celeste de lino, aunque voy asfixiada. Menos mal que llevo en mi mochila los *shorts* y unas deportivas para el paseo por Carreirón de después. Estoy deseando ponérmelos, la verdad, y disfrutar de la compañía de Brais con total privacidad, aunque sea solo paseando.

Contemplo a Brais en el exterior de su coche esperándome, apoyado en la puerta del conductor y está guapísimo.

—Hola, preciosa —me saluda en cuanto me ve aparecer, mientras se quita sus gafas de sol y las prende en su polo blanco tipo Lacoste que lleva desabotonado. El mundo para mí se detiene mientras lo hace, es como si pasase todo a cámara lenta. Luce también bermudas cortas con estampado militar y unas zapatillas Vans en blanco y negro, todo le queda de muerte.

—¿Pantalones blancos para hacer senderismo? Esta vez no puedes recriminarme que no te he avisado de a dónde iríamos... —Me responsabiliza de mi elección, mientras también me echa un buen repaso con una mirada que me estremece.

Intento no ruborizarme, le muestro la mochila a mi espalda y respondo con timidez:

—Llevo otra muda en mi mochila para después.

—Por mí como si vas desnuda y ya que lo he mencionado..., ¿puedes considerarlo como una opción? —Deja caer con un tono colmado de obscenidad mientras me abre la puerta del coche. Le encanta ponerme nerviosa, y lo consigue, pero no pienso exteriorizarlo para darle el gusto.

—No, pero al menos lo has intentado —le suelto guiñándole un ojo mientras me subo aparentando tener la cabeza fría, pero, en realidad, en cuanto he escuchado su frase mi imaginación ha volado. Estoy sofocada y no

exclusivamente por el calor.

—Oh, tocado y hundido —dice dramatizando cogiéndose el pecho, luego rodea el coche para subirse en él riéndose.

—Seguro que sí —alego con media sonrisa.

—O sea, que nada de corretear como Dios nos trajo al mundo —bromea ya sentado a mi lado dentro de su coche invadiendo mi espacio, tiene un brazo rodeando mi asiento y el otro sobre mis rodillas.

—Brais...—me agunto la risa sin mirarlo. No puedo dejar que sus ojos verdes me atrapen o estoy perdida—. Arranca el coche, anda, o voy llegar tarde.

—¿Qué voy a hacer contigo? Bésame al menos —me pide con una sonrisa provocadora que me domina y me dejo atrapar. Adoro el brillo que emiten sus ojos que no es otra cosa que felicidad y deseo entremezclados. Me siento especial cuando me mira de ese modo y saber que soy yo quien la produce también me hace la mujer más dichosa del mundo. Y claro que lo beso, de una forma imposible de reprimir, incluso un gemido se me escapa dentro de su boca. Me dejo llevar, entonces Brais se separa repentinamente.

—Mejor arranco, no vaya a ser que llegues tarde... —suelta socarrón.

Mi mandíbula se desencaja mientras lo miro.

—No sabía que eras tan rencoroso... —lo pincho.

—Todo se pega, quieres ser puntual, ¿no? —me dice burlón devolviéndome la jugada.

Me cruzo de brazos.

—Pues arranca —expreso totalmente indignada.

Brais se divierte, vaya si no. Es un presuntuoso en cuanto al poder que tiene sobre mí, le encanta alardear de ello y restregármelo cada vez que tiene ocasión. No sé si sabe que estoy loca por él, pero sí tiene la certeza de que la atracción que siento es muy poderosa y la utiliza siempre que puede. Pone el coche en marcha y en pocos minutos estamos sobre el puente. Disfruto de la brisa del mar que entra por la ventanilla mientras no me canso de contemplar a Brais, el cual se percata.

—¿Qué? —pronuncia.

—Nada, ¿no puedo mirarte?

—Me pones nervioso —confiesa.

—Tú me pusiste nerviosa a mí hace un rato —le echo en cara.

—Así que se trata de un desquite, ¿eh?

Me encojo de hombros en respuesta. Lo cierto es que no es ningún castigo ni revancha, adoro comérmelo con la mirada cuando no puedo llevarlo a cabo física y literalmente, pero eludo hacerlo partícipe de ello y no hinchar más su ego. Opino que por hoy ha tenido más que suficiente.

Llegamos al hospital, esta vez Brais decide irse a la cafetería mientras dura mi cita y nos separamos en la entrada con un recatado beso.

Hoy será mi última sesión de hipnosis y estoy algo nerviosa porque no sé qué significa eso. Entro y saludo a Julián, el cual me devuelve el saludo.

—¿Cómo estás? ¿El trabajo bien? Os vi aparcar y que te ha traído Brais, con él, ¿todo bien también?

—Sí, todo perfecto, menos un nuevo recuerdo que he tenido.

—Cuéntame sin prescindir de un solo detalle —me pide con gran interés y se concentra totalmente en mí.

Cojo aire y comienzo.

—Un hombre me tenía retenida en un barco. Temía por mi vida y, por alguna razón, en mi interior algo me dice que es anterior a cuando intentaron estrangularme, pero no lo puedo explicar ni sé por qué lo percibo de esa manera. Fui a las autoridades ese mismo día y les conté todo, incluso pude, por medio de fotos, identificar el modelo del barco que recordé.

—Ya que has desenterrado algo nuevo en tu memoria, vamos a cambiar lo programado para hoy y la sesión de hipnosis la centraremos sobre ello, ¿te parece?

—Claro.

Y nos dispusimos a ello.

Al terminar y después de serenarme, ya que la especie de regresión a la que me somete me ha alterado bastante, me percaté de que Julián ha tomado muchos apuntes y me recapitula todo lo que he dicho, lo cual se reduce a lo que he recordado y rememorado en el islote del Areoso, tal cual, sin ninguna información nueva.

Percibo a Julián tan desmoralizado como lo estoy yo.

—Vamos a repasar todo lo que tenemos desde tu llegada, unir todas las piezas que tenemos. Aun así, todo se sigue reduciendo a conjeturas, a meras hipótesis sin pruebas. La única prueba tangible hasta el momento es la aparición

de tu pulsera y ni eso arroja mucha luz sobre tu caso.

Lo hacemos y tiene razón, sé que su intención no es desmotivarme, sin embargo, lo acaba haciendo. Aunque especulemos sobre que mi llegada a la isla haya sido escapando de un barco, sigo sin tener pruebas y todo se reduce a vagos recuerdos y repetidas pesadillas.

—Te propongo algo; tienes trabajo, has logrado ser independiente y valerte por ti misma, incluso has iniciado una relación de pareja. ¿Qué tal si suprimimos nuestras consultas de los lunes de momento? Al menos hasta que experimentes un recuerdo nuevo. Si lo haces, me llamas y fijamos una nueva cita, ¿te parece? Por lo demás, creo que es innecesario seguir, sin nada nuevo sobre lo que trabajar.

—¿Y si no lo hago? ¿Perderé el contacto contigo? Con todo lo que me has ayudado y permitido incluso cuando estaba ingresada, creo que nadie se portará nunca conmigo como lo has hecho tú.

—No, claro que no. Tienes mi teléfono personal y puedes llamarme siempre que quieras, Hana. Eh, no estoy tirando la toalla, más bien es para dejar de imponerte tanta presión y esperar a que las cosas fluyan solas.

—Gracias —digo aliviada y medito un instante sobre todo lo ocurrido; hasta que Luz, mi excompañera de cuarto, viene a mi mente.

—Es injusto, a Luz le ha funcionado.

—Su caso era distinto, Hana. No es lo mismo superar una adicción que recuperar una memoria aletargada por una situación traumática.

—Tienes razón, pero ¿qué has hecho para que funcionase con ella?

—Bueno..., he utilizado varias técnicas. Incluso le he pedido que escriba en una libreta sus sueños, sus esperanzas, cómo le gustaría que fuese su vida en el futuro. Y, cuando sienta el bajón o las ganas de recurrir de nuevo a sus pastillas, lea lo que ha escrito y le añada más deseos, anhelos; eso la motiva a no recaer. Hasta ha hecho una comparativa de cuando está colocada a cuando no, cómo influye en su vida y en su futuro todo ello.

—Eso de la libreta igual lo hago yo, para motivarme igual me viene bien.

—No puede hacerte ningún mal, claro. Y hablando de Luz, ¿la has visto? ¿Cómo le va?

—Muy bien, la vi en las fiestas de la isla al cuidado de sus sobrinas y creo que le paga algo la familia incluso por hacerse cargo de ellas. Al fin le muestran su apoyo, aunque no sea mucha cosa.

—Me alegro. Echo de menos nuestras consultas.

—¿O a ella más bien?

—Hana, eso ha estado fuera de lugar —me recrimina, pero veo cómo me rehúye la mirada y lo nervioso que se ha puesto.

—Perdona mi impertinencia, Julián, pero no me lo puedes negar —insisto—. Siempre me preguntas por ella.

—¿Y qué si así fuese? Mi relación médico-paciente me impide tener cualquier otro tipo de unión con ella y jamás la he traspasado. Solo me he limitado a ser quizás más paternalista con ella que con cualquier otro paciente mío, pero nada más.

—Julián, no te estoy acusando de nada, así que no hace falta que te pongas a la defensiva conmigo. No soy una inspectora de trabajo, llevo meses contándote todas mis intimidades y, seas médico o no, creo que me da derecho a revelarte lo que pienso y he notado en estos meses sobre ti y Luz. Y ya no es tu paciente, así que déjate de excusas insulsas.

—Sí, me siento atraído por ella, pero llevo fuera del mercado mucho tiempo, desde mi divorcio. Impensable, por tanto, voy a pasar.

—Bueno..., tú mismo. Piensa en cuando se eche novio e imagina que es alguien que no le conviene..., pudiendo tenerte a ti —le digo, Julián es el psicólogo, pero he aprendido mucho de él en este tiempo y es hora de darle de su propia medicina.

—Puedes velar por ella tú.

—¿Yooo? —pregunto de forma exagerada—. ¿Que apenas me cruzo con ella en la isla? No podría, aunque quisiera.

Al fin percibo en su mirada que algo se ha removido en su interior, así como su preocupación por ella.

—¿Y qué propones? ¿Qué aparezca sin más por la isla y la invite a salir? Es absurdo.

—Algo se me ocurrirá, déjame a mí.

—Miedo me das.

—Te llamaré, ¿vale?

—Vale, Hana, y si experimentas otro recuerdo, o lo que sea, ponte en contacto conmigo. Hazlo inmediatamente.

—Lo haré, Julián. Gracias por todo.

Cuando termina mi entrevista con Julián, me dirijo a los baños públicos del edificio para cambiar mi ropa por la apropiada para la excursión que llevo en mi mochila. Posteriormente voy hacia la cafetería. Cuando llego advierto a Brais sentado en una de las mesas y me encamino hacia él.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—No, salí a dar una vuelta por el aparcamiento y también he ido a averiguar si tus amigas trabajaban esta tarde, pero, no, esta vez no coincidimos con sus horarios.

—Vaya, qué pena —expreso mientras me siento frente a él en su mesa.

Pero Brais me mira con cierto resentimiento.

—¿Pena? La verdadera pena es que te hayas cambiado sin contar conmigo y me hayas privado de poder ayudarte a desvestirte... —se lamenta. Su voz suena impertinente y sumamente sexi al mismo tiempo. Coge mi mano, la lleva hasta su boca y besa la parte interior de mi muñeca, continúa acariciándola con sus labios mientras me mira de una forma planeada para fulminar mi voluntad; estoy segura. Me acaba de dar un sofoco y de los gordos, ¿cómo puede crear un ambiente tan erótico con tan solo abrir su maravillosa y perversa boca?

—¿Es que no piensas en otra cosa? —le amonesto divertida, pero la verdad es que estoy bajo su embrujo, hasta he olvidado que estamos en un sitio público, en una cafetería.

—Cuando te tengo cerca me es imposible pensar en nada más que perderme en tu cuerpo —me dedica mientras su mirada se oscurece y se cierne sobre mí.

Me cuesta tragar saliva.

—Como sigas hablando así voy a necesitar una copa —admito, por un segundo he regresado a la realidad y he recordado que estamos en una cafetería, aunque me cuesta mantenerme en la realidad, porque adoro fantasear con estar así siempre, tan bien los dos... En este momento es cuando creo realmente que Brais podrá dejar sus lastres del pasado atrás, me lo dicen sus ojos cada vez que mira y la forma en la que lo hace. Sucederá, estoy segura.

—Justo te iba a preguntar si deseabas tomar algo o nos íbamos ya.

—Pediré un café mientras te acabas el tuyo —declaro.

—Me parece bien —dice alzando la mano para llamar la atención del camarero y lo consigue de inmediato. Pido mi café y posteriormente Brais me pregunta:

—¿Y cómo ha ido hoy?

¿De veras ha cambiado de tema, así, como si nada? Se me ha olvidado hasta lo hablado con Julián y todo por su culpa. Me obligo a salir de mi ensoñación como puedo.

—Pues... hoy ha tocado tejer conjeturas y suposiciones juntando las escasas evidencias que tenemos hasta la fecha y luego, partiendo de eso, mi última sesión de hipnosis.

—¿Última?

—Tengo el alta definitiva. No tengo que regresar cada lunes, únicamente si recuerdo algo nuevo.

—Vaya noticia. ¿Y hoy cómo ha ido?

—Lo habitual..., nada. Por eso ha decidido rescindir de las consultas semanales. Y, como siempre, Julián ha intentado armar un puzle con todas las pistas, pero ¿qué puzle? Uno que puede que ni exista. Ha empezado a citar lo poco que hemos descubierto sobre mí, que tengo nociones de náutica, que sé ciertos idiomas como inglés, español, turco..., que me manejo en informática. Nos centramos en la hipótesis de que mis sueños no sean tal si no recuerdos, aunque se salta siempre la parte de ellos en la intentan matarme, porque cree que me bloquearé. Por lo tanto, se limita a mis otros sueños, como cuando soñé ir vestida con traje y con una credencial prendida de este, elucubrando que haya sido algún tipo de ejecutiva o algo así. Hoy hemos profundizado en el *flash* que tuve en el islote, pero para nada —le relato saltándome la parte en la que hemos hablado de él y de Luz también.

—¿Y ahora trabajas como empleada del hogar? En tu interior sentirías que algo no encajaba, aunque seas incapaz de recordar, ¿no? Es un cambio muy radical en lo profesional, algo percibirías, digo yo... si fuese así. Aunque tus manos son finas y delicadas. Si has trabajado antes, puede ser una posibilidad que haya sido en un trabajo de oficina o relacionado.

—Bueno..., cuando no hay nada que hacer, no hay novedades ni recuerdos... Julián se dedica a eso, a ver si hablando del tema algo se despierta en mí, pero no conseguimos más que frustrarnos.

—Lo siento, Suhana, pero todo llegará, confía en mis palabras.

—No te preocupes.

—De ti me es imposible no hacerlo —me dice con ternura y posteriormente me guiña un ojo—, ¿nos vamos?

—Sí, por favor. Me vendrá más que bien ese paseo por el parque.

Brais asiente, va hacia la barra a pagar la cuenta. Al volver me toma por la cintura y salimos hacia el aparcamiento.

Ponemos rumbo al sur de la isla, hasta el Parque Natural Protegido de Carreirón. Comienzo a sospechar que Brais intenta mantenerme alejada de su casa nuevamente, más concretamente, de la habitación de matrimonio que compartió con su mujer en el pasado, de que pueda comprobar con mis propios ojos que sigue cerrada a cal y canto y no me agrada la idea. Aun así, no deseo que esa sospecha me amargue el día, quiero disfrutar del paseo y de la compañía de Brais, pese a todo. Mi mente necesita crear nuevos y agradables recuerdos, sobre todo, desde ayer. Necesito centrarme en lo que nos une y no en lo que nos puede alejar. Quiero creer que, si ha superado lo de la costa, esa necesidad de conservar un santuario de su mujer desaparecida también podrá hacerlo.

Brais aparca en el lado izquierdo de la entrada del parque, tal y como indica una señal, ante un vallado de maderas gruesas que se sintetiza con el entorno. Nos bajamos del coche y viene hacia mí, enlazando sus manos en las mías.

—Quiero que te olvides de Julián y de todo el mundo —me pide—, que mantengas al margen lo que te angustia y que disfrutes de la tarde, por favor, déjame intentar que te olvides de todo. Cierra los ojos y dime qué oyes.

Sonrío, lo hago.

—No escucho coches, ni ruido, solo silencio —respondo.

—No te he preguntado qué no oyes, sino lo que escuchas. Concéntrate en el entorno. Puedes hacerlo mejor, vamos.

Me sumerjo de nuevo, me dejo llevar por mi oído y por el tacto de una caricia de Brais deslizándose por el interior de mi brazo hasta mi muñeca.

—Pájaros, el suave movimiento de las hojas de los árboles sacudidas por la brisa y... —pronuncio—, un manso rebose del mar.

—Ya puedes abrir los ojos. Quiero que olvides lo de ayer y hasta la cita con Julián. Vamos, el paseo será un deleite para todos tus sentidos, ya verás —me indica mientras me guía y tira de mi mano atravesando el vallado de madera. Lo primero en darnos la bienvenida es una playa de arena fina y muy blanca, de fondos cristalinos y Brais se percata de cómo la observo.

—Aquí mismo enseñé a nadar a Rosalía cuando era pequeña. La traía aquí por la poca profundidad de sus aguas. Ven, te llevaré por el sendero de los Pilros, la principal ruta de senderismo del parque. Te encantará y estoy seguro de que cambiarán tus preferencias de lugares por los que pasear por las tardes. Te queda

más cerca de tu barrio esta zona, no entiendo por qué siempre vas al norte.

—Por estar allí la playa donde llegué, Brais. Por eso voy allí, para obligarme a recordar. ¿Pilros?

—Son aves migratorias, el parque también es zona de especial protección para aves, pertenece al ZEPA. Es una zona de paso migratorio muy importante, se puede ver en otoño bandadas enteras de ellas.

Sonríó. El sendero está cubierto por una fina capa de arena blanca de la playa. Entre los pinos y demás flora caminamos un poco hasta que advierto un tipo de cabaña muy pequeña.

—¿Y esa caseta de madera?

—Hay más, son observatorios para aves. —De pronto me arrinconan contra el tronco de un pino y me insinúa—. Aunque a mí se me ocurren otras actividades que hacer contigo ahí dentro. —Y se apodera de mi boca, sometiéndome a su deseo. Me estremezco como cada vez me toca, hasta que un senderista se cruza en nuestro camino y Brais deja que corra el aire entre ambos con cara de mucho fastidio, sin despojar su mirada de la mía—. Salvada por un turista.

—Eso parece —murmuro mientras trato de recuperar la compostura.

—Me encanta.

—¿El qué?

—Lo fácil que es someterte —responde con un aire de presunción, aunque es cierto. No puedo evitarlo, me controla a su voluntad. Lo que siento por él, más la atracción desmedida que profeso... con la que me es imposible de lidiar. Sin embargo, no pienso reconocerlo jamás. —Bueno, ¿me has traído para enseñarme el sitio o para acosarme sexualmente? —consigo bromear.

—Ambas cosas, pero dejemos el sentido del gusto y el tacto para más tarde, después del oído. Ahora agudiza la vista, esto está lleno de colores de los que también quiero que te deleites, entre otras cosas... —termina la frase con un tono provocador, no sé cómo hablar del paisaje puede llegar a ser tan excitante. Intento dejar de pensar en el sexo y me concentro de nuevo en el parque.

Aparte de dunas de arena y lo verde, hay gran variedad de plantas silvestres y colores; rosas, púrpura, las lilas de los brezos, gramíneas, el amarillo de las flores de los matorrales y moras, por supuesto; por todas partes las hay. Hasta una laguna, una especie de marisma donde Brais intenta nuevamente perturbarme y otro senderista se lo vuelve a impedir. El parque no está saturado de gente para nada, pero siempre aparece un espontáneo de la nada que da al

traste con sus planes. Hasta me mira con cierto rencor, como si yo tuviese la culpa, mientras se contiene; algo que en vez de molestarme me causa gracia.

Seguimos caminando y me paro ante una gran mole de piedra con forma literal de cocodrilo.

—¿Quién lo ha tallado?

—El viento, las olas, la erosión...

—¿Intentas convencerme de que esta forma la ha tallado así la naturaleza?

—Sí, ya ves, ha querido dotarlas de formas de animales, de cosas... así de caprichosa es la naturaleza, como la Roca de Tres Pies o la del Hocico de Cerdo y tantas otras..., ¿recuerdas? Hasta han organizado una ruta de las rocas para turistas que es todo un éxito por el momento. Ven, descansemos un rato —me pide sentándose en la arena de la playa.

—Cada vez me convengo más de que la isla es un lugar mágico, quizás sea uno de los motivos por los que me enamoré de ti —declaro sin pensarlo siquiera mientras me siento a su lado mirando al mar, justo en ese momento caigo en la cuenta—. Oh, no, dime que no lo he dicho en voz alta.

—Sí, lo has dicho, ¿y qué? Ha sido bonito.

—No deseaba que fuese de este modo.

—¿Y de cuál entonces?

—Después de que me lo dijese tú primero —me arrepiento al instante de haberlo pronunciado. No quiero que suene a reproche ni que se sienta presionado, ha sido un impulso sin pensar, pero a lo hecho... pecho, como dice el refrán y ya no hay vuelta atrás.

Brais me mira, pero no pronuncia palabra. Ve la decepción en mis ojos antes de agachar mi cabeza, pero él me alza la barbilla de inmediato dirigiendo mi mirada a la suya.

—Eh, no hace falta que te lo diga, está claro, ¿no?

—Pero nunca me lo has dicho.

—Porque tengo miedo a que desaparezcas... si lo hago.

—No entiendo... —apenas murmullo y lo medito intentando comprenderlo. Entonces caigo en la cuenta—. Lo dices por... tu padre —digo con temor—, y tu mujer... Yo no voy a desaparecer, Brais, jamás. Te lo prometo.

—No deja de asustarme. Tú tienes tus demonios, Hana, cada cual tiene los suyos.

—Espero poder ayudarte a ahuyentar los tuyos algún día.

—Yo también lo espero, yo también.

Ambos nos quedamos en silencio, pero soy incapaz de dejar el tema.

—¿Qué es lo que en realidad te mortifica, Brais?

—Está bien, te lo diré. Que cuando recuerdes y recuperes tu memoria, lo cual terminará pasando algún día, descubras que tu antigua vida era mejor que la que tienes ahora y decidas regresar a ella.

—Para mí no habrá nada mejor que mi presente, vivir en este paraíso... contigo. Descubra lo que descubra, si es que lo hago algún día, nada podrá hacerme cambiar de opinión.

—Ojalá así sea, Hana, ojalá.

No se me ocurre nada que decir, sino sentarme y permanecer a su lado callada. Y, cuando voy a apoyarme con las palmas de mis manos en la arena, noto el tacto de una planta o algo parecido. Me giro y veo unas florecillas parecidas a unos claveles diminutos, de un rosa pálido y estoy tentada a arrancar una.

—¿Puedo cortar una?

—Claro, ¿por qué no podrías?

—Por ser un parque protegido como dijiste.

Brais se carcajea.

—Si las hay por todas partes. En las orillas de las playas, en las rocas, en los acantilados... Como si te quieres llevar toda la mata a casa. —Después de escucharlo arranco una, Brais me la quita de las manos y me la pone en el pelo—. Su nombre científico es *Armenia marítima*, pero popularmente se llama «hierba de enamorar».

—Sí, hombre, no tienes que inventarte fábulas para seducirme, hasta empiezo a dudar de tu argumento sobre las rocas que citaste antes.

—No tengo que inventarme nada para ello, solo mirarte así —dice con un tono sensual acercándose a mi rostro. «¡Qué arrogante!», pienso. Como si no fuese el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra para mí, como si no estuviese tan enamorada como lo estoy... y encima lo tengo tan cerca... Apenas dos segundos han pasado y, sí, lo tengo sobre mí. Estoy tumbada en la arena y su mirada retándome, sugestionándome. Quiero resistirme, odio mostrarme tan débil ante él siempre, ¡como le gusta jugar conmigo! Y sobre todo lo que más

odio es que tenga razón. Se humedece los labios lentamente mientras no quita sus ojos de los míos, me está provocando y qué bien lo hace. Siento la presión de su cuerpo sobre el mío, así como su sexo endurecido, Dios..., ¿podré resistirme? Entonces frunzo el ceño enmascarando los efectos que causa ese hombre en mí realmente.

—¿Qué? —me pregunta extrañado por mi gesto.

—De verdad te crees tan irresistible, ¿galleguito? —Hubiese deseado que mi voz fuese más firme, pero al menos no me ha temblado. Ni siquiera sé cómo he podido decir eso, no obstante, me siento orgullosa de no flaquear por una vez. Hasta me da la risa y añado—. Yo también sé jugar a esto.

—No me niegues tus besos —se queja y en apenas segundos estoy correspondiendo a sus húmedos labios, ¿cómo? Sin duda me anula la capacidad de todo, hasta de pensar..., porque no sé cómo ha terminado pasando.

Antes de que el ambiente se caldeé más a la vista del próximo transeúnte, lo empujo con las palmas de mis manos.

—Pues deja de inventar historias fantásticas, «don hierbas amorosas» —le pido.

—No es una fábula, es su nombre popular. Llévala a casa y pregúntale a Marisa o a cualquiera, verás que es verdad.

—Ya...

—Se dice que, si quieres que la persona que tú amas te quiera, la noche de San Juan debes hacérsela llegar sin que se dé cuenta, como metiéndosela en un bolsillo, por ejemplo. Hay muchas leyendas sobre ella, también se dice que, si coges la flor en el momento oportuno y la guardas en una cajita de madera, introduciendo oro y plata también en su interior, tendrás suerte en el amor de por vida. Ahora, ¿podemos irnos a uno de los observatorios de aves para poder seguir jugando contigo? Pero esta vez apostando más fuerte.

Me derrito.

Brais se incorpora y me cede su mano para ayudarme a levantarme después de él. Me tiemblan las piernas e intento disimularlo como puedo. Caminamos hacia una de las casetas, la que está más escondida y alejada de miradas indiscretas. Al llegar me percato de una cosa.

—No tiene puerta.

—Ni ventanas. Por algo se llama observatorio para aves, ¿y? —pregunta encogiéndose de hombros.

—Nos puede ver cualquiera —comento.

Pero Brais hace caso omiso y ataca mi cuello, lo besa una y otra vez, arrinconándome contra los listones de madera de la pared.

—Brais, por favor, aunque me apetece mucho, rehúso de dar otro escándalo público, ¿es qué aún no has aprendido la lección?

—Aguafiestas —gruñe sexi mientras pasea sus manos bajo mi blusa hacia mi ropa interior.

—¡Para!

He tenido que gritarle, pero al fin me hace caso. Se queda inmóvil mirándome.

—¿Y qué propones? —pregunta con cara de niño al que han dejado sin su juguete favorito.

—Esperar a que anochezca y hacerlo en el interior de tu coche, ¿por ejemplo? No es lo ideal, pero al menos no nos arriesgamos tanto.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

—Tengo sed.

—Hay un chiringuito donde está tu cocodrilo de piedra, ¿vamos?

—Cierto, lo vi al pasar.

—Pues vamos, a ver si tomando algo se me enfría el..., en fin. Mujer sin escrúpulos ni consideración, mira que dejarme así... —me asesta fingiendo estar afectado considerablemente.

—Muy gracioso, pero no me das pena.

Nos reímos y comenzamos a caminar hasta el chiringuito de madera.

Al llegar, Brais me presenta a la pareja que lo regenta, ¿habrá alguien de esta isla que él no conozca? Al rato la chica nos trae las bebidas y no puedo evitar preguntarle, pues necesito salir de dudas:

—¿De verdad que la roca del cocodrilo no ha sido tallada por la mano humana?

—No se fía de mí para nada. —Ríe Brais.

—No, fue de forma natural, aunque sí hay otras rocas cinceladas por un escultor que ya murió desperdigadas por toda la isla.

—¿Sí? Esculturas... solo conozco la del Santo.

—Pues mira, justo detrás de esa hay una que se llama Los amantes, pero esculturas... esculturas tampoco son. Esculpió en las rocas que hay por ahí de grandes dimensiones.

—No la he visto.

—Brais la conoce, que te la enseñe.

—Pues para mí siempre ha sido una sirena acostada —le contraria Brais.

—Son dos amantes, se ve bien claro —insiste Rosa.

—Para mí siempre será una sirena y punto.

—¿Y es del mismo escultor que el Cristo? —formulo yo.

—No, mujer, nada que ver. Fue un tal Camilo Otero, un escultor reconocido que quiso dejar su huella en las rocas. Ya ves, aparte de los amantes, hay otra de un hombre con un perro, está la Roca del Ahogado en la punta del Aguiúncho y se dice que hay más sin localizar por la isla.

—Guau, pues sería genial descubrir alguna nueva.

—Pues ya sabes..., a investigar mientras disfrutas del campo.

—No es mala idea...

Seguimos charlando esperando a que la noche nos cubra, para poder meternos en su coche y dar rienda suelta a nuestra pasión, lo estoy deseando, la verdad. Nos tomamos unas cervezas haciendo tiempo allí hasta que oscurece, entonces cogemos el coche y Brais lo aparca en un sitio apartado. Después de poner a prueba las amortiguaciones de este y todas las posturas que el asiento trasero nos permite, Brais me lleva a casa.

No puedo evitar ir contemplando por la ventanilla todo el paraje. Lo cierto es que el patrimonio natural de la isla es incalculable, así como toda su historia, hasta las rocas o *cons*, como se dice en gallego, la tienen. Y el grado de conservación natural y la manera de actuar de los isleños por mantenerlo intacto y el respeto al medio ambiente... Todo ello me hace comenzar a fantasear de nuevo, a imaginarme que no puede haber lugar mejor para formar una familia, educar unos hijos con esa filosofía... No hay un lugar mejor.

Al día siguiente me levanto y me encargo de mis tareas, Brais me llama a eso del mediodía para informarme de que se ha prestado a ayudar a Xabi por la tarde a reparar unas redes, aparejos o no sé qué de pesca, no entiendo de qué me hablaba. Mientras Xabi no pueda salir a faenar aprovecha para ello. Hasta la noche probablemente no lo pueda ver, al menos hasta que terminen su tarea y luego al pobre le toca atender en el *stand* del mejillón. Me da que esta semana

voy a disfrutar de su compañía bien poco, lo cual no me hace gracia, aunque sea por una buena causa como recaudar fondos para el deporte de la isla. Deseo acapararlo para mí sola a todas las horas del día aun sabiendo que no es justo. Es por puro egoísmo, lo sé, aun así, me apeno por no poder hacerlo.

Por la tarde recibo una llamada de Mari Carmen que termina por levantarme el ánimo, una de las enfermeras de las que me había hecho amiga en el hospital, al fin voy a verla fuera de aquellas frías paredes donde había estado enclaustrada. Se acercarán a la isla, tanto ella como Cris, en el pistoletazo de salida de las fiestas del mejillón esa misma semana y, por tanto, quedamos para encontrarnos en el puerto, ¿dónde si no? ¡Estoy loca de contenta! No puedo reprimir mi alegría y llamo enseguida a Brais para contárselo. Él las conoce, aunque no tenga el mismo grado de confianza con ellas que yo, pero se muestra encantado y se presta a acompañarnos. Para variar, una salida en grupo me apetece un montón y si se suma su hija Rosalía, como sugiere, el día pinta que será único. Lo espero como agua de mayo.

Llegado el día, y casi al anochecer, Brais, Xabi, su hija Rosalía y mis amigas nos encontramos en el paseo del Xufre, lugar habitual de las fiestas gastronómicas. Solo falta Bea para que sea perfecto, pero su mudanza..., la echo mucho de menos.

Llevo un vestido blanco de estilo ibicenco y no por elección propia. Fue elegido así por la insistencia de Mila en ponérmelo, como ya es habitual en ella que me elija la ropa de su propio armario para mis salidas.

Quedamos delante de la primera carpa de los *stands* para que no haya pérdida y porque es donde a Brais le ha tocado atender.

Mis amigas son puntuales como un reloj suizo.

—¡Qué alegría veros!, sobre todo fuera del hospital —exclamo en cuanto nos encontramos. Llueven los besos y la alegría compartida.

—Calla, calla, que por culpa de venir a verte me voy a saltar la dieta. Jo..., qué pinta tiene todo...; al vapor, con salsa tigre, en salsa de vieira, empanada... ¡ay, me lo voy comer todo! —se lamenta sin dejar de quitarle ojo a los puestos donde preparan los mejillones.

—Mari..., que sepas que ahora mismo tienes cara de Homer Simpson evocando a las rosquillas, tú verás... —bromeo.

—Me da igual, aquí no me conoce nadie... —suelta encogiéndose de hombros y todos nos echamos a reír.

Lo siguiente es presentarles a Rosalía y a Xabi, a los únicos a los cuales no conocen. Enseguida hacemos piña y para rematar no dejo de ampliar mi círculo, conociendo a más gente entre mis vecinos. Como Henar, que atiende el *stand* con Brais, tal como me explica nadie mejor que ella conoce el mejillón, ya que trabaja en las bateas de su familia. Hasta descansa un rato para tomarse algo con todos nosotros en una mesa. Aparte de trabajadora es una mujer encantadora con la que se puede hablar de cualquier tema, madura y, aun así, súper divertida. Nos lo estamos pasando realmente bien, y con Mari..., bueno, no puedo porque no deja de tragar hasta que implora:

—Sacadme de aquí antes de que se me dispare el ácido úrico, ¡por favor!

Todos nos reímos y Henar sugiere:

—¿Por qué no vais a dar una vuelta? Yo me encargo del *stand* sin problemas, Brais.

—No, qué va, no voy a dejarte sola.

—Ahora no hay tanta gente. Ve tranquilo, si me veo apurada, te llamo.

—Vale, te debo una.

Luego nos mira y Brais sugiere:

—¿Y si nos vamos a un *pub*? De camino bajamos la comida andando, ¿qué os parece?

—¡En marcha! —exclama Mari.

Y así hacemos. Por el camino nos encontramos a Mila e Iván, que se nos unen, y finalmente vamos a tomar algo todos juntos.

Llegamos a un local y pedimos, lo pasamos bien al principio, pero poco después contemplamos cómo no deja de entrar gente y más gente. Comienzo a sospechar que el aforo ha sido sobrepasado con creces, ni los propios encargados pueden hacer algo para impedir que la gente siga accediendo sin cesar. Llegados a un momento apenas podemos movernos. «Yo deseo estar apretujada, pero si solo con Brais y en la completa intimidad y no así», pienso en mi interior, entonces Brais parece leerme la mente.

—No sabes cómo me apetece que nos quedemos solos —me dice de forma que solo pueda escuchar yo.

—Y a mí —le contesto.

Me besa y luego me pide:

—Intentemos salir de aquí.

—Vale.

Pero su semblante cambia mientras observa a Iván.

—No le quites ojo a Iván, va muy pasado de copas —me pide.

—Es verdad, no le vendría mal que le diese un poco el aire. A ver si logramos salir de aquí.

—¿Le preguntamos a los demás?

—Perfecto —respondo y me adelanto. Cuando llego con los demás alzo la voz todo lo que puedo para que me escuchen por encima de los decibelios de la música:

—¡¿Nos vamos?! ¡Aquí nos van a salir ramas!

A Brais le da un ataque de risa y a los demás también. Lo miro confusa.

—¿Qué? ¿No es lo que dijo el otro día tu hija en casa? —le recrimino.

—Raíces, Hana. Se dice: ¡voy a echar raíces, no ramas! Eso es lo que dijo Rosalía.

—Dichosas frases hechas... —murmuro abochornada mientras los demás no dejan de reírse de mí.

—¡Yo soy *Groot*, yo soy *Groot*! —No deja de cachondearse de mí Xabi, por el personaje de la peli *Los Guardianes de la Galaxia*—. Mejor será que nos vayamos, antes de que Hana se convierta en árbol de una sola frase. —Se carcajea.

Yo le lanzo rayos por los ojos y posteriormente intentamos ir hacia la salida, pero sin mucho éxito. Es casi imposible avanzar entre tanta gente. Para colmo la muchedumbre ni llega a la barra para dejar sus copas vacías o botellines de cerveza y los va dejando donde pueden, hasta en unas pequeñas molduras que sobresalen de las paredes a la altura de nuestras cabezas, con tan mala suerte que cuando Iván pasa por debajo de ellas, una botella cae y se hace trizas en toda su frente. El pobre con la tranca que lleva ni se entera de la brecha que se acaba de hacer. Por alguna razón, todos me miran a mí en vez de a él, hasta que reparo en mi vestido.

—No tenía que haberme puesto de blanco —me lamento al ver mi nuevo estampado rojo, Brais se apresura a venir hacia mí entre la gente como puede.

—¿Estás bien? Me pregunta preocupado viendo cómo ha quedado mi ropa.

—Sí, toda la sangre es de Iván.

—Siento lo de tu vestido, luego buscaremos algo con qué limpiarlo, pero...

—dice mirando a Iván—. Me da que eso requiere puntos. Intentemos llevarlo a urgencias cuanto antes.

—Yo pensé que era sudor el que me resbalaba... —suelta Iván sin dejar de reírse. Está más que borracho, me dan ganas de matarlo, pero luego pienso que al menos el alcohol minimiza el dolor, porque ni se está enterando.

—¿Y si lo matamos? Así nos ahorramos dar explicaciones a sus padres, o sea, a mis jefes —ironizo.

—Intentemos llegar a la salida —propone Brais reprimiendo la risa y lo intentamos entre empujones y restregones con todo el mundo. Xabi va delante y se esfuerza para abrirnos paso.

Me rozo con un tipo que no me gusta nada, mi intuición se activa y el muy facha declara:

—¡Yo te metía de todo menos miedo, guapetona!

En cómo lo mira Brais intuyo que va a haber más lesiones aparte de la frente de Iván. Intento no darle importancia, pero el tipo ni corto ni perezoso mete su mano bajo mi vestido. Le doy un manotazo y rezo porque Brais no lo haya visto, pero es demasiado tarde, ni tiempo tengo a reaccionar. Como no puede llegar a él con los puños, Brais le arremete un cabezazo con una cara de odio que me estremece. La cabeza del tipo rebota contra la pared y se queda atolondrado, sus amigos intentan abordar a Brais, sospecho que para agredirlo. «Dios, estoy viviendo una pesadilla, ¿cómo ha podido dar un giro tan brutal la noche?», recapacito nerviosa. Empujo a Brais con todas mis fuerzas hacia el exterior del local y llevo a Iván de la mano, Mari me sigue, Cris ha sido más hábil y ha salido la primera. Ya fuera, Brais insiste en darle su merecido al tipo que me metió mano y así me veo, lidiando con un borracho y un novio celoso ante el bochorno de mis amigas. Al final logro convencerlo de irnos cuanto antes y vamos en busca del coche.

—Yo me encargo de llevar a Iván a urgencias para que le den unos puntos —nos indica Brais al llegar al aparcamiento del puerto—. Vosotras quedaos, pero tened cuidado con los indeseables. Mari, cuidad bien de Hana, por favor.

—Oye, sé defenderme solita —protesto.

—Al próximo que tan solo se sienta tentado de tocarte soy capaz de matarlo, sepas o no defenderte solita, ¿de acuerdo? —me asesta apretando la mandíbula.

Creo que es la primera vez que lo veo experimentar unos celos tan intensos o tal vez verdadera preocupación. Enmudezco al verlo tan encendido al pensar

tan solo que otro hombre pueda ponerme la mano encima. Logro comprender lo que significa para él, aunque nunca me lo haya dicho directamente, es una forma de demostrarlo. Me subo a mi nube y hasta no me importa siquiera descubrirlo de ese modo.

—No, a mí no me toca nadie, ni puntos ni nada —exige el *borrachín* herido.

—Iván, cállate, súbete al coche y sigue taponando la herida, anda —le refuta Brais.

—Borracho como está no razonará, Brais— alego yo, luego me dirijo a las chicas—. Lo siento, para una vez que venís y la que se monta...

—No te sientas mal, son cosas que pasan. Soy enfermera, le daría los puntos yo misma, pero no es que lleve aguja, hilo y vacunas del tétanos en mi bolso a diario, ¿sabes?... Ojalá pudiese hacer algo más. Siento que os tengáis que ir —se presta Mari.

—Intentaré compensártelo otro día.

—No hay nada que compensar. He comido súper bien, nos hemos reído y nada, un pequeño accidente, no pasa nada. Anda, sube al coche y acompaña a Brais a urgencias.

—Rosalía, quédate con Mila —le pide Brais a su hija.

—Tranquilo, yo cuidaré de ella —informa Xabi.

Nos subimos al coche y ponemos rumbo a Cambados, es el único centro abierto y el más cercano. Cruzamos el puente para abandonar la isla y cuando estamos a punto de llegar al otro del lado del mismo vislumbramos unas luces azules.

—Mierda, se me olvidó el control de alcoholemia. Siempre hacen controles por esta zona cuando hay fiestas —insta Brais.

—Y todos hemos bebido —le digo yo.

—Incluido yo, que voy al volante, no sé... Le intentaré explicar que es una emergencia... o quizás ni nos paren a nosotros.

Pero entonces un agente le hace señales para que aparque a un lado, miro a Brais sorprendida, porque en vez de tener una expresión de preocupación, está sonriendo.

—¿Me he perdido algo? —formulo.

—El poli que nos ha dado el alto es Alberto. He ido con él al colegio y hasta hemos hecho la comunión y confirmación juntos. No creo que tengamos

problemas.

Ya con el coche inmovilizado el policía se acerca.

—Hombre, Brais. No se te ve el pelo y mucho menos desde que te has echado novia —dice levantando las cejas mirándome a mí.

—Te podría decir lo mismo desde que te casaste.

—Tienes razón, a ver si quedamos un día de estos y nos ponemos al día. Por cierto, ¿a dónde vais?

—A urgencias —le responde Brais señalando a Iván en el asiento de atrás—. Se le ha caído una botella en la cabeza. No es grave, pero necesita una sutura con urgencia. —Respira hondo y prosigue—. Mira, Alberto, antes de que saques el alcoholímetro, hemos bebido un par de copas, no te voy a engañar, pero no contábamos con tener que salir de la isla... Estábamos de fiesta y a este... pues que no nos ha quedado otra elección.

El tal Alberto se queda pensativo unos instantes y posteriormente le da unos golpecitos a la puerta del coche.

—Venga, arranca —dice—, pero ten cuidado a la vuelta, no creo que el próximo que te toque también haga la vista gorda, y conduce con cuidado.

—Lo haré, gracias, Alberto. Te debo una —se despiden y continuamos nuestro camino hasta Urgencias del centro de salud de Cambados.

Al llegar acompaño a Iván al interior a que lo examinen y posteriormente me ordenan salir, así que se queda en la sala de espera solo mientras yo me voy al exterior.

—¿Y bien? —me pregunta Brais en cuanto me ve salir.

—Le darán los puntos y ya sale, no creo que tarde.

Así que nos quedamos esperando. Pero al rato vemos salir a alguien corriendo, más bien huyendo, y una enfermera detrás llamándolo a voces. Me tapo la cara de la vergüenza cuando me percató de quién se trata.

—Dime que no es Iván el que se está escapando de la enfermera —le pido a Brais.

—Pues no te lo digo—alega aguantándose la risa—, pero ¿qué le pasa?

—Qué bochorno —digo y luego me dirijo a Iván a gritos—. ¡Iván! Pero ¡¿qué haces?! ¡¿A dónde vas, atolondrado?!

—¡Lejos de la obsesa de las agujas esa! ¡Ya me dio los puntos y aún pretende seguir pinchándome! ¡Anda y que se vaya a apuntar a un circo como

lanzadora de cuchillos si tanto le gusta pinchar a la gente! ¡Pero a mí que me deje tranquilito ya!

—¿Seguir pinchando? —le pregunto a la enfermera que intenta darle caza en los exteriores de la puerta de Urgencias.

—¡Que no se deja poner la antitetánica!

—Iván, vuelve, ¡tienes que ponértela, hombre! —le grita Brais, luego me mira mientras le da un ataque de risa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Que estoy recordando cuando te picó la avispa. Tú e Iván os podéis juntar, sois unos pésimos pacientes, aunque él tiene excusa, va borracho, pero tú...

Totalmente indignada lo obsequio con una mirada más que asesina, Brais, al percatarse, intenta exonerarse de ello:

—Vale, te prometo no hacer más comentarios sobre ello. Voy a echarle un cable a la pobre enfermera e intentar convencer al escapista para que se vacune contra el tétanos, disculpa —se excusa y va tras él.

Finalmente, Brais lo consigue, prometiéndole que es el último pinchazo y que la señora en cuestión no es ninguna psicópata de las agujas.

Va de morritos en el coche a nuestra vuelta. Dios, siento vergüenza ajena, entre lo borracho que está y lo inmaduro que es, un niño de menos de ocho años se comportaría mejor que él.

CAPÍTULO 11

LO

IMPENSABLE

Posteriormente volvemos y dejamos a Iván en casa ante su disconformidad, el muy loco alega que solo es un rasguño y desea seguir de fiesta. Brais logra convencerlo finalmente y regresamos al aparcamiento del puerto.

Allí nos volvemos a encontrar todos, menos Rosalía que ha ido en busca de un baño y Mila la ha acompañado. Brais les está relatando las peripecias de Iván y todo lo ocurrido a Xabi, a Cris y a Mari. Todos bromeamos hablando del tema y, cuando estamos decidiendo a dónde ir en cuanto vuelvan Mila y Rosalía, me percató de que Brais apenas interviene en la conversación y en cómo no deja de echar la mirada atrás continuamente.

—¿Te ocurre algo? —le pregunto.

—Son demasiadas casualidades, demasiadas coincidencias. No son paranoias mías, ahora sí que lo tengo más claro que nunca —responde molesto.

—¿De qué hablas? —cuestiono confusa.

—Otra vez ese hombre, me está siguiendo y esta vez no voy a dejar que se escape. Me va a explicar de una vez qué es lo que pretende, ya estoy harto —manifiesta encendido.

Me giro y lo veo. Brais tiene razón, es el mismo individuo del aparcamiento del Oasis, el del domingo en el puerto y el de tantas otras veces que Brais se ha sentido vigilado por él.

—Se ha percatado de que lo has visto, Brais. Va hacia el aparcamiento de la lonja, no lo alcanzarás.

—¿Que no? Eso está por ver —manifiesta más encendido que nunca, jamás lo había visto así.

—¿Quién es? —pregunta Mari.

—Nadie lo sabe, pero, según Brais, lleva semanas siguiéndolo —respondo yo.

—Y ya es hora de saber por qué —manifiesta él más que decidido y emprende el paso sin vacilar detrás del hombre.

—Yo no sé vosotros, pero viendo el estado de Brais opino que sería mejor no dejarlo solo con el tío ese... A saber cómo puede acabar esto.

—Tienes razón, Mari. Mejor lo acompañamos —sugiero preocupada también y nos apresuramos hacia allí.

Brais le da alcance a unos metros antes de que se suba a su coche, y todos nos quedamos expectantes, manteniendo la cautela, a la espera y alertas por lo que pudiese ocurrir. El hombre continúa de espaldas.

—¿Quién eres y por qué me sigues? —exige Brais.

—Disculpa, no lo haré más, te lo prometo. No quiero problemas —declara, pero sin girar el rostro en ningún momento.

—De eso nada, no te irás sin decirme qué cojones pasa.

—Solo deseaba saber si estabas bien. Escuché que habías ido a urgencias, perdona. Pensé que te había pasado algo, pero lo mejor para ti es que no sepas ciertas cosas, Brais, créeme. Es por tu bien, así que déjame marchar —replica sin darse la vuelta todavía, sospecho que está evitando en todo momento que le vea la cara.

—Ni hablar, ¿si estoy bien? Pero ¿quién coño eres?

El hombre no responde, en vez de eso intenta huir y, antes de que se suba al coche, Xabi echa a correr y lo saca con violencia, en cuanto se encara con él exclama:

—¡Hostia puta!

—Habló la diplomacia —murmuro yo.

—Hana, no está el ambiente para bromas —me reprende Xabi girándose sobre mí, su rostro denota resentimiento aparte de estar envuelto en un velo de asombro, algo que me confunde, porque todavía no sé qué ocurre.

—Tienes razón, disculpa, es que llevamos una noche... —me excuso.

—¡Francisco! —vuelve a exclamar Xabi.

—¡Déjame ir! —Le exige aquel hombre a Xabi mientras no dejan de forcejear, y Brais se apresura a ir hacia ellos. Está claro que esta vez no va a dejar que se le escape. Cuando llega se torna pálido aparte de mostrar una gran expresión de estupor.

—Eres... un puto fantasma...

—Deja que te explique... —menciona el hombre mientras Brais no deja de negar con la cabeza, incrédulo, mientras tiene los ojos clavados en él.

—¿Qué pasa? —pregunto a la vez que nos aproximamos a ellos, cercándolos a los tres junto al coche en el que pretendía huir.

Entonces Brais menciona dirigiéndose a él, aún en estado de *shock*:

—¿Padre...?

—¿No... no había muerto? —formulo confusa.

—Eso pensábamos todos —Brais infunde furia en su mirada.

—Pues dale las gracias a tu madre. Ella es la culpable de haberme echado de vuestras vidas y haceros creer que había muerto —menciona el hombre con rabia también.

—Piedad no deja de sorprenderme. ¡Qué noche, madre mía!, pero ¡qué noche...! —le murmuro a Mari y Mila.

—Hana... —me reprende de nuevo Xabi.

—Vale, lo siento, ya cierro el pico.

—Pero... ¿y tu funeral? ¡Todo! ¿Por qué mi madre haría algo así? ¿Y cómo has podido prestarte a esta farsa? Todos estos años...

—¡Ella no me dejó! No me quedó más remedio que mantener las distancias todo este tiempo, pero nunca dejé de preocuparme por vosotros y mandar dinero cada mes. No era su pensión de viudedad lo que recibía puntualmente, ¿sabes? ¿Funeral? Un trozo de piedra colocado en una escollera no es un funeral, fue más bien un acto simbólico, ¿no crees? Ella me echó de vuestras vidas.

—Serás cabrón... No te creo..., ¿por qué iba a hacer algo así mi madre?

—Porque se le metió en la cabeza que le fui infiel. Me hizo pagar por algo que no hice toda la vida, me convirtió en un amargado y un infeliz, hasta que no pude más. Jamás le fui infiel, ella y sus inseguridades..., hizo de mi vida un infierno.

—¿Y por eso desapareciste?

—Me juró que si la dejaba jamás os volvería a ver. Me embarqué y nuestro barco tuvo un accidente, murieron dos compañeros, pero no yo. Cuando regresé me encontré con una esquela con mi nombre en una piedra, cuando se lo reproché y le pedí explicaciones me dijo que haría que me odias tú y tu hermana, que era capaz de desaparecer yéndose a trabajar a Alemania, a donde fuese, donde no pudiera saber más de vosotros. Para ella estaba muerto y así debía seguir siendo por haberla dejado.

—Tendré que escuchar su versión.

—Estás en tu derecho, pero, por favor, no dejes que te manipule ni vuelva a engañarte, ahora..., ahora que lo sabes.

—Yo te mato, total..., ya has estado muerto. ¡Estabas muerto, joder!

Temo que Brais haga una locura y comienzo a pedir a gritos:

—¡Que alguien lo agarre, por Dios! —y le pido al hombre posteriormente—. ¡Váyase!, hoy no van a arreglar nada en caliente, ¿o no lo ve? Lo mejor para todos es que se vaya.

El padre de Brais finalmente se sube al coche, lo mira antes de arrancar y pronuncia:

—Yo jamás quise separarme de vosotros, no sabes lo que he sufrido manteniéndome alejado. —Y se marcha, Xabi mantiene agarrado a Brais mientras no deja de gritar:

—¡No quiero volver a verte! ¡Estabas muerto y lo sigues estando! ¿Te queda claro? ¡Soltadme de una puta vez vosotros también!

Xabi lo suelta y Brais comienza a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Cálmate, Brais —le pido.

—¿Que me calme? ¿Tú acabas de ver lo que acaba de pasar y me pides que me calme? Voy a casa de mi madre, ¡tiene mucho que explicarme también!

—Estará durmiendo a esta hora...

—Hana, acabo de descubrir que mi padre está vivo, ¿y crees que lo que más me importa ahora es despertar a mi madre de su plácido sueño? No sé cómo su conciencia la deja dormir siquiera, ¡me va a oír!

Está fuera de sí, tanto que me da hasta miedo.

—Perdona, solo intento ayudar... Lo siento —me disculpo bajando la cabeza con temor.

—Brais... —intercede Xabi—, respira. Es mejor que te encares con tu madre mañana y con la cabeza fría, no ahora, en caliente. No es buena idea, ¡que la lías!

—¡Dejadme en paz todos! —exclama sin poder contenerse y se aleja de nosotros, yéndose hasta la orilla del muelle. Allí se planta mirando al mar agarrándose a la barandilla con tal fuerza que da la sensación de que deseara hacerla añicos.

—Suhana..., intenta tranquilizarlo del modo que sea —me pide Xabi—, pero no dejes que vaya a casa de su madre hoy, por favor. A ti te hará caso, no quiero verlo a él y a su madre en la página de sucesos del periódico de mañana, y

no estoy bromeando.

—Haré lo que pueda —le apunto y sigo a Brais, aunque mantengo una distancia prudencial, él me advierte a su espalda.

—Es injusto aparte de surrealista, como una broma macabra —menciona.

—Comparto tu opinión, así como tu desconcierto e impotencia.

—Permíteme que lo dude, Hana. Sí, soy cruel, pero no estás en mi lugar para saber lo que siento en estos puñeteros momentos.

—Puede, pero de lo que sí estoy segura es de que Xabi tiene razón, deberías esperar para pedirle explicaciones a tu madre a cuando estés más calmado y encajes lo que acaba de ocurrir.

Brais sigue dándome la espalda y no lo soporto.

—¿Encajar? ¿Cómo demonios se puede encajar esto? ¿Te crees que puedes dar consejos psicológicos precisamente tú? Que ni sabes quién eres y estás más perdida que todos nosotros juntos.

—Eso sí ha sido cruel, Brais.

Al fin se da la vuelta, aunque solo unos segundos.

—Lo siento, lo mejor será que me dejes solo. No soy buena compañía ahora mismo, Suhana, no quiero hacerte más daño y eso haré si continúas intentando convencerme de que no me enfrente a mi madre. Por favor, Hana, vete. De verdad me importas, por eso te lo estoy pidiendo, no quiero hacerte daño. —Sus ojos reflejan verdadera cólera.

Entonces se me enciende la bombilla, existe una posibilidad, hay un aspecto entre ambos donde nos entendemos a la perfección. Y recuerdo las palabras de Xabi, «haz lo que sea para evitar que se encare con su madre». Miro a mi alrededor y advierto que al menos en las proximidades del rompeolas no hay ni un alma. Hasta nuestro grupo, después de vernos hablando, se ha ido, aunque no se han alejado; están en un bar cercano, puedo verlos desde donde estamos en el exterior del local intentando entrar entre la gente, y cómo Xabi todavía está pendiente de nosotros desde su nueva ubicación.

—Demos un paseo hasta el rompeolas, solo unos minutos y después, si sigues pensando igual, respetaré tu decisión y me iré. Te dejaré ir a casa de tu madre y lo que quieras, te lo prometo.

—¿De qué demonios serviría un paseo?

—Para que te tranquilices un poco al menos. Luego puedes hacer lo que

quieras, pero antes concédeme eso, solo te pido unos minutos... conmigo.

—Está bien, como quieras. Si deseas que termine de arruinarte la noche..., tú misma.

No digo nada, su rostro denota ira todavía y una gran impotencia, pero finalmente comienza a caminar a mi lado.

—Me gustaría que contaras conmigo, Brais. Ser dos contra el mundo como una verdadera pareja, afrontar todo lo que venga, como esto. Hazme sentir verdaderamente importante en tu vida, Brais, ¿sabes lo que significaría para mí que me hicieras caso? ¿El valor que tendría para mí?

—No te entiendo.

—Que tengas en consideración mis consejos, como no ir hoy en tu estado a ver a Piedad.

—Ah, se trata de eso. Lo haré, pero hoy no me lo pidas, lo de hoy es algo excepcional, sin duda, ¿o no has oído lo que ha hecho mi madre? ¿Eres consciente de la gravedad del asunto? Pero ¿tú estabas presente o no?

—Sí, lo he oído, pero también pienso en tu seguridad y en que no deseo que empeores las cosas. Si vas a enfrentarte a ella, ¿qué más te da esperar unas horas a mañana? Cuando estés más calmado no te lo impediré, te lo prometo. Pero ahora tengo miedo de lo que pueda pasar o puedas hacer, solo me preocupo por ti, como todos los demás. Intentamos ahorrarte un problema mayor, ¿no lo entiendes?

—Ni hablar, ¡esa manipuladora sin escrúpulos no se merece dormir tranquila ni una noche más! —grita enfurecido. No logro apaciguarlo ni un ápice y empiezo a desesperarme.

Llegamos al final del rompeolas. Estoy desesperada, necesito convencerlo e impedir que vaya a cometer una locura, odio verlo tan herido y tengo que evitar como sea que vaya a casa de su madre en su estado y agravar aún más la situación, así que voy a por todas.

—Pues nada, en situaciones extremas, medidas extremas también. —Y comienzo a sacarme la ropa. La verdad es que no hago más que desnudarme para él, pero las otras veces ha funcionado, así que... no me queda otra que arriesgar y usar toda mi artillería.

—¿Qué crees que haces?

—Procurar relajarte.

—Joder, Hana. Eres la mujer más deseable del mundo para mí, lo sabes,

pero después de lo que ha pasado, ¿crees que ahora estoy de humor para ello?

Sin mediar palabra lo abrazo y unas palabras salen de mi boca sorprendiéndome tanto como a él.

—Te quiero, Brais, y no quiero que te lleven preso esta noche por una locura que puedas cometer en tu estado y te puedas arrepentir luego. Quiero ahorrarte eso, no soportaría que te pasase algo.

Continúo abrazándolo mientras encajo que es la primera vez que le digo que lo quiero, en Carreirón se me escapó que estaba enamorada de él, pero, un «Te quiero» literal, es el primero. Estoy desconcertada por soltarlo sin pensar, aunque sea la pura verdad y también en parte me arrepiento por escoger el peor día para hacerlo porque, si Brais siente lo mismo, hoy no me lo va a decir ni remotamente con el lío mental que sufre en estos momentos, estoy segura. Lo cierto es que crear recuerdos memorables se me da de pena.

Al menos Brais comienza al fin a devolverme el abrazo e intento retenerlo conmigo a toda costa. Se lo pido como me sale del alma, ya no tengo nada más que perder, ya le he dicho que lo quiero.

—Siénteme y no vayas. Hazlo por mí, para que no sufra nadie más. No dejes que yo sufra pensando en cómo puede terminar la noche si vas a su casa ahora. Si te importo algo, hazlo por mí y por tu hija, por todos los demás... Y demuéstame que soy importante para ti, por favor. Por favor, Brais, quédate conmigo esta noche, concéntrate solo en mí. —Y lo beso, es reticente al principio, pero comienza a devolvérmelo y no dejo de besarlo una y otra vez—. Te quiero, Brais —le repito en un instante que separo mis labios de los suyos.

—¿Sabes todo lo que significas para mí? —me pregunta apoyando su frente en la mía, he logrado que se ablande y se relaje un poco, al menos.

—¿Y tú para mí? —le sonrío.

—Estás rematadamente loca. —Me sonrío al fin—. No desaparezcas tú también, tienes que prometérmelo, Hana.

—Te lo prometo por mi vida.

—Prométemelo, prométemelo —repito una y otra vez mientras me abraza y sigue manteniendo su frente apoyada en la mía y nuestras miradas no dejan de estar conectadas—. No desaparezcas, prométemelo.

—Preferiría morir, Brais.

—No desaparezcas, prométemelo. Prométeme también que jamás irás sola a la costa, nunca —me pide, me sobrecoge escuchar que su otro tormento ha

hecho presencia, pero no me importa. Tengo que impedir que se vaya y es mi única prioridad en este momento. No me importa nada más.

—Te lo prometo, Brais. Jamás me pasará nada, cada vez estoy más convencida de que el destino me trajo hasta aquí por una razón. Justo el único día del año que tú visitas esa playa, la misma noche... Tiene que ser una señal, adoro la isla y a ti, jamás te abandonaré ni a este lugar, te lo prometo.

Entonces escucho el zumbido de la cremallera de su pantalón bajarse y me recuesta sobre la planicie de una de las enormes rocas del rompeolas, al fin vislumbro esa mirada suya que me desarma. Está excitado en el mejor de los sentidos y no como momentos antes.

Me separa los muslos y entra en mí sin contemplaciones ni pestañear siquiera. Atraigo fuertemente su trasero con mis manos hacia mí. Suelta un gemido y comienza a embestirme mientras me besa de forma febril y desesperada. Es brusco y maravilloso al mismo tiempo. No para y todo aumenta. Sube de intensidad, tengo sus jadeos pegados a mi oído y aprovecho para abrazarlo lo más fuerte que mi postura me permite en la dura roca. No estoy precisamente cómoda, pero el placer que me arrolla está por encima de eso y, si por unos instantes consigo que Brais deje de atormentarse también, mejor. El sexo es una buena terapia, muy útil para que descargue toda esa adrenalina. Busco su boca, su cuerpo, los embistes continúan acelerándose. Brais intenta enmudecer mi abrupta respiración besándome de forma salvaje, hasta que un orgasmo me sacude y me arrolla los sentidos y Brais me lleva a ese mundo de nuevo donde solo existe la satisfacción y el placer, donde no hay secretos ni mentiras, ni padres resucitados, ni dolor, a donde quiero que él vaya también. Contraigo mis músculos para no dejarlo salir y la presión que ejerzo termina por disparar su orgasmo también.

Brais se desploma encima de mí.

—Siempre seremos uno contra todo, te lo prometo. Conoces tan bien cómo aplacar mis demonios...

Allí ha ocurrido algo importante, algo más que simple sexo. También he conseguido apaciguarlo y me siento bien.

—Solo quiero que seamos felices juntos.

—¿Con un medicucho de pueblo con una vida que ni en los peores culebrones venezolanos? —me pregunta mientras me cubre con su cazadora—. Anda, vístete antes de que aparezca alguien. —Y me besa con dulzura.

—Sin duda mi tipo de hombre —bromeo y comienzo a vestirme.

—Dios, Hana... Cualquiera mejor que yo, mira qué desastre de vida... Hasta el Osman ese te daría una más plena y jubilosa que yo, se notaba que tenía pasta y sobre todo que lo atraías.

—Ya ves, pero te elegí a ti.

—¿Y si ese tipo te lo pidiera?

—Se iba esta semana, no tienes que preocuparte más por él. Osman ya es pasado —le digo terminando de vestirme.

—Pero ¿si lo hiciera? Aunque me quieras, imagínate una vida llena de comodidades y sin complicaciones como con las que yo cargo y que no hacen más que perjudicarte.

—No vuelvas a decir eso. Tus problemas son los míos, ¿no lo entiendes? Tú también me aceptaste con mis dificultades, como mi amnesia. Y, en lo que respecta a Osman, ya lo hizo, Brais. Se iba esta semana, quería que me fuese con él y rechacé su oferta, ¿contento?

—¿Cómo? ¿Y no pensabas contármelo?

—Bueno, como no pensaba aceptar ni en sueños, no creí importante decírtelo. Además, lo estoy haciendo ahora, ¿no?

Mi hombre recién apaciguado cambia totalmente su semblante, y comienza a no gustarme.

—¿Te lo ha pedido? ¿Y por qué? ¿Qué tipo de relación has tenido con él? Porque digo yo... no se le hace una proposición como esa a alguien que apenas conoces. —Sus palabras suenan a recriminación. Estoy alucinando por cómo los acontecimientos han dado un giro de ciento ochenta grados. Estoy flipando, la verdad.

—Nada, solo fui amable, Brais, nada más.

—¿Hasta qué punto? —me pregunta y me disgusta el tono que utiliza.

—Te estás comportando como un hombre inseguro y celoso, que lo sepas —suelto, me levanto y comienzo a caminar de lo insultada que me siento. Que me diga todo esto después de hacer el amor con él, nada menos, es el colmo.

—Ah, no. No uses ese aire de indignación conmigo, un hombre no te propone irte con él, no lo hace si no has tenido algo con él antes —me dice cogiéndome del brazo, entonces me detengo. Mi grado de indignación se ha disparado con tal insinuación.

—¿Dudas de mi palabra?

—Mira, me da igual lo que pasara. Supongo que no estábamos juntos y no pasa nada, pero no me mientas. Eso lo odiaría, mucho más que lo otro.

—¿Otro? No te estoy mintiendo, ¿por qué iba a hacerlo? Aborrezco que me llamen mentirosa, sobre todo si lo hace alguien que me importa.

—Mejor dejemos el tema.

Lo están dominando los celos y no lo soporto, sobre todo si me hiere de este modo, dando por hecho que Osman y yo... no puedo pensarlo siquiera.

—No, no puedo, quiero zanjar esto. Ni siquiera podré dormir imaginando que pienses que yo tuve algo con él a tus espaldas, no puedo pasarlo por alto ni vivir con ello.

—Entiendo que... quisieras comparar.

—No puedo creerme que estés diciendo algo así. —Ahora sí me ha ofendido, hasta límites insospechados.

—Yo no me puedo creer..., pero empiezo a entender... Me contaste que te viste con Osman en la cafetería aquella mañana porque sabías que mi madre me lo contaría. Dime, ¿cuántas más veces hubo sin que te viese nadie? ¡Dime!

—No eres el hombre que creía que eras. Te llevas por suposiciones e historias que solo hay en tu cabeza, jamás lo creí de ti. Incluso me dijiste que ya lo sabías y que no te importaba, que confiabas en mí y ahora me sueltas esto... —le espeto incrédula.

—Sí, pero fue antes de saber que Osman te había propuesto irte con él, solo sabía que lo habías visto. No me cuentes que no has tenido nada con él porque no me lo creo. Al menos mi madre en algo sí acertó contigo, por cierto, es hora de hacerle una visita.

—No vayas, Brais.

—Tú haces lo que quieres por lo que se ve, ¿por qué yo no puedo? Buenas noches, Suhana.

—Brais, por favor... —le pido, pero él me ignora e insisto. Hasta grito su nombre varias veces y ni se gira hacia mí, se va más encendido si cabe.

Llamo a Xabi para alertarlo de que no he podido retenerlo finalmente.

—Xabi, pensé que lo tenía resuelto, pero al final discutimos. Por favor, intenta impedirselo tú y llámame en cuanto puedas. Tenme al tanto, por favor. Va hacia el aparcamiento, aún estás a tiempo de interceptarlo antes de que coja su coche.

—¡Joder! Vale, haré lo que pueda. Claro, te llamo con lo que sea. Mila y los demás están en la primera cafetería contando desde el muelle, acércate para que alguien te lleve a casa, no andes sola por ahí y tranquilízate, por favor. Todo se arreglará.

—Lo intentaré, gracias.

—Llámame si no encuentras a Mila o a tus amigas, mándame un mensaje con lo que sea.

—Lo haré, gracias de nuevo, Xabi.

Hago lo que me dice, me cuesta encontrar a Mila entre la muchedumbre, pero al fin lo consigo. Me cuenta que Mari y Cris se han ido a otro local y que con tanta gente nos iba a costar encontrarlas. Rosalía se había ido con su tía Paz, la hermana de Brais, así que decidimos tomarnos una copa antes de regresar a casa. Salimos al exterior del local huyendo del bullicio y del calor del interior y nos la tomamos sentadas en la acera, no hay ninguna mesa libre fuera. Allí la pongo al tanto de todo lo que ha pasado, tanto de mi discusión con Brais y la razón, como de la increíble aparición de su padre.

—¿Y a Rosalía? ¿También le han contado que su abuelo muerto no lo está y ha aparecido? —le pregunto.

—No, que va, por eso le pedí que se fuese con su tía, para que no se enterara de nada por el momento. Imagínate, pobre chica, aunque Paz algo se huele.

—Ya nos encargaremos de eso más tarde, ahora el que me preocupa es Brais y que no quiera verme más después de saber lo de Osman.

—Solo ha sufrido un ataque de celos —intenta reconfortarme Mila—. Brutal, eso sí, pero únicamente se ha dejado llevar por ellos y con lo de su padre... Supongo que se le juntó todo y ya estaba predispuesto a estallar con cualquier cosa. Ponte en su lugar, es que vaya noche ha tenido. Verás como mañana con la cabeza fría se arrepiente y te pide perdón. Intenta no pensar en ello ahora y relajarte, ¿vale?

—Lo intentaré, pero no sé si podré olvidar cómo me ha hecho sentir. Me ha herido de una forma... No te preocupes, Mila, mejor dejemos el tema —suspiro.

—Oye..., ¿sabes que me ha parecido ver a Osman hace un rato?

—No, que va, será alguien que se le parece. Osman debe estar camino de Turquía, si no está allí ya.

—Puede que fuese alguien que se le pareciese entonces.

—Mierda, se me había olvidado que Xabi me pidió que lo avisara si te

encontraba —le informo sacando el móvil para ello, pero cuando lo hago veo que tengo un mensaje en el buzón de voz de Brais. Extrañada descuelgo y escucho una especie de conversación entre lo que parece ser él y Xabi.

«—No lo coge, estará dormida ya o en algún local con mucho ruido con las chicas todavía y por eso no escucha el móvil —escucho a Brais.

—O no lo quiere coger, la has cagado bien esta noche, amigo.»

«Vaya», pienso, hasta me parece gracioso, me ha llamado y ni cuenta se ha dado de que ha saltado el buzón y no ha colgado, igual piensa que lo ha hecho y no. Toda su conversación está grabada en mi móvil, cómo tiene que tener los nervios hoy para no darse cuenta de ello, de inmediato lo pongo en conocimiento de Mila.

—Brais me ha llamado y no ha colgado cuando ha saltado mi buzón, no se habrá dado cuenta y habla con Xabi, ¿te imaginas que hablen de algo comprometido esos dos?

—Pon el altavoz, esto no me lo pierdo.

—Vale, espera... Vamos a un sitio donde no haya tanto ruido o no nos enteraremos de nada.

Mila asiente y, copas en mano, echamos a andar unos metros. Nos disponemos en la puerta de la lonja, por allí apenas hay nadie más que algún transeúnte yendo hacia el aparcamiento que está al lado marchándose de la fiesta y solo muy de vez en cuando. Así que nos sentamos en el suelo y activo el altavoz para escucharlos a ambos.

«—Sí, la cagué a lo grande. Por putos celos, ¡soy idiota!, hasta la ofendí. Me encendí... Esta vez no me perdonará.

—Tío, si ese tipo le propuso que se fuera con él, y te eligió a ti, deberías estar feliz, colega, en vez de montarle una escenita de celos.

—Mírame, Xabi... Es justo todo lo contrario a mí, lo que yo desearía ser para ella, poder ofrecerle todo lo que ese tipo tiene. El muy desgraciado se la ha querido llevar, y yo... fue pensar en vivir sin ella y... me comporté como un total cavernícola machista. Y tú, amigo, sabes que yo no soy así. A saber lo que piensa ahora mismo de mí.

—Imbécil, pero ella te quiere a ti. Todos estamos convencidos».

—¿Ves? No ha pasado ni una hora y, no es que esté arrepentido, está desesperado —me suelta Mila y se echa a reír.

—Lo que veo es que Brais siempre me ha parecido más maduro que Xabi y

ahora está siendo más sensato que él, es increíble —le digo a Mila y continuamos escuchando al dúo.

«—¿Tú crees que me perdonará? ¡Qué pregunta!, tiene que odiarme como nunca en estos momentos, ¿qué voy a hacer, Xabi?

—Pues no sé... ya puedes pensar en algo que la impresione de verdad para que se le pase pronto».

—Va a hacer algo impresionante para ti, uys...

—¡Cállate, Mila, que no los escucho! —le pido.

«—Encima me dijo que me quería..., ¿sabes? Se supone que tenía que decirle lo mismo, porque yo la quiero y debí hacerlo, ¡joder!

—¿La quieres? ¿En serio? Y ahora te das cuenta... —suelta Xabi con sarcasmo.

—No, hace tiempo que lo sé, pero... estaba confundido, Dios... A ti no te voy a mentir, Xabi, me acojoné, ¿vale? Me asusté y no fui capaz de decírselo.

—Yo no te perdonaría, lo tienes crudo, amigo.

—Ayúdame, Xabi, ¡piensa en algo!

—¡Yo qué sé! ¡Sabes que de relaciones yo no entiendo una mierda!

—Vaya ayuda eres... —Percibo desesperación en la voz de Brais».

—Verás cuando sepan que se ha quedado grabado todo en mi buzón de voz, les va a dar algo. —Ambas reímos hasta la saciedad, yo con una mezcla de felicidad y por lo absurdo de la situación; enterarme de que realmente me quiere por un descuido al no haber colgado bien su teléfono—. ¿Crees que debería llamar a Brais? —le formulo a Mila.

—Que sufra hasta mañana, se lo ha merecido.

—Qué malas somos. —Nos quedamos en silencio unos instantes y mi humor negro le pasa factura a mi mente, lo tengo que soltar—. Su padre ha resurgido de entre los muertos, ¿imaginas que lo haga su mujer también? Que aparezca su mujer estando viva, con todos mis respetos...

—No seas pájaro de mal agüero, tía.

—Es que es muy fuerte lo que ha pasado esta noche y, sinceramente, ya no me sorprendería nada...

—Cambiando de tema, que esas cosas me dan mucho *yuyu*. Estoy agotada de bailar, de emociones fuertes y de todo —menciona Mila.

—Y yo —la secundo.

—¿Nos vamos a casa?

—Estaba deseando que lo dijeras.

—Dame tu vaso, iré a devolverlos al bar. Tú descansa, no te muevas de aquí, enseguida vuelvo y nos vamos.

—Mila, no sabes cómo te lo agradezco, estoy molida, gracias.

Ella me sonrío y echa a andar.

Contemplo cómo Mila se aleja con nuestros vasos mientras me sumerjo en mil pensamientos, en si debería llamar a Brais, qué decirle... Ahora, cuando daba por hecho que habíamos llegado a nuestro final y el giro que ha dado todo. Me siento tan feliz... que me permito volver a fantasear con el futuro sin miedo. Volveré a estar entre sus brazos, a arder en su fuego, a amarlo y sobre todo a ser correspondida. Todo vuelve a cobrar sentido y estoy más convencida que nunca de que mi destino es Brais, por eso terminé aquí, por eso... todo. Estoy tan sumergida en todo esto que apenas advierto que alguien se me aproxima en la dirección contraria por donde se ha ido Mila, y una voz me saca de mis cavilaciones.

—Hola, Hana, ¿recuerdas a Yunos?

Doy un brinco y me giro. A mi lado se encuentra Osman acompañado de otro hombre, más bien un gorila. Tiene pinta al menos de portero de discoteca o de matón barato. Su rostro me resulta familiar, pero estoy segura de que es la primera vez que lo veo desde mi llegada a la isla. Eso me confunde, tanto como la pregunta de Osman y, cómo no, su presencia me inquieta como nada antes. —Hola, Suhana —me saluda el hombre que lo acompaña.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto a Osman—. Te hacía en Turquía ya.

—Resolver un último asunto pendiente, ¿verdad, Yunos?

—Verdad —responde el gorila con acento turco y mirándome con verdadera prepotencia.

—¿Asunto en la isla? —pregunto atónita y más confundida.

—Sí, tú.

—¿Yo? —cuestiono sin comprender y, antes de poder pestañear, el tal Yunos me agarra y comienza a empujarme y a arrastrarme hacia el aparcamiento.

—Rápido, antes de que vuelva la entrometida de su amiguita —le apura Osman.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Que me sueltes! —le exijo al gorila.

—¿Soltarte? Ni lo sueñes y no levantes la voz para llamar la atención o esto acabará antes de lo que tengo previsto —me asesta Osman mostrándome un revólver con el que me encañona escondido bajo su chaqueta.

No doy crédito, si antes estaba asustada ahora mi temor es indescriptible. Me sumerjo en un estado de confusión e incredulidad que escapa de mi control. Y, en vez de pensar en la posibilidad de perder la vida, curiosamente en lo primero que pienso es en que no volveré a ver a Brais. Me sorprendo de que, hasta a punto de morir, sea él lo primero que me venga a la mente.

El bruto me sujeta las manos a la espalda mientras intenta ponerme una brida, al mismo tiempo que Osman dirige su revólver hacia mí. Veo a Mila saliendo del bar y comienzo a gritar su nombre desesperada.

—¡Mila! ¡Mila! —Ella se queda petrificada mirando la escena, incapaz de reaccionar en los apenas segundos que transcurren contemplando cómo Osman me mete en la parte de atrás del coche contra mi voluntad y arranca sin que ella pueda hacer nada para impedirlo—. ¿Por qué me haces esto? ¡¿Por qué?! —grito desde la parte de atrás.

—¡Cállate! —me exige Osman.

—Mejor sería que la amordazaras y metieras en el maletero. Recuerda los controles de tráfico que hay en la salida de la isla, Osman, no pueden verla en el asiento de atrás.

—Sal de la carretera principal y coge un camino secundario, buscaremos un sitio aislado para amordazarla y pasarla al maletero.

No doy crédito, no entiendo nada y tampoco sé qué hacer. Lo que sí sé es que Osman tiene un arma y, lo que no, ¿qué tiene en mí contra? Lo desconozco. Voy acostada en el asiento trasero con mis manos esposadas a la espalda por las bridas. Solo puedo ver las copas de unos pinos y que la carretera se ha vuelto más tosca, puedo sentir cómo los baches se tornan más consecutivos y numerosos.

—Aparca aquí —dice Osman, salen y me sacan del coche. Veo unas higueras y unas cuantas casas bastante alejadas. Distingo que no estamos muy lejos del puente, veo sus luces a lo lejos, pero es un sendero sin asfaltar, en medio de pequeños campos de labranza. Tampoco hay un alma por la zona y, aunque en esa zona los vecinos son escasos, los hay, pero todo el mundo está en el centro o en el muelle disfrutando de la fiesta.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto con gran impotencia.

—¿De verdad no me recuerdas?

—No sé de qué estás hablando, Osman.

—Si no fueses un riesgo para mí hasta me parecería gracioso todo esto. Si tuviese la certeza de que tu amnesia va a ser permanente hasta te dejaría vivir.

—¿Vivir? ¿Eso quiere decir que quieres... —titubeo y trago saliva— matarme?

—Estoy completamente decepcionado, Suhana. Mira que no recordar a tu propio marido...

—¿Qué locura estás diciendo?

—Cariño, me ofende que no recuerdes cómo era en la cama siquiera, ¿también eso lo has olvidado? Claro que eso fue solo al principio, los últimos años fueron una verdadera faena porque prescindimos de ello.

—Jamás podría haberme fijado en ti, llevas una pistola y estás a punto de matarme... A saber qué tipo de persona eres en realidad para cometer tales actos..., pero seguro que eres un hombre en el que yo jamás podría haber puesto mis ojos. Habría intuido algo malo en ti, no puede ser, mientes. No puedo ser tu mujer.

—Nena, si quieres, con un simple clic en mi iPhone le puedo pedir a alguien que me envíe al instante nuestra acta matrimonial, la escritura de la propiedad que tenemos en Ámsterdam, tu pasaporte lo tengo en mi barco, así como toda tu documentación, tarjetas...

— ¿Has dicho barco?

—Sí, del mismo que te escapaste cuando estaba a punto de deshacerme de ti unas millas más alejados en altamar..., pero, no, cometí el error de entrar a repostar en la Ría de Arousa y aprovechaste para escaparte.

—Eras tú... no fue una pesadilla, fue un recuerdo... algo real —pronuncio mientras vuelven los *flashes* que tuve el domingo que pasé con Brais en el islote del Areoso, no recordaba su rostro, pero su voz... Oh, Dios mío, no la había asociado antes, es la de Osman, la misma que gritaba: «¡No podrás alejarte de mí jamás!, ¡te encontraré!».

—Déjate de tanto palique y métela de una puta vez en el maletero, ¡alguien puede venir! —le pide y advierte el tal Yunos.

—Tú vigila la entrada de este sendero, me estoy divirtiendo mucho, ¡es

cierto que no recuerda nada! —exclama mientras se ríe como un loco.

—Pero, Osman... —replica nuevamente el tal Yunos.

—¡Que hagas lo que te pido!

—¡Nos vas a comprometer al final! —exclama el matón con contrariedad, pero acatando su orden finalmente.

—¿Cómo pude casarme con un tipo como tú? ¿También me encañonaste con una pistola para que lo hiciera? Seguro que sí... —Lo miro con odio.

—Bueno..., maquillé un poco mi imagen por aquel entonces exclusivamente para ti. Hace cosa de seis años era, para ti, un hombre sin ambiciones y comprometido con la sociedad, curiosamente eso es lo que te ponía e hice bien mi papel.

—¿Fingiste ser de otra forma para casarte conmigo? Pero ¿por qué?

—Nena, yo tenía a la Europol pegada a mi culo por aquel entonces. Mis negocios corrían peligro y en una gala benéfica te conocí. Nada menos que a una de las mejores analistas en actividades delictivas organizadas, una agente especial de la Europol, de escritorio, pero agente, y encima atractiva. ¡Apareciste como caída del cielo! ¡Fue como si me hubiera tocado la lotería! Fingí ser un mero diplomático, sí, me casé contigo para tener acceso a tu información clasificada y así saber cómo dar mi próximo paso para poder ir siempre por delante de la justicia. Fue maravilloso, nunca conseguían pillarnos gracias a ti, jamás mi fortuna fue tan espléndida. En realidad, más bien gracias a tu información, a la que accedía a tus espaldas, claro. Gracias a tus claves privadas y tantas cosas de las que disfruté estando casado contigo, una pena que me descubrieras al final...

—¿Yo? ¿Agente de la Europol?

—Cuando me enteré de que una analista de actividades delictivas de tu nivel ahora trabajaba de mera criada doméstica en casa de un médico... me pareció fascinante, además de patético... Fue cuando me creí realmente lo de tu amnesia.

—Recuerdo..., comienzo a recordar..., mujeres a bordo. Te dedicas a la trata de blancas, tú mismo las transportas a veces por mar y así te saltas la seguridad fronteriza. Y mi sueño... vestida de traje, con mis credenciales prendidas en la chaqueta... y mi miedo de volver a casa... cuando supe quién eras en realidad... Con razón temía volver a mi propia casa... Empiezo a recordarlo todo.

—Vaya, esto te ha servido como terapia de choque entonces. Sí, sí, todo iba

bien hasta que lo descubriste y tuve que deshacerme de ti, pero saltaste por la borda, pensé que te habrías ahogado hasta que tu rostro no dejó de salir por televisión pidiendo ayuda y con la esperanza de que tus familiares te reconocieran.

—Y todo esto significa que has venido a terminar lo que empezaste. Dios, aprovechaste mi amnesia para acercarte a mí porque no podía reconocerte, no me acordaba de ti y así podrías acabar tu trabajo. En el barco ibas a matarme, intentaste estrangularme, pero logré escapar. Cerca de la isla de Sálvora me tiré al mar y las corrientes me trajeron hasta aquí, ¿cómo pude dejarme engañar? ¿Cómo pude siquiera casarme contigo?

—Bueno..., te estudié; tus gustos, tus ideales..., me los apropié. Era un caballero y un romántico, fingí ser el hombre de tus sueños, un hombre de negocios honestos, en la cama fue el único sitio donde no tuve que fingir.

—Y cuando supiste de mi amnesia...

—Vine a terminar mi trabajo, no sabes la tortura que ha sido armarme de paciencia para ganarme tu confianza; conocernos por mero accidente, fingir que había sido por casualidad en la salida del hospital, hacerme tu amigo sin que nadie sospechara, intentar volver a conquistarte y convencerte de que vinieras conmigo voluntariamente, pero no para ir a Turquía querida. Una vez en mi poder, tenía pensado arrojar tu cuerpo en altamar, ha sido tan desagradable pasar por todo esto de nuevo... tedioso, como verte follar con el galleguito ese en su casa el día del Carmen.

—Dios, nos viste. Eso quiere decir que eras tú, el hombre con traje que vieron en la ventana. No eran meros chismes, nos espiabas, tú eras el que estaba apostado en la ventana mientras nosotros...

—Sí, ese día no me fui como te dije. El día de los fuegos os vi y pude observar cómo retozabas con él. Al final todas las mujeres termináis igual y solo servís para una cosa..., por eso yo las utilizo como moneda de cambio, cariño. Pagaría por ver la cara de tus compañeros de la Europol viéndote trabajando de criada para unos medicuchos, ¿tan insulsa te ha vuelto no tener memoria? Eres de chiste.

—Agente especial en actividades delictivas organizadas, como la tuya. Tu comercio, aparte de criminal, vulnera y viola todos derechos humanos. Y no sabes lo feliz que he sido siendo una empleada del hogar, como tú dices. Tú, en cambio, me repugnas.

—Métela en el puto coche de una vez o le pego dos tiros yo ahora mismo y

acabo con esto —asesta Yunos exacerbado ya.

—Sí, hombre, y que nos descubran con un cadáver en el coche. Venga, métela en el maletero. La mataremos al llegar al barco y cuando estemos en altamar la tiraremos por la borda, como había tenido que pasar hace unos meses.

—Mi amiga nos ha visto y ya habrá pedido ayuda, no podrás ni cruzar el puente siquiera conmigo para abandonar la isla.

—¿Por? Solo somos Yunos y yo, dos turistas que han venido a disfrutar de la fiesta del mejillón y que ya se van, ¿qué hay de delictivo o sospechoso en eso?

—Que me llevas a mí en el maletero.

—Pero solo lo sabemos nosotros tres.

—No puedo morir.

—¿Por qué?

—Porque le prometí a Brais que no desaparecería y no pienso hacerlo.

Es lo último que recuerdo, además de la cara desfigurada de Osman por la furia y la culata de su revólver golpeando mi cabeza.

Despierto en la parte trasera de una ambulancia y, al abrir mis ojos, lo primero que veo es la expectante mirada de Mila sobre mí.

—¡Has despertado!

—Sí, pero con la peor jaqueca que he experimentado en mi vida —manifiesto tocándome el cráneo donde Osman me ha asestado el golpe—. Gracias a Dios no ha sido mortal, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Osman? ¿Qué haces tú aquí?

—El golpe en la cabeza... No vuelves a sufrir amnesia, ¿verdad?

—Entonces me encargaría yo misma de pegarme un tiro, Mila. Es más, he recordado quién soy y cómo terminé aquí. Casi a la fuerza y de una forma brusca, pero lo he hecho.

—¿Y cómo te encuentras? ¿Estás bien?

—Sí, menos por la jaqueca...

Me sonrío aliviada.

—Hana, te has convertido en una gran amiga para mí, una más de la familia, y lo sabes, si llega a pasarte algo...

—Gracias, de verdad —le digo dándole un abrazo a pesar de estar aturdida todavía, pero las ideas se van ordenando en mi mente, aunque lentamente y le

pregunto— ¿Y qué ha sido de Osman? Aún no me has contestado, ¿qué ha sido de él? ¿Se ha escapado? —Miro a mi alrededor y veo que estoy donde se ubicaba horas atrás el control de alcoholemia, pero ahora está mucho más concurrido, sobre todo por muchos policías y sus correspondientes vehículos que acaban de llegar.

—Está en aquel coche patrulla —me responde señalándome uno de los vehículos—, bien esposado y custodiado junto con su amigo. Ahora se lo llevarán a comisaría. De momento con los cargos de intento de secuestro, pero ¿por qué ha intentado secuestrarte?

—Mi cabeza me va a explotar... Luego te lo explico todo, es largo de contar, pero ahora dime, ¿qué ha pasado? Recuerdo que me golpearon, me metieron en el maletero y luego despertarme aquí, nada más.

—Llamé a Brais diciéndole cómo había visto que Osman y el otro hombre te metían a la fuerza en el coche. Dios..., no sé cómo fui capaz de teclear en el teléfono para hacerlo con los nervios que me embargaron cuando vi lo que pasaba, Brais recordó que Alberto se encontraba en el control de tráfico del puente y lo llamó enseguida. Le di la descripción del coche y Brais se la pasó a Alberto que hizo lo propio. Pidió refuerzos y todo. ¡Nunca me alegré tanto de que hubiese en la isla un control de tráfico, amiga!

—¿Brais está aquí?

Salió inmediatamente hacia aquí en cuanto me colgó el teléfono, a mí me trajo Xabi, Brais está allí, hablando con Alberto, el que está de espaldas —me indica, luego comienza a vitorear—. ¡Brais! ¡Está consciente! ¡Está consciente! ¡Brais, ven! ¡Se ha despertado!

Brais se gira e inmediatamente comienza a caminar deprisa hacia nosotras.

—Pero ¿para qué lo llamas? Todo lo que tengo que contarle y ni tiempo he tenido para asimilar toda la información yo misma.

—Lo siento, el pobre estaba completamente desesperado y preocupado por ti.

—No, perdona tú, Mila. No hago más que daros disgustos.

—¡Hana! —nos irrumpe Brais— ¿Estás bien? Dios, me volví loco cuando me llamó Mila, ¡casi mato a ese tipo! Si no me agarra Alberto y su compañero, ¿de verdad estás bien? Dime por Dios que no te ha violentado ni nada —vuelve a preguntarme mientras me abraza sin cesar y al hacerlo percibo cómo su cuerpo es un avispero de nervios.

—Sí, tranquilízate. Estoy bien, no me ha tocado, no te preocupes.

—No me importa lo que hayas tenido con este tipo, solo perdóname, por favor, perdóname —repite una y otra vez mientras no deja de abrazarme.

—Vale, te perdono, pero deja de apretarme. Tengo una contusión que me está matando y tú, para colmo, no me dejas respirar.

—Perdona, perdona... He estado a punto de perderte, a punto de perderte... Si no me hubiese cegado por los celos y no me hubiese ido, ese tipo jamás te hubiera arrastrado con él. Ha sido todo por mi culpa, perdóname, por favor —se disculpa una vez más

—Deja ya de pedirme perdón, Brais. Hay cosas que debes saber, yo...

—No tienes que contarme nada, no me importa, he sido un idiota, pero en una cosa no me equivoqué, ese tipo nunca me dio buena espina, te lo dije, mira si no hasta dónde llega la obsesión de ese hombre por ti. —Suspira—. Lo bueno es que estás entera, tengo tanto que contarte... Me voy a deshacer de la habitación de Alba o, mejor, si quieres vendo la casa y compramos una en otro lugar. Podemos ir a vivir a Riveira o lo que... —Habla de carrerilla y a una velocidad de vértigo, así que lo interrumpo antes de que le dé un ataque y tenga que cederle mi lugar en la ambulancia.

—Lo sé, Brais, lo sé todo.

—¿Cómo que lo sabes?

—Cuando me llamaste no le diste al botón de colgar, igual pensaste que lo hiciste, no sé, pero tu conversación con Xabi se quedó grabada en el buzón de voz de mi teléfono.

—¿Saltó el buzón? Dios..., me siento ridículo, pero a la vez... entonces... escuchaste lo desesperado que estaba. Te juro que jamás me volveré a comportar así, pero prométeme que te quedarás conmigo.

—¿Dónde si no, Brais? ¿Dónde si no? Me encantaría, pero tienes que escucharme antes.

Pero no me hace caso, tiemblo al pensar que tengo que decirle que Osman es mi marido, a qué me dedico, que hasta mi amnesia vivía en Holanda..., pero hace caso omiso y vuelve a abrazarme.

—¿Sabes lo importante que eres para mí? Voy a esforzarme para demostrártelo y que nunca más tengas que dudarlo, te lo prometo.

—Cuidado, Brais, estás peligrosamente cerca de decirme que me quieres —bromeo, es la presión que me puede y opto por decir tonterías.

Entonces me coge ambas manos, las junta y las lleva a su boca, las besa y las retiene allí, luego me mira.

—Sé que te sonará a tópico —me dice—, pero tú me has hecho creer de nuevo, sentir cosas que no pensé que experimentaría después de Alba y eso me acojonó bastante en su momento. Sin embargo, ya no, de lo único que estoy seguro es de que si desaparecieras no te superaría, no podría, así que ni se te ocurra volver a desaparecer, me lo prometiste, ¿de acuerdo?

—Espera, Brais. No sigas, hay algo que debes saber...

—No, cuando estoy contigo me convierto en la mejor versión de mí mismo y me gusta ese Brais, el más feliz que he conocido nunca y que desea que todos los demás lo sean.

—Pero...

No me deja hablar. Me silencia besándome, me besa y me besa. E incluso me olvido de mi terrible jaqueca, de los policías que nos rodean y del mundo entero. Me vuelvo a subir a mi nube de felicidad y con temor a no disfrutar más de ella... Eso me aterra, me acobardo y finalmente guardo mis explicaciones para más tarde.

—¿Y ahora qué? —le pregunto cuando nuestros labios al fin se separan.

—Pues primero vamos al hospital a que te hagan un TAC.

—Solo es un hematoma.

—Me da igual, es mejor no correr riesgos por si tienes una lesión, ¿cómo te dio de fuerte?

—Pues como para dejarme inconsciente —bromeo, pero en realidad estoy aterrada imaginando qué ocurrirá cuando sepa todo, aunque es mejor que se entere cuanto antes y por mí que por otra persona. No dejo de darle vueltas.

—¿Ves? Tienes que ir a que te miren.

—Ya empezamos. No sé si me acostumbraré a estar con un médico tan protector. Si con la picadura de avispa te pusiste tan pesado, no quiero ni pensar con esto... —bromeo—. ¿Me puedes llevar en tu coche? No me entusiasma mucho ir en la ambulancia... —miento, deseo ir con él para poder gozar de cierta privacidad y contarle mi pasado por el camino.

—Claro. —Y comenzamos a caminar hacia su coche—. Avisaré a Alberto y demás de que vamos hacia allí, sabes que luego tendrán que tomarte declaración más a fondo.

—Lo sé, hay muchas cosas que explicar. ¿Y Rosalía? ¿No la habrás dejado sola por culpa de este incidente? ¿Por mi culpa?

—Está a buen recaudo, Xabi la llevó a su casa y ya estará durmiendo a esta hora. Mi hermana Paz también está en casa de Xabi, está al tanto de todo. Se la encontró y le relató lo de mi padre. No quiere ver a mi madre ni en pintura tampoco, por eso se quedan ambas allí, al menos esta noche. Tus amigas se han tenido que ir a casa, pero no sin pedirme que las mantuviese informadas. Ya las he llamado y tranquilizado. Y tus jefes vienen hacia aquí, a pesar de mi insistencia en que no lo hicieran, porque están despejando la carretera para dejar de obstaculizar la salida del puente cuanto antes y todos tendremos que marcharnos. No creo que quede nadie cuando lleguen, se lo he explicado, pero no han hecho caso.

—Siento mucho todo, Brais. Como si no tuvieses bastante con lo de tu padre y ahora yo... esto... y mis jefes... se preocupan tanto... han sido como unos padres para mí, pobres...

—No es culpa tuya, por cierto, ¿sabes que el tal Osman es un pez gordo muy peligroso? Un criminal buscado incluso por la Europol. Y lo han cogido gracias a que ha intentado secuestrarte, tiene gracia, ¿verdad? Que lo hayan cogido por otra cosa y no por las cosas a las que se dedica, es como el caso de Alcapone, cuando lo arrestaron tan solo por un faro roto de su coche.

«¿Gracia?» Con la emoción se me olvida comentarle un pequeño detalle y no sé cómo se lo puede tomar, pero es en vano posponer lo inevitable. Se va a enterar tarde o temprano, así que cojo aire y no me queda otra que hacérselo saber».

—Hablando de cosas graciosas... Ejem..., esto...

—¿Qué ocurre?

—Es que... acabo de descubrir que estoy un poco casada..., aunque mi relación se basa solo en un papel, en la práctica hace tiempo que no... —Me tiembla hasta la voz al soltarlo. «¿La voz tan solo? ¿A quién quiero engañar?». Todo mi cuerpo se sincroniza con mis estremecidas palabras.

—¿Qué?! No bromees con estas cosas.

—Digamos que mi matrimonio hizo aguas hace tiempo y, el mar que robó mi memoria, ha ayudado mucho a que se termine definitivamente. He recuperado la memoria y...

—Dime que estás bromeando, por favor.

—Me divorciaré pronto, no te preocupes, tengo mucho que contarte. Por cierto, ¿qué te parecería tener como novia a una exagente de una organización antiterrorista... entre otras cosas? —Frunzo los ojos incluso, me da hasta miedo ver su expresión en estos momentos, sea cual sea.

—¿Qué?!

—Brais, te lo iré contando en el coche y luego nos tomaremos unas copas, las vas a necesitar.

Va insistiendo todo el trayecto, pero cambio de opinión. Me parece más seguro relatarle mi pasado cuando no tenga un volante entre las manos. Así que con esfuerzo consigo que deje de persistir prometiéndole que le contaré todo al llegar al hospital. Mientras me pregunto si no hago más que posponer lo inevitable.

CAPÍTULO 12

MI OTRO

YO

Nos apostamos en la cafetería del hospital, aunque está a punto de cerrar, después de hacerme un TAC y placas. Es entonces cuando me decido a contarle toda mi historia a Brais con pelos y señales. Estamos sentados frente a frente en una mesa, allí no sirven alcohol y Brais se ha decantado por el café, ya lleva tres y, por su semblante, me atrevería a decir que necesita más de una copa en vez de tanta cafeína. No ha digerido todavía todo lo que le he relatado y sigue sin pronunciar ni una palabra sobre el tema. Su silencio me asusta porque no sé a qué atenerme. Siento miedo, mucho, ahora que sabe la verdad sobre mí, tanto como yo, temo que no desee seguir adelante conmigo.

—Será... será mejor que nos vayamos. En la jefatura se estarán impacientando para tomarte declaración —pronuncia con apenas un hilo de voz. Está decaído y no acaba de asimilar mi historia, para colmo es lo único que se digna a manifestar.

—Claro —digo y ambos nos levantamos.

Su mutismo nos acompaña hasta el coche y me está consumiendo porque no sé qué esperar. No puedo más y en cuanto nos subimos al vehículo me giro hacia él y lanzo la pregunta que más temo, pero lo hago sin rodeos antes de que la angustia me consuma más.

—Te estás replanteando lo nuestro, ¿verdad?

—No es eso, Hana, es solo que..., en la misma noche, resucite mi padre muerto, me entere de que de la mujer del que estoy enamorado está casada y es una agente especial de un tipo de FBI europeo o no sé bien qué todavía... Es demasiado. Todo ello está complicando que ordene mi mente en condiciones, lo entiendes, ¿verdad? Dame tiempo.

—Mucho para una sola noche, claro que lo entiendo. Déjame en jefatura y ve a descansar a casa, Brais. Lo necesitas más que yo —le sugiero abatida mientras mis esperanzas de un futuro juntos no dejan de mermar cuando contemplo su intimidado rostro las escasas veces que me mira directamente y hasta eso evita.

—Ambos lo necesitamos. A ti han intentado secuestrarte y hasta algo peor... —pronuncia con un tono descorazonador.

—Han sido unas horas muy intensas para ambos y me espera una larga noche todavía declarando y mil cosas más. Me van a retener durante horas, Brais.

—Te acompañaré a comisaría y ya vamos viendo, ¿vale?

—Vale —apenas susurro. Su semblante me ha dejado sin fuerzas hasta para hablar, me ha desgarrado más cómo lo está encajando que el intento de Osman de acabar conmigo incluso.

Pone en marcha el coche y el silencio vuelve a ser cortante.

Así que me dedico a repasar lo ocurrido, es tan injusto... hace unos instantes me besaba y abrazaba y se portaba como un verdadero hombre preocupado y enamorado y en apenas minutos quizás se haya echado todo a perder. Estoy casada con un criminal y, aunque yo sea una agente de seguridad internacional, verme envuelta con gente de esa calaña a Brais no le ha hecho ni pizca de gracia. Hasta lo comprendo, ¿quién no? Y comienzo a desear no haber recuperado jamás mi pasado y haber vivido con total desconocimiento de todo ello como ha sido hasta ahora, hasta esta noche. Desearía vivir con una amnesia permanente si fuese el precio para tener una vida junto a él. Jamás imaginé poder desear algo así, pero lo hago desde lo más profundo de mi alma. Temo que todo termine entre nosotros.

Cuando llegamos ambos nos sorprendemos de tanto agente y alboroto, pero es que no es un caso más, es «el caso». Nada más y nada menos que apresar a Osman Gökalp, buscado por organización criminal en varios países. Podemos advertir a la policía, enlaces y miembros de la Guardia Civil que tienen en nómina la Europol. Y, después de identificarme, para colmo me informan de que después de declarar me tendré que quedar porque a primera hora de la mañana llegará mi supervisor, el cual ha cogido el primer vuelo desde La Haya, donde está nuestra sede y donde yo trabajaba como funcionaría hasta el día en el que Osman supo que lo había descubierto y me había metido a rastras en aquel barco. Observo a Brais y está desbordado, me siento tan culpable... Culpabilidad y miedo por él y un inmenso odio hacia Osman me colman.

—Necesito tomar el aire —se excusa él—, espero que no te importe, Hana. Además, mientras te toman declaración yo aquí no pinto nada más que estorbar.

—Claro, no estorbas, pero ve a descansar, Brais. Si quieres te aviso cuando todo esto termine —le digo, «si aún deseas verme», quiero añadir, pero paso de tentar a la suerte.

—Vale.

Brais se marcha. No sin antes plantarme un beso en la mejilla que me sabe a despedida, quiero pensar que es mi miedo y que estoy paranoica. Necesito interpretarlo de otro modo para no desmoronarme completamente.

Presto declaración en una sala de interrogatorios que han habilitado para ello, todo con pelos y señales, al menos lo que recuerdo, porque aún continúa habiendo pequeñas lagunas en mi mente, pero lo más transcendental lo he recuperado. Cuando salgo de la sala, en un receso, me topo con Marisa, Mila y Alejandro.

—Pero ¿cuánto tiempo lleváis aquí? No teníais que haber venido y menos de madrugada.

—Estábamos preocupados por ti, ¿estás bien? Te he traído una chaqueta de abrigo y si necesitas algo más solo pídelo y te lo conseguiremos —me ofrece Marisa.

—Yo puedo traerte algo caliente para tomar, seguro que no has cenado ni nada —menciona Mila.

—Estoy bien, gracias, Mila. No tengo el estómago para comida ahora mismo, no teníais que haberos molestado. Siento haberos hecho pasar por todo esto y que me hayáis acogido en vuestra casa. Me encargaré personalmente de que mi agencia os compense de alguna forma.

—No hay nada que compensar, boba. Encima de lo que has pasado... ¿y cómo es eso de que eres una agente de la ley y estás casada con un criminal? Yo me he quedado muerta.

—¿Queréis la versión resumida o con todos los detalles?

—Yo diría que ambas nos vendrían bien.

Suspiro, no me apetece nada repetir la misma historia y por tercera vez, primero Brais, luego las autoridades..., pero considero que se los debo, así que me armo de paciencia.

—Será mejor que os sentéis, esto será largo de contar —les pido. Los tres acceden y lo hacen mirándome con atención—. La versión corta es que trabajo en la Europol, o al menos trabajaba, y me casé con un criminal sin saberlo. Ya veis qué agente más patética soy. Cuando lo descubrí su intención era matarme y me escapé de su barco, así llegué aquí.

—¿Es una broma? Menos mal que me ha pillado sentada, pero ¿qué estás diciendo? —murmura Marisa.

—A ver por dónde empiezo. Soy turca, sí, y de una buena familia. Tanto que

mis padres pudieron mandarme a estudiar fuera, siempre se me dieron bien los ordenadores, cursé Sistemas, entre otras cosas. Fui la mejor de mi promoción, sobre todo en seguridad, y después de ficharme la Europol me trasladé a Holanda. Aunque tienen muchas sedes por Europa, pasé a trabajar en la sede central, en el edificio World Forum Convention Center en La Haya. Residí en Ámsterdam, a una hora en coche de a donde iba cada día a trabajar. Osman sabía quién era yo, pero yo, por el contrario, no sabía quién era él. Osman Gökalp siempre ha estado entre los criminales más buscados de nuestra agencia y otras, pero nadie sabía cómo era físicamente. Se ha cuidado mucho siempre de que su aspecto físico permaneciese en el anonimato, solo teníamos un nombre. Por eso yo no tenía ni la más remota idea cuando lo conocí de con quién estaba empezando una relación.

—Pero lo descubriste, ¿cómo? Hemos escuchado cosas mientras te esperábamos aquí.

—Al comienzo de casarnos todo fue bien, pero luego comenzaron sus constantes ausencias de casa. Cuando atendía sus llamadas cambiaba de habitación si yo estaba presente, cada vez era más frío conmigo. Claro que no se había casado conmigo por amor, pero por aquel entonces yo lo desconocía. Al principio pensé que tenía una amante, que todo se reducía a eso, una esposa es lo primero que piensa cuando un marido se comporta así, pero luego... hubo detalles en la convivencia que me hicieron sospechar que había algo más. Aproveché mi posición para investigar esos números de teléfono que lo llamaban a altas horas de la noche, sus extraños viajes... sobre todo los que realizaba en uno de sus barcos. Así que, un día, con la excusa de darle una sorpresa a mi marido, fui al puerto. Y descubrí que iba a trasladar a unas pobres refugiadas sirias que había captado contra su voluntad, para repartirlas por prostíbulos de sus socios por media Europa y así obligarlas a ejercer la prostitución. Me sorprendió infraganti y me metió entre ellas, yo lo había descubierto y ya no le era útil. Pasé a ser una amenaza, un problema del que deshacerse. Ahí fue cuando descubrí que en realidad me había casado con un criminal en vez de con el hombre que me hizo creer que era.

—Ay, mi niña...

—No te angusties, Marisa. Estoy aquí, y él entre rejas. Con toda la información que tengo en mi poder y mi declaración, no creo que salga jamás.

—¿Qué pasó luego? Porque apareciste aquí, muy lejos de Holanda y de donde residías... con él, ¿no?

—Decidió retenerme durante un tiempo, por si algo se torcía poder usarme

como seguro, como rehén y moneda de cambio si lo necesitara. Sus socios proxenetas cada vez eran más exigentes en cuanto a gustos, querían chicas más exóticas y conmigo en el barco aún, hizo un viaje a Marruecos a por un cargamento de mujeres. Sí, mercancía somos las mujeres para él, es un ser repugnante. Pretendía desde un puerto de Galicia repartirlas por prostíbulos de España y Francia. Ahí es cuando pensaba matarme y arrojarme al mar, pero en un descuido suyo logré escaparme, me lancé al agua en medio de la noche, en medio de la oscuridad, sin ver nada, sin saber siquiera si llegaría a tierra firme ni lo lejos que estaba y, cuando estaba a punto de perder toda esperanza y sin fuerzas, Brais me sacó del agua. Es toda la historia de cómo llegué aquí. Escuché muchas conversaciones mientras estuve retenida en el barco, memoricé todos los datos, los nombres de los prostíbulos a los que surtía Osman, incluso algún apellido de sus socios. He estado declarando casi toda la noche sin saltarme ni un detalle de todo lo que recuerdo, van a preparar una redada sin precedentes para todos esos locales y poder así liberar a esas chicas de allí, y creo que va a ser inminente.

—No tendrás familia con ese, ¿no?

—No, gracias a Dios no tuvimos hijos. Sí tengo madre y hermanas, en Maslak, cerca de Estambul. Ya me he puesto en contacto con ellas para decirles que estoy bien y poco más, no quiero preocuparlas.

—Pero, trabajando donde lo hacías ¿nadie te echó en falta todo este tiempo? ¿Nadie sospechó? No lo entiendo.

—Osman falsificó un documento y mi firma, se le da de vicio hacer esas cosas. Supuestamente yo pedía una excedencia para disfrutar de una larga luna de miel en barco, la cual nunca pudimos tener, por lo que habíamos decidido que había llegado el momento al fin de irnos a navegar por el mundo. Me obligó a grabar un mensaje de voz incluso para mi familia, hasta ellos se imaginaban que estaba de travesía. Osman, Osman... Así mataba dos pájaros de un tiro, nadie sospecharía de mi ausencia ni de su travesía en barco, que en realidad era para traficar con seres humanos, con mujeres, más concretamente, y repartirlas así por burdeles de media Europa haciendo negocios con gente de su calaña.

—Hana, mi niña... A veces la realidad supera a la ficción, esta vez con creces, nunca mejor dicho.

—Sí, Marisa, siento que aparte de vivir una mentira, Osman me ha robado parte de mi vida mientras duró la farsa de matrimonio a la que me sometió.

—Piensa que ya sabes quién eres, que estás bien y, sobre todo, a salvo y con

todos tus recuerdos al fin. Y que nunca más podrá hacer daño a nadie más.

—Sí, incluso ya tengo mi documentación conmigo, Osman todavía la guardaba en la caja fuerte de su yate. Desde el día que me sorprendió allí, me la confiscó y pasé de ser esposa a ser su prisionera. Han ido a registrar su barco mientras me tomaban declaración y, al volver, los agentes me la han devuelto.

—Pues ahora tienes que encajar y reponerte. No dejo de pensar en cómo se sentirán esas chicas que han forzado a ejercer la prostitución, pobrecillas... Ellas sí han corrido peor suerte.

—Pronto serán liberadas, Marisa, en cuanto llegue la orden por escrito y lo estoy deseando.

—¿Y qué va a pasar ahora contigo? ¿Y Brais está al tanto de todo esto?

—Brais... se ha ido descolocado y, la verdad, no sé a qué atenerme con él.

—Pero ¿tú lo quieres todavía?

—Claro, esto no cambia nada, al menos por mi parte, por la suya... no lo tengo tan claro.

—Dale tiempo, pero no me refería a eso, sino a que ahora que sabes quién eres y todo eso, ¿te irás? Tienes una vida y un buen trabajo en Holanda...

—No lo sé, Marisa, me gustaría quedarme, pero con lo de Osman... A pesar de ser agente de la Europol, si hay juicio esto se va a alargar y si tengo que declarar en su contra... Es pronto para decirte algo concreto, ni yo misma sé qué va a pasar. Hasta Julián tendrá que venir a declarar y atestiguar que mi amnesia ha sido real y que no tengo nada que ver con los trapicheos de Osman.

—¿No pensarán que tú...?

—No, es que esto funciona así, tienen que contrastar, comprobar y demostrarlo todo o me puede perseguir de por vida todo esto y a la gente que tenga cerca.

Marisa medita unos instantes y pone una mueca como si algo en lo que estuviese pensando le hiciese gracia.

—¿Qué ocurre?

—Pensar que hemos tenido a una analista de la Europol viviendo con nosotros...

—Y nunca olvidaré lo bien que os habéis portado conmigo a pesar de no conocerme de nada y, aun así, me disteis una oportunidad.

—Una de las mejores decisiones que hemos tomado en nuestra vida —

manifiesta Alejandro.

Siento un impulso irrefrenable de estrecharlos y lo hago, nos fundimos en un gran abrazo.

Posteriormente nos tomamos unos cafés de máquina e insisto hasta convencerlos de que vuelvan a casa. Han hecho ya demasiado por mí y no me parece justo que sigan allí más tiempo por mi culpa a unas horas en las que deberían estar durmiendo.

Estoy sentada en un banco de la sala de espera y un agente no deja de machacarme con que intente desayunar algo. La verdad es que tengo el estómago cerrado, imaginar a Osman a unos metros de mí me repugna, aunque esté confinado. Y no dejo de elucubrar qué estará pasando por la cabeza de Brais en estos momentos. Todo ello me imposibilita probar bocado.

Entonces alguien dice mi nombre y al levantar la vista me encuentro con mi supervisor.

—¡Köhl! —exclamo, me levanto y me echo en sus brazos literalmente.

—Oh, Hana, todos pensábamos que estarías bebiendo champán y haciendo el amor en medio del mar en tu luna de miel y todo fue un engaño, lo siento mucho. Lo que has debido pasar.

—En medio del mar estuve, pero confinada en un camarote y, cuando Osman cerraba alguno de sus sucios tratos a bordo, me amordazaba y me recluía en el almacén, una luna de miel de ensueño —pronuncio con humor negro.

—¿Estás bien? Lo sé todo, lo de tu amnesia y esa familia que te acogió estos meses. En el avión me vine poniendo al día, hablando con los agentes que te tomaron declaración.

—Estoy bien, puedes estar tranquilo. Y me ahorras volver a repetirlo todo, no sabes cómo te lo agradezco.

—Si no hubieras perdido tu memoria hubieras podido activar tu código de emergencia.

—¿De qué código hablas?

En vez de contestarme echa mano a mi pulsera, mostrándome aquella extraña numeración.

—Tu botón del pánico, solo tenías que marcarlo en tu móvil y hubiésemos fijado un punto de extracción para venir a por ti.

—Eso era... —Al fin el misterio de la inscripción de mi pulsera queda

resuelto—. No lo recordé y, aunque lo hubiese hecho, todo pasó muy rápido. Mi móvil me lo quitó Osman nada más atarme, ahora es otra prueba, me lo han confiscado, me tendré que comprar otro en cuanto pueda.

—Eso no es problema y lo sabes, ¿y Osman?, ¿ha hablado?

—Por lo que sé, se niega a declarar. Guarda un silencio absoluto.

—De poco le va a servir, las pruebas hablan por sí solas. —Luego me mira, debo tener un aspecto horrible porque declara—. Estás agotada.

—Lo estoy. De lo que estoy segura es de que no soy buena en mi trabajo, ¿cómo me dejé engañar por alguien de la calaña de Osman? ¿Qué pensarán de mí en la agencia? ¿Te imaginas que crean que estaba compinchada con él?

—Todo se aclarará, no te preocupes.

—Hablando de preocupaciones, ¿sabes si podría salir de aquí, aunque fuese un rato? Necesito ver a una persona, asegurarme de que está bien.

—¿El gallego? ¿Tu médico?

—Vaya, veo que te has puesto al día en todo y no solo con el informe oficial. Pues sí, sin mi móvil yo...

—Trabajo para la Europol, qué te voy a contar a ti... Espera un rato, voy a presentarme oficialmente aquí y yo mismo te llevaré luego para que lo veas. Si vas conmigo no se negarán a dejarte ir...

—Gracias, Köhl, es muy importante para mí, de veras —le agradezco y lo obsequio con un abrazo.

No tarda en hacer las presentaciones pertinentes y excusarse porque yo tenga que ausentarme, nos subimos a un coche que nos prestan en la jefatura y le voy indicando el camino hasta la mismísima puerta de la casa de Brais.

Aparca y llamo, pero nadie contesta. Insisto dos veces más, pero sin resultado alguno. Me percató de que su coche no está por allí estacionado, así que regreso al que comparto con Köhl.

—¿Me puedes llevar a casa de su amigo? Puede que esté allí.

—Claro, sube.

Llego a casa de Xabi y más de lo mismo, nadie sale a atenderme. Cuando me doy la vuelta a punto de subirme al coche, Paz me sorprende saliendo en pijama.

—Hana, ¿qué haces tú aquí?

No sé muy bien cómo comportarme con ella, porque la última vez que nos vimos no quedó muy claro de qué lado estaba, así que decido simplemente ser directa. Además, no dispongo de mucho tiempo.

—Necesito hablar con tu hermano.

—Debí haberlo imaginado. No sé dónde está, de veras. Ha venido a por Rosalía y se han ido los dos, y aquí están todos durmiendo todavía, esta noche ha sido más que movidita.

—Me imagino. Lo siento, tengo que ausentarme unos días, tengo muchas cosas que resolver de mi antigua vida y me gustaría decírselo. Pero, bueno..., gracias de todos modos.

—Oye, he flipado con lo tuyo, algo le contó mi hermano a Xabi anoche, ¿de veras eres una especie de agente de la ley? Mola, ahora mi madre te tendrá más que respeto, verás cuando se entere, creo que va a flipar más que yo.

—El único que me preocupa es tu hermano, solo deseaba asegurarme de que está bien.

—¿Quieres un consejo? Déjalo que encaje las cosas, no lo presiones, es mejor. Él te buscará cuando esté preparado.

—O no deseas que lo vea.

—¿De verdad piensas eso? Mira, Hana, te dije que me mantendría al margen por no tener problemas con mi madre, nunca he dicho que no quisiera que estuvieses con mi hermano y menos después de nuestra conversación en la joyería donde trabajo. Y ahora no le tengo miedo a mi madre, sabiendo que eres importante, una policía de altura.

—Eso carece de importancia, solo me importa lo que piense de mí tu hermano, perdóname, pero es la única opinión que me preocupa ahora mismo. Gracias de todos modos.

—Conozco a mi hermano mejor que tú. Hazme caso.

—Da igual, Paz. No sé dónde más buscarlo, no te preocupes —digo dándome la vuelta y dirigiéndome al coche.

—¿Y él quién es? —me pregunta señalando a Köhl.

—Un compañero de trabajo, de La Haya.

—¿De la qué? Bueno, da igual. —Cuando ve que estoy a punto de subirme al coche, exclama—: ¡Vi el anillo!

Me giro y me quedo mirándola, no sé de qué está hablando.

—¿A qué anillo te refieres? —pregunto confundida.

—Al que me encargó para ti, te quiere y te buscará, te lo garantizo.

—¿Brais me compró un anillo?

—Sí y no fue barato precisamente. Por tu expresión me da que no llegó a dártelo todavía, pedazo de cobarde... A ver, ¿tú lo quieres?

—Lo dejaría todo por él, Paz.

—Lo sé, veo la verdad en tus ojos.

—Dile al menos que pregunté por él.

—Claro, descuida. Y, por cierto, también sé lo de mi padre, por tu profesión, ¿podrías localizarlo para mí? Hasta que no lo vea no me lo creo, tengo mucho que aclarar con él.

—No será fácil, además tu hermano lo ahuyentó anoche, pero haré lo que pueda.

—Gracias, Hana.

—De nada, vamos, Köhl. —Nos subimos al coche y a mitad de camino le solicito a Köhl—: Necesito hacerme con un teléfono cuanto antes, por si Brais intenta ponerse en contacto conmigo.

—Eso está hecho, no te preocupes.

Al mediodía Köhl me obliga a meterme algo de sustento en el estómago sin mucho éxito, posteriormente intento ponerme en contacto con Brais, lo llamo desde mi móvil nuevo, me han hecho un duplicado de mi tarjeta SIM con el mismo número, pero Brais no contesta aun sabiendo que soy yo. Le dejo un mensaje en su buzón de voz diciéndole que tengo que viajar a Ámsterdam para poner mis asuntos al día y que no va a ser nada fácil. Que lo echo de menos ya, sin haberme ido siquiera.

La que sí me llama es Bea, la pobre se ha enterado de todo por Mari Carmen y Cris, como no. Lo cierto es que con todo el jaleo no me he acordado de ella. Se excusa hasta la saciedad por no poder venir, ni cambiando turnos ni haciendo mil malabares, aunque le insisto una y otra vez en que no se preocupe. No soy quién para trancar la rutina de su vida por tener un incidente en la mía, aunque se haya convertido en mi mejor amiga. No puedo permitirle que haga tantos kilómetros y pierda su poco preciado tiempo libre en algo de lo que puedo mantenerla informada por teléfono. Sé, de buena tinta, que ella querría estar conmigo en estos momentos para darme apoyo moral.

Al día siguiente voy a despedirme de los Marsans y posteriormente a comisaría, donde he quedado con Köhl para poner rumbo a Holanda. Tengo muchas cosas que resolver allí aparte de zanjar el caso del que espero que pronto sea mi exmarido. Sigo sin noticias de Brais, ni una llamada, ni un mensaje ni nada.

Cuando estamos a punto de marcharnos, casi en la puerta, veo salir a Julián de la misma sala donde me han tomado declaración a mí anoche y vuelvo al interior de la comisaría.

—Julián, sabía que te tomarían declaración, pero no que te llamarían para molestarte tan pronto.

—No importa, estas cosas, cuanto antes se hagan, mejor, ¿cómo estás? Lo del barco, tus sueños... Mi intuición me decía que todo era real, pero no quería confirmarte esa certeza por miedo a que te derrumbaras. Nunca te negué la evidencia, solo me fui por las ramas hasta verte preparada para encajar la verdad. Sin embargo, te veo tan entera ahora... que creo que no debí hacerlo, que me equivoqué contigo.

—Estoy bien, con mucho que poner en orden, pero bien.

—Me sorprende de veras cómo has gestionado todo lo que te ha ocurrido.

—Peor era vagar por la tierra sin saber quién era, créeme. Ahora todas las incertidumbres se han despejado. Lo siento, Julián, tendríamos tanto de qué hablar... Pero tengo prisa, no puedo perder mi vuelo.

—¿Volverás?

—Lo deseo con todas mis fuerzas, esto no cambia nada o eso espero. Gracias por todo, Julián —le digo y le doy un abrazo de despedida.

—Fue un placer intentar ayudarte, si vuelves, quizás podamos hablar de todo este desenlace algún día.

—Claro o tomarnos un café mientras hablamos de otro tema pendiente — respondo socarrona.

—¿Otro? ¿De qué hablas?

—De Luz y tú.

—Con todo esto... y ni lo has olvidado. —Ríe.

—Nunca, ¿o no me conoces?

—Nos vemos pronto.

—Eso espero, que tengas un buen vuelo.

En Ámsterdam opto por hospedarme en un hotel cerca de la sede de mi trabajo. Detesto mi antigua casa donde conviví con el canalla de Osman, por lo cual lo primero que hago es ponerla a la venta. Marco un precio por debajo del valor del mercado, no me importa perder dinero si me deshago de cualquier cosa que me una al él. Repudio esa casa, al menos su interior, en el no puedo evitar evocar la convivencia con el farsante. Lo único que echaré de menos es mi jardín de tulipanes, un espacio exclusivamente mío y que Osman jamás pisó. Llevo tres días aquí y la burocracia, como es habitual, está siendo terriblemente lenta. Echo de menos a Marisa, a Mila, a Bea ni la he visto, pobre, y a más que nadie; a Brais. Sobre todo por las noches, siento un vacío en medio de mi pecho y hasta me cuesta respirar cuando pienso en él. Lo echo muchísimo de menos, y espero que esta sensación no se haga permanente. Quiero y necesito a Brais y ni siquiera sé cómo está o qué piensa de todo esto, y eso me está matando.

Osman a pesar de estar recluido bajo prisión preventiva hasta la celebración de su juicio en otro país, he podido ponerme en contacto con él, se niega a darme el divorcio, pero las pruebas que presento ante el juez de cómo me ha engañado para conseguir que me casara con él, son la estocada definitiva para conseguir ser libre legalmente, estoy deseando que llegue la sentencia de divorcio.

Echo de menos mi isla, y únicamente llevo cuatro días fuera. Echo de menos ver cómo se pone el sol sobre su puente o en el faro, sus olores a pino verde y eucalipto, al rocío y a tierra fértil de las mañanas, el sonido de las gaviotas y sobre todo el calor de los brazos de Brais, el que desearía que fuese mi hogar perpetuo.

Caigo en la tentación de llamar a Marisa para ver cómo les va y así aprovechar para comprobar si saben algo de Brais, ¿a quién quiero engañar? Más por lo segundo que por lo primero. Necesito saber algo de él o voy a volverme loca, así que marco el número.

—¿Marisa? ¿Cómo va todo por ahí?

—Hola, Hana, bien, ¿y tú?

—Pues liada arreglando mil cosas, muy ocupada, la verdad, ¿todo bien por ahí?

—Sí, Mila está cuidando de tus caballitos de mar y se ha ofrecido a hacernos la comida cuando trabajemos. Nos vamos arreglando, lo malo será cuando comience la universidad y se vaya, aunque no tengamos interna, una cocinera sí necesitaríamos con urgencia. Pero, como tú, dudo que encontremos otra, claro

que a ver dónde encontramos a una analista gubernamental que nos cocine y cuide. Has dejado el listón muy alto —bromea y ríe.

Me echo a reír igual que ella, pero luego viene a mi mente una idea.

—¿Te acuerdas de Luz? ¿La chica con la que compartí habitación en el hospital?

—Sí, claro. A veces nos cruzamos un par de palabras por el centro. Es una buena chica, lo ha pasado mal y las habladurías sobre ella, la verdad... es que no la han ayudado nada, la han perjudicado más si cabe.

—Entonces te habrás dado cuenta de que está mucho mejor y sabes que no consigue trabajo en la isla por los rumores infundados que lanzó Piedad sobre ella. Le vendría genial el puesto. Sabe cocinar y estoy segura de que le encantaría trabajar para vosotros. Yo me responsabilizo de ella. La motivaría más aún para olvidarse definitivamente de sus adicciones, no las necesitaría, estoy segura.

—Pues se lo comentaré y también le diré que tú la has recomendado.

—No hace falta, pero como quieras..., ¿y no habrás visto a Brais?

—Sí, nena. Anda como alma en pena, no lo veía así desde que murió su mujer.

—Vaya, siento que esté así. No se ha puesto en contacto conmigo, eso también lo siento.

—¿Quieres que le diga algo?

—No, mejor no.

—¿Volverás?

—¿Lo dudas?

—Pues hazlo antes de septiembre, por favor, antes de que a Brais se le terminen las vacaciones y regrese a Riveira a trabajar.

—Sé a lo que te refieres, Marisa, pero dos se ven si ambos quieren, ¿no crees? De momento seguiré dándole espacio y tiempo, aunque sea toda una tortura estar así.

—Si me entero de algo te cuento, ¿vale, cariño?

—Gracias, Marisa, os echo de menos.

—Y nosotros a ti. —Y colgamos.

¿Por qué no me llama? ¿Por qué Brais no se pone en contacto conmigo?

Aunque sea para decirme lo que más temo, que no quiere seguir con lo nuestro o igual eso mismo es lo que está demostrando con su silencio, es posible que ese sea el motivo. Ha pasado una semana, no puedo más, no dejo de atormentarme, temo que si espero mucho más se olvidará completamente de mí. Mañana llega mi madre y mis hermanas desde Maslak para verme, aunque les he reiterado que estoy bien, han insistido en venir a comprobarlo con sus propios ojos. Si no fuese por eso, compraría el primer billete de avión que me llevase de nuevo a mi preciada isla.

Finalmente me reconforta estar con ellas, les cuento que me he enamorado de un español, de un médico de la costa gallega donde he estado estos meses, les relato completamente todo. Hülya, mi hermana mayor, me aconseja y me alienta a hacer lo que tanto se me antoja desde que he llegado; que vuelva y para bien o para mal lo aclare todo con él en persona de una vez. Así que, sin terminar de zanjar todos mis asuntos, al día siguiente cojo el primer avión que me lleva de vuelta al que yo considero mi hogar, mi verdadero hogar.

CAPÍTULO 13

LA NOCHE DE **BRAIS** DÍAS

A N T E S

Estoy llegando a mi coche, me aseguro de que Hana no continúa siguiéndome echando la vista atrás por quinta vez y suspiro aliviado de que no lo haga.

Me detengo en medio del muelle para intentar tranquilizarme antes de ponerme al volante, no quiero ponerle la guinda a la noche estampándome con el coche por ahí, o peor, llevándome a algún transeúnte por delante de tantos que llenan las calles hoy disfrutando de la fiesta.

No puedo creer que haya tenido a mi padre vivito y coleando delante de mí. Tampoco que todos hayan intentado convencerme de que no vaya a pedirle explicaciones a mi madre, incluso Hana, si cojo el coche estoy seguro de que me seguirán para detenerme, tendré que intentar darles esquinazo como me sea posible antes de ir a casa de mi... Dios, ni «madre» puedo llamarla después de lo que acabo de descubrir. Soy una bomba de relojería y no quiero que nadie me dé necios consejos en este momento, no necesito a absolutamente a nadie cerca de mí, ni que me toquen siquiera, pero tampoco es mi intención herir a nadie, mucho menos ella. Su bienestar siempre ha sido mi mayor preocupación, pero ahora mismo mi prioridad es otra y de verdad que lo siento por Hana, sobre todo después de soltarme lo de Osman. Los celos me colman, así como la culpabilidad, a pesar de la cólera que me abrumba. No quiero hacerle daño, pero nadie sabe cómo puedo o no estar y sentirme. Me siento estafado y traicionado por todos, por mi propia sangre, por Hana, por esa proposición que le ha hecho Osman que ha terminado por desequilibrarme del todo.

He intentado contenerme, pero necesitaba una explicación de esa «oferta» de irse con él a Turquía y lo que realmente hay tras ello. Su indignación se ha disparado y, aun así, se ha tragado su orgullo para seguir rogándome que no cometa una locura yendo a casa de la bruja que tengo por madre, mientras, yo no he podido contener mis celos.

Lo ha intentado todo conmigo, chantaje emocional y hasta físico, recurriendo al sexo, y, sí, por un momento me olvidé de todo, del mundo, hasta de la gravedad, como si fuese ella la única que me sostuviese en pie y a flote. Fue más que sexo, hasta que confesó las verdaderas intenciones de su cita con

Osman. Me sentí amenazado, él es mejor partido que yo, e imaginarla con él me nubló y enajenó del tal modo que quise herirla tanto como yo lo estaba.

Saco las llaves de mi bolsillo y, cuando estoy a punto de alcanzar mi coche, veo a Xabi apresurándose hacia mí.

—¡Lárgate! —le pido.

—Hana me ha llamado, me ha dicho que habéis discutido. Mira, Brais, yo le pedí que te convenciera de que no fueses a ver a Piedad, esta noche al menos, así que con quien te tienes que enfadar es conmigo, no con ella.

—No hemos discutido por eso, ¿de acuerdo? ¡Ahora vete!

Xabi se interpone entre mi coche y yo, nunca he utilizado la violencia con él, pero como siga interponiéndose se va a ganar una buena patada en la entrepierna si hace falta.

—No me voy, sigue soñando. Pienso impedir que cometas una locura cueste lo que cueste, ¿por qué has discutido con Hana entonces?

—¿De verdad quieres saberlo? Muy bien, pues a ver qué te parece. El árabe ese se ha ido, pero no antes sin pedirle que se fuese con él. Se le ha escapado en medio de la discusión, si no, estoy seguro de que jamás me enteraría por ella.

—¿Y? Hana sigue aquí, así que no es difícil deducir que le habrá dicho que no, ¿y qué importancia tiene eso?

—Que ha tenido que pasar algo entre ellos o no le propondría irse con él.

—¿Se lo has preguntado a ella?

—Más bien lo di por hecho, aunque ella me lo negó y se ha hecho la indignada.

—Espera, a ver si lo entiendo, ¿me estás diciendo que le has montado una escenita de celos? O sea, un tipo rico le propone irse con él, ella se queda contigo, ¿y tú, aun así, te limitas a dudar de su palabra y a ofenderla? Solo hay que ver cómo te mira esa chica y te quiere, yo no te perdonaría jamás.

Las palabras de Xabi al fin me hacen recapacitar y razonar por primera vez en toda la noche. Me siento como un completo gilipollas.

—Tengo que llamarla —le indico, me trago mi orgullo y empuño mi móvil para marcar su número—. No lo coge, estará dormida ya o en algún local con mucho ruido con las chicas todavía y por eso no escucha el móvil —le digo desanimado a Xabi, y cuelgo.

—O no lo quiere coger, la has cagado bien esta noche, amigo —la

sinceridad de Xabi me aplasta.

—Sí, la cagué, a lo grande. Por putos celos, ¡soy idiota!, hasta la ofendí. Me encendí... esta vez no me perdonará.

Seguimos charlando, hasta le confieso que la quiero, mientras Xabi me reprocha mi forma de actuar. Y a medida que hablo voy entendiendo que me he comportado como un completo cavernícola. Me siento en la acera y comienzo a tragarme mi orgullo dándole la razón. Creo que la he llamado embustera, pero ¿qué he hecho? Demasiadas emociones en una noche, más de lo que puedo tolerar, lo de mi padre me ha desquiciado, tanto... que ha desembocado en que lo pague con ella, algo que quería evitar a toda costa. Sin embargo...

Le pido consejo y Xabi alega estar más verde que nadie en relaciones, que haga algo que la impresione realmente y, cuando voy a replicar, suena la notificación de mi móvil avisándome que se queda sin carga antes de morir de todo. Lo saco de mi bolsillo para percatarme de que así ha sido finalmente mientras Xabi me observa.

—Vamos al bar del Pescador anda, allí lo puedes cargar mientras nos tomamos algo, Alfredo, el del bar, siempre me deja su cargador cuando lo necesito, por si sucede un milagro y te llama Hana.

—Sí, vamos, un milagro es lo que más necesitaría ahora mismo.

Llegamos al bar y comprobamos que Alfredo, el chico con el que tanta confianza tiene Xabi, se encuentra despachando en la barra, pedimos unas birras y Xabi el cargador.

Cuando me dispongo a sacar el móvil de mi bolsillo, mi mano toca una pequeña caja, sin decir nada la saco primero que mi móvil y se la muestro a Xabi. Él la abre y me mira descolocado incapaz de articular palabra. Así que le expongo los hechos a pesar de quedar peor y como un total imbécil delante de mi amigo.

—Llevo ese anillo en el bolsillo desde el día que Hana vino a comer a casa conmigo y mi hija Rosalía. Me falló la hombría y no se lo di, pensé hacerlo días después, cuando fui con ella y la familia de Bea a pasar el día al islote y tampoco tuve huevos suficientes. Lo llevo desde entonces a diario en mi bolsillo por si se daba la ocasión perfecta de nuevo y conseguí echarle valor...

—No te reconozco, Brais, ni esa cobardía, tienes tus defectos como todo el mundo, pero cobarde... nunca lo has sido.

Pido otra birra, la necesito de verdad mientras observo mi móvil, la batería

está al cuarenta por ciento y subiendo, así que decido encenderlo ya mientras le pido consejo a Xabi.

—¿Intento llamarla de nuevo? ¿Qué hago?

—Bueno, de momento echa por tierra ir a ver a tu madre, montar el follón y que os escuchen y se enteren todos los vecinos de vuestras movidas y, quién sabe, hasta puedes evitar que terminéis los dos en el cuartel pasando la noche incluso. Suficientes jaleos por hoy, ¿no te parece? Y, referente a Hana, yo esperaría un poco más.

—Sí, a Hana le alegrará, cuando se entere de que le he hecho caso y que no he ido como ella me ha pedido y sé que es lo mejor, porque soy capaz de cualquier cosa en estos momentos. Quizá me haga ganar algunos puntos con ella.

—Bien, es un comienzo —opina él.

—Tengo una idea, ven conmigo a mi casa.

—¿Ahora? ¿A qué?

—A dismantelar la habitación de Alba. Daré su ropa a las monjas, hasta los muebles a quien los quiera. Le demostraré a Hana que ella es mi presente, mi todo, que la quiero. Aún con eso ha seguido a mi lado, con esa habitación cerrada a cal y canto cuando venía a mi casa. Voy a deshacerme de mis viejas heridas y lastres. Demostrarle que no vivo anclado en el pasado. Se lo voy a demostrar, haré lo que sea, no puedo perderla, Xabi.

—Pues sí, la chavala ha tenido más que paciencia contigo y encima hoy rematas... Es hora de que reacciones y sigas con tu vida, sí, Brais. Ya era hora de que hicieses algo y de que dejes de vivir atascado en el puto pasado y, si no he sido así de duro antes contigo, fue por no perder tu amistad, pero ya está bien, es hora de que alguien te lo diga.

—Mañana a primera hora iré al juzgado para terminar con el proceso judicial de Alba. Voy a firmar, a declararla fallecida y dar por zanjado su expediente, daré a Alba por muerta oficialmente.

—¿Qué? Pensé que lo habías hecho a los pocos meses de su desaparición.

—Lo sé, engañé a todo el mundo, pero no fui capaz, Xabi. Sigue declarada como ausente, tan solo como «presunta» fallecida. No sabes lo que supuso para mí, al declararla muerta oficialmente era como si la matase con mis propias manos, es lo que sentí en aquellos momentos y no pude. Pero ahora sé que es lo que debí haber hecho, por mí, por todos.

—Y ser oficialmente viudo.

—Mañana lo haré por fin y, sí, será oficial.

—Lo necesitarás para poder volver a casarte, lógicamente. Pero deja para mañana lo de vaciar la habitación de Alba, Brais, ¿sabes qué hora es? No es momento para andar haciendo ruidos sacando muebles de madrugada, pirado.

—Tienes razón, pero a primera hora vienes a ayudarme, ¿eh? Antes de irte a currar a la casa de los Marsans.

—Está bien, pero mañana la llamas, intentas quedar con ella y conseguir que te escuche, pero basta de emociones por hoy, ¿vale? Deja que todo se asiente, hoy no podrás solucionar nada.

—No voy a pegar ojo tampoco..., son demasiadas cosas.

Estoy más tranquilo, la verdad, vamos por la tercera copa en el bar El pescador cuando suena mi móvil, miro la pantalla y le comento a Xabi antes de descolgar:

—Qué raro, es Mila, ¿habrá pasado algo?

Xabi concentra su mirada en mí atento y deseando saber para qué me llama.

—¿Mila?... ¿Qué?... Habla más despacio, apenas te entiendo... Pero ¿qué estás diciendo? ¿La metió a la fuerza en su coche?... ¿Estás segura?... Joder... Tengo una idea, espero que Alberto siga con el control de alcoholemia en la salida de la isla, en el puente. Si ese cabrón quiere sacarla de la isla se las tendrá que ver con él, lo llamo inmediatamente. Tú ve dando parte a la policía, por favor. ¿Cómo era el coche? Rápido, dime... Mercedes negro, está bien... Sí, tranquila, te llamo con lo que sea.

Xabi se percata de mi angustia y advierte que algo muy jodido está pasando y, en cuanto cuelgo, me pregunta:

—¿Qué coño pasa?

—Ahora no, luego te explico.

Llamo a Alberto inmediatamente, gracias a Dios sigue en el control de tráfico y le describo el coche y lo que me acaba de contar Mila.

—Ve a por Mila —le pido a Xabi en cuanto cuelgo—, está en el puerto, yo tengo que salir inmediatamente hacia el puente.

—Pero ¿qué? ¡No me dejes así! ¡¿Qué ocurre?!—me grita cuando estoy alcanzando ya la puerta de salida del local.

—Ella te lo explicará todo, cómo me alegro de vivir en una isla. Ese cabrón solo tiene un punto de salida y no me la arrebatará.

—¿Qué coño dices?

Lo ignoro completamente y salgo corriendo como alma que lleva el diablo hacia mi coche. Me salto todos los límites de velocidad, me da igual que Hana me perdona o no, ahora mismo solo me preocupa su integridad y su bienestar, nada más importa mientras me voy preguntando porqué el tipo ese ha intentado llevársela de ese modo. Lo único que sé es que ella ha rechazado su oferta y el muy cabrón la ha metido en su coche a la fuerza como me acaba de relatar Mila. Cómo me alegro de haber encendido de nuevo mi móvil, espero que las autoridades lo encuentren antes que yo o estoy seguro de que no seré capaz de refrenar mis actos.

Salgo como un loco y llego al control policial en apenas minutos, veo un vehículo como el que me ha descrito Mila por teléfono, paro, me bajo de mi coche sin importarme que esté en medio de la carretera y corro hacia Alberto. Necesito saber de Hana y sobre todo comprobar que no le ha pasado nada. Distingo una ambulancia a unos metros mientras voy hacia Alberto y me torno pálido, noto un nudo en la garganta, apenas puedo tragar saliva, un sudor frío recorre mi cuerpo y se me hiela la sangre, la ambulancia no es una buena señal.

Me comenta que Hana tiene una contusión, pero los técnicos sanitarios presumen que no es nada grave, aunque sigue inconsciente. Veo a dos tipos esposados, uno es el cabrón que ha intentado llevársela, estoy fuera de mí, intento agredirlo, pero Alberto y dos compañeros más de él me sujetan y me lo impiden.

Llega Xabi con Mila, y les cuento lo poco que sé, que están esperando a que se presenten los refuerzos y los agentes de policía que llevan este tipo de cosas, ya que la competencia de Alberto es únicamente referida al tráfico. Osman de momento está acusado de intento de secuestro. No me dejan acercarme a Hana, los sanitarios están atendiéndola y me siento completamente impotente. Necesito verla, necesito comprobar con mis propios ojos que está bien, no que nadie me lo diga.

Mila se queda pegada a la ambulancia mientras yo voy a torturar a Alberto pidiéndole todos los detalles, lo estoy volviendo completamente loco, es literalmente como me siento yo, a punto de volverme loco intentando asumir que han querido secuestrarla, a ella, a Hana, ¡joder...! Cuanto más lo pienso, más aprieto la cajita del anillo que llevo dentro de mi bolsillo, la utilizo para concentrar allí mi impotencia y rabia para no estallar y no cometer una locura, tengo a Osman a metros de mí en un coche patrulla, si no fuese por los agentes..., no me importaría pasar el resto de mi vida entre rejas por castigar al

cabrón que ha intentado hacerle daño a ella.

Mila comienza gritar mi nombre avisándome de que Hana está consciente, mis piernas inmediatamente van en esa dirección.

En cuanto estoy lo suficientemente cerca, ni espero a que me perdone, la estrecho entre mis brazos sin pensar, cuando en realidad me merezco una patada en mi entrepierna mientras no dejo de preguntarle si está bien y luego sí le pido perdón una y otra vez.

La estoy avasallando, hasta me pide que no la apriete tanto que apenas la dejo respirar, que me perdona. Dios, me perdona e involuntariamente la vuelvo a apretar de nuevo con fuerza, no soy consciente de ello hasta que me pide que le deje espacio para coger aire.

No dejo de disculparme, de contarle mis planes, que me voy a deshacer de la habitación de Alba, que he obrado como un idiota, pero mi miedo a perderla al fin me ha hecho reaccionar. No sé bien lo que le estoy diciendo, joder, hasta vuelvo a recriminarle que me había prometido que jamás desaparecería y ha estado a punto de hacerlo, aunque no haya sido por su culpa. Dice que lo sabe, ¿que mi conversación con Xabi se ha quedado grabada en su buzón de voz? Me siento ridículo y también esperanzado, si me ha escuchado y sabe lo fuera de mí que estaba... al menos tiene que servir para que comprenda lo mucho que significa para mí o no estaría en ese estado. Debía estar tan ofuscado que ni le di a colgar, putos teléfonos táctiles... En fin, al menos ha servido de algo, espero... Hana intenta explicarme alguna cosa, pero no lo merezco, no tiene que justificarse. En este momento que me acepte y esté a mi lado es más que suficiente, aunque no deja de insistir.

Caminamos hacia mi coche, tienen que hacerle un TAC en el hospital y las comprobaciones oportunas para asegurarnos de que no tiene más lesiones de importancia. Prefiere ir en mi coche y no en la ambulancia donde ha sido atendida y hasta eso me complace más que nada porque no quiero separarme ni un minuto más de ella, nunca más.

Le prometo que jamás volveré a comportarme así y que no se arrepentirá si vuelve a confiar en mí, si me da otra oportunidad.

Ella hasta bromea, es una buena señal, me dice que estoy peligrosamente cerca de decirle que la quiero. Me lo ha puesto en bandeja, ahora o nunca Brais, me aliento yo mismo en mi interior. «Saca la puta caja de tu bolsillo de una vez», me pido a mí mismo.

Cojo sus manos y las llevo a mi boca, las beso e intento declararme,

comienzo a decirle lo importante que es para mí, que lo que siento por ella jamás creí volverlo a sentir desde la muerte de mi mujer, ¡mierda!, me estoy yendo por las ramas, me siento un pardillo, no logro despegar. Para colmo ella me calla con sus magníficos besos, los cuales disfruto y recibo con entusiasmo, regocijándome en el deleite de poder perderme en su exquisita boca.

Luego me arrea sin más que... ¿está casada? Y que ha recuperado la memoria. Me quedo más que tocado, aunque me explica que su matrimonio no va bien, que se va a divorciar, pero ¿de quién? ¿Con quién estará casada? ¿Ya sabe quién es? ¿Recuerda al fin su vida? Tiene mucho que contarme y me promete hacerlo después de que le hagan las pruebas en el hospital. Quiere hacerlo con calma y en el momento idóneo y no me queda más remedio que aceptar.

Me da igual que esté casada, como ella dice, es un mero trámite del que ocuparse y así hará. Y me siento igualmente como un completo idiota, he vuelto dejar la oportunidad perfecta pasar de largo, cuando he estado a punto de pedirselo antes de que me dijese que ya estaba casada. Me voy torturando con ello todo el trayecto hasta el hospital.

Después de que termine su reconocimiento nos vamos a la cafetería del hospital, llevo tres cafés cuando continúa relatándome su pasada vida antes de su misteriosa llegada a la playa, la que tiene en realidad. Tiene un trabajo importante, es alguien brillante, ahora me siento un necio a su lado que no merece ni pretenderla. ¿Europol? ¿En serio? Esto es de película... La idea de que mi anillo acabará en el fondo de un cajón en mi casa se comienza a reforzar. Lo que siento hacia ella y mi puro egoísmo comienzan a desear que ojalá jamás hubiese recuperado la memoria, así quizás no tuviese que elegir entre su vida en Holanda, siendo una de las más brillantes analistas de la Europol, y yo... No le puedo hacer eso. Mis sueños de una vida junto a ella comienzan a truncarse. No tengo derecho, me siento hecho añicos por dentro, esto no acabará bien.

La acompaño a comisaría. Es tan expresiva... percibe que algo no va bien, se lo noto, se ha dado cuenta y me pregunta sin rodeos si me replanteo lo nuestro ahora que sé toda la verdad.

Joder, es pronto para responder, aún lo estoy asimilando, así que me voy por las ramas, lo de mi padre, su intento de secuestro, su memoria que ha vuelto..., es demasiado para una noche. Mucho que digerir, me sugiere que me vaya a descansar, ha sido una noche larga, ella tiene que prestar declaración y mil cosas más. La verdad es que allí no pinto nada, cada vez menos, mi moral está decayendo a una velocidad de vértigo.

Me entero de que el tal Osman es uno de los criminales más buscados a nivel internacional y a lo que se dedica, Dios, solo pensar en lo que pudo hacerle...

Estoy agotado mental y emocionalmente, me excuso con ella y me voy, son tantas cosas... que apenas puedo resistir tanta información de golpe.

No logro pegar ojo en lo que queda de noche.

Por la mañana voy a recoger a Rosalía a casa de Xabi, ya que con el revuelo ha pasado allí la noche, y mi hermana Paz también, se ha enterado de lo de mi padre por él y no ha querido ver a mi madre, aunque sí le ha recriminado por qué se marchaba de casa. De camino me encuentro a Mila, apenas ha dormido, tanto ella como sus padres han ido a ver a Hana a comisaría, por si necesitaba algo, ropa limpia o cualquier otra cosa, según me cuenta. Les ha contado todo sobre quién es y que estaba exhausta por estar declarando toda la noche.

Rosalía está verdaderamente afectada por lo de su abuelo, su peculiar «resurrección» y no acaba de encajar que su abuela haya guardado una mentira y un secreto semejante durante tantos años. Sabe de su maldad, pero nadie de nosotros sospechábamos hasta qué límite. Cuando está disgustada sé lo que verdaderamente la ayuda y anima; entrenar, así que vamos a por su piragua, cojo a Larpe y me los llevo a la playa.

Al mediodía cuando nos estamos subiendo al coche para regresar a casa, me percató de que me he dejado el móvil toda la mañana en el coche. Al revisarlo advierto que tengo una llamada perdida y un mensaje de voz de Hana. En él dice que tiene que viajar a Holanda para aclarar muchas cosas, poner sus asuntos al día y que me echa de menos antes de irse siquiera. Joder, no sé ni cómo proceder. Siento que la estoy obligando a elegir entre su anterior vida y la que estaba comenzando aquí. Dios, ha sido una simple empleada doméstica siendo quién es. Es patético, yo soy patético, un simple médico con una familia colmada de trastornos varios. Ella tiene una carrera de futuro en otro país, ¿le pido que lo deje por mí? Ni yo tampoco puedo irme a Holanda a vivir con ella, cambiar a Rosalía de colegio, que deje su pasión por la piragua, sus amigos, todo... Nuestro futuro se está esfumado. Lo más lógico y razonable que puedo hacer es darle espacio, que ella misma decida sobre su vida, no yo. No voy a tratar de influenciarla de ningún modo, aunque me tenga que arrancar la piel de los dedos cuando esté tentado a llamarla o hasta coger un puto avión e ir a buscarla, resistiré como pueda y durante unos días le daré tiempo para pensar. Se ha ido a Holanda, allí sopesará qué es lo más conveniente para ella, aunque lo que más deseo es que vuelva, mi prioridad tiene que ser su felicidad, no puedo pecar de

egoísta, aunque con ello sacrifique la mía.

Después de comer me echo una siesta, apenas he dormido por la noche, pero ahora tampoco logro hacerlo. Tengo que mantenerme ocupado con algo o me volveré loco, eso es. Rosalía se va a la playa con sus amigas, así que me voy a mi barco. Paso por la ferretería a comprar unas maderas y todo lo que necesito y echo allí la tarde al menos.

Xabi me llama para ver cómo estoy, si he hablado con Hana, bla, bla, bla y más de lo mismo. Nadie entiende que deseé estar solo. No le digo dónde estoy para evitar ver a nadie, estoy completamente hundido. He estado atascado demasiado tiempo, en eso tiene razón y sigo con mis planes del juzgado y restaurar el barco no es suficiente distracción, así que comienzo también a vaciar la habitación de Alba. Es curioso, creí que sería más doloroso, pero no, me desgarran más la ausencia de Hana que cualquier otra cosa, todo lo demás es insignificante en comparación. Así voy matando los días mientras imagino la vida de Hana en Holanda; rodeada de gente importante, con un piso o casa mucho mejor que la mía, un buen nivel de vida y con su verdadera familia al fin. No va a volver, cada día estoy más convencido, a punto de derrumbarme.

Cada instante, hora y día que pasan estoy más seguro de que jamás regresará, igual sí, a despedirse de todo el mundo al menos, sobre todo de los Marsans, de Bea... ya que su viaje ha sido obligatoriamente tan repentino..., ¿los echará de menos? ¿Y a mí? Me hago tantas preguntas constantemente... No dejo de torturarme.

Es por la mañana, le estoy dando los últimos toques a mi nueva habitación, después de que hayan venido a traer los muebles nuevos, Rosalía se ha quedado con lo que ha elegido ella misma de la que fue la habitación de su madre, sus fotos, joyas y algo de ropa. He perdido la noción del tiempo, han pasado días desde la marcha de Hana y a mí me parece una eternidad, pero tengo que seguir con mi vida, tengo una hija que sacar adelante, aunque todo se reduzca desde ahora a velar por ella, vivir para eso, lo haré. No sé si volveré a ver a Hana, pero al menos tengo que agradecerle que haya puesto fin a mi dilema con esta habitación, aparte de todos esos momentos maravillosos que compartimos en mi isla. Los tendré grabados a fuego en mi memoria hasta el mismo día de mi muerte.

Tocan a la puerta y voy a abrir, es Xabi y trae churros:

—¿En serio? ¿Colesterol?

—Yo también estoy encantado de verte —ironiza—, ¿me invitas a un café?

Hace días que no te veo.

—Anda, pasa —digo finalmente y me voy directo a la cafetera.

—¿Y Rosalía? —me pregunta.

—¿Dónde si no? En la playa.

—Vaya, desarmaste esa habitación, menos mal, ya comenzaba a dar grima tu relación con ese cuarto.

—Sí, ya sabes a quién se lo debo, ¿te gusta cómo ha quedado?

—Brais..., de cualquier forma estaría mejor a como estaba antes, ya sabes a qué me refiero, por cierto, ¿me quieres explicar dónde te metes por las tardes?

—Donde deseo que nadie me encuentre.

—Ya veo..., ¿has sabido algo de Hana?

—No, y no quiero hablar de ella, tema vetado, ¿de acuerdo? No me hagas repetírtelo de nuevo.

—Sigues igual, ¿y cómo estás? ¿Al menos puedes decirme eso?

—Estoy bien, Xabi. No te preocupes, no me voy a desmoronar, seré fuerte y seguiré adelante. Tengo una hija por la que velar, por su futuro y por todo, eso me mantendrá a flote y el tiempo irá curando las heridas que tenga que curar, si es que es posible.

—¿Y a tu padre? ¿Lo has visto?

—Joder, vaya interrogatorio. Sí, ha intentado ponerse varias veces en contacto conmigo, igual que mi madre la cual, por cierto, ha recibido de su propia medicina. Toda la isla sabe lo que ha hecho, hasta vergüenza le da salir a la calle, y me alivia, así no viene a mi casa a pedirme que la perdone insistentemente.

—Paz lo ha perdonado, la verdad es que fue tu madre quien lo alejó de vosotros. Él no tiene tanto delito como ella.

—Lo sé, vino ayer a contarme. Y que ella y tú estáis saliendo también me lo dijo.

—¿Y te parece bien?

—Claro, aunque me sorprende, pero ella ha cambiado a bien y creo que ha ocurrido desde que está contigo, eres una buena influencia para ella.

—Y ella para mí, te lo aseguro.

Lo escucho y no doy crédito.

—Te estás enamorando verdaderamente de mi hermana, ¿Xabi?

—Creo que es lo que me está pasando, ¿sabes? Es la primera vez que me siento así.

—Joder, hasta te perdono haber traído churros, colega. Tú sabrás dónde te metes porque, aunque la relación que tenemos mi hermana y yo no sea la idílica, como le hagas daño...

—No se lo haré, te lo prometo. Me da pena tu madre.

—Sí, tú cambia de tema.

—Ella dice que está intentando cambiar.

—Ya, pero no la creo, Xabi. Lleva así demasiados años y la gente mayor no cambia. Y ha hecho mucho daño, tiene que tener su castigo, no va a salir impune de todo esto, ¿no crees? Que sufra un poco al menos —le digo y pongo el café en la mesa, pero vuelvo a meditar sus palabras—. Espera... tú lo que quieres es ganar puntos con la suegra, aunque mi hermana y ella no se lleven, bribón. —Y me echo a reír.

—No, pero me alegra verte reír, hace muchos días que no lo hacías y es de agradecer que al fin lo hagas.

—Gracias, Xabi.

Desayunamos y el tema se centra en las reformas de la habitación, la pesca y poco más. Luego nos despedimos.

—Paz y yo nos vamos al islote a echar el día mañana, ¿nos acompañas?

—Me lo pensaré, ¿vale? Te llamo esta noche y te digo algo.

CAPÍTULO 14

EL AMOR, EL MAYOR

TRIUNFO

Llevo un coche de alquiler, al fin puedo conducir, gracias a haber recuperado mi identidad, sobre todo mi documentación legal y mi preciado carné de conducir. Solo me falta Brais para sentirme totalmente completa. Mi primera parada es en la puerta de su casa, cómo no, junto a la iglesia. Su coche no se encuentra fuera, la casa está cerrada y, como la otra vez, nadie contesta cuando llamo. Brais no está, me ha quedado claro. No sé a dónde dirigirme, así que decido ir a tomarme un café en Os Baláns, descansar un poco del avión y del coche, mientras medito qué paso dar.

Aparco en el Campo y me siento en la terraza de la cafetería, en la misma mesa donde una vez Brais tuvo que coserme la pierna cuando su perro casi tira la mesa, cuando me cargó en brazos hasta su coche, cuántas vivencias vienen a mi cabeza..., un pequeño accidente que para cualquiera no sería un recuerdo memorable, pero para mí es el mejor del mundo, cada minuto, cada instante que pasé con él por pequeño e insignificante que fuese. Dios, hablo en pasado en mi mente, hasta yo estoy asimilando lo peor sin apenas ser consciente de ello.

Estoy tomándome mi café cuando alguien exclama mi nombre:

—¡Hana!, ¡pensé que no volverías!

Levanto la vista y lo veo:

—¡Xabi! —profiero también y nos damos un abrazo—. ¿Y por qué no iba a volver? —pregunto extrañada.

—Bueno..., de ser una bala perdida a descubrir que eres una súper agente de la Europol... Seguro que tendrías una gran vida allí. Y con lo que te pasó con el tipo ese, lo del barco y que lo intentó de nuevo, pues... todo el mundo comentaba que no volverías jamás.

—Solo soy una funcionaria tras una mesa, no hagas caso, ¿y eso es lo que se rumorea por la isla desde mi marcha? ¿Que no volvería? —pregunto y medito unos segundos—. No me extrañaría nada que detrás de todo esto estuviese Piedad una vez más.

—Es probable —dice encogiéndose de hombros y sentándose en mi mesa acompañándome sin preguntarme, pero me encanta, adoro esa confianza y familiaridad que me muestra.

—¿Brais también piensa así?

—¿Tú qué crees?

Mi estado de ánimo se derrumba, es puro escombros.

—No puedo creerlo, ¿sabes dónde puedo encontrarlo?

—Desaparece por las tardes, nadie sabe bien dónde se mete. Siento no servirte de más ayuda, ¿y has vuelto para quedarte?

—Eso depende, Xabi.

—Entiendo... No me ha hablado de ti para nada, de veras, él... simplemente rehúye todo lo que tenga que ver contigo, no sé por qué, lo único que te puedo garantizar como su amigo es que te quiere.

—Ojalá, ¿y tú cómo estás?

—Bien —dice reprimiendo una sonrisa como si algo que pasase por su mente en esos momentos lo hiciese inmensamente feliz.

—Uy..., esa sonrisa, ¿qué me he perdido?

—¿Te acuerdas de Paz?

—No te estarás refiriendo a la hermana de Brais, ¿verdad?

—Sí —responde y su sonrisa se ensancha todavía más y hay un sospechoso brillo en sus ojos.

—Ella y tú..., no. —Me río, mi mente es incapaz de visualizarlo y se lo hago saber —. No me lo imagino, aunque lo intente.

—La noche que se quedó en mi casa..., pues... no podía dormir, comenzamos a hablar, intentaba reconfortarla por lo de su padre y una cosa llevó a la otra, no sé, algo empezó ese día, pero no le pongas etiquetas, estamos viendo qué pasa.

—No te creo.

—Es buena persona, te lo garantizo, sobre todo desde que no está bajo el influjo de su madre, no sabes cómo ha cambiado desde que se alejó de ella.

—Pobre Piedad, se ha quedado completamente sola, hasta me da pena.

—A mí, ninguna, creo simplemente que el karma ha hecho su trabajo. Le ha hecho mucho daño a sus hijos mintiéndole sobre que su padre había muerto, esa mujer aparte de mala no está bien de la cabeza.

—Dejando a Piedad a un lado, me alegro por vosotros.

—No adelantes acontecimientos, ya me conoces, pero la verdad... es que me gusta esa sensación que tengo cuando estoy con ella.

—Te has pillado, es algo nuevo, ¿eh?

—Bueno, bueno..., te dejo que tengo que recoger a Paz, me voy o llegaré tarde. Espero volver a verte, Hana, y si es del brazo de Brais, mejor aún.

—Gracias, Xabi, sé que tus palabras son sinceras y te lo agradezco.

Me subo al coche y medito en dónde puedo encontrar a Brais. Evoco las palabras de Xabi; «desaparece por las tardes», reflexiono sobre que la isla tan solo abarca siete kilómetros de longitud de norte a sur y treinta y seis de costa, tarde o temprano tendré que dar con él. Dispongo de tiempo, así que decido primero visitar mi playa, pisar la orilla donde una noche Brais me salvó la vida. Posteriormente me dirijo al mirador, a la parte trasera del Cristo de piedra donde hicimos el amor por primera vez, con aquellas maravillosas vistas, lo verde y los senderos tan cuidados y preservados de asfalto.

Continúo visitando los lugares atesorados de los mejores momentos de mi vida; los sitios donde estuve con él, desde nuestra primera cita hasta la última. Me dirijo al faro, donde cenamos y me obsequió con mis preciosos caballitos de mar, hasta visito la playa caminando donde me había picado la puñetera avispa. El paseo marítimo donde nos reconciamos. Lanzo la vista al horizonte, sé que el islote donde pasamos aquel maravilloso domingo está allí, aunque no se aprecie sin unos prismáticos. Posteriormente me dirijo al puente, a la playa donde el día que me llevó al Oasis acicaló mis pies con tanto mimo y dulzura. El barco, su barco en tierra firme donde me tendió aquella emboscada..., fue tan morboso y excitante que solo recordarlo me sonrojo como nunca. Allí me dirijo como última opción. Si la vida me va a impedir repetir momentos como ese con el hombre del que estoy perdidamente enamorada, al menos, nada ni nadie podrá privarme de evocarlos todas las veces que se me antoje, y estoy deseando llegar a mi última parada.

Veo su coche en donde termina la carretera y comienza el sendero de tierra y aparco justo junto al suyo. No hay duda, tiene que estar allí. Cojo aire y salgo del coche, camino temblorosa, voy a verlo al fin y mil preguntas se agolpan en mi mente porque no sé qué me encontraré después de su solemne hermetismo de estos días. Cuando estoy lo suficientemente cerca al fin lo veo subido allí arriba, en la proa. Está trabajando en el barco. «Vaya —pienso—, así que a esto se dedica cuando desaparece por las tardes». Está clavando una especie de tablón en el puente del barco, tiene una barba de días que le queda de cine, una camisa blanca de tiras que resalta un moreno en su piel que antes no poseía. Debe de

llevar días trabajando en el barco, nunca me había parecido tan atractivo como ahora y ni siquiera se ha percatado de mi presencia. Cojo aire de nuevo, el corazón me late con fuerza e intento disimular mis nervios y todo lo que se arremolina en mi interior, como la idea de poder recibir un rechazo.

—Hola, marinero de agua dulce, ¿me invitas a subir? —logro decir con elocuencia y naturalidad, encubriendo mis miedos y mi verdadero estado.

—Hana, has... vuelto. —La mirada se le ilumina y se queda estático observándome, si él no reacciona, uno de los dos tiene que hacerlo, así que subo a bordo y me planto frente a él, aunque está a punto de darme un parraque.

—¿Por qué no iba a volver? —le pregunto sonriendo. Cuánto lo he echado de menos, ahora que lo tengo ante mí, hasta me pregunto cómo he podido sobrevivir sin él estos días.

El brillo de sus ojos se apaga de repente.

—Porque ya sabes quién eres y tu vida ni comparación tiene con la que tenías aquí —pronuncia con voz apagada, su satisfacción al verme se disipa y su mirada desciende hasta el suelo. Se pone de cuclillas casi dándome la espalda, continúa con su tablón y su martillo como si tal cosa.

—Eso es cierto, porque jamás tendré allí... lo que aquí tengo —replico pronunciando mis palabras con verdadera adoración, con plena fe y convicción en lo que digo, si no lo pilla es para matarlo.

—No digas tonterías... —me asesta mientras sigue con su martillo y sus puñeteros clavos y evita descaradamente mirarme.

¿Tonterías? Apenas un metro de distancia nos separa, no sé cómo puede reprimir las ganas de tocarme, besarme, porque a mí me inundan y desconozco durante cuánto tiempo más podré hacerlo, me temo lo peor.

—¿Por qué no me has llamado? —le pregunto.

—Recuperaste tu vida, no quería ser un estorbo, lo mejor era que decidieras por ti misma retomarla o no. Yo no tenía derecho a estar por medio para influenciarte de ningún modo en tu decisión, no tengo derecho —responde con voz quejumbrosa.

—Pero ¿qué dices, Brais? Tú eres lo más importante en ella, siempre lo serás. Dime, ¿acaso ha cambiado lo que sientes por mí?

Al fin deja el puñetero martillo, se incorpora y me mira.

—No, yo ni me planteé dejarlo, pero he investigado en tu ausencia, ¿sabes? Con algo tenía que mantenerme ocupado. Estás entre las cien mejores analistas

de Europa, eres una figura notable, prestigiosa en lo tuyo, claro que todo ha cambiado, no... lo que siento, pero sí todo lo demás. ¿Para qué ibas a desear estar casada con un humilde médico y tener una vida tan simple ahora? En un pueblucho marinero recóndito de la costa gallega.

—No me puedo creer que estés hablando así de tu paraíso, y deja que piense, porque estoy enamorada de ti, ¿por ejemplo? ¿Casada? Jamás hablamos de casarnos... —pronuncio atónita y haciendo un gran esfuerzo por cerrar mi mandíbula desencajada, entonces recuerdo las palabras de Paz cuando me comentó que Brais le había encargado un anillo para mí.

—Sí, casada, ¿con un mindundi como yo? ¿Ves como es absurdo?

—Yo lo era cuando llegué a esta isla, más que yo, nadie; sin un pasado, y la gente no dejaba de murmurar sobre mí. Los Marsans me tendieron la mano y siendo una empleada doméstica sin documentación siquiera, tú me aceptaste igualmente, Brais. Tú lo hiciste cuando yo no era nadie. Y no eres ningún mindundi, eres un médico respetable y, para mí, el hombre más maravilloso del mundo.

—Comparándome contigo... —bufa—. Y, de todas maneras, ¿qué podríamos hacer? Tú tienes tu trabajo en otro país, tu residencia, tus amigos, todo. Yo, sin embargo, trabajo aquí, tengo a mi hija, mi familia..., aunque no sea la ideal...

—Voy a dejar la Europol, Brais.

—No puedo permitir que lo hagas, Hana, jamás me lo perdonaría. Sería una losa muy pesada con la que vivir, pensar que has dejado tu carrera por mí. Eso acabaría pasando factura a nuestra relación, te arrepentirías con el tiempo y destrozaría lo nuestro.

—¿Y si te digo que no lo hago por ti? ¿Que llevo pensando en dejarlo incluso antes de llegar a la isla? Antes de perder la memoria ya me lo replanteaba.

—¿Y por qué? Lo siento, pero no puedo creerte.

—Tengo un diario donde solía escribir mis frustraciones, sentimientos, todo. Hay fechas donde expongo cómo llevo años replanteándomelo, si te lo muestro, ¿te convencerías?

—¿Y por qué razón dejarlo?

—Porque todo pasa factura, Brais, ¿sabes cuál fue mi mayor logro en la agencia? Junto a mis compañeros dismantelar la mayor red de pornografía

infantil del mundo, ¿y te haces una idea de todo lo que tuve que visualizar para ello? Fueron meses y meses de material audiovisual repulsivo y escalofriante y la investigación duró tres años. Me afectó profundamente, me tuve que turnar con compañeros para poder hacerlo. Este trabajo psicológicamente te aplasta y te hunde.

—Pero haces una gran labor.

—Pero te cambia, hasta hace que te replantees la fe en la humanidad y el caso de Osman..., la trata de blancas, se dedicaba al contrabando de seres humanos, Brais. Al principio de comenzar en la Europol mi trabajo se centraba en seguir la pista a casos referentes al blanqueo de dinero, tráfico de cocaína, al fraude organizado, terrorismo..., pero con la pederastia y el contrabando de personas... no puedo. Quiero dejarlo todo atrás, a Osman y todo lo que me recuerde a él, todo por completo. Quiero que entiendas que no lo dejo por ti, no cargues con una culpa que no será tuya.

—Entiendo que es duro, ¿pero a qué te dedicarías?

—No me sería difícil encontrar trabajo, ¿no crees?

—Bueno, con tu currículum y los contactos que debes tener... lo dudo, la verdad.

Entonces me arriesgo:

—Tenemos tiempo de pensar en eso, si aún quieres que viva aquí... contigo.

Brais levanta la vista, al fin vislumbro una sonrisa en su rostro.

—Yo... cuando te vi llegar ahora, a mi barco..., pensé que venías a despedirte definitivamente, creí que venías a eso.

—Has estado demasiado tiempo al sol, ¿verdad? Te ha dado una insolación porque ahora eres tú el que dice tonterías —bromeo.

—No sabes cómo te he echado de menos, pensé que jamás volverías.

—Haberme llamado y así no hubieras dejado que me torturase como lo he hecho.

—Tenía que darte espacio, que decidieras por ti misma, estando allí... Comparar ambas vidas..., no podía ser la causa de que lo dejaras todo y luego te arrepintieras. Pero ahora estás aquí.

Un metro de distancia nos sigue separando, Brais clava su mirada en la mía, pero sigue inmóvil, y yo estoy a punto de volverme loca, así que le pregunto:

—No te sentirás intimidado por mí ahora, ¿verdad? Soy la misma Hana que

conociste, te lo aseguro, la misma chica sin papeles y sin pasado. Tú me conoces más que yo misma, Brais.

—Lo sé, siempre supe quién eras; la mujer de la que me enamoré, y eso fue y es suficiente para mí —manifiesta y da un paso al fin, pero se vuelve a detener—, si aún quieres estar con alguien como yo.

—Con alguien como tú, no, Brais, única y exclusivamente contigo.

Tiene la mirada iluminada y da otro paso, me está torturando, le restan apenas dos y podría tocarlo, pero vuelve a detenerse. Parece que lo desea tanto como yo, pero por alguna razón continúa resistiéndose y con ello privándome a mí también de ello. Y no llego a entenderlo.

—Cómo te he echado de menos, Hana, me vengo a este barco cada tarde para mantenerme ocupado de alguna forma y no pensar en ti para no volverme loco, pero no me ha servido de nada.

—Acaba con esta agonía, Brais, ¿quieres besarme de una vez? O te juro por Dios que te tiro por la borda —lo amenazo.

Su sonrisa resplandece, se humedece los labios y me arrastra al fin hasta sus brazos y me aprisionada entre ellos. Me besa, es un beso intenso, largo y que deseo que no acabe nunca y mil emociones me arrollan. Tanto que no sé si voy a echarme a llorar o a reír.

Vuelve a besarme y apretarme de tal forma que apenas puedo respirar, pero no me importa, porque es la pura felicidad la que me oprime por completo.

—Hana, yo... Alba nunca fue declarada fallecida porque no fui capaz de firmar los papeles pertinentes en el juzgado. Si simplemente figuraba como «desaparecida» no perdería las esperanzas del todo. Pero lo he hecho, Hana. He firmado en el juzgado para que se declare su defunción.

—No tenías por qué hacerlo, Brais.

—Claro que sí, se me da de pena declararme, ¿verdad? Pero, espera, puedo mejorarlo. Tuve que ir al juzgado y poner mis cosas en orden para ser oficialmente libre —me suelta y posteriormente se arrodilla—, y viudo, sobre todo para poder... volver a casarme con la mujer de mis sueños, con la mujer del mar, con Mencía o Suhana o como demonios te llames y tengas el pasado que sea. —Entonces mete la mano en su bolsillo y saca una cajita, la abre y me muestra el anillo que hay en su interior. Es precioso, elegante, en oro blanco, en el cual la belleza del camino central de zafiros azules es realzada por las dos hileras de diamantes y flores de oro que lo rodea—. Lo tengo desde el día que

viniste a comer a mi casa y lo he llevado encima desde el domingo que fuimos a pasar al islote del Areoso, pero no tuve el valor suficiente de dártelo por mis defectos, mis fobias y tormentos, por todo ello y por el temor a recibir un no.

—¿De verdad me lo estás pidiendo?

—¿Quieres casarte con un simple médico de familia, residir aquí y tener muchos hijos galleguitos?

—Por mí como si los metes en una agrupación folklórica de *muiñeiras* y todo lo que desees, menos ponerle el nombre de tu madre, si es que tenemos una niña o más.

—Ni en sueños, no te preocupes.

—Y, pensándolo bien..., no me estarás pidiendo matrimonio para meramente vengarte de tu madre, ¿no?

—No frivolices con esto, no lo estropees, pero medítandolo... no le va a hacer ni pizca de gracia... —dice poniendo un semblante malicioso.

—Le va a dar algo cuando lo sepa.

—Sí, al menos. Entonces..., ¿es un sí?

—¿Acaso lo dudas?

—¡Ostras, si me falta lo más importante!

—¿El qué?

—Algo que nunca te he dicho.

—Me has pedido que me case contigo, no sé qué te puede faltar por decir —manifiesto derrochando pura felicidad por todos mis poros.

—Te quiero, Hana.

—Yo también, Brais.

Me besa y abraza.

—Te quiero, te quiero, te quiero, ¡joder! Me dejé llevar por una superstición tan estúpida... una que yo mismo me creé; que, cuando amo a alguien y se lo expreso, acaba desapareciendo. Pero te quiero... Te quiero y estoy completamente loco por ti, siempre lo he estado, desde la noche en que te vi. Sentí algo muy fuerte, como si algo invisible nos uniera y necesitara estar cerca de ti cada instante y, aunque luché contra ello al principio..., llegó un momento en que no pude, no pude hacerlo más. Te necesitaba, te añoraba, te deseaba y ni mi madre, ni tu extraña llegada, ni nada ha podido con lo que siento, al contrario,

cada vez era más fuerte mi dependencia por ti, aunque intentara enmascararlo, yo... te quiero, Hana. Siento no haber tenido el valor suficiente para decírtelo antes por un estúpido miedo sin razón. —Me coge la mano derecha y me coloca el anillo en el dedo anular, su sonrisa es nerviosa aparte de feliz—. Aún no me creo que nos vayamos a convertir en un matrimonio, que vayas a ser mi mujer —pronuncia con gran dificultad entre risas y sollozos y me abraza—. Hana, el día que te encontré en la playa me devolviste a la vida.

—Tú salvaste la mía y, con mi amnesia y todo, la llenaste de esperanza, de ganas de vivir, y ahora siento lo mismo, con el añadido de que deseo hacerte el hombre más feliz de la tierra.

—Te quiero, Hana, no sabes cuánto. Y te prometo que haré lo que sea para que tú también seas feliz, es mi mayor deseo, y que jamás tengas que mirar atrás.

—Si me prometes no apartarte nunca más, si alguna vez dudas de mí, pregúntame, no esperes que dé el paso como ahora, yo también podría malinterpretarlo, por favor.

—Te lo prometo.

—Ahora..., ¿vamos a casa? A mi casa, nuestra, bueno lo que sea... —me pide, es un manojo de nervios, creo que la felicidad que experimenta ha anulado sus neuronas porque no es capaz de expresarse correctamente.

—¿Y Rosalía? ¿Qué pensará de todo esto? ¿Está en casa ahora?

—Estará encantada, por cierto, está entrenando a esta hora —responde mientras me ayuda a bajar del barco.

Abandono el último escalón y lo miro burlona.

—Así que no hay nadie en tu casa, otra encerrona de las tuyas, ¿Brais? —bromeo.

—Sí, pero esta vez es para siempre —manifiesta mirándome con verdadera devoción, tanto que me deja sin palabras. Así que lo vuelvo a besar, no puedo dejar de hacerlo y, cuando al fin nos separamos, comenzamos a caminar hacia su coche sin soltarnos ni un momento.

—Y a todo esto..., ¿cómo me has encontrado? Nadie viene aquí, ¿cómo sabías que estaría aquí... en el barco?

—La verdad es que estuve visitando todos los lugares de esta isla donde he estado contigo. Esta isla guarda y guardará siempre los mejores momentos de mi vida.

—Tú eres lo mejor de la mía y siempre lo serás. Este es mi lugar predilecto,

está colmado de los mejores recuerdos de mi vida, mis mejores momentos con mi hija Rosalía, y contigo... y, ahora que lo pienso..., ¿por qué no levantar aquí una casa? Nuestra nueva casa, ¿qué te parecería?

—Me encantaría, es tranquilo, privado y rodeado de pura naturaleza.

—Pues hablaré con mi familia y comenzaré con los trámites cuanto antes. Rosalía estará encantada, estando tan cerca de su playa favorita. Todo va a ser perfecto, te lo prometo por mi vida y si no siempre puedes usar el procedimiento que utilizas con los delincuentes que logras pillar. No tendrás unas esposas, ¿verdad? —bromea perverso.

—Brais, no soy agente de campo, soy una mera funcionaria de despacho, básicamente analizo información, la interpreto y colaboro en algunos casos cuando me lo piden.

—¿Solo? No te quites importancia, supe que tenías observadores, espías, agentes sobre el terreno y más gente trabajando a tus órdenes.

—¿A mis órdenes? Te equivocas, son colaboradores, no empleados míos, Brais. Prestamos apoyo a todas las operaciones policiales de Europa, el análisis constituye la piedra angular de nuestras actividades y punto, es complicado, ya te lo explicaré en otro momento. Oye y, cambiando de tema, ¿has sabido de tu padre? Me imagino que sí o no estarías en su barco, ¿no? Sospecho que la cosa fue bien o le prenderías fuego en vez de continuar arreglándolo, ¿me equivoco?

—Todo lo que nos contó era cierto, solo ha sido otra víctima de mi madre.

—¿Eso quiere decir que has arreglado las cosas con él?

—No es tan fácil, Hana, hemos hablado, pero no puedo olvidar todos estos años creyendo una cruel mentira. Llevará su tiempo que pueda volver a confiar en él y nos acerquemos.

—Te entiendo bien, los dos hemos vivido bajo un engaño, no sabes lo que fue levantarme un día y descubrir que mi marido era en realidad un monstruo, también he vivido bajo una gran y vil patraña, ¿cómo pude ser tan estúpida?

—Siento mucho que hayas pasado por eso. No has sido ninguna estúpida, simplemente creíste en él, en lo que te hizo ver, de eso se trataba.

Llegamos al asfalto y rebusco en mi bolso las llaves de mi coche de alquiler y, en cuanto las tengo, Brais encierra con su mano la mía, provocando que mis llaves queden totalmente confinadas en mi puño. —No cojas tu coche, mañana vendremos a por él, vamos en el mío, no quiero separarme de ti ni un momento, nunca más. —Luego me acorralla contra el mismo y me dice—. Estoy deseando

escribir nuestra historia y dejar todo esto atrás, lo que tú has pasado y lo que yo también. Te prometo convertir todo lo malo en un vago recuerdo.

Sonríó y nos besamos de nuevo.

Posteriormente me coge de la mano y se apresura a meterme en el coche. Me besa el pelo antes de arrancar, me rodea con su brazo para que incline mi cabeza sobre su hombro, y nos ponemos rumbo a su casa. Disfruto de su olor y de la maravillosa sensación de estar con él. Brais acaricia mi pierna desde mi rodilla hasta mi muslo y un gozoso escalofrío se apodera de mi cuerpo. Cuánto lo deseo y amo. Mientras conduce no dejo de pensar en que voy a convertirme en su esposa, estoy feliz, más cuando me mira de vez en cuando y me sonrío de esa manera, siempre que la conducción se lo permite. Sus ojos en mí es lo más maravilloso del mundo, en ellos me refugio y me deleito. Y pensar que lo voy a hacer de por vida... tengo que reprimir la euforia de mi interior para no ponerme a saltar dentro del coche como una niña.

Llegamos a su casa, Larpe no está, así como tampoco su hija, tal como me había dicho.

—¿Quieres tomar algo? Tengo tu vino predilecto de la bodega del padre de Xabi.

—Vale.

Brais coge una botella y vierte el líquido en dos copas, pero, antes de entregarme la mía, se queda embobado mirándome.

—¿Qué?

—Que aún no puedo creer que te tenga aquí, que hayas dicho que sí y que lleves mi anillo en tu dedo.

—Pues más te vale ir asimilándolo, porque ahora tendrás que aguantarme por mucho tiempo.

—Eso espero, Hana, eso espero —me dice mientras me entrega mi copa al fin, su mirada me hechiza, adoro cómo me mira.

Se hace un silencio mientras nos observamos, ambos lo estamos asimilando todavía, cuando percibo un olor.

—¿Huele a pintura?

—He estado arreglando la habitación, ya ves que he estado bastante ocupado y, cuando la terminé, continué con el barco.

—Aparte de buscar información en Internet sobre mí y mi trabajo en la

Europol.

—Sí —chista, baja la mirada escondiendo una sonrisa, es la primera vez que lo veo sonrojarse. Y ambos reímos.

Giro la vista al pasillo y sorprendida me percató de que la hermética habitación ya no lo es tanto, es la primera vez que veo esa puerta abierta, es cierto lo que dice.

—¿Puedo? —le pregunto señalando el cuarto en cuestión.

—Claro.

Dejo mi copa y me asomo a la puerta, la habitación está recién reformada y pintada de un gris perlado. Hay muebles en tonos claros que parecen ser nuevos y son bonitos, pero la estancia carece de cualquier objeto personal o fotos. No puedo apartar mis ojos de la cama, es preciosa y práctica, el cabecero es blanco y tapizado en piel, de esos forrados de goma espuma. Ha pensado en todo, la mirada no se me va de ahí, fantaseando con todo lo que puede ocurrir en ella a partir de hoy.

—Los muebles son nuevos —me indica Brais—, todos, incluso la cama... —ronronea como un león herido mientras me acorrala contra el marco de la puerta de la habitación—, y el colchón —susurra a milímetros de mi boca. Me convierto en absoluto deseo al advertir su instinto sexual en estado puro en su mirada.

—No pretenderás estrenarla conmigo, ¿verdad? —gimo en su boca, Dios, no deja de tentarme rozando la mía, pero todavía no me besa. Me impacienta y tienta a propósito, estoy segura.

—No sé, ¿qué opinas sobre ello? —me solicita con una voz ronca y tan sensual que me estremece, sus palabras vibran en mi boca. Pero no me da opción a responder, cuando quiero replicar sus manos están alzando mi vestido, acariciando mis caderas al mismo tiempo mientras eleva la tela para desprenderme de ella, allí mismo, en el marco de la puerta de la habitación. Sigue por mi cintura, mis costillas, sin prisas. Cierro los ojos y sus manos siguen ascendiendo. Levanto los brazos para facilitarle la labor de desprenderme del todo del vestido y Brais lo arroja al suelo.

Contempla mi conjunto de encaje fucsia.

—Adoro el encaje, y absolutamente todo lo que tenga contacto con tu exquisito cuerpo, Hana.

Se quita su camiseta y se queda en vaqueros. Me incendio al ver su moreno

y perfecto torso y esa barba sexi de días, su imagen debería ir pegada a la definición de «lujuria» en el diccionario.

Mis manos van por pura inercia hasta allí y al fin me besa, es ardiente, largo, perfecto, tanto que compensa la carencia que he sufrido de él todos estos días. Cómo he echado de menos su tacto.

Se separa de mí, me coge de la mano y me lleva hasta la cama.

—Vamos a darle el estreno que se merece —me solicita mientras me guiña un ojo, de un forma... Uf, acabo de derretirme.

Me tumba en la cama, se pone encima, me contempla, luego me besa. Se desliza por mi cuello y baja el encaje de mi sujetador, besa mis pechos, los humedece y sopla suavemente. Posteriormente, me mira perverso, mis pezones se endurecen y eso provoca que los contemple con un apetito insuperable, los devora. Comienzo a gemir, su mano va hacia el interior de mis bragas, sus dedos constatan mi humedad.

—Dios, Hana... —me susurra—, estás ardiendo y empapada —dice ronco y sorprendido también.

Necesito ser suya de inmediato, sí, he estado días sin él, los cuales han sido una agonía para mí. ¿Cómo quiere que esté? Es lo único que necesito y de forma inminente.

—No quiero torturas ni juegos, Brais. No los necesito, solo a ti y, si no me crees, mi cuerpo acaba de confirmártelo.

—Yo también, Hana, yo también, antes de que me vuelva loco.

Brais se separa un momento para desprenderse de sus vaqueros, de sus *boxers* mientras no deja de comerme con la mirada sin apartar sus ojos de mí.

Vuelve a la cama y me coloca de costado pegada a él, desliza uno de sus brazos por debajo de mi torso, el otro entre mis piernas alzándome una, doblo la rodilla y la coloco sobre su cadera y me embiste así, tengo su boca pegada en mi oreja.

Comienza lento, prudente, comprobando que se ha colocado a la perfección para nuestro acople. Comienza a acrecentar el ritmo a posteriori. Aprovecha la ubicación del brazo que tiene bajo mi torso para encerrar uno de mis pechos con su mano, también le sirve de apoyo y para hacer presión en cada embestida atrayéndome hacia él. Me pone a mil, siento sus jadeos y el calor de su aliento en mi oído con cada arremetida, música celestial para mí. Su otro brazo lo tiene sobre mi cadera y así dirige mi cuerpo a su antojo y necesidad y con ello se

asegura de no salirse de mí.

—¿Te gusta? —Jadea.

—Sí.

—Dios, Hana, a pesar de estar húmeda estás tan apretada..., ¿seguro que estás bien?

—En el cielo —gimo para que no pare. Deseo que no lo haga jamás.

Estoy en una nube, en un trance demencial. Siento su pelvis chocando con fuerza contra mi trasero en cada embestida, sus jadeos en mi oído y sus manos apretándome contra él como si temiera que me fuese a volatilizar en cualquier momento, mientras experimento cómo se intensifica su urgencia, su brusquedad y su ardiente violencia por mí. Pierde el control y adoro cuando lo hace; el vigor de sus movimientos se acentúa, duro, salvaje, más rápido, igual que el ímpetu de cada penetración y me lleva a un lugar del que no quiero volver jamás.

Del ajeteo me he ido hacia arriba, pero el cabecero de piel acolchado amortigua el roce. Estoy desatada, abandonada al placer al que me tiene sometida, a estar con él, todo esto es un sueño.

—Hana... —gruñe—. Hana —repite.

Su voz hace que mi placer se multiplique, todo mi cuerpo se arquea. Intento contener mi orgasmo, pero me es imposible. Todo irremediabilmente se intensifica, estamos en medio de un maravilloso caos de satisfacción. Gimo más fuerte, Brais lo advierte y lo descontrola más si cabe, y nos fundimos en el placer que experimentan nuestros cuerpos. Se desploma boca arriba mientras yo sigo de costado, intentando recuperar el ritmo de mi respiración.

Un instante después siento su índice acariciar mi espalda y me giro.

—Ha sido un estreno rápido y algo fugaz.

—Pero desenfrenado —determino sonriendo.

—Bueno..., eso sí. —Ríe, luego su sonrisa se esfuma y concentra su mirada en mí, una mirada irresistible cargada de erotismo y ternura, arrolladora combinación—. Te quiero, Hana, y te necesito.

—Y yo a ti.

Me besa dulcemente en la mejilla y sus dedos comienzan recorrer mi brazo desde el hombro hasta mi muñeca, fijando la mirada allí.

—¿En qué piensas?

—En que desearía quedarme así para siempre, pero...

—Pero ¿qué? —pregunto.

—Rosalía estará a punto de llegar.

—¿Qué?! —Me enrolló en la sábana a una velocidad de vértigo—. Alcánzame mi vestido, por favor.

—Tranquila, ¿y qué si viene? Como si quieres quedarte en la cama a descansar, tan solo tenemos que cerrar la puerta. Ya no tenemos que limitarnos al sofá y a estar alerta por si entra.

—¿Y qué hago? ¿La saludo desde la cama cuando entre y le digas que estoy aquí?

Brais reprime la risa.

—Está bien, si te vas a sentir incómoda... —dice levantándose y yendo a por mi vestido—, toma.

—Si nos llega a pillar tu hija me muero.

—No pasará. —Ríe, luego me pregunta—. ¿Te importa si voy a buscar algo para cenar? No tardaré.

—Claro que no.

Comenzamos a vestirnos y lo acompaño hasta el salón. Brais coge las llaves de su coche y yo me acomodo en el sofá.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —le formulo.

—No, necesitas descansar de tu viaje y de todo —dice guiñándome un ojo.

—De todo, ya... —bromeo.

—Vuelvo enseguida —me dice—. Te quiero, Hana. —Me besa la frente antes de irse. En cuánto abre la puerta observa, tal como yo, cómo entra el otro inquilino de la casa, Larpeiro, su perro.

—Hola, Larpe, ¿te acuerdas de mí? Hace mucho que no nos veíamos —le digo al perro al mismo tiempo que me saluda moviendo la cola y se acerca, pero sin la brusquedad de otras veces, y hasta me sorprende—. Vaya, parece que ha aprendido modales del todo, ya no me avasalla subiéndose a mí como un loco.

—Pues sí —dice Brais complacido también desde la puerta contemplando la estampa—, así que, ¿os puedo dejar solos entonces? —me pregunta sonriendo.

—Claro, no tienes de qué preocuparte. —Brais se queda mirándome un buen rato, es devoción y también incredulidad todavía de verme allí, por eso me observa. Supongo que lo necesita para creérselo del todo mientras no dejo de

sonreírle. Posteriormente cierra la puerta, y Larpe hace una maniobra como queriendo subirse al sofá, se lo permito y el perro se acuesta en mi regazo, ni me lo creo. Más cosas increíbles que pasan en un mismo día—. ¿Tú también me aceptas? —le pregunto mientras lo acaricio. Estoy cansada del viaje, acostada y acariciando a Larpe me siento tan bien y me relajo tanto que me quedo completamente dormida.

El sonido de una cámara consigue despertarme y lo primero que veo es a Brais con el móvil en la mano.

—Perdona, pero esto tenía que capturarlo para la posteridad, Larpe y tú arremolinados en el sofá.

—Estaba tan tranquilo y dócil, y estando acostada es tan relajante acariciarlo... Supongo que me quedé frita, lo siento.

—No te disculpes por quedarte dormida, pues sí que te dejé agotada —me mira perverso.

«Será presuntuoso...», pienso mientras reprimo una sonrisa.

Escucho el sonido de agua que procede del pasillo y hasta Brais mira en esa dirección, hacia la puerta del baño.

—¿Quién se está duchando? —menciono cambiando de tema.

—Debe de haber llegado Rosalía, ¿me ayudas a poner la mesa?

—Claro —digo confusa—, pues no la oí llegar.

—No habrá querido despertarte cuando ha entrado.

—Huele a pizza —manifiesto y me percató de que en la mesa hay dos cajas.

—Espero que te gusten, he pillado una marinera y una mexicana.

Entonces Rosalía se asoma enrollada en una toalla y aún con espuma en su pelo.

—¿Alguien ha dicho pizza?! —pregunta a voces.

—Sí, date prisa o comenzaremos sin ti. Ven antes de que se enfríen —le demanda Brais.

—¡Dos minutos! —grita desde el interior del baño y Brais se echa a reír.

—Menos mal que las pedí de tamaño extrafamiliar, después de cada entrenamiento la azota el hambre —dice mientras coloca los platos en la mesa—. ¿Me alcanzas los vasos? —me pide.

—Voy —respondo y yo misma los coloco en la mesa—. ¿Y qué piensa de

que yo esté aquí? Como no he tenido oportunidad de hablar con ella..., ¿sabe lo mío?

—Claro que lo sabe, es mi hija, no le escondo nada, Hana. Incluso tuvimos una charla antes de encargarte tu anillo.

—¿Y?

—Pues que en el caso de que tu respuesta fuera sí, insistió en ser la madrina de nuestra boda, me volvió loco con ello, ¿contesta eso a tu pregunta? —me responde con una sonrisa radiante.

—No me lo creo.

—Bueno, en segundos podrás preguntárselo tú misma —dice mirando su reloj—. Tres, dos, uno...

Así como termina su curiosa cuenta atrás, Rosalía aparece por el pasillo con paso apresurado y todavía secándose con una toalla el pelo que incluso le gotea.

—Estoy hambrienta.

—¿Y cuándo no? —bromea Brais poniendo la cola en el centro de la mesa y una botella de vino.

Me quedo mirándola y en blanco, ¿qué le puedo decir después de que sepa quién soy, de todo lo que me ha pasado? ¿Qué puedo decirle a una adolescente ahora? Y por un momento me siento como si fuese yo la que le pidiese matrimonio a Brais y fuese a ver a su tutor en los tiempos de la dote, hasta que Rosalía se me adelanta y con sus palabras me infunde serenidad y una gran paz interior.

—Me alegro de que estés aquí, no sabes cuánto. Me encanta la idea de que vayas a estar con nosotros.

—No sabes lo que eso significa para mí.

—Bueno..., porque le dijiste a mi padre que sí, que si no... tú y yo tendríamos una larga charla, ¿eh?

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¡Si acaba de pedírmelo!

Brais irrumpe en la conversación:

—Es que tuve que mandarle un mensaje, por si la recogía del entrenamiento y una cosa llevó a la otra...

—Me traje una compañera al final y te vi tan a gusto durmiendo con Larpe cuando entré que no quise despertarte... Quiero que estés súper a gusto con nosotros.

—¿En serio? ¿De verdad que no te importa que tu padre vuelva a casarse?

—Si es contigo, no, ¿ahora podemos comer? *Porfi...*, me muero de hambre... —me pide cambiando de tema.

—Claro.

Comenzamos a devorar las pizzas, bueno, más bien Rosalía engulle, yo tengo mil emociones concentradas en mi estómago que me impiden tragar con normalidad y, para ensalzarlas más todavía, Brais hace partícipe a Rosalía de nuestros posibles planes.

—¿Qué te parecería levantar una casa donde está el barco del abuelo?

—¿Mudarnos?

—Estarías a pie de playa y muy cerca de tu club de piragüismo incluso.

—Es que no sé..., ¿qué haríamos con nuestra casa, papá?

—Tendré que venderla para cubrir el gasto del comienzo de la obra y los permisos, y pediré un crédito con lo que me falte.

—No, Brais, no la vendas. Yo tengo algo ahorrado, incluso podría hacer un rescate parcial de mi plan de pensiones privado. Creo que cubriría gran parte del proyecto, quizás en su totalidad, hasta para amueblarla cuando esté terminada.

—Vaya, papá, aparte de ser la mujer perfecta para ti, parece que también has dado un braguetazo. —Ríe Rosalía.

—¿Y qué haremos? ¿Vuelvo a cerrar la casa? Se volverá a deteriorar.

—Puedes alquilarla a los turistas, por semanas o temporadas, te generará unos ingresos extras que nunca vienen mal y no estará cerrada. Podrás conservarla y cuando Rosalía sea adulta tendrá un lugar para independizarse asegurado. Bueno, igual me estoy metiendo donde no me llaman, perdonadme, solo son especulaciones.

—No, es una buena idea, es la casa donde me crie. Me encantaría heredarla cuando sea mayor, cuando tenga mi propia familia me encantaría hacerlo aquí. Yo te ayudaría con la limpieza del ir y venir de los turistas, podríamos hacerlo juntas.

—Así que ahora le haremos la competencia a los Marsans en cuanto a residencia vacacional —bromea Brais—. Es una buena idea, la verdad, y si Rosalía está de acuerdo..., preguntaré esta misma semana por las licencias y todo lo que hay que hacer.

Seguimos cenando, otro tema viene a mi cabeza, la curiosidad me supera.

—¿Y qué ha sido de tu madre? ¿Qué ha pasado con ella después de que se destapara lo de tu padre? —le pregunto a Brais.

—Nada, está recibiendo de su propia medicina. Ahora es a ella a quien señalan con el dedo, apenas sale de casa de la vergüenza que le da. Lo que hizo ya se ha extendido por toda la isla. No la han detenido si lo preguntas por eso. El funeral que organizó fue tan solo simbólico, solo nos engañó a nosotros y a los que vivimos aquí, así que no ha cometido delito, a no ser que la denuncie por falso testimonio... y ese tipo de cosas, como privarme de un padre. Y el pobre lo único que estaba haciendo era trabajar, siempre embarcado en un gran pesquero, cuando no era la temporada del pez espada, el atún. Durante meses sin tocar tierra y así, mientras, todo el mundo se creyó la historia de mi madre de que había muerto.

—¿Y tu padre? Él sí debería tomar medidas.

—El pobre..., dice que no hay mejor forma de hacer daño que ignorarla, que se le caiga la cara de vergüenza para ella es el peor castigo que podría tener.

—¿Y dónde ha vivido todo este tiempo? ¿Te lo ha contado?

—Claro, el armador del barco donde estaba enrolado era de Cantabria, él lo ayudó cuando el tema de mi madre y al final se quedó a vivir allí cuando no estaba embarcado, cuando tocaba estar en tierra firme. Nos contó que cuando podía venía y nos observaba guardando las distancias, como hizo estos días. Lleva años haciéndolo, me relató lo mal que lo pasó según él viendo a sus hijos, pero sin poder hablarles ni tocarlos.

—Todo por unos celos enfermizos de tu madre que se convirtieron en pura venganza hacia él.

—E infundados, te recuerdo, dándole donde más le dolía; sus hijos. Y, sí, rehízo su vida años más tarde, sin embargo, nunca se olvidó de nosotros. Venía cada año a vernos, aunque fuese guardando las distancias.

—Espero que lo de los celos no sea hereditario —menciono bromeando.

—No te preocupes, lo de Osman te prometo que no se repetirá. Lo juro por mi vida, ¿más vino?

—No, o volveré a quedarme tiesa en tu sofá —digo echándome a reír.

—Ya quisieras..., tengo otros planes para ti.

Me avergüenzo y, cuando tengo la certeza que no puedo enrojecerme más, su hija suelta:

—¡Guau!, pues sí que le han puesto picante a la pizza mexicana. Si queréis

hago una acampada en el jardín esta noche —menciona con sarcasmo aguantándose la risa con la boca llena de pizza.

—Calladita estabas más guapa —le asesta Brais.

—Claro, o como o hablo, las dos cosas no me es posible.

—Y te decantaste por la primera opción, eso ha quedado claro —comenta Brais socarrón.

—¿Qué insinúas? —le pregunta ella mostrando una pose totalmente ofendida mientras sigo la estampa tan divertida.

—Que apenas nos has dejado pizza, casi toda te la has zampado tú.

—Claro, porque yo estaba cenando, no parloteando como vosotros dos, ¿qué culpa tengo yo? —dice mofándose y le lanza un pedacito de un borde de una pizza a la cara.

—Oh, vaya, si es un trocito de borde. No me lo creo, se ha salvado un cachito, porque hoy hasta los bordes te has comido y siempre los dejas.

—Tendré la solitaria, a saber. Oye, Hana, ¿tú no me defiendes? Las mujeres unidas jamás serán vencidas.

—Bueno, ¿qué tal si me mantengo neutral? Estoy en un momento muy dulce con tu padre, no podría ponerme de parte de nadie.

—Serás..., hacerle eso a tu madrina de boda...

—Lía, ya te dije que eres menor y no puedes ejercer de madrina.

—¿No se puede hacer nada? ¿En serio? —Comento yo.

—Oh, oh, veo que al final sí que estáis compinchadas. Ven, Larpe, al menos lo tengo a él. Estamos empatados, dos a dos.

Entonces cojo el pedacito de pizza de la mesa que Rosalía le ha tirado a Brais y comienzo a llamar al perro.

—Larpe, ven, tengo algo para ti...

—Serás tramposa... —me recrimina Brais—, sobornando también al perro para que se ponga de tu parte...

—A los hombres dicen que también se le conquista por el estómago..., así que...

—Bueno, ¿y qué quieres hacer mañana?

—Me gustaría ir a ver a los Marsans, debería llamarlos para decirles que estoy en la isla antes de que se enteren por alguien que me haya visto por ahí, y

deseo verlos.

—Sí, deberías, mientras yo recojo la mesa llámalos si lo deseas.

—¿Recoger? ¿Es que no hay postre? —pregunta Rosalía.

—Calla, pozo sin fondo —le espeta su padre bromeando—. Hay helado en el congelador si quieres y, si no, te conformas, ahora no pienso salir a comprar.

—Oye, Hana, ¿y no estarás pensado en volver a trabajar para los Marsans? Digo yo, después de lo tuyo...

—No, claro que no. Ya pensaré a qué me dedicaré, hay tiempo, aún tengo que regresar a mi país de residencia para terminar de arreglar mis cosas, pero han sido mi familia cuando no tenía nada, se han portado conmigo como con nadie y les debo mucho, aparte del cariño que les profeso.

—Entiendo, claro, y Mila es también guay.

—A ella tú también le has dejado muy buena impresión, me lo ha dicho.

—Pues, llámalos, no te entretengo más.

—Claro, Rosalía.

Cojo el móvil y me dispongo a hacerlo cuando Brais me pregunta:

—¿Quieres que te dejemos sola?

—No, no tengo nada que esconder, se acabaron los misterios, Brais, y nada de secretos.

—Lo decía por si te sentías más cómoda, como quieras. —Y me besa.

Cojo el móvil y marco el número de Marisa.

—Hola, Hana, ¿qué tal todo por ahí?

—Bien, estoy en la isla. He llegado hoy y tengo muchas ganas de veros. Quería preguntarte si te viene bien que me pase mañana y a qué hora.

—Qué alegría me das, pues, cuando quieras, sabes que no estamos trabajando, estamos de vacaciones. Ven cuando te apetezca, ¿y dónde te estás quedando? ¿No estarás en un hotel? Mira que esta es tu casa siempre que quieras.

—No, gracias, Marisa. Me estoy quedando en casa de Brais.

—Eso quiere decir...

—Justo lo que piensas —la interrumpo.

—Ay, ¡cuánto me alegro! Pues entonces no se hable más, mañana venid a

comer a casa los dos, traeros a Rosalía también y a Larpeiro, si queréis, incluso. Hay que celebrar tu vuelta.

—Ah, no, no te vas a meter en esos trajines por mí, ni hablar. Mira que trabajé para ti y conozco como te desvives cuando tienes invitados.

—Con la ilusión que me hace..., ¿me vas a privar de esa satisfacción?

—Ay, Marisa, que te veo venir...

—Vale, vale. Intentaré organizar una comida sencilla y tranquila, sin pompa ninguna, ¿así estarías conforme?

—Más que conforme.

—Pues nos vemos mañana, qué ganas tengo de darte un abrazo.

—Es mutuo, Marisa, y lo sabes. Hasta mañana —digo y cuelgo.

Luego miro a Brais y a Rosalía que se atiborra a helado en el sofá, menos mal que con sus entrenamientos lo quema todo. Se está convirtiendo en una mujer que irá dejando suspiros a su paso, no hay más que verla.

—Nos han invitado a comer mañana, espero que no os importe o, si no queréis, siempre puedo inventarme alguna excusa piadosa...

—No, claro que iremos y encantados de hacerlo. Sabes que aprecio mucho a Alejandro, menos cuando abre el tema de que me convierta en cirujano y se obstina en el tema.

—¡Sí! Me encantaría volver a ver a Mila —exclama Rosalía—. ¿Vemos una peli? —nos sugiere acomodada en el sofá con su gran bol de helado.

—No sé..., ¿tú prefieres acostarte ya, Hana? Con tu viaje y el coche... estarás rendida... —me formula Brais.

—No, estoy bien, lo que queráis.

—Entonces, te toca elegir. Cuando vemos una peli, una noche le toca a mi padre y otra a mí, esta noche es la mía y te cedo mi turno —me confiere Rosalía.

—Vaya, es una gran responsabilidad —manifiesto cogiendo el mando que me cede ella misma y nos hace sitio en el sofá. Mientras se terminan de acomodar busco una buena película para los tres, hasta Larpe se acuesta a mis pies y Brais lo mira con rencor.

—Larpe, eres un traidor, pero... en el fondo te entiendo, si tuviera que escoger entre yo y una mujer tan maravillosa, ni lo dudaría.

—Pelota —le digo lanzándole un cojín.

—Ya..., pelota, pero mi perro te prefiere a ti.

Me percato de cómo nos contempla Rosalía, su semblante es de satisfacción y hasta dicha.

—Creo que me va a encantar tenerte con nosotros —me dice sonriendo.

Me emociono y, antes de que se me escape una lagrimita, le pido:

—¿Me das un abrazo?

—Claro.

Nos abrazamos mientras es Brais quien nos observa ahora con cierto resquemor, aunque sospecho que es fingido.

—¿Qué pasa? ¿Ahora me excluís? Que os lo habéis creído —suelta y se lanza sobre nosotras, después de achucharnos, comienza a hacerle cosquillas a Rosalía. Yo estoy debajo de los dos y ni puedo moverme, intento escabullirme mientras Rosalía no puede parar de reírse, pero Brais, en cuanto se percata, me lo impide—. Para ti también hay, ¿eh? —Y comienza conmigo, hasta Larpe quiere participar en tal contienda, no puedo más, hasta me duele la cara de tanto reírme.

—¿Queréis parar? Que empieza la peli, *porfaaaaaa*. Si me pierdo el principio de la peli, ¡luego no me entero de nadaaa! —exclama Rosalía, luego intenta mostrarse seria añadiendo—. Ya podéis volver a aparentar ser adultos. — Pero no puede contenerse y explota en carcajadas.

Nos cuesta, pero al final conseguimos cogerle el hilo a la peli que arranca. Me siento bien, como en casa, es una sensación como si los conociese de toda la vida y no de meses, y no me puedo sentir más dichosa.

Después recogemos el salón y nos disponemos a irnos a la cama. Cuando estoy a punto de hacerlo, Rosalía me pide que vaya a su habitación.

—¿Qué necesitas? —le pregunto.

—Es una tontería, pero...

—Bueno, yo decidiré si lo es o no, dispara, confía en mí.

—Tengo trece años, nunca he estado enamorada y la explicación de las mariposas en el estómago y eso, a mí no me dice nada, ¿qué sientes tú cuando estás con mi padre?

—Bueno..., el amor es difícil de definir y de explicar y, por lo que me dices, tú necesitas una explicación muy precisa. No tengas prisa por enamorarte, te romperán el corazón muchas veces antes de encontrar al hombre perfecto, es así.

—Inténtalo, por favor.

—Yo..., es algo que percibes, notas que estás con la persona correcta y te sientes tan bien como nunca antes con nadie.

—Si hubiera sabido que me ibas a salir con lo típico que dice todo el mundo ni te pregunto.

—Qué exigente eres, Rosalía —bromeo—. Está bien, volveré a intentarlo. Cuando eres adulto y, como te dije antes, te rompen el corazón más de una vez... Pues... cuando estoy con tu padre..., cuando estoy con él siento como si nunca me lo hubiesen roto. Nunca he sido tan feliz.

—Esa es mejor, lo tendré en cuenta para cuando llegue el momento y saber interpretar las señales.

—¿Qué? ¿Para eso me preguntas? —le formulo riendo. Ella se echa a reír también—. ¡Te he pedido que no tengas prisa! ¡Tienes trece años y toda la vida por delante!

—Me lo pensaré —bromea—. Gracias y buenas noches, Suhana.

—Buenas noches, preciosa —digo y salgo de la habitación. Me encuentro a Brais apoyado en el pasillo y le recrimino—. ¿Nos espías?

—No, no lo malinterpretes, solo deseaba saber si todo iba bien —responde rodeándome desde atrás por la cintura y deposita un dulce beso en mi cuello—. Vamos a nuestra habitación —pronuncia empujándome suavemente hacia delante.

—Todo es perfecto, más que eso —aludo poniendo mis manos encima de las suyas las cuales rodean mi cintura.

—Y me parece increíble que así sea —postula mientras caminamos deliciosamente pegados y acaricia mi cintura.

—No me extraña, con todo lo que hemos pasado... —dejo caer mientras me libero de sus brazos con delicadeza y me siento en la cama. Comienzo a desvestirme y Brais, al verme, comienza a hacer lo mismo. Mientras una sonrisa se ensancha en su cara y sus ojos no dejan de contemplarme colmados de amor.

—Me ha gustado mucho cómo has definido lo que sientes por mí, y lo bien que has conectado con Lía.

—No he mentado, y ella es muy especial.

—Es todo tan perfecto...

—Lo merecemos.

Brais se acuesta primero boca arriba y me hace un ademán para que me encarama a su pecho y lo hago como si fuese una ardua enredadera, mientras mira al techo feliz con un brazo bajo su cabeza y con el otro trazando círculos sobre mi hombro.

—¿En qué piensas? —pregunto casi susurrando.

—En cuando comencemos las obras de nuestra nueva casa, habrá que hacer algo con el barco.

—¿Y qué te parece devolvérselo a su antiguo dueño?

—¿A mi padre? Puede que lo haga algún día.

—El barco está en muy buen estado, siempre lo has cuidado y le has dedicado tu tiempo, aún hoy.

—Ni me lo recuerdes, estoy molido.

—Normal, tanto trabajo de carpintería y clavar pernos con el martillo bajo el sol...

—Uy, clavar... —deja caer y viene a por mí. Bueno, más bien por mi cuello y su mano se desliza peligrosamente por mi abdomen hacia más abajo.

Se la retiro antes de que usurpe mi voluntad.

—Pensar que Rosalía está en la habitación de al lado, yo... —manifiesto—, me corta un poco. Tendré que acostumbrarme, pero hoy...

—Lo entiendo, es tu primera noche aquí estando mi hija, no te preocupes. Solo deseaba equilibrar las cosas, lo de antes fue tan voluble y elemental... quería compensártelo.

—Tendremos tiempo, no te preocupes. Bajo este techo o en una casa nueva, me da igual mientras estemos juntos.

—Cómo te quiero, Hana. De unos años para acá todo dejó de tener sentido. Mi vida tan solo se convirtió en una misión; en velar por mi hija, no había nada más y tú volviste a darle sentido a todo. —Su boca se pierde en mi pelo.

—Ha sido un día para recordar, hasta viendo la película con vosotros y cómo se ha portado Rosalía conmigo.

—Siempre le gustaste, pero lo de hoy, la verdad, ha sido indescriptible. Soy muy feliz, y lo seremos mucho más, Hana, te lo prometo.

Lo beso, no puedo evitarlo, aún no me creo que esté bajo su techo, en su cama y exista un futuro común finalmente.

No hubo sexo, pero fue mejor que eso. Hablamos de planes de futuro, de detalles del pasado que había aún por despejar, de sueños, otra maravillosa noche para recordar.

Por la mañana desayunamos y nos vamos a pasear con Larpe y Rosalía, los cuatro juntos hasta Carreirón. A la vuelta, al mediodía, nos duchamos y acicalamos un poco y salimos hacia la casa de los Marsans.

Al llegar nos abre Luz, me sorprende porque Marisa la contratase tan pronto, aunque está en periodo de prueba, como hizo conmigo, aunque conociendo a Marisa es una mera formalidad. Me sorprende no solo verla, sino porque tuviese en cuenta mi sugerencia y me hiciese caso en darle una oportunidad. Luz me lo agradece una docena de veces cuando nos recibe en la entrada de la finca y también nos felicita por nuestro compromiso.

Hay puesta una mesa fuera, en el jardín, la verdad es que el día es idílico para comer al aire libre. Hay también guirnaldas de flores colgadas y caballitos de mar de papel en color azul. Marisa sabe de mi predilección por estos animales acuáticos y trato de contener la emoción y no romper a llorar por tantos detalles para complacerme y pensar que le había pedido que no cometiese excesos... «¿Qué habrá de menú? Capaz la creo de estar toda la mañana metida en la cocina con Luz, como hacía conmigo cuando tenía invitados», recapacito.

—¡Marisa! —exclamo en cuanto la veo y le doy un abrazo tan grande como deseado.

— ¡Qué guapa estás! El amor te sienta más que bien, ¿y ese anillo?

—Adivina.

—¡No! ¡Es precioso! Ay, que voy a llorar, ya me conoces, uff —dice abanicándose los ojos con sus manos y me abandona para ir hacia Brais—. ¡Felicidades, Brais, os merecéis todo el amor del mundo! Si aún no habéis hecho planes os cedo mi finca para la boda, todo lo que necesitéis no tenéis más que pedirlo. ¡Ay, Brais! Esa chica, si no te quisiera como te quiere, igual jamás la tendríamos aquí de vuelta y eso será una deuda que siempre tendremos contigo; el tener a Hana aquí de nuevo.

—No exageres, Marisa, todo ha tenido que ver con su vuelta, no solo yo, la isla y vosotros más que nadie...

—No seas modesto, anda, ni te quites importancia. Voy a saludar a tu hija.

Mientras, yo achucho a Mila, a Alejandro, hasta a Xabi que aparece por allí.

—Hola, chicos.

—¡Xabi! ¿Y tú aquí también? ¿O es que trabajas hoy? —pregunto mientras le doy un abrazo.

—No, también me han invitado. Espero que no te importe y no soy el único —declara haciendo un ademán hacia la entrada, entonces veo a Bea e Iñigo también accediendo.

La mandíbula me va a llegar al suelo, estoy más que emocionada y agradecida. Voy de sorpresa en sorpresa y también voy entendiendo lo que pasa, no hay duda.

—Si queríais hacerme llorar, solo tenías que decírmelo. No montar todo esto e invitar a todos mis amigos para que lo hiciera —le espeto a Marisa.

Según termino de pronunciar esto, intuyo que a Marisa le quedan apenas segundos para hacerlo, es tan expresiva... tanto como yo.

—¡Hana! —exclama Bea y corre hacia mí dejando a Iñigo atrás y nos fundimos en un gran abrazo. Brais nos contempla con ternura y contento, como satisfecho de verme tan feliz—. Siento mucho no haber estado contigo cuando más lo necesitabas, cuando pasó lo de Osman y todo.

—Qué dices, Bea. No empieces con eso otra vez, aquí no hubieras hecho nada, además todo acabó ya y bien.

—Tendría que haber estado a tu lado, soy tu amiga, pero mis turnos de mierda...

—Olvida eso, ¿vale?

—Lo intentaré, pero ahora enseñame ese pedazo anillo del que he escuchado hablar.

Luego me saluda Iñigo que nos felicita también, nos abrazamos, y al separarnos me pregunta:

—¿Y Mari y Cris no han llegado?

—¿Que también vienen? Pero ¿cómo han organizado todo esto?

—Brais tuvo mucho que ver, y Bea les ayudó con lo que pudo. Quería reunir a todas las amistades que hiciste desde tu llegada a la isla y, bueno, fue ir pasándoles números de la agenda...

—Pues creo que solo falta Julián —pronuncio riendo.

—Pues llámalo —me asesta Bea sin rodeos.

—No, qué va... No es plan y, aunque se dignase a venir, es la casa de los Marsans de todos modos, no soy quién para invitarlo a una casa que nos es mía.

—Pero Marisa no puede negarte nada, mujer. —Luego se acerca y me cuchichea al oído—. Y si sabe que está aquí Luz vendrá corriendo. —Y se echa a reír.

—Pues Luz no se lo cree, el que Julián sienta algo hacia ella. Acuérdate en las fiestas del Carmen, casi me llama loca cuando se lo comenté, le pareció de lo más absurdo.

—Pues, llámalo, invítalo al café después de comer, al menos. Igual hasta ella sale de dudas hoy.

—Pues... no tengo nada que perder.

Le comento a Marisa antes la idea de invitar a Julián y la razón de hacerlo, y se muestra más que conforme. Así que me excuso con los demás, me alejo hasta la piscina para llamarlo, y él descuelga alterado.

—¿Hana? ¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo?

Y me hace recordar que quedamos en que lo llamaría si me ocurriese algo, así que intento tranquilizarlo.

—Perdona, no quería alertarte. Nada, todo está perfectamente. He vuelto de La Haya, estoy en la isla y... es que me han preparado una fiesta sorpresa, una comida. Está toda la gente que aprecio y me gustaría contar con tu presencia también, si hay alguna posibilidad...

—Es que, así, de forma tan espontánea... y de improviso..., ¿y has vuelto para quedarte?

—Eso pretendo. Bueno, entiendo que sin avisarte previamente te sea difícil, pero no contaba con que hicieran algo así. Me acaban de sorprender, si no te hubiese avisado con más tiempo, te lo aseguro, Julián, pero me acabo de enterar... Aquí está Bea, Cris, Mari Carmen, mis jefes y familia, Luz también, que ha empezado a trabajar para ellos y, cómo no, Brais.

—¿Has dicho Luz? ¿Trabajando? Bueno... puede que —murmulla y carraspea— más tarde pueda pasarme...

Me tengo que aguantar la risa, estaba segura de que al nombrarla a ella no fallaría.

—Genial, te mando la dirección por wasap. Muchas gracias, Julián.

—A ti por invitarme.

Cuelgo y voy corriendo hacia Bea.

—¡Que viene! ¡Que viene! —le cuchicheo.

—Va a ser un día completito —me susurra. Ambas contenemos la risa y vamos hacia donde están los demás que han empezado con el picoteo mientras charlan sin parar.

Luego ayudo a Luz a servir la comida ante su negativa, hasta Brais y Bea nos ayudan con los viajes del jardín a la cocina y a la inversa.

La comida es más que amena, estamos con el postre y se han hecho grupitos. Alejandro y Brais hablan sobre medicina, Iñigo y Xabi hacen planes para ir de pesca, mientras las chicas me colman de ideas para la boda, cómo no, sin saltarse planes de los más variopintos para mi despedida de soltera.

Mientras Luz se ausenta para preparar la segunda ronda de cafés, aprovecho para preguntarle a Marisa:

—Sé que es pronto para preguntar, pero ¿qué te va pareciendo Luz trabajando?

—Pues sí, es pronto para decirte todavía, pero como decoradora, de momento, es magnífica. Los caballitos de mar y las guirnaldas de flores es cosa suya.

—Vaya, no lo hubiese imaginado.

—Le irá bien, no te preocupes.

—Gracias, Marisa, eres pura bondad. Ojalá se le pegase algo de tanto que le sobra a quién tú sabes...

—Sí, nena, una pena. Por cierto, Luz se está quedando en la habitación de invitados, no quisimos tocar tus cosas hasta que vinieses a por ellas. Tu ropa, tu acuario y demás. Si quieres antes de irte puedes vaciar la habitación, no tengo prisa para que lo hagas, digo por aprovechar el viaje, maletas y mochilas hay por doquier de mis hijos, ya sabes, en nada vuelven a la universidad...

—Gracias, Marisa, se lo diré a Brais para que me ayude luego.

Y, cuando Marisa está a punto de replicarme, escuchamos cómo llaman al portero desde el exterior. El de la entrada posterior de la casa que linda con el jardín, y ambas miramos hacia allí.

—¿Esperas a alguien, Marisa?

—No.

—Entonces será Julián, porque le dije que viniese por detrás, ya que comíamos aquí, en el exterior.

—Casi todos sabemos que viene, menos Luz. Estoy deseando ver su cara.

Sobre todo, espero que no le parezca mal que lo hayas invitado y todo se tuerza —me dice Marisa guiñándome un ojo.

—Yo también lo he pensado, pero ¿sabes? Esta vida me ha enseñado que el que no arriesga...

—Pues sí, *menaña*, tú mejor que nadie lo sabes.

—¿Es que nadie va a abrir? —nos interrumpe Luz—. Estaba dentro con los cafés.

—Ve tú, *porfa*, Luz, yo con lo que he comido no puedo levantarme. —Miento descaradamente con la más triste excusa que puedo en ese momento.

Luz se apresura a ir mientras Marisa y yo agudizamos el oído para no perdernos nada, hasta le hago un ademán a Bea para que abandone el sitio de la mesa donde se sienta con Iñigo y venga con nosotras.

—¿Es Julián? —me pregunta sentándose a mi lado.

—Pues, claro, por eso te llamaba.

Luz, al abrir, se torna pálida en cuanto lo ve.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta—. No vendrás a decirme que no estoy capacitada para trabajar, ¿verdad? ¡Necesito este trabajo!

—Esto..., por Dios, Luz, tranquila. Claro que estás capacitada y no vengo como médico, sino como invitado. Hana me ha convidado, pensé que te alegrarías de verme, pero... —dice con desilusión en su rostro.

—Claro que me alegro —lo interrumpe Luz—, yo pensé... oh, perdona, Julián, claro que me alegro de verte. —Y le planta dos besos en las mejillas.

La cara de Julián cambia y se ilumina.

—Entonces, yo... me alegro más de haber venido —le obsequia manteniéndole la sonrisa.

Percibo cómo las mejillas de Luz suben de rubor, y ambos se quedan sin habla, petrificados en la entrada.

—¿Es que no lo va a invitar a pasar? —menciona Bea—. Anda, ve a echarles una mano a los dos munitos estáticos, celestina —me suelta mientras me empuja aguantándose la risa.

Voy hacia ellos de inmediato y saludo a Julián:

—Bienvenido, no sabía si vendrías finalmente, muchas gracias por sacar tiempo para estar aquí. Ven, te presentaré a la familia que me acogió y a Xabi, a

los demás creo que ya los conoces.

—Gracias a ti, bonito jardín.

—¿Verdad? La decoración fue cosa de Luz o eso me dijo Marisa.

—Precioso trabajo —le encomia él y percibo cierto coqueteo.

—Gracias, Julián. No ha sido nada, ¿querrás café? —le pregunta Luz.

—Bueno, si no es molestia...

—Iré a por él mientras conoces a los demás —informa. A mí me suena más a un plan de escape antes de ponerse más colorada, en fin, tendrá que volver al jardín, así que...

—¿Y qué tal por Holanda? —me pregunta.

—Bien, con mucho trajín, pero todo bien, asentándose todo.

Marisa se acerca.

—Tienen una propiedad preciosa —le comenta a Marisa.

—Gracias, me alegro de que le guste. Siéntase como en su casa.

Vemos regresar a Luz con la bandeja del café y nos sentamos. Sirve la mesa y, cuando se dispone a marcharse, Marisa la coge del brazo suavemente.

—Siéntate con nosotros, anda —le pide—, descansa un rato.

Luz contempla que el único sitio libre es al lado de Julián. Sospecho que están a punto de subirle los colores de nuevo y contengo la risa. La Marisa se las trae también, y me guiña un ojo, la muy picarona.

—Esto..., yo..., vale, me siento.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta Julián.

—Pues, genial. Tengo trabajo y esperanza, nunca pensé conseguir este grado de euforia y sin tomar drogas. Perdona, ha sido una broma de mal gusto —suelta, la han traicionado los nervios. Menos mal que no tiene que sacar otra bandeja porque dudo de su pulso para ello.

—Me refería en general, ¿puedes dejar de verme como un médico y hacerlo como a un amigo? ¿O te estoy pidiendo demasiado? Sé sincera, Luz. No me lo tomaré a mal, te lo prometo.

—Siempre te has comportado conmigo como un amigo más que como un doctor..., así que...

—Me encantaría que hicieses lo mismo, que fuese recíproco, Luz.

—Oye, ¿y por qué no le enseñas el resto de la propiedad? —le sugiero a Luz.

—Esto..., ¿se la enseño? —le pregunta a Marisa.

—Claro, seguro que tenéis mucho de qué hablar —le larga y yo estoy a punto de darle un puntapié por debajo de la mesa.

Ambos desaparecen y le recrimino a Marisa:

—Hasta que has abierto la boca ni sospechaban que esto era una encerrona, no forcemos las cosas. Es mejor dejarlo fluir y ver qué pasa —suelto recordando las mismas palabras que había pronunciado Brais sobre nosotros en presencia de Lolita, la madre de Xabi.

—Vaya, veo que te acuerdas —me mira Brais complacido.

—¿Y cómo iba a olvidarlo? Recuerdo cada palabra, cada frase que has pronunciado desde que nos conocemos.

—¿Hasta lo malo? Pues tendré que hacer algo para que esa parte la olvides cuanto antes y vaya si lo haré, te lo prometo.

—No quiero olvidar nada, Brais, nunca más. Y mucho menos todo, bueno y malo, absolutamente todo lo que ha desembocado en que estemos ahora juntos.

Me besa delante de todos y no tengo más remedio que rendirme a tan maravilloso beso, a tan maravilloso hombre. Por si fuese poco, Brais me obsequia con más.

—Te quiero, Hana.

—Y yo a ti, Brais.

Luego miro a mi alrededor cómo todos nos observan, estoy a punto de sonrojarme, cuando observo a Xabi alejado, sentado al borde de la piscina y cómo no para de teclear en su móvil. Entonces me disculpo con Brais y los demás.

—Voy ver cómo está Xabi.

—De acuerdo —me dice dándome un último beso.

Me acerco a Xabi y le formulo:

—¿Estás bien? ¿Con quién wasapeas?

—Con Paz.

—Ni me acordé de ella, lo siento. Dile que venga.

—¿Seguro? —me pregunta sorprendido.

—Va a ser mi cuñada, ¿no? Así que... si quiere venir ella, claro.

—Gracias, Hana. Ahora mismo se lo diré, dudo de que me diga que no.

Vuelvo con los demás, Paz no tarda en llegar, como Mari y Cris. Está siendo un día espectacular. No sé cómo siquiera dudaban de que no volviese a la isla, mi isla.

Son las seis de la tarde y estamos como si acabásemos de llegar. Y me río sola recordando mis quejas cuando los Marsans tenían comidas familiares que se alargaban y alargaban, y aquí estamos nosotros, hechos unos completos ocupas.

Mila le ha dejado un bikini a Rosalía y ambas se lo están pasando pipa en la piscina, sí, he adquirido lo de «pasarle pipa», ya no me parece una expresión tan absurda y menos viéndolas a ellas. Parece que empiezo a hacer buenas migas con Paz, sobre todo, después de pedirle a ella y a Xabi que sean nuestros padrinos de boda..., creo que ha ayudado bastante a limar asperezas y se ablande conmigo, parece que hasta comienzo a caerle bien.

Brais y yo nos vamos dentro a recoger las cosas de mi antigua habitación. Comienzo a vaciar primero el armario y Brais se sienta en la cama.

—¿Seguro que no quieres que te ayude? —me pregunta.

—No, si no tardo, tampoco tengo tantas cosas que recoger. Apenas me llevará unos minutos, con que me ayudes luego a llevar los bultos al coche es más que suficiente.

—Vale. Oye, y el grafiti ese que habían hecho en el muro de la finca, ¿nunca se supo quién fue?

—Claro que sí, ¿a ti quién te parece?

—Pues ni remota idea.

—Osman.

—Pues no lo entiendo, ¿con qué propósito?

—Pues hacerme creer que no solo tu madre no me quería en la isla, que más isleños no deseaban tenerme aquí y no iba a ser la única pintada que pensaba hacer, por lo visto.

—Sigo sin entender su objetivo.

—Pues que me sintiese lo más incómoda posible aquí, que pensase que a la gente no les agradaba y deseaban echarme, y así acelerar mi decisión de irme con él, ya sabes, su proposición, que en realidad consistía en estar en su poder fuera de la isla para acabar al fin conmigo.

—Vaya cabrón retorcido —pronuncia con el rostro contaminado de un velo de rabia, pero su semblante cambia cuando echa la mirada a mi acuario—. ¿Les has puesto nombre? Nunca te lo pregunté.

—Pues sí —digo y respondo a riesgo de que le parezca ridícula—. Brais y Hana.

Y Brais, en vez de reírse, sentencia ante mi sorpresa:

—Muy acertada elección.

—¿En serio? Te ríes de mí.

—No, cuando te los hice llegar te conté que son monógamos y sus parejas duran de por vida, que por eso van con sus colas enlazadas, para no separarse jamás. —Entonces se levanta de la cama y viene hacia mí—. Lo mismo que nosotros, Hana, porque jamás voy a dejarte ir a ningún lugar, nunca donde no esté yo, y te prometo que haré que te sientas tan feliz que ni remotamente se te pueda pasar por la cabeza desaparecer de mi vida.

—Te encanta tanto ponerme nerviosa como dejarme sin palabras, tal como ahora, ¿verdad?

—Bueno, eso es buena señal —apenas murmura a milímetros de mi boca mientras me rodea por la cintura—. Mientras sea yo el único que te ponga nerviosa y te deje sin palabras desde ahora. —Y nos besamos.

Y en su rostro, el primero que me vio renacer en aquella playa, encuentro al que es y será mi refugio, mi hogar, mi pasión desbordada, un lugar donde cobijarme y sentirme completa y, si algún día me vuelvo a perder, Brais será mi brújula y mi norte hasta el fin de mis días.

EPÍLOGO

Un año y medio después...

Brais por fin trabaja en la isla, ha conseguido plaza fija en el centro de salud, aunque nunca sabrá que he usado mis contactos para ello. Es el único secreto que hay y habrá entre nosotros, una mentirijilla piadosa y será un secreto que pienso llevarme a la tumba. Ahora es completamente feliz, ambos lo somos.

Yo trabajo en Santiago, es un poco lejos, pero las infraestructuras son buenas, por la autopista del Atlántico en una hora apenas estoy en casa cada día, en la isla, en mi isla, mi hogar. En cuanto presenté mi dimisión en la agencia, ni falta me hizo buscar trabajo, comenzaron a lloverme las ofertas por sí solas. Opero para el Ministerio del Interior, en el Departamento de Ciberdelincuencia Organizada de la Xunta, sí, soy funcionaria otra vez y también hago de enlace de la Europol para el intercambio de datos, al menos hasta que disfrute de mi permiso de maternidad, pues sí, estoy embarazada y soy tan feliz...

Apenas pienso en mi pasado. Bueno, apenas tengo tiempo, entre terminar de decorar nuestra nueva casa, la habitación de nuestra inminente descendencia, llevar a los entrenamientos y a las competiciones a Rosalía, mis amigas..., me faltan horas a lo largo del día.

La antigua casa de Brais la alquilamos como habíamos planeado, finalmente, pero solo en Semana Santa y verano, justo cuando Rosalía no tiene clases y puede ayudarme a encargarme de todo. Los turistas se la rifan por su ubicación en el centro y los ingresos que nos proporciona van para la cuenta de ahorro destinada a cuando Rosalía se vaya a la universidad.

Piedad viene a casa a cuentagotas, nosotros mismos le fijamos los días y las horas a las que puede venir, digamos que la tenemos a prueba. Ha dejado de criticar y sus pasatiempos desagradables, pero nunca se sabe si puede tener una recaída. Está avisada, a la mínima no vuelve a poner un pie en nuestra casa, y no conocerá nunca a sus nietos. Se lo está currando, la verdad. Pero no todo puede ser perfecto ni de cuento, tenemos que alternar sus visitas con las de Francisco, mi suegro, para que no coincidan. Esos jamás se entenderán, es lógico. Brais le devolvió su barco, finalmente. Nuestro nuevo garaje no era tan espacioso como para meterlo sin duda. Francisco le ha cambiado el nombre, ahora lo llama «La mujer del mar». Según él, soy la culpable de que ambos se hayan acercado de nuevo, es un buen hombre y me ha homenajado, nada más y nada menos, con el

nombre por el que me llamaban recién llegada en esta isla y así ha bautizado de nuevo a su barco. Aún hay quién me llama así cuando habla de mí, pero no me importa cargar con ese mote, es mi historia, en definitiva; la que me ha hecho tener la vida que tengo junto al hombre con el que soñé.

A Osman lo han trasladado a una prisión de máxima seguridad y lo mantienen incomunicado, para que no pueda extender sus tentáculos más allá de la cárcel y ponerse en contacto con sus amigos de mala reputación para intentar hacerme daño incluso estando encerrado, ni a mí ni a las personas que me rodean y a los que quiero. Aún tengo que volver a testificar en otro juicio contra él dentro de un año, pero no me importa. Es un gran caso y estas cosas tardan.

Julián y Luz viven juntos, ella sigue trabajando para los Marsans, pero de día, no como interna, regresa cada tarde a casa. Si supiera que cuando lancé el ramo el día de mi boda lo proyecté como un cohete con premeditación y alevosía para que cayese en sus manos... Y no hemos tenido que invitarlos Brais y yo a infinitas cenas en nuestra casa para conseguir juntarlos... Julián en ese sentido fue peor que Brais, sobre todo a abrirse de nuevo, ¡y eso que es psicólogo! Se casan este abril, apenas quedan tres meses, ¡qué ganas tengo!

Nuestra luna de miel no pudo ser en otro lugar que Maslak, cerca de Estambul. Brais quería saber todo sobre mí y no se me ocurrió mejor plan que pasar nuestro viaje de novios donde crecí y me crie, y conocer a mi familia más a fondo, aunque vinieron a nuestra boda. Pasar más tiempo con ellos y nuestras costumbres fue otro nivel, a Brais le encantó todo aquello, y a mí que le encantara. A nuestra vuelta también hicimos una parada en Cantabria, donde su padre había rehecho su vida. Brais incluso tenía un hermanastro y, en cuanto llegase el verano y nuestros días de vacaciones, planeamos volver con Rosalía.

Bea e Iñigo siguen viviendo en pareja, y no paran de trabajar, pero estoy segura que serán los siguientes en caer y pasar por la vicaría. Serán también los padrinos de nuestro primer hijo, o hijos, y estoy encantada con la idea.

Xabi y Paz fueron nuestros padrinos de boda, siguen saliendo ante todo pronóstico, y él se quedó con el trabajo de la casa de los Marsans. Ángel regresó, pero se volvió a marchar con su valenciana, así que sobre el mes de septiembre Marisa le adelantó el dinero para el arreglo de su barco. Le propuso que siguiese con su vida de marinero y por las tardes se hiciese cargo del mantenimiento de la finca, si lo deseaba. Fijaron un horario, y Xabi está encantado. Ahora va sobrado y no va pillado por el sueldo, incluso tiene una cuenta conjunta con Paz y están comenzando a ahorrar para dar la entrada de un piso.

Estamos en enero, hace frío, llueve y el viento sopla de una forma que da

miedo. En días así, Rosalía y yo hacemos repostería, aunque adora comer más los postres que elaborarlos, en eso no ha cambiado. Me da clases de gallego en días de tan mal tiempo como hoy, cuando no apetece salir a ningún lado.

La tarta se ha enfriado ya, Rosalía se ha ido a su habitación después de reírse de mí intentando practicar gallego con mi acento, empiezo a sospechar que es lo que más le divierte y por eso se ha ofrecido a darme sus particulares clases, donde la mayoría del tiempo nos la pasamos riéndonos. Me he quedado sola en la cocina, así que voy a ver cómo le va a Brais con su faena, la verdad es que está hecho un verdadero manitas.

—¿Cómo va la instalación de mi súper acuario?

—Hola, cielo, casi he terminado, pero si no te importa llamaré a Xabi para que le eche un vistazo por si me he dejado algo.

—Claro, me encanta que venga a casa. Ahora..., ¿vienes a probar lo que hemos hecho Rosalía y yo?

—Claro, adoro ser vuestro conejillo de indias, ¿qué habéis horneado hoy? Huele muy bien.

—Algo sencillo, tarta de Santiago; batir huevos, almendra molida, azúcar y mucho amor —le digo besándolo.

—De eso no hay duda —sentencia devolviéndome el beso y me enciendo, «qué pena no estar solos en casa...», pienso.

—¿Vienes a la cocina?

—Encantado, huele de maravilla.

Vamos hacia allí, lo que Brais no sabe es que en vez de la cruz de Santiago con azúcar glas para decorar, le he hecho otro dibujo al bizcocho muy diferente, pero mucho.

En cuanto lo ve me pregunta.

—En vez de la cruz le has dibujado..., ¿dos chupetes? ¿Por qué razón?

—Pues esta mañana me fui a hacer la ecografía y...

—¿Gemelos?

—Ajá —sentencio.

—Dios mío, ¿vamos a tener gemelos? —pregunta, creo que ha entrado en *shock* y me pongo de los nervios.

—¿Qué piensas? ¿Qué sientes? Dime algo, ¡por favor!

—¿Qué voy a pensar, Hana? Aparte de que estoy felizmente acojonado, que las alegrías no dejan de venir de dos en dos y que no te puedo querer más, es imposible.

—Y yo a ti.

Nos besamos, cuando las emociones se templan probamos la tarta y nos vamos al sofá los dos, hace frío y nos acostamos bajo el calor de una manta. Es lo mejor del día, estar apretaditos mirando la caja tonta, una satisfacción plena me colma, mientras Brais no deja de acariciar mi abultado abdomen en el sofá, en medio del salón de nuestra casa.

Y esa tarde no es la primera ni será la última en experimentar esta sensación tan plena de estar en mi hogar, estar con Brais acurrucados bajo la manta y viendo una peli. Algo tan sencillo y normal..., pero para mí es la felicidad completa, tanto... que no puedo evitar exteriorizarlo.

—Estas veladas de domingo por la tarde están completamente infravaloradas.

Entonces Brais me mira.

—Estoy loco por ti, eres, eres...

—¿Qué soy?

—Como un regalo que nunca se acaba, Hana, eso eres para mí.

Y después de su frase, esta tarde estará entre las mejores veladas de mi vida, sin duda, y tan solo soy capaz de replicar besándolo. Un beso casi eterno que no deseo que acabe nunca.

Fin

SOBRE LA AUTORA

Paula Rivers es gallega de nacimiento pero reside en Canarias desde los diecinueve años.

Aunque nunca pensó en publicar sus obras, la insistencia de una amiga la animó a enviar a una editorial su primera novela, «Íntima sinfonía», que vio la luz en 2013.

En 2014 le siguió «Yo no te amo, Chicle», «Incondicional Rick», «Amores, apuestas y otros enredos» (2015) que fue reeditado en 2017 bajo el título «Nunca es tarde si la bicha es buena». «Un daiquiri a la italiana» (2016) y «Que te parta un rayo, Candela» (2017), éstas tres últimas bajo el sello Zafiro del Grupo Planeta.

También tiene varias novelas cortas y ha colaborado en diversas antologías.

En 2015 quedó finalista en un concurso de relatos de la serie de televisión «Castle» que se publicó en una recopilación de relatos llamado «La audiencia ha escrito un crimen».

Encontrarás más información de la autora y sus obras en su página de Facebook:

Paula Rivers Books

[1] No te duermas, no. (en gallego)

[2] La manta

[3] Isla

[4] Abur: Interjección coloquial para despedirse, como adiós, hasta luego...

[5] Respuesta muy común cuando le cuentas algo gracioso a un gallego, o en este caso cuando deseas restarle importancia a algo.

[6] Me voy, «*marcho*» es una palabra muy usada en la isla y típica sustituyendo el «me voy» de toda la vida.

[7] Niño.

[8] La traducción literal es «hacer las veras», una expresión en gallego que viene a ser: ligar o intentar seducir a una mujer.

[9] Te volviste loco/a.

[10] Expresión gallega que se refiere a «ya morirá la historia», «ya pasará».

[11] Loca.

[12] Mi madre.

[13] Hijo mío.

[14] ¡Conmigo fue a dar!

[15] Palomita, diminutivo de paloma o tórtola, usado para referirse a alguien de forma cariñosa.

[16] Niña.

[17] En gallego: Chica, muchacha, niña, ser humano de género femenino de poca edad.

[18] Expresión gallega que se refiere a ir con sentido común.

[19] Festival de música alternativa que congrega a 6000 personas en cada edición.

[20] «Buenas tardes» en turco.

[21] La paz sea contigo, forma de saludar de musulmán a musulmán.

[22] Contigo sea la paz, forma musulmana de contestar al saludo anterior.

[23] En gallego: Chicos, muchachos, niños. Plural de Rapaz.

[24] Reprimenda, bronca o última oración de la liturgia de difuntos que se reza por la persona que ha muerto en una misa.

[25] Diminutivo gallego usado más comúnmente de forma cariñosa para referirse a una chica (*rapaza*).

[26] Palabritas en gallego.

[27] De pandereta, (pandereita en gallego): Instrumento de percusión que consiste en un marco, a menudo de madera o plástico, con pares de pequeños cascabeles metálicos.

En este caso mujer que la toca, en este caso en plural, refiriéndose a un conjunto de ellas, formando un grupo folklórico.

[28] Golondrina, sustantivo que suele usarse en gallego como mote cariñoso hablando coloquialmente.

[29] Buenas noches, algún día todos tus sueños se harán realidad, en turco.

[30] Caballo en gallego.